
BRIAN
HERBERT
KEVIN J.
ANDERSON
DUNE
La batalla de Corrin

El último enfrentamiento entre los humanos y las máquinas…

El origen de la rivalidad entre las casas Atreides y Harkonnen…

Con *La Batalla de Corrin* concluye la trilogía «Leyendas de Dune», el episodio sobre el cual se asientan los pilares del mítico universo creado por Frank Herbert.

Cincuenta y seis años han transcurrido desde los sucesos narrados en *Dune: La cruzada de las máquinas*. A la muerte de Serena Butler siguieron las décadas más sangrientas de la Yihad, pero, tras años de lucha cruenta, los guerreros humanos empiezan a albergar la esperanza de que el conflicto contra las máquinas vea pronto su fin.

Por desgracia, a Omnius le queda una carta por jugar, propaga un virus mortífero que diezma a los habitantes de planetas enteros… y la balanza se inclina de nuevo a su favor. Al final, una guerra que ha durado generaciones tendrá que decidirse en la apocalíptica batalla de Corrin.



Brian Herbert & Kevin J. Anderson

La batalla de Corrin

Dune: Leyendas de Dune – 3

ePub r1.2
Perseo 31.01.15

Título original: *Dune: The Battle of Corrin*
Brian Herbert & Kevin J. Anderson, 2004
Traducción: Encarna Quijada
Diseño de portada: Lightniir

Editor digital: Perseo
Corrección de erratas: Luismi, Atramentum, Rov y Rubirpg
Gracias a Luismi por su ayuda en toda la saga Dune
ePub base r1.2



A Pat LoBrutto,
por tu apoyo incansable desde que iniciamos nuestro proyecto con Dune*. Tu entusiasmo, saber hacer y perspicacia han hecho que estos libros sean mucho mejores de lo que ninguno de los dos habría logrado por sí sólo. Eres un auténtico mecenas.*

AGRADECIMIENTOS

Para los autores de este libro, saber ver de antemano la senda que media entre la idea y el manuscrito acabado es como ser dos navegantes de la Cofradía al timón del mismo crucero buscando un camino seguro para plegar el espacio. Evidentemente, el primero en navegar en el universo de *Dune* fue Frank Herbert. Pero no estaba solo, porque Beverly Herbert dedicó casi cuatro décadas de su vida a apoyarle y quererle. Tenemos una gran deuda con ambos. También estamos agradecidos a la familia Herbert, incluyendo Penny, Ron, David, Byron, Julie, Robert, Kimberly, Margaux y Theresa, que nos encomendaron el cuidado de la extraordinaria visión de Frank Herbert.

A nuestras esposas, Jan Herbert y Rebecca Moesta Anderson, cuya ayuda va mucho más allá de lo que ninguna de las dos imaginaba cuando tomó los votos matrimoniales. Las dos son artistas por derecho propio —Jan es pintora y Rebecca escritora— y han contribuido con una cantidad

enorme de tiempo y talento a la historia que están a punto de leer.

También estamos en deuda con muchas otras personas que nos han ayudado en este nuevo viaje épico por el universo de Dune. Entre ellos se incluyen nuestros entregados agentes y colaboradores, Robert Gottlieb, John Silbersack, Kim Whalen, Matt Bialer y Kate Scherler. Nuestros editores en Estados Unidos y Gran Bretaña han compartido nuestra visión y nos han ayudado sobre la marcha en todo lo relacionado con la producción y promoción; gracias especialmente a Tom Doherty, Carolyn Caughey, Linda Quinton y Paul Stevens. Nuestro extraordinario editor, Pat LoBrutto, se ha ocupado de nuestras historias como un buen *chef*, condimentándolas allí donde lo necesitaban. Rachel Steinberger, Christian Gossett, el doctor Attila Torkos y Diane E. Jones nos han ofrecido valiosos consejos, mientras Catherine Sidor ha trabajado incansablemente transcribiendo docenas de microcasetes e introduciendo correcciones en el manuscrito.

Aunque millones de humanos han sido aniquilados por las máquinas pensantes, no debemos verlos como víctimas. No debemos considerarlos simples bajas. Ni siquiera sé si llamarlos mártires. Cada una de las personas que ha muerto en esta gran revolución debería ser tenida por un héroe. Llevaremos un registro permanente que lo refleje.

SERENA BUTLER, procesos privados del Consejo de la Yihad

No me importa cuántos documentos, cuántos registros, entrevistas, cuántas malditas pruebas me enseñéis. Soy quizá la única persona aún viva que conoce la verdad sobre Xavier Harkonnen y los motivos que le empujaron a actuar como lo hizo. Durante todos estos años he guardado silencio porque Xavier me lo pidió, porque es lo que Serena Butler habría querido y porque las necesidades de la Yihad así lo exigían. Pero no pretendáis que acepte vuestra propaganda, por muchos ciudadanos que la crean. Recordad que yo viví esos hechos. En cambio, ninguno de vosotros estaba allí.

VORIAN ATREIDES, audiencia privada ante la Liga de Nobles

El peor error que puede cometer una persona es tomar una determinada versión de la historia como una verdad absoluta. La historia queda registrada por una serie de observadores, y ninguno de ellos puede ser imparcial. Los hechos quedan distorsionados por el simple paso del tiempo y, sobre todo en el caso de la Yihad Butleriana, por los miles de años de eras oscuras, la deformación deliberada de ciertos hechos por parte de las sectas religiosas y la inevitable corrupción que se produce por la acumulación de errores involuntarios. Así pues, la persona sabia contempla la historia como un conjunto de lecciones que deben aprenderse, de decisiones y ramificaciones que hay que meditar y debatir y errores que no deben volver a cometerse.

PRINCESA IRULAN, prefacio *Historia de la Yihad Butleriana*

PRIMERA PARTE

---

109 antes de la Cofradía

Año 93 de la Yihad

1

> La máquina no destruye. Crea, siempre y cuando la mano que la controla sea lo bastante fuerte para dominarla.
>
> RIVEGO, muralista de la Vieja Tierra

A Erasmo le parecía fascinante y hasta le divertía ver que entre aquellos humanos moribundos y desesperados reinaba la ley del más fuerte. Sus reacciones formaban parte del experimento y en su opinión los resultados eran destacables.

El robot caminaba con paso decidido por los pasillos de sus laboratorios de Corrin, meticulosamente organizados, haciendo ondear su espléndida túnica carmesí. Aquella prenda en sí era un amaneramiento que había adoptado para darse un aire más señorial. Era una pena que las víctimas que tenía en las cámaras selladas no se fijaran en esos detalles; estaban demasiado ocupadas sufriendo. Y él no podía hacer nada para cambiarlo. Sencillamente, a los humanos les costaba concentrarse en nada que no les afectara directamente.

Hacía décadas, escuadrones eficientes de robots habían construido aquellas instalaciones con elevadas cúpulas siguiendo sus meticulosas especificaciones. Las numerosas cámaras —cada una completamente aislada y estéril—

contenían todo lo que Erasmo necesitaba para sus experimentos.

Mientras realizaba su ronda habitual, el robot independiente pasó ante las ventanas de glaz de las cámaras donde tenía a los sujetos en los que estaba estudiando la epidemia atados a sus camas. Algunos especímenes ya estaban paranoicos y deliraban: habían empezado a mostrar los síntomas del retrovirus; otros parecían aterrados, y no sin razón.

Las pruebas de aquella epidemia de laboratorio ya casi estaban terminadas. La tasa de mortalidad directa era del cuarenta y tres por ciento. La cifra no era exacta, pero seguía convirtiéndolo en el virus más mortífero de la historia de la humanidad desde que se tenían registros. Serviría a su propósito, y Omnius no podía esperar mucho más. Había que hacer algo pronto.

Durante casi un siglo, la cruzada de los humanos contra las máquinas pensantes había causado gran destrucción y confusión. Los continuos ataques del ejército de la Yihad habían provocado daños incalculables en el Imperio Sincronizado y las flotas de naves robot eran destruidas con la misma rapidez con que las diferentes encarnaciones de la supermente las reconstruían. El avance de Omnius había quedado inexcusablemente frenado. Finalmente, Omnius exigió una solución. Dado que se había demostrado que el enfrentamiento militar directo no era lo bastante eficaz, se exploraron otras alternativas. Epidemias biológicas, por ejemplo.

De acuerdo con las simulaciones, una epidemia que se extendiera con rapidez podía ser mucho más eficaz, y ayudaría a erradicar poblaciones enteras de humanos —incluyendo las fuerzas armadas— al tiempo que dejaba las infraestructuras y los recursos intactos para las máquinas victoriosas. Cuando aquella epidemia especialmente

diseñada hubiera cerrado su ciclo, Omnius podría recoger los pedazos y volver a poner en marcha los sistemas.

Erasmo tenía sus reservas sobre esta táctica; temía que una epidemia demasiado virulenta exterminara definitivamente a los humanos. A Omnius tal vez le satisfaría la extinción total, pero él no deseaba una solución tan drástica. Aquellas criaturas seguían interesándole… en especial Gilbertus Albans, a quien había educado como a un hijo después de sacarlo de las míseras cuadras de los esclavos. En términos puramente científicos, necesitaba conservar material orgánico suficiente para sus estudios de laboratorio y de campo sobre la naturaleza humana.

Podían matar a la mayoría, pero no a todos.

Pero aquellas criaturas demostraban una notable resistencia. Seguramente ni la peor epidemia podría exterminarlos del todo. Los humanos tenían una inquietante habilidad para adaptarse a la adversidad y superarla por los medios menos ortodoxos. Ojalá las máquinas pudieran aprender a hacer lo mismo…

Ciñéndose su exquisita túnica, el robot de platino entró en la cámara central del complejo, donde su cautivo, el tlulaxa renegado, había creado un retrovirus perfecto. Las máquinas pensantes eran eficaces y trabajaban con dedicación, pero hacía falta la imaginación de un humano corrupto para canalizar la ira de Omnius y convertirla en un acto de destrucción. Ningún robot o computadora podría haber concebido una forma de muerte y aniquilación tan terrible. Sí, solo la mente de un humano vengativo podía hacer algo así.

Rekur Van, bioingeniero y genetista al que ahora repudiaban en la Liga de Nobles, se retorcía sujeto a su enlace de soporte vital. Solo podía mover la cabeza, porque no tenía ni brazos ni piernas, y un conector unía su organismo a los tubos de nutrientes y desechos. Poco

después de capturarlo, Erasmo se encargó de que se le extirparan las extremidades para que fuera más manejable. Desde luego, no era de fiar, muy al contrario que Gilbertus Albans.

El robot formó una sonrisa alegre en su rostro de metal líquido.

—Buenos días, Muñón. Hoy tenemos mucho que hacer. Quizá hasta podríamos finalizar los tests primarios.

La cara del tlulaxa parecía más chupada que de costumbre y sus ojos oscuros y muy juntos miraban a un lado y a otro como los de un animal atrapado.

—Ya era hora de que vinieras. Llevo horas despierto, mirando.

—Entonces has tenido tiempo para desarrollar ideas nuevas y destacables. Estoy deseando escucharlas.

El cautivo gruñó y le dedicó un insulto soez. Y dijo:

—¿Cómo van los experimentos sobre regeneración de extremidades con reptiles? ¿Algún avance?

El robot se inclinó hacia él y levantó la cubierta biológica para examinar la piel cicatrizada de uno de los hombros de Rekur Van.

—¿Nada? —preguntó el tlulaxa nervioso. Inclinó la *cabeza* en un extraño ángulo, tratando de ver algún detalle del muñón de su brazo.

—En este lado no. —Erasmo comprobó la cubierta biológica del otro hombro—. Aquí puede que tengamos algo. Se aprecia un afloramiento en la piel. —En un intento por regenerar los miembros amputados, en cada muñón había inyectado diferentes catalizadores celulares.

—Extrapola los datos, robot. ¿Cuánto falta para que me vuelvan a crecer los brazos y las piernas?

—Es difícil decirlo. Podrían ser semanas, seguramente más. —El robot frotó con un dedo metálico la pequeña protuberancia del muñón—. En cambio, esta excrecencia

podría ser algo totalmente distinto. Presenta una coloración rojiza; tal vez solo sea una infección.

—No siento dolor.

—¿Quieres que te rasque?

—No. Esperaré hasta que pueda rascarme yo mismo.

—No seas desagradable. Se supone que esto es un empeño conjunto. —Aunque los resultados prometían, aquello no era una prioridad para el robot. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Erasmo hizo un pequeño ajuste en una conexión intravenosa y alivió el descontento que veía en el rostro de aquel hombre. Sin duda, Rekur Van estaba pasando por uno de sus cambios de humor periódicos. Lo vigilaría y administraría medicación necesaria para que siguiera funcionando de forma eficiente. Y quizá lograría evitar que tuviera otro de sus arrebatos. Había días que cualquier cosa le hacía saltar. Otras veces, Erasmo le provocaba a propósito solo para ver su reacción.

Controlar a los humanos era una ciencia y un arte, incluso a ejemplares tan repulsivos como aquel. Para él, aquel cautivo degradado era un objeto de estudio más, como cualquiera de los humanos que tenía en las cuadras y las cámaras salpicadas de sangre. Incluso cuando llegaba al límite y trataba de desconectar sus sistemas de soporte con los dientes, Erasmo siempre lograba que volviera a su trabajo con las epidemias. Por suerte, aquel hombre despreciaba a los humanos de la Liga más que él a sus amos mecánicos.

Décadas atrás, durante una gran sacudida política que se produjo en la Liga de Nobles, el sucio secreto de las granjas de órganos de Tlulax salió a la luz y provocó el rechazo y la repulsa de la humanidad libre. En los mundos de la Liga la opinión pública arremetió contra los expertos en ingeniería genética y las masas ultrajadas destruyeron las granjas de

órganos y obligaron a la mayoría de los tlulaxa a esconderse. El escándalo causó un daño irreparable a su reputación.

Rekur Van huyó al Espacio Sincronizado, llevando consigo algo que consideraba un regalo irresistible: el material celular para crear una réplica perfecta de Serena Butler. Erasmo, que recordaba sus interesantes debates con la cautiva, se sintió entusiasmado. Van estaba seguro de que Erasmo la querría, pero por desgracia los clones que creó no tenían los recuerdos de Serena, ni su apasionamiento. No eran más que copias vacías.

Y aun así, a pesar del fracaso de los clones, a Erasmo Rekur Van también le parecía interesante. Disfrutaba de su compañía. Por fin había alguien que hablaba en el mismo lenguaje científico, un investigador que podía ayudarle a comprender más cosas sobre las incontables ramificaciones y las diferentes vías de investigación con organismos humanos complejos.

Para Erasmo los primeros años fueron un desafío, incluso después de extirparle los brazos y las piernas. Con el tiempo, mediante una cuidadosa manipulación y un sistema paciente de recompensas y castigos, había convertido a Rekur Van en un provechoso objeto de estudio. El hecho de que no tuviera sus extremidades recordaba bastante a la situación de los esclavos con los que él mismo había experimentado en las falsas granjas de órganos. Una maravillosa ironía.

—¿Te apetece una golosina antes de que empecemos a trabajar? —propuso Erasmo—. ¿Una galleta de carne, tal vez?

Los ojos de Van se iluminaron, porque aquel era uno de los pocos placeres que le quedaban. Las galletas de carne se preparaban a partir de diferentes organismos creados en

el laboratorio, incluidos los «desechos» humanos, y se consideraban una exquisitez en la tierra natal del tlulaxa.

—O me das una o me niego a seguir trabajando.

—Utilizas esa amenaza con demasiada frecuencia, Muñón. Estás conectado a unos tanques con soluciones de nutrientes. Incluso si te niegas a comer, no morirás de hambre.

—Pero tú quieres mi cooperación, no sólo mi supervivencia… y me has dejado pocas cosas con las que negociar. —El rostro del tlulaxa se crispó formando una mueca.

—Muy bien. ¡Galletas de carne! —gritó Erasmo—. Cuatrobrazos, ocúpate.

Uno de los frikis humanos que ayudaban en el laboratorio entró sujetando con sus cuatro brazos una bandeja con una montaña de delicias orgánicas azucaradas. El tlulaxa se movió en su conector de soporte para mirar aquella espantosa comida… y los que antes eran sus brazos.

Erasmo conocía más o menos el proceso que los tlulaxa utilizaban para realizar injertos, y había trasplantado los brazos y las piernas del antiguo esclavista a dos de sus ayudantes de laboratorio, agregando carne artificial, nervios y hueso para ajustar las extremidades a la longitud adecuada. A pesar de ser sólo una prueba y una experiencia enriquecedora, tuvo un considerable éxito. Cuatrobrazos era especialmente eficiente llevando cosas; algún día, Erasmo esperaba poder enseñarle a hacer malabarismos para que entretuviera a Gilbertus. Por su parte, Cuatropiernas podía correr como un antílope en una llanura.

Cada vez que alguno de los dos aparecía, el tlulaxa recordaba amargamente su situación desesperada.

Y puesto que Rekur Van no tenía manos, Cuatrobrazos utilizó dos de las suyas —las dos que habían pertenecido al cautivo— para meter las galletitas de carne en su boca

ávida. Van parecía un pollito hambriento pidiendo gusanos a su mamá pájaro. Unas migas de color amarillo marronoso le cayeron por la barbilla a la bata negra que le cubría el torso; algunas cayeron en el líquido de nutrientes, donde se reciclarían.

Erasmo alzó una mano indicando a Cuatrobrazos que parara.

—Es suficiente. Muñón, más adelante habrá más, pero primero tenemos un trabajo que hacer. Hoy vamos a repasar juntos las estadísticas de mortalidad de los diferentes grupos de experimentación.

Qué interesante, pensó Erasmo, que Vorian Atreides —hijo del traicionero titán Agamenón— hubiera utilizado un método similar para eliminar a las supermentes: implantar un virus informático en las esferas de actualización que el robot Seurat distribuyó sin saber nada. Pero las máquinas no eran las únicas vulnerables a las epidemias…

Rekur Van puso mala cara unos momentos, luego se relamió y empezó a estudiar los resultados. Parecía disfrutar de las cifras de muertos.

—Qué maravilla —musitó—. Definitivamente, estas epidemias son la mejor forma de eliminar a trillones de personas.

2

La grandeza tiene sus propias recompensas… y su coste es terrible.

PRIMERO XAVIER HARKONNEN,
última entrada en un dictadiario

Durante su carrera militar sobrenaturalmente larga, el comandante supremo Vorian Atreides había visto muchas cosas, pero pocas veces había visitado un mundo más hermoso que Caladan. Para él, aquel planeta oceánico era un cofre lleno de recuerdos, una fantasía de lo que tendría que ser una vida «normal»… sin máquinas, sin guerra.

Cuando estaba en Caladan, fuera a donde fuese veía cosas que le recordaban los tiempos dorados que había pasado allí con Leronica Tergiet. Ella era la madre de sus hijos gemelos, su compañera amada desde hacía más de siete décadas, aunque nunca se habían casado oficialmente.

Leronica estaba en la casa que compartían en Salusa Secundus. Aunque ya tenía más de noventa años, la amaba más que nunca. Para mantenerse joven más tiempo, podía haber tomado melange regularmente, la especia rejuvenecedora que tan popular se había hecho entre los nobles ricos, pero no quiso, porque le parecía algo antinatural. ¡Era tan propio de ella!

En cambio, el tratamiento al que su padre cimek había sometido a Vor para hacerlo inmortal hacía que él siguiera pareciendo un joven, el nieto de Leronica tal vez. Para que no se viera una diferencia tan abismal entre ellos, Vor se teñía regularmente parte del pelo de blanco. Deseó haberla llevado consigo a aquel viaje al lugar donde se conocieron.

En aquellos momentos, Vor contemplaba los mares tranquilos de Caladan y veía los barcos que volvían de una jornada de trabajo recogiendo algas y pescando palometas, sentado junto a su joven y voluntarioso ayudante, Abulurd Butler, hijo menor de Quentin Vigar y Wandra Butler. Abulurd también era nieto del mejor amigo de Vor… pero el nombre de Xavier Harkonnen rara vez se mencionaba, porque a ojos de la humanidad se había convertido irremisiblemente en un cobarde y un traidor. Cuando pensaba en aquella injusticia, perpetuada por la leyenda, a Vor se le atragantaba como un fruto espinoso, pero no podía hacer nada. Casi habían pasado sesenta años.

Vor y Abulurd estaban sentados a una mesa en el nuevo restaurante suspensor, que se desplazaba lentamente sobre los acantilados para permitir una vista cambiante de la costa y el mar. Sus gorras militares descansaban sobre el amplio alféizar de una ventana. Las olas rompían contra las enormes rocas, dejando un reguero de hilillos de agua que se escurrían como encaje blanco. El sol de media tarde destellaba sobre las olas.

Los dos hombres, ataviados con sus uniformes verde y carmesí, disfrutaban de un breve descanso en la interminable Yihad, y contemplaban la subida de la marea mientras tomaban un vino. Vor llevaba su uniforme con informalidad, sin medallas, mientras que Abulurd parecía tan peripuesto como la raya de sus pantalones. «Igualito que su abuelo».

Vor había tomado a aquel joven bajo su tutela, cuidaba de él, le ayudaba. Su madre era la hija más joven de Xavier, pero no había llegado a conocerla, porque durante el parto sufrió una grave apoplejía y quedó en estado catatónico. Abulurd acababa de cumplir los dieciocho años y se había incorporado al servicio en el ejército de la Yihad. Su padre y sus hermanos ya se habían labrado cierto prestigio y tenían muchas condecoraciones. Con el tiempo, el hijo pequeño de Quentin Butler también se distinguiría en la lucha.

Para evitar la lacra del nombre de Harkonnen, el padre de Abulurd había adoptado el apellido de la línea materna, orgulloso de reclamar el legado de Serena Butler. Desde que por matrimonio entró en aquella famosa familia hacía cuarenta y dos años, el héroe de guerra Quentin no había dejado de señalar la ironía de aquel apellido. «En otro tiempo, un *butler* era un mayordomo, un criado doméstico que seguía en silencio las órdenes de su amo. Pero desde hoy proclamo un nuevo lema para esta familia: ¡Los Butler no somos criados de nadie!». Faykan y Rikov, sus dos hijos mayores, habían hecho suyo este lema y desde muy jóvenes dedicaron sus vidas a luchar por la Yihad.

«Tanta historia en un nombre —pensó Vor—. Y con un bagaje tan grande».

Vor dio un largo suspiro y escudriñó el interior del restaurante. Un estandarte colgaba de una de las paredes, con imágenes de los tres mártires: Serena Butler, su hijo Manion el Inocente y el Gran Patriarca Ginjo. Con un enemigo tan implacable como las máquinas pensantes, la gente necesitaba encontrar consuelo en Dios o en sus representantes. Como cualquier otro movimiento religioso, los martiristas tenían grupos marginales que seguían unas prácticas estrictas en honor a los tres caídos.

Vor no comulgaba con tales creencias, prefería confiar en la capacidad militar para derrotar a Omnius, y sin embargo,

la naturaleza humana, incluso el fanatismo, también afectaba a sus planes. Poblaciones que no habrían luchado en el nombre de la Liga, se arrojaban sin vacilar contra los enemigos mecánicos si se les pedía que lo hicieran en nombre de Serena o su hijo. Aun así, aunque los martiristas podían ayudar a la causa, normalmente lo único que hacían era estorbar…

Siguiendo con aquel largo silencio, Vor cruzó las manos y miró a su alrededor. A pesar del mecanismo suspensor, añadido recientemente, el lugar tenía prácticamente el mismo aspecto que hacía décadas. Vor lo recordaba muy bien. Es posible que las sillas, de estilo clásico, fueran las mismas, pero seguramente habían cambiado la vieja tapicería.

Vor bebió en silencio y recordó a una camarera que había trabajado allí, una joven inmigrante que sus tropas rescataron en la colonia Peridot. Allí las máquinas pensantes arrasaron hasta la última estructura levantada por los humanos y ella perdió a toda su familia. Vor mismo le hizo entrega de su medalla de superviviente. Esperaba que hubiera tenido una buena vida en Caladan. Había pasado tanto tiempo… quizá ya estaría muerta, o sería una anciana con un montón de nietos.

A lo largo de los años, Vor había visitado Caladan en numerosas ocasiones, en teoría para supervisar el funcionamiento del puesto de escuchas y el observatorio que su equipo había construido allí hacía casi setenta años. Siempre que podía volvía a aquel mundo acuático para ver cómo iba todo.

Creyendo que estaba haciendo lo correcto, Vor se había llevado a Leronica y a sus hijos a la capital de la Liga cuando eran pequeños. Ella enseguida se sintió a gusto entre todas aquellas maravillas, pero a los gemelos nunca les gustó Salusa. Más adelante, sus chicos —¿chicos?, ¡ya

tenían más de sesenta años!—, que nunca se sintieron atraídos por el bullicio de Salusa Secundus, ni por la política ni el ejército de la Yihad, decidieron regresar a Caladan. Vor casi siempre estaba ausente en alguna de sus misiones militares, así que, cuando alcanzaron la mayoría de edad, los gemelos volvieron al mundo oceánico para formar un hogar y tener sus propios hijos… y hasta sus nietos.

Después de tanto tiempo sin haber tenido apenas contacto, Estes y Kagin eran unos extraños para él. El día antes, por ejemplo, cuando Vor y sus hombres llegaron, fue a visitarlos… y descubrió que habían partido hacia Salusa la semana antes con la intención de pasar unos meses con su madre, que ya estaba muy mayor. ¡Y él ni siquiera lo sabía! Otra oportunidad perdida.

Y aun así, ninguna de sus visitas anteriores en los pasados años había sido particularmente agradable. Los gemelos siempre seguían las normas de la buena educación, compartían con él una breve cena, pero no sabían de qué hablarle. Al poco rato, el uno y el otro se excusaban diciendo que tenían cosas que hacer. Vor les estrechaba la mano sintiéndose muy incómodo y se despedía, y entonces se entregaba diligentemente a sus obligaciones con el ejército.

—Está recordando, ¿verdad, señor? —Abulurd llevaba un buen rato en silencio, observando a su comandante, pero finalmente había empezado a impacientarse.

—No puedo evitarlo. Tal vez no lo parezco, pero recuerda que soy un anciano. Tengo muchos vínculos con este lugar.

La frente de Vor se arrugó mientras daba otro sorbo a su zincal, uno de los vinos más populares de Caladan. La primera vez que estuvo allí, en la taberna que Leronica y su padre tenían en el muelle, sólo había bebido una cerveza potente y amarga de algas.

—Abulurd, el pasado es importante… y la verdad también. —Vor apartó la vista del paisaje y se concentró en su ayudante—. Hay una cosa que quería contarte, pero he preferido esperar a que fueras lo bastante mayor. Puede que nunca lo seas.

Abulurd se pasó una mano por su pelo castaño oscuro, con reflejos rojizos, como su abuelo. Tenía la misma sonrisa contagiosa que Xavier, y una forma de mirar que te desarmaba.

—Siempre me interesa lo que pueda enseñarme, comandante supremo.

—Hay cosas que no es fácil aprender. Pero mereces saber la verdad. Lo que hagas con ella es asunto tuyo.

Abulurd pestañeó, perplejo. El restaurante suspensor detuvo su movimiento lateral y empezó a descender por el acantilado ennegrecido por efecto del agua, acercándose al agua y las olas que rompían contra la orilla.

—Esto es muy difícil —dijo Vor tras dar un largo suspiro —. Será mejor que nos terminemos el vino. —Dio un largo trago a aquella potente variedad de tinto, se puso en pie y cogió su gorra militar del alféizar. Abulurd lo imitó obedientemente, cogió su gorra y se dejó su vaso medio lleno.

Tras salir del restaurante, siguieron un sendero pavimentado que subía hasta lo alto de un acantilado y se detuvieron entre arbustos esculpidos por el viento y estelas de flores blancas. La brisa era fuerte y salada y los dos hombres tuvieron que sujetarse las gorras. Vor señaló un banco resguardado por unos setos. A su alrededor el cielo y el espacio abierto parecían inmensos, pero en aquel lugar Vor tenía sensación de intimidad, de importancia.

—Es hora de que sepas lo que pasó realmente con tu abuelo. —Esperaba sinceramente que el joven creyera sus palabras, sobre todo porque sus hermanos mayores no lo

habían hecho y habían preferido seguir aferrándose a la ficción oficial en lugar de aceptar la desagradable verdad.

Abulurd tragó audiblemente.

—He leído los registros. Sé que es una vergüenza para la familia.

Vor frunció el ceño.

—Xavier era un buen hombre, y mi mejor amigo. A veces, la historia que creemos conocer es poco más que propaganda. —Dejó escapar una risa amarga—. Oh, tendrías que haber leído las memorias originales de mi padre.

Abulurd parecía confuso.

—Es usted el único que no reniega del apellido Harkonnen. Yo… nunca he creído que fuera tan malo. Después de todo era el padre de Manion el Inocente.

—Xavier no nos traicionó. No traicionó a nadie. Iblis Ginjo era el malo, y Xavier se sacrificó para destruirle y evitar que hiciera más daño. Las acciones del Gran Patriarca llevaron a la muerte de Serena, al disparatado plan de paz de los pensadores de la Torre de Marfil.

Vor había cerrado los puños con rabia.

—Xavier Harkonnen hizo lo que ningún otro hombre estaba dispuesto a hacer… si otra cosa no, salvó nuestras almas. No merece la vergüenza que se ha vertido sobre él. Pero, por el bien de la Yihad, estaba dispuesto a aceptar el destino, incluso el puñal que la historia le ha clavado por la espalda. Él sabía que si se descubría tanta corrupción en el seno de la Yihad, nuestra cruzada santa degeneraría en una sucesión de escándalos y acusaciones. Y habríamos perdido de vista al verdadero enemigo.

Miró a Abulurd con sus ojos grises llenos de lágrimas.

—Y, durante todo este tiempo, yo… he dejado que se tachara a mi amigo de traidor. Xavier sabía que la Yihad tenía preferencia sobre cualquier reparación personal, pero estoy cansado de resistirme a la verdad, Abulurd. Cuando

partió hacia Corrin, Serena sabía que seguramente la asesinarían, la martirizarían, y por eso dejó un mensaje para Xavier y para mí donde explicaba por qué la causa siempre tiene que estar por encima de los sentimientos personales. Xavier pensaba igual, nunca le importaron las medallas, ni las estatuas, ni el recuerdo que la historia conservara de él.

Vor se obligó a relajar las manos.

—Xavier sabía que la mayoría no entenderían lo que había hecho. El Gran Patriarca ocupaba una posición privilegiada, y estaba arropado por la poderosa Yipol y sus especialistas en propaganda. Durante décadas, Iblis Ginjo se rodeó de un halo indestructible; en cambio, Xavier solo era un hombre que luchaba como podía. Cuando se enteró de lo que Iblis pretendía hacer con otra colonia humana, cuando descubrió lo que el Gran Patriarca había urdido con los tlulaxa y sus granjas de órganos, supo lo que tenía que hacer. No le importaban las consecuencias.

Abulurd lo observaba fascinado, con una mezcla de desánimo y esperanza. Se le veía tan joven…

—Xavier era un gran hombre que hizo lo que había que hacer. —Vor se encogió de hombros en un gesto de impotencia—. Iblis Ginjo quedó fuera de circulación. Las granjas de órganos fueron abandonadas, sus despreciables investigadores se dispersaron y entraron en la lista negra. Y la Yihad recibió un fuerte impulso, que resultó en seis décadas de fervor.

El joven Abulurd seguía perplejo.

—Pero ¿y la verdad? Si sabía que las infamias que se decían sobre mi abuelo no tenían base, ¿por qué no trató de arreglarlo?

Vor se limitó a menear la cabeza con pesar.

—Nadie quería saber la verdad. La confusión que habría provocado habría sido una distracción. Incluso ahora, afectaría profundamente a nuestros esfuerzos de guerra

porque haría que perdiéramos el tiempo acusándonos unos a otros y clamando justicia. Las familias tomarían partido, se jurarían venganza… y mientras, Omnius seguiría atacándonos.

El joven oficial no parecía satisfecho, pero no dijo nada.

—Sé lo que sientes, Abulurd. Créeme, Xavier no habría querido que pidiera una revisión de la historia en su favor. Ha pasado mucho, mucho tiempo. Dudo que a nadie le importe ya.

—A mí me importa.

Vor le dedicó una débil sonrisa.

—Sí, y ahora sabes la verdad. —Se recostó en el banco—. Pero nuestra larga lucha se mantiene sujeta por el frágil hilo de héroes y mitos. Las historias que rodean las figuras de Serena Butler e Iblis Ginjo se han forjado cuidadosamente, y los martiristas los han convertido en algo mucho mayor de lo que en realidad fueron. Por el bien de la humanidad y de la Yihad, deben permanecer intactos, como símbolos… incluso el Gran Patriarca, aunque no lo merece.

El labio inferior del joven temblaba.

—Entonces, ¿mi abuelo no era… no era un cobarde?

—Al contrario. Yo diría más bien que fue un héroe.

Abulurd dejó caer la cabeza.

—Yo nunca seré un cobarde —prometió.

—Lo sé, Abulurd, y quiero que sepas que para mí eres como un hijo. Me sentí muy orgulloso de tener a Xavier como amigo, y me siento orgulloso de conocerte. —Vor le puso una mano en el hombro—. Quizá algún día podamos reparar esta terrible injusticia. Pero primero tenemos que destruir a Omnius.

3

Un nacimiento en este suelo significa el nacimiento de un guerrero.

MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS a sus alumnos

El ejército de la Yihad prometió recuperar Honru de manos de las máquinas pensantes, por muy alto que fuera el coste en vidas humanas. Tras un siglo de guerra santa butleriana, los humanos se habían acostumbrado al sacrificio extremo.

Quentin Butler, el primero del batallón, estaba en el puente de su nave insignia y contemplaba el planeta que tenían ante ellos, esclavizado por Omnius. Se enfrentaban a un enemigo sin alma. Sus labios pronunciaron una plegaria silenciosa. Era el típico héroe de guerra infatigable, y aparentaba mucho más que sus sesenta y cinco años; tenía el cabello ondulado, muy claro, y sus facciones —mentón firme, labios finos, ojos penetrantes— parecían cinceladas a imagen de un busto clásico. Quentin encabezaría la ofensiva, y llevaría a sus yihadíes a la victoria en el escenario de una de las primeras y más devastadoras derrotas de la Yihad.

Cuatrocientas ballestas y más de mil destructores jabalina convergerían para formar una soga asfixiante sobre aquel planeta donde, antes de la matanza de Honru, vivían

humanos libres. Esta vez, las máquinas pensantes no tenían ninguna posibilidad frente a Quentin y su causa, por no mencionar su abrumadora superioridad militar.

Durante los largos años de Yihad, los valientes humanos habían infligido constantes y significativos daños a los Planetas Sincronizados, destrozando flotas robóticas y destruyendo avanzadillas. Sin embargo, el enemigo seguía reponiendo sus efectivos.

El primero, un adicto a la adrenalina que acompañaba siempre a la victoria, había protagonizado numerosos actos heroicos en su larga carrera militar. No eran pocas las ocasiones en que se había alzado victorioso sobre las ruinas humeantes del campo de batalla. Era algo que nunca le cansaba.

—Omnius debería calcular las probabilidades y desactivar sus sistemas —dijo Faykan, el hijo mayor de Quentin—. Nos ahorraría mucho tiempo y esfuerzo. —Era más alto que su padre, y tenía el mismo pelo ondulado, pero los pómulos altos y el rostro delgado eran de la madre, Wandra. Ya había cumplido los treinta y siete años, y tenía aspiraciones tanto militares como políticas.

Su hermano Rikov, que también estaba en el puente con ellos, resopló.

—Si conseguimos una victoria tan sencilla, será difícil justificar una gran celebración. Prefiero que haya más peligro. —Rikov, siete años más joven que su hermano, era una cabeza más bajo, tenía hombros anchos y la mandíbula más angulosa. Los labios generosos le venían de la familia Harkonnen, aunque nadie con un poco de sentido común lo habría avergonzado recordándoselo.

—Me contentaré con la victoria que sea, siempre que nos acerque un paso más a la aniquilación de esas máquinas diabólicas. —Quentin se volvió para mirar a los dos jóvenes

impacientes—. Habrá gloria suficiente para mis dos hijos… y un poquito para mí también.

Inconscientemente, con frecuencia Quentin evitaba mencionar a su hijo menor por lo que le había pasado a Wandra durante el parto. Antes de la batalla, siempre pensaba en su preciosa esposa. Wandra había quedado embarazada accidentalmente ya de bastante mayor, pero el parto fue muy difícil, y la perdió. Lamentándose, sin pararse ni a mirar al bebé recién nacido, Quentin se había llevado a su mujer comatosa a la paz y la soledad de la Ciudad de la Introspección, donde tanto tiempo había pasado entregada a la contemplación su venerada tía Serena. Una parte de él seguía culpando a Abulurd por lo sucedido, y aunque su cabeza le decía que no era justo con él, su corazón se negaba a aceptarlo.

—¿Vamos a quedarnos todo el día mirando Honru —preguntó Rikov con insolencia, apostado ya cerca de la salida— o podemos empezar de una vez?

Los subcomandantes transmitieron señalando sus posiciones; estaban listos. La versión de la supermente que había en el planeta ya habría comprendido su destino. Los sistemas defensivos y los robots de combate habrían detectado a la flota enemiga, pero no podrían hacer nada contra una fuerza tan abrumadora. Su suerte estaba echada.

Quentin se levantó de su asiento en el puesto de mando y sonrió con paciencia a sus hijos. Los detalles principales de la batalla se habían preparado en un centro de mando en la lejana Zimia, pero en la guerra, hasta el último minuto no había nada decidido.

—Enviaremos quinientas kindjal en dos grupos separados, cada uno con su carga de bombas de impulsos descodificadores. No utilizaremos las bombas atómicas de gran alcance a menos que todo se tuerza

irremediablemente. Debemos asestar un golpe preciso en el núcleo de la supermente, luego enviaremos equipos de tierra para que desconecten las subestaciones. Tenemos numerosos comandos de mercenarios de Ginaz con nosotros.

—Sí, señor —contestaron los dos.

—Faykan, tú dirigirás el primer grupo, y Rikov el segundo. Con la detonación de unas cuantas bombas atómicas de impulsos los circuitos gelificados de las máquinas quedarán inoperativos, no hay necesidad de aniquilar a la población humana. Las máquinas quedarán lo bastante tocadas para que podamos hacer descender grupos de tropas de asalto que eliminen posibles reductos. Antes de la noche, Honru será libre.

—Si es que queda alguien —señaló Rikov—. Ya hace casi noventa años que las máquinas tomaron el control ahí abajo.

El rostro de Faykan adoptó una expresión sombría y glacial.

—Si Omnius los ha matado a todos, razón de más para vengarnos. Entonces yo sí que no tendría reservas en lanzar una lluvia de bombas atómicas que lo destruyeran todo, como hizo la Armada en la Tierra.

—Sea como fuere —terció Quentin—, vamos allá.

El primero juntó las palmas de las manos ante el rostro en un gesto que era mitad saludo mitad oración y que los comandantes de la Yihad habían adoptado después del asesinato de Serena Butler hacía más de medio siglo. Aunque parecía hablar para sus hijos, sus palabras se transmitieron al resto de naves… y no era una simple arenga antes de la batalla, creía sinceramente en lo que decía.

—La matanza de Honru fue uno de los momentos más oscuros en la historia reciente de la Yihad. Hoy vamos a

equilibrar la balanza y pondremos el punto y final a esta historia.

Faykan y Rikov se dirigieron hacia la cubierta principal de lanzamiento de la nave insignia, desde donde saldrían al frente de los dos grupos de kindjal. Quentin se quedó en el puente de mando para presenciar el desarrollo del ataque, confiando plenamente en sus hijos. Y siguió contemplando por la pantalla aquel planeta de aspecto tan exuberante: continentes marrones y verdes, penachos blancos de nubes, manchas de un azul intenso de los mares.

Sin duda la presencia de Omnius en el planeta durante nueve décadas habría destrozado el paisaje, convirtiendo los bellos bosques y praderas de Honru en una pesadilla industrial. Los supervivientes habrían sido esclavizados y obligados a servir a las máquinas. Quentin cerró los puños con fuerza, musitando para sus adentros otra plegaria, pidiendo fuerza. Con el tiempo, el planeta se recuperaría. Pero primero había que restablecer el mandato más benevolente de los humanos, vengar la primera matanza…

Cinco años antes de que Serena Butler lanzara su gran Yihad, una armada de naves de la Liga había tratado de liberar el planeta sincronizado de Honru. La armada se lanzó con entusiasmo sobre aquel mundo, animada por el Gran Patriarca Ginjo. Pero los espías de Omnius les habían dado informaciones falsas sobre el número de efectivos enemigos que les esperaban.

Diez mil naves robóticas esperaban emboscadas y rodearon completamente a la armada. Los humanos respondieron con medidas de combate desesperadas, pero naves robóticas suicidas eliminaron a las naves de los yihadíes en órbita. Entretanto, en la superficie, una marea de robots de combate aniquiló poblaciones enteras de humanos que esperaban ser rescatados.

La liberación de Honru se convirtió en una desbandada, una matanza que se prolongó hasta que la última de las naves humanas quedó destruida. Además del incontable número de bajas en tierra, más de quinientos mil soldados de la humanidad libre murieron en un único enfrentamiento.

«Ya hace mucho tiempo que tendríamos que habernos vengado», pensó Quentin.

—Los escuadrones de kindjal han salido, primero —dijo su lugarteniente.

—Que las tropas para la invasión terrestre que asegurará nuestros avances estén preparadas. Quiero que todo se haga ordenadamente. Que aterricen los transportes de personal mientras las jabalinas los cubren desde el aire. —Y se permitió esbozar una sonrisa discreta pero confiada.

Quinientos kindjal partieron desde las ballestas nodriza. En Honru, la flota robótica se estaba organizando, ya habían empezado a enviar naves a órbita; otras regresaban de los puestos de observación en los límites del sistema.

—Preparados para el combate —dijo Quentin—. Que los escudos Holtzman se activen en cuanto las naves robóticas aparezcan en nuestros radares, pero no antes.

—Sí, primero. Nos mantendremos firmes.

Quentin estaba convencido de que su flota podía evitar sin problema a las naves enemigas, así que se concentró en sus hijos. Faykan y Rikov dividieron los escuadrones de kindjal y cada uno siguió una táctica acorde con su propio estilo; aquella combinación de estrategias ya había demostrado su eficacia en anteriores enfrentamientos. Ese día, los famosos hermanos Butler añadirían una nueva victoria a su historial.

Con un profundo pesar en el corazón, Quentin deseó que Wandra hubiera podido verlos en aquellos momentos, pero en su estado no se enteraba de nada de lo que sucedía a su alrededor.

El día que dejaron a Wandra en la Ciudad de la Introspección, hacía dieciocho años, sus dos hijos mayores le habían visto llorar. Fue una de las pocas veces que el héroe se permitió mostrarse tan vulnerable.

—Vayamos donde vayamos, hay tanto dolor, padre… —le dijo Faykan en aquella ocasión.

Pero Quentin meneó la cabeza.

—No son lágrimas de angustia o de pesar las que derramo, hijo mío. —Y extendió los brazos para abrazarlos a los dos—. Lloro de alegría por todo lo que vuestra madre me ha dado.

Quentin no había abandonado a Wandra. Cada vez que volvía a Salusa la visitaba, porque en el fondo de su corazón estaba convencido de que su esposa le recordaba. Cuando sentía su pulso y el latido de su corazón, intuía que era su amor lo que la mantenía con vida. Él seguía luchando por la Yihad, y le dedicaba en silencio cada victoria.

Quentin miraba los continuos informes que llegaban desde Honru, escuchaba las transmisiones entusiastas de las kindjal de sus hijos. Las naves se lanzaban en picado sobre las posiciones de las máquinas, dejando caer montones de explosivos de impulsos que emitían descargas de energía Holtzman destructiva.

—Todos los descodificadores desplegados, primero —anunció Faykan—. La ciudad principal está lista para la segunda fase.

Quentin sonrió. En órbita, el primer grupo de naves robóticas atacó inútilmente a las naves de la Yihad. Mientras los escudos Holtzman no se sobrecalentaran, más que una amenaza eran un incordio.

Quentin desplegó sus fuerzas.

—Que las jabalinas desciendan a la atmósfera. Todas las baterías preparadas para un bombardeo desde arriba. Que las tropas de choque de Ginaz cojan sus espadas de

impulsos y se preparen para una batida por la ciudad. Espero que acaben con cualquier vestigio de resistencia robótica que quede allí abajo.

Sus subcomandantes recibieron la orden y el primero se recostó en su asiento mientras sus inmensas naves cerraban el cerco para asegurar la conquista.

El vehículo blindado de Quentin Butler avanzaba entre las ruinas de la principal ciudad de las máquinas. El comandante victorioso contempló toda aquella devastación, y sintió un gran pesar al pensar que un planeta tan hermoso se había echado a perder de aquella forma. Fábricas y líneas de producción ocupaban un paisaje que antaño cubrían los campos de cultivo.

Los humanos corrían por las calles, perplejos, buscando refugio, liberándose de las celdas donde los retenían, abandonando cadenas de montaje donde los robots guardianes ahora colgaban aturdidos e inútiles tras el bombardeo de impulsos.

Quentin recordó la liberación de Parmentier, en sus primeros años de carrera militar. En Parmentier, la gente no acababa de creerse que las máquinas pensantes habían sido derrotadas. Ahora, después de años de prosperidad en los que había cedido temporalmente el gobierno del planeta a Rikov, aquella gente los adoraba, los veía como salvadores.

Pero los supervivientes de Honru no gritaban ni lanzaban vítores como Quentin esperaba. Parecían demasiado sorprendidos para saber cómo reaccionar…

Grupos de avezados mercenarios y maestros de armas se adentraron en las zonas donde quedaban bolsas de resistencia mecánica. Eran demasiado independientes para formar una buena unidad organizada de combate, pero

como luchadores y tropas de demolición eran muy eficaces. Buscaban robots que siguieran funcionando.

Durante el primer bombardeo de impulsos, las máquinas de trabajo y los centinelas que la supermente consideraba prescindibles habían quedado destruidos. Ahora empezaron a salir los meks de combate, que seguían luchando, a pesar de estar algo desorientados. Con sus espadas de impulsos, los rápidos y mortíferos mercenarios eliminaron a sus enemigos uno a uno.

Desde su vehículo de mando, que avanzaba dando tumbos, Quentin podía ver la ciudadela blindada a través de la que la supermente estaba conectada a la ciudad. Los mercenarios avanzaban con rapidez en dirección a este objetivo, sin preocuparse por el riesgo que corrían.

Quentin dio un suspiro. Ojalá hubiera tenido más hombres como aquellos quince años antes, durante la segunda defensa de Ix. No se habrían perdido las vidas de tantos soldados ni tantos civiles. En aquella ocasión, juró que Omnius no les arrebataría ninguno de los planetas que hubieran liberado, y repelió la incursión de las máquinas a un altísimo precio, por bien que necesario. Él mismo quedó atrapado en una cueva subterránea y, de no haber sido rescatado, habría muerto, enterrado vivo… La batalla había reforzado su reputación de héroe y le hizo ganar más partidarios de los que quería.

Mientras los mercenarios registraban la ciudad de Honru, Quentin vio otro grupo de humanos harapientos que se acercaban. Aquella gente llevaba estandartes improvisados hechos con trapos viejos, pintura, con todo lo que encontraban. Iban cantando, coreando, gritando el nombre de la mártir Serena Butler. Aunque no tenían armas válidas, se arrojaron al combate.

Quentin los observaba desde su vehículo de mando. Ya había visto martiristas otras veces.

Por lo visto incluso en el mundo oprimido de Honru, los humanos cautivos hablaban de la sacerdotisa de la Yihad, su hijo asesinado y el primer Gran Patriarca. Seguramente habían ido recibiendo noticias a través de los prisioneros de los mundos que Omnius conquistaba. En su cautiverio, habían rezado en secreto por los tres mártires, con la esperanza de que sus ángeles bajaran del cielo y acabaran con Omnius. En los Planetas No Aliados, los mundos de la Liga e incluso allí, bajo el yugo opresor de Omnius, la gente juraba sacrificarse por la causa de la humanidad, igual que habían hecho Serena, Manion el Inocente e Iblis Ginjo.

En aquellos momentos, los martiristas corrían enfervorecidos. Se arrojaban contra las máquinas que aún quedaban en activo, destrozando artefactos aturdidos o abalanzándose sobre meks de combate. Según cálculos de Quentin, por cada robot que conseguían desactivar, morían cinco fanáticos, pero eso no les disuadía. La única forma de salvar a aquella gente era poner fin definitivamente al combate… y eso significaba aniquilar a Omnius en la ciudadela central.

Si todo lo demás fallaba, Quentin siempre podía lanzar bombas atómicas de impulsos enriquecidas sobre la ciudad. Las ojivas desintegrarían de forma instantánea a Omnius y acabarían con el dominio de las máquinas sobre Honru… y con la vida de todas aquellas personas. Quentin no quería la victoria a ese precio. No mientras tuviera otras opciones.

Tras finalizar las incursiones aéreas con sus kindjal, Rikov y Faykan buscaron el vehículo de mando de su padre y le informaron personalmente. Cuando vieron a los martiristas, los hermanos Butler llegaron a la misma conclusión.

—Tenemos que lanzar un ataque localizado de comandos —dijo Rikov—. Ahora.

—En el campo de batalla soy vuestro primero, no vuestro padre —le recordó Quentin—. Y tenéis que dirigiros a mí

como tal.

—Sí, señor.

—Pero eso no quita que tenga razón —agregó Faykan—. Deje que me ponga al frente de un grupo de mercenarios y vayamos directamente a la ciudadela. Colocaremos explosivos y destruiremos a la supermente.

—No, Faykan. Ahora eres un oficial de alto rango, no un soldado temerario. Semejantes aventuras corresponden a otros.

Rikov habló de nuevo.

—Señor, entonces déjeme escoger a los mercenarios. En menos de una hora habremos destruido a Omnius… yo mismo los dirigiré.

Quentin volvió a menear la cabeza.

—Los mercenarios ya saben lo que tienen que hacer.

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras cuando una fuerte explosión sacudió las zonas más alejadas de la ciudad. La ciudadela de Omnius estalló y se desintegró con un resplandor cegador, y la onda expansiva empezó a derribar otros edificios en un radio cada vez más extenso. Cuando el resplandor empezó a remitir, apareció el polvo. No quedaba absolutamente nada de la fortaleza de Omnius.

Momentos más tarde, el líder del comando de mercenarios se presentó ante el vehículo de mando.

—El problema ha sido resuelto, primero.

Quentin sonrió.

—Eso es. —Cogió las manos de sus hijos y las levantó en un gesto triunfal de salutación—. Un buen día de trabajo. Y otra importantísima victoria sobre Omnius.

4

El camino que lleva a la victoria no siempre es recto.

TLALOC, *La hora de los titanes*

Cuando Agamenón supo que Omnius había enviado una nueva flota de guerra a la base de los cimek en Richese, gruñó ante la persistencia de la supermente.

—Si se supone que un cerebro de circuitos gelificados es tan avanzado, ¿cómo es que Omnius nunca aprende? —A través de los simuladores de voz de su intimidatoria forma móvil, la voz sintetizada del general tenía un claro deje de irritación.

No esperaba que su robot rehén contestara, pero lo hizo.

—Con frecuencia la implacabilidad ha favorecido a las máquinas pensantes. A lo largo de los siglos nos ha dado muchas victorias… como bien sabes, general Agamenón.

A pesar de la aparente falta de resistencia de Seurat —después de todo, no era más que un estúpido robot— sus respuestas y sus consejos eran particularmente inútiles. Parecía estar jugando con sus captores cimek, se negaba a darles respuestas, les ocultaba información necesaria. Después de más de cinco décadas, resultaba de lo más frustrante. Pero Agamenón no podía destruirlo todavía.

El general titán caminó dando grandes zancadas por la inmensa sala, furioso por la llegada inminente de la flota robótica. Su cuerpo móvil con forma de cangrejo era mucho mayor que los que había utilizado cuando no era más que el perro faldero de Omnius, antes de que él y los titanes supervivientes se rebelaran y se libraran del yugo de los Planetas Sincronizados. Cuando un virus informático —que el propio Seurat extendió sin saberlo— dejó casi fuera de combate a las máquinas en Bela Tegeuse, Agamenón y sus cimek conquistaron el planeta, y luego se hicieron con Richese, que ahora utilizaban como base de operaciones.

El general gruñó.

—Es la séptima vez que Omnius nos manda una flota aquí o a Bela Tegeuse. Cada vez repelemos el ataque, y sabe perfectamente que tenemos tecnología descodificadora. Está atrapado en un bucle de retroalimentación, es incapaz de seguir adelante y dejarnos en paz. —Sin embargo, no mencionó que en esta ocasión el contingente bélico era considerablemente mayor que la vez anterior. «A lo mejor después de todo sí que aprende…».

El rostro cobrizo y liso de Seurat siempre era plácido, inexpresivo.

—Tus cimek han destruido muchas esferas de actualización de Omnius, provocando un daño significativo a los Planetas Sincronizados. La supermente debe responder hasta que consiga el resultado deseado.

—Preferiría que dedicara su tiempo a combatir a los hrethgir. Quizá la escoria humana y las fuerzas robóticas se destruirán mutuamente… y nos harán un favor a todos.

—Yo no lo consideraría un favor —dijo Seurat.

Agamenón se alejó con gran estrépito impulsado por sus piernas reforzadas con émbolos. Las alarmas defensivas automáticas habían empezado a sonar.

—No sé por qué no te desmonto.

—Yo tampoco. Quizá tendríamos que buscar una respuesta entre los dos.

El general nunca había permitido que Seurat conociera sus verdaderas motivaciones. Lo había capturado porque el robot independiente había pasado mucho tiempo con su hijo traidor, Vorian Atreides. En otro tiempo Vorian fue un humano de confianza y se le concedieron muchos privilegios y poder. Pero el amor de una mujer, Serena Butler, hizo que lo echara todo a perder, que se volviera en contra de las máquinas y huyera con los humanos libres.

Durante muchos años, el general no había sabido entender por qué Vorian le había traicionado, a él, su propio padre. Tenía tantas esperanzas puestas en él, tenía tantos planes… Su idea era convertir a Vor en cimek, un digno sucesor de los titanes. Pero ahora ya no tenía ninguna posibilidad de perpetuar su estirpe. No habría más descendencia…

Y, en teoría, Seurat podía darle pistas que le ayudaran a entender el pensamiento y el comportamiento de Vorian.

—¿Te gustaría oír un chiste, general Agamenón? Tu hijo me lo contó hace mucho tiempo. ¿Cuántos hrethgir hacen falta para llenar un contenedor cerebral?

El titán se detuvo cuando estaba pasando bajo el arco de la salida. ¿Era ése el motivo por el que seguía conservando a su lado al robot, sólo para escuchar historias de los tiempos que pasó como copiloto de Vorian en el *Viajero Onírico*? Aquello era una muestra de debilidad que no podía permitirse.

—No estoy de humor, Seurat. Tengo que ocuparme de una batalla. —Los cimek ya estarían organizando sus fuerzas, lanzando naves de ataque. Pero en cuanto expulsara a aquella irritante flota enemiga, destruiría al robot independiente y empezaría de nuevo.

En el interior del centro de control, Dante, uno de los tres titanes que quedaban, controlaba los sistemas de inventario y comunicaciones de Richese.

—Ya es la quinta vez que repiten el mismo pronunciamiento, palabra por palabra. Es el mismo que enviaron durante su intento anterior. Esperan que nos rindamos.

—Deja que lo escuche —dijo Agamenón.

Una voz neutra le llegó a través de los altavoces.

—«A los titanes Agamenón, Juno y Dante. Vuestra rebelión cimek ha causado graves daños a los Planetas Sincronizados. La amenaza debe ser erradicada. Omnius ha dado instrucciones para vuestra captura inmediata y la destrucción de vuestros seguidores».

—¿Y esperan que nos sintamos culpables? —dijo Agamenón—. Juno ni siquiera está aquí. —Su amada compañera llevaba varios años como reina en Bela Tegeuse.

Dante movió su cuerpo móvil de una forma extrañamente humana, como si quisiera encogerse de hombros.

—Durante mil años, Omnius nos permitió servir a las máquinas pensantes. Según sus cálculos, deberíamos estar agradecidos.

—Creo que Seurat te está contagiando su sentido del humor. ¿Beowulf ya está listo? Si algo sale mal, prefiero que sea él quien lo pague.

—Su flota está lista, sí.

—¿Todos son prescindibles y van armados con minas descodificadoras?

—Sí, todos son neos con instrucciones muy precisas.

Los titanes habían creado neocimek con la población esclavizada de Richese y Bela Tegeuse. Mediante precisas intervenciones quirúrgicas separaron los cerebros de los voluntarios de sus frágiles cuerpos humanos y los instalaron

en formas móviles mecánicas. Los titanes, siempre tan precavidos y despiertos, se aseguraron la lealtad de sus nuevos conversos instalando en sus sistemas de soporte vital un mecanismo de seguridad que causaría su desconexión inmediata si ellos morían. Incluso los neos que estaban muy lejos, en otros planetas controlados por los cimek, tenían que recibir una señal de *reset* al menos cada dos años, porque de lo contrario morirían. Si el general y sus dos compañeros eran asesinados, todos los neocimek acabarían por morir. Esto no solo evitaba la traición, sino que alimentaba en ellos el deseo fanático de proteger a Agamenón, Juno y Dante.

El general gruñó.

—No sé si quiero que Beowulf sobreviva o que lo destruyan. No sé qué hacer con él. —Caminaba arriba y abajo con sus patas metálicas, mientras esperaba para ver el desarrollo de los acontecimientos.

Beowulf fue el primer neocimek que se unió a la rebelión de los titanes contra Omnius. Cuando atacó a la hechicera de Rossak, Zufa Cenva, y al comerciante Aurelius Venport, basándose en las informaciones de un espía humano, Beowulf sufrió graves daños. Un cuerpo mecánico podía sustituirse o repararse fácilmente, pero el cerebro del neocimek también quedó tocado. Los titanes le habían permitido seguir con ellos, pero Beowulf se había convertido en un personaje torpe y disperso y, más que otra cosa, era una carga.

—Creo que saldré ahí fuera yo mismo. ¿Hay alguna nave de guerra disponible para mi contenedor cerebral?

—Eso siempre, general Agamenón. ¿Debo responder a las máquinas?

—Creo que nuestra respuesta quedará bastante clara cuando les ataquemos con las minas descodificadoras.

Agamenón salió con paso decidido hacia la pista de despegue. Unos brazos mecánicos retiraron su contenedor blindado de la forma móvil y lo colocaron en un nicho de sistemas que conectaron los mentrodos a sus sensores cerebrales de salida. Cuando el general salió a órbita con su nave de formas afiladas, se sintió como si tuviera un cuerpo atlético y volador que emanaba poder puro.

La apiñada flota de máquinas seguía tácticas predecibles y Agamenón estaba harto de escuchar sus estúpidos pronunciamientos. Cierto, la supermente no podía destruir a los titanes, pero sus flotas robóticas podían provocar daños significativos y destruir todo lo demás. ¿Esperaba Omnius que los cimek se rindieran y se cortaran metafóricamente las venas?

Pero el general no se sentía tan confiado como pretendía. Aquel contingente era mucho más importante que los anteriores, y para derrotarlo tendría que sacrificar muchas de sus defensas.

Si los hrethgir no hubieran tenido ocupado a Omnius con sus continuos ataques, el puñado de rebeldes de Agamenón no habría podido defenderse frente a la potencia militar de Omnius, ni siquiera contra la escoria humana. De haber querido, tanto los unos como los otros podían haber enviado contra ellos una fuerza abrumadora. Sí, su situación en Richese era cada vez más insostenible.

Una vez alcanzó al resto de naves cimek en el espacio, las sondas salieron del lado del planeta que estaba en sombras para espiar a la flota robótica.

—Están… están… preparándose pa… pa… para atacar —dijo Beowulf en una transmisión enloquecedoramente lenta y atropellada. Los pensamientos del neo eran tan confusos que no podía enviar una señal clara a través de sus mentrodos. Cuando estaban en tierra, Beowulf a duras

penas era capaz de hacer avanzar su forma móvil sin tropezar o derribar cosas.

—Voy a tomar el mando —dijo Agamenón. «No hay razón para andar perdiendo el tiempo».

—Re-re-re-cibido. —Al menos Beowulf no pretendía que seguía siendo un neo capaz y dotado.

—Dispersaos siguiendo un patrón aleatorio. Abrid fuego con proyectiles de impulsos.

Las naves neocimek se dispersaron con rapidez, como lobeznos entusiastas enseñando los colmillos. La flota robótica adoptó con rapidez formación de ataque, pero las naves de los cimek eran mucho más pequeñas, era más difícil acertarles y estaban más dispersas. Las defensas de Agamenón evitaron el fuego enemigo y se prepararon para lanzar sus minas descodificadoras.

Las pequeñas cápsulas magnéticas estaban diseñadas a partir de la tecnología de campo de Holtzman, copiada de las armas de los hrethgir que habían sustraído de algunos campos de batalla o que les habían proporcionado sus espías humanos. Los cimek eran inmunes a los impulsos descodificadores, pero la Liga de Nobles llevaba un siglo utilizando aquella tecnología contra las máquinas.

Mientras desplegaban las minas, el fuego de los robots destruyó docenas de naves de neocimek, pero muchos descodificadores lograron llegar a los cascos metálicos y engancharse a ellos, y empezaron a enviar ondas de energía disruptiva. Cuando los cerebros de circuitos gelificados quedaron inoperativos, las naves perdieron el control y empezaron a chocar unas con otras.

Agamenón, que no veía la necesidad de exponerse, permaneció al margen pero disfrutó de la proximidad con la batalla. Estaban aplastando a las máquinas con mayor facilidad de lo que esperaba.

Una nueva nave despegó desde la ciudad. Mientras se dirigía a toda velocidad hacia la flota enemiga, Agamenón se preguntó si sería Dante, que había decidido unirse a la refriega. No, no era muy probable. Dante era un burócrata, no le gustaba estar en medio de ninguna refriega. Tenía que ser alguien distinto.

Agamenón sabía que muchos de sus neocimek deseaban luchar contra Omnius… y no le sorprendía. La supermente había oprimido al pueblo de Richese durante tanto tiempo cuando aún eran humanos…; era normal que quisieran vengarse. Y aunque los titanes gobernaban con la misma mano de hierro que las máquinas, no se quejaban. Agamenón les había dado la oportunidad de convertirse en máquinas con mente humana, y por eso los voluntarios le perdonaban sus actos ocasionales de brutalidad.

La misteriosa nave avanzó hasta situarse entre la flota de Omnius, pero no abrió fuego. Se movía entre las naves evitando los proyectiles, y atravesó la primera línea de naves robóticas afectadas. Por los canales de comunicación las señales volaban como cohetes, algunas en el incomprensible lenguaje de las máquinas, otras en la forma de silbidos burlones y desafiantes de los neos.

—Penetrad entre sus líneas y destruid tantas naves como podáis —dijo Agamenón—. Volverán a casa renqueando.

Los neos se lanzaron contra el enemigo, mientras la misteriosa nave seguía adentrándose más y más entre las filas de naves robóticas supervivientes. Agamenón amplió el radio de alcance de sus sensores y vio que la nave sin identificar perdía su ventaja. Cuando se acercaba a una de las naves robóticas, fue capturada y conducida al interior, como un insecto que queda atrapado en la larga lengua de un lagarto.

Los neos lanzaron más minas descodificadoras. Al parecer, las máquinas volvieron a calcular sus

probabilidades y llegaron a la conclusión de que no podían ganar. La flota de Omnius había quedado seriamente dañada y se retiró, dejando una buena parte de sus naves inutilizadas en órbita, como tantos otros residuos espaciales.

—Hemos decidido que hay otras batallas prioritarias —anunció el comandante de una de las naves robóticas. Parecía una excusa barata—. Volveremos con un mayor contingente que nos permita mantener las pérdidas en un nivel razonable. Cuidado, general Agamenón, la sentencia de Omnius contra ti y tus cimek sigue en pie.

—Oh, por supuesto que sigue en pie. Y vosotros, cuidado también —dijo Agamenón por los comunicadores, consciente de que las máquinas no detectarían su tono provocador—, si volvéis a venir para recordárnoslo os volveremos a echar por las malas.

La flota de Omnius se alejó, dejando más de un centenar de naves dañadas o desactivadas flotando en la órbita de Richese. Tantos desechos serían un peligro para la navegación, pero quizá podrían aprovecharlos para formar una barrera defensiva. Toda defensa era poca.

Sin embargo, el cimek comprendió que las palabras del comandante robot no eran una amenaza barata. Las máquinas volverían, sin duda, y la próxima vez Omnius emplearía la suficiente potencia de fuego para asegurarse la victoria. Agamenón supo que él y sus titanes debían abandonar Richese y buscar otros mundos que conquistar, mundos más aislados donde pudieran construir fortalezas inexpugnables y expandir su territorio. Por el momento, eso bastaría para eludir a Omnius.

Tendría que discutir el asunto con Juno y Dante, pero debían actuar con rapidez. La supermente podía ser torpe y predecible, pero también era completamente implacable.

Mucho más tarde, cuando regresó a la ciudad e hizo una valoración de los daños, Agamenón se llevó un disgusto al descubrir que el piloto de la nave solitaria no era ningún neocimek ambicioso.

De alguna forma, después de cincuenta y seis años de cautiverio, el robot independiente Seurat había escapado y había salido al encuentro de la flota de máquinas pensantes.

5

Dios recompensa al compasivo.

Dicho de Arrakis

Aunque ni siquiera el universo era lo bastante vasto para contener a su imaginación, Norma Cenva rara vez salía de su despacho abarrotado. Su mente la llevaba a donde quería.

Totalmente concentrada, atrapaba sus ideas en planos estáticos y tableros electrónicos de dibujo, mientras muy cerca los astilleros de Kolhar hervían con la actividad bulliciosa de los obreros que convertían sus visiones en realidad. Naves y más naves, escudos, motores, armas. El proceso nunca terminaba, porque Norma nunca paraba. La Yihad nunca paraba.

Sin sorprenderse apenas, Norma se dio cuenta de que volvía a ser de día. Había trabajado toda la noche… puede que más. No tenía ni idea de la fecha en que estaban.

Desde el exterior, le llegaba el sonido de la maquinaria pesada de los astilleros, dirigidos ahora por su hijo mayor, Adrien. Era un sonido… productivo, y no le molestaba. Adrien era uno de los cinco hijos que había tenido con Aurelius Venport, pero los otros cuatro no tenían su capacidad y entrega para los negocios. Los cuatro, dos

chicos y dos chicas, trabajaban para VenKee Enterprises, pero ocupaban puestos de menor importancia como representantes de la empresa. En aquellos momentos, Adrien estaba en Arrakis, supervisando los cargamentos y la distribución de la especia.

Los equipos de trabajo ensamblaban naves mercantes y naves de guerra, en su mayoría con motores convencionales, que eran más seguros, aunque también había algunos dotados con los destacables motores que plegaban el espacio, capaces de llevar una nave de un lugar del espacio a otro en un instante. Por desgracia, el sistema seguía siendo demasiado arriesgado. La tasa de pérdidas era tan alta que pocas eran las personas dispuestas a pilotar estas naves, ni siquiera los yihadíes, salvo en situaciones de extrema emergencia.

A pesar de los continuos reveses —algunos por causas matemáticas y físicas, y otros por fanatismo—, Norma sabía que tarde o temprano encontraría la solución. Era su principal prioridad.

Salió al aire frío de la mañana y contempló el caos de los astilleros, sin reparar en el bullicio ni en el olor de los humos. La mayor parte de los recursos de Kolhar se destinaban a la creación de nuevas naves que sustituyeran las pérdidas continuas del ejército de la Yihad. Incluso a Norma le parecía increíble la cantidad de energía, materiales y trabajo que aquella guerra había consumido.

En otro tiempo, Norma fue una joven bajita a quien su madre despreciaba. Ahora era físicamente hermosa, y sus ideas y responsabilidades abarcaban el universo entero y se proyectaban muy lejos en el futuro. Ahora que había cambiado en un plano tan fundamental, después de elevarse a un nivel superior de conciencia bajo la presión de las torturas del titán Jerjes, era un punto de unión decisivo

entre el presente y la eternidad. Sin ella, la humanidad no podría materializar todo el potencial que tenía.

Durante un tiempo, Norma había sido afortunada. Había sido amada y había correspondido con su amor. Pero Aurelius, su apoyo emocional y profesional, había sucumbido hacía ya tiempo a causa de la guerra, junto con la severa y egocéntrica de su madre. La relación de Norma con Zufa siempre fue difícil, pero su querido Aurelius fue como un regalo del cielo y la salvó en muchos sentidos. Siempre lo tenía en su pensamiento. Sin su fe inquebrantable en ella, Norma no habría logrado sus objetivos ni habría hecho realidad sus sueños. Aurelius había sabido ver desde el principio su potencial y había puesto su fortuna a su disposición.

Gracias al acuerdo que Aurelius había negociado con Serena Butler en persona, VenKee conservaba el monopolio sobre la tecnología para plegar el espacio. Algún día, la nueva generación de naves sería más importante incluso que los escudos Holtzman… sí, en cuanto solucionara los problemas de navegación. Pero cada vez que solucionaba parte del problema, aparecían nuevas dificultades que no había previsto y la solución volvía a alejarse de sus manos, como el reflejo múltiple en una sala de espejos. Una reacción en cadena de factores desconocidos.

Norma contemplaba aquel espectáculo industrial, pero su mente divagaba, buscando siempre las esquivas respuestas. Sus naves podían saltar de un punto del espacio a otro, el sistema de propulsión funcionaba a la perfección… pero el problema de guiar a la nave a través de los obstáculos que poblaban el cosmos parecía insalvable. El espacio era inmenso y estaba en su mayor parte vacío, pero si por casualidad la ruta de una de sus naves coincidía con la de una estrella o un planeta inconvenientemente situados, la nave quedaba destruida. No había posibilidad de modificar

el rumbo o evitar el obstáculo, no había tiempo para lanzar los botes salvavidas.

Uno de cada diez viajes por el espacio plegado acababan en desastre.

Era como pilotar una nave a través de un campo de minas con los ojos vendados. Ningún humano podía reaccionar con la suficiente rapidez ante los obstáculos, ningún mapa podía trazar un camino a través del espacio plegado con la suficiente precisión para incorporar todos los problemas. Ni siquiera Norma podía hacerlo, a pesar de su inteligencia sobrehumana.

Años atrás, había encontrado una solución temporal utilizando veloces ordenadores, aparatos analíticos que decidían con rapidez, que podían anticipar errores en cuestión de nanosegundos y buscar rutas alternativas. En secreto, Norma hizo instalar estos navegadores en las primeras naves y logró reducir la tasa de pérdidas a la mitad y hacer de aquella tecnología algo casi —¡casi!— viable.

Pero cuando los oficiales del ejército de la Yihad lo descubrieron, el escándalo estuvo a punto de hacer que clausuraran los astilleros. Totalmente desconcertada, Norma señaló el éxito del sistema, y el bien que aquellas naves superveloces harían por la Yihad.

Pero el Gran Patriarca Tambir Boro-Ginjo estaba furioso por el «engaño».

En aquella ocasión, su hijo Adrien, que tenía el don de la palabra y era tan buen negociador como su padre, la salvó a ella y los astilleros, disculpándose de forma profusa y abyecta y destruyendo personalmente los sistemas de navegación informatizada mientras los oficiales de la Liga observaban con cara agria. Adrien sonrió y los oficiales se fueron con aire satisfecho.

—Encontrarás otra solución —le había dicho en un susurro a su madre—. Sé que lo harás.

Aunque sabía que no podría volver a utilizar los ordenadores, Norma ocultó varios sistemas de navegación… y pasó las siguientes décadas trabajando en el problema desde sus principios más básicos… un imposible. Sin un complejo sistema informático, no veía la forma de arreglar aquello. Los navegantes humanos tenían que ser capaces de prever los problemas y corregirlos antes de que se produjeran… y eso era imposible.

De este modo, las naves que plegaban el espacio siguieron siendo un pozo sin fondo, tan hondo que los beneficios jamás podrían llenarlo. La tecnología funcionaba exactamente como Norma había previsto… lo difícil era controlarla.

Por suerte, VenKee obtenía una cantidad considerable de beneficios con el transporte de mercancías, sobre todo la misteriosa especia de Arrakis. Hasta la fecha, solo su empresa tenía los contactos necesarios y sabía cuál era su origen.

Ella misma utilizaba la especia. Era una auténtica bendición. Melange. Como preparación para un nuevo día de trabajo, Norma aspiró el intenso olor a canela de la cápsula marrón rojiza, se la puso sobre la lengua y la tragó. Había perdido la cuenta de la melange que había tomado en los últimos días. «La que haga falta».

El efecto de la especia en su riego sanguíneo, en su mente, era espectacular. Norma estaba mirando por la ventana de su despacho en los astilleros, observando los trabajos de construcción de una nave cercana. Los obreros se desplazaban con rapidez por los andamios colocados contra el casco, o maniobraban por aquella piel metálica utilizando cinturones suspensores diseñados por ella…

Y un momento después, notó una sensación de vértigo, como el instante en que el espacio se pliega, pero diferente en un sentido que aún no comprendía. En los meses recientes, había incrementado su consumo personal de melange, experimentando consigo misma igual que hacía con las naves, buscando desesperadamente una respuesta al enigma. La melange la hacía sentirse viva, hacía fluir sus pensamientos como una marea hacia las conclusiones, igual que las cascadas al caer entre las rocas de un cañón.

De pronto, en un flash mental, Norma quedó sumida en una visión que la llevó muy lejos de Kolhar. Vio a un hombre alto y delgado de pie en medio de un desierto bañado por el sol, supervisando la reparación de un recolector de especia. Aunque veía las imágenes como si estuviera mirando a través de un grueso cristal, Norma reconoció el perfil patricio del hombre, los cabellos oscuros y ondulados que seguían sin mostrar ni una cana, aunque casi tenía sesenta y cuatro años. Eran los efectos geriátricos de la melange.

«Adrien, mi hijo. Está en Arrakis». Le parecía recordar que Adrien había ido al desierto de aquel planeta a negociar con los recolectores zensuníes de especia.

Se parecía tanto a su padre que casi era como si estuviera viendo a Aurelius. Y había demostrado de sobra su capacidad para los negocios, así que Norma le cedió la gestión de VenKee Enterprises para poder concentrarse en su trabajo.

¿Era real su visión? Norma no sabía qué pensar, no sabía si lo que quería creer podía ser real.

Mientras contemplaba esta imagen de su hijo mayor, sintió un fuerte dolor en el cráneo, como si lo estuvieran cortando con una hoja aserrada, y gritó. Ante sus ojos solo veía destellos y líneas de colores. Sus manos palparon ciegamente buscando otra cápsula de especia, la tragó. El dolor remitió poco a poco, y la visión se aclaró.

La imagen se alejó de Adrien, como el ojo de un águila que sobrevuela las interminables dunas escudriñando el territorio. Entonces Norma se desmayó y cayó en una profunda oscuridad, como un gusano ciego deslizándose bajo un mar de arena…

Más tarde, Norma estaba de pie ante un espejo, desnuda. Después de su transformación mental, había rehecho su cuerpo y había conservado una apariencia perfecta confeccionada a partir de los caracteres genéticos de sus antepasadas. Aurelius siempre la había apreciado por lo que era, incluso cuando estaba contrahecha, pero ella aprovechó el proceso para moldear su cuerpo y hacerlo más atractivo a sus ojos. Ya no envejecía. En aquellos momentos, ante el espejo, Norma examinó las curvas perfectas de su cuerpo femenino, las líneas exquisitas del rostro que había creado hacía tanto tiempo para el hombre al que amaba.

En su interior, sentía que había algo que la desconectaba del mundo físico y estaba transformando su cuerpo metamorfoseado a su antojo. No se estaba muriendo, ni se estaba fragmentando… era como si evolucionara. Y no acababa de entenderlo.

Su apariencia física ya no importaba. En realidad era una distracción. Era imprescindible que controlara el poder, lo orientara en la dirección correcta, igual que habían hecho sus antepasadas hechiceras, solo que a una escala mucho mayor. Lo que ella pretendía exigía mucha más energía mental que rehacer un cuerpo humano, o que los actos de destrucción de sus antepasadas.

«Siempre se necesita más energía para crear que para destruir».

Norma estaba cansada y estresada, agotada por las continuas imágenes de construcción, las pruebas… los

constantes fracasos. Y, cuando estaba cansada, necesitaba más melange.

En el espejo, vio que la imagen de su cuerpo escultural se ondulaba y vacilaba. Una mancha roja apareció en un hombro. Con decisión, utilizando sus poderes mentales, Norma restableció la perfección de su apariencia. La mancha desapareció.

Se conservaba perfecta por la memoria de Aurelius. Pero él ya no estaba, aunque ni siquiera eso impediría que hiciera lo que tenía que hacer.

6

En el desierto, la línea que separa la vida y la muerte es algo brusco y repentino.

Advertencia de los buscadores de especia

Adrien estaba en lo alto de una duna azotada por el viento, apartado de los mecánicos, viendo cómo reparaban un recolector de especia mientras otros vigilaban por si aparecía un gusano de arena. No conocía en detalle el funcionamiento de aquella máquina, pero sabía que bajo su supervisión, los hombres trabajaban más deprisa y con más empeño.

Allá fuera, en el desierto empapado de sol de Arrakis, el tiempo no parecía moverse. El océano de arena no acababa nunca, el calor era intenso y la atmósfera era tan árida que la piel que estaba al descubierto se agrietaba. Adrien se sentía profundamente vulnerable, y tenía la inquietante sensación de que alguien poderoso e invisible le observaba.

«¿Cómo puede un hombre no sentirse intimidado en este planeta?».

Una de las pequeñas máquinas que tamizaban la especia se había roto, y VenKee perdía dinero cada hora que la máquina estaba parada. Adrien tenía otros recolectores y distribuidores esperando el cargamento en Arrakis City. Más

allá, en la depresión dorada, dos excavadoras mastodónticas trabajaban en un tramo naranja de arena de especia. Un inmenso transporte a reacción se mantenía suspendido en el aire, muy bajo, mientras los más temerarios extraían los depósitos de melange de color óxido con ayuda de palas eléctricas, llenaban las cajas de carga y las subían al transporte para su procesamiento.

Por encima de la estática de la línea, un hombre gritó.

—¡Gusano a la vista!

El equipo de mercenarios corrió hacia el transporte aéreo. Los mecánicos que estaban cerca de Adrien se quedaron paralizados por el miedo.

—¿Qué vamos a hacer? ¡No podemos huir en esta cosa! —Uno de aquellos hombres cubiertos de polvo miró con impotencia las piezas del motor, repartidas sobre unas lonas de plástico en la arena.

—¡Tendríais que haber trabajado más rápido! —gritó otro de los buscadores.

—Dejad de dar golpes, no hagáis ruido —dijo Adrien, sin mover los pies en la arena—. Quedaos muy quietos. —Y señaló con el gesto las dos grandes excavadoras—. Esas hacen mucho más ruido que nosotros. No hay razón para que el gusano se fije en nosotros.

Del otro lado de la depresión, el segundo y tercer equipo habían subido a bordo del pesado transporte, que cargó tanta melange como pudo. Momentos después, empezó a elevarse, dejando atrás las máquinas recolectoras… un material muy caro, pensó Adrien.

El inmenso gusano avanzó bajo la arena directo hacia su presa. La maquinaria abandonada yacía en silencio sobre el suelo, pero los motores del carguero que trataba de elevarse rugían y vibraban, y eso estimuló el instinto cazador del gusano. Como si fuera una pieza de artillería, la bestia emergió de su protección bajo la arena y se elevó en

el aire, más y más alto. El pesado transporte trataba de huir, y sus motores emitían un sonido atronador. La enorme boca del gusano se abrió escupiendo arena como saliva furiosa.

El gusano se estiró hasta el límite, buscando, pero no logró atrapar al transporte. Los movimientos bruscos de la bestia removieron el aire y el transporte se sacudió ligeramente cuando el gusano volvió a descender sobre las dunas y destrozó la maquinaria abandonada bajo su peso. Luego el piloto recuperó el control y siguió ascendiendo, y se dirigió a toda velocidad hacia la línea de rocas.

Los trabajadores que estaban con Adrien musitaron llenos de alivio al ver que sus compañeros escapaban, pero siguieron sin moverse. Las naves de rescate no irían a buscarlos hasta que el gusano se hubiera ido.

El gusano se cebó con la amplia depresión, devorando toda la maquinaria, y luego volvió a sumergirse en la arena. Conteniendo el aliento, Adrien contempló la estela que dejaba en la arena mientras se perdía en el horizonte, en la dirección contraria.

Los sucios buscadores parecieron complacidos y aliviados por haber sido más listos que el demonio del desierto. Se congratularon, riendo por lo bajo con una resaca de miedo. Adrien se volvió a mirar el pesado transporte, que seguía avanzando trabajosamente hacia las formaciones de roca negra. Del otro lado de aquella formación, en una garganta resguardada de la arena y los gusanos, una de las estaciones de VenKee les proporcionaría camas y un lugar donde descansar. Ellos mandarían un equipo de rescate a recogerlos.

Adrien vio con inquietud que el cielo se había vuelto de un marrón verdoso más allá de la cordillera rocosa, justo en la dirección hacia donde se dirigía la nave.

—¿Sabéis qué es eso? ¿Se está formando una tormenta? —Había oído hablar de los increíbles huracanes de arena que había en Arrakis, pero nunca había visto uno.

El mecánico levantó la vista de sus herramientas; dos de los buscadores señalaron.

—Una tormenta de arena, sí, señor. Pequeña, apenas un soplido. Nada comparado con una tormenta de Coriolis.

—El transporte va directo hacia ella.

—Mala cosa.

Mientras miraba, Adrien vio que el transporte empezaba a sacudirse. Por la línea de comunicación, los bips de emergencia acompañaban los gritos del piloto. Unos zarcillos de arena y polvo de aspecto delicado envolvieron al pesado transporte, como los brazos de un amante. La nave se bamboleó a un lado y a otro, girando fuera de control, hasta que se estrelló contra los peñascos negros, dejando tras de sí una pequeña llamarada de humo y fuego que no tardó en disiparse en el torbellino.

«De una forma o de otra —pensó Adrien—, esos malditos gusanos siempre acaban recuperando su especia».

Era una desafortunada realidad en los negocios de riesgo: por muchas precauciones que tomaras, al que no estaba preparado siempre le aguardaban desastres inesperados.

—Terminad esas reparaciones lo antes posible —dijo con voz suave pero firme—, así podremos salir de aquí y volver a Arrakis City.

Más tarde, Adrien se encontraba en un *soq* de Arrakis City, rodeado de buscadores de especia, y dirigió unas palabras a aquellos hombres, que trataban de timar continuamente a VenKee Enterprises. Era parte de su cultura, pero él era lo bastante listo para no dejar que se salieran con la suya.

—Estáis subiendo los precios en exceso. —Sin vacilar lo más mínimo, Adrien miró a un buscador recio y con barba que tenía el doble de su tamaño. Al igual que los otros nativos, el hombre vestía con un traje de camuflaje, y llevaba sus herramientas polvorientas colgadas del cinto—. VenKee no lo tolerará.

—Buscar especia es peligroso —contestó el de la barba—. Merecemos una recompensa justa.

—Muchos grupos de búsqueda han desaparecido sin dejar rastro —dijo un segundo buscador.

—No es culpa mía si los hombres se arriesgan demasiado. No me gusta que me tomen el pelo. —Adrien se acercó más a aquellos hombres imponentes, porque era lo contrario de lo que esperaban. Tenía que dar una imagen fuerte y poderosa—. VenKee os ha concedido un contrato importante. Tenéis un trabajo seguro. No queráis pedir más. Una anciana se queja menos que vosotros.

Los hombres del desierto se ofendieron por el insulto. El hombre de la barba se llevó una mano al costado como si fuera a coger un arma.

—¿Quieres conservar el agua de tu vida, extraplanetario?

Sin vacilar, Adrien apoyó las palmas en el pecho polvoriento del buscador y lo empujó con la suficiente fuerza para hacerle caer hacia atrás. Mientras algunos de sus compañeros lo ayudaban a ponerse en pie, furioso, otros sacaron sus cuchillos.

Adrien cruzó los brazos sobre el pecho y les dedicó una sonrisa enloquecedoramente segura.

—Y vosotros ¿queréis seguir haciendo negocios con VenKee? ¿Creéis que no hay otros zensuníes esperando para conseguir lo que ofrezco? Me habéis hecho perder mi tiempo viniendo aquí a Arrakis, y me lo hacéis perder con vuestros lloriqueos infantiles. Si sois hombres de honor,

cumpliréis con los términos que acordamos. Si no lo sois, me niego a tener más tratos con vosotros.

Aunque hablaba con tono informal, sabían que no era un farol. Las tribus del desierto se habían acostumbrado a recoger y vender especia. VenKee era su único cliente habitual, y Adrien era VenKee. Si decidía ponerlos en la lista negra, tendrían que volver a subsistir arañando lo poco que ofrecía el desierto de Arrakis… y muchos zensuníes habían olvidado cómo hacerlo.

Se miraron unos a otros en medio de aquel calor y el hedor del mercado bullicioso. Al final, Adrien les ofreció un aumento simbólico en el precio del producto, una cantidad que cargaría a los clientes, en su mayor parte ricos. Sí, estarían encantados de pagar, seguramente ni notarían la diferencia, ya que la melange era un producto raro y caro. Los hombres del desierto se fueron, satisfechos solo a medias.

Cuando se fueron, Adrien meneó la cabeza.

—Algún genio perverso ha complicado las cosas a base de bien en este planeta… y ha puesto la especia en medio.

7

> El universo tal vez cambie, pero el desierto, no. Arrakis se mueve a su propio ritmo. El hombre que se niegue a aceptar esto deberá enfrentarse a su locura.
>
> *La leyenda de Selim Montagusanos*

Tan pronto empezó a remitir el calor del día, el grupo de zensuníes salió de sus escondites y se dispuso a continuar el descenso por la Muralla Escudo. A Ishmael no le apetecía especialmente volver al bullicio y el hedor de la civilización, pero no permitiría que El'hiim fuera sin él al asentamiento de VenKee Enterprises. Con frecuencia, el hijo de Selim Montagusanos escogía un camino peligrosamente fácil para tratar con los extraplanetarios.

Ishmael cubrió su piel curtida con ropas protectoras, demostrando un gran sentido común, aunque los miembros más jóvenes y temerarios de la tribu no lo hacían. Una mascarilla le cubría el rostro arrugado para retener la humedad que expulsaba con la respiración, y las capas filtradoras de tejidos superpuestos de su atuendo actuaban a modo de destiladora para aprovechar el sudor. Ishmael no malgastaba nada.

Sin embargo, los otros eran más descuidados, e imaginaban que siempre podrían comprar agua. Vestían ropas de factura extranjera, diseños escogidos por su estilo

y no por su utilidad en el desierto. Incluso El'hiim vestía con colores chillones, olvidando la importancia del camuflaje en aquel territorio.

En su lecho de muerte Ishmael había prometido a la madre del chico que cuidaría de él, y había intentado hacer que lo entendiera… quizá con demasiada frecuencia. Pero El'hiim y sus amigos pertenecían a otra generación y lo miraban como si fuera una reliquia.

La brecha que los separaba era cada día más profunda. Cuando su madre se estaba muriendo, El'hiim le suplicó que le dejara ir a Arrakis City a por un médico, pero Ishmael se había negado a permitir la interferencia de extranjeros. Marha escuchó al marido en lugar de al hijo. Y por eso El'hiim lo culpó de su muerte.

Después de aquello el joven huyó, y viajó de polizón en una nave de VenKee que lo llevó a mundos lejanos, incluido Poritrin, que aún estaba bajo los devastadores efectos del levantamiento de esclavos durante el que Ishmael y los suyos huyeron a Arrakis. Tiempo después, El'hiim regresó con su tribu, pero las cosas que había visto le habían influido de forma irremediable. Sus experiencias le habían convencido más que nunca de que los zensuníes debían adoptar nuevas prácticas… entre ellas la de la recolección y venta de especia.

Para Ishmael aquello era un anatema, una bofetada en la cara de Selim Montagusanos y su misión. Pero no estaba dispuesto a faltar a su promesa, así que a desgana decidió acompañar a El'hiim, aunque estuviera equivocado.

—Preparemos los paquetes, luego redistribuiremos el peso —dijo El'hiim, con voz expectante—. Podemos llegar al asentamiento de VenKee en unas pocas horas; luego tendremos el resto de la noche para nosotros.

Los zensuníes reían y se movían con energía, pensando ya cómo iban a gastar aquel dinero sucio. Ishmael frunció el

ceño, pero se guardó sus palabras. Ya las había dicho con la suficiente frecuencia para saber que sonaba como una vieja quisquillosa. El’hiim era el nuevo naib y tenía sus propias ideas sobre cómo dirigir a su gente.

Ishmael se daba cuenta de que no era más que un viejo obstinado, con el peso de sus ciento tres años sobre sus huesos cansados. La dura vida del desierto y la dieta a base de melange le habían mantenido fuerte y sano, mientras que los otros se habían vuelto blandos. Era como el Matusalén de las Escrituras, y sin embargo estaba convencido de que podría haber superado en ingenio y fuerza a cualquiera de aquellos críos si le hubieran desafiado.

Pero nadie se habría atrevido a hacerlo. Esa era otra de las cosas en las que habían traicionado las viejas costumbres.

Los hombres cargaron los pesados paquetes de melange purificada y condensada que habían recogido en la arena. Aunque no veía con buenos ojos que vendieran especia, Ishmael se echó al hombro un fardo tan pesado como el de los demás. Él ya estaba listo para partir antes de que sus compañeros más jóvenes terminaran, y esperó en un estoico silencio hasta que, finalmente, El’hiim abrió la marcha con paso alegre y ruidoso. El grupo salió al exterior y empezó a descender por las empinadas rocas bajo la luz del atardecer.

Bajo las sombras alargadas del ocaso, veían brillar las luces del asentamiento de VenKee, al amparo de la Muralla Escudo. Los edificios formaban una maraña de estructuras extrañas, levantadas sin ningún orden. Como un tumor canceroso compuesto de casas prefabricadas y oficinas vomitadas por los cargueros espaciales.

Ishmael entrecerró sus ojos azul sobre azul y miró al horizonte.

—Mi pueblo construyó ese asentamiento cuando llegamos de Poritrin.

El’hiim sonrió y asintió.

—Sí. Ha crecido bastante, ¿eh? —El joven naib se mostraba muy hablador, y malgastaba la humedad que escapaba de su boca desprotegida con el aliento—. Adrien Venport paga bien y siempre tiene pedidos para nuestra especia.

Ishmael se adelantó con tiento, dando pasos seguros sobre la roca suelta.

—¿No recuerdas las visiones de tu padre?

—No —dijo El’hiim con voz cortante—. No recuerdo nada de mi padre. Dejó que un gusano se lo tragara antes de que yo naciera, y lo único que tengo son leyendas. ¿Cómo puedo saber qué es leyenda y qué realidad?

—Selim comprendió que el comercio de especia con los extraplanetarios destruiría nuestro modo de vida y mataría a Shai-Hulud… a menos que pongamos freno a todo esto.

—Eso sería como intentar evitar que la arena se cuele por las rendijas de las puertas. Yo he elegido otro camino, y en los pasados diez años nos ha dado prosperidad. —Le sonrió a su padrastro—. Pero tú siempre encuentras un motivo para quejarte, ¿verdad? ¿No es mejor que seamos nosotros, los nativos de Arrakis, quienes recolectemos la especia y nos beneficiemos de su venta en lugar de algún extranjero? ¿No debemos ser nosotros quienes recojamos la especia y la llevemos a VenKee? Si no lo hacemos, enviarán a sus propios hombres, gente de otros planetas…

—Ya lo han hecho —dijo otro de los hombres del grupo.

—Me preguntas qué pecado es más aceptable —dijo Ishmael—. Yo te digo que ninguno.

El’hiim meneó la cabeza y miró a sus compañeros, como diciendo que el viejo era un caso perdido.

Tiempo atrás, Ishmael había aceptado a la madre del chico por esposa, y había tratado de educarlo de acuerdo con los valores tradicionales, siguiendo las visiones de Selim Montagusanos. Quizá le había presionado demasiado e involuntariamente lo había empujado en la dirección contraria…

Antes de morir, Marha le había hecho jurar que protegería a su hijo y le daría consejo, pero con el paso de los años para él aquella promesa había acabado por convertirse en una piedra afilada metida en el zapato. A pesar de sus reservas, no había tenido más remedio que apoyar a El'hiim en su decisión de ser naib. Y, a partir de ese momento, no había dejado de sentirse como si cayera por la pendiente cambiante y pronunciada de una duna.

Recientemente, El'hiim había demostrado su poco sentido común disponiendo que dos pequeñas naves de transporte viajaran a uno de los campamentos de los zensuníes ocultos en el desierto. El'hiim lo veía como una forma más conveniente de intercambiar suministros demasiado pesados para cargar con ellos durante largas distancias, pero a Ishmael el pequeño carguero le recordó en exceso a las naves de los esclavistas que lo habían capturado de pequeño.

—Nos estás poniendo en una posición vulnerable. —Ishmael había tratado de controlar el tono de voz para no abochornar al naib—. ¿Y si esos hombres tratan de capturarnos?

Pero El'hiim había agitado la mano quitándole importancia.

—No son esclavistas, Ishmael. Son mercaderes y comerciantes.

—Nos has puesto en peligro.

—Hemos entablado una relación comercial. Son personas de confianza.

Ishmael meneó la cabeza, mientras su ira iba en aumento.

—Te has dejado seducir por las comodidades. Lo que deberíamos hacer es tratar de poner fin al negocio de exportación de especia y rechazar las tentadoras ventajas que nos ofrecen.

Al oír sus palabras El'hiim había suspirado.

—Te respeto, Ishmael… pero a veces eres increíblemente obtuso. —Y se adelantó para salir a recibir a los mercaderes de VenKee, dejando a Ishmael hecho una furia.

Ya empezaba a oscurecer cuando llegaron a la base de la Muralla Escudo. Edificios aislados, condensadores de humedad y estaciones generadoras solares habían proliferado como moho en los lugares más resguardados entre la roca.

Ishmael mantuvo el paso, pero los otros tenían prisa por llegar a la llamada civilización. En la ciudad, el ruido de fondo era una algarabía que no se parecía a nada que pudiera oírse en pleno desierto. Se oía hablar a mucha gente, la maquinaria retumbaba y resonaba, los generadores zumbaban. Las luces y los olores eran una ofensa para sus sentidos.

Por las calles del asentamiento, se había corrido la voz de que llegaban. Los empleados de VenKee salían de sus alojamientos para recibirlos, ataviados con extravagantes vestiduras y extraños artilugios. La noticia llegó también a las oficinas, y un representante de la empresa salió a recibirlos con alegría. Levantó las manos en gesto de bienvenida, pero a Ishmael su sonrisa le pareció empalagosa y desagradable.

El'hiim saludó al individuo con energía.

—Traemos un nuevo cargamento. Puede comprarlo… si el precio es el mismo.

—La melange siempre es una mercancía valiosa. Y las comodidades de nuestro asentamiento están a vuestra disposición si os apetece.

Los hombres de El'hiim demostraron su alegría con gran bullicio. Los ojos de Ishmael se entrecerraron, pero no dijo nada. Con rigidez, se quitó el fardo de especia y lo dejó caer sobre el suelo polvoriento, como si no fuera más que basura.

Con gran placer, el representante de VenKee ordenó que unos porteadores aliviaran la carga de aquellos hombres del desierto y se llevaran los paquetes de melange a una sala de pruebas donde pesarían la mercancía y la clasificarían. Luego la pagarían.

Las luces artificiales aumentaron en intensidad para ahuyentar la oscuridad del desierto, y una música extraña y grosera empezó a castigar los oídos de Ishmael. El'hiim y sus hombres fueron a divertirse con el dinero que habían conseguido por la venta de la especia. Vieron actuar a bailarinas rebosantes de líquidos con una piel clara y poco apetecible; bebieron cantidades copiosas de cerveza de especia y se emborracharon de una forma vergonzosa.

Ishmael no participó de aquello. Él se limitó a sentarse y observar a los otros, detestando cada minuto que pasaba allí y deseando volver a su casa, a la seguridad y el silencio del desierto.

8

> Dado que no ha habido ninguna descarga que nos uniera a mí y a la supermente desde hace décadas, Omnius no conoce mis pensamientos, que podrían considerarse desleales. Pero yo no lo veo de ese modo. Simplemente, soy curioso por naturaleza.
>
> *Diálogos de Erasmo*

Erasmo tomaba diligentemente notas sobre cada uno de los sujetos de estudio, rodeado de muerte, mientras escuchaba sus gemidos de dolor y un abanico completo de expresiones de súplica. La exactitud científica lo exigía. Y el mortífero retrovirus ya casi estaba listo.

Acababa de regresar de la última de una serie de reuniones con Rekur Van para decidir los mejores métodos para extender la epidemia, pero el tlulaxa no había dejado de cambiar de tema, fastidiando con sus preguntas sobre el experimento de regeneración con reptiles, y Erasmo se sentía frustrado… tanto como puede estarlo una máquina pensante. Van estaba obsesionado con la posibilidad de poder regenerar sus extremidades, pero el robot tenía otras prioridades.

Con el fin de aplacarlo, Erasmo había ajustado los parches biológicos que tenía en los hombros y le había mentido sobre los resultados. Ciertamente, bajo los parches

se apreciaban unos pequeños bultitos, y había una clara evidencia de crecimiento óseo, aunque era tan insignificante que casi ni se notaba. Quizá por sí solo aquello también tenía su interés, pero era solo uno de los muchos experimentos importantes en los que estaba trabajando. Así que esa mañana había tenido que aumentar la dosis de medicación del humano para que se concentrara en lo realmente importante y no en absurdos asuntos personales.

Ataviado con una de sus túnicas favoritas, esta vez de un intenso azul, Erasmo iba de una cámara a otra con una agradable sonrisa en su rostro de metal líquido. La tasa de afectados era casi del setenta por ciento, y se esperaba una mortalidad del cuarenta y tres por ciento. Sin embargo, muchos de los que se recuperaran, quedarían tullidos de por vida a causa de la ruptura de los tendones, otro de los efectos de la enfermedad.

Al verlo, algunas víctimas del experimento se apartaban y se encogían en un rincón de sus celdas sucias. Otros extendían las manos con gesto suplicante y ojos desesperados y mortecinos. Sin duda deliraban, o tenían alucinaciones. Pero claro, la paranoia y el comportamiento irracional eran otro de los síntomas.

Erasmo había instalado y amplificado un nuevo grupo de sensores olfativos para poder experimentar y comparar el hedor que se respiraba en sus laboratorios. Le parecía una parte importante de la experiencia. Después de años realizando pruebas incansablemente y mutando cepas de virus, se sentía orgulloso de sus logros. Era fácil desarrollar una enfermedad que matara a aquellos frágiles seres biológicos. El truco estaba en encontrar una que se extendiera por la población con rapidez, eliminara un elevado porcentaje de víctimas y fuera casi imposible de curar.

El robot y su colega tlulaxa se habían decidido por un retrovirus modificado genéticamente que se propagaba por el aire y que, si bien era algo vulnerable en un entorno exterior, se transmitía con facilidad por las mucosas y las heridas abiertas. Una vez dentro, a diferencia de la mayoría de enfermedades de características similares, afectaba al hígado y empezaba a reproducirse con rapidez y a producir una enzima que transformaba diversas hormonas en compuestos tóxicos que el hígado no podía asimilar.

Inicialmente, la enfermedad provocaba un fallo de las funciones cognitivas que llevaba a un comportamiento irracional y agresivo. ¡Como si los hrethgir necesitaran que los empujaran a comportamientos absurdos!

Dado que en un primer momento los síntomas eran menores, las víctimas infectadas podían seguir funcionando en sociedad durante días antes de saber que estaban enfermas, y contagiar así a otros muchos. Pero una vez que la cantidad de hormonas modificadas empezaba a aumentar en el organismo y la función hepática degeneraba, la segunda etapa era rápida, imparable, y fatal en más de un cuarenta por ciento de los sujetos de estudio. Y cuando el porcentaje de población de los mundos de la Liga cayera en picado en unas pocas semanas, el resto de su sociedad se desintegraría con rapidez.

Qué maravilla, poder presenciarlo y documentarlo. Mientras los mundos de la Liga fueran cayendo, Erasmo esperaba reunir información suficiente para estudiar los próximos siglos, mientras Omnius reconstruía los Planetas Sincronizados.

Erasmo entró en un sector diferente con cámaras herméticas, donde había otro grupo de estudio de cincuenta individuos, y vio con satisfacción que muchos se estaban retorciendo en su agonía o yacían muertos, acurrucados en medio de un charco hediondo de vómito y excremento.

Examinó a cada una de las víctimas, tomando nota de las distintas lesiones de la piel, las llagas abiertas (¿autoinfligidas?), la drástica pérdida de peso y la deshidratación. También examinó a los muertos y estudió la forma en que sus cuerpos se contorsionaban en la muerte. Ojalá hubiera tenido una forma de cuantificar el nivel de agonía que había tenido que aguantar cada uno. Él no era vengativo, simplemente quería un método para erradicar eficazmente a los suficientes humanos para herir de muerte a su Liga. Tanto él como la supermente no veían más que beneficios en imponer un Orden Sincronizado en el caos de los humanos.

Sin duda, la epidemia ya estaba lista.

Por puro hábito, Erasmo amplió la sonrisa en su rostro plateado. Después de hablarlo y hablarlo con Rekur Van, había utilizado sus conocimientos de ingeniería para diseñar contenedores apropiados para la dispersión del virus, unos torpedos que arderían al penetrar en la atmósfera de cada planeta y dejarían escapar aquellos organismos por un mundo infestado de hrethgir. El retrovirus era vulnerable en el aire, sí, pero aguantaría. Y una vez la población quedara expuesta, se extendería con rapidez.

Tras anotar la cifra final de fallecidos, Erasmo dirigió sus brillantes fibras ópticas hacia la ventana de observación. Del otro lado había una pequeña cámara desde la que a veces espiaba a sus víctimas. La ventana estaba revestida con una película, de modo que, con su poca capacidad visual, los humanos solo veían reflejos. El robot varió la longitud de onda y le sorprendió ver que Gilbertus Albans estaba allí dentro, observándole. ¿Cómo había conseguido saltarse los sistemas de seguridad y llegar allí? Su fiel pupilo humano sonrió, porque sabía que lo estaba viendo.

El robot reaccionó con sorpresa y una sensación de urgencia que rayaba el terror.

—Gilbertus, quédate ahí. No te muevas. —Activó los controles pertinentes para asegurarse de que la cámara de observación permanecía sellada y totalmente esterilizada—. Te dije que no debías entrar nunca en estos laboratorios. Son demasiado peligrosos.

—Los sellos están intactos, padre —dijo el hombre.

Estaba musculoso gracias al ejercicio físico, su piel era pura y suave, su pelo espeso.

Y aun así, Erasmo purgó el aire de la cámara y lo sustituyó por aire limpio y filtrado. No podía arriesgarse a que Gilbertus se contagiara. Si su amado humano quedaba expuesto aunque fuera al más insignificante de los organismos de aquella epidemia, podría sufrir terriblemente y morir. Un resultado que el robot no deseaba en absoluto.

Olvidándose por un momento de sus experimentos, sin importarle si destruía los datos equivalentes a una semana de trabajo, Erasmo pasó por cámaras y más cámaras selladas con montañas de cuerpos que esperaban la incineración. No se fijó en los ojos abiertos, en las bocas flácidas, los miembros como insectos enredados, petrificados por el rigor mortis. Gilbertus era diferente de los otros humanos, tenía una mente organizada y eficiente, y se parecía a un ordenador tanto como era biológicamente posible porque él lo había educado personalmente.

Tenía más de setenta años, pero seguía pareciendo un joven gracias al tratamiento de extensión vital al que lo había sometido. No había necesidad de que las personas especiales como Gilbertus degeneraran y envejecieran y Erasmo se había asegurado de que gozaba de todas las ventajas y toda la protección posible.

No tendría que haberse arriesgado entrando en los laboratorios. Era un riesgo inaceptable.

Cuando llegó a la cámara de esterilización, Erasmo se quitó su gruesa túnica azul y la colocó en el conducto de

incineración: siempre podía sustituirla. Roció su cuerpo con potentes productos químicos desinfectantes y antivirales, asegurándose de que penetraban en cada juntura y cada grieta. Luego se secó concienzudamente, y se dispuso a abrir la puerta sellada. Vaciló. Antes de salir, repitió el proceso completo de descontaminación una segunda vez, y una tercera. Toda precaución era poca para salvaguardar la vida de Gilbertus.

Cuando finalmente se plantó ante su hijo adoptivo, aliviado, el robot se sintió extrañamente desnudo sin su exquisito atuendo habitual. Había pensado aleccionar a Gilbertus, advertirle de nuevo del riesgo absurdo que había corrido al presentarse allí, pero una extraña emoción le hizo guardarse sus palabras severas. Ya había regañado suficiente a aquel niño salvaje décadas atrás, cuando su comportamiento era inapropiado. Ahora era un humano plenamente programado que cooperaba. Un ejemplo de lo que podrían llegar a ser los de su especie.

El hombre se alegró tan visiblemente por su entrada que Erasmo sintió una oleada de… ¿orgullo?

—Es hora de jugar nuestra partida de ajedrez. ¿Le apetece?

El robot necesitaba sacarlo de los laboratorios.

—Jugaré a ajedrez contigo, pero no aquí. Debemos alejarnos de las cámaras de epidemia, ir a un lugar donde estés más seguro.

—Pero, padre, ¿no me ha dotado ya de toda la inmunidad que es posible con el tratamiento de extensión vital? Seguro que no corro casi ningún peligro.

—Casi ningún peligro no es igual a «ningún peligro» —dijo Erasmo, sorprendido por aquella preocupación casi irracional que sentía.

Gilbertus no parecía preocupado.

—¿Qué significa estar a salvo? ¿No me ha enseñado usted que eso no es más que una ilusión?

—No argumentes conmigo innecesariamente. Ahora no tengo tiempo suficiente para eso.

—Pero usted me dijo que los filósofos antiguos enseñan que no existe lo que se llama estar a salvo, no para un organismo vivo, ni para una máquina pensante. Así pues, ¿por qué marcharnos? Tal vez me contagiaré, o tal vez no. Y sus mecanismos podrían detenerse en cualquier momento por motivos que no había tenido en cuenta. O tal vez un meteorito caerá del cielo y nos destruirá a los dos.

—Hijo mío, pupilo mío, mi querido Gilbertus, ¿no quieres acompañarme? Por favor. Podemos hablar extensamente sobre el tema. Pero en otro sitio.

—Puesto que es usted tan cortés, otro rasgo del carácter manipulador de los humanos, haré lo que me pide.

Y salió con el robot del recinto abovedado, pasando de las cámaras selladas al exterior, bajo el cielo rojizo de Corrin. Cuando se fueron, el hombre se puso a meditar sobre lo que había visto en los laboratorios.

—Padre, ¿le preocupa alguna vez saber que está matando a tanta gente?

—Es por el bien de los Planetas Sincronizados, Gilbertus.

—Pero son humanos… como yo.

Erasmo se volvió hacia él.

—No hay humanos como tú.

Años atrás, el robot había creado un término especial en honor al proceso de mejora intelectual de Gilbertus, a su destacable capacidad memorístico-organizativa y para el pensamiento lógico.

—Soy tu mentor —había dicho el robot en aquella ocasión—. Tú eres mi *mentado*. Te estoy instruyendo con mi *mentorazgo*. Por tanto, te llamaré por un nombre que he hecho derivar de estos términos. Y lo utilizaré cada vez que

esté especialmente complacido con tu actuación. Espero que lo consideres un término cariñoso.

Gilbertus había sonreído ante los elogios de su maestro.

—¿Un término cariñoso? ¿Y cuál es, padre?

—Serás mi Mentat. —Y así fue.

Ahora, Erasmo dijo:

—Tú comprendes que los Planetas Sincronizados beneficiarán a la raza humana. Por tanto, estos sujetos de estudio no son más que… una inversión. Y me aseguraré de que tú vives lo bastante para cosechar los beneficios de lo que planeo, Mentat mío.

Gilbertus sonrió.

—Esperaré para ver cómo se desarrollan los acontecimientos, padre.

Cuando llegaron a la villa de Erasmo, entraron en el sosegado jardín botánico, un diminuto universo de plantas exuberantes, fuentes pensantes y colibríes…, un santuario privado donde siempre podían compartir unos momentos especiales. Gilbertus, impaciente por empezar, ya había preparado el tablero de ajedrez mientras esperaba a que Erasmo terminara con su trabajo.

El hombre movió un peón. Erasmo siempre dejaba que moviera pieza primero. Le parecía lo justo, un gesto paternal de indulgencia.

—Cada vez que mis pensamientos se enturbian, con el fin de que mi mente siga siendo organizada y eficiente, hago lo que me enseñó. Viajo al interior de mi mente y realizo complicados cálculos matemáticos. Esta rutina me ayuda a aplacar mis dudas y preocupaciones. —Esperó hasta que el robot movió su peón.

—Es perfecto, Gilbertus. —Erasmo le dedicó una sonrisa tan auténtica como pudo—. En realidad, tú eres perfecto.

Unos días más tarde, la supermente convocó a Erasmo en la ciudadela central. Una pequeña nave acababa de llegar con el único humano que podía viajar con impunidad al principal de los Planetas Sincronizados. Un hombre de piel curtida salió de la nave y permaneció junto al pabellón que había ante la ciudadela animada mecánicamente. Como si fuera un organismo vivo, la estructura de metal líquido que albergaba a Omnius podía cambiar de forma, convertirse en una figura alta y siniestra y bajar después a un tamaño más comedido.

Erasmo reconoció a aquel individuo atezado de piel cetrina. Ojos muy juntos, calvo, más grande que un tlulaxa y de aspecto menos furtivo. Incluso ahora, décadas después de su desaparición y supuesta muerte, Yorek Thurr seguía luchando por la destrucción de la raza humana. Se había aliado secretamente con las máquinas pensantes, y ya había causado un daño incalculable a la Liga de Nobles y la preciosa y absurda Yihad de Serena Butler.

Tiempo atrás, Thurr había sido elegido personalmente por Iblis Ginjo como comandante de la policía de la Yihad y había demostrado una habilidad inusual para descubrir a pequeños traidores que cooperaban con las máquinas. Evidentemente, la destacable capacidad de Thurr se derivaba del hecho de que había entregado su lealtad a Omnius a cambio del tratamiento para alargar su vida, aunque cuando lo recibió su cuerpo ya había dejado atrás sobradamente su época dorada.

Durante todos los años que pasó al frente de la Yipol, Thurr había estado enviando cuidadosos informes a Corrin. Su trabajo fue impecable y las cabezas de turco a las que hizo matar eran personas irrelevantes, espías de poca

monta sacrificados para incrementar la importancia de Thurr en la Liga.

Tras la muerte de Iblis Ginjo, luchó durante décadas por reescribir la historia y difamar a Xavier Harkonnen, a la vez que convertía al Gran Patriarca en un mártir. Dirigió el Consejo de la Yihad junto con la viuda de Ginjo, pero cuando llegó el momento de que ocupara su puesto como Gran Patriarca, la viuda lo desbancó y puso a su hijo y más adelante a su nieto en el cargo. Sintiéndose profundamente traicionado, Thurr fingió su propia muerte y fue a ocupar su sitio entre las máquinas pensantes, que le entregaron el planeta sincronizado de Wallach IX para que lo gobernara como creyera más adecuado.

Al ver a Erasmo, Thurr se irguió.

—He venido para que se me informe de nuestro plan para destruir la Liga. Sé que las máquinas sois laboriosas e implacables, pero han pasado más de diez años desde que propuse la idea de las epidemias. ¿Por qué tarda tanto? Quiero que los virus se liberen cuanto antes para ver qué pasa.

—Tú solo nos diste la idea, Yorek Thurr. Pero Rekur Van y yo hemos hecho todo el trabajo —dijo Erasmo.

El hombre calvo frunció el ceño e hizo un gesto de desdén.

—Procederé a mi propio ritmo —profirió Omnius con voz atronadora—, y ejecutaré el plan cuando considere que es el momento.

—Por supuesto, lord Omnius. Pero, dado que me enorgullece haber sido yo quien propuso el plan, tengo curiosidad por ver sus resultados.

—Quedarás satisfecho con los resultados, Yorek Thurr. Erasmo me ha convencido de que la cepa de retrovirus que tienen es lo bastante mortífera para nuestros propósitos,

aunque solo elimina al cuarenta y tres por ciento de los afectados.

Thurr soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Tantos! Nunca ha habido una epidemia tan mortífera.

—Yo considero esta enfermedad ineficaz, puesto que ni siquiera eliminará a la mitad del enemigo.

Los ojos de Thurr destellaron.

—Pero, lord Omnius, no debéis olvidar que habrá muchas víctimas colaterales a causa de las infecciones, la falta de atención médica, el hambre, los accidentes. Incluso si solo mueren dos de cada cinco personas por la epidemia, muchas otras quedarán debilitadas y no habrá suficientes médicos para atenderlos a todos… y mucho menos para ocuparse de otras heridas o enfermedades. ¡Y pensad en el desorden que provocará en los gobiernos, las sociedades, los ejércitos! —De tanta alegría parecía que se iba a atragantar—. La Liga será totalmente incapaz de preparar ninguna ofensiva contra los Planetas Sincronizados, y no podrán defenderse si les atacamos. ¡Cuarenta y tres por ciento! ¡Ja, esto será el golpe de gracia a la raza humana!

—Las extrapolaciones de Yorek Thurr son correctas, Omnius —dijo Erasmo—. En este caso, el carácter impredecible de la sociedad humana causará muchos más daños de los que la tasa de mortalidad del retrovirus podría indicar.

—Pronto tendremos pruebas empíricas —declaró Omnius—. La descarga inicial de cápsulas epidémicas está preparada para su lanzamiento inmediato. La segunda está en proceso de producción.

La expresión de Thurr se iluminó.

—Excelente. Deseo ver ese lanzamiento.

En aquel instante, Erasmo se preguntó si se habría producido algún error en el tratamiento de extensión vital

de Thurr y eso le había trastocado el cerebro, o si ya era así de falso y traicionero desde el principio.

—Ven conmigo —dijo el robot al fin—. Te buscaremos un lugar desde donde puedas ver cómodamente el lanzamiento.

Más tarde, presenciaron el lanzamiento de los temibles proyectiles contra el cielo carmesí y la luz candente del gigante rojo de Corrin.

—Es costumbre que los humanos nos alegremos cuando vemos fuegos artificiales —dijo Thurr—. Desde luego, esto es un espectáculo glorioso. El desenlace será tan inexorable como la gravedad. Nada nos detendrá.

«“Nos”… una elección interesante de las palabras —pensó Erasmo—. Pero no acabo de confiar en él. Su mente está llena de oscuras tramas».

El robot alzó su rostro sonriente de metal líquido al cielo para contemplar una nueva lluvia de torpedos disparados hacia los límites espaciales de la Liga.

9

La gente me recibe como un héroe conquistador. He combatido a cimek y derrotado a máquinas pensantes. Pero no dejaré que mi legado quede solo en eso. Esto es solo el principio.

PRIMERO QUENTIN BUTLER, *Memorias de la liberación de Parmentier*

Después de recuperar Honru de manos de las máquinas pensantes, Quentin y sus tropas pasaron un mes en el planeta, limpiando, ayudando en la reconstrucción de las ciudades, asistiendo a los supervivientes. La mitad de los mercenarios de Ginaz se quedarían para supervisar la transición y eliminar posibles reductos robóticos.

Cuando estos preparativos estuvieron listos, el primero Butler y sus dos hijos mayores partieron hacia el cercano planeta de Parmentier con el grueso de las naves de la Yihad. Los soldados tendrían un merecido descanso, y Rikov estaba deseando volver con su esposa y su hija.

Antes de que la conquista de Honru extendiera las fronteras de la Liga hacia territorio de las máquinas, Parmentier era el planeta más próximo a los límites con los Planetas Sincronizados. Con el paso de las décadas, los colonos humanos habían hecho notables progresos en la recuperación de aquel mundo, a pesar de los años de

ocupación enemiga. Las rígidas industrias sincronizadas habían sido eliminadas, se había dispuesto de los residuos tóxicos y químicos, se había restablecido un sistema agrícola, se habían plantado bosques, los ríos habían sido dragados y se había modificado su curso.

Aunque Rikov Butler seguía pasando buena parte del tiempo sirviendo al ejército de la Yihad, también era el gobernador apreciado y eficaz de aquel asentamiento. En aquellos momentos, esperaba junto a su padre en el puente de la ballesta insignia, y sonrió cuando la imagen serena del planeta —su hogar— apareció en pantalla.

—Estoy impaciente por ver a Kohe —musitó junto al asiento de mando—. Y me acabo de dar cuenta de que Rayna ya ha cumplido once años. Me he perdido buena parte de su infancia.

—Recuperarás el tiempo perdido —dijo Quentin—. Quiero que tengas más hijos, Rikov. No me basta con una nieta.

—Y no podrás tener más hijos si nunca te quedas a solas con tu mujer —dijo Faykan dándole un codazo a su hermano —. Si necesitas intimidad no te preocupes, seguro que encontraremos alojamiento en la ciudad.

Rikov rio.

—Mi padre y mi hermano siempre serán bienvenidos en nuestra casa. Desde luego, si os echo, Kohe no me recibiría muy bien en su cama.

—Haz lo que debas hacer, Rikov —dijo Quentin con fingida gravedad—. Tu hermano mayor no parece tener intención de casarse.

—De momento no —dijo Faykan—. Aún no he encontrado una mujer que me proporcione los contactos políticos que busco. Pero lo haré.

—Qué romántico.

Rikov y Kohe tenían una hermosa finca en una colina que dominaba la ciudad principal de Parmentier, Niubbe. Con el

tiempo, y gracias al gobierno eficaz de Rikov, sin duda Parmentier se convertiría en un poderoso mundo de la Liga.

Cuando la flota de naves amarró y los soldados y mercenarios se fueron de permiso, Quentin acompañó a sus hijos a la mansión del gobernador. Kohe, que no era mujer que diera grandes muestras de efusividad en público, recibió a su marido con un casto beso. Rayna, la hija, una niña de ojos grandes y pelo pajizo que prefería la compañía de los libros a los amigos, salió a recibirlos. En la casa tenían un elaborado altar a los tres mártires. En unos cuencos especiales había luminosas caléndulas en memoria a Manion el Inocente.

Pero si bien Kohe Butler era una mujer devota que rezaba a diario y seguía los preceptos religiosamente, no era una fanática como los martiristas que se habían establecido allí. El pueblo de Parmentier recordaba los años de opresión vividos con las máquinas pensantes y por eso se decantaba con tanta facilidad hacia las religiones de carácter más beligerante.

Kohe tampoco permitía que su familia ni el personal que trabajaba en su casa consumieran melange.

—Serena Butler no la utilizaba, por tanto, nosotros tampoco debemos hacerlo.

Cuando se encontraba fuera en alguna misión, Rikov se entregaba ocasionalmente a aquel popular vicio, pero cuando estaba en casa con su esposa procuraba comportarse.

La joven Rayna se sentó a la mesa, tan callada, y con unas maneras impecables.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó Kohe a su esposo.

Sintiéndose magnánimo, Quentin se puso muy derecho.

—Faykan no tiene nada mejor que hacer que seguirme arriba y abajo destruyendo máquinas. Pero Rikov tiene otras

obligaciones. Lo he separado de ti durante demasiado tiempo, Kohe. El gobierno de Parmentier es como mínimo igual de importante que servir en el ejército de la Yihad. Por tanto, bajo la autoridad que se me otorga como primero, le concedo un permiso especial de al menos un año para que pueda cumplir con sus obligaciones como líder político, marido y padre.

Quentin se sintió maravillosamente al ver la expresión sorprendida y complacida de Kohe y Rayna. Rikov estaba tan sorprendido que no sabía qué decir.

—Gracias, señor.

Quentin sonrió.

—Dejémonos de formalidades, Rikov. Al menos en tu casa creo que puedes llamarme padre. —Apartó su plato, sintiéndose en paz, y bastante somnoliento. Aquella noche descansaría en una cama blandita en lugar del catre de su camarote de primero—. En cuanto a ti, Faykan, nos tomaremos una semana para descansar y reunir provisiones. Y lo mismo el resto de soldados y mercenarios. Las máquinas no son las únicas que necesitan recargar sus fuentes de alimentación. Después partiremos.

Faykan hizo una leve reverencia.

—Una semana es de lo más generoso.

Durante los días que pasó de permiso, Quentin divirtió a la familia de Rikov con sus hazañas durante la defensa de Ix, hablando del tiempo que pasó enterrado bajo los escombros. Según confesó, aún se ponía nervioso cuando estaba en un lugar oscuro y cerrado. Luego habló de su encuentro con la titán Juno cuando dirigía un grupo de exploración para rescatar humanos en el planeta caído de Bela Tegeuse, y de cómo huyó.

Su auditorio se estremeció. Los cimek resultaban más misteriosos y temibles que los tradicionales robots. Afortunadamente, desde que se volvieron en contra de Omnius, los titanes no habían causado apenas problemas.

Rayna escuchaba con los ojos muy abiertos, sentada a un extremo de la mesa. Quentin le sonrió.

—Dime, Rayna, ¿qué piensas de las máquinas?

—¡Las odio! Son demonios. Si no podemos destruirlas nosotros, seguro que Dios las castigará. Eso es lo que dice mi madre.

—A menos que Dios las haya enviado contra nosotros como castigo por nuestros pecados —dijo Kohe con tono aleccionador.

Los ojos de Quentin fueron de la madre a la hija, luego a Rikov.

—¿Has visto alguna vez una máquina pensante, Rayna?

—Las máquinas están por todas partes —dijo la niña—. Es difícil saber cuáles son las malas.

Arqueando las cejas, Quentin miró con orgullo a Rikov.

—Algún día será una buena cruzada.

—O una política —comentó Rikov.

—Oh, bueno, supongo que en la Liga hacen falta las dos cosas.

Quentin decidió que cuando su batallón partiera regresarían a Salusa Secundus. Siempre había asuntos que tratar con el gobierno de la Liga y el Consejo de la Yihad, y ya había pasado un año y medio desde la última vez que visitó a la silenciosa Wandra en la Ciudad de la Introspección.

En el transcurso de una sola tarde, mercenarios y yihadíes fueron regresando en lanzaderas a las naves que esperaban en órbita. Quentin abrazó a Rikov, Kohe, Rayna.

—Hijo mío, sé que añoras los viejos tiempos, cuando tú y tu hermano erais soldados temerarios. Yo también lo hice en mi juventud. Pero piensa en tus responsabilidades para con el pueblo de Parmentier y con tu familia.

Rikov sonrió.

—No te lo discutiré, desde luego. Quedarme aquí, en paz, con Kohe y Rayna es una misión muy satisfactoria. Este planeta está bajo mi administración. Es hora de que siente cabeza y lo convierta de verdad en mi hogar.

Quentin se puso su gorra de capitán y, tras subir a la lanzadera, partió hacia su nave insignia. Las naves realizaron los controles habituales en preparación para la partida. Cada ballesta y jabalina se había aprovisionado de suministros y combustible, y estaba preparada para iniciar el largo viaje de regreso al mundo capital de la Liga. Cuando salieron de órbita y se estaban preparando para abandonar el sistema de Parmentier, los técnicos detectaron la llegada de una lluvia de pequeños proyectiles, algo parecido a una tormenta de meteoritos, solo que la dirección que seguían no parecía aleatoria.

—¡Tenemos que suponer que son armas enemigas, señor!

—¡Den la vuelta y alerten a las defensas planetarias! —gritó Quentin—. A todas las naves, volvemos atrás, a Parmentier. —Aunque sus soldados respondieron de inmediato, Quentin supo que no llegarían a tiempo. Los torpedos, que obviamente eran artificiales, iban directos hacia Parmentier.

Abajo, en la superficie, Rikov hizo sonar las alarmas y los sensores siguieron la trayectoria de los proyectiles. Las naves de la Yihad se acercaron velozmente para destruir al intruso mecánico.

Pero los proyectiles se desintegraron en la atmósfera. No provocaron ningún daño. Ni uno solo llegó a tierra.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Faykan inclinándose por encima del hombro de un técnico de sensores.

—Aconsejo que nos quedemos y realicemos un análisis completo —dijo Quentin—. Pongo mis naves a tu disposición, Rikov.

Sin embargo, su hijo rechazó la oferta.

—No es necesario, primero. Fueran lo que fuesen, no han causado daños. Incluso si los envían las máquinas, no ha funcionado…

—Aun así es mejor que lo compruebes —replicó Quentin—. Omnius está tramando algo.

—Parmentier tiene modernos laboratorios y material de inspección, señor. Podemos hacerlo solos. Y tenemos una fuerza de defensa local plenamente equipada. —Para Rikov se trataba de una cuestión de orgullo.

Quentin, que seguía en órbita, estaba inquieto, sobre todo porque uno de sus hijos estaba allá abajo. Evidentemente, los proyectiles eran automáticos. Y por alguna razón su objetivo era Parmentier, el mundo de la Liga más cercano a los Planetas Sincronizados.

—Quizá no ha sido más que un experimento con aparatos teledirigidos —dijo Faykan.

A lo largo de su carrera, Quentin había visto cometer actos mucho peores a las máquinas pensantes. Y sospechaba que había algo más detrás de todo aquello.

—Quiero que el planeta permanezca en alerta máxima —dijo por el transmisor a Rikov—. Esto podría ser solo un preludio.

Durante los dos días siguientes, Quentin dispersó sus naves formando una línea defensiva como precaución en los límites del sistema, pero no llegaron más torpedos de los abismos espaciales. Finalmente, y ya más tranquilo, no vio razón para seguir allí y, tras despedirse una vez más de

Rikov, se alejó con sus naves en dirección a Salusa Secundus.

10

> El universo nos desafía constantemente con más oponentes de los que podemos manejar. Así pues, ¿por qué siempre hemos de granjeamos más enemigos entre los nuestros?
>
> MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

Aunque un terrible tsunami había matado a la mayor parte de la población y arrasó toda la vegetación del archipiélago, después de casi seis décadas densas junglas cubrían de nuevo las islas de Ginaz. Poco a poco la gente había ido volviendo, aspirantes a mercenarios que querían aprender el arte de la lucha desarrollado por el legendario Jool Noret.

Ginaz siempre había sido cuna de mercenarios para la Yihad, de grandes guerreros que combatían a las máquinas pensantes en sus propios términos, mediante sus propias técnicas, en lugar de ceñirse a la burocracia reglamentada del ejército de la Yihad. En Ginaz la tasa de muertes era muy alta, y el número de héroes desproporcionado.

Istian Goss había nacido en el archipiélago y formaba parte de la tercera generación de supervivientes de la gran catástrofe, almas valientes que habían luchado para repoblar su mundo. El joven quería pasar su vida luchando para liberar a humanos esclavizados por las máquinas;

había nacido para eso. Mientras pudiera tener varios hijos antes de perder la vida, moriría contento.

Chirox, el robot de combate con múltiples brazos, avanzó por la playa, con su cuerpo flexible de metal erguido. Volvió sus brillantes fibras ópticas hacia el grupo de alumnos.

—Habéis terminado el programa de instrucción. —La voz del mek era neutra y poco sofisticada, a diferencia de la de modelos más avanzados. Había sido diseñado con unas aptitudes para la comunicación y la personalidad muy rudimentarias—. Todos habéis demostrado vuestra capacidad frente a mis técnicas de lucha avanzadas. Sois oponentes dignos para las verdaderas máquinas pensantes. Como Jool Noret. —Chirox señaló con uno de sus brazos armados hacia un pequeño promontorio de roca volcánica donde habían construido un altar con un ataúd de plazcristal. En su interior, reposaba el cuerpo reconstruido de Noret, fundador involuntario de la nueva escuela de maestros de armas.

Todos los alumnos se volvieron a mirar. Istian se acercó un paso más que los otros, con reverencia, acompañado por su amigo y compañero de entrenamientos, Nar Trig.

—¿No te gustaría haber vivido hace décadas para haber podido entrenar a las órdenes del mismísimo Noret? —dijo con expresión maravillada.

—¿En vez de las de una maldita máquina? —gruñó el otro —. Sí, habría estado bien. Pero me alegro de vivir ahora, cuando estamos mucho más cerca de derrotar a nuestro enemigo… en todas sus encarnaciones.

Trig era descendiente de los humanos que habían huido de la colonia Peridot cuando las máquinas la invadieron ochenta años atrás. Sus padres estaban entre los esforzados humanos que trataban de reconstruir de nuevo la colonia, pero él no creía que su sitio estuviera allí. Sentía un

profundo odio por las máquinas, y había dedicado su vida y su energía a aprender a luchar contra ellas.

A diferencia de Istian, que tenía la piel dorada y una espesa mata de pelo de color cobrizo, Trig era bajito y recio, con pelo oscuro, hombros anchos y una poderosa musculatura. Como compañeros de entrenamiento, estaban igualmente capacitados, y utilizaban sus espadas de impulsos, diseñadas para descodificar los cerebros de circuitos gelificados de los robots de combate. Cuando Trig se enfrentaba al *sensei* mek, su ira y su apasionamiento se inflamaban y luchaba con una entrega y un desinterés por su seguridad que le convirtieron en el alumno más destacado de su grupo.

En una ocasión, después de una sesión de entrenamiento especialmente intensa, el propio Chirox le había elogiado.

—Nar Trig, solo tú has descubierto la técnica de Jool Noret de dejarte llevar por el combate, eliminando cualquier preocupación por tu integridad personal o tu supervivencia. Esa es la clave.

El elogio no hizo que Trig se sintiera orgulloso. Chirox había sido reprogramado y ahora luchaba del lado de los humanos, pero para él seguía siendo una máquina. Istian ya tenía ganas de que se fueran de Ginaz, así su amigo podría volver su ambición y su rabia contra el verdadero enemigo, y no contra aquel adversario ficticio…

Chirox siguió hablando al grupo de jóvenes y decididos guerreros.

—Al derrotarme, cada uno de vosotros ha demostrado que es digno y está preparado para combatir a las máquinas pensantes. Por lo tanto, os nombro guerreros de la Yihad santa.

El mek de combate retrajo sus apéndices armados, dejando únicamente dos brazos manipuladores que le daban un aspecto más humanoide.

—Antes de enviaros al servicio activo para la Yihad, seguiremos la tradición de Ginaz y celebraremos una ceremonia establecida mucho antes de los tiempos de Jool Noret.

—El mek no sabe lo que está haciendo —musitó Trig—. Las máquinas no comprenden el sentido del misticismo y la religión.

Istian asintió.

—Pero está bien que Chirox honre nuestras creencias.

—Él lo único que hace es seguir un programa, repetir las palabras que ha oído pronunciar a los humanos. —Y aun así, Trig avanzó sobre la arena junto con el resto de alumnos cuando Chirox se acercó a las tres grandes canastas llenas de discos de coral, como cofres del tesoro llenos de monedas. Cada uno de aquellos pequeños discos llevaba grabado el nombre de algún guerrero caído de Ginaz; y algunos estaban en blanco. Después de siglos y siglos de lucha, los mercenarios creían que aquella misión era tan poderosa que literalmente mantenía sus espíritus guerreros con vida. Cada vez que uno de ellos moría en combate, su espíritu renacía en un guerrero potencial.

En teoría, aquellos aspirantes, incluidos Istian Goss y Nar Trig, llevaban en su interior el espíritu dormido de otro guerrero que esperaba a que lo despertaran para seguir con la lucha, hasta que consiguieran la victoria total. Solo entonces podrían descansar en paz. Conforme el número de víctimas aumentaba en aquella larga Yihad de Serena Butler, las canastas se llenaban con más y más discos, y sin embargo el número de aspirantes también aumentaba, de modo que cada año los nuevos aspirantes aceptaban sus espíritus y cada generación tenía más empuje que la anterior, lo que los convertía en una fuerza tan implacable como las máquinas.

—Ahora cada uno de vosotros escogerá un disco —dijo Chirox—. El destino guiará vuestra mano para ayudaros a descubrir la identidad del espíritu que habita en vuestro interior.

Los aspirantes apenas se movieron; estaban nerviosos, ninguno quería ser el primero. Al ver que sus compañeros dudaban, Trig dedicó una mirada inexpresiva al mek de combate y se inclinó sobre la canasta que tenía más cerca. Cerró los ojos y metió la mano, y se puso a moverla entre los pequeños discos. Finalmente, cogió uno al azar. Lo sacó, miró el nombre y asintió con expresión reservada.

Nadie esperaba que reconocieran los nombres porque, aunque entre los mercenarios había figuras legendarias, eran muchos los que morían dejando solo sus nombres. En Ginaz, se llevaba un registro cuidadoso de todos los fallecidos, y estos registros se guardaban en cámaras acorazadas. Todo mercenario que lo deseara podía recurrir a aquella inmensa base de datos para buscar información sobre el espíritu que llevaba en su interior.

Cuando Trig se apartó, Chirox indicó al siguiente aspirante que cogiera una pieza, luego al siguiente. Istian fue uno de los últimos y, cuando finalmente le llegó el turno, vaciló, temblando por la curiosidad y la renuencia. Ni siquiera conocía la identidad de sus padres. En Ginaz muchos niños se criaban en guarderías, en grupos comunales de entrenamiento cuya única misión era formar luchadores que dieran honor al archipiélago. Por fin iba a conocer el nombre de aquella presencia intangible que sentía correr por sus venas, el espíritu que guiaba sus pasos, su desarrollo como guerrero, su destino.

Hundió la mano bien adentro en la segunda canasta y movió los dedos, tratando de sentir si alguno de aquellos discos le llamaba. Miró a Trig, y luego al rostro inexpresivo de metal de Chirox, consciente de que tenía que escoger el

correcto. Finalmente, la superficie de un disco le pareció más fría que las otras, sintió que conectaba con las espirales de las yemas de sus dedos. Lo sacó.

El resto de discos, los que no había sacado nadie, quedaron quietos en la canasta. Istian bajó la vista para mirar el nombre… y el disco casi se le cayó de la sorpresa. Pestañeó. Se notaba la garganta seca. ¡No podía ser! Siempre se había sentido orgulloso de sus capacidades, siempre había sabido que llevaba algo grande en su interior, como todos los aspirantes. Pero, aunque tenía talento, no era sobrehumano. No podría estar a la altura de algo así.

Otro de los aspirantes se inclinó para mirar al ver la reacción de perplejidad de Istian.

—¡Jool Noret! ¡Ha sacado a Jool Noret!

Mientras sus compañeros se exclamaban, Istian musitó:

—No puede ser. Debo de haber elegido el disco equivocado. Este espíritu… es demasiado poderoso para mí.

Pero Chirox hizo girar su torso metálico y sus fibras ópticas brillaron con intensidad.

—Me alegra que hayas vuelto con nosotros para continuar la lucha, maestro Jool Noret. Ahora estaremos mucho más cerca de la victoria contra Omnius.

—Tú y yo lucharemos lado a lado —le dijo Nar Trig a su amigo—. Quizá hasta podamos superar a la leyenda a la que debes hacer honor.

Istian tragó con dificultad. No tenía más remedio que aceptar la dirección de aquella presencia que hasta entonces había guardado silencio en su interior.

11

Aquellos que lo tienen todo no valoran nada. Los que no tienen nada lo valoran todo.

RAQUELLA BERTO-ANIRUL, *Valoraciones sobre revelaciones filosóficas*

Si Omnius volvía con una fuerza militar completa, Richese estaba perdido. Al escapar, el odioso robot Seurat sin duda habría proporcionado a la supermente información vital sobre los titanes rebeldes. Las máquinas evaluarían sus fracasos pasados y calcularían la necesidad de una flota mucho mayor, aceptarían un mayor número de pérdidas y regresarían con las suficientes naves y la suficiente potencia de fuego para aniquilar las instalaciones de los cimek. No tenían ninguna posibilidad.

El general Agamenón no creía que le quedara más de un mes.

Él y sus seguidores cimek tenían que irse, pero no podía escapar como un perro asustado y quedarse en el planeta disponible más cercano, que tal vez sería defendido con uñas y dientes por los hrethgir o incluso por otras máquinas. No, no tenía la suficiente información ni el personal para buscar y someter otro mundo.

Gracias a sus mil años de experiencia como comandante, comprendía la necesidad de un trabajo concienzudo de

inteligencia y un análisis detenido de las posibilidades. Solo quedaban tres de los titanes originales; no podía permitirse riesgos innecesarios. Había vivido más de once siglos, y sin embargo valoraba su vida más que nunca.

Juno, su amante, tenía ambiciones y objetivos similares. Tras regresar del otro planeta cimek, Bela Tegeuse, se reunió con él en su extensa fortaleza de Richese y lo miró, haciendo girar la torreta de su cabeza para que viera sus brillantes fibras ópticas. Incluso con aquella extraña configuración no humana, su cerebro y su personalidad le parecían hermosos.

—Amor mío, ahora que nos hemos liberado del yugo de Omnius, necesitamos nuevos territorios, nuevas poblaciones que dominar. —La voz simulada de la titán tenía un toque sonoro y musical—. Pero no somos bastantes para enfrentarnos ni a los hrethgir ni a los Planetas Sincronizados. Y las máquinas pensantes volverán a Richese muy pronto.

—Al menos a nosotros tres Omnius no puede destruirnos.

—¡Flaco consuelo! Omnius destruirá todo lo que hemos creado, eliminará a nuestros seguidores y separará nuestros contenedores cerebrales de nuestras formas móviles. Incluso si no morimos, podría despojarnos de nuestros mentrodos y dejarnos en un infierno eterno de privación sensorial. Sería peor que estar muertos… ¡no serviríamos para nada!

—Eso nunca. Antes te mataría yo mismo que permitir que eso pase —dijo Agamenón con una voz grave y resonante que hizo que las columnas de la espaciosa cámara vibraran.

—Gracias, amor mío.

Con una velocidad imponente, Agamenón pasó con su forma móvil bajo la arcada, dando instrucciones a los neos para que le prepararan su nave más veloz.

—Tú y Dante os quedaréis aquí para apuntalar nuestras defensas. Mientras, yo buscaré otro mundo que podamos gobernar. —Hizo destellar sus fibras ópticas, enviando una constelación de imágenes de Juno a su cerebro—. Con un poco de suerte, Omnius no podrá encontrarnos durante un tiempo.

—No me hables de suerte… prefiero confiar en tus excepcionales capacidades.

—Es posible que necesitemos las dos cosas.

Alejándose de Richese con una aceleración que habría matado a cualquier frágil humano, el titán viajó al encuentro de su contacto secreto en el imperio de las máquinas.

Wallach IX era un Planeta Sincronizado insignificante en el que Yorek Thurr dominaba a un patético rebaño de esclavos humanos. Durante décadas, Thurr había sido una fuente de información fiable pero subrepticia sobre Omnius y la Liga de Nobles. Había informado a Agamenón del regreso de la largamente perdida Hécate y su inesperado apoyo a la causa hrethgir, y le informó de la ruta de Venport y la odiada hechicera Cenva, lo que permitió que Beowulf les tendiera una emboscada en el sistema de Ginaz. A Thurr no le inquietaba lo más mínimo jugar a tres bandas.

El general titán se había instalado cómodamente en una extravagante nave hecha con estructuras inquietantemente angulosas, con un arsenal completo de armas exóticas y poderosos brazos. Le servía a la vez como nave y como forma móvil. Cuando aterrizó en una plataforma descubierta en Wallach IX, desplegó unos pies planos y poderosos, reconfiguró el cuerpo robótico y se irguió, adoptando una nueva forma igual de imponente. Sí, puede que el consejo de Thurr fuera útil, pero no acababa de fiarse de él.

Los cautivos humanos retrocedían asustados a su paso mientras avanzaba pesadamente por las avenidas en dirección a la imponente ciudadela que Thurr había

construido cuando se nombró a sí mismo rey del planeta. Aunque aparentemente Wallach IX seguía siendo un Planeta Sincronizado, Thurr decía haber evitado los controles externos de la supermente y haberlos manipulado para mantener su encarnación local tortuosamente aislada y engañada, con una programación que era obra suya.

A Agamenón eso no le preocupaba. Si la supermente tenía ojos espía secretos que pudieran demostrar la duplicidad de aquel humano, sería él sólito quien se enfrentaría a la ejecución. Después de todo, los cimek rebeldes ya tenían sobre sus cabezas una sentencia de muerte.

Dado que su forma móvil era tan inmensa, tuvo que ir moviendo sus brazos blindados ante él para derribar paredes y arcadas y poder entrar en la ciudadela. No estaba de más hacer una demostración de fuerza y poner a aquel traidor en su sitio.

Cuando entró en la sala del trono que Thurr había diseñado, el hombre no parecía ni preocupado ni intimidado. Estaba sentado en su trono chillón y elaborado, y miró al cimek con escepticismo.

—Bienvenido, general Agamenón. Siempre es un placer recibir a tan distinguido visitante.

Thurr había construido su trono sobre una tarima maciza. La silla y el pedestal estaban hechos con huesos reforzados con polímero; largos fémures formaban el asiento y la base estaba hecha con cráneos redondeados. El diseño parecía innecesariamente bárbaro, pero a Thurr le gustaban las imágenes que evocaba.

Una de las paredes estaba cubierta con vitrinas en las que se exponían armas exóticas. Por un momento, Agamenón se quedó mirando, distraído por la belleza de una antigua pistola de proyectiles. El trabajo realizado en el mango de hueso era exquisito, y los grabados describían las

muertes que había causado el arma. Durante años, Agamenón había coleccionado armas similares, más por su potencial como reliquias que por el daño que pudieran causar.

—¿Tienes algo que ofrecerme, general? —Thurr suspiró—. ¿O vienes a pedirme un favor?

—Yo nunca pido favores. —Agamenón abrió sus poderosos brazos y expandió el tronco de su forma móvil, como un pájaro ahuecando las alas—. De alguien como tú yo exijo que me asista y tú debes estar encantado de hacerlo.

—Eso siempre. Podría ofrecerte una copa, pero sería un desperdicio utilizar un vino de buena cosecha contigo.

—Tenemos electrolíquido fresco siempre que queremos. No estoy aquí por eso. Necesito copia de tus archivos de inteligencia, tus mapas astronómicos y las valoraciones geográficas sobre otros planetas. Debo decidir qué mundo quiero conquistar.

—En otras palabras, quieres abandonar Richese antes de que Omnius vuelva para destruirte. —Thurr rio con disimulo por su perspicacia; no dejaba de moverse por el entusiasmo—. Los cimek hacéis bien en planificar las cosas de antemano y reforzar vuestras defensas, porque dentro de poco Omnius habrá derrotado definitivamente a los hrethgir y quedarán absorbidos por los Planetas Sincronizados.

—Eso es mucho decir. La Yihad ya hace casi un siglo que dura.

—Ah, pero gracias a mí, las máquinas pensantes han cambiado de táctica. ¡Una idea mía! —Se pavoneó con orgullo—. Recientemente Corrin ha lanzado una potente arma biológica. Estamos convencidos de que la epidemia se extenderá por los mundos de los hrethgir y exterminará a poblaciones enteras.

La noticia sorprendió a Agamenón.

—Desde luego, disfrutas matando y provocando dolor y sufrimiento, Yorek Thurr. En otros tiempos, el mismísimo Ajax te habría reclutado.

Thurr sonrió.

—Eres muy amable, general Agamenón.

—¿Y no te preocupa que puedas contagiarte? Cuando Omnius sepa de tu engaño, te dejará morir aquí, en Wallach IX. —Pensó en su hijo Vorian y se preguntó si sucumbiría ante la epidemia, aunque el tratamiento para prolongar la vida habría mejorado notablemente su sistema inmunitario.

Thurr agitó una mano.

—Oh, nunca habría aconsejado que desataran la epidemia sin antes haber sido inmunizado. La vacuna me provocó una extraña fiebre durante varios días, pero desde entonces mis pensamientos han sido… más claros, más definidos. —Sonrió, mientras se masajeaba la piel lisa de la cabeza—. Es bonito poder dejar una impronta en la historia de todos los tiempos. Estas epidemias demostrarán mi influencia más que ninguna otra cosa que haya hecho. Por fin podré sentirme satisfecho por mis logros.

—Eres un hombre avaricioso, Yorek Thurr. —Agamenón hizo que su inmenso cuerpo mecánico se acercara a los estantes donde estaban expuestas las armas—. Culminaste con éxito todo lo que te propusiste, primero con la Yipol, luego dirigiendo a la Liga desde detrás de las faldas de Camie Boro-Ginjo y ahora como rey de tu propio mundo.

—¡No es suficiente! —Thurr se levantó de su trono de cráneos—. Solo llevo unas décadas gobernando este planeta y ya se ha convertido en algo tedioso y absurdo. Me oculto dentro de las fronteras del Imperio Sincronizado, y por eso nadie sabe todo lo que he logrado. En Salusa Secundus, estuve al frente de la policía de la Yihad durante años, pero nadie pensaba en mí. Todos creían que el cerebro que lo movía todo era el Gran Patriarca. ¡Ja! Y luego atribuyeron el

mérito a su viuda y al marica de su hijo. Quiero dejar mi huella en algo.

Agamenón lo entendía, pero la ambición y el orgullo de aquel hombrecillo seguían pareciéndole pintorescos y divertidos.

—Pues entonces será mejor que me ayudes, Yorek Thurr, porque cuando llegue la nueva Era de los Titanes y mi imperio cimek abarque muchos planetas, nuestra historia te recordará como un elemento importante.

Caminó hasta las vitrinas de exposición de las armas, arrancó la puerta de sus goznes y metió un brazo.

—¿Qué haces? —preguntó Thurr con tono apremiante—. Ten cuidado. Esas piezas son muy antiguas y valiosas.

—Te pagaré lo que valga. —Agamenón cogió la pistola de proyectiles que había estado admirando.

—Eso no está en…

—Todo tiene un precio. —El titán abrió un compartimiento en su cuerpo y guardó el arma en su interior. Allí dentro tenía otros recuerdos, diferentes artefactos diseñados para matar que había empezado a coleccionar. Mientras Thurr lo miraba indignado, cerró el compartimiento—. Mándame una factura.

Los ojos del hombre destellaron.

—Quédatela, es un regalo. Y ahora, general, ¿qué quieres? ¿Más planetas que gobernar? Cuando la epidemia se extienda, tendrás ocasión de invadir y asegurarte otros mundos de la Liga. Los planetas de los hrethgir no tardarán en convertirse en una tumba y todo ese territorio quedará disponible. Podrás recoger los pedacitos que quieras.

—No me interesa. Soy un conquistador, no un carroñero. Necesito una nueva plaza fuerte. Ahora, y que no tenga una fuerza militar suficiente para defenderse. Mis motivos no son de tu incumbencia. Lo único que tienes que hacer es

darme una respuesta antes de que pierda la paciencia y te mate.

—Bueno, bueno, así que Agamenón quiere sentirse seguro y protegido. —Thurr volvió a sentarse en su trono de cráneos, muy tranquilo, y unió los dedos de las manos mientras meditaba. Al poco, una enorme sonrisa apareció en su cara—. Ah, hay otra alternativa. Conociéndoos como os conozco a vosotros y vuestras pullas, seguro que os parece satisfactoria.

—Hemos hecho muchos enemigos a lo largo de los siglos. —Agamenón caminó arriba y abajo con su monstruosa forma móvil, agrietando las baldosas bajo su enorme peso.

—Sí, pero esto es diferente. ¿Por qué no ir a Hessra y destruir a los pensadores de la Torre de Marfil? Si lo miras por el lado práctico, tienen plantas de fabricación de electrolíquido que os serán muy útiles. Aunque creo que el simple hecho de eliminarlos sería satisfacción suficiente.

Agamenón movió su cabeza articulada arriba y abajo. Los pensamientos se movieron con rapidez por su antiguo cerebro.

—Tienes razón, Thurr. Un ataque sobre Hessra no atraerá la atención inmediata ni de Omnius ni de los hrethgir. Y el solo hecho de aplastar a esos fastidiosos pensadores sería un placer.

12

> El ser humano lucha por tener un respeto y una dignidad. Se trata de un tema recurrente en sus interacciones personales a todos los niveles, desde las bandas callejeras al Parlamento. Ha habido guerras de religión por esta causa, que es muy simple en la teoría pero compleja en la práctica.
>
> SERENA BUTLER, comentarios de su última entrevista

Como comandante supremo del ejército de la Yihad, Vorian Atreides podía haber conseguido un buen alojamiento para él y Leronica, una mansión o una finca. La Liga los habría acomodado gustosa por todos sus años de servicio… más que una vida entera.

Años atrás, había ofrecido a Leronica una casa opulenta, pero ella prefirió algo pequeño y sencillo, cómodo pero no extravagante.

Y le encontró un apartamento en el distrito interplanetario de Zimia, una zona de la ciudad donde convivían gran variedad de culturas y que a ella siempre le resultó fascinante.

Cuando trajo a su familia a Salusa, Vor le prometió todas las maravillas imaginables. Había hecho honor a su palabra, pero ella no había querido aceptar casi ninguna. Nunca había dejado de ser dulce y amorosa con él. Siempre

esperaba su regreso, con una constancia inquebrantable, y cuando estaban juntos demostraba un gran placer.

En aquellos momentos, mientras caminaba de camino a su casa por el barrio, con provisiones y pequeños regalos de Caladan, Vor oía hablar diferentes lenguas, lenguas que conocía por sus viajes: el acento gutural de Kirana III, el idioma cantarín de los refugiados de Chusuk, incluso dialectos de esclavos que se habían originado en planetas que estuvieron bajo el dominio de las máquinas.

Sonriendo por la expectación, Vor subió los escalones de aquel edificio de madera tan bien conservado, fue hasta la quinta planta y entró. Su piso de cuatro habitaciones era sencillo y correcto, y los únicos elementos decorativos eran algunas piezas de anticuario y hologramas donde se describían sus victorias militares más importantes.

En la cocina, en la parte posterior del piso, Vor encontró a Leronica cargada con un par de bolsas de la compra que parecían demasiado pesadas para sus brazos delgados. Recientemente había cumplido noventa y tres años, y los aparentaba, porque nunca había sido una mujer vanidosa. Y sin embargo, insistía en hacer personalmente la compra y tener su propia vida social cuando Vor se ausentaba en sus largas misiones.

Para mantenerse ocupada, Leronica hacía pequeños trabajos para los vecinos, aunque nunca los cobraba, porque no necesitaba el dinero. En Salusa los trabajos artesanales y los objetos de fabricación casera se valoraban mucho, porque los que se fabricaban en cadena recordaban a los humanos la precisión mecánica. Las colchas de Leronica estaban muy solicitadas, y describían escenas del exótico Caladan.

Vor corrió a abrazarla, sonriente, y de paso le quitó las bolsas de las manos y las dejó en una mesa. Miró sus oscuros ojos del color de pacanas, que seguían pareciendo

jóvenes, en medio del óvalo arrugado de su cara. La besó con apasionamiento, porque no veía ante él a una mujer vieja, sino a la persona de la que se había enamorado hacía décadas.

Ella acarició sus cabellos encanecidos artificialmente mientras se abrazaban.

—He descubierto tu secreto, Vorian, y me parece que tus canas son de bote. —Rio—. ¡No hay muchos hombres que utilicen tinte para parecer más viejos! Tu verdadero pelo sigue siendo tan oscuro y sano como cuando te conocí, ¿verdad?

Vorian se sintió disgustado, pero no lo negó. Aunque nunca lograría aparentar los ciento trece años que tenía, se teñía el pelo para que no se viera una diferencia tan abismal entre él y Leronica. Y la barba incipiente también le hacía parecer mayor, aunque no tenía arrugas en el rostro.

—Aunque aprecio el gesto, no tienes por qué molestarte. Sigo queriéndote, a pesar de lo joven que pareces. —Con una sonrisa pícara, Leronica se puso a preparar el banquete que tenía pensado para darle la bienvenida.

Él aspiró aquellos aromas seductores.

—¡Ah, por fin algo que no sea rancho militar! Como si necesitara más razones para volver contigo.

—Estes y Kagin van a venir. ¿Sabías que ya llevan aquí un par de semanas?

—Sí, llegué a Caladan cuando acababan de partir. —Esbozó una sonrisa, por ella, y dijo—: Estoy deseando verles.

La última vez que la familia se había reunido, él y Estes se habían enzarzado en una discusión por un comentario sarcástico sin importancia. Vor no lo recordaba con exactitud, pero episodios como aquel siempre le entristecían. Con un poco de suerte, esa noche todo

transcurriría de forma tolerable. Haría un gran esfuerzo, pero el abismo que había entre ellos seguiría ahí.

Cuando eran adolescentes, Kagin había descubierto por casualidad que Vor era su verdadero padre y le contó aquella sorprendente noticia a su hermano. Leronica trató de calmarlos, pero no era fácil borrar la herida. Los dos preferían el recuerdo de la infancia agradable que tuvieron con Kalem Vazz, el hombre que los había educado como si fueran sus hijos hasta que los elecranes lo mataron en alta mar.

Mientras Leronica estaba ocupada en la cocina, Vor fue a abrir la puerta para recibir a sus hijos. Estes y Kagin pasaban de los sesenta, aunque habían retrasado el proceso de envejecimiento mediante el consumo regular de melange, que había dado a sus ojos un matiz azulado. Los dos tenían el pelo oscuro y las facciones delgadas de los Atreides, aunque Estes era algo más alto y extravagante, y Kagin había adoptado el papel del hermano callado y reservado. Vor, con su aspecto juvenil y su sonrisa, se veía lo bastante joven para ser su nieto.

Le estrecharon la mano —nada de abrazos, ni besos, ni palabras afectuosas, solo un respeto deferente— y luego pasaron a la cocina. Allí sí cambiaron de actitud, y volcaron todo su afecto y su amor sobre su madre.

Mucho tiempo atrás, cuando estaba locamente enamorado de Leronica, Vor la había instalado a ella y los niños en una bonita casa en Salusa. Entonces se fue a otra de sus misiones, sin darse cuenta de que los estaba dejando a su suerte, de que era como si los estuviera abandonando después de haberlos llevado a un planeta extraño donde no tenían amigos.

Cada vez que volvía a casa, Vor esperaba que los gemelos lo recibieran como un héroe, pero ellos siempre se mostraron distantes. Reclamando favores entre los políticos

de la Liga, Vor se aseguró de que tuvieran buenos contactos, una educación adecuada, las mejores oportunidades. Ellos aceptaban los privilegios, pero no le daban las gracias. Aunque, ante la insistencia de Leronica, al menos habían aceptado su apellido. Algo es algo.

—Cangrejo y caracolas de costa, importados especialmente para la ocasión —anunció Leronica con orgullo desde la cocina—. Uno de los platos favoritos de vuestro padre. —Vor aspiró el delicioso aroma del ajo y las hierbas aromáticas y se le hizo la boca agua. Aún recordaba la primera vez que le había preparado aquel plato en Caladan.

Leronica entró al comedor con una bandeja con cuatro grandes cangrejos y la colocó en una plataforma suspensora giratoria que flotaba sobre la tarima central. El tablero transparente cubría una charca artificial, un mundo en miniatura compuesto de agua de mar, roca y arena. Pequeñas caracolas de forma cónica se agarraban a las rocas. Vor había llevado la mesa hasta allí especialmente desde Caladan, porque sabía que a Leronica le encantaría.

Antes de que se sentaran a la mesa, Vor abrió una botella de un vino no muy caro, el Salnoir, el preferido de Leronica. En otros planetas, aquel vino seco y rosado se conocía con diferentes nombres, pero se trataba básicamente del mismo tipo de uva, y era un acompañamiento perfecto para el marisco. A Leronica le gustaba sobre todo su precio; para ella era un orgullo gastar poco en la casa.

Vor había renunciado a convencerla para que gastara más y viviera según estándares de vida más elevados. Pero a ella le gustaba hacer economías, le hacía sentirse útil, porque así tenía más dinero para donarlo a causas benéficas. Había demasiada gente necesitada, demasiados refugiados de la Yihad, y rodearse de lujos hacía que se

sintiera culpable. En cierto modo, a Vor le recordaba a Serena.

Vor tenía un contable que se encargaba de pagar las facturas domésticas y le daba a Leronica el dinero que sobraba para que pudiera dedicarlo a lo que quisiera. Muchas de sus causas favoritas incluían a niños desfavorecidos e incluso familias budislámicas, a las que casi nadie quería en la Liga por su negativa a luchar contra las máquinas pensantes. También daba sumas considerables a sus hijos, en un generoso esfuerzo por compensar la falta de oportunidades que tenían en las localidades pesqueras de Caladan.

En el centro de la mesa, cuatro pequeñas rampas de metal se abrieron sobre la plataforma giratoria. Disfrutando enormemente, Leronica accionó los controles desde su silla. Un humeante cangrejo a la plancha se deslizó por cada rampa hasta su plato; luego, el suspensor se elevó hasta un compartimiento que había en el techo para no estorbar. El olor a sal y fuertes especias saturaba el ambiente.

Los dos jóvenes se sacaron unos paquetes de melange del bolsillo y rociaron con ella la comida que Leronica había preparado con tanto mimo sin siquiera probarla. Su madre no aprobaba el consumo excesivo de especia, pero no dijo nada para no estropear aquella ocasión especial.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Salusa, padre? —dijo Estes—. ¿O te reclamará nuevamente algún asunto relacionado con la Yihad?

—Estaré aquí unas semanas —contestó Vor, aunque no se le escapaba el ligero sarcasmo de la pregunta—. Habrá la ronda habitual de reuniones políticas y militares. —Su mirada se demoró por un instante en su hijo.

—Los chicos se quedan tres meses —dijo Leronica con una sonrisa feliz—. Han alquilado un piso.

—Los viajes espaciales son tan largos… y venir desde Caladan no es fácil —dijo Kagin, y su voz empezó a apagarse—. Nos… nos ha parecido lo mejor.

Casi con total seguridad, Vor se marcharía antes que ellos. Todos lo sabían.

Tras un breve pero incómodo silencio, Leronica retiró el tablero de glazplaz de la mesa. Con ayuda de unas largas pinzas, los comensales empezaron a separar las caracolas vivas de las rocas; luego, extraían la carne del interior ayudándose con unos pequeños tenedores. Vor mojó una caracola tras otra en la mantequilla especiada y las comió, y luego se abalanzó sobre el plato principal, cangrejo a la plancha.

Cuando sus ojos se cruzaron con los ojos marrones de Leronica, le devolvió la sonrisa, y eso le ayudó a tranquilizarse un poco. Ella se comió su cangrejo con un apetito notable para tratarse de una anciana. Después de comer, como siempre, después del café, la charla y los juegos con Estes y Kagin, Leronica se acurrucaría junto a él. Luego, hasta puede que hicieran el amor si ella lo quería. A Vor su edad no le importaba. Seguía amándola, seguía deseándola.

En aquel instante ella le sonrió y le besó espontáneamente en la mejilla. Sus hijos los observaban, visiblemente incómodos ante aquellas muestras de afecto, pero no podían evitar que Vor y Leronica sintieran lo que sentían el uno por el otro…

Aquella noche, mientras yacía despierto junto a Leronica, feliz por estar en casa, Vor pensó durante mucho rato. Su relación con sus hijos nunca había ido bien, y él tenía tanta culpa como ellos. Recordó sus días como humano de

confianza de las máquinas y se preguntó si después de todo Agamenón no habría sido un buen padre…

Pensó en sus tiempos de joven oficial de la Yihad, cuando las mujeres lo perseguían en cada puerto. En aquel entonces, Xavier estaba felizmente casado con Octa, que recomendó que Vor sentara cabeza y buscara su alma gemela. Vor era incapaz de imaginar un amor semejante y se limitó a buscar amoríos en cada planeta. Recordaba en particular a una bella mujer de Hagal, llamada Karida Julan. Sabía que había tenido una hija, pero desde que conoció a Leronica hacía más de medio siglo, casi no había vuelto a pensar en ella.

No le bastaba con ayudar a Abulurd en honor a la memoria de Xavier. Había perdido a sus hijos hacía mucho tiempo. Él seguiría tratando de superar la barrera que los separaba, pero Estes y Kagin ya eran mayores, y sus vidas iban por caminos muy distintos. Seguramente nunca tendrían una relación más estrecha. Pero tenía el amor de Leronica, y Abulurd era como un hijo para él. Y, tal vez…

«Mis deberes como oficial de la Yihad me llevan a lugares lejanos —pensó—. Trataré de localizar a alguno de mis otros hijos… o nietos. Sé que debo conocerlos… y ellos deben conocerme a mí».

13

Desde el cielo, Serena Butler vela por nosotros. Tratamos de estar a la altura de sus expectativas, de la misión que estableció para la raza humana. Pero temo que llore al ver nuestros débiles y lentos avances frente a nuestros enemigos mortales.

RAYNA BUTLER, *Visiones verdaderas*

El virus mortífero se extendió por Parmentier con una rapidez desoladora. Asustada, Rayna Butler observaba desde la mansión del gobernador en la elevada colina que presidía la ciudad de Niubbe. Era demasiado joven para comprender las implicaciones de lo que estaba pasando. Su padre trabajaba frenéticamente con sus equipos de expertos en un intento de controlar la epidemia.

Nadie entendía exactamente qué estaba pasando, o qué había que hacer.

Pero la niña estaba convencida de que aquello era una maldición de las máquinas demoníacas.

Al principio, muy pocos reconocieron los síntomas: una ligera pérdida de peso, hipertensión, tono amarillento en ojos y piel, acné, lesiones en la piel. Lo más preocupante era una corriente de desobediencia, desorientación e innegable

paranoia que llevaba a un comportamiento cada vez más agresivo, y que se manifestó en la forma de un nuevo fanatismo, un estallido de salvajismo que no tenía ningún eje ni ningún objetivo concreto.

Antes de que el gobernador Butler y su estado mayor pudieran determinar que aquel brote de actividad de las masas y de violencia se debían a una epidemia, los primeros afectados habían pasado a la segunda fase de la enfermedad: súbita y drástica pérdida de peso, diarrea debilitadora, debilidad muscular y luego fallo hepático que llevaba a la muerte. Miles de personas contagiadas durante el período de incubación empezaron a mostrar los primeros síntomas unos días después.

Aquella enfermedad sin precedentes apareció simultáneamente en pueblos y ciudades por todo el continente. Rikov y sus consejeros dedujeron que la causa era alguna especie de virus que se transmitía por el aire y que había entrado en la atmósfera con la misteriosa lluvia de proyectiles.

—Tiene que haberlo enviado Omnius —anunció Rikov—. Las máquinas han creado un virus para exterminarnos.

El padre de Rayna no vaciló. Relegó el resto de asuntos para lanzar un programa intensivo de investigación y concedió fondos ilimitados, recursos e instalaciones a los mejores investigadores médicos del planeta. Consciente de que debían alertar a otros mundos sobre la posible llegada de los proyectiles, escogió a varios hombres de la guardia nacional destacados en lugares remotos —los que era menos probable que hubieran quedado expuestos al virus— y los mandó con señales de emergencia a los mundos de la Liga más próximos.

Luego, aunque sabía que aquello quizá equivalía a condenar a muerte a su familia y la población de Parmentier, el gobernador anunció la cuarentena total e

inmediata del planeta. Afortunadamente, desde la reciente partida del batallón de Quentin Butler, no habían llegado nuevas naves al sistema. Parmentier estaba en el límite de las fronteras espaciales de la Liga, y eran pocos los cargueros y naves mercantes que llegaban hasta allí, uno o dos por semana tal vez. Dada su proximidad con los Planetas Sincronizados, se lo seguía considerando un destino de riesgo.

A continuación, Rikov ordenó el aislamiento estricto de cualquier persona que manifestara el menor síntoma. Mientras la población se encerraba en sus casas y muchos de los que aún estaban sanos huían al campo tratando de evitar la epidemia, Rikov formó grupos de hombres y mujeres sin responsabilidades familiares para establecer estaciones militares defensivas en órbita. Su misión sería disparar a cualquiera que tratara de huir del planeta.

—Si es humanamente posible —dijo en una declaración —, no permitiremos que la epidemia se extienda a otros mundos de la Liga. Es una responsabilidad muy grande. Debemos pensar más allá de nuestro bien personal, en el bien de la raza humana, y rezar para que Parmentier sea el único objetivo.

Mientras escuchaba el discurso de su padre, Rayna se sintió orgullosa por lo valiente e imponente que parecía. Rayna era miembro de la familia Butler, y su padre siempre había insistido en que recibiera una enseñanza concienzuda de política e historia, por eso había contratado a los mejores tutores e instructores para ella. Por su parte, su madre tenía unas firmes creencias religiosas y también quiso que su hija las conociera. Aquella joven callada conseguía un equilibrio tan perfecto entre ambas cosas que en una ocasión su padre había comentado: «Rayna, un día estarás preparada para ser virreina interina o Gran Matriarca». Ella no estaba

segura de querer ninguna de las dos cosas, pero sabía que su padre lo decía como un cumplido.

Rayna, a quien no dejaban salir de casa por su propia seguridad, observaba la ciudad de lejos, veía el humo de los incendios, intuía el terror y la tensión en el aire. Su padre parecía apagado y profundamente preocupado; trabajaba un día tras otro hasta el agotamiento, reuniéndose con expertos médicos y fuerzas de contención.

Su madre, dando claras muestras de pánico, pasaba horas encerrada en su santuario privado, poniendo velas a los tres mártires, rezando por la salvación del pueblo de Parmentier. Más de la mitad del servicio doméstico se había ido, algunos habían desaparecido en la noche para huir de Niubbe, aunque sin duda algunos llevaron la enfermedad consigo al campo. Por muy lejos que fueran, no estarían a salvo.

Al comportamiento paranoico y agresivo de los primeros afectados se unió el miedo y el fanatismo de otros que aún no habían caído víctimas del virus. Los martiristas realizaban largas procesiones por la ciudad moribunda, portando estandartes, rezando a los tres mártires. Pero los espíritus de Serena, Iblis Ginjo y Manion el Inocente no parecían contestar a sus plegarias.

Conforme el pánico iba en aumento, Rikov empezó a organizar escuadrones armados de protección civil para mantener el orden en las calles. Durante todo el día y toda la noche se veía el humo salir de los crematorios improvisados para quemar los cuerpos de las víctimas. A pesar de las estrictas medidas de desinfección y aislamiento, la epidemia seguía extendiéndose.

Rikov estaba pálido, tenía ojeras.

—La tasa de contagiados es increíblemente elevada —le dijo a Kohe—. Y casi la mitad mueren si no se les somete a cuidados constantes… pero no tenemos suficientes

socorristas, ni enfermeras, médicos, sanitarios. Los científicos no encuentran ninguna cura, ni vacuna, nada. Lo único que pueden hacer es tratar los síntomas. La gente se muere en las calles, porque no hay hospitales abiertos, ni siquiera hay voluntarios suficientes para repartir agua, mantas y comida. Todas las camas están ocupadas, los cargamentos llegan con retraso, todo se viene abajo.

—Todo el mundo se muere a causa de esta plaga —dijo Kohe—. ¿Qué podemos hacer aparte de rezar?

—Odio a las máquinas demoníacas —comentó Rayna en voz alta.

Cuando se dieron cuenta de que la niña había estado escuchando, la madre la echó. Pero Rayna había oído suficiente, y estuvo dándole vueltas. Millones de personas iban a morir de una enfermedad extendida por las máquinas. Le costaba imaginarse tantos cadáveres, tantas casas y negocios vacíos.

El bloqueo espacial había obligado a dos naves mercantes a volver atrás sin haber podido aterrizar. Los pilotos civiles correrían a los otros mundos de la Liga y avisarían de la crisis sanitaria por la que estaba pasando Parmentier, pero nadie podría hacer nada. Ahora que el gobernador Butler había impuesto una cuarentena tan estricta, el planeta estaba condenado a dejar que la epidemia siguiera su curso y se extinguiera por sí sola. Quizá todos morirían, pensó Rayna. A menos que Dios o santa Serena los salvaran.

La mortífera epidemia llegó a una de las siete estaciones orbitales de bloqueo. La enfermedad se extendió entre el personal, atrapado en una estación hermética, de modo que, al final, todos los que estaban a bordo se contagiaron. En un intento por huir, llevados por la paranoia algunos de los soldados cogieron una nave… pero las otras estaciones les dispararon. En unos pocos días, los pocos tripulantes

debilitados que aún quedaban a bordo habían muerto, y la estación se convirtió en una tumba espacial. En las otras naves, los otros soldados elegidos personalmente por Rikov permanecieron en sus puestos y no faltaron a su deber.

Desde el patio de su casa en lo alto de la colina, Rayna intuía el miedo y la desesperación en la brisa. Su madre le había prohibido ir a Niubbe, pensando que así la protegía. Si aquella plaga realmente era un castigo de Dios, seguramente aquello no serviría de nada, pero ella siempre hacía caso a los consejos de sus padres.

Una tarde, Kohe se retiró a su altar privado a rezar. Rayna no la vio durante varias horas. La epidemia no dejaba de extenderse, y su madre cada vez pasaba más y más horas con los santos y con Dios, preguntando, exigiendo respuestas, suplicando que les ayudaran. Cada día parecía más desesperada.

Finalmente, Rayna empezó a sentirse sola y preocupada, y decidió ir a hacer compañía a su madre. Muchas veces habían rezado juntas, y para ella aquellos momentos eran algo mágico y muy especial.

Pero cuando entró en la capilla familiar, encontró a Kohe en el suelo, debilitada y febril. Su cuerpo estaba empapado en sudor, tenía el pelo apelmazado contra la cabeza. La piel le ardía, estaba temblando y deliraba, con los ojos entrecerrados y agitando los párpados.

—¡Madre! —Rayna corrió a sujetarla y le levantó la cabeza. Kohe trató de decir algo, pero la niña no pudo entenderla.

Sabía que tenía que hacer algo, así que cogió a su madre por los brazos y trató de apartarla del altar. Rayna era una chica delgada y huesuda, no tenía mucha fuerza, pero la adrenalina le dio la determinación que necesitaba. Finalmente consiguió llegar con ella a la habitación de sus padres.

—Iré a buscar a papá. Él sabrá lo que hay que hacer.

Kohe trató de incorporarse sobre sus piernas inestables mientras su hija la ayudaba a subir a la cama. Pero ya no le quedaban fuerzas, y se dejó caer como un saco vacío sobre la cama. Rayna se negaba a creer que su madre se hubiera contagiado, no era posible que a alguien le pasara nada malo mientras estaba rezando en una capilla. ¿Cómo iban a permitir Dios o santa Serena algo así?

Cuando recibió el aviso frenético de su hija, Rikov se encontraba en las oficinas gubernamentales, en la ciudad, y dejó enseguida la reunión de emergencia en la que estaba. Había visto tanta muerte y desolación en aquel planeta que cada día volvía a su casa con expresión traumatizada y convulsa. Esta vez, miró a su hija con mirada salvaje y los ojos algo amarillentos, como si fuera la niña quien hubiera provocado la enfermedad.

Sujetó a Kohe y la incorporó ligeramente en la cama, pero ella no le respondió. Tenía una fiebre muy alta y se había sumido en un sueño muy profundo. El sudor le cubría la cara y el cuello. Mientras se retorcía entre delirios, había vomitado por el lado de la cama, y en la habitación se respiraba un olor agrio y repulsivo.

La niña estaba junto a ellos, deseando poder hacer algo. Mientras miraba a sus padres, le parecieron tan vulnerables como cualquier persona. El gobernador había visto la realidad de la epidemia con la suficiente frecuencia para saber que los síntomas eran graves y Kohe no tenía ninguna posibilidad. No podía pedir ayuda, no había cura. Rayna lo vio en su cara. Peor aún, estaba tan concentrado en el negro pronóstico de su mujer y la apurada situación del planeta, que no había reconocido los síntomas de la enfermedad en sí mismo.

Cuando sintió hambre, Rayna fue a buscar algo de comer a una despensa, porque no encontró a ninguno de los criados. Horas después, sintió náuseas, le fallaban las fuerzas, así que se dirigió al encuentro de su padre para preguntarle qué tenía que hacer.

Su frente estaba cubierta de sudor, y casi no se tenía en pie. Avanzó dando tumbos por el pasillo y cuando se tocó la frente y las mejillas, se dio cuenta de que estaba muy caliente. La cabeza le dolía y no veía bien, como si alguien le hubiera echado un líquido venenoso en los ojos. Tardó un buen rato en recordar lo que estaba haciendo…

Cuando finalmente se aferró al marco de la puerta de la habitación de sus padres para poder aguantarse en pie, vio a su madre inmóvil en la cama, envuelta en un revoltijo de sábanas empapadas en sudor. Su padre se había derrumbado en una postura algo torpe junto a ella. Rikov se movía y gemía, pero no respondía a sus llamadas.

Entonces, antes de poder hacer nada, Rayna se dobló y vomitó, y luego cayó de rodillas, porque no tenía fuerzas para mantenerse en pie. Necesitaba descansar, recuperar fuerzas. Por otras veces que había estado enferma, sabía que tenía que tumbarse en la cama y rezar. Rayna quería coger su libro de Escrituras para leer y releer alguno de sus pasajes favoritos, pero no podía enfocar la vista. Nada parecía tener sentido.

Cuando la joven consiguió llegar a su habitación, junto a su cama encontró una taza con agua tibia y bebió. Luego, sin saber ni qué hacía ni por qué, se metió en un armarito abarrotado, porque estaba oscuro, porque el silencio la tranquilizaba.

Con voz débil y la garganta seca, la niña llamó a sus padres, trató de llamar a los criados, pero nadie contestó.

Durante largo rato, quedó a merced de los delirios. La corriente la arrastraba y ella buscaba algún lugar donde agarrarse para no caer por la cascada que había allá delante.

Cerró los ojos y se acurrucó, delirando. De todos modos, se sabía la mayoría de los versículos de memoria. Ella y su madre los habían recitado juntas muchas veces. Mientras los pensamientos y las imágenes se confundían en su cabeza, Rayna no dejó de musitar sentidas plegarias, sintiéndose reconfortada por las Sagradas Escrituras. La fiebre subía y subía, la sentía quemándole dentro de los ojos.

Finalmente, cuando ya estaba muy lejos del mundo, de su habitación y el armario oscuro, de la realidad, soñó con una mujer blanca y hermosa, santa Serena. La mujer brillaba y sonreía, movía los labios. Le estaba diciendo algo importante, pero Rayna no entendía las palabras. Le suplicó que hablara más claro, pero cuando le pareció que ya la oía, la visión empezó a vacilar y desapareció.

Rayna cayó en un sueño muy, muy profundo…

14

> Hay cierta arrogancia en la ciencia, la idea de que cuanto más aprendamos sobre la tecnología y más la desarrollemos, mejores serán nuestras vidas.
>
> TIO HOLTZMAN, discurso de aceptación de la Medalla al Valor de Poritrin

Cada vez que resolvía una parte del problema de la navegación por el espacio plegado, la solución parecía alejarse, jugando con ella como míticas luces en un antiguo bosque de leyenda. Norma Cenva ya había avanzado más allá de la capacidad de ningún otro genio en su intento por comprender, pero no dejaría que aquello la superara.

Estaba tan embebida en su trabajo que a veces se olvidaba de comer, o incluso de moverse, salvo por los ojos y el punzón de escritura. Durante días, trabajaba y trabajaba sin descanso, sin otro alimento que la melange. Su cuerpo reconfigurado parecía sacar la energía de otro lado, y su mente le pedía la melange para poder pensar en los niveles estratosféricos donde moraban sus pensamientos.

Tiempo atrás, en la época más humana de su vida, ella y Aurelius habían pasado horas juntos, comiendo, hablando, experimentando los placeres más sencillos de la vida. A pesar de la transformación, Aurelius siempre había sido su

punto de unión con su parte humana. Pero después de años sin él, sus pensamientos ya nunca tocaban tierra, y su concentración era más intensa.

Su cuerpo manipulado trataba de amoldarse a su exhaustiva agenda. Los sistemas internos se ralentizaban para ahorrar energía y dirigirla a donde hiciera más falta, compensando el excesivo consumo de sus pensamientos. Ella ni siquiera se molestaba en supervisar directamente las interacciones celulares. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

En Kolhar a Norma no le interesaba el tiempo, ni las estaciones, y rara vez se paraba a mirar por las ventanas de su despacho. Si levantó la vista al bullicio de los astilleros fue solo para asegurarse de que los trabajos de construcción proseguían, bajo la supervisión de Adrien, que ya había regresado de Arrakis.

Las salas de cálculos estaban a la sombra de una inmensa nave de carga en dique seco. Según el programa, en aquella nave pronto se conectarían todos los sistemas, en preparación al lanzamiento definitivo y el viaje de prueba. El sol destellaba sobre su carcasa casi completa.

Hombres ataviados con monos blancos de trabajo realizaban las últimas inspecciones, repartidos por el casco, sujetos mediante cinturones suspensores. Tres técnicos trabajaban cabeza abajo, haciendo ajustes en la parte inferior. La nave utilizaría la tecnología espacial convencional, más segura, pero había sido diseñada para llevar motores Holtzman. Desde hacía décadas, Norma insistía en que todas las naves de VenKee estuvieran preparadas para un futuro inevitable, que llegaría cuando consiguiera resolver el problema de navegación.

De pronto se le ocurrió una nueva forma de manipular una ecuación y volvió a su trabajo. Utilizó una combinación de números primos y fórmulas empíricas, y las introdujo en

dos columnas paralelas en su panel electrónico. Dado que el problema tenía relación con el hecho de plegar el espacio y que las matemáticas trataban de reproducir la realidad, Norma dobló físicamente las columnas en su panel una o más veces, con lo que consiguió verlas desde diferentes ángulos y con alineaciones interesantes. Pero no lograba reproducir con simples palabras y números lo que buscaba. Necesitaba visualizar el universo y resolver el enigma haciendo que sus pensamientos se plegaran literalmente sobre sí mismos.

Durante un buen rato, la melange que acababa de tomar resonó por su mente, aguzando sus pensamientos y su perspicacia. Miraba los cálculos que tenía ante ella, tan inmóvil como una de las antiguas estatuas encargadas por los titanes en la Tierra, antes de que el levantamiento de los humanos las destruyera.

Apenas oía el familiar zumbido de los pesados motores espaciales y las variaciones de sonido de los ciclos de prueba. Poco a poco, mientras en el exterior aumentaba el ruido, Norma se fue retrayendo, cada vez más concentrada en su galaxia mental. Una de sus grandes habilidades y necesidades había sido siempre la de dejar fuera todas las distracciones.

Para potenciar su esfuerzo, inconscientemente su mano se deslizó hasta la bandeja y cogió tres cápsulas de melange, que ingirió una detrás de otra. El olor de la canela impregnaba el aire que respiraba, y en su interior sintió una brisa reconfortante, como si su cuerpo fuera el desierto de donde procedía la especia y se hubiera desatado una purificadora tormenta de arena. Sus pensamientos eran más brillantes, más claros; las molestias de fondo desaparecieron.

¿Cómo anticiparse a un problema de navegación? ¿Cómo anticiparse a un desastre que se producía en una

insignificante fracción de segundo? A semejantes velocidades, había que prepararse y reaccionar antes de que hubiera indicios de un problema… pero eso era imposible, porque iba en contra del concepto mismo de causalidad. No puede existir la reacción sin que antes se produzca la acción que la desencadena…

En los astilleros se produjo una explosión atronadora, acompañada por el sonido de láminas de plaz que se partían y el estrépito de las planchas de metal al caer. Pesados componentes se estrellaban contra el suelo con un ruido sordo, destrozando edificios de almacenamiento, chirriando sobre los suelos pavimentados, como si Kolhar estuviera recibiendo un ataque masivo de los cimek. La onda de choque hizo que el edificio del laboratorio se tambaleara y los muros exteriores se combaran hacia dentro. Los cristales de plaz de las ventanas del otro lado de la sala de cálculos se agrietaron por la presión.

Pero Norma no oyó nada. Al suelo cayeron papeles, la taza, algunos instrumentos de dibujo, pero no el panel electrónico, porque Norma lo agarró con las manos para que permaneciera inmóvil ante sus ojos. Para ella, pocas cosas existían en el universo aparte de aquellos números y fórmulas.

Empezaron a sonar las sirenas, y por los astilleros no dejaban de producirse explosiones secundarias. Los hombres gritaban. Los equipos de emergencia acudieron a toda velocidad al lugar del siniestro para rescatar a los heridos, mientras los trabajadores trataban de escapar. Como un manto dotado de vida propia, las llamas se extendieron por todo el edificio, formando una pantalla ante su ventana, carbonizando y comiéndose las paredes… pero Norma había dejado de mirar hacia allí. Aunque su cuerpo no se movía, su mente realizaba complejas acrobacias,

examinaba diferentes ángulos, diferentes posibilidades. Iba cogiendo velocidad, impulso. Cada vez estaba más cerca.

«Hay tantas alternativas… Pero ¿cuál de ellas funcionará?».

Un humo acre se colaba entre las ranuras de las paredes, por las ventanas de plaz agrietadas, y se deslizaba por el suelo hacia ella. Las llamas de origen químico rugían. Fuera, los gritos eran más fuertes.

«¡Estoy tan cerca de la solución! ¡Por fin!».

Norma garabateó nuevas entradas en su panel, añadiendo una tercera columna que incorporaba el factor del espacio/tiempo en relación con la distancia y el trayecto. En un impulso, utilizó las coordenadas galácticas de Arrakis, como si aquel mundo desértico fuera el centro del universo. Aquello le permitía una nueva perspectiva. Entusiasmada, Norma alineó las tres columnas mientras pensamientos inesperados asaltaban su mente.

«Tres es un número sagrado. La Trinidad. ¿Es esa la clave?».

Pensó en la proporción áurea, que ya conocían los grogipcios de la Vieja Tierra. Mentalmente, colocó tres puntos en una línea. Para designar los de los extremos utilizó las letras A y B, mientras que C estaba en un punto intermedio, de tal forma que la distancia entre AC / CB = Φ. Este carácter representaba la letra grogipcia *phi*, un número decimal que equivalía aproximadamente a 1,618. Todo el mundo sabía que el segmento de una recta dividido por la razón de Φ podía plegarse sobre sí mismo hasta el infinito. Una relación simple y evidente, pero básica. Elemental.

Esta verdad matemática le hizo pensar en una conexión religiosa. ¿Cuál era realmente el origen de aquellas revelaciones que tenía? ¿Inspiración divina? Tanto la ciencia como la religión trataban de explicar los misterios

esotéricos del universo, aunque enfocaban el asunto desde direcciones diametralmente opuestas.

«Arrakis. Se dice que los antiguos muadru vinieron de allí, o que en su continuo errar, estuvieron un tiempo asentados en la zona. Para ellos la espiral era el signo más sagrado».

Sin poder apenas contenerse, sin reparar en el caos que reinaba en los astilleros y en el mismo edificio donde ella estaba, formó una espiral con las tres columnas, con el factor Arrakis en el centro, y de nuevo empezó a plegar y plegar las columnas. El resultado eran ecuaciones cada vez más complejas. Norma intuía que estaba a punto de dar un gran paso adelante.

En sus manos cubiertas de ampollas el panel electrónico había empezado a consumirse sin llegar a arder, pero con un pensamiento Norma hizo desaparecer el daño de sus manos y del aparato. Las llamas danzaban a su alrededor, quemándole la ropa y el pelo, la piel. A cada momento, Norma reconstruía sus células casi sin pensarlo para mantener su entorno estable y poder continuar. Estaba a un paso…

De pronto, un movimiento furioso y estridente se coló en el universo de sus cálculos. Un hombre la llamaba con voz profunda y la cogió por los hombros, apartó de un golpe el panel electrónico de sus manos y la cogió en brazos, arrancándola bruscamente de su lugar privilegiado en su mente.

—¿Qué haces? ¡Déjame en paz!

Pero el hombre no le hacía caso. Iba ataviado con una ropa extraña, de un material grueso y rojo que cubría totalmente su cuerpo; un casco brillante pero manchado de hollín le protegía la cabeza. Con ella en brazos, atravesó un muro de fuego y humo, espeso, negro y rojo. Finalmente, Norma cobró conciencia de su cuerpo, su piel, y vio que

estaba desnuda. Su ropa se había quemado, como si en su viaje mental al corazón del cosmos hubiera pasado por equivocación a través de un sol.

Con un esfuerzo, Norma centró su pensamiento en su química interna y restauró sus células dañadas órgano a órgano, sección a sección. Su mente estaba intacta, y no tuvo ningún problema para reparar su cuerpo, puesto que no era más que un contenedor orgánico para sus pensamientos, cada vez más abstrusos. Sin embargo, no pudo recrear su ropa… aunque tampoco le importaba.

Fuera de la sala de cálculos, que seguía ardiendo, los sanitarios la pusieron en una camilla y la envolvieron en una manta térmica. Comprobaron sus constantes vitales.

—No me pasa nada. —Norma trató de liberarse, pero dos hombres fuertes la sujetaron.

Adrien llegó corriendo, con aire alterado.

—Tranquila, madre. Te has quemado, deja que esta gente te cure. Dos hombres han muerto tratando de sacarte de ese infierno.

—Eso era innecesario. Un derroche absurdo. ¿Por qué arriesgar sus vidas si saben que puedo regenerar mi cuerpo? —Se miró—. No estoy quemada… solo aturdida. —Su temperatura corporal empezó a bajar conforme reparaba las estructuras epidérmicas de su cuerpo, acelerando de forma exponencial el proceso catalizador de la manta térmica—. Ya lo estáis viendo.

Un médico gritó algo a los sanitarios. Norma sintió un pinchazo en el brazo, una inyección; realizó un análisis químico del líquido que acababa de penetrar en sus venas —un sedante de acción inmediata— y utilizó sus poderes para contrarrestar el efecto. Se sentó, se quitó de encima la manta. Los sanitarios trataron de detenerla, pero ella extendió los brazos.

—No tengo quemaduras por ningún lado. Estoy bien.

El personal médico retrocedió perplejo y dejó que terminara. Norma se concentró en su cara y su cuello, que aún no habían recibido los efectos curativos de sus poderes, y eliminó profundas quemaduras y ampollas superficiales. Se tocó la piel áspera del rostro, y la sintió suave y fresca.

—Mi cuerpo está bajo mi control. Lo he reconstruido otras veces… como bien sabes, Adrien.

Norma se puso de pie, dejando que la manta térmica cayera al suelo. Todos la miraban con incredulidad. Aparte del pelo, que aún no había reparado, su piel lechosa se veía casi perfecta, salvo por un sarpullido rojo y grande que tenía en un hombro. Norma lo vio, concentró sus poderes y la herida persistente desapareció.

«Curioso», pensó. Desde hacía semanas, aquella mancha roja no había dejado de aumentar de tamaño y, periódicamente, tenía que hacer un esfuerzo consciente para eliminarla. Hasta entonces, desde aquella metamorfosis inicial, todo en su apariencia se había conservado de forma automática, sin necesidad de hacer nada.

Adrien corrió a cubrir la desnudez de su madre con una manta, mientras los equipos de emergencia seguían luchando por controlar el fuego en los astilleros.

—Tengo que volver al trabajo inmediatamente —dijo Norma—. Por favor, encárgate de que nadie me interrumpa. Y, Adrien… la próxima vez, confía en mí. A veces mis decisiones pueden parecer extrañas, pero son una parte necesaria de mi trabajo. No puedo darte más detalles.

«Hay demasiado alboroto aquí», pensó. Como ya no tenía despacho, Norma se dirigió a una colina rocosa que había cerca de los astilleros, un promontorio donde podría sentarse y pensar tranquila.

15

Los humanos fueron unos necios al construir a sus competidores… pero no pudieron evitarlo.

ERASMO, anotaciones filosóficas

Aunque había sido diseñado como nave de actualización por las máquinas pensantes, el *Viajero Onírico* era una nave atemporal, con un diseño aerodinámico y hermoso, y en la actualidad no era menos útil que cuando Vor estaba al servicio de Omnius. Casi había pasado un siglo desde la primera vez que Vor subió a la nave negra y plateada con Seurat. Escapó de la Tierra en el *Viajero*, llevando consigo a Serena Butler e Iblis Ginjo, y aún seguía utilizándola cuando no se requería su presencia en una nave militar. Curiosamente, le daba una profunda sensación de paz.

En aquellos momentos, Vor estaba cómodamente sentado ante los controles del *Viajero Onírico*. Después de casi un siglo de servicio a la Yihad, llevaba sus misiones con mucha más discreción que ningún otro oficial. Cuando Leronica supo que se iba, se había limitado a sonreír estoicamente: estaba acostumbrada a su carácter inquieto. En parte Vor se iba para evitar más encuentros desagradables con sus hijos durante su larga visita a Zimia, pero también porque quería encontrar a su otra

descendencia. En el balance final, seguro que eso sería un punto a su favor.

Desde que tomó la decisión, Vor había estado recuperando datos de todos sus viajes y sus años de servicio. Pero con frecuencia los registros estaban corrompidos o eran incompletos, sobre todo en los mundos que habían sido castigados por las máquinas. Muchas mujeres habían pasado por su vida, deseosas todas de contribuir con su granito de arena para fortalecer a la castigada raza humana. Si en su momento no le dijeron nada de ningún hijo, sería difícil encontrar pistas y seguirles el rastro ahora.

Sin embargo, para empezar, sabía que Karida Julan, de Hagal, había tenido una hija suya. Tiempo atrás, cuando Karida se lo dijo, Vor le había enviado gran cantidad de créditos para mantenerlas a las dos. Pero después de conocer a Leronica no había vuelto a contactar con ella.

Vor había descuidado sus obligaciones y relaciones alegremente en demasiadas ocasiones. Empezaba a ver un patrón en su vida, el de las decisiones rápidas y trascendentes sin tener en cuenta las consecuencias. Si al menos lograra encontrar a la hija que tuvo con Karida —el último nombre que conocía era el de Helmina Berto-Anirul—, podría hacer una cosa bien para variar.

Siguiendo las pistas, Vor descubrió con pesar que Helmina había muerto en un accidente con un vehículo terrestre hacía siete años. Sin embargo, había tenido una hija, ya de bastante mayor, que se llamaba Raquella. Su nieta. Según un informe bastante fiable, Raquella vivía en Parmentier, un Planeta Sincronizado que los humanos habían recuperado y que ahora gobernaba Rikov Butler.

Vor decidió conocer a su nieta antes de que fuera demasiado tarde. El Consejo de la Yihad y Quentin Butler aceptaron de buen grado que fuera personalmente a

Parmentier a entregar ciertos documentos políticos y escuchar las novedades de boca de Rikov. Para él fue perfecto.

Viajó a la aceleración máxima que aquella vieja nave de actualizaciones toleraba. El *Viajero Onírico* era dolorosamente lento en comparación con las naves militares y mercantes que plegaban el espacio, pero durante aquel trayecto tan largo, tendría tiempo de sobra para pensar en su primer encuentro con su nieta.

En sus últimos años de adolescencia, Raquella se había casado con un yihadí que murió en la guerra menos de un año después. Más tarde estudió medicina y dedicó su vida a ayudar a los heridos de guerra y a los afectados por las mortíferas enfermedades que seguían afligiendo a la humanidad. Ahora, a sus veintinueve años, llevaba años trabajando junto al reputado médico e investigador Mohandas Suk. ¿Serían amantes? Tal vez. Suk era nieto del gran cirujano de campaña Rajid Suk, que sirvió junto a Serena Butler durante los primeros años de la Yihad. Vor sonrió. ¡Su nieta no se conformaba con cualquier cosa, como él!

Cuando el *Viajero Onírico* se acercaba a los límites orbitales de Parmentier, un mensaje sorprendente le llegó por el comunicador: «Soy el gobernador Rikov Butler. Por orden mía, Parmentier está bajo una estricta cuarentena. La mitad de la población ha muerto a causa de una nueva epidemia, desarrollada seguramente por las máquinas pensantes. La tasa de mortalidad es extraordinariamente alta, de entre el cuarenta y el cincuenta por ciento… y es imposible cuantificar las muertes por las causas colaterales y el caos. Aléjense antes de que se contagien. Lleven el aviso a toda la Liga de Nobles».

Lleno de preocupación, Vor abrió el canal.

—Les habla el comandante supremo Vorian Atreides. Solicito más detalles de la situación. —Esperó, nervioso.

Pero en lugar de responder, la voz de Rikov repitió las mismas palabras. Una grabación. Vor volvió a transmitir, buscando una respuesta.

—¿Hay alguien ahí? ¿Queda alguien vivo?

Sus instrumentos localizaron un grupo de estaciones orbitales que bloqueaban el paso. Estaban armadas hasta los dientes, con aspecto amenazador, pero silencioso. La más cercana parecía un escarabajo, un aparato enorme y redondeado con puertos iluminados por brillantes luces a todo lo largo de la línea de su ecuador. Por los diferentes canales se emitían mensajes y advertencias en los idiomas más importantes de la galaxia, amenazando con destruir a cualquiera que intentara salir del planeta.

Vor trató repetidas veces de establecer comunicación con la estación, pero nadie contestó. Siempre había sido muy obstinado cuando se le metía una cosa en la cabeza. Ahora que sabía que allí abajo había una crisis, tenía que ver a Rikov Butler. Y puesto que también sabía que Raquella estaba en el planeta, no se iría sin verla.

Finalmente, una de las estaciones respondió. Una mujer de aspecto macilento apareció en pantalla.

—¡Aléjese! No tiene autorización para aterrizar en Parmentier. Estamos bajo una estricta cuarentena por culpa de la plaga de Omnius.

—Omnius siempre ha sido una plaga para la existencia humana —dijo Vor—. Háblame de la epidemia.

—Hace semanas que empezó. A nosotros nos enviaron a estas estaciones para asegurar que se respeta la cuarentena. La mitad ya estamos enfermos. Algunas de las estaciones han sido abandonadas.

—Me arriesgaré —dijo Vor. Siempre había sido muy impulsivo, para disgusto de su amigo Xavier. El tratamiento

que Agamenón le había aplicado hacía más de un siglo para prolongar su vida también le protegía de la enfermedad. En todos aquellos años, no había tenido ni un simple resfriado —. La cuarentena está pensada para evitar que la gente salga, no que entre.

La mujer macilenta le insultó, le llamó loco, y luego cortó la comunicación.

Antes de bajar a tierra, Vor acopló su nave a la estación de bloqueo vacía. Podían enviarle todos los avisos que quisieran, nunca se le había dado bien aceptar órdenes. El *Viajero Onírico* acopló escotillas y activó las puertas de acceso de configuración estándar. Volvió a identificarse, esperó una respuesta en vano y luego abrió las puertas decidido a averiguar más cosas sobre la epidemia que asolaba Parmentier.

Cuando respiró la primera bocanada del aire supuestamente estéril de la nave, un escalofrío le recorrió la columna. Después de décadas de guerra, había desarrollado una capacidad casi extrasensorial para saber cuándo algo no iba bien. Activó su escudo personal y se aseguró de que tenía su cuchillo de combate a mano. Reconoció el olor inconfundible y familiar de la muerte.

Un mensaje de advertencia llegó por el sistema de megafonía del complejo: «¡Código uno! ¡Alerta máxima! ¡Diríjase inmediatamente a zonas seguras!»…

El mensaje se repitió, luego se oyó un chisporroteo y se detuvo. ¿Cuántos no habían hecho caso de la orden o no habían actuado con la suficiente rapidez? Por lo visto, el personal que estaba sano había huido de la nave en un intento por escapar de la epidemia. Pero dudaba que ninguno de ellos hubiera tenido acceso a naves de largo recorrido que pudieran llevarlos a otros mundos de la Liga. Afortunadamente.

Sus botas claqueteaban sobre la dura cubierta de polímero. Detrás de un mostrador de un puesto de guardia encontró los cuerpos de un hombre y una mujer con uniforme marrón y negro. La guardia nacional de Parmentier. Tenían la piel cubierta por costras de fluidos secos; también había sangre y excrementos secos en la cubierta. Sin tocar a las víctimas, Vor calculó que llevarían muertos varios días, puede que una semana.

Detrás del mostrador había una sala con las paredes cubiertas por monitores de vigilancia. En cada pantalla veía básicamente lo mismo: pasillos y habitaciones vacíos y unos cuantos cadáveres aquí y allá. Aunque en las otras estaciones aún quedaba parte del personal con vida, aquella estaba vacía. Ya antes había supuesto que los sistemas de comunicación de la superficie no funcionaban o que no había quien los atendiera. Aquella escena lo confirmaba. Vor ya no podía hacer nada en la nave orbital fantasma, así que volvió al *Viajero Onírico*.

Esperaba que su nieta hubiera encontrado un lugar seguro. Pero ¿cómo podía preocuparse por una mujer a la que ni siquiera conocía cuando había millones de vidas en juego? Si era doctora y trabajaba para Mohandas Suk, los servicios de Raquella harían más falta que nunca allí abajo. Vor sonrió para sus adentros. Si de verdad tenía la sangre de los Atreides, seguramente estaría en medio de la acción…

Cuando aterrizó en la ciudad de Niubbe, construida sobre los cimientos de un antiguo complejo industrial de Omnius, a Vor le tranquilizó enormemente ver que aún había gente con vida, aunque muchos parecían más muertos que vivos, como si de un momento a otro se fueran a desplomar. Muchos iban musitando para sus adentros y parecían desorientados o furiosos. Otros parecían impedidos, porque tenían los tendones rotos y no podían caminar ni tenerse en

pie. Había cuerpos amontonados por las calles, como troncos de leña. Grupos municipales de limpieza con aspecto lastimoso acudían con enormes furgones terrestres para retirarlos, pero era evidente que estaban totalmente desbordados.

Primero Vor fue a la mansión del gobernador. Aquella gran casa estaba vacía, pero no la habían saqueado. Gritó para ver si había alguien. Nadie contestó. En el dormitorio principal encontró los cuerpos de un hombre y una mujer… seguramente Rikov y Kohe Butler. Durante unos momentos se limitó a mirarlos, luego buscó por las otras habitaciones, pero no encontró a nadie, ni a su hija Rayna ni a ninguno de los criados. Sus pasos resonaban por la casa, junto con el zumbido de las moscas.

En un tugurio del centro de la ciudad localizó un edificio de ladrillo rosa con las paredes cubiertas a tramos de hiedra. El Hospital de Enfermedades Incurables. Por lo visto, cuando los humanos recuperaron Parmentier, Mohandas Suk y Raquella habían creado un centro de atención e investigación; Vor había leído sobre eso en su breve investigación.

Si Raquella seguía con vida, estaría allí.

Después de ponerse una mascarilla —no porque pensara que podía protegerle, sino para evitar el hedor—, Vor entró en la atestada recepción del hospital. Aunque el edificio era bastante nuevo, en las últimas semanas las hordas de pacientes desesperados lo habían invadido como una plaga y había degenerado bastante.

Tras pasar ante un mostrador de admisiones vacío, Vor buscó en las diferentes plantas. Las salas del hospital estaban tan abarrotadas y se veían tan míseras como las cuadras de esclavos que el robot Erasmo tenía en la Tierra. Había gente afectada de incomprensibles erupciones cutáneas a causa de la ruptura de los tendones, tumbada,

impedida, como muñecas rotas; incluso los que se habían recuperado de los síntomas quedaban totalmente incapacitados para cuidar de sí mismos o ayudar a los otros enfermos o moribundos.

Todo el personal médico llevaba mascarillas y películas transparentes herméticas sobre los ojos para evitar el contagio a través de las mucosas. Algunos de los médicos parecían enfermos a pesar de las precauciones. Vor se preguntó cuánto duraría el período de incubación, durante cuántos días podrían seguir atendiendo a los enfermos aquellos médicos antes de convertirse también en enfermos terminales.

Una y otra vez preguntaba a enfermeras y médicos de aspecto agotado si conocían a Raquella Berto-Anirul. Finalmente alguien le indicó que fuera a la sexta planta. Vor entró en la sala, llena de ruido y desesperanza, y la observó de lejos. Trató de encontrar algún eco de su abuela en sus facciones, aunque después de tanto tiempo no recordaba con claridad a Karida Julan.

Raquella se movía con rapidez y profesionalidad entre las camas, con aspecto fuerte. Su respirador de plaz y la protección ocular transparente le permitían verle la cara. Tenía las mejillas hundidas y ojeras por la falta de sueño y la mala alimentación. Nariz respingona, pelo castaño dorado recogido en un moño trenzado para que no le estorbara mientras trabajaba. Era delgada y se movía con elegancia, casi como una bailarina. Aunque su expresión era triste y sombría, no parecía desesperada.

Raquella trabajaba junto con un médico delgado en una sala con cien camas, cada una ocupada por un paciente enfermo o moribundo. Los ayudantes retiraban los cadáveres para dejar sitio a nuevas víctimas demacradas que habían caído en un coma mortal de fiebre.

Hubo un momento en que Raquella miró en su dirección y Vor vio que tenía los ojos de un sorprendente tono de azul. Siglos atrás, antes de transformarse en cimek, cuando aún tenía forma humana, su padre, el célebre Agamenón, tenía los ojos azul claro…

Sus miradas se cruzaron, y la joven pareció sorprendida al ver a un desconocido con aspecto tan sano en la sala. Vor se adelantó y abrió la boca para hablar, pero de pronto vio que ella lo miraba con expresión de alarma. Uno de los pacientes saltó sobre Vor desde atrás y le clavó las uñas en la mascarilla, luego cayó sobre él y se puso a golpearle y a escupirle en la cara. Defendiéndose instintivamente, Vor arrojó a su atacante a un lado. Aquel despojo aferraba un trozo de un estandarte donde aparecía la imagen del bebé de Serena, y aullaba plegarias, suplicando a los tres mártires que lo salvaran, que los salvaran a todos.

Vor apartó a aquel individuo y los sanitarios se lo llevaron rápidamente a una mesa de diagnóstico. En un intento por recuperar la compostura, Vor volvió colocarse el respirador sobre la boca y la nariz, pero Raquella ya estaba allí, y se puso a rociarle algo en la cara y los ojos.

—Antivirales —le dijo con voz nerviosa y profesional—. Solo son parcialmente efectivos, pero no he encontrado nada mejor. No sé si le ha entrado algo en los ojos o la boca. El riesgo de infección es grande.

Vor le dio las gracias, pero no dijo que seguramente era inmune. Se limitó a mirar sus ojos tan azules y brillantes. No pudo contener la sonrisa.

Una forma curiosa de conocer a su nieta.

—Vorian Atreides —dijo el doctor Suk. Estaba en un pequeño despacho, haciéndole un rápido chequeo poco después del ataque, aunque tenía a muchos pacientes en bastante peor

estado—. ¿El Vorian Atreides que creo? Ha sido una locura que viniera.

La piel de Suk era de un marrón tan oscuro que casi parecía negro. Aparentaba unos cuarenta años, y tenía arrugas superficiales en la cara y ojos grandes y castaños. Se le veía impaciente y acelerado. Sus facciones juveniles, que resaltaba la mata rebelde de pelo negro sujeta con un pasador de plata, le daban el aire de un niño grande.

Incluso en aquel despacho cerrado, el aire hedía a desinfectante. Vor prefirió no hablar de su tratamiento de extensión vital.

—Puede que sobreviva… o no.

—Lo mismo podemos decir de todos nosotros. La plaga nos deja las mismas posibilidades de vivir que de morir. —Suk le estrechó la mano con su mano enguantada, y luego cogió la mano de Raquella y la oprimió, un gesto que indicaba que estaban muy unidos. Seguramente la epidemia había llevado a muchas personas a unirse en su desesperación, pero Suk y Raquella ya eran un equipo mucho antes.

Cuando Suk salió a toda prisa, pensando ya en sus otras responsabilidades, Raquella se volvió hacia Vor y lo miró con gesto apreciativo.

—¿Qué hace el comandante supremo de la Yihad en Parmentier sin siquiera un guardaespaldas?

—Me había tomado un permiso para atender ciertos asuntos personales… para conocerte.

Después de semanas luchando contra la epidemia, la capacidad de Raquella para experimentar emociones estaba bastante limitada.

—¿Y eso por qué?

—Fui amigo de tu abuela Karida —confesó Vor—. Muy buen amigo, pero la dejé. La perdí. Hace mucho tiempo

descubrí que había tenido una hija, pero hasta hace poco le había perdido la pista. Una hija llamada Helmina, tu madre.

Raquella lo miró con los ojos muy abiertos, y entonces pareció comprender.

—¿No será ese soldado, el que mi abuela amaba? Pero…

Él le dedicó una sonrisa débil y abochornada.

—Karida era una mujer hermosa, y lamento profundamente que ya no esté. Me hubiera gustado hacer muchas cosas de otro modo, pero ya no soy la misma persona. Por eso he querido venir a conocerte.

—Mi abuela pensaba que habías muerto en la Yihad. —Sus cejas se unieron por encima de sus claros ojos azules—. Y el nombre que nos dijo no era Vorian Atreides.

—Siempre utilizaba nombres falsos por razones de seguridad. A causa de mi rango.

—¿Y no habría otras razones? ¿Como que nunca tuviste intención de volver?

—La Yihad es algo incierto. No podía hacer promesas. Yo… —Su voz se perdió. No quería decir mentiras, ni dar una versión distorsionada de la verdad.

Un pensamiento curioso para tratarse de él. Durante la mayor parte de su dilatada existencia, había sido un espíritu libre; la idea de formar una familia siempre le había asustado porque le hacía pensar en límites, constricciones. Pero, a pesar del distanciamiento de Estes y Kagin, había acabado por comprender que la familia significa la posibilidad de un amor ilimitado.

—Mi abuelo parece tan joven como yo. —Raquella parecía intrigada, pero estaba tan abrumada por la epidemia que sus reacciones eran bastante lentas—. Me gustaría estudiarte, tomar muestras y comprobar nuestro parentesco… pero en estos momentos no puedo. No con todo esto. Y la verdad, durante una crisis como esta, hacer

una visita para conocer a una nieta ilegítima es algo bastante… egoísta.

Vor le dedicó una sonrisa forzada.

—He vivido ocho décadas de Yihad, y siempre hay alguna «crisis como esta». Ahora que veo lo que está pasando aquí, me alegro de no haber esperado. —Le cogió una mano entre las suyas—. Vuelve conmigo a Salusa Secundus. Puedes entregar tus análisis y tu mensaje en persona al Parlamento. Conseguiremos los mejores equipos médicos de la Liga para que busquen una cura, y enviaremos toda la ayuda que podamos.

Ella le interrumpió.

—Si de verdad crees que soy la nieta del gran Vorian Atreides, entonces, ¿no pensarás que voy a marcharme de aquí cuando hay tanto que hacer y tanta gente a la que ayudar? —Arqueó las cejas, y Vor sintió que su corazón se llenaba de orgullo. Por supuesto, no esperaba menos de su nieta.

Raquella se volvió y lo miró fijamente con sus ojos brillantes e inteligentes.

—Y no me arriesgaría a extender la epidemia. Sin embargo, comandante supremo, si insistes en regresar a Salusa, advierte a la Liga de lo que está pasando. Necesitamos médicos, material, investigadores.

Él asintió.

—Si realmente esta epidemia es obra de las máquinas pensantes, no me cabe duda de que Omnius habrá lanzado esas cápsulas contra otros mundos. Hay que alertar a todos.

Raquella se apartó de Vor y, algo inquieta, se puso en pie.

—Te entregaré todos nuestros registros y los resultados de las pruebas. Aquí la epidemia está fuera de control, un retrovirus. Cientos de miles de personas han muerto en muy poco tiempo. La tasa de mortalidad directa es de más del

cuarenta por ciento, por no hablar de las muertes por causas derivadas, como infecciones, deshidratación, fallo de distintos órganos, etcétera. Podemos tratar los síntomas, intentar aliviar un poco a los pacientes, pero hasta el momento no tenemos nada que erradique el virus.

—¿Hay alguna posibilidad de cura?

Ella levantó la vista, porque llegaban gritos desde una de las salas, luego suspiró.

—No con los recursos que tenemos. No contamos ni con suministros ni con personal para atender a todo el mundo. Siempre que tenemos un momento, Mohandas se dedica al trabajo de laboratorio, e investiga la evolución del virus. No vemos que siga el patrón habitual de un proceso viral. Lo hemos descubierto hace apenas unos días. Una cura no es… —Se refrenó—. Nunca hay que perder la esperanza.

Vor pensó en su juventud, cuando era un humano de confianza de las máquinas y no veía todo el daño que causaban.

—Tendría que haber adivinado hace tiempo que las máquinas intentarían algo así. Omnius… o más probablemente Erasmo. —Tras vacilar un momento, se quitó la mascarilla—. Lo que habéis hecho aquí, que luchéis como lo estáis haciendo contra un imposible… es algo muy loable.

Los ojos azules de Raquella brillaron con una nueva intensidad.

—Gracias… abuelo.

Vor respiró hondo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Raquella, más de lo que puedo expresar con palabras.

—No estoy acostumbrada a oír eso. —La joven parecía sentir un placer contenido—. Sobre todo cuando lo único que veo a mi alrededor son pacientes a los que no he conseguido salvar, o que nunca se recuperarán del todo. E

incluso si esto termina algún día, buena parte de la población quedará tullida de por vida.

Vor la sujetó por los hombros, la miró con intensidad.

—Aun así, estoy muy orgulloso de ti. Tendría que haberte buscado mucho antes.

—Gracias por preocuparte lo bastante para hacerlo ahora. —La joven se sentía visiblemente incómoda y le habló con tono apremiante—. Y ahora, si realmente puedes salir de Parmentier, vete. Rezaré para que no hayas contraído la enfermedad y llegues sano y salvo a Salusa. Ten cuidado. Si… si estás contagiado, el período de incubación es lo bastante breve para que manifiestes los síntomas antes de llegar al mundo de la Liga más cercano. Si eso sucede, no te arriesgues a…

—Lo sé, Raquella, pero incluso si habéis declarado la cuarentena aquí a tiempo y no ha salido nadie, es posible que Omnius haya lanzado esos misiles con la epidemia contra otros objetivos. Las máquinas confían en la repetición. —Vio que Raquella pestañeaba, porque comprendió que tenía razón—. Si es así, me temo que todos vuestros esfuerzos para mantener la cuarentena no servirán para salvar a la humanidad. Advertirles y compartir con ellos lo que tú y el doctor Suk habéis averiguado hasta el momento puede ser mucho más útil que ninguna cuarentena.

—Entonces, corre. Los dos lucharemos contra esta plaga como podamos.

Vor volvió al *Viajero Onírico* y marcó las coordenadas para regresar a casa. Superó sin problemas la barrera de estaciones casi abandonada y temió que otros también lo hubieran hecho. Una profunda sensación de tristeza lo invadió cuando se alejaba de Parmentier. Esperaba volver a ver a Raquella.

En su cabeza, evocó la momentánea expresión de placer que había visto en su cara cuando le dijo que estaba orgulloso. Sólo por ese momento, tan efímero y tan hermoso, valía la pena haber hecho el viaje.

Pero ahora tenía un deber que cumplir para con la humanidad.

16

Si nos permitimos ser demasiado humanos y nos dejamos llevar por el amor y la compasión cuando es más peligroso, nos pondremos en una posición vulnerable que permitirá que las máquinas pensantes nos destruyan. Sí, los humanos tenemos un corazón y un alma que no tienen las máquinas, pero no podemos permitir que se conviertan en la causa de nuestra extinción.

QUENTIN BUTLER, carta a su hijo Faykan

Cuando regresó a casa después de la liberación de Honru, Quentin Butler fue a la Ciudad de la Introspección a ver a Wandra. Su esposa estuvo tan indiferente y callada como siempre, pero al ajado primero le gustaba sentarse junto a ella, reconfortarla con su presencia y sentirse reconfortado con la de ella. Cuando miraba el rostro de Wandra, aún veía su belleza, veía una sombra de la mujer que fue. Hablando en voz alta, le contó lo que había hecho en su última misión, y le habló de su visita a la familia de Rikov en Parmentier. Por desgracia, apenas llevaba una hora con Wandra cuando un joven quinto llegó en su busca. El oficial llegó con grandes prisas a los bellos terrenos ajardinados de aquel retiro religioso. Un viejo metafísico y erudito ataviado con una voluminosa camisa púrpura acompañó al visitante, moviéndose con demasiada lentitud dada la urgencia del mensaje que lo llevaba allí.

—¡Primero Butler! Acabamos de recibir un comunicado de Parmentier. El gobernador envió una nave con un mensaje urgente hace semanas. ¡Es un aviso!

Quentin oprimió la mano flácida de Wandra y se puso en pie, enderezando la espalda y volviendo su atención a su deber.

—¿Un aviso de Rikov? Quiero ver al mensajero.

—No puede, primero. No ha bajado a la superficie. El mensajero sigue en órbita, transmitiendo, pero se niega a abandonar su nave. Tiene miedo de contagiarnos a todos.

—¿Contagiarnos? ¿Qué está pasando?

—Y eso no es todo, señor… han empezado a llegar noticias de otros mundos de la Liga.

Mientras el quinto le explicaba la situación atropelladamente, Quentin lo cogió del brazo y lo alejó de allí. A su espalda, el erudito miraba con expresión plácida. Luego, el anciano se sujetó unos pliegues de su camisa púrpura y le habló a la silenciosa Wandra, como si pensara que podía ser una audiencia receptiva a sus ideas esotéricas.

Con una expresión de inquietud en el rostro, Quentin observó mientras en el Consejo de la Yihad veían el mensaje grabado por Rikov. Las imágenes que había transmitido el apresurado mensajero desde su nave en órbita mostraban la epidemia extendiéndose por Niubbe y las zonas rurales de Parmentier, gente muerta o moribunda por las calles, salas de hospitales desbordadas… y eso había sido hacía semanas, al inicio de la epidemia.

—La noticia ya está desfasada —dijo el Gran Patriarca Xander Boro-Ginjo—. Quizá a estas alturas ya han encontrado una cura. ¿Quién sabe lo que habrá pasado en este tiempo?

—Yo estaba allí cuando los primeros proyectiles estallaron en la atmósfera —dijo Quentin—. En aquel momento no entendimos lo que Omnius estaba tramando. Y ahora Rikov está atrapado.

—¿Quién puede saber nunca lo que Omnius pretende? —preguntó el virrey interino. Con frecuencia Brevin O'Kukovich hacía comentarios que no significaban absolutamente nada.

Quentin no hizo caso.

—Si las máquinas pensantes han desarrollado un arma biológica, debemos estar alerta. Podemos destruir los proyectiles que lancen contra nosotros en el espacio, pero una vez que la enfermedad entre en la atmósfera, ni las rigurosas cuarentenas ni los tratamientos médicos serán completamente efectivos. No hay ninguna garantía.

Aunque había tenido poco tiempo antes de aquella sesión de emergencia, Quentin había reunido informes de naves llegadas recientemente. También había encargado a Faykan que ampliara las patrullas en el perímetro espacial de Salusa Secundus y extendiera la red de sensores para detectar la llegada de posibles proyectiles. Normalmente habría sido casi imposible diferenciar objetos tan pequeños entre la maraña de basura espacial que flotaba por el sistema, pero el ejército conservaba grabaciones muy precisas de los primeros torpedos lanzados en Parmentier, así que tenían con que comparar, y eso les permitiría descartar falsas señales.

—Tenemos que verificar esta noticia —dijo el virrey interino—. Tendremos que meditar bien qué tipo de acción emprendemos.

Quentin se puso en pie. Ahora que el comandante supremo Atreides se había ido —irónicamente a Parmentier—, él estaba temporalmente al mando.

—Hay que emprender acciones inmediatamente. Si las sospechas de Rikov son acertadas, no podemos perder ni un momento. Con el comercio interestelar y el intercambio continuo de personas y mercancías por todos los mundos de la Liga y los Planetas No Aliados, una epidemia podría provocar un daño sin precedentes a la raza humana…

La línea segura de su comunicador sonó, y Quentin aceptó el mensaje. La voz de Faykan llegó lo bastante clara para que los miembros del Consejo le oyeran.

—Primero, sus sospechas eran correctas. Tal como predijo, hemos detectado un grupo de torpedos como los que atacaron Parmentier que venían hacia aquí.

Quentin miró con expresión de connivencia a aquellos hombres y mujeres sentados alrededor de la mesa del Consejo.

—¿Los habéis interceptado?

—Sí, señor.

—Tendríamos que conservar uno intacto para poder analizarlo —propuso uno de los miembros del Consejo—. Quizá podremos averiguar qué está haciendo Omnius.

Faykan lo interrumpió:

—Los hemos destruido todos para evitar el riesgo de un contagio accidental.

—Excelente trabajo —dijo su padre—. Mantened la vigilancia. Salusa es el objetivo más importante de la Liga, así que seguramente Omnius enviará más proyectiles.

Faykan cortó la comunicación y Quentin miró a su alrededor.

—¿Quién pone en duda que Omnius ya habrá enviado más de esos torpedos a otros mundos? Tenemos que detenerlos, hacer correr la noticia antes de que la epidemia se extienda a otros planetas.

—¿Y cómo se propone hacer eso exactamente? —preguntó el virrey interino O’Kukovich.

Con decisión, Quentin expuso su plan.

—Dispersando al ejército de la Yihad lo más rápido posible, enviando exploradores con avisos y preparando las cuarentenas. La urgencia de la misión quizá justifique el uso de naves que plieguen el espacio —dijo después de pensarlo—. Es posible que perdamos una de cada diez naves, pero si no alertamos y ayudamos a otros planetas a prepararse, podríamos perder la población de planetas enteros.

—Todo eso suena… hum, bastante drástico —dijo O'Kukovich con voz indecisa, buscando apoyo en los que le rodeaban.

—Exacto… igual que el plan de Omnius.

El propio Quentin se puso al frente de una patrulla, como un oficial más. Iba a toda velocidad de un sistema a otro, ayudando a las poblaciones locales a poner en práctica medidas de protección. Docenas de torpedos biológicos fueron interceptados en otros mundos de la Liga, pero evidentemente algunos lograron pasar. Parmentier estaba aislado… y habían llegado noticias de otros cinco planetas donde la epidemia estaba causando estragos.

Quentin temía que fuera demasiado tarde.

Se impusieron severas cuarentenas, pero aun así la gente escapaba, llevando la epidemia consigo. Sin duda, algunos buscarían refugio en Salusa Secundus. Ni siquiera con medidas draconianas podrían proteger el mundo capital de la Liga. ¿Cómo iban a interceptar cada pequeña nave desesperada que aparecía? Eso habría significado cerrar el paso a todas las naves e imponerles una cuarentena para verificar si sus ocupantes manifestaban los síntomas de la epidemia. Por suerte, dada la lentitud de los viajes espaciales estándar y la relativa rapidez con que actuaba la

enfermedad, la tripulación de cualquier nave infectada habría manifestado los síntomas antes de llegar a Salusa.

Quentin andaba arriba y abajo por el puente, observando las expresiones extraviadas y la confusión en el rostro de sus hombres. Los técnicos de sensores estaban en alerta permanente, conscientes de que si se despistaban un momento, si un solo torpedo biológico escapaba a su vigilancia, un mundo entero podía perecer.

Después de tantos años de Yihad, la Liga era un organismo enfermo e inestable, unido por el odio común a las máquinas pensantes. Quentin temía que una epidemia tan virulenta como aquella —y el pánico, que se extendía aún más deprisa— haría que la civilización se desmembrara.

17

Soy todos los cementerios que han existido, todas las vidas resucitadas... pero vosotros también.

RAYNA BUTLER, *Visiones verdaderas*

Cuando las visiones provocadas por la fiebre derivaron en las pesadillas y la negrura del sueño profundo, Rayna Butler perdió la conciencia, aferrándose a un hilo de vida tan fino como un hilo de seda. Las descripciones que su madre le había hecho del cielo durante sus lecciones diarias de religión no se parecían nada a aquello.

Cuando finalmente volvió a su cuerpo, su vida y su mundo, Rayna descubrió que todo había cambiado.

Seguía acurrucada en el interior del armario oscuro y sofocante, y se dio cuenta de que tenía la ropa sucia y acartonada por el sudor seco. Las mangas de su blusa, apelmazada y descolorida, tenían un tono rosado a causa de la sangre que había supurado por sus poros junto con el copioso sudor de la fiebre. Aunque el descubrimiento le resultó extraño y perturbador, Rayna se sentía emocionalmente vacía, y sus sentidos estaban embotados. Ni siquiera notaba el olor de la ropa.

Cuando trató de levantarse, sintió que sus músculos debilitados temblaban. Estaba sedienta, no entendía cómo

podía haber sobrevivido sin beber. No trató de entender si aún había algo que tuviera sentido. Cada paso, cada aliento era una pequeña victoria por sí solo, y sabía que le esperaban cosas mucho más difíciles…

Rayna bajó la vista a su cuerpo y vio que tenía la ropa cubierta por mechones de pelo rubio, largos mechones que le habían caído de la cabeza, y otros más pequeños, del vello de sus brazos. No tenía sentido. Su piel se veía muy pálida, y totalmente lisa.

Moviéndose con una dolorosa lentitud, temiendo que su cuerpo se partiera en cualquier momento, la joven fue a buscar a sus padres para contarles las visiones y las revelaciones religiosas que había tenido. ¡La mismísima santa Serena le había hablado! Estaba segura de que al final entendería lo que había querido decirle. Aquellas instrucciones celestiales sin duda eran ecos de la voz de Dios, y si había podido escucharlos había sido solo gracias a la gravedad de su enfermedad.

Pero cuando llegó a la habitación de sus padres, Rayna los vio exactamente en la misma posición que recordaba, solo que ahora sus cuerpos estaban hinchados y tenían el color malsano de la descomposición. Aunque la impresión y el hedor despertaron bruscamente sus sentidos, Rayna se quedó mirando durante un largo momento, luego se fue.

En otras salas y habitaciones, encontró dos cuerpos más, dos criados que no habían huido como ella pensaba. La casa estaba totalmente en silencio.

Al menos todavía había agua. En el cuarto de baño, la joven abrió una ducha purificadora. El agua fría salía a borbotones, y Rayna se arrancó la ropa sucia y permaneció desnuda bajo el chorro, tragando toda el agua que podía. El calentador no funcionaba, pero de todos modos tenía la piel entumecida. Todas las articulaciones le dolían, y crujían, como si el cartílago se hubiera convertido en cristal roto. Se

aferró a una barra para mantener el equilibrio y se limitó a dejar que el agua cayera. Por el desagüe, junto con los ríos de agua fría se fueron también más mechones de pelo.

Rayna no tenía forma de saber cuánto tiempo había pasado, pero tampoco le interesaba…

Cuando finalmente salió de la ducha, goteando, rejuvenecida, se plantó ante el espejo de cuerpo entero… y el reflejo que vio era el de una extraña. Su cuerpo enjuto había cambiado de una forma que nunca habría imaginado. Todo su pelo había desaparecido. El pelo de la cabeza, e incluso las cejas y las pestañas. Los brazos, la cara y el pecho de la jovencita de once años estaban completamente lisos, y bajo la luz que entraba por las ventanas, su piel parecía translúcida, luminosa. Como la de un ángel.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez que comió y, aunque estaba hambrienta, sabía que primero tenía que hacer algo muy importante. Se puso ropa limpia, y fue a la capilla familiar donde tantas veces había rezado con su madre. Ante el altar de los tres mártires, la joven pidió una guía, recordando las revelaciones de santa Serena. Finalmente, con el pensamiento y los recuerdos más despejados, se levantó y fue por fin a las cocinas.

Buena parte de la comida se estaba pudriendo, y parte de lo que tenían en la despensa había sido robado por los pocos que tenían algo de ánimo para saquear nada. Seguramente había estado inconsciente varios días. En el suelo, cerca de la mesa de la cocina, encontró el cadáver de otra criada. El olor malsano de la carne en descomposición se mezclaba con el de la comida echada a perder. ¿Qué había pensado preparar aquella mujer cuando la plaga demoníaca la mató?

Lo primero que hizo fue beber más agua, agua limpia y fresca de la cisterna de la mansión. Estaba muy deshidratada. Había perdido mucho peso. Tenía los ojos muy

hundidos y las mejillas chupadas. Dio un largo trago, pero paró porque sintió que su estómago no lo aguantaba. Encontró un poco de queso y comió un pequeño tazón de estofado enlatado, frío, pero las especias eran demasiado fuertes y lo vomitó.

Aunque seguía sintiéndose débil Rayna sabía que tenía que comer, así que bebió de nuevo y encontró una pequeña hogaza de pan seco. Eso sería suficiente por el momento. La simplicidad y la pureza de una comida como aquella, solo pan y agua, le dio una fuerza celestial.

A pesar de su debilidad, Rayna decidió que ya había descansado bastante. Salió de la mansión del gobernador y volvió su rostro hacia la ciudad, demasiado callada. La epidemia era una plaga enviada por Dios, pero ella había sobrevivido. Había sido escogida para llevar a cabo grandes cosas.

No era más que una niña, y sin embargo tenía muy claro lo que tenía que hacer. La adorable visión de santa Serena Butler le había dado instrucciones… y ahora tenía una misión. Echó a andar colina abajo, descalza.

La gente que veía yendo arriba y abajo parecía demacrada y exhausta. Cualquier movimiento provocaba una mueca de dolor. Todos habían visto morir a amigos y familiares, habían hecho lo que podían por ayudar a los enfermos. Muchos de los que se habían recuperado andaban cojos y habían quedado deformados: una broma cruel para los que eran lo bastante fuertes para sobrevivir a la enfermedad. Caminaban ayudándose con muletas improvisadas, o se arrastraban, buscando comida y pidiendo ayuda. Incluso los que no presentaban secuelas visibles, tenían el espíritu quebrantado, y se sentían abrumados por la responsabilidad de tener que hacer el trabajo de diez personas.

Rayna caminaba sola, con los ojos brillantes, buscando. Desde la calle, vislumbraba figuras furtivas, sombras en las ventanas de las viviendas y los negocios cerrados. Solo era una niña, y sin embargo caminaba erguida y con confianza, con la piel tan pálida que podía haber sido un esqueleto andante… o una manifestación del espíritu de la muerte. Seguramente habría suficiente comida en los almacenes para que los supervivientes se alimentaran, pero si no se deshacían de los cadáveres, si no trataban las infecciones y reparaban las infraestructuras ruinosas, a las víctimas de la epidemia pronto se sumarían las muertes por causas relacionadas.

Rayna cogió una palanca que había caído en una cuneta. Recordaba haber oído hablar a su padre de los disturbios callejeros, de enfrentamientos entre la gente. Los martiristas habían empezado a salir en procesiones desesperadas, y fueron muchos los que murieron en las escaramuzas, tanto si participaban en las procesiones como si no. Sintió la palanca pesada y caliente en su mano, una digna espada para una joven que había recibido instrucciones directas de Serena.

Finalmente, divisó el primer objetivo de su misión.

La joven etérea estaba ante el escaparate de una tienda donde se vendían objetos mecánicos, apliques y objetos inocuos que habían escapado a la ira de los violentos y los saqueadores. Los ciudadanos de la Liga utilizaban esas cosas sin plantearse su origen, sin pensar que aquellos productos de alta tecnología eran primos lejanos de Omnius. Todas las máquinas, todos los aparatos electrónicos, todos los circuitos, eran tentaciones inherentemente malvadas. Se insinuaban en la vida diaria para que la gente aceptara alegremente la presencia de las máquinas.

Aspirando en silencio, Rayna cogió impulso con la palanca y rompió la cristalera, dejando al descubierto

aquellos objetos. Entonces se puso a aporrearlos, hasta convertirlos en desechos de metal y polímero. Su primer golpe al enemigo. Sus visiones le habían dicho que debía acabar con aquella plaga desde dentro, borrar cualquier vestigio de las máquinas pensantes para que los humanos no pudieran volver a sucumbir en el futuro.

Presa de un frenesí extrañamente tranquilo, Rayna destrozó todo lo que veía. Cuando no encontró más manifestaciones mecánicas, fue hasta otro edificio, el de una empresa de contabilidad, y en la segunda planta encontró máquinas de cálculos. Las destrozó también. Un hombre que parecía debilitado y asustado se acercó para detenerla, pero se encogió cuando ella se puso a insultarle con frialdad y decisión y le reprendió por haber permitido la presencia de máquinas en su negocio.

—Los humanos solo encontraremos desgracias si no eliminamos todas las manifestaciones de los demonios mecánicos. ¡He escuchado la voz de Dios, y actuaré en consecuencia!

Ante tanta vehemencia, por bien que provenía de una persona menuda, el hombre huyó.

Había tanto que hacer que Rayna no hizo distinciones entre los diferentes niveles de la tecnología, las variaciones en la complejidad de los ordenadores. Fue incansablemente de un negocio a otro hasta que, finalmente, dos miembros de lo que quedaba de las fuerzas de seguridad de Parmentier la detuvieron. Pero no era más que una niña, la hija del gobernador fallecido, y después de observarla, los hombres se miraron entre sí.

—Ha pasado momentos muy duros. Solo está descargando su rabia de la única forma que puede. Y estoy demasiado cansado para ocuparme de nada que no sea una emergencia.

—E incluso con las emergencias yo muchas veces hago la vista gorda. —Uno de los hombres, alto y de piel oscura, señaló con severidad a Rayna—. Por esta vez lo dejaremos pasar, pequeña, pero no vuelvas a meterte en problemas. Vuelve a tu casa.

Rayna se dio cuenta de que era muy tarde. Estaba cansada, así que hizo lo que le decían y volvió a la mansión del gobernador.

Sin embargo, al día siguiente, volvió a salir con la palanca en busca de nuevos objetivos y estuvo destrozando todas las máquinas que encontraba y cualquier objeto que pudiera relacionarse con ellas.

Solo que esta vez la acompañaba una pequeña multitud de observadores, muchos de ellos macilentos martiristas. Y los observadores empezaron a cantar en señal de apoyo y se armaron también con garrotes…

18

> La fe y la determinación son las mejores armas de un guerrero. Pero las creencias se pueden corromper. Cuidado, porque esas armas se pueden volver en tu contra.
>
> MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

Después de salir de Ginaz, en su primera misión Nar Trig e Istian Goss esperaban poder entrar en combate directo contra las fuerzas de Omnius. En vez de eso, los nuevos maestros de armas se encontraron formando parte de una embrollada acción policial y de recuperación en Honru.

—Lo normal habría sido que al hombre que lleva en su interior el espíritu de Jool Noret lo mandaran al frente —gruñó Trig—. Este lugar ha sido liberado, no veo por qué no pueden mantener ellos solos el orden.

—Recuerda lo que nos enseñaron: cualquier batalla en la que se defienda a la humanidad es importante. —Istian reprimió un suspiro—. Si esta misión es tan fácil como dices, terminaremos enseguida… y entonces podrán enviarnos a alguna batalla.

Cuando el batallón de Quentin Butler abandonó Honru, los supervivientes oprimidos se dejaron llevar por el afán de venganza, incitados por la propaganda de los martiristas. Los robots centinelas, los ojos espía y el resto de

subsistemas que servían a la supermente fueron desmantelados, los circuitos se desconectaron, la maquinaria fue destrozada. Nar Trig miraba a aquellos fanáticos con una curiosidad voraz, como si intuyera en ellos un fervor muy parecido al suyo contra las máquinas pensantes.

Por desgracia, pensó Istian, estaban tan obcecados con aquella venganza que habían causado más daños de los necesarios. Si hubieran dedicado su energía y entusiasmo a reconstruir Honru en lugar de aplastar a un enemigo que ya había sido derrotado, los dos maestros de armas podrían haber luchado en batallas reales en vez de tener que perder el tiempo allí.

Las cuadras de los esclavos habían sido destruidas, y la gente acondicionaba alojamientos en el interior de antiguos edificios de las máquinas, levantaban tiendas de campaña y cobertizos, y sacaban las cosas que podían ser de utilidad de las fábricas de la antes reluciente ciudad. Altares extravagantes y coloridos a los tres mártires se extendían como la mala hierba por toda la ciudad y el campo, con sus minas a cielo abierto. Largos estandartes donde aparecían Serena, Manion el Inocente y el Gran Patriarca Iblis Ginjo ondeaban en los edificios altos. En lugar de cultivar productos comestibles, los granjeros martiristas plantaban prados de caléndulas, la flor que se había convertido en el símbolo del hijo asesinado de Serena Butler.

Istian y Trig avanzaban por las calles, alerta. Las filas de los martiristas habían aumentado notablemente, y con frecuencia sus agradecidos seguidores celebraban vigilias religiosas, se reunían para rezar. Se hacían con cualquier reducto de maquinaria que encontraban intacta entre las ruinas y luego la destrozaban en ceremonias simbólicas.

Sin embargo, los supervivientes empezaban a aplacarse, y cada día se volvían más hacia labores más productivas.

Istian esperaba que Trig y él pudieran marcharse en cuanto llegara una nueva nave.

Mucha gente llegaba allí desde otros mundos de la Liga, algunos para reclamar una parte del nuevo territorio, otros porque querían ayudar realmente. El filántropo lord Porce Bludd, nieto de Niko Bludd, que había muerto durante el gran levantamiento de esclavos en Poritrin, contribuyó con fuertes sumas de dinero. Para la reconstrucción de Honru no iban a faltar dinero, recursos ni mano de obra. Lo único que fallaba era la falta de un objetivo concreto e iniciativa, pensó Istian.

De pronto oyeron un grito. Istian se volvió y vio a un hombre con uniforme de oficial que corría hacia ellos… era el administrador militar de la colonia. A pesar de su rango relativamente alto, el hombre era de sangre noble y tenía más de burócrata que de guerrero. Trig se llevó la mano a la espada de impulsos, listo para entrar en acción.

—¡Mercenarios! Necesitamos vuestra ayuda. —Con el rostro enrojecido por la carrera, el administrador militar se detuvo ante los dos maestros de armas—. Cuando estaban abriendo uno de los almacenes sellados de comida, los obreros han encontrado tres robots de combate ¡y aún están activados! Los mek han matado a dos de los nuestros antes de que pudiéramos cerrar de nuevo el depósito con ellos dentro. Tienen que destruirlos.

—Sí. —Trig esbozó una sonrisa feroz y se volvió hacia su compañero de entrenamientos—. Enseguida.

Istian miró con expresión decidida y satisfecha.

—Vamos.

En una zona de la ciudad llena de almacenes idénticos con forma de cubo y cámaras de almacenamiento, los dos mercenarios corrieron tras el administrador militar y una docena de yihadíes bien armados. Podían haber utilizado explosivos y pesados proyectiles para destruir a los robots,

pero necesitaban los suministros, el material y los recursos que se habían conservado intactos en el interior de los almacenes. Además, Istian y Trig podían vencer a los enemigos con su saber hacer, y sin daños colaterales. Y los yihadíes querían ver a los mercenarios y su famosa habilidad en un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo.

Una multitud los siguió hasta su destino. La gente gritaba. Algunos llevaban estandartes de los tres mártires. Trig alzó su espada de impulsos en un gesto desafiante, y los martiristas lo vitorearon. Istian se concentró en lo que tenían por delante, preparándose mentalmente para el enfrentamiento. Recordó las antiguas leyendas de valientes caballeros con armadura que se enfrentaban a dragones en sus guaridas mientras los campesinos miraban aterrorizados. Y supuso que él y Trig tenían una función similar.

Cuando por fin estuvieron ante la puerta metálica y sellada del almacén, Istian vio que su superficie lisa y pulida tenía abolladuras, como si hubieran lanzado proyectiles contra ella desde el interior. Evidentemente, los robots de combate habían intentado salir.

En cuanto la barrera de las puertas se abrió, las altas y voluminosas máquinas de matar avanzaron, proyectando apéndices puntiagudos, armas mortíferas, brazos lanzallamas, cañones proyectiles. La pesadilla de cualquier humano… y justo el tipo de enemigo al que los maestros de armas de Ginaz estaban entrenados para matar. Chirox les había enseñado bien.

Istian y Trig gritaron al unísono y se lanzaron al frente levantando sus espadas de impulsos. Los robots de combate parecieron sorprendidos ante sus pequeños oponentes. Una llamarada salió de uno de los brazos incineradores, pero Trig saltó hacia la izquierda, rodó por el suelo y se incorporó de un salto. Istian saltó hacia delante, agitando su espada

contra el atacante. Con un solo golpe, envió una descarga de energía por el apéndice del robot de combate. El lanzallamas quedó flácido, sin energía.

Los otros dos robots giraron y convergieron cuando Trig cargó contra ellos. Los ojos del joven brillaban, y ni siquiera se molestó en intentar evitarlos. En la mano izquierda llevaba su espada de impulsos, y en la derecha una pequeña daga de energía.

Enfurecido con el mek que le había lanzado la llamarada, Trig se enfrentó a este, golpeando, cortando. Dio unos toquecitos en el botón de la empuñadura para aumentar la potencia de las descargas y, con un revoltijo de golpes bien dados, cortocircuitó la memoria central del robot, borrando de esa forma su programación y dejándolo totalmente inoperativo.

Istian se concentró en el otro robot que seguía intacto. La máquina levantó dos brazos de artillería, pero el joven era demasiado rápido y no le dio tiempo a reajustar la mira del objetivo. Los brazos lanzaron los explosivos cuando pasó por el punto muerto y estallaron, dejando un cráter humeante un metro por detrás de Istian. Había logrado entrar en la zona de vulnerabilidad.

La máquina replegó sus brazos de artillería y sacó otros dotados de hojas cortantes que se agitaban como tenazas. Istian las evitó, dejó que sus pensamientos fluyeran, tratando de sentir el espíritu de Jool Noret guiándolo desde su interior. Pero no sentía su presencia y pensó: «¿Por qué guardas silencio?».

Por primera vez, Istian luchó sin pensar, sin temor a las heridas o al dolor. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, tres de los afilados brazos de la máquina cayeron con flacidez a los lados, como sauces marchitos.

Y para rematar la faena, golpeó con la espada de impulsos los brazos de artillería que la máquina había

replegado, para evitar que disparara contra los espectadores fanáticos que no dejaban de acercarse, como si quisieran ayudar a derrotar al enemigo con sus manos desnudas. Si se acercaban demasiado, Istian sabía que habría una carnicería.

Aullando como un salvaje, Trig ya se había lanzado contra el último robot. La máquina agitó los brazos, tratando de utilizar un nuevo grupo de armas. Era evidente que se limitaba a defenderse y no estaba preparada para la furia de aquel guerrero enloquecido. Al verlo, Istian pensó con pesar que era en Nar Trig en quien tendría que haber renacido el espíritu de Jool Noret.

Rechinó los dientes y puso más empeño en la lucha.

Uno de los brazos con cuchillas del mek le acertó en el hombro y otro en el pecho. Pero Istian dobló su cuerpo hacia atrás en un ángulo increíble y el borde aserrado de la cuchilla solo dejó marcada en su esternón una fina línea de sangre.

Y se incorporó como movido por un resorte. Su espada de impulsos, puesta a su máxima potencia, golpeó el torso blindado del mek de combate lanzando una descarga que agotó definitivamente su batería, aunque paralizó los sistemas móviles del robot y dejó sus brazos y sus piernas inmovilizados, la artillería desactivada y la cabeza girando adelante y atrás.

Trig por su parte asestó un golpe en la columna de su adversario, bajo una lluvia de chispas que hizo que el mek se echara a temblar. Dio un segundo golpe, con la fuerza suficiente para romper los conductos y tubos de soporte y, finalmente, hizo saltar la cabeza blindada. El pesado cuerpo cayó al suelo.

Sintiendo que la adrenalina lo abandonaba como una presencia tangible —¿es posible que aquello fuera el espíritu de Jool Noret?—, Istian se desplomó y dejó caer su

espada de impulsos al suelo. Los músculos le temblaban. A su lado, Trig caminaba arriba y abajo como un tigre salusano enjaulado buscando un nuevo oponente.

Antes de que pudieran volverse hacia el primer robot de combate, que estaba desactivado, aunque su cabeza seguía moviéndose adelante y atrás, los martiristas se arrojaron sobre él armados con sus propias armas, garrotes, martillos, palancas. La chusma descargó su rabia contra las tres máquinas derrotadas, golpeando y gritando, y convirtieron a aquellos monstruos asesinos en chatarra.

Saltaban chispas, las piezas se desprendían. Las unidades de procesamiento fueron aplastadas, los módulos de circuitos gelificados se extrajeron y quedaron desparramados por el suelo del almacén. La chusma no se detuvo hasta que, con un último y gran clamor, convirtieron la metralla en despojos irreconocibles.

—Podemos aprovechar este metal —dijo el administrador militar alegremente—. Los martiristas han iniciado un programa para reciclar los restos de las máquinas pensantes y utilizarlos como material de construcción, para herramientas agrícolas y carpintería. Las antiguas escrituras nos dicen que convirtamos las lanzas en podaderas.

—No es suficiente con derrotar a estos lacayos de la supermente —concedió Nar Trig con voz profunda—. La victoria será mucho más dulce si podemos utilizarlos para nuestro provecho.

—Como Chirox —señaló Istian.

Su compañero no respondió.

19

He imaginado cómo sería de ser Omnius, las importantes decisiones que tomaría en su lugar.

Diálogos de Erasmo

A pesar de las promesas de Rekur Van, la nueva versión de Serena Butler fue una gran decepción. Otro clon acelerado, otro paso en falso. Erasmo esperaba que el experimento de Serena no hubiera sufrido un daño irreparable. Utilizando las células que había traído consigo para negociar cuando huyó de la Liga, el cautivo tlulaxa trataba una y otra vez de conseguir una réplica de la mujer, pero siempre se encontraba con el mismo problema. Las células robadas sólo contenían el material genético, pero no a la persona, su esencia. El secreto no estaba en las células, sino «en el alma», como habría dicho la propia Serena.

Y ahora, de mal humor, el comerciante de carne sin extremidades se negaba a ocuparse de los otros clones que estaban criando.

En parte quizá fuera la frustración que sentía por los experimentos de regeneración con reptiles. Después de unos comienzos prometedores, las excrecencias óseas que habían empezado a aparecer en sus hombros habían caído, dejando al descubierto trozos de carne viva e infectada. Al

tlulaxa esto le había afectado mucho, y aquel estado de ánimo favorecía el fracaso en el experimento con Serena. Para arreglar aquel embrollo, Erasmo ajustó la medicación para que Van se concentrara en las cosas importantes y tuviera una amnesia selectiva. Aquello requería una atención constante.

«No debo mezclar experimentos», pensó el robot.

En aquellos momentos, mientras veía a la Serena de imitación en sus inmaculados jardines, deseó advertir en sus ojos lavanda un destello de reconocimiento, incluso miedo, lo que fuera. Gilbertus permanecía obedientemente a su lado.

—Es exactamente igual que las imágenes de archivo, padre —señaló el hombre.

—Las apariencias engañan —dijo Erasmo, buscando la frase en su repertorio de clichés—. Se amolda al estándar humano de belleza, pero no es suficiente. Esto no es… no es lo que yo quería.

Con su memoria perfecta, el robot podía recordar exactamente cada conversación que había mantenido con la Serena auténtica. De este modo, podía revivir los numerosos debates que hubo entre los dos cuando era su esclava especial en la Tierra. Pero Erasmo quería nuevas experiencias, un entendimiento, un contrapunto apropiado a las excelentes perspectivas que le daba su relación con Gilbertus.

No, sencillamente, aquel nuevo clon de Serena no servía.

Era tan blanda y poco interesante como sus otros especímenes, y no poseía ni los recuerdos ni la testarudez que esperaba encontrar. El proceso de madurez se había acelerado, pero sin el inconmensurable legado de la experiencia.

—Exteriormente aparenta la misma edad que yo —dijo Gilbertus. ¿Por qué demostraba tanto interés?

La verdadera Serena Butler se había criado en la Liga de Nobles, donde aprendió a creer en interesantes estupideces, como la superioridad del humano y su derecho a la libertad y el amor. Erasmo lamentaba no haber sabido apreciar su carácter único en lo que valía. Ahora era demasiado tarde.

—No me conoces, ¿verdad? —preguntó al nuevo clon.

—Eres Erasmo —contestó ella, pero su voz carecía de emoción.

—Ya imaginaba que solo sabrías decir eso —repuso el robot, consciente de lo que tenía que hacer. No le gustaba tener delante cosas que le recordaran sus errores.

—Por favor, no la destruya, padre —rogó Gilbertus.

El robot se volvió, formando automáticamente una expresión desconcertada en su rostro.

—Deje que hable con ella, que le enseñe. Cuando me sacó de las cuadras de esclavos, yo no tenía educación, era un salvaje, una pizarra en blanco que no dejaba entrever su potencial. Quizá con cuidado y paciencia pueda… salvar algo.

De pronto Erasmo comprendió.

—¡Serena te resulta atractiva!

—Me resulta interesante. Teniendo en cuenta las cosas que me ha explicado sobre la Serena original, ¿no cree que sería una compañera apropiada para mí? Una pareja, tal vez.

El robot no se lo esperaba, pero aquel giro en los acontecimientos le pareció de lo más intrigante.

—Tendría que haberlo visto por mí mismo. Sí, Mentat mío, inténtalo.

Mientras estudiaba el clon femenino, de pronto Gilbertus pareció intimidado, como si hubiera aceptado un desafío que le iba grande.

El robot le dio muestras de apoyo.

—Incluso si el experimento fracasa, sigo teniéndote a ti, Gilbertus. No podría tener un mejor sujeto de estudio… ni un compañero.

Con el fin de estudiar mejor las preferencias humanas, Erasmo había diseñado cierta cantidad de máquinas de ejercicio para Gilbertus, algunas de uso sencillo y otras más complejas. Gilbertus era un ejemplar perfecto, tanto física como mentalmente, y Erasmo quería que siguiera así. Al igual que una máquina, el cuerpo humano requería un mantenimiento.

Después de pasar por numerosos y exhaustivos programas de ejercicio, el físico de Gilbertus se había convertido en un ejemplo de perfección masculina. Cuando un humano utilizaba sus componentes físicos, su fuerza aumentaba; cuando un robot utilizaba sus componentes mecánicos, se desgastaban. Una diferencia curiosa, pero fundamental.

Bajo la mirada atenta de Erasmo, el hombre hizo varios kilómetros en una cinta para correr mientras hacía pesas y realizaba otros ejercicios para trabajar la parte superior del cuerpo con campos de fuerza. Para hacer algo tan complejo se necesitaba una mente muy compartimentada. En un día cualquiera, Gilbertus utilizaba más de treinta agotadoras máquinas múltiples sin descansar apenas y bebiendo únicamente agua.

Dado que aquello consumía mucho tiempo, Erasmo dijo:

—Mientras potencias tus capacidades físicas, podrías trabajar también las mentales, Mentat mío. Deberías mejorar tu memoria, realizando cálculos y resolviendo enigmas.

Gilbertus se detuvo, respirando trabajosamente. El sudor brillaba sobre su pelo pelirrojo, y en la expresión que le

dedicó el robot reconoció desconcierto.

—Es exactamente lo que estoy haciendo, padre. Mientras ejercito mi cuerpo, ejercito mi mente. Realizo incontables cálculos, proyecciones y ecuaciones, cada una de las cuales me proporciona perspectivas que no están al alcance de un pensador corriente. —Hizo una pausa y añadió—: Eso es lo que usted ha hecho de mí… o lo que intento hacer que crea que ha hecho de mí.

—Eres incapaz de engañarme. ¿Qué interés podrías tener en hacer algo así?

—Padre, usted me ha enseñado que no se puede confiar en los humanos, y me he tomado su lección muy en serio. Ni siquiera confío en mí mismo.

Hacía casi siete décadas que Gilbertus era su pupilo, y le resultaba impensable que pudiera volverse secretamente en contra de las máquinas pensantes. Habría notado alguna pequeña alteración en su estado de ánimo, y Omnius habría detectado pruebas de su traición… porque sus ojos espía estaban por todas partes.

Si Omnius llegaba a plantearse siquiera esa sospecha, diría que lo más seguro era eliminar a Gilbertus antes de que pudiera provocar algún daño. Tendría que asegurarse de que la supermente no experimentaba nunca esas dudas.

«Omnius me desafió a convertir un niño salvaje en un ser inteligente y civilizado —pensó Erasmo—. Gilbertus ha sobrepasado mis expectativas más extravagantes. Me hace pensar en cosas que nunca me había planteado. Y le tengo un afecto que sería inconcebible sin él».

Gilbertus pasó a realizar flexiones para la parte superior del cuerpo con campos de fuerza y ejercicios de las extremidades inferiores simultáneamente. Mientras observaba a su pupilo, Erasmo recordó que Gilbertus ya había expresado su desagrado por la epidemia del retrovirus, que ya había empezado a propagarse por los

mundos de la Liga. ¿Y si decidía ayudar a los de su especie… en lugar de a él?

«Habrá que estar al tanto. —El robot se dio cuenta de que aquel pensamiento era una manifestación de un rasgo muy humano: la paranoia—. Lo que se piensa no siempre se corresponde con la realidad. Debe haber una conexión, una prueba documentada que vincule la sospecha al hecho».

He aquí un problema que había preocupado durante mucho tiempo a los investigadores humanos: cómo afectaba la presencia del observador al experimento. Hacía ya mucho que Erasmo había dejado de ser un observador imparcial de los avances de Gilbertus. ¿Se comportaba de una forma determinada su hijo adoptivo para demostrarle algo? ¿Eran aquellos extravagantes ejercicios una forma de alardear de su superioridad? ¿Sería la actitud de Gilbertus más rebelde de lo que parecía a primera vista?

Aunque resultaban perturbadores, aquellos pensamientos eran mucho más complejos e interesantes que los aburridos clones de Serena. ¿Querría Gilbertus instruirla para que se convirtiera en su aliada?

Finalmente, el hombre bajó de su máquina de ejercicios, hizo una doble pirueta hacia atrás y aterrizó limpiamente sobre los pies.

—Padre —dijo, respirando casi con normalidad—, me estaba preguntando si el hecho de utilizar una máquina de ejercicios me acerca más a la máquina.

—Indaga tú mismo en ese tema y luego dame un análisis.

—Creo que no hay una respuesta concluyente. Pueden encontrarse argumentos que validen tanto una postura como la contraria.

—Entonces será un excelente tema para un debate. Siempre disfruto con nuestros debates. —Erasmo todavía tenía largos debates esotéricos con el Omnius-Corrin, pero

prefería pasar su tiempo en compañía de Gilbertus. En cierto nivel, Gilbertus era más interesante, aunque no debía señalarle este detalle a la supermente.

El robot cambió de tema.

—Nuestras sondas de vigilancia pronto regresarán con imágenes de los resultados del despliegue inicial de la epidemia.

Gilbertus, que ya había terminado con sus ejercicios, se quitó la ropa cuando entraba en la ducha. El robot escaneó su físico con admiración, aunque se mantuvo a distancia suficiente para que el agua no salpicara su lujosa túnica.

—Sin duda, Yorek Thurr se alegrará viendo la muerte y la desgracia que ha provocado —dijo Gilbertus mientras se restregaba con la esponja—. Disfruta traicionando a los de su especie. No tiene conciencia.

—Las máquinas tampoco tienen conciencia. ¿Lo consideras un defecto?

—No, padre. Sin embargo, dado que Thurr es humano, yo tendría que poder asimilar su comportamiento. —Bajo el chorro de agua tibia, Gilbertus se enjabonó su espeso pelo rojo—. Aunque, después de leer tantos registros humanos de la antigüedad, creo que finalmente puedo explicar sus acciones. —Sonrió—. Es muy sencillo, está loco.

Gilbertus se aclaró y cerró el agua.

—Obviamente, el tratamiento de inmortalidad que exigió como pago por sus servicios desestabilizó su mente. Quizá era demasiado viejo. O quizá hubo algún error en la operación.

—O quizá intencionadamente yo le apliqué el tratamiento… de forma incorrecta —dijo Erasmo, sorprendido ante la sutil conclusión a la que había llegado Gilbertus—. Quizá decidí que no merecía una recompensa como esa y aún no ha acabado de entender qué le hice exactamente. —El rostro de metal líquido del robot formó

una leve sonrisa—. Aun así, debes admitir que la idea de la epidemia ha sido muy buena. Se amolda perfectamente a nuestra necesidad de conseguir una victoria sin causar más daño del necesario.

—Mientras algunos de nosotros podamos sobrevivir. —Gilbertus se secó y encontró ropa limpia esperándole.

—Sobre todo tú. Te he enseñado a ser extremadamente eficiente, con una mente altamente organizada, capaz de recordar y analizar los hechos como un ordenador. Si otros humanos pudieran adquirir esa capacidad, la coexistencia con las máquinas sería más fácil.

—A lo mejor yo puedo ser mejor que las máquinas y que el humano —dijo Gilbertus pensativo.

«¿Es a eso a lo que aspira? Debo meditar profundamente este comentario».

Y salieron juntos del edificio.

20

Las máquinas no son ni más ni menos que lo que nosotros hacemos de ellas.

RAQUELLA BERTO-ANIRUL, *Ensayos desde los límites de la conciencia*

Agamenón, Juno y Dante se elevaron en sus inmensos cuerpos de combate. Al general le entusiasmaba estar planificando un nuevo ataque, conquistar un lugar lejos de Richese donde pudieran estar a salvo de los obtusos espías de Omnius. Un lugar donde podrían reagruparse, hacerse fuertes y preparar con tranquilidad la siguiente fase de su nuevo imperio cimek.

Los tres titanes iban acompañados por una importante fuerza de naves neocimek, cada una de las cuales no era más que una extensión de un cerebro humano al que estaban conectadas mediante mentrodos. Todos aquellos neos profesaban su lealtad con entusiasmo, sobre todo porque sabían que Agamenón tenía interruptores selectivos que le permitirían matar a cualquiera de ellos a su antojo. Y a pesar de eso, Agamenón confiaba en su entrega y dedicación. Una vez que sus cerebros fueron extraídos de sus cuerpos biológicos, ¿qué otra cosa podían hacer los neocimek?

Tras abandonar Richese, el enjambre de naves de aspecto feroz se concentró ante el planetoide helado de Hessra, donde los pensadores de la Torre de Marfil habían vivido aislados durante siglos.

—De acuerdo con nuestras proyecciones, no tienen defensas —dijo Dante—. Los pensadores fingen no querer participar en ninguna actividad del exterior. Se limitan a esconderse y piensan.

Juno profirió un sonido despectivo y gutural.

—Pueden fingir lo que quieran, pero nunca han sido tan neutrales como dicen. Siempre están metiendo las narices en algún sitio.

—Son tan m-m-malos como los hrethgir. —Era el tartamudeo inconfundible de Beowulf y, aunque toleraba su presencia como pago por sus servicios pasados, a Agamenón le molestó que el neo estuviera escuchando una conversación privada entre titanes.

—Lo que quería decir —dijo Dante con exagerada paciencia— es que tenemos la victoria asegurada. En el plano militar no preveo ninguna dificultad para tomar Hessra.

—Aun así, pienso disfrutarlo al máximo.

Agamenón ordenó a sus cimek que rodearan el planetoide y descendieran. Poniendo a los prescindibles neos por delante, las naves de formas angulosas convergieron en formación de ataque por encima de la fortaleza de los antiguos filósofos, situada en un glaciar.

Si bien los pensadores de la Torre de Marfil profesaban un desinterés total por la galaxia exterior y se mantenían aislados, no eran del todo autosuficientes. Hacía mucho tiempo que dirigían en secreto un negocio y proporcionaban electrolíquido a los cimek, y habían seguido haciéndolo incluso después de que Agamenón y sus rebeldes se liberaran del yugo de los Planetas Sincronizados.

No deseando depender tanto de Vidad y los de su especie, Dante había levantado instalaciones para la producción de electrolíquido en Bela Tegeuse y Richese. Pero, aunque este líquido producido en masa era apropiado para los neocimek, Agamenón y sus titanes querían un material de mejor calidad, y no había ninguno mejor que el de los pensadores de la Torre de Marfil. Ese día, el general tomaría el mando de aquellas instalaciones, declararía Hessra como su nueva base de operaciones e iniciaría su marcha hacia la historia, tan largamente pospuesta…

Las torres negras de la ciudadela aislada sobresalían entre gruesos glaciares, engullidas prácticamente por los perezosos ríos de hielo que habían ido subiendo a lo largo de los siglos. Las torres afiladas que albergaban los cerebros y que tan altas habían sido en otro tiempo, parecían a punto de ahogarse bajo una avalancha de nieve y hielo.

Al frente del contingente, Agamenón y Juno activaron con gran placer sus lanzallamas integrados, cuyo efecto se vería incrementado por las corrientes de oxígeno del aire enrarecido de Hessra. De la nave cimek salieron lenguas de fuego que golpearon los muros de piedra negra e hicieron desprenderse gruesos fragmentos de hielo, provocando una prodigiosa nube de vapor de camuflaje que se elevó al cielo apagado.

—Esto nos despejará una zona operativa más amplia —dijo Agamenón, descendiendo con su nave.

Con voz seca, Dante dio instrucciones a los neocimek. Sus fibras ópticas detectaron la figura de tres subordinados con túnicas amarillas que corrían a las ventanas y los balcones. Con la boca abierta, los subordinados vieron lo que pasaba y corrieron a refugiarse al interior.

Los neocimek siguieron aterrizando como cornejas alrededor de las inmensas naves de los titanes. Agamenón transfirió su contenedor cerebral a una forma móvil

pequeña pero poderosa para poder desplazarse sin trabas por los pasillos de la fortaleza y mandó a un grupo de neos a que cargaran contra el edificio y derribaran muros y puertas para despejar el camino. Tras cambiar sus grandes naves mecánicas por formas móviles más pequeñas, los neos entraron como una procesión de hormigas guerreras mecanizadas provistas de armas. Detrás entró Agamenón, ruidosamente, con aire triunfal. Las patas afiladas de su forma móvil hacían saltar chispas sobre el suelo de piedra.

Fuera, el torpe neocimek Beowulf calculó mal y al aterrizar cayó por un precipicio y acabó en el interior de una grieta del glaciar. Cuando los neos le informaron, a Agamenón se le pasó por la cabeza dejar que se helara allí abajo y acabara engullido por las mandíbulas lentas pero inexorables del glaciar.

Pero en otro tiempo Beowulf había sido un aliado valioso, mucho más fiel y hábil que el inepto de Jerjes, con su extenso historial de fracasos. A desgana, Agamenón dio instrucciones para que rescataran el contenedor cerebral de Beowulf de los restos de su cuerpo-nave y lo colocaran en una forma móvil neocimek. «Se me están acabando las excusas para mantenerlo con vida». Aquel neocimek ya no era ninguna baza, al contrario, cada vez estorbaba más.

En el interior de la fortaleza helada de los pensadores, los neocimek despacharon a más de una docena de subordinados que encontraron a su paso. Agamenón mató a dos de ellos personalmente con la antigua arma que le había quitado a Thurr en Wallach IX. Funcionaba a la perfección.

Avanzando por delante del general, sus neocimek encontraron bibliotecas y salas de trabajo donde los subordinados pasaban el día copiando y transcribiendo. Por lo visto, estos ayudantes sentían una especial fascinación por todas las manifestaciones conocidas de las misteriosas

runas muadru que se habían encontrado repartidas por diferentes planetas.

En las entrañas de la fortaleza había cámaras adicionales dedicadas a la producción de electrolíquido. Ataviados con sus túnicas amarillas, los hombres que trabajaban en estos laboratorios retrocedieron asustados ante la irrupción de los neocimek, interrumpiendo sus cánticos y el proceso ritual de transformar el agua en aquel líquido de soporte vital.

Agamenón dio instrucciones precisas y puso a Dante al mando.

—Averigua cómo funcionan estas fábricas y luego mátalos a casi todos. Necesitaremos a algunos con vida.

Otros subordinados corrieron a la gran cámara central donde los pensadores descansaban sobre sus pedestales. Cuando finalmente Agamenón apareció en el recinto y escrutó los relucientes contenedores de los pensadores, vio con turbación que en los cilindros individuales de líquido azulado solo había cinco cerebros.

Faltaba uno.

—General Agamenón, tu llegada es innecesariamente destructiva y caótica —dijo uno de los antiguos filósofos a través del simulador de voz del pedestal—. ¿En qué podemos ayudarte? ¿Has venido a buscar suministros de electrolíquido?

—En parte sí. Pero también pretendo tomar Hessra y destruir a los pensadores. ¿Quién es el que falta? —Y, tras levantar un brazo mecánico, señaló con su extremo afilado el pedestal vacío.

Los cerebros filósofos vibraron inocentemente y contestaron con sinceridad.

—Vidad se ha instalado de forma temporal en Salusa Secundus para asesorar y observar a la Liga de Nobles. Necesitamos nuevos datos y debates para seguir evolucionando.

—Me parece que eso no va a poder ser —dijo Juno, que en ese momento entró pavoneándose con su ominoso cuerpo móvil y se acercó a Agamenón. Siempre había sentido un especial desagrado por aquellos pensadores metomentodos, sobre todo el que se hacía llamar Eklo y que ayudó a Iblis Ginjo a fomentar la rebelión en la Tierra. El inicio de aquella Yihad espantosa y destructiva.

Aunque la cruzada de la Liga contra las máquinas había permitido a los cimek lanzar su propia revuelta y liberarse del control de la supermente, Agamenón seguía muy resentido con los pensadores.

—¿Tenéis alguna brillante revelación que compartir con nosotros antes de que os ejecute?

—Hay numerosos campos en los que podemos iluminarte, general Agamenón —dijo uno de los pensadores con voz femenina, hablando con una extraña placidez.

—Lástima, porque no me interesa convertirme en la clase de ser que vosotros consideraríais iluminado.

Tras ordenar a las formas móviles de los neocimek que siguieran registrando los pasillos y las cámaras de la fortaleza, Agamenón y Juno avanzaron. Querían hacer aquello personalmente. Como una forma de demostrarse su amor mutuo.

Los titanes alzaron sus brazos mecánicos y derribaron los pedestales, haciendo que los contenedores transparentes cayeran al suelo y se rompieran, y luego sintieron un placer especial al convertir los cerebros temblorosos en una pulpa con sus puños mecánicos, uno detrás de otro. Fue una pena que se acabara tan pronto.

Finalmente, en pie en medio de aquel montón de sesos desparramados, Agamenón declaró su dominio sobre Hessra. En ningún momento hubo ninguna duda.

21

Ciencia es la creación de dilemas en un intento de resolver misterios.

DOCTOR MOHANDAS SUK, discurso ante un grupo de estudiantes graduados

En cualquier otro momento, Raquella habría reaccionado de una forma muy distinta al conocer a su abuelo, le habría hecho mil preguntas, le habría hablado de su vida. ¡El comandante supremo Vorian Atreides!

Su madre se habría sentido muy intrigada por aquella sorprendente noticia, pero Helmina estaba muerta, igual que el primer marido de Raquella. Ella siempre había creído que el soldado secreto de su abuela era una baja más, que por eso no había vuelto. La Yihad había acabado con tantas vidas y tantas esperanzas…

Le habría gustado pasar más tiempo con Vor Atreides —habría preferido casi cualquier cosa a lo que tenía por delante—, pero no podía dar la espalda a toda la gente que la necesitaba. Con aquella epidemia de Omnius haciendo estragos en Parmentier, ella y Mohandas tenían demasiados pacientes a los que salvar, tenían que encontrar una cura.

Sin embargo, por el momento, no había cura. Podían tratar los síntomas, hidratar a los pacientes y evitar que la fiebre subiera, ayudando a sobrevivir al mayor número

posible de personas, pero con una epidemia tan extendida eso no era suficiente. Seguía muriendo demasiada gente.

Vor había prometido hacer lo que pudiera para ayudar, dar la alarma en los otros mundos de la Liga. Incluso si no lograba regresar a tiempo para ayudar en Parmentier, al menos podía alertar a los otros planetas sobre esta nueva y terrible táctica de las máquinas. Si estaba en su mano, cumpliría su promesa. Solo hacía unas horas que se había marchado, pero Raquella lo sabía.

Hospital de Enfermedades Incurables. El nombre parecía desafortunadamente apropiado. No sabía qué haría si Mohandas sucumbía a la epidemia. Prefería enfermar ella primero… Tres de los veintidós médicos que habían reunido ya habían muerto a causa de la enfermedad, cuatro se estaban recuperando pero seguían incapacitados y otros dos mostraban los síntomas inconfundibles de los primeros estadios. Pronto tendrían que atenderlos también a ellos.

Mohandas había estudiado la enfermedad con el suficiente detalle para extraer algunas conclusiones básicas, aunque no había podido encontrar ninguna cura mágica. El virus penetraba en el organismo por vía aérea, a través de las mucosas y, tras afectar al hígado, empezaba a producir grandes cantidades de una proteína que convertía hormonas corporales como la testosterona o el colesterol en un compuesto similar a un esteroide anabólico. El hígado no podía descomponer el compuesto X (Mohandas no tenía energía para buscar un nombre más creativo), que tampoco podía eliminarse de la sangre. Dado que el nivel de las hormonas naturales estaba muy mermado a causa de su transformación en el mortífero compuesto X, el cuerpo tendía a producirlas en exceso, y de este modo seguía alimentando al compuesto y haciendo que fuera cada vez más fuerte. Y no tardaban en empezar a manifestarse los destructivos síntomas físicos y mentales.

En los estadios finales de la enfermedad, la muerte se llevaba a más del cuarenta por ciento de los afectados. Además, con frecuencia se producía un fallo hepático, y los ataques al corazón y las apoplejías causadas por la hipertensión solían resultar fatales. En un pequeño porcentaje de casos, una crisis tiroidea hacía que el cuerpo desconectara directamente a causa de los desequilibrios hormonales. Llegados a este punto, la altísima fiebre había sumido a la mayoría de las víctimas en un coma profundo que podía prolongarse varios días antes de que dejaran de respirar. También era alto el porcentaje de afectados que sufrían rupturas de tendones, lo que hacía que muchos de los supervivientes quedaran lisiados.

Raquella atendió a cuarenta enfermos en la siguiente hora. Ya había dejado de oír los gemidos, los delirios, de ver la expresión de terror o de súplica de sus ojos, de reparar en el hedor nauseabundo de la muerte y la enfermedad. Más que un hospital, aquel lugar siempre había sido un hospicio. Algunos tardaban más que otros en morir por la infección, otros sufrían más. Los había valientes y cobardes, pero al final no importaba. Seguían muriendo demasiados.

Raquella salió al pasillo y vio que Mohandas se acercaba. Le dedicó una sonrisa, y vio su rostro dulce y cordial con aspecto demacrado, con arrugas de fatiga en las mejillas, alrededor del respirador. Llevaba semanas haciendo turno triple, como médico, como investigador y como administrador interino del hospital. Apenas tenían tiempo para estar juntos como personas cuyo amor ha evolucionado hasta convertirse en un vínculo indestructible. Pero, después de tanta desesperanza y tanta muerte, Raquella necesitaba un poco de calor humano, aunque solo fuera unos momentos.

Finalmente, después de pasar por las duchas de descontaminación a una sección de salas estériles,

Mohandas y Raquella pudieron quitarse las mascarillas que les impedían besarse. Por un momento se cogieron de las manos, mirándose a los ojos a través de la película protectora, sin decir nada. Se habían conocido y habían encontrado el amor en medio de la tragedia, en el Hospital de Enfermedades Incurables, como una flor que aparece en medio de la desolación del campo de batalla.

—No sé cuánto más podré aguantar —dijo Raquella con voz fatigada y melancólica—. Pero, por muy fatigados que estemos, ¿cómo vamos a descansar? —Se acercó más y Mohandas la abrazó.

—Salvamos a todos los que podemos. Y aunque muchos se van, tú haces que sus últimos momentos sean más agradables —dijo él—. Te he visto con los pacientes, veo cómo se les ilumina el rostro cuando te ven. Tienes un don milagroso.

Raquella sonrió, pero con dificultad.

—A veces es tan duro escuchar sus plegarias desesperadas... cuando ven que no podemos salvarlos, apelan a Dios, a Serena, a quien sea.

—Lo sé. El doctor Arbar acaba de morir en la sala 5. Sabíamos que era algo inminente. —Había entrado en coma dos días antes, a causa de la fiebre altísima y la incapacidad de su cuerpo de combatir el virus o las toxinas que producía.

Raquella no pudo contener las lágrimas. El doctor Hundri Arbar procedía de las zonas más deprimidas de Niubbe, y sin embargo había conseguido su título en medicina para ayudar a la gente con menos suerte que él. Allí lo veían como un héroe, y siempre insistió en vivir sin ningún tipo de bebida ni de droga, ni siquiera la especia melange, tan popular por toda la Liga. Lord Rikov Butler —que había muerto junto con sus criados— proporcionaba importantes suministros de melange al hospital. Él tampoco tomaba la

especia debido a las estrictas creencias religiosas de su mujer. En el hospital, todos los médicos la tomaban diariamente para mantener su energía.

—Un médico menos. Le hace preguntarse a uno si… —Se interrumpió en mitad de la frase, porque su pensamiento volvió a la especia—. Un momento. Creo que he encontrado un patrón. —Siempre que encontraba especia, la administraba a algún paciente para aliviar el dolor.

—¿Qué es?

—No, prefiero no decir nada hasta que no esté segura.

Raquella avanzó con rapidez por el pasillo, con el doctor Suk detrás, y entró en una sala donde se guardaban los historiales médicos. Empezó a repasar los gráficos, a anotar datos para buscar paralelismos. Durante una hora, estuvo revisando febrilmente los archivos, cada uno en una lámina independiente de plazcircuito, procesando los datos mediante un lector electrónico. Las láminas se amontonaban a su alrededor.

Y la evidencia se convirtió en algo indiscutible.

—¡Sí… Sí! —Miró con gesto triunfal a Mohandas, respirando agitadamente—. ¡El denominador común es la melange! Mira. —Y le mostró los historiales, uno a uno. Las palabras brotaban de su boca atropelladamente—. En su mayor parte, las muertes parecen concentrarse por grupos sociales, y en principio eso no tiene sentido. Las clases bajas son más propensas al contagio que las familias nobles o los ricos hombres de negocios. Hasta ahora no había entendido por qué, porque la alimentación y el sistema sanitario no hacen distinciones entre la población.

»Pero si resultara que una persona que consume especia tiene una mayor resistencia ante la exposición al virus, entonces ¡las clases bajas que no se pueden permitir la especia morirían en mayor número! Mira, incluso los

pacientes a los que se ha administrado especia después de contagiarse responden mejor.

Mohandas no podía negar la evidencia.

—¡El doctor Arbar nunca probó la especia! Incluso si no es una cura definitiva, es evidente que la melange mitiga los síntomas. Da resistencia. —Se puso a andar arriba y abajo, pensando—. La molécula de especia es extremadamente compleja, una enorme proteína que VenKee nunca ha sintetizado ni ha logrado descomponer. Es muy probable que esta molécula bloquee la proteína mediante la que el virus transforma las hormonas del organismo en compuesto X. Digamos que si hay una parte de la enzima que normalmente ocupan la testosterona y el colesterol, que después se transforman en compuesto X, quizá la melange tiene una estructura lo bastante parecida a estas hormonas para ocupar esa parte y neutralizar así la enzima.

Raquella sintió que el color le subía a las mejillas.

—No olvides que los primeros estadios de la enfermedad incluyen la paranoia, las alucinaciones y la agresividad. La especia potencia los procesos mentales… y quizá también ayuda a proteger a la persona frente al contagio inicial.

Mohandas la aferró por los hombros.

—Raquella, si lo que dices es cierto, esto será un descubrimiento importantísimo. Podemos tratar a poblaciones enteras que todavía no hayan quedado expuestas al virus e inmunizarlas.

—Tienes razón, pero tenemos que actuar deprisa. Y ¿de dónde sacaremos tanta melange?

Mohandas bajó la cabeza.

—El problema es mucho más grave. ¿Acaso dudas que la epidemia ya habrá llegado a otros planetas? Es posible que se esté extendiendo por la galaxia como plaga de langostas. Tenemos que hacer llegar la noticia a la Liga a toda costa.

Raquella aspiró con fuerza.

—Mi… Vorian Atreides… ¡él lo hará!

Salió corriendo de la sala de archivos y fue a la sala de comunicaciones del hospital, ahora abandonada. Tenía que enviarle una señal antes de que su nave saliera del sistema. Como comandante supremo del ejército de la Yihad, él podía insistir en que se incrementara de forma drástica el suministro de especia a los planetas que pudieran estar en el punto de mira de Omnius.

Para su alivio, tras una larga espera, Vor contestó. Sin perder tiempo, Raquella le explicó lo que había descubierto y esperó. Finalmente Vorian dijo:

—¿Melange? Si es como dices, vamos a necesitar un montón. ¿Estás segura?

—Segurísima. Haz llegar el mensaje… y cuídate.

—Tú también —dijo Vor—. La central de VenKee en Kolhar está en mi ruta de vuelta a Salusa. Puedo hablar directamente con los responsables del comercio con la especia. —Y dijo algo más, pero la estática no le permitió oírlo bien, y luego la comunicación se cortó.

22

> Un ejecutivo de éxito es como un jugador de póquer: debe esconder sus emociones o mostrar emociones falsas para que los demás no puedan utilizarlas en su contra.
>
> AURELIUS VENPORT, *El legado de los negocios*

Durante casi dos semanas, Vor viajó en el *Viajero Onírico* a unas aceleraciones que solo un robot estaba preparado para soportar, decidido a llevar cuanto antes aquella información vital a la Liga. Su cuerpo empezaba a resentirse, pero sabía que cada minuto que pasaba podía significar la pérdida de más vidas.

Si aumentando la velocidad de su nave hasta los límites soportables conseguía salvar aunque solo fuera una vida, sería recompensa más que suficiente. El propio Agamenón le había enseñado esa lección cuando le sometió al tratamiento de extensión vital: el dolor es un precio muy pequeño a cambio de la vida.

Durante su largo viaje, Vor no había manifestado síntomas ni indicios de la enfermedad, no había visto ninguna de las señales sobre las que Raquella le había alertado. Eso significaba que era inmune. Y que por tanto podía poner manos a la obra enseguida sin miedo a contagiar a otros ni temer por su propia seguridad.

Vor varió su ruta dando un pequeño rodeo para ir a los astilleros de VenKee en Kolhar. Dadas las circunstancias, pensó que lo mejor era hablar directamente con los principales proveedores de especia. Las ramificaciones del descubrimiento de Raquella eran sorprendentes.

Aunque no fue ninguna sorpresa, cuando inició la aproximación a Kolhar Vor escuchó con pesar a través de las noticias que pasaban por los canales de comunicación que la epidemia había empezado a extenderse a otros mundos. Omnius hacía llegar la enfermedad con una eficacia implacable, contaminando un planeta tras otro, a pesar de los esfuerzos de la Liga por evitarlo. Se imponían cuarentenas, pero no con la suficiente rapidez; e incluso cuando las precauciones conseguían hacer que la epidemia quedara limitada a un territorio, como mínimo la mitad de la población estaba condenada a morir.

Vor era el único que tenía noticias esperanzadoras, y todo dependía de la cooperación de VenKee. Aquellos que consumían especia eran más resistentes a la plaga.

VenKee tenía el monopolio de las exportaciones de melange, y mantenía en secreto sus técnicas y sus proveedores. La empresa también tenía el monopolio de las naves que plegaban el espacio para el transporte comercial. En la mente de Vor las piezas encajaron enseguida: si querían contrarrestar el rápido avance del virus había que proporcionar medicinas de forma inmediata, y para eso era imprescindible el uso de las naves que plegaban el espacio. Y de especia…

Vor juró que no saldría de Kolhar hasta que tuviera lo que necesitaba.

Al final, la misma Norma Cenva acompañó a Vor en el *Viajero Onírico* a Salusa. Había previsto su llegada y, con

una extraña e inexplicable presciencia, sabía que traería noticias urgentes. Después de oírle decir las primeras frases, Norma ya sabía tres cosas: la situación era crítica, la especia era fundamental para la supervivencia de la raza humana y debía ir con él a Salusa para dirigirse al Parlamento de la Liga.

Antes de partir, Norma mandó a tres pilotos mercenarios muy bien pagados con el mismo mensaje a bordo de naves de reconocimiento que plegaban el espacio. De este modo, el Consejo de la Yihad estaría al tanto de la situación y podría empezar a difundir la noticia. Para cuando ella y Vor llegaran, ya habrían empezado a mover las cosas.

Luego dio instrucciones a su hijo Adrien para que modificara todas las actividades de la empresa e incrementara la producción y distribución de especia hasta los máximos niveles posibles. Finalmente, siguió a Vor a su nave negra y plateada.

—Me concentraré mejor en tu nave que aquí. —Y señaló a los astilleros, donde aún estaban ocupados con las labores de reconstrucción y reparación debidas a la reciente explosión—. Tendríamos que partir enseguida.

Cuando despegaron, Vor puso la nave a una aceleración moderada, pero Norma le aseguró que su cuerpo podía aguantar una presión mayor que el de él, así que de nuevo llevó al *Viajero Onírico* a una velocidad de vértigo. La nave de actualización salió disparada del sistema en un vector directo hacia Salusa Secundus.

Durante el trayecto, Norma se concentró en sus pensamientos y sus cálculos, rodeada de notas, cuadernos electrónicos y otros materiales de su despacho de Kolhar. Pero, curiosamente, nada de aquello le hizo falta. No, en lugar de eso se encontró viajando al interior de su mente, absorbiendo y procesando cantidades ingentes de

información. Descubrió que su capacidad mental aumentaba más allá de los límites imaginables.

Vor casi tenía la sensación de que no había nadie con él, aunque estaba acostumbrado a viajar solo. Durante las largas y tediosas horas de silencio, pensó con afecto en los tiempos en que volaba en compañía de Seurat. Dado el clima actual de guerra y maldad, no le habría ido mal poder distraerse jugando con el robot, o incluso con sus torpes intentos de hacer chistes.

El *Viajero Onírico* aterrizó entre sacudidas en una pista ventosa del puerto espacial de Zimia, en mitad del día. Norma salió de su trance, miró por la ventana de su camarote y vio la capital del planeta.

—¿Ya estamos?

Cuando iban de camino al edificio del Parlamento, ella y Vor se enteraron de que, durante las escasas semanas que había durado su viaje, la plaga se había extendido a una docena más de planetas. Los mejores científicos de la Liga no sabían cómo combatirla, aunque cuando los exploradores llegaron con la noticia del descubrimiento de Raquella sobre la melange, la demanda de especia había aumentado enormemente. Sin embargo, muchos planetas no tenían acceso a la suficiente melange.

Norma esperaba cambiar eso con su anuncio.

Mentalmente, Norma ajustó su apariencia, alisando su pelo rubio y suavizando su expresión. Mientras su cuerpo funcionara con la suficiente eficacia para lograr lo que quería, las apariencias poco le importaban. Pero hizo aquel esfuerzo en honor a su difunto marido.

Mientras subía los escalones junto al apuesto comandante supremo, vio claramente la importancia de su papel para el devenir de la humanidad. Norma se veía como

algo efímero, como un soplo de oxígeno que permitiría que la vela siguiera encendida. No le importaba si la historia la recordaba o no. A ella solo le interesaba el trabajo. Y salvar vidas.

—¿Estás preparada? —le preguntó Vor—. Pareces muy lejos de aquí.

—Yo estoy… en todas partes. —Sus ojos pestañearon, y entonces se concentraron en el inmenso edificio que tenía ante ella—. Sí, estoy aquí.

En ese momento, un grupo de hombres con túnicas amarillas salió apresuradamente del edificio, llevando un cilindro de plaz que albergaba un cerebro. Norma lo miró con curiosidad cuando el grupo pasó junto a ellos con aire ensimismado. Aunque nunca había interactuado personalmente con ninguno de los antiguos cerebros, Zufa, su madre, le había hablado de sus métodos secretos.

—Vidad, uno de los pensadores de la Torre de Marfil —dijo Vor con visible desagrado. Y la apremió para que cruzaran las arcadas y pasaran al interior de las salas bulliciosas y resonantes del Parlamento—. Esta vez no dejaré que se inmiscuyan como hicieron con aquel absurdo plan de paz.

Desde que Serena se había convertido en mártir para reparar el daño que hicieron los pensadores de la Torre de Marfil, hacía más de medio siglo, Vidad residía en Salusa Secundus, dedicado al estudio de los registros históricos y los tratados filosóficos más recientes. También era un estorbo en asuntos de política, y se entrometía en el trabajo del Consejo de la Yihad. Vor habría querido que volviera con sus compañeros del planetoide helado de Hessra.

Cuando llegaron, el Gran Patriarca Xander Boro-Ginjo presidía la sesión, con su estrafalario y ostentoso collar de mando al cuello, un visible símbolo de su posición como líder espiritual de su pueblo. Junto a él, estaba sentado el

alto y desgarbado virrey interino, O'Kukovich. Aunque teóricamente era el líder político de la Liga de Nobles, no tenía ningún poder real, no era más que una figura de relleno, como masilla en un agujero.

Norma y Vor ocuparon sus asientos en la primera fila de la sala de asambleas. Su llegada provocó cierto revuelo, aunque el Parlamento estaba en mitad de un largo debate sobre la propagación de la epidemia. Hasta el momento, que se supiera los planetas afectados eran quince, y todos temían que poco a poco irían llegando más malas noticias. El Consejo de la Yihad ya había propuesto que se tomaran medidas militares extremas para proteger Salusa Secundus.

Vor estudió el programa y vio una larga lista de informes y ponentes, todos ellos señalados como «urgente». Dio un suspiro y se recostó en el asiento.

—Aún tardaremos un rato.

Norma notaba el pánico en las voces de los hablantes, lo veía en sus rostros. Los representantes que estaban más cerca musitaban con nerviosismo entre ellos. Aunque una parte de su mente siguió con sus pensamientos y sus cálculos, se hizo cargo de la magnitud del desastre mientras escuchaba los sucesivos informes. En Salusa Secundus aún no se había dado ningún caso, y había una seria propuesta de ley para imponer el bloqueo total y proteger así a la población del planeta.

Norma se sentó más derecha cuando el siguiente poniente subió al estrado: la líder de las hechiceras de Rossak, su medio hermana, Ticia Cenva. Con su rostro de alabastro lleno de pasión y su larga cabellera rubia y la túnica de color hueso meciéndose levemente con una brisa inexistente, Ticia miró a su audiencia en silencio, intimidándola con su imponente presencia.

Norma no esperaba ninguna sonrisa de su medio hermana, ni siquiera un gesto de la cabeza. A pesar de sus

extraordinarios talentos, su familia estaba rota, y ellas estaban muy distanciadas.

Durante años Zufa había visto a Norma como un fracaso y había preferido concentrarse en su contribución a la Yihad. Debido a sus poderes como gran hechicera, Zufa Cenva siempre había soñado con tener una hija perfecta, pero para cuando esa hija llegó, en la forma inmaculada de Ticia, Norma se había transformado en algo que superaba sus sueños más disparatados. Así pues, Zufa abandonó alegremente a la hija que siempre había querido y dejó que la criara otra hechicera de Rossak, y ella se entregó en cuerpo y alma al trabajo de Norma. Y luego fue asesinada, junto con Aurelius.

Ticia creció en Rossak, y manifestó todos los poderes mentales por los que su madre tanto había rezado, pero vivía en un pozo de resentimiento. Décadas más tarde, ocupó su puesto como hechicera suprema, como Zufa, solo que ella era más severa y se dedicó a su trabajo con mayor entrega que su madre. Norma, por su parte, vivía tan inmersa en sus teorías y sus cálculos, por no hablar de los negocios de VenKee, que rara vez se había molestado en visitar a su medio hermana. Ninguna de las dos habría considerado a la otra una «amiga», ni siquiera en el sentido más general de la palabra.

Ticia vio a Norma y vaciló un instante, y entonces inició su discurso con una voz que parecía atronar con cada aliento. La audiencia se estremeció ante tanto poderío.

—Durante años, las hechiceras hemos dado nuestras vidas para destruir a los cimek allá donde trataran de atacarnos. He visto perecer a muchas de mis hermanas, desatando sus mentes para llevarse con ellas a los cimek, incluyendo a los titanes. Yo misma estaba preparada para hacerlo. De haber llegado un nuevo enemigo, yo habría sido

la próxima… Pero desde hace décadas, la amenaza de los cimek se ha debilitado.

Brevin O'Kukovich aplaudió.

—Las hechiceras de Rossak habéis realizado un gran servicio por la humanidad.

Ticia le dedicó una mirada asesina, furiosa por la interrupción.

—Como tantos otros, señor. Bien, debo señalar que, ante esta devastadora plaga que se ha desatado, las hechiceras podemos ofrecer nuestra experiencia en otra área. Debido a la dureza de nuestro entorno y nuestros registros precisos sobre diferentes linajes a lo largo de generaciones, tenemos un gran conocimiento sobre genética, el material más importante de la raza humana. Si la plaga de Omnius se agrava, podríamos perder las mejores ramas de nuestra especie… no se trata de simples bajas, sino de nuestro futuro.

»Ahora que familias, ciudades enteras caen en un mundo tras otro, ninguna reacción será demasiado precipitada o enérgica. Nuestra raza corre un grave peligro. Aunque concentremos nuestros esfuerzos en encontrar una cura para esta terrible arma biológica, también debemos actuar con contundencia para preservar las mejores líneas genéticas antes de que se pierdan para siempre… proteger y almacenar muestras de las más fuertes, porque de lo contrario es posible que la enfermedad las destruya por completo. Debemos crear un programa para proteger la información genética de los diferentes pueblos en todos los planetas. —Alzó el mentón—. Y las hechiceras estamos capacitadas para llevar a cabo ese programa.

Norma miró la elevada figura de su medio hermana, y se preguntó qué ganaría ella con aquella propuesta. Aunque no era una persona particularmente compasiva, estaba entregada en cuerpo y alma a la Yihad, igual que Zufa.

Ticia paseó sus ojos claros y eléctricos por la sala, evitando expresamente a Norma.

—Propongo que vayamos a lugares donde la epidemia todavía no haya llegado y rescatemos a candidatos sanos. Podemos crear una base de datos con esas muestras, preservar las características genéticas de cada raza, por si no se pudiera salvar a las razas en sí. Más adelante, cuando hayamos superado la epidemia, utilizaríamos esta inmensa biblioteca genética para recuperar la población.

El Gran Patriarca no parecía acabar de entenderlo.

—Pero incluso si la epidemia matara a la mitad de la población… seguiría habiendo supervivientes de sobra. ¿Es realmente necesaria una operación de semejante magnitud?

Tras respirar hondo, Ticia dijo:

—Pero ¿será la mitad adecuada la que sobreviva? Tenemos que prepararnos para lo peor, Gran Patriarca. Debemos hacer lo que digo antes de que el tiempo se nos acabe… como hizo Noé en la Antigüedad, solo que a una escala infinitamente mayor. Debemos conservar muestras de los rasgos más fuertes en cada planeta, antes de que la plaga se extienda más. Si queremos garantizar la suficiente diversidad para conservar la buena salud de nuestra especie, necesitaremos todo el ADN que podamos salvar.

—¿Y por qué no limitarnos a curar esa condenada epidemia? —preguntó uno de los representantes, muy afectado—. ¡Está apareciendo por todas partes!

—¿Y qué pasa con los planetas que ya están infectados? Tendríamos que concentrar nuestros esfuerzos también allí. ¡Ellos son quienes más lo necesitan!

El Gran Patriarca llamó al orden.

—Estamos preparando equipos masivos de ayuda para ayudar al personal médico desbordado de los planetas

afectados. Quizá la hechicera también podría tomar muestras en estos planetas.

Ticia lo miró como si estuviera loco.

—Es demasiado tarde. Parte de la población sobrevivirá, pero sus caracteres genéticos de base quedarán tocados. Tendríamos que concentrar nuestros esfuerzos donde puedan hacer más bien. No lograremos nada en los planetas donde la epidemia ya se ha manifestado.

—Bien, bien —dijo el virrey interino, fijándose deliberadamente en el reloj—. No veo razón para que las hechiceras no puedan unir sus esfuerzos a nuestros planes de ayuda en los mundos de la Liga. ¿Habrá suficientes voluntarias en Rossak para hacer lo que dice?

—Más que suficientes.

—Excelente. Y ahora, por lo que veo, el siguiente punto del programa quizá resulte algo más esperanzador. El comandante supremo Vorian Atreides y… ¿una tal Norma Cenva? —Evidentemente, O’Kukovich no sabía quién era Norma, pero nunca había tenido buena memoria—. ¿Tienen más detalles sobre el uso de la melange contra la epidemia?

Vor acompañó a Norma a la zona de comparecencia y Ticia pareció abochornada al ver que le quitaban protagonismo. Aunque su informe había llegado unas semanas antes, Vor hizo un breve resumen de su viaje a Parmentier y el descubrimiento de su nieta Raquella.

—De acuerdo con los informes que llegan de otros mundos afectados, parece que la conclusión es acertada. En todos los planetas hay focos inexplicables de inmunidad… y todos tienen un común denominador. Las personas que consumen melange tienen una mayor resistencia frente al virus, cuando no inmunidad. Especia. Una cara droga de uso recreativo. ¡Y una poderosa arma contra la epidemia!

Vor se apartó a un lado y cedió el podio a Norma. Ella no vaciló.

—Por tanto, necesitamos mucha más melange, y hay que distribuirla con la mayor rapidez posible. Por eso ofrezco los servicios de VenKee Enterprises.

—Esto no es más que un plan para incrementar la demanda de especia… ¡y vuestros beneficios! —gritó un hombre con mal humor desde la cuarta fila de gradas.

—Es cierto que VenKee es el principal proveedor de especia de la Liga, y también que controlamos las naves que pliegan el espacio, que podrían distribuir la especia con la suficiente rapidez para cambiar las cosas. —Con una súbita sensación de frustración, Norma pensó que si la Liga, con sus miedos irracionales y su exceso de celo, no la hubiera obligado a retirar los sistemas de navegación informatizados, el nivel de seguridad de sus naves superrápidas podría aumentar de forma drástica. Quizá podía colar secretamente alguno de aquellos sistemas en las naves—. Ya he dado instrucciones para aumentar en lo posible la producción de especia en Arrakis —siguió diciendo con voz firme—. En nombre de mi amado esposo, el patriota Aurelius Venport, VenKee donará la melange a los planetas afectados por la epidemia como gesto humanitario. —Un rumor de sorpresa se extendió por la sala. Norma volvió la mirada hacia el hombre sin rostro que había lanzado la acusación—. Espero que esto aplacará sus quejas por los beneficios que vamos a sacar de esta tragedia.

Adrien, con su agudo sentido de los negocios, seguramente se habría opuesto, porque VenKee ya había sacrificado bastante. Pero en aquellos momentos a Norma no le interesaban los beneficios. Aquello era lo correcto.

Los representantes lanzaron vítores, pero Ticia Cenva, que ahora estaba sentada en la primera fila, no se unió a ellos. Con aire conspirador, se inclinó para decir unas palabras al Gran Patriarca. Los ojos de aquel hombre

regordete se iluminaron y asintió vigorosamente. Xander Boro-Ginjo se puso en pie y llamó al orden.

—Apreciamos la oferta de VenKee, pero dadas las circunstancias, este gesto no sería suficiente. Incluso con un esfuerzo sobrehumano, una sola empresa no podrá producir la suficiente especia para solventar la crisis, si es que realmente es cierto que la melange protege frente al virus. Se trata de incrementar exponencialmente la producción. —Se aclaró la garganta, y una sonrisa perversa se extendió por su rostro—. Por tanto, por el bien de la humanidad y la supervivencia de nuestra especie, declaro que Arrakis queda anexionado a la Liga de Nobles, y que cualquiera que lo desee, puede ayudar a arañar un poco de especia de sus arenas. No es momento de mostrarse conservador ni cauteloso con este recurso. La raza humana necesita hasta el último gramo de melange.

Norma vio que Ticia parecía satisfecha con aquel giro de los acontecimientos, como si se acabara de apuntar una victoria. Dada la gravedad de la situación, no podía recriminarle al Gran Patriarca lo que acababa de hacer, pero esperaba que aquello no fuera una sentencia de muerte para VenKee Enterprises.

Poco sospechaban los habitantes del remoto planeta de Arrakis lo que les esperaba.

23

Algunos dicen que la sangre Harkonnen que corre por mis venas me desmerece, pero no acepto las mentiras que he oído, los intentos de ensuciar el papel de mi abuelo. Los actos de Xavier Harkonnen a mí me hablan de honor, no de cobardía.

ABULURD HARKONNEN, carta al comandante supremo Vorian Atreides

La plaga de Omnius se extendía por los mundos de la Liga con mayor rapidez de la que podían imponerse cuarentenas o evacuarse poblaciones.

Siguiendo la idea de preservación genética de Ticia Cenva, el ejército de la Yihad envió naves de reconocimiento y rescate a tantos mundos no afectados como fue posible. Las hechiceras voluntarias reunían muestras representativas de las diferentes poblaciones para así poder salvar al menos muestras con los caracteres genéticos de las diferentes líneas. A algunos esto les parecía una táctica derrotista, era como aceptar la posibilidad de que la epidemia se extendiera a todas partes.

Aunque no era más que un joven cuarto, Abulurd Harkonnen dirigió una de estas misiones, acompañado por la inflexible hechicera suprema. Su rango era demasiado bajo para esperar un puesto tan importante, pero el caso es

que se encontró al frente de una pequeña expedición a Ix, como tantas otras naves enviadas urgentemente para ocuparse de los miles de detalles que implicaba aquella crisis.

En la Liga, sin duda algunos suponían que debido a su ascendencia estaba destinado a tener una importante carrera militar, pero el primero Quentin Butler no apoyaba las aspiraciones militares de su hijo pequeño. Abulurd supuso que el comandante supremo Vorian Atreides había tenido algo que ver en aquel nombramiento… para una misión segura. Vorian tenía la costumbre de darle un empujoncito siempre que veía la ocasión. Sin embargo, Abulurd habría preferido ayudar a los afectados por la epidemia, llevar ayuda médica, voluntarios, cargamentos de melange.

Su jabalina fue enviada a Ix con instrucciones para la cuarentena, para iniciar los preparativos y preservar las líneas genéticas más valiosas entre los endurecidos supervivientes de generaciones de dominación mecánica. Hacía casi setenta años que aquel planeta había sido liberado del control sincronizado. Ticia parecía especialmente interesada, puesto que el material genético de la población autóctona aún no había quedado plenamente incorporado a la población general de la Liga.

Por desgracia, cuando la nave de Abulurd llegó a Ix, ya se habían manifestado los primeros síntomas: paranoia y comportamiento irracional de las masas, pérdida de peso, lesiones y decoloración en la piel. No estaba claro si habían estallado en la atmósfera los cilindros con el virus o si habían sido mercaderes u otros refugiados infectados los que habían traído la epidemia a Ix. Localidades enteras habían sucumbido; otras estaban a punto de hacerlo.

Abulurd gimió desde el puente de mando de su jabalina.

—¡Solo tenemos una nave! ¿Cómo vamos a rescatar a toda esta gente?

La hechicera suprema frunció el ceño, reconsiderando sus prioridades.

—Ix solo es un planeta, con una población mucho más numerosa de la que podríamos conservar. No vale la pena intentarlo. Debemos partir. No conseguiré nada si ya están tocados.

Sin embargo, Abulurd quería ayudar.

—¿Marcharnos? Hemos pasado semanas en tránsito solo para llegar aquí.

—No tendría sentido, cuarto Butler.

Al lado de aquella mujer imponente, parecía joven e inexperto, pero pensó en lo que Vor habría hecho.

—Señora hechicera, afortunadamente aquí quien está al mando soy yo. La suya no es la única misión de la nave. —Sí, tal vez él no veía una imagen global como la hechicera, pero ante una catástrofe humanitaria como aquella, la compasión era más importante que nunca. Para él la vida de una persona era algo mucho más tangible que una línea genética—. No veo ningún motivo para que no ayudemos en lo que podamos. ¿Por qué no elegir una de las poblaciones más aisladas donde todavía no se hayan detectado síntomas de la epidemia? Podríamos distribuir los suministros de melange que llevamos entre la gente a la que no podamos llevarnos. Seguro que se puede salvar algo.

—Eso requeriría tests exhaustivos, aislamiento, procedimientos extremos.

Abulurd se encogió de hombros.

—Entonces que así sea. Estoy seguro de que podemos hacerlo.

La hechicera lo miró con enfado, pero no dijo nada y esperó mientras desde el puente enviaban señales a los

diferentes asentamientos repartidos por la superficie y recibían las respuestas. Tras revisar los informes, Ticia se concentró en un asentamiento que era en su mayor parte subterráneo.

—Si insiste en este curso de acción, cuarto, entonces propongo que empecemos por aquí. Los informes indican que la población está limpia, aunque dudo que tengan capacidad para detectar los síntomas iniciales de la epidemia. Elegiremos nuestros sujetos entre esta gente y los aislaremos hasta tener la total seguridad de que no están infectados. Los mantendremos separados de los demás, haremos pruebas y seleccionaremos a los que no estén contaminados. Y tomaré muestras de sangre de muchos otros.

Abulurd asintió y dio la orden. Parecía demasiado joven para dar órdenes a los otros yihadíes, pero era un Butler, y los soldados le obedecieron.

Los alojamientos de la tripulación estaban en una sección separada de la nave, tras unas gruesas paredes estériles. Abulurd dio instrucciones para que los soldados compartieran sus catres y dejaran así sitio para más refugiados. No se dejaría vencer por la idea de que era un esfuerzo inútil como Ticia parecía pensar, pero incluso a su máxima capacidad, la jabalina solo podría acoger a unos pocos cientos de personas. Aquello no era una evacuación, sino un gesto simbólico.

Mientras la jabalina realizaba las maniobras de aproximación, Abulurd contempló la silueta del planeta. Nunca había estado en Ix, pero era consciente de su importancia histórica.

—Mi padre defendió Ix frente a la última incursión de las máquinas y quedó atrapado en uno de los túneles subterráneos —dijo sin mirar directamente a Ticia—. Fue un milagro que sobreviviera. —De hecho, Quentin rara vez

hablaba de aquello, y si alguna vez alguien sacaba el tema tenía que controlar visiblemente el escalofrío que le producía pensar en la sensación de claustrofobia. Abulurd también recordaba las historias que Vorian le había contado —. Y mi abuelo dirigió la primera flota de guerra que liberó a Ix del yugo de Omnius. Fue declarado Héroe de la Yihad.

Ticia miró al joven con el ceño fruncido.

—Pero al final Xavier Harkonnen se comportó como un necio, un cobarde, como el peor de los traidores.

Abulurd se encrespó.

—No conoce los detalles, hechicera. No se deje cegar por la propaganda. —Su voz era neutra, pero dura como el metal.

Ella lo miró fijamente con sus ojos claros.

—Sé que Xavier Harkonnen mató a mi padre biológico, el Gran Patriarca Iblis Ginjo. No hay nada que pueda justificar ese crimen.

Abulurd no insistió, desconcertado. Había oído decir que las hechiceras de Rossak se preocupaban más por la genética que por la moral. ¿O es que Ticia se estaba dejando influir por sus emociones?

La jabalina militar descendió hasta el punto de aterrizaje. Casas y otras estructuras salpicaban el paisaje relativamente desnudo que rodeaba las entradas a las cavernas y los túneles. Al enterarse de la llegada de la nave, los desesperados ixianos salieron en masa del subsuelo para rodear la zona despejada donde aterrizaron. Corrieron hacia la nave, gritando, aclamando a Abulurd y sus hombres como héroes y salvadores. Todos querían huir del planeta antes de que la plaga les alcanzara.

Abulurd sintió que el corazón se le encogía. Por la expresión esperanzada de sus rostros supo que no habían entendido lo poco que podían hacer por ellos. Los suministros de melange que llevaba a bordo solo les

protegerían por un tiempo. Pero entonces pensó en la actitud de Ticia, y se convenció a sí mismo de que cualquier cosa, por pequeña que fuera, era mejor que abandonarlos a su suerte.

Manteniendo la zona superior de la nave sellada y esterilizada, Abulurd seleccionó personalmente a un grupo de guardas mercenarios. La investigación médica parecía indicar que el virus solo podía contraerse a través de las mucosas o las heridas abiertas, y aun así Abulurd ordenó a sus hombres que se pusieran trajes anticontaminación completos y se protegieran con sus escudos personales. Toda precaución era poca.

El descuido ya había hecho que una de las jabalinas de rescate cargada con refugiados de Zanbar llegara a Salusa con más de la mitad de los pasajeros y una tercera parte de la tripulación infectada. No llevaban suficiente melange para protegerse. No permitiría que a su tripulación le pasara lo mismo.

La hechicera se preparó y esperó a Abulurd. No necesitaba que la acompañara —seguramente no quería que la acompañara—, pero él estaba al mando. Ticia elegiría entre aquella gente esperanzada mientras Abulurd y sus hombres distribuían la melange y los otros suministros para ayudarles a capear el desastre inminente.

Provistos de rifles maula y pistolas chandler que disparaban agujas, el grupo salió para imponer una semblanza de orden entre la multitud. Abulurd caminó bajo el cielo dolorosamente intenso de Ix, con su traje especial. Llevaba semanas respirando el aire reciclado y aséptico del interior de la jabalina y, en otras circunstancias, habría estado deseando dar una bocanada de aire fresco. Ticia descendió por la rampa con paso grácil y ligero, a pesar de la pesadez del traje. Giró la cabeza en el interior del casco,

buscando sujetos que valiera la pena salvar entre la multitud.

La gente esperaba, inquieta, gritando de alegría, hablando con gravedad entre ellos. De pronto, a Abulurd le asustó pensar que aquel puñado de hombres que le acompañaban no podría contener a la chusma si se ponían violentos; porque ese era uno de los primeros síntomas, el comportamiento irracional y agresivo. Para disparar sus armas, primero tendrían que desactivar sus escudos personales, y eso les dejaría en una posición vulnerable. Tendría que manejar la situación con cuidado.

—Cuarto —dijo Ticia, como si de pronto ella estuviera al mando—, encárguese de que los especímenes que elijo sean llevados a bordo, desinfectados y examinados. Quiero que se los mantenga aislados hasta que estemos seguros de que nos sirven. No podemos permitir que una persona contaminada contagie a las demás.

Abulurd dio la orden. Aquello era lo que la Liga quería, el motivo por el que estaban allí. Al menos salvarían a algunos. Otros diez yihadíes salieron de la nave con sus trajes especiales. Llevaban el cargamento de cortesía de melange de la Liga, pero no sería suficiente.

La hechicera avanzó entre la población inquieta, elevándose por encima de la mayoría. Y empezó a elegir a hombres, mujeres y niños que se veían sanos, inteligentes y fuertes. Aunque parecían elecciones arbitrarias, los hombres de Abulurd separaban a los candidatos de los demás y se los llevaban. Pero la inquietud de la chusma pronto se convirtió en ira. Se elegía al marido pero no a la esposa; los niños eran separados de sus padres. Los aterrados habitantes de Ix pronto comprendieron que aquello no era la misión de rescate o de ayuda que esperaban.

Empezaron a oírse gritos furiosos. Los mercenarios de Abulurd prepararon sus armas, con la esperanza de que los

escudos personales bastaran para protegerles de lo que la multitud les arrojara. Una niña gritó, negándose a soltar la mano de su madre. Antes de que la cosa fuera a más, Abulurd intervino, hablando por el canal de comunicación privado.

—Hechicera, esto es absurdo, la madre también parece sana. ¿Por qué no permitir que sigan juntas?

Con expresión desdeñosa, la hechicera volvió sus ojos claros hacia Abulurd; su frente se arrugó en un gesto de impaciencia.

—¿Qué sentido tendría llevar también a la madre? Con la hija ya tenemos la información genética de la familia. Sería mucho más útil llevarnos a una persona que no tenga ningún parentesco, porque de ese modo salvaríamos otra línea genética distinta.

—¡Pero está rompiendo familias! ¡Esto no es lo que quiere la Liga!

—Para conservar una línea genética solo necesitamos un espécimen. ¿Para qué llevar duplicados? Es una forma absurda de malgastar nuestro tiempo y nuestros recursos. Sabe perfectamente que no tenemos sitio en la nave.

—¿No hay otra forma de hacerlo? No me dijo que había que hacer esto de una forma tan inhumana y terrible…

Ella le interrumpió.

—Yo no dije que tuviéramos que hacer esto, cuarto, fue usted quien insistió. Piénselo… de todos modos la epidemia destrozará a estas familias. Me preocupa más salvar a la especie que andarme con sentimentalismos. —Se apartó de Abulurd y siguió avanzando entre la gente. Sin pensar en el peligro, Ticia siguió escogiendo a los mejores candidatos entre aquella multitud de esperanzados.

Una mujer de pelo canoso y su marido medio calvo trataron de abrirse paso hasta ella.

—¡Llévenos a nosotros! Le recompensaremos bien.

La hechicera los rechazó con rudeza.

—Sois demasiado viejos. —Del mismo modo rechazó a otros, por estériles, débiles, poco inteligentes, o incluso feos. Ticia se alzaba sobre todos ellos como un juez genético.

Abulurd estaba horrorizado. ¿Y esa mujer consideraba que Xavier Harkonnen había cometido crímenes inexcusables e inhumanos? Cerró los ojos, tratando de buscar una forma de impedir que siguiera jugando a ser Dios, pero en su corazón sabía que tenía razón. Con una única jabalina no podía salvar a todo el mundo.

—Al menos busque un método de selección más justo. Podríamos sortearlo. Debe de haber un…

De nuevo, ella lo interrumpió, demostrando un interés y un respeto nulos por su rango. Seguramente habría hecho exactamente igual aunque hubiera sido un primero.

—Desde el principio ha sabido que solo podríamos llevar a unos cuantos. Deje que haga mi trabajo tranquila.

Ticia continuó con impaciencia mientras los soldados le despejaban el camino. La gente trataba de adelantarse en su afán por salvarse. Otros escapaban de la barrera y corrían hacia la jabalina, como si quisieran asaltarla y huir. Cuando una parte de la multitud trató de atacar a los vigilantes mercenarios se oyeron disparos. Abulurd se volvió para ver qué pasaba. Las pistolas chandler habían derribado a varios de los cabecillas, pero el resto seguía avanzando, entre gritos. Ni siquiera los disparos les detuvieron. Abulurd vio que algunos tenían eccemas en la piel y los ojos amarillentos: ¡claros síntomas de infección!

Los ixianos que ya habían sido elegidos esperaban cerca de la rampa de embarque, mirando con temor a los demás. Por su expresión, parecía como si algunos no quisieran marcharse y prefirieran quedarse y morir con sus familias.

Aunque Abulurd sentía pena por todos ellos, no sabía cómo suavizar la situación. Dio orden de que los guardias no dispararan a matar si no era absolutamente necesario, pero la multitud estaba desbordada.

—¡Deteneos, necios! —dijo Ticia con una voz atronadora, aumentada por los amplificadores de su traje y la potencia de sus poderes telepáticos. Aquello bastó para que la gente se detuviera—. No podemos llevaros a todos, por eso estamos escogiendo a los mejores, las líneas genéticas más puras y los mejores recursos reproductores. Es lo que estoy tratando de hacer. Vuestra rebeldía nos pone a todos en peligro.

Pero las palabras de Ticia solo consiguieron enfurecerlos más. La ira de la gente iba en aumento, se abalanzaron sobre Ticia y los guardas. Abulurd gritó una orden pero ni siquiera sus hombres respondieron.

La hechicera suprema de Rossak profirió un sonido disgustado. Cuando levantó sus manos enguantadas, Abulurd vio la luz estática que brotaba de las yemas de sus dedos. La mujer lanzó una explosión invisible que derribó a cientos de personas. Quedaron tumbadas en el suelo, como tallos de trigo aplastados por un ciclón. Algunos se quedaron tendidos, retorciéndose, con la piel quemada y cubierta de llagas. Un hombre estaba totalmente calcinado, y su piel y su pelo humeaban.

Ticia estaba rodeada de estática, un residuo de la energía mental que acababa de desatar. Por fin, los ixianos guardaron silencio. Los que aún se mantenían en pie retrocedieron asustados. La hechicera los miró enfurecida durante un largo momento, luego gritó a los soldados para que hicieran subir a los últimos candidatos a la nave.

—Salgamos de este planeta.

Abulurd se estaba poniendo malo, pero esperó junto a ella en la rampa de la jabalina. Ticia estaba furiosa.

—Gusanos egoístas. ¿Por qué nos molestamos en salvar a una gente tan inferior?

Pero Abulurd ya había tenido bastante.

—No los puede culpar. Solo estaban tratando de salvar su vida.

—Sin preocuparse por la vida de los demás. Yo actúo por el bien de la especie humana. Y está claro que tú no tienes estómago para las decisiones difíciles. Una piedad inapropiada podría condenarnos a todos. —Lo miró con ira, tratando de buscar un insulto hiriente—. En mi opinión, cuarto Butler, eres débil y poco de fiar en una situación de crisis… seguramente poco apto para el mando. Como tu abuelo.

En lugar de sentirse herido, Abulurd se mostró furioso y desafiante. Gracias a Vorian conocía los actos heroicos de Xavier Harkonnen, incluso si la historia no los recordaba.

—Mi abuelo habría demostrado más compasión que tú. —A pocas personas les importaba ya la verdad, puesto que la historia había sido aceptada y repetida durante generaciones. Pero al ver la ignorancia y arrogancia de aquella mujer, Abulurd tomó una decisión temeraria e impulsiva.

Aunque su padre y sus hermanos agacharan la cabeza avergonzados, Abulurd se prometió no renegar jamás de su verdadero apellido. Dejaría de esconderse. Si quería ser un hombre de honor no podía actuar de otro modo.

—Hechicera, mi abuelo no fue un cobarde. Los detalles se han mantenido en secreto para proteger la Yihad, pero hizo exactamente lo que tenía que hacer para evitar que el Gran Patriarca siguiera haciendo daño. Iblis Ginjo era el malo, no Xavier Harkonnen.

Ella le dedicó una mirada despectiva e incrédula, totalmente perpleja.

—Insultas a mi padre.

—La verdad es la verdad. —Alzó el mentón—. Butler es un apellido honorable, pero también lo es Harkonnen. A partir de ahora y hasta el final de mis días, es lo que seré. Reclamo mi verdadero nombre.

—¿Qué necedad es esta?

—A partir de hoy, me llamarás Abulurd Harkonnen.

24

La guerra es una forma violenta de negocio.

ADRIEN VENPORT, plan para las operaciones comerciales con la especia en Arrakis

La Liga de Nobles lo llamó «fiebre de la especia».

En cuanto se supo que la melange ayudaba en el tratamiento de la mortífera plaga, hombres y mujeres de los planetas más distantes se dirigieron hacia Arrakis para hacer fortuna. Naves y más naves llenas de exploradores y contratistas llegaban a aquel mundo desértico, en otro tiempo aislado.

Ishmael apenas daba crédito a sus ojos cuando volvió a la vertiginosa metrópoli de Arrakis City por primera vez desde hacía décadas. Le recordó a la medio olvidada ciudad de Starda, en Poritrin, de donde había huido hacía tanto tiempo.

El paisaje reseco estaba cubierto de edificaciones levantadas a toda prisa, que se extendían hasta la base de las colinas de roca, amontonadas unas encima de otras. En el puerto espacial, las naves llegaban y partían a todas horas, y los vehículos terrestres y aéreos locales iban y venían sin cesar. Los pasajeros llegaban por millares, protegiéndose los ojos del sol amarillo de Arrakis,

impacientes por correr hacia las dunas, ajenos al peligro que acechaba.

Según los rumores, había tantísima melange que bastaba con salir a la arena con un morral y una pala y empezar a recoger… y en cierto sentido era así, siempre y cuando se supiera dónde buscar. En unos meses, la mayoría de aquellas personas habría muerto, por boca de los gusanos de arena, por la dureza del entorno o por su propia estupidez. No estaban preparados para los peligros que les aguardaban.

—Ishmael, podemos sacar provecho de esta situación —dijo El'hiim tratando de convencer a su padrastro—. Esta gente no sabe lo que va a encontrar en Arrakis. Podemos conseguir su dinero haciendo algo que para nosotros es normal.

—¿Y para qué queremos su dinero? —preguntó Ishmael, porque realmente no lo entendía—. Tenemos todo lo que podemos desear. El desierto satisface todas nuestras necesidades.

El'hiim meneó la cabeza.

—Yo soy el naib, y es mi deber tratar de traer la prosperidad a mi pueblo. Tenemos la oportunidad de ofrecer nuestro conocimiento del desierto y hacernos indispensables para los extraplanetarios. Pase lo que pase, seguirán viniendo. Podemos montar al gusano o ser devorados por él. ¿No es eso lo que me dijiste tú mismo cuando era joven?

El anciano frunció el ceño.

—Veo que no entendiste la lección que enseña esa parábola. —Pero de todos modos siguió a su hijastro a la ciudad. El'hiim se había criado en otros tiempos, nunca había sabido lo que es la verdadera desesperación, la necesidad de proteger las libertades que tanto cuesta conseguir. Nunca había sido esclavo.

Ishmael observaba a aquellos extraplanetarios charlatanes con el ceño fruncido.

—Quizá lo más sabio sería llevarlos a lo profundo del desierto, robarles y dejar que mueran.

El’hiim rio entre dientes, como si Ishmael acabara de hacer un chiste, aunque sabía muy bien que no era así.

—Podemos hacer una fortuna explotando la ignorancia de estos invasores. ¿Por qué no aprovecharlo?

—Porque así los estás animando. ¿Es que no lo ves?

—No necesitan que los anime. ¿No has oído hablar de la epidemia desatada por las máquinas pensantes? ¿La plaga de Omnius? La especia protege frente a la enfermedad, y por eso todo el mundo la quiere. Puedes esconder la cabeza en la arena si lo prefieres, pero no se irán.

La determinación de aquel joven era tan fuerte como la de Ishmael.

A Ishmael no le gustó oír aquella verdad, no le gustaban los cambios, y en el fondo de su mente supo que la afluencia de extranjeros sería tan imparable como una tormenta de arena. Sentía que todo lo que había logrado se le escurría entre los dedos. Aún se llamaba con orgullo a sí mismo y a los de su tribu Free Men de Arrakis, pero aquel nombre ya no tenía ningún sentido.

En la ciudad, El’hiim se confundió con facilidad entre los mercaderes y exploradores extraplanetarios. Hablaba diferentes dialectos del galach estándar y hacía tratos con cualquiera que estuviera dispuesto a pagarle. El’hiim no dejaba de animar a su padrastro para que disfrutara de algunos de los lujos que la tribu no podía permitirse.

—Ya no eres un esclavo fugitivo, Ishmael —dijo El’hiim—. Venga, todos apreciamos lo que hiciste en el pasado. Ahora queremos que te diviertas. ¿Es que no te interesa ni un poquito el resto del universo?

—Ya he visto suficiente. Y no, no me interesa.

El’hiim rio por lo bajo.

—Eres demasiado rígido e inflexible.

—Y tú te lanzas con demasiada rapidez a las nuevas experiencias.

—¿Y eso es malo?

—Lo es si te hace olvidar los caminos que nos han permitido sobrevivir durante tanto tiempo.

—No los olvidaré, Ishmael. Pero si encuentro un camino mejor, lo enseñaré a nuestro pueblo.

El’hiim guio a Ishmael por callejas tortuosas, entre los puestos de mercadillos y bulliciosos bazares. Iba apartando a los carteristas a manotazos, abriéndose paso entre la multitud de vendedores de agua y comida, de gente venida de Rossak que vendía drogas y extraños estimulantes de mundos lejanos. Ishmael veía grupos de hombres pobres y quebrantados en los callejones y los portales, hombres que habían llegado a Arrakis buscando fortuna y habían perdido tanto que ya no tenían medios para marcharse.

De haber tenido dinero, les habría pagado el pasaje a cada uno de ellos.

Finalmente, El’hiim localizó a su hombre, tiró de la manga del anciano y corrió al encuentro de un extraplanetario de corta estatura que estaba comprando material para el desierto a un precio vergonzosamente elevado.

—Disculpe, señor —le dijo—. Deduzco que es usted uno de nuestros nuevos buscadores de especia. ¿Está preparando una expedición a las dunas?

Aquel extranjero bajito tenía los ojos muy juntos y facciones angulosas. Ishmael se puso rígido, pues reconoció los rasgos distintivos de los odiados tlulaxa.

—Este es un comerciante de carne —le dijo a El’hiim con un gruñido, utilizando el idioma chakobsa para que el extranjero no le entendiera.

Su hijastro le indicó que callara, como si fuera un insecto molesto. Pero Ishmael no había olvidado a los negreros, que a tantos zensuníes capturaron y llevaron a lugares como Zanbar y Poritrin. Habían pasado décadas desde el escándalo de las granjas de órganos tlulaxa, pero a aquella gente todavía se la evitaba y se la repudiaba. Y sin embargo, en Arrakis, en los vertiginosos días de la fiebre de la especia, el dinero borraba todos los prejuicios.

El tlulaxa se volvió hacia El'hiim, estudiando al polvoriento naib con visible escepticismo y desagrado.

—¿Qué quieres? ¿No ves que estoy ocupado?

El'hiim hizo un gesto de respeto, aunque el tlulaxa no lo merecía.

—Soy El'hiim, experto conocedor de los desiertos de Arrakis.

—Y yo soy Wariff… un hombre que se mete en sus asuntos y no tiene ningún interés por los tuyos.

—Pues debería. Le estoy ofreciendo mis servicios como guía. —El'hiim sonrió—. Mi padrastro y yo podemos asesorarle sobre el material que necesitará para que no haga gastos innecesarios. Y, lo mejor de todo, puedo llevarle a las zonas más ricas en especia.

—Vete al infierno —espetó el tlulaxa—. No necesito guías, y menos a un zensuní ladrón.

Ishmael cuadró los hombros y contestó en un galach muy claro.

—Irónicas palabras viniendo de un tlulaxa, una raza que secuestra humanos y les quita sus órganos.

El'hiim se puso ante su padrastro antes de que el intercambio fuera a más.

—Vamos, Ishmael. Hay muchos otros clientes. A diferencia de este necio obstinado, algunos buscadores encontrarán la fortuna que buscan.

Con un suspiro altanero, el tlulaxa siguió con sus cosas, como si aquellos dos hombres del desierto no fueran más que algo molesto que acababa de despegarse de la suela del zapato.

Al final de aquel día largo y caluroso, los dos hombres se alejaron de Arrakis City. Ishmael se sentía enfadado. Ver cómo su hijastro se vendía a los extranjeros le afectaba más de lo que podía imaginar. Finalmente, tras un duro silencio, el anciano habló con voz apesadumbrada.

—Eres el hijo de Selim Montagusanos, ¿cómo puedes rebajarte de esta forma?

El'hiim lo miró con incredulidad, arqueando las cejas como si su padrastro hubiera hecho una pregunta incomprensible.

—¿Y eso qué significa? He conseguido trabajo para cuatro guías. La gente de nuestro pueblo llevará a los buscadores a las arenas y dejará que ellos hagan el trabajo a cambio de llevarnos la mitad de los beneficios. ¿Cómo puedes oponerte a eso?

—Esa no es la forma en que nosotros hacemos las cosas. Va en contra de lo que tu padre enseñó a sus seguidores.

El'hiim se esforzaba visiblemente por controlar su ira.

—¿Por qué detestas tanto el cambio? Si las cosas no cambiaran, tú y los tuyos aún estaríais en Poritrin como esclavos. Pero viste un camino distinto y huisteis, y vinisteis aquí buscando una vida mejor. Es lo mismo que intento hacer.

—¿Lo mismo? Vas a hacer que perdamos todo lo que hemos logrado.

—Yo no quiero vivir como un forajido muerto de hambre como mi padre. No se puede vivir de leyendas. No se puede beber el agua de las visiones y las profecías. Debemos mirar por nosotros mismos y tomar lo que el desierto nos ofrece… porque si no lo harán otros.

Los dos hombres siguieron en silencio en la oscuridad de la noche y, finalmente, llegaron al límite donde se iniciaban las arenas, donde empezaba su travesía por el desierto yermo.

—Tú y yo nunca nos entenderemos, El'hiim.

El joven dejó escapar una risa seca y amarga.

—Vaya, por fin dices algo en lo que estamos de acuerdo.

25

El miedo y el valor no se excluyen mutuamente como algunos quieren hacernos creer. Cuanto más cerca está el peligro, con más intensidad siento ambas cosas. ¿Seré valiente si supero el miedo, o es solo la curiosidad por el potencial del humano?

GILBERTUS ALBANS, *Análisis cuantitativo de las emociones*

Cuando Omnius convocó a Erasmo en la ciudadela central, Gilbertus acompañó a su maestro manteniéndose discretamente en un segundo plano. Había dejado al clon de Serena en los jardines del robot. Según había descubierto, le gustaba contemplar las flores, aunque no demostraba ningún interés por el nombre científico de cada especie.

Gilbertus siguió al robot a la ciudad, con la intención de escuchar atentamente cualquier intercambio que se produjera entre Omnius y Erasmo, de fijarse en el estilo del debate, en el flujo de información. Eso le permitiría aprender. Para aquel hombre al que Erasmo llamaba «Mentat» era un ejercicio de *mentorazgo*.

La supermente rara vez parecía reparar en la presencia de Gilbertus. ¿No estaría siendo un mal perdedor? Porque, ciertamente, aquel pupilo humano se había convertido en una criatura superior a pesar de sus penosos inicios. Por lo

visto, a la supermente no le gustaba reconocer que se equivocaba.

Cuando llegaron a la ciudadela central, Omnius habló.

—Tengo una excelente información. —Su voz atronadora salía por los simuladores de voz colocados en las paredes plateadas de la cámara principal—. Es lo que los hrethgir llamarían «buenas noticias».

Los colores formaban diseños iridiscentes e hipnóticos en los paneles de las paredes. Gilbertus no sabía dónde mirar. Omnius parecía estar en todas partes. Los ojos espía revoloteaban por la sala, zumbando, observando.

El rostro de metal líquido del robot formó una sonrisa.

—¿Qué ha pasado, Omnius?

—En resumen: nuestro retrovirus está causando estragos entre la población humana, tal como se esperaba. El ejército de la Yihad está totalmente desbordado tratando de controlar la crisis. Hace meses que no emprenden ninguna acción militar contra nosotros.

—Entonces quizá por fin podamos recuperar parte de nuestro territorio —dijo Erasmo, con la sonrisa aún fija en su rostro plateado.

—Y mucho más. He enviado numerosas naves espía a verificar la vulnerabilidad de Salusa Secundus y otros mundos de la Liga. Entretanto, pienso construir y consolidar una flota de guerra más poderosa que ninguna que se recuerde en la historia de los humanos. Dado que en estos momentos los hrethgir no suponen una amenaza para nosotros, quiero convocar a todas mis naves desde todos los Planetas Sincronizados y reunirías aquí.

—Vais a jugároslo todo a una carta —comentó Erasmo eligiendo una frase apropiada.

—Voy a preparar una fuerza ofensiva contra la que la Liga no pueda hacer nada. Estadísticamente, calculo un cero por ciento de probabilidades de fracaso. En todos

nuestros enfrentamientos anteriores, la potencia militar estaba demasiado igualada para garantizar la victoria. Esta vez, nuestra superioridad numérica aplastará la resistencia hrethgir. La suerte de la especie humana está echada.

—Sin duda, es un plan imponente, Omnius —dijo el robot.

Gilbertus escuchaba en silencio, preguntándose si la supermente trataba de intimidarle. Pero ¿por qué molestarse en hacer algo así?

—¿Es esta la razón por la que nos habéis convocado?

La voz informatizada subió drásticamente de volumen, como si quisiera sobresaltarlos.

—He llegado a la conclusión de que antes de nuestro asalto final contra la Liga de Nobles, cada uno de mis componentes, de mis «sujetos», debe incorporarse a una red única e integrada. No puedo permitirme anomalías ni desviaciones. Si queremos que los Planetas Sincronizados salgamos victoriosos, debemos estar todos sincronizados.

El rostro de Erasmo volvió a su apariencia reflectante y neutra. Gilbertus sabía que su mentor estaba preocupado.

—No comprendo, Omnius.

—Erasmo, he tolerado tu independencia innecesaria durante demasiado tiempo. Ahora necesito estandarizar tu programación y tu personalidad con la mía. Ya no hay necesidad de que seas diferente. Es una distracción.

Gilbertus se sintió alarmado, pero trató de controlarse. Su mentor solucionaría aquel problema, como hacía siempre. Erasmo debía de estar sintiendo lo mismo que él, aunque su plácido rostro de robot no mostraba nada.

—Eso no es necesario, Omnius. Puedo seguir proporcionándoos valiosas perspectivas. No seré una distracción.

—Me has dicho las mismas palabras durante años. Ya no es eficiente dejar que seas distinto de mi supermente.

—Omnius, a lo largo de mi existencia he compilado una información irreemplazable. Aún podéis encontrar revelaciones que os iluminen y os muestren vías alternativas de pensamiento. —Cuando oyó las palabras tranquilas del robot, a Gilbertus le dieron ganas de gritar. ¿Cómo es posible que no estuviera desesperado?—. Si me asimiláis a vuestra base de datos general, mis perspectivas y mis mecanismos para la toma de decisiones se verán comprometidos.

¡Moriría!

—No si conservo todos tus datos en un programa aislado. Separaré el archivo para mantener tus sistemas de razonamiento aparte. Por tanto, el problema queda resuelto y como entidad separada Erasmo puede ser eliminado.

Gilbertus tragó con dificultad. El sudor le caía por la frente.

Erasmo calló, mientras su mente de circuitos gelificados barajaba miles de posibilidades, las descartaba, buscaba alguna forma de evitar aquel desenlace que siempre había sabido que llegaría.

—Para una mayor eficacia, debo completar el trabajo que me ocupa. Por tanto, propongo que antes de que absorbáis mis datos y borréis mi memoria, me concedáis un día más para finalizar varios experimentos y cotejar la información. —Erasmo miró uno de los paneles de las paredes—. Después, Gilbertus Albans puede finalizar el trabajo, pero debo prepararme para la transición y darle instrucciones precisas.

Gilbertus tenía un nudo en el estómago.

—¿Será suficiente con un día, padre? —La voz se le quebró.

—Eres un buen alumno, Mentat mío. —El robot se volvió hacia su pupilo—. No debemos retrasar los planes de Omnius.

Omnius pensó durante un largo y tenso momento, como si sospechara de una trampa.

—Es aceptable. De aquí a un día, debes presentarme tu núcleo de memoria para su asimilación total.

Más tarde, en la villa del robot, cuando los diferentes experimentos ya estaban preparados, Gilbertus siguió a Erasmo al invernadero tratando de controlar su angustia.

Para aquella ocasión, el robot autónomo se había puesto su túnica más voluminosa, decorada con piel de armiño de imitación a la manera de los reyes de la Antigüedad. La tela era de un intenso púrpura y, bajo la intensa luz del gigante rojo, parecía sangre seca.

Con su cuerpo musculoso cubierto por ropas de color pardo, Gilbertus se detuvo junto al robot. Había leído antiguos relatos sobre héroes ejecutados injustamente.

—Estoy preparado, padre. Haré como me diga.

El robot formó una sonrisa paternal en su rostro.

—No podemos llevarle la contraria a Omnius, Gilbertus. Debemos obedecer. Solo espero que no decida eliminarte a ti también, porque eres mi experimento más logrado, gratificante y exquisito.

—Incluso si Omnius decidiera eliminarme o mandarme de vuelta a las cuadras de los esclavos, estoy satisfecho con la vida que me ha dado. —Las lágrimas brillaban en sus ojos.

El robot parecía irradiar emociones.

—Como último servicio, quiero que entregues mi memoria personalmente en la ciudadela central. Que la lleves con tus propias manos. No confío en la destreza de algunos de los robots de Omnius.

—No le decepcionaré, padre.

Gilbertus, el único humano presente en la principal ciudad robótica, fue hasta la abertura de la estilizada torre de

metal líquido.

—Lord Omnius, he traído la memoria de Erasmo, como ordenasteis. —Y sostuvo en alto la pequeña bola para que los ojos espía pudieran verla.

El metal cambiante se onduló bajo la luz sanguinolenta del día. La pared de mercurio líquido se arrugó y se abrió para formar una puerta ante Gilbertus, como una boca.

—Entra.

Gilbertus entró a una amplia cámara. Los detalles eran distintos a los que había visto el día antes. Extraños diseños adornaban las paredes, como circuitos secretos o jeroglíficos… ¿decoración? Los paneles seguían agitándose, como ojos lechosos medio ciegos.

Guardando un silencio respetuoso, Gilbertus se detuvo en medio de la sala con el valioso módulo en alto.

—Esto es lo que pedisteis, lord Omnius. Creo… creo que enseguida veréis las ventajas de conservar los pensamientos de Erasmo en vuestro interior. Podéis aprender muchas cosas.

—¿Cómo se atreve un humano a decirme lo que puedo aprender? —preguntó la supermente con voz atronadora.

Gilbertus hizo una reverencia.

—No pretendía ser irrespetuoso.

Un fornido robot centinela entró en la sala y extendió sus gruesas manos de metal para coger la esfera. En un gesto protector, Gilbertus acercó la preciosa bola a su cuerpo.

—Erasmo me dio instrucciones para que insertara la memoria con mis propias manos, para asegurarme de que no hubiera errores.

—Los humanos cometen errores. Las máquinas no. —Y a pesar de ello, Omnius abrió un puerto en una pared.

Gilbertus miró por última vez la pequeña esfera que contenía los pensamientos y recuerdos de Erasmo, su mentor, su… su padre. Antes de que Omnius pudiera

recriminarle la tardanza, Gilbertus se acercó al puerto e insertó la esfera, y luego esperó pacientemente mientras la supermente absorbía los recuerdos y la información, almacenándolos en una zona discreta de su mente inmensa y organizada.

El amenazador robot centinela lo apartó de un empujón de la pared cuando la pequeña esfera volvió a salir con un clic.

La supermente habló con voz contemplativa.

—Interesante. Estos datos son… perturbadores. No responden a patrones racionales. He hecho bien en mantenerlo separado del resto de mi programación.

El robot centinela levantó la esfera de la memoria. Gilbertus miraba horrorizado, consciente de lo que iba a pasar. Su maestro le había preparado para aquello.

—Ahora que Erasmo está almacenado en mi interior —anunció Omnius—, es ineficaz conservar un duplicado. Puedes irte, Gilbertus Albans, tu trabajo con Erasmo ha terminado.

Con sus poderosas manos metálicas, el robot centinela estrujó la esfera, reduciéndola a un montón de fragmentos que cayeron al suelo en la ciudadela central.

26

Las máquinas pensantes nunca duermen.

Dicho de la Yihad

Mientras numerosas naves de refugiados seguían convergiendo en el territorio espacial abarrotado de Salusa Secundus con representantes de las diferentes líneas genéticas de la humanidad, la capital de la Liga acabó ganándose el nombre de «planeta salvavidas». Sin embargo, no se permitía que ninguna nave aterrizara hasta haber pasado una cuarentena en la órbita del planeta. La acumulación de naves hizo que las líneas espaciales quedaran totalmente colapsadas, con miles, decenas de miles de naves de todas las formas y tamaños posibles que llegaban procedentes de más de cien mundos.

La plaga ya había acabado con veintiocho mundos de la Liga, y los muertos se contaban por billones.

Tras regresar de la dura prueba de Ix, consciente de que muchas de las personas que habían dejado atrás ya habrían muerto, Abulurd esperó con su cargamento hasta que pasó el período de incubación. Cada una de las personas que habían rescatado en Ix había permanecido aislada, se le habían hecho pruebas, se había verificado que no tenía el virus; y, a pesar de la agitación de todos, las medidas

habían funcionado: ninguno de los refugiados ni ningún miembro de la tripulación había enfermado durante el largo trayecto a Salusa.

Durante el trayecto, fiel a su temeraria decisión, Abulurd había anunciado a sus sorprendidos tripulantes su decisión de adoptar de nuevo el apellido Harkonnen. Les explicó su versión de los hechos que convirtieron a Xavier en un personaje tan odiado, pero aquello era historia para todos, y muchos dudaban de su versión. Evidentemente, no entendían por qué el cuarto quería remover el pasado después de tanto tiempo.

Dado que él era su superior, nadie cuestionó su decisión, pero la expresión de sus caras lo decía todo. En cambio, Ticia Cenva no estaba obligada por aquellos formalismos y le dijo claramente que había perdido el juicio.

Finalmente, cuando el período de cuarentena terminó, Ticia se alegró de poder separarse de Abulurd y se reunió con otras hechiceras para cotejar el inmenso catálogo de información genética que habían reunido.

En los cuarteles militares de Zimia, Abulurd se presentó a inspección ante su padre. El primero Quentin Butler estaba de un ánimo muy sombrío desde que supo por boca de Vorian Atreides de la muerte de Rikov. Seguía debatiéndose con el sentimiento de culpa, porque su batallón estaba en Parmentier cuando llegaron los primeros proyectiles con la epidemia. Si sus naves hubieran eliminado aquellos mortíferos torpedos antes de que entraran en la atmósfera… Pero ante todo era un soldado, entregado en cuerpo y alma a la destrucción de Omnius. Reuniría a sus tropas, redistribuiría sus recursos y continuaría con la virtuosa Yihad.

En lugar de mandar a Abulurd a otro mundo a rescatar humanos, Quentin le ordenó permanecer en Salusa para ayudar en las actividades de cuarentena y recolocación de

los refugiados. La tarea había adquirido proporciones monumentales, porque no dejaban de llegar naves y más naves de ciudadanos asustados que huían de sus planetas buscando refugio. Se había destinado un contingente entero del ejército a evitar que ninguna nave aterrizara antes de haber pasado debidamente la cuarentena y haber recibido el visto bueno del personal médico.

Abulurd aceptó su nueva misión asintiendo brevemente con la cabeza.

—Hay otra cosa, padre. Después de reflexionar y revisar a conciencia los documentos históricos, estoy convencido de que la historia ha censurado el nombre de nuestra familia injustamente. —Se obligó a continuar. Mejor decírselo en aquel momento, antes de que se enterara por boca de otros—. A fin de restablecer nuestro honor, he decidido adoptar de nuevo el apellido Harkonnen.

Quentin miró a su hijo como si le hubiera abofeteado.

—¿Hacerte llamar… Harkonnen? ¿Qué estupidez es esta? ¿Por qué ahora? ¡Xavier murió hace décadas! ¿Por qué reabrir las viejas heridas?

—Es el primer paso para reparar una injusticia que dura generaciones. Ya he empezado con el papeleo. Espero que respetes mi decisión.

Su padre lo miró con una intensa ira.

—Butler es el nombre más respetado y poderoso de la Liga de Nobles. Procedemos del linaje de Serena Butler y el virrey Manion Butler… ¿y tú prefieres que se te asocie a… a un traidor y un cobarde?

—No creo que Xavier Harkonnen fuera tal cosa. —Abulurd se puso derecho, haciendo frente al visible desagrado del primero. Le habría gustado tener a su lado a Vorian Atreides, pero aquello era entre él y su padre—. La historia que nos enseñaron estaba… distorsionada y era inexacta.

Una fría expresión de disgusto emanaba del anciano cuando se levantó de detrás de su mesa.

—Eres mayor de edad, cuarto. Puedes tomar tus propias decisiones, independientemente de lo que opine yo o cualquier otra persona. Y deberás afrontar las consecuencias.

—Lo sé, padre.

—En este despacho te dirigirás a mí como primero.

—Sí, señor.

—Puedes irte.

Desde el puente de su jabalina, Abulurd patrullaba el enjambre de naves que se amontonaban en los carriles de atraque y los muelles orbitales. Desde las estaciones espaciales, los controladores supervisaban la evolución de cada nave y llevaban un control del tiempo que permanecían en tránsito. Dado que aquellas naves no utilizaban la tecnología para plegar el espacio, el viaje desde sus respectivos planetas duraba semanas. Si alguien de a bordo había contraído el retrovirus, lo normal es que se manifestara durante el trayecto.

En estas naves de rescate, la Liga había aislado a grupos de personas en cámaras selladas por si se producía algún brote. Una vez transcurrido el tiempo necesario, cuando los pasajeros pasaban el examen médico, se les sometía a dos procesos de descontaminación adicionales antes de permitirles desembarcar e instalarse en campos de refugiados. Más adelante, se les devolvería a sus planetas de origen o se les redistribuiría por la Liga.

Mientras patrullaba los límites del sistema, Abulurd topó inesperadamente con un grupo de naves, de caros yates espaciales construidos por ricos nobles. Ordenó a su

jabalina que cambiara el rumbo y se interpuso en el camino de aquellas naves, cuya llegada no estaba prevista.

Cuando estableció comunicación con la nave principal, en la pantalla Abulurd se encontró mirando a un hombre delgado y de ojos brillantes. A su espalda había un grupo de personas bien vestidas.

—Soy lord Porce Bludd, de Poritrin, y traigo refugiados… todos ellos sanos, lo garantizo.

Abulurd se puso derecho y deseó haberse puesto un uniforme más apropiado.

—Le habla el cuarto Abulurd… Harkonnen. ¿Está dispuesto a someterse al necesario período de cuarentena y pasar una inspección médica para que podamos verificar lo que dice?

—Estamos preparados. —De pronto Bludd pestañeó—. ¿Ha dicho Abulurd? Es el hijo de Quentin, ¿verdad? ¿Por qué se hace llamar Harkonnen?

Sorprendido al ver que lo reconocían, Abulurd respiró hondo.

—Sí, soy hijo del primero Butler. ¿De qué conoce a mi padre?

—Hace mucho tiempo, Quentin y yo trabajamos juntos en la construcción de Nueva Starda, a orillas del río Isana. Pasó un año allí de permiso como ingeniero. Eso fue mucho antes de que se casara con su madre.

—¿Ha llegado la plaga a Poritrin? —preguntó Abulurd.

No habían recibido ningún informe de aquel mundo.

—A algunos poblados, pero estamos relativamente limpios. Desde la gran revuelta de esclavos, los núcleos de población del planeta están muy dispersos. Enseguida establecí medidas de aislamiento. Y tenemos importantes suministros de melange… Ocupamos el segundo lugar en porcentaje de consumo per cápita de la Liga, después de Salusa.

—Entonces, ¿a qué habéis venido? —La jabalina de Abulurd seguía cerrándoles el paso. El convoy de Bludd permanecía detenido.

Los ojos del noble reflejaban un profundo pesar.

—Estas familias han accedido a sacrificar su fortuna que, unida a la mía, pienso utilizar en empresas humanitarias. Creo que la familia Bludd tiene una gran deuda que pagar. La plaga de Omnius es la peor crisis a la que se enfrenta la humanidad libre desde los tiempos de los titanes. Ahora ha llegado el momento de ayudar.

Abulurd reconoció la valentía y determinación en el rostro de Bludd. Pasaron unos instantes; el lord se impacientaba.

—Bueno, ¿no piensa dejarnos pasar, Abulurd? Esperaba poder dejar a estos pasajeros en estaciones de cuarentena para marcharme con mis naves a otros planetas y ayudar a otras personas.

—Permiso concedido. —Dio instrucciones para que su navegador retirara la nave de su posición defensiva—. Dejad que pasen y se incorporen a la cola de naves en cuarentena.

—Abulurd, ¿su padre está todavía en Salusa? —preguntó Bludd—. Me gustaría comentar mis planes con él. Siempre ha tenido mucho ojo para pulir proyectos.

—Creo que aún está en el cuartel general, en Zimia. —Quentin no había hablado con su hijo desde que lo mandó a patrullar.

—Le buscaré. Y ahora, jovencito, ¿me hará el favor de escoltarme a la órbita de Salusa para que pueda dejar mi cargamento? Creo que necesitaré ayuda para manejarme con la maraña burocrática de ahí abajo.

—Por supuesto, lord Bludd. Tendrá tiempo de sobra para enviar mensajes a mi padre mientras espera. —Abulurd hizo girar su jabalina y lo guio a Salusa Secundus.

La tragedia parecía golpear a diario. Entre las naves de refugiados que esperaban arracimadas sobre la órbita del planeta capital de la Liga, las noticias se extendieron como un reguero de fuego: las naves de reconocimiento habían vuelto con la noticia de que cuatro nuevos mundos habían sucumbido y estaban sufriendo un nivel de pérdidas casi impensable. En algunas ciudades, además de la plaga, la población se había visto sorprendida por tormentas o incendios devastadores y la tasa de mortalidad era de casi el noventa por ciento.

Más descorazonador fue el revés que sufrió una de las naves cargadas de refugiados. Tras superar el largo período de aislamiento, los fatigados pasajeros salieron por fin de las cámaras para el examen médico. El capitán y sus hombres ofrecieron a los refugiados bebidas para celebrar el feliz desenlace. El personal médico subió a bordo y realizó de forma rutinaria los últimos análisis de sangre, tan confiados por el tiempo transcurrido que relajaron las medidas de seguridad y bebieron y alternaron con los refugiados.

De pronto, todos vieron horrorizados que un hombre manifestaba los primeros síntomas del retrovirus. Los médicos estaban perplejos; comprobaron y volvieron a comprobar los resultados de los análisis. Antes de que el día acabara, otros tres pasajeros ya presentaban síntomas.

A aquellas alturas, las medidas de aislamiento habían quedado aparcadas, y muchos de los que estaban en la nave —refugiados, yihadíes, mercenarios e incluso médicos — quedaron expuestos al virus. No habría servido de nada devolver a los afectados a las cámaras de aislamiento. Un cordón de naves militares rodeó la nave para evitar que escapara ninguna lanzadera.

Durante cuatro días, Abulurd cumplió con esta horrible misión, la misión de esperar, escuchando los gritos desesperados de la gente que había en la nave infectada. A través de las cámaras de despresurización les hicieron llegar raciones de melange, y los pasajeros se pelearon por ellas, tratando desesperadamente de hacerse con algo de inmunidad.

Aquella tragedia le llegó al alma. Aquella gente pensaba que estaba limpia; y ahora muchos no llegarían a poner el pie en Salusa Secundus. Y los yihadíes y los médicos, que en ningún momento tendrían por qué haber estado en peligro, que solo estaban haciendo su trabajo y ayudando a los demás, pagarían muy caro haber bajado la guardia aunque solo fuera un momento. Ni Abulurd ni ningún científico de la Liga podían hacer nada, salvo asegurarse de que la nave permanecía sellada y esperar.

Lleno de angustia, Abulurd escuchaba las cartas que los refugiados transmitían antes de caer enfermos en un intento por dejar alguna referencia sobre sus personas o algún mensaje para sus seres queridos.

La tripulación de la nave de Abulurd parecía profundamente afectada, la moral estaba por los suelos. Estuvo a punto de cerrar el canal de comunicación, pero no lo hizo. No haría oídos sordos al sufrimiento de aquella pobre gente. No haría como si no existieran ni desoiría sus súplicas.

Aquel pequeño tributo era un acto de valentía, algo que el mismo Xavier habría podido proponer. Solo esperaba que algún día su tripulación y su familia entendieran por qué lo había hecho.

27

> La tecnología tendría que haber liberado al hombre de las cargas de la vida. Pero en vez de eso lo ha convertido en su prisionero.
>
> RAYNA BUTLER, *Visiones verdaderas*

Después de más de un mes viendo cómo la muerte hacía estragos, algunos quizá vieron un hilo de esperanza en el hecho de que en Parmentier el ciclo de la epidemia estaba llegando a su fin. Aquel retrovirus modificado genéticamente era inestable en aquel medio, y con el paso de las semanas había ido degenerando. A esas alturas, si aparecían nuevos casos se debía al contacto sin protección con enfermos.

La plaga de Omnius ya había cerrado su ciclo en el planeta. Los que podían enfermar ya lo habían hecho, y entre un tercio y la mitad de estos habían muerto. Seguramente jamás se sabría la cifra real de víctimas.

A los pocos días de iniciar su trabajo, la misión de Rayna Butler se le quedó grande.

Dentro de cada edificio, cada casa, cada negocio, cada fábrica, descubría aquellas perversas máquinas, a veces a simple vista, a veces no. Pero siempre las encontraba. Los

brazos le dolían de tanto agitar el garrote. Tenías las manos llenas de cortes y moretones a causa de los cristales y los metales rotos, y sus pies descalzos estaban cubiertos de llagas, pero ella no se detenía. Santa Serena le había dicho lo que tenía que hacer.

Cada vez eran más las personas que la observaban, divertidas al principio, sin entender por qué se empeñaba en destruir artículos y apliques inofensivos. Pero finalmente algunos empezaron a entender su obsesión y se pusieron a destruir máquinas con una alegría desbordada. Se habían sentido indefensos durante tanto tiempo que ahora se volvían contra cualquier manifestación de su gran enemigo. Al principio Rayna se limitó a actuar por su cuenta, sin preocuparse por las personas que la seguían.

Cuando los martiristas supervivientes, que ya de por sí eran unos fanáticos dispuestos a sacrificar sus vidas como Serena, se unieron a ella, el grupo de seguidores se organizó y aumentó en número. En las calles castigadas de Parmentier, el nuevo movimiento era imparable.

Los martiristas avanzaban trabajosamente tras la joven etérea, haciendo ondear estandartes y agitando sus bastones en alto, hasta que finalmente Rayna se volvió hacia ellos, confusa. Se encaramó a un vehículo terrestre abandonado y les habló.

—¿Por qué malgastáis vuestro tiempo y energía con esos estandartes? ¿En nombre de quién actuáis? Yo no quiero estandartes ni colores. Esto es una cruzada, no un desfile.

Bajó de un salto y se abrió paso entre ellos. Confundida, la chusma se apartó para dejar paso a aquella joven pálida y sin cabellos. Rayna desgarró un largo estandarte de tela y le devolvió al hombre al que se lo había quitado el palo desnudo.

—Toma. Utiliza esto para destruir máquinas.

Mientras contribuyeran a su causa, a Rayna no le importaba quién fuera aquella gente ni lo que les motivaba. La vocecita de la joven adoptó un tono más duro, el tono de una fe inquebrantable.

—Si habéis sobrevivido a esta plaga es que habéis sido elegidos para ayudarme.

Varios martiristas bajaron sus estandartes y los arrancaron de los palos para utilizar estos a modo de bates.

—¡Estamos preparados!

La niña calva los miró con una gravedad infantil; su piel translúcida, dañada por la fiebre, exudaba una especie de energía primaria. Sus palabras la rodeaban como un aura, y su público empezó a balancearse. Rayna jamás había practicado para ser una gran oradora, pero le había oído suficientes sermones a su madre, había escuchado grabaciones con los discursos del carismático Gran Patriarca Iblis Ginjo, había oído las arengas militares de su padre y su abuelo.

—¡Mirad a vuestro alrededor y veréis la maldición de las máquinas demoníacas! Mirad las terribles señales que han dejado en nuestra tierra, en nuestra gente.

La chusma murmuraba. En los edificios que les rodeaban las ventanas estaban oscuras, muchas de ellas con los cristales rotos. En las calles quedaban los restos de unos pocos cadáveres en descomposición.

—Incluso antes de que la plaga nos atacara, las máquinas se habían ido colando en nuestras vidas delante de nuestras narices, ¡y nosotros lo permitimos! Máquinas complejas, artefactos de cálculo, ayudantes mecánicos… sí, fingimos habernos deshecho de todas las máquinas y los ordenadores, y sin embargo tenemos a sus hermanos entre nosotros. No podemos seguir tolerándolo.

Rayna alzó su vara y sus seguidores gritaron.

—Cuando la fiebre me venció, santa Serena vino a mí y me dijo lo que tenía que hacer. —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras su voz adoptó un tono soñador—. Puedo ver su rostro, hermoso, resplandeciente, rodeado de una luz blanca. Y oigo sus palabras, oigo el mandato divino que me reveló: «No crearás una máquina a semejanza de la mente humana». —Hizo una pausa, y luego elevó la voz, pero sin gritar—: Debemos eliminar todo rastro de máquinas.

Uno de los martiristas recogió los restos de un estandarte colorido.

—¡Yo también vi a Serena Butler en una visión! Ella vino a mí.

—Y a mí —gritó otro—. Sigue velando por nosotros, sigue guiándonos.

Los seguidores hicieron chocar sus palos, ansiosos por lanzarse a su misión de destrucción. Pero Rayna no había terminado su discurso.

—Y no debemos decepcionarla. La raza humana no debe rendirse hasta que alcancemos la victoria total. ¿Me habéis oído? Una victoria absoluta.

—¡Destruyamos las máquinas pensantes! —gritó un hombre.

Una mujer con el rostro cubierto de arañazos, como si hubiera tratado de sacarse ella misma los ojos, gimió con voz estridente:

—Hemos acarreado la desgracia sobre nosotros mismos. Hemos dejado nuestras ciudades abiertas a la plaga porque no estábamos dispuestos a hacer lo necesario.

—Hasta ahora. —Rayna agitó un dedo admonitorío—. Debemos eliminar todo ordenador, toda máquina, por muy inofensivos que parezcan. Hacer una purga completa. Solo eso puede salvarnos.

Y siguió su camino por la ciudad llena de muerte, al frente de sus seguidores. La chusma avanzaba agitando sus

varas y palos. Y, con un fervor cada vez mayor, asaltaron fábricas, centros industriales, bibliotecas.

Rayna sabía que aquello solo era el principio.

En opinión de Raquella, los vándalos y los fanáticos solo hacían que aumentaran las desgracias provocadas por la epidemia y las fracturas sociales en Parmentier. Movidos por su odio contra las máquinas, los extremistas enloquecidos atacaban cualquier semblanza de tecnología, incluso avanzados aparatos que eran muy útiles. Clausuraron el sistema de transporte público de Niubbe, que solo funcionaba de manera intermitente, junto con buena parte del sistema eléctrico y de comunicaciones.

En aquellos momentos, Raquella estaba en el hospital, tratando de ayudar a las últimas víctimas de la epidemia, sin luz, y no entendía cómo podían engañarse de aquella forma. ¿Es que aquellos lunáticos creían que iban a perjudicar a Omnius por destrozar máquinas beneficiosas con sus varas?

Cada día eran más los que se congregaban a las puertas del hospital, mirándolo con un hambre extraña y demencial. Muchos agitaban los puños, gritaban amenazas. A fin de proteger el hospital, Mohandas apostó en las entradas a tantos guardas armados como pudo.

Aturdida a causa de los turnos interminables de trabajo y la falta de sueño, Raquella avanzó dando tumbos por un pasillo hacia la pesada puerta que había al fondo, con el respirador sobre la nariz y la boca. Hasta el momento había sido lo bastante cuidadosa para protegerse de los vectores más evidentes de contagio, pero sería tan fácil tener un pequeño desliz… Su rostro, su pelo y su ropa siempre hedían a antivirales y desinfectante. Aunque ella y

Mohandas tomaban tanta especia como podían para poder seguir adelante, los suministros casi se habían agotado.

Esperaba que Vorian Atreides volviera pronto. Estaban aislados en Parmentier, y no tenían forma de saber lo que pasaba en el resto de la Liga.

Raquella iba a entrar en una cámara acorazada, el lugar más seguro del hospital. Pero la puerta estaba parcialmente abierta, y eso la sorprendió. Las normas del hospital exigían que estuviera siempre sellada. Todo se había vuelto tan relajado, tan descuidado…

Con cautela, empujó la pesada puerta de aleometal, haciendo chirriar ligeramente los goznes. En el interior, un hombre la miró sobresaltado.

—¡Doctor Tyrj! ¿Qué está haciendo?

El hombre trató de esconder algo y su rostro enrojeció detrás del respirador de plaz transparente, pero Raquella ya había visto suficiente: los bolsillos ocultos de su bata de trabajo estaban llenos de dosis de polvo de melange procedentes de los últimos suministros que quedaban en el hospital.

Todos los que trabajaban allí recibían una cantidad para consumo personal, porque la especia les protegía de la plaga. Pero aquello era mucho más de lo que se asignaba a una sola persona.

El hombrecito nervudo trató de pasar.

—No sé a qué se refiere. Y ahora apártese de mi camino. Mis pacientes me esperan.

Ella lo detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Está vendiendo la especia, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Se metió la mano izquierda en un bolsillo y Raquella vio que sacaba algo brillante.

Con un rápido rodillazo en el abdomen lo dejó fuera de combate, y vio que un escalpelo le caía de la mano. Mientras Tyrj gemía de dolor, Raquella gritó pidiendo ayuda.

Oyó pasos en el corredor, y un momento después Mohandas apareció con expresión de alarma. La miró para cerciorarse de que estaba bien y ella señaló la especia que había caído de los bolsillos del médico.

—Puedo explicarlo. —Tyrj se levantó con dificultad y trató de recuperar la compostura.

Mohandas tocó un panel de la pared para avisar a los guardas y, mientras, Tyrj siguió balbuceando excusas, con aire indignado, no avergonzado. Sin andarse con ceremonias, Suk vació los bolsillos del médico, sacando un paquete tras otro de la valiosa especia. Se quedó mirando con incredulidad toda aquella especia.

—Es usted repugnante —le dijo Raquella cuando llegaban dos guardas de seguridad—. Esto no es un simple robo, es una traición. Está traicionando a la gente a la que tendría que ayudar. Salga de este hospital.

—No os podéis permitir prescindir de mis servicios —protestó Tyrj.

—No podemos permitirnos tenerle aquí. —Mohandas cogió a Raquella del brazo—. Ya no le consideramos un médico. Ha violado el juramento, no es más que un oportunista que quiere sacar provecho en tiempo de guerra. —Mirando a los guardas, dijo—: Echadlo. Quizá cuando se vea en la calle recuerde su vocación y haga algo de bien. Todavía hay mucha gente necesitada.

Raquella y Mohandas fueron a una ventana del segundo piso para ver cómo los guardas echaban al ladrón ante la chusma expectante del exterior. Tyrj cayó por los escalones y miró a los martiristas furiosos. Sus gritos desesperados quedaron ahogados bajo los de la multitud.

—¡Recordad a Manion el Inocente!

—¡Larga vida a la Yihad!

Una niña pálida y sin pelo se puso al frente de la multitud y señaló al hospital. Raquella no oyó sus palabras, pero de

pronto la chusma empezó a avanzar en masa hacia el edificio. Tyrj trató de apartarse, pero los fanáticos lo arrollaron. Los guardas que lo habían echado retrocedieron, temiendo por sus vidas.

Raquella cogió a Mohandas del brazo y corrió por el pasillo hacia la sala más próxima.

—La alarma. —Y Mohandas apretó un transmisor de seguridad de la pared que hizo que empezaran a sonar las sirenas.

Los dos corrieron a la entrada más cercana y trataron de asegurar las puertas. Los guardas habían desaparecido, habían huido en cuanto vieron que había problemas. Una multitud de fanáticos arremetió contra la puerta. A pesar de los esfuerzos de Raquella, la presión de la gente los superó enseguida. Otros fanáticos entraron por otras puertas, rompieron ventanas, y corrieron en tropel por las salas y los pasillos.

La niña sin pelo se detuvo, como el ojo en calma en aquella tormenta de fanáticos. Escudriñó las máquinas de diagnóstico, los monitores, las máquinas expendedoras, y luego dijo con voz penetrante:

—Complejos aparatos médicos… perversas máquinas disfrazadas de equipamiento útil. ¡Nos aprisionan!

—¡Deteneos! —gritó Mohandas mientras aquella gente enloquecida derribaba una hilera de escáneres de alta resolución—. Necesitamos estas máquinas para tratar a las víctimas de la plaga. ¡Sin ellas la gente morirá!

Pero la chusma atacó con más empeño. Placas y sondas volaron contra las paredes y salieron disparadas por las ventanas. Aunque se habían volcado de lleno sobre las máquinas, podían volverse fácilmente contra los médicos.

Raquella cogió a Mohandas de la mano y corrió al tejado, donde una nave de evacuación les esperaba. Ya habían aparecido los primeros focos de incendio en el edificio.

Algunos pacientes se levantaron como pudieron de la cama, tratando de huir, otros se quedaron tumbados, atrapados. Los médicos ya habían huido.

—Este lugar está perdido —gimió Mohandas—. ¡Y los pacientes!

—Solo tratábamos de ayudar. —La voz de Raquella estaba teñida de incredulidad—. ¿Es que no ven que lo único que hacíamos era salvar gente? ¿Dónde vamos a ir ahora?

Mohandas hizo despegar la nave de evacuación del tejado del hospital con los ojos llorosos, y se elevó con un gemido por encima del humo cada vez más denso.

—Hemos perdido la batalla en la ciudad, pero no pienso rendirme. ¿Y tú?

Ella le dedicó una débil sonrisa y le puso una mano en el brazo.

—No, no si podemos estar juntos. Hay muchos lugares en el campo donde la gente necesita nuestra ayuda y nuestros conocimientos. Por más que lo lamente, Niubbe tendrá que arreglarse sola.

28

> La tecnología es de natural seductor. Damos por sentado que los avances en este campo son siempre una mejora, que benefician al humano. Nos estamos engañando.
>
> RAYNA BUTLER, *Visiones verdaderas*

El despacho con la orden llegó directamente del primero Quentin Butler, pero a Abulurd le decepcionó ver que no había ningún mensaje personal aparte de un comentario escueto.

—Debes ir a Parmentier, donde murió Rikov. Allí es donde se dieron los primeros casos de la enfermedad, y los investigadores de la Liga necesitan información desesperadamente. Si puedes verificar que la epidemia ha terminado su ciclo, al menos eso nos permitirá tener cierta esperanza. El comandante supremo Vorian Atreides desea acompañarte por motivos personales. Partirás de inmediato.

Unos momentos después de recibir el mensaje, su oficial de comunicaciones anunció que se acercaba una lanzadera con el comandante supremo a bordo. Abulurd se alegró. Al menos tendría a Vorian con él.

Cuando el oficial subió a bordo, Abulurd corrió a recibirle.

—En esta misión seré un simple pasajero —le dijo Vorian —. Tú estás al mando. Haz como si yo no estuviera.

—Oh, no puedo hacer eso, señor. Su rango me supera ampliamente.

—Por el momento considérame un civil. Esta es tu misión… yo viajo por motivos personales. Deseo comprobar cómo sigue mi nieta y su trabajo con los equipos médicos. Tú sabes mucho de… de responsabilidades familiares, ¿verdad, tercero Harkonnen?

Abulurd estaba seguro de haber oído bien.

—¿Tercero?

Vor no pudo contener la sonrisa.

—Oh, ¿no te lo había dicho? Acabo de autorizar un ascenso de campo. —Y se metió la mano en el bolsillo para sacar la insignia—. Sabe Dios que ya hemos perdido suficientes oficiales por culpa de esta maldita epidemia. No puedes seguir siendo cuarto para siempre.

—Gracias, señor.

—Y ahora deja de mirarme boquiabierto y pon en marcha esta nave. Nos espera un largo camino hasta Parmentier.

Más tarde, Abulurd recibió a Vorian Atreides en su camarote para tomar algo y charlar tranquilamente. No se habían visto desde que el joven anunció su deseo de limpiar el apellido de Harkonnen y restablecer el honor de los actos de Xavier.

—Abulurd, supongo que eres consciente de que has asestado un golpe fatal a tu carrera militar. Sí, los otros oficiales saben que eres hijo del primero Quentin Butler, pero el hecho de que cambies tu apellido para honrar a un hombre del que todos reniegan no es solo un desafío sino que demuestra muy poco sentido común por tu parte.

—O una capacidad de comprensión superior —dijo. Esperaba más apoyo de Vorian.

—Eso lo sabes tú, pero los otros no. Están más que satisfechos con lo que creen saber.

—Para mí esto significa más que avanzar en mi carrera militar. ¿Tú no quieres limpiar su nombre? Era tu amigo.

—Por supuesto que quiero… pero ha pasado más de medio siglo, ¿qué sentido tendría? Temo que no logres salir victorioso.

—¿Cuándo ha impedido la posibilidad del fracaso que un hombre de honor busque la verdad? ¿No fuiste tú quien me lo enseñó, comandante supremo? Y pienso seguir tu consejo.

Vor comprendió que Abulurd hablaba muy en serio y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ya iba siendo hora. Cuando esta epidemia termine, quizá sea el momento de hacerles tragar la verdad.

Abulurd sonrió.

—Mejor tener una persona que te apoye que no tener ninguna.

Cuando la jabalina solitaria llegó a Parmentier, las estaciones de vigilancia que recorrían interminables rutas orbitales estaban vacías y silenciosas: los tripulantes habían muerto o se habían rendido a su destino y habían regresado a la superficie.

En el puente, en compañía de Abulurd, Vor contemplaba el planeta de aspecto plácido.

—Han pasado casi cuatro meses desde que me fui —dijo —. Ahora buena parte de la Liga está sufriendo las consecuencias de la epidemia. ¿Crees que algún día volveremos a ser lo que éramos?

Abulurd alzó el mentón.

—Bajemos al planeta, señor, y veamos lo que les espera a los otros planetas afectados.

El recién nombrado tercero y un grupo de soldados escogidos tomaron una fuerte dosis preventiva de melange para protegerse de los últimos coletazos de la plaga y fortalecerse frente a los horrores que pudieran encontrar en Parmentier.

En lugar de ponerse el pesado y aparatoso traje especial que había utilizado en Ix, Abulurd optó por una mascarilla estéril que solo le cubría la cara. Los análisis habían demostrado que el retrovirus se debilitaba rápidamente después del impulso inicial, y allá abajo ya habría pasado el tiempo suficiente. Era una brizna de esperanza para la Liga.

Abulurd dirigió la lanzadera hacia una elevación desde donde se divisaba la ciudad de Niubbe, cerca de la mansión fantasmal del gobernador. Aunque ya sabía lo que le esperaba en la casa de Rikov, tenía que entrar.

—Lo entiende, ¿verdad, señor? —le preguntó a Vorian.

—Yo también tengo asuntos personales que atender —dijo Vor, nervioso y preocupado—. Voy a la ciudad, al Hospital de Enfermedades Incurables. Espero que mi nieta siga allí.

El comandante supremo se fue solo, y Abulurd entró con sus hombres en la casa de su hermano. Los soldados se dispersaron para registrar las habitaciones de aquel edificio grande y vacío. Si otra cosa no, al menos la familia de su hermano tendría un funeral digno. Abulurd recorrió con rapidez los pasillos, comprobando las cámaras, la capilla familiar de Kohe, las zonas para el ocio que recordaba de sus visitas ocasionales a su hermano.

En el dormitorio principal, encontró los cadáveres de un hombre y una mujer en avanzado estado de descomposición. Seguramente su hermano y su esposa. Los soldados encontraron a varios sirvientes muertos, pero no había rastro de su sobrina. Después de tantos meses viendo la muerte tan de cerca, no sintió pavor ni repugnancia al ver

los restos de los cuerpos. Solo una profunda tristeza por no haber tenido ocasión de conocer mejor a su hermano.

—¿Qué habrías pensado de mi decisión, Rikov? —musitó en la habitación—. ¿Habrías entendido por qué quiero hacerme llamar Harkonnen? ¿O tus prejuicios te habrían hecho mirarme con desdén?

Más tarde, cuando llegaron a la ciudad, les sorprendió comprobar que la mayor parte del daño se debía a la acción de la chusma, no a la epidemia. Muchos edificios ya no eran más que una carcasa calcinada y un montón de escombros, las ventanas estaban rotas, había desechos por las calles, las plazas, los parques.

Los soldados se dispersaron entre las ruinas, y Abulurd siguió el rastro de destrucción que habían dejado las masas hasta un grupo de edificios quemados. En los escalones de la entrada del Hospital de Enfermedades Incurables encontró a Vorian Atreides, desanimado, junto a un cartel derribado con el nombre del hospital.

—No está aquí —dijo Vor—. Dentro no hay nadie. Todo está destrozado.

Abulurd sintió pena por su amigo. En medio de aquella terrible guerra, incluso el comandante supremo no era más que un ser humano preocupado por la seguridad de su familia.

Abulurd se aventuró a entrar y vio que el edificio había sido saqueado.

—¿Por qué destruir un centro médico? —preguntó en voz alta, como si los fantasmas de los pacientes muertos pudieran contestarle. ¿Estaba furiosa la población porque los médicos no podían curarles? Qué desperdicio, destruir una de las pocas instalaciones que podía encontrar una defensa contra la epidemia y aliviar los últimos días de los moribundos—. Cuando terminemos con la misión que nos

trae aquí, enviaremos equipos en su busca —le dijo a Vorian —. Usted mismo los dirigirá.

El comandante supremo asintió.

—Gracias.

Y salió para seguir recorriendo las calles. Los dos sabían perfectamente que entre tanta destrucción sería muy difícil seguir el rastro de una persona concreta.

Más tarde, en una colina a las afueras de la ciudad, Abulurd y sus mercenarios descubrieron una multitud que se había reunido para compartir la comida que habían conseguido en sus saqueos. Todos parecían cansados, y miraban con reverencia a una pequeña figura que estaba en pie en la cima.

Abulurd y sus hombres se acercaron, y vieron que se trataba de una niña sin pelo y con una piel tan clara que parecía leche translúcida. La niña se dirigió a ellos.

—¿Venís a uniros a nuestra causa, a difundir el mensaje de lo que ha de hacer la humanidad para sobrevivir?

Abulurd trató de pensar, porque la joven le resultaba familiar. Aunque ya no tenía pelo, a pesar de la extrema delgadez de su cuerpo, solo tardó unos instantes en reconocerla.

—¿Rayna? ¿Rayna Butler? —Corrió hacia ella—. ¡Estás viva! Soy Abulurd… tu tío.

La niña le miró.

—¿Vienes de tan lejos para ayudarnos contra las máquinas pensantes? —Y extendió los brazos para señalar a la ciudad herida.

—La epidemia se ha extendido por todas partes, Rayna. Tu abuelo me ha enviado a buscaros.

—Todo el mundo ha muerto —dijo la niña—. Casi la mitad murieron por la epidemia, y muchos otros después. No sé cuánta gente queda con vida en Parmentier.

—Con un poco de suerte, si el virus ha completado su ciclo, lo peor ya ha pasado. —Le dio un abrazo, y le pareció tan poca cosa…, como si pudiera partirse.

—Nuestra lucha no ha hecho más que empezar. —Su voz era fuerte, como acero templado—. Mi mensaje ya ha salido de estas fronteras. En el puerto espacial de Niubbe el Culto a Serena encontró naves que han partido hacia otros mundos para difundir la nueva de nuestra misión.

—¿Y qué nueva es esa, Rayna? —Abulurd sonrió. Aún la veía como la jovencita tímida que tanto tiempo había pasado entregada a la oración en compañía de su madre—. ¿Qué es el Culto a Serena? Nunca lo he oído mencionar. —En aquel momento comprendió que la epidemia no solo la había dejado sin pelo, también le había hecho ganar años de pena y madurez. Por lo visto, era ella quien dirigía a aquella gente.

—Serena misma destruyó máquinas pensantes —dijo Rayna—. Cuando Erasmo mató a su bebé, arrojó a un robot centinela por el balcón. Fue el primer golpe de la humanidad contra los perversos siervos de Omnius. Mi causa es destruir todas las máquinas.

Abulurd estudió a su sobrina con creciente preocupación. No pudo evitar pensar en las maquinaciones y las medidas oportunistas de Iblis Ginjo, contra las que Xavier Harkonnen luchó. Sin embargo, Rayna no parecía tener aspiraciones personales. La gente se arremolinaba a su alrededor en la colina, gritaba su nombre.

Abulurd miró atrás, a toda aquella destrucción, y habló haciéndose oír por encima del gentío.

—¿Tú… tú has provocado todo eso, Rayna?

—Era necesario. Serena me dijo que debíamos limpiar nuestros planetas y destruir cualquier artefacto tecnológico. Debemos eliminar todo cuanto esté informatizado para que las máquinas no puedan volver a dominarnos. No debemos

dejar ningún asidero al enemigo, porque de lo contrario la raza humana volverá a caer en el abismo. Hemos sufrido mucho, pero estamos vivos —siguió diciendo, mirándolo con aquellos ojos penetrantes y encendidos—. Podemos apañarnos sin unas pocas… comodidades.

Era como un modelo de sacrificio, y manifestaba un total desinterés por las posesiones materiales. Seguramente solo había cogido lo mínimo, lo había dejado casi todo en la mansión de su padre.

Con gran turbación, Abulurd estiró el brazo para tocar el hombro huesudo de su sobrina.

—Quiero que vuelvas a Salusa conmigo, Rayna. Te reunirás con el resto de la familia. —También quería alejarla de aquella chusma.

—Salusa Secundus… —murmuró Rayna con aire soñador, como si hubiera visto en sus sueños aquel lugar—. Es cierto, aquí mis seguidores ya saben lo que tienen que hacer. Mi trabajo en Parmentier ha terminado. —Abulurd percibió un desconcertante brillo en sus ojos—. Es hora de que siga con mi misión en otra parte.

29

> El ejército de la Yihad puede tratar de prepararse para el siguiente plan de Omnius, pero siempre estaremos por detrás de las máquinas, porque ellas pueden desarrollar sus ideas a la velocidad de un ordenador.
>
> PRIMERO QUENTIN BUTLER, correspondencia privada con Wandra

Mientras Abulurd estaba en Parmentier con el comandante supremo Vorian Atreides, Quentin Butler se sentía cada vez más responsable de la seguridad del mundo capital de la Liga. Por disposición del Consejo, el primero se convirtió en el oficial de más alto rango del sistema salusano. Nunca se tomaba un momento para sí mismo, o un día de descanso. Durante meses, desde que recibieron el mensaje fatídico de Rikov anunciando la plaga, había sentido que la humanidad corría un grave peligro.

Así pues, Quentin se conducía con dureza cada día, aceptando misiones innecesarias, tratando de estar en todas partes a la vez. Los yihadíes a los que tenía a su mando podían hacer lo que quisieran con su tiempo libre, pero él no. Y su hijo Faykan era del mismo parecer. En lugar de aprovechar un merecido descanso, se ofrecía para pasar días en patrullas estándar en los límites del sistema salusano.

—Tú y yo somos un ejemplo para los soldados. Imagínate, el primero de un inmenso batallón junto con un segundo que ha recibido numerosas medallas pasando tediosas horas en tareas de vigilancia.

La risa de Faykan le llegó por el comunicador.

—No pasa muy a menudo que las máquinas pensantes nos den ocasión de sentir tedio, primero. Pero bienvenido sea.

—Me temo que Omnius tiene en mente mucho más que solo propagar una epidemia. Ahora somos muy vulnerables.

—Tendremos que estar alertas —dijo Faykan.

Los dos hombres pilotaban kindjal de largo alcance modificados, y el desfase en las transmisiones que cruzaban entre ellos era solo de unos segundos-luz, lo que significa que podían mantener largas conversaciones. El primero valoraba aquellas sencillas conversaciones mucho más que cualquier estancia en un balneario o un centro de reposo para nobles consentidos. En cierto modo, aunque reconocía que estaba siendo injusto con Abulurd, sentía que Faykan era el único hijo que le quedaba.

Desde sus tiempos de joven, Quentin había sido un héroe de guerra y se ganó una reputación en el ejército después de la exitosa conquista de Parmentier, una de las victorias más sorprendentes de la Yihad. Aunque en aquel entonces no era más que un teniente, había derrotado a una cantidad apabullante de robots de combate mediante tácticas engañosas que hicieron que el mismísimo comandante supremo se sintiera orgulloso. Después de aquello, ya no pudo quitarse de encima el título de Liberador de Parmentier. La hermosa Wandra Butler fue la encargada de colocarle las medallas durante la ceremonia. Quentin se quedó prendado, y la cortejó. Eran la pareja perfecta y, cuando finalmente se casaron, él renunció a su apellido y adoptó el de Butler, mucho más honorable.

El cuerpo de Wandra seguía aferrándose a la vida, sí, pero ¿cómo habría sido su vida en común si no la hubiera perdido a causa de la apoplejía que tuvo al dar a luz a Abulurd? Hizo una mueca al pensar en su hijo: hacerse llamar por aquel apellido odioso… ¡Harkonnen!

Durante décadas, la familia de Wandra había tratado de superar la vergüenza de los actos del patriarca fallecido. Realizaron grandes hazañas, se sacrificaron, dedicaron sus vidas a la interminable Yihad. Pero ahora ese necio de Abulurd —¡y por voluntad propia!— había decidido echar a perder todo aquello y recordar a todo el mundo los inexcusables crímenes de Xavier Harkonnen.

¿En qué se había equivocado? Abulurd era un joven inteligente y bien educado, tendría que haber sido más juicioso. Cuando menos, primero tendría que haber discutido el asunto con él. Pero la decisión ya estaba tomada. Quentin no podía ni verle, aunque su honor no le permitía repudiar totalmente a su hijo. Quizá algún día Abulurd se redimiría. Solo esperaba vivir lo suficiente para verlo con sus propios ojos.

Pero, de momento, solo tenía a Faykan.

Él y su hijo pasaban horas hablando de los viejos tiempos. En su juventud, Faykan y Rikov habían sido algo granujas, los famosos hermanos Butler, que se enorgullecían de hacer honor al lema de su padre: «Los Butler no somos criados de nadie». Los impetuosos hermanos se saltaban las normas, desoían órdenes directas y dejaron su impronta en la historia de la Yihad.

—Le echo de menos, padre —dijo Faykan—. Rikov aún podría haber luchado durante muchos años. Me gustaría que al menos hubiera podido caer en combate en lugar de morir en la cama por culpa de ese condenado virus.

—Esta guerra santa siempre ha sido una prueba de fuego. O nos atempera y fortalece, o nos destruye. Me

alegro de que tú no hayas estado entre los segundos, Faykan. —Y cuando lo estaba diciendo pensó si Abulurd entraría en una categoría distinta. De no ser por la benevolencia del comandante supremo Atreides y el halo de la familia Butler, sin duda no habría sido más que un oficinista y estaría organizando viajes de aprovisionamiento a puestos remotos.

Últimamente, parecía que Faykan estaba sentando cabeza, y se preocupaba más por el amplio paisaje de la política de la Liga que por la aventura. Decía que prefería dirigir a la gente y guiar a la sociedad que llevar a los soldados a su muerte.

—Tú también has cambiado, padre —señaló Faykan—. Sé que nunca faltarías a tu deber, pero te he observado, y creo que tu corazón ya no está en la batalla. ¿Estás cansado de la guerra?

Quentin vaciló más de lo que podía justificar el desfase en la transmisión.

—¿Cómo podría no estarlo? La Yihad ya dura demasiado, y las muertes de Rikov y su familia han sido un duro golpe para mí. Desde que se desató la epidemia, ya no entiendo esta guerra.

Faykan profirió un sonido en señal de asentimiento.

—No creo que tengamos que entenderla. Lo que tenemos que hacer es temer a Omnius y estar siempre alertas ante posibles maquinaciones.

Quentin y Faykan ampliaron gradualmente el radio de acción de las patrullas. Aunque el primero iba con los motores en vacío y los escudos desactivados, no se dormía. Su mente divagaba, perdida en los recuerdos y los remordimientos. Y a pesar de eso, una vida entera de servicio —tanto en tierra como desde el puente de su nave — le había enseñado a estar atento a la más mínima

anomalía. Cualquier pequeño movimiento podía significar un ataque.

Su escáner de largo alcance no detectaba ninguna actividad extraña, aparte de algunos pequeños puntos que entraban dentro del porcentaje de error del radar, pero Quentin vio un objeto metálico. Su albedo era demasiado alto para tratarse de una simple roca o un cometa. Forma geométrica, carcasa lisa de metal: superficies lisas y pulidas de un objeto artificial que no aparecía en sus sensores.

Quentin estudió las pantallas y dio mayor potencia a los motores, incrementando la aceleración lo justo para acortar distancias y determinar qué estaba viendo. Habría querido enviar una señal a Faykan, que también estaba en su radio de alcance, pero temió que incluso una vía segura de comunicación pudiera alertar al intruso silencioso.

La misteriosa nave se dirigía al exterior del sistema, a una velocidad suficiente para superar la atracción gravitatoria de la estrella. Dado que no generaba ningún impulso energético artificial, no era probable que fuera detectada por los escáneres de largo alcance de la Liga. Pero Quentin la había visto, y se acercó con sigilo hasta que no hubo confusión posible: una nave enemiga, una nave de reconocimiento enviada para espiar Salusa Secundus.

Moviéndose con sigilo, como si temiera que incluso los clics del interior de la cabina alertaran al enemigo, Quentin cargó proyectiles de despliegue junto con dos minas descodificadoras teledirigidas. Apuntó cuidadosamente a su objetivo.

Y entonces vio un destello de energía procedente de la nave enemiga, como si esta sospechara algo. Un rayo escaneador pasó sobre la carcasa del kindjal de Quentin. El trató de evitar los reflejos, pero la nave enemiga encendió motores enseguida. Quentin dio máxima aceleración a su

nave, y cayó contra el respaldo de su asiento. Casi no pudo ni maniobrar con los controles.

Con los labios contraídos y una fuerte presión en los pulmones, envió una señal directa a Faykan.

—He encontrado… nave enemiga. Trata de salir del sistema. Tengo que… detenerla. Imposible saber los datos que ha reunido.

Con un repentino impulso, Quentin acortó notablemente la distancia, pero los propulsores de la nave de reconocimiento le dieron una aceleración que ningún humano habría podido soportar. Antes de rendirse, Quentin lanzó sus proyectiles, que salieron disparados a gran velocidad, como un enjambre de avispas mortíferas…

Quentin contuvo el aliento, viendo cómo los puntitos del escáner convergían sobre el objetivo… pero en el último instante, la nave robótica giró con una rapidez que estaba más allá de los límites materiales de los metales del casco de las naves tradicionales. Sus proyectiles estallaron, emitiendo ondas de energía e impulsos de choque al espacio. La nave robótica siguió aumentando su velocidad, aunque empezó a sacudirse, como si aún tratara de evitar el ataque o estuviera dañada.

Quentin mantuvo la aceleración, a riesgo de perder el conocimiento, aunque sabía que nunca lograría alcanzarla. Pero el peso que sentía en el corazón era mayor que la presión de la gravedad en su pecho. ¡El robot espía iba a escapar! No podría detenerlo. Maldiciéndose por su fracaso, redujo la velocidad, dando fuertes bocanadas de aire, tratando de controlar el mareo.

Por un momento pensó que se trataba de una alucinación, pero entonces reconoció aquella nueva estela como el kindjal de Faykan, que volaba en ruta de colisión con la nave infiltrada.

La nave espía le vio demasiado tarde. Faykan ya había abierto fuego. Dos de los siete proyectiles de artillería estallaron contra el casco. La fuerza de las explosiones hizo que la nave saliera dando tumbos, despidiendo llamas y glóbulos de metal fundido. El resplandor de los motores parpadeó y se extinguió.

La nave enemiga giraba y giraba, fuera de control, y las dos kindjal se acercaron y proyectaron rayos tractores para intentar estabilizarla. Trabajando en equipo, la controlaron como predadores con un jugoso pedazo de carne.

—No bajes la guardia —dijo Quentin por el canal de comunicación—. Es posible que solo esté fingiendo.

—Le he dado con la suficiente fuerza para que no tenga que fingir.

Lado a lado, los kindjal finalmente detuvieron el movimiento errático de la nave robot. Los dos hombres se embutieron en sus trajes espaciales en los estrechos confines de la cabina de sus kindjal. Las máquinas pensantes no necesitaban sistemas de soporte vital, y no era probable que la nave robot estuviera presurizada.

Quentin y Faykan salieron de sus kindjal y flotaron en el espacio, sujetos por unos cables a la nave cautiva. Con ayuda de unos sopletes y unas garras hidráulicas, abrieron un acceso. Cuando finalmente consiguieron abrir el agujero lo bastante para pasar por él con sus trajes espaciales, un ominoso robot de combate apareció ante ellos. Sus múltiples extremidades estaban cubiertas de armas que giraban para acertar bien a los dos humanos.

Quentin ya tenía su generador de impulsos descodificadores preparado. Lanzó una descarga, y parte de ella se diluyó contra la abertura irregular que habían practicado en el casco de la nave. Pero el resto entró y sacudió al robot. El mek de combate se estremeció, tratando de reajustar sus sistemas de circuitos gelificados.

Faykan entró. Ayudándose con su masa corporal, hizo que el robot perdiera el equilibrio en aquel entorno despresurizado. El robot cayó, sin poder reajustarse.

—Tenemos un bonito premio —dijo Faykan—. Podemos purgar sus sistemas y reprogramarlo para que forme a maestros de armas en Ginaz, como ese mek de combate que tienen desde hace generaciones.

Quentin lo pensó por un momento, luego meneó la cabeza en el interior del casco. La sola idea le ofendía.

—No, creo que no. —Lanzó un potente impulso descodificador y convirtió al robot solitario en una carcasa inmóvil de metal—. Y ahora veamos qué hacía esta condenada máquina fisgoneando cerca de Salusa.

Tiempo atrás, cuando estaba a las órdenes de Vorian Atreides aprendiendo los elementos básicos del mando, adquirió unos conocimientos rudimentarios sobre los sistemas de datos y los controles informáticos de las máquinas. La supermente se consideraba perfecta, y no había modificado sus sistemas operativos desde hacía siglos, así que la información de Vorian había seguido siendo válida durante toda la Yihad.

Quentin se dirigió hacia los mandos de la nave. Faykan observaba los sistemas con el ceño fruncido, tratando de comprender la función de los enormes artilugios convexos que tachonaban el exterior de la nave.

—Son sensores de largo alcance y proyectores para levantar mapas —fue su conclusión—. La nave estaba haciendo un mapa cartográfico del sistema salusano.

Quentin recanalizó la suficiente energía para activar el diario de navegación y los sistemas de datos de la nave robot. No tardó en comprender lo que estaba viendo, en asimilar la terrible magnitud de lo que aquella nave espía había hecho.

—Está llena de información sobre los mundos de la Liga: nuestras defensas militares, nuestros recursos… y los efectos que ha causado la plaga. ¡Todos nuestros puntos débiles están aquí! Esta nave por sí sola ha analizado una docena de mundos de la Liga y ha preparado un plan de invasión. Parece que el principal objetivo era Salusa Secundus. —Señaló los mapas tridimensionales, las numerosas rutas de llegada que las máquinas habían trazado automáticamente, determinando la vía de menor resistencia militar—. Aquí está todo lo que Omnius necesita para planificar una invasión a gran escala.

Faykan señaló uno de los campos de registros.

—Según esto, esta solo es una de cien naves similares de reconocimiento enviadas por toda la Liga.

A través del panel facial de sus trajes, Quentin miró a su hijo y vio que habían llegado a la misma conclusión.

—Ahora que nuestra población y nuestro ejército han quedado devastados a causa de la plaga sería el momento perfecto para que Omnius lance el asalto final.

Faykan asintió.

—Las máquinas pensantes tienen preparado algo muy desagradable para la humanidad libre. Es una suerte que hayamos atrapado esta nave.

La nave espía era demasiado grande para que las kindjal la remolcaran al interior del sistema. Así que Quentin retiró su núcleo de memoria y la llevó consigo, mientras que Faykan colocó un localizador para que los técnicos de la Liga pudieran volver y analizar sus sistemas.

En aquellos momentos, los dos tenían una única prioridad: volver enseguida y dar la noticia al Consejo de la Yihad.

30

Estamos entrenados para luchar con espadas, con nuestra fuerza, nuestra sangre. Pero cuando las máquinas pensantes nos envían un enemigo invisible, ¿cómo podemos defendernos nosotros mismos o al resto de la humanidad?

MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

Cuando Istian Goss y Nar Trig llegaron a Ix después de la epidemia, no encontraron máquinas con las que combatir, y casi dos tercios de la población había muerto. Los campos y los almacenes de alimentos habían ardido a causa de los disturbios incontrolados; el cólera había contaminado el suministro de agua; una sucesión de tormentas había destruido las casas, dejando a los supervivientes ya debilitados sin refugio. Muchos de los que se habían recuperado habían quedado lisiados y apenas podían caminar.

La raza humana estaba tocada, luchaba por su simple supervivencia, y pocas energías o recursos le quedaban para hacer incursiones contra el verdadero enemigo.

En los meses que habían pasado desde que partieron de Honru, los dos maestros de armas habían luchado contra robots de combate solo en dos batallas espaciales poco importantes. Junto con soldados de la Yihad, rodearon y

abordaron dos naves de guerra que capturaron y transformaron para uso humano. Pero la plaga había matado a tantos soldados y había obligado a cancelar tantas campañas militares que los dos mercenarios pasaban la mayor parte del tiempo en tareas de rescate y reconstrucción.

Afortunadamente, el retrovirus consumía a sus víctimas con rapidez y luego se extinguía. Un mes después del último caso registrado en Ix, Trig e Istian podían ayudar sin riesgo a contagiarse. A ninguno de los dos les quedaba melange.

Al principio, equipos de ixianos habían utilizado material pesado para excavar cuevas subterráneas donde depositar los numerosos cadáveres; luego sellaban las aberturas con explosivos. Pero los fanáticos martiristas se habían opuesto al uso de las excavadoras, y las habían atacado por considerarlas un doloroso recordatorio de la destrucción que podían causar las máquinas pensantes.

Cuando Istian comentó que los martiristas eran irrazonables y cortos de vista, Trig se limitó a mirarle con frialdad. La verdadera fuerza de la Yihad había estado siempre en su carácter emocional, eso es lo que movía a la humanidad a seguir adelante. El apasionamiento invadía la mente de los mandos militares y comprometía los cuidadosos planes que trataban de establecer.

—Sus creencias son más fuertes que la necesidad de comodidades —dijo Trig—. A su manera son fuertes.

—Son una chusma, y están furiosos. —Istian se puso las manos en las caderas y levantó su rostro bronceado al cielo. Por todas partes se veían columnas de humo de los fuegos que los ixianos habían encendido para purgar refugios infestados por la epidemia y destruir restos de maquinaria —. No habrá forma de controlarlos. Quizá lo mejor sea dejar que se desfoguen, que su rabia se consuma por sí misma, como la enfermedad.

Trig meneó la cabeza con desazón.

—Entiendo la necesidad de esta gente, pero no nos han entrenado para esto. No somos niñeras…

Más tarde, aquel mismo día, toparon con un grupo de martiristas de ojos vidriosos cargados con espadas de impulsos y armas de mano que en su mayoría parecían en bastante mal estado. Algunas daba la impresión de que ni siquiera funcionaban, pero aquella gente las cogía como si hubieran encontrado un tesoro.

—¿De dónde habéis sacado esas armas? —preguntó Istian—. Están pensadas para que las usen solo maestros de armas entrenados en Ginaz.

—Nosotros somos tan maestros como tú —dijo el cabecilla del grupo—. Hemos encontrado las armas entre nuestros muertos. La mano de santa Serena nos guio hasta ellas.

—Pero ¿de dónde han salido? —insistió Istian, soslayando la cuestión religiosa. Por lo visto, no les importaba utilizar la tecnología si podían volverla en contra de las máquinas.

—Muchos mercenarios han muerto aquí —señaló Trig— desde la primera conquista de Ix; cuando Jool Noret destruyó a Omnius en la segunda defensa del planeta, cuando Quentin Butler hizo replegarse a las máquinas, o ahora, con la plaga. Mucho material ha quedado abandonado sin que nadie lo reclame.

—Nosotros lo hemos reclamado —dijo el cabecilla—, y también somos maestros de armas.

Istian frunció el ceño con desagrado al ver cómo aquella gente envilecía el orgulloso nombre de los de su casta.

—¿Y quién os ha enseñado a ser maestros de armas según los elevados estándares de Ginaz? ¿Quién ha sido vuestro *sensei*?

El hombre torció el gesto y miró a Istian con aire altanero.

—A nosotros no nos ha entrenado ninguna máquina domesticada, si es eso lo que preguntas. Nuestras visiones nos guían, nos ayudan a destruir máquinas tan bien como tú.

Istian se sorprendió al ver que Trig se tomaba en serio a aquella chusma.

—No cuestionamos vuestra determinación.

—Solo vuestra preparación —añadió Istian, con voz áspera.

Aquella gente empuñaría las espadas de impulsos con tanta pericia como una cachiporra o una herramienta de jardín.

—Los tres mártires nos inspiran y nos guían —gruñó el cabecilla—. Sabemos adónde hemos de ir. En Ix ya no queda ninguna de esas máquinas demoníacas, pero con nuestra nave iremos directamente a Corrin y nos enfrentaremos al Omnius principal y sus perversos siervos robóticos.

—¡Imposible! Corrin es la sede central del imperio de las máquinas. Os destruirán, y todo para nada. —Istian recordó lo que había sucedido después del primer ataque de las máquinas a la colonia Peridot, el planeta natal de la familia de Trig. Desobedeciendo las órdenes, un grupo de impetuosos yihadíes decidió atacar Corrin por su cuenta. Y todos murieron a manos de las defensas robóticas.

—Seréis bienvenidos si os unís a nosotros —dijo el cabecilla, y eso le sobresaltó.

Antes de que pudiera lanzar una risa de incredulidad, reparó en la gravedad de la expresión de su amigo.

—Nar, ni se te ocurra.

—Un verdadero maestro de armas debería aprovechar cualquier ocasión para enfrentarse al enemigo.

—Te matarán.

Trig parecía furioso con él.

—Todos sabemos que vamos a morir. Estoy preparado, puesto que he entrenado en Ginaz, igual que tú. Si realmente llevas el espíritu de Jool Noret en tu interior, ¿por qué temes enfrentarte a una situación de peligro?

—No se trata del peligro, Nar… es un suicidio. Aunque tampoco es eso. No tendría ningún propósito. Sí, quizá destruiréis a un puñado de robots de combate antes de que os maten, pero ¿de qué servirá? No lograréis ningún avance para la causa de la humanidad, y Omnius reconstruirá sus máquinas. En una semana será como si nunca hubierais estado en Corrin.

—Será un golpe dado en favor de la Yihad —insistió Trig —. Mejor eso que quedarnos aquí viendo cómo los supervivientes se retuercen en su miseria. Aquí no puedo ayudarles, pero sí puedo luchar contra Omnius.

Istian meneó la cabeza. El cabecilla de los martiristas parecía tan decidido y ardiente como antes.

—Estaremos encantados de tener a un maestro de armas entre nosotros, si no a los dos. Tenemos una nave. Muchas han quedado abandonadas después de que se impusiera la cuarentena en el planeta y los pilotos murieran. Se nos prohibió viajar a planetas no contaminados, pero ahora eso es irrelevante.

Istian no pudo contenerse.

—Entonces, ¿queréis destruir todas las máquinas, pero no las espadas de impulsos y las naves espaciales porque os son útiles? Es un disparate…

—¿Tienes miedo de venir, Istian? —Trig parecía decepcionado.

—Miedo no, pero soy demasiado sensato para hacer algo así. —Con el espíritu de Jool Noret no solo había adquirido una gran habilidad en el combate y un valor indomable, sino también sentido común—. Esa no es mi misión.

—Pues la mía sí —insistió Trig—, y si muero combatiendo a esas máquinas, mi espíritu se hará más grande y renaceré en la siguiente generación de luchadores de Ginaz. Quizá no estemos de acuerdo con esta gente, Istian, pero ellos han visto una verdad y un camino que no estás dispuesto a aceptar.

Istian asintió con un profundo pesar.

—Los mercenarios de Ginaz somos independientes. Siempre lo hemos sido, y no me corresponde a mí decirte lo que debes hacer. —Mirando a aquel grupo de fanáticos, aferrados a su colección de armas, hizo una sugerencia algo frívola—. Quizá de camino a Corrin podrías enseñarles cómo utilizarlas.

—Lo haré, sí. —Trig le ofreció la mano a su amigo.

—Si es la voluntad de santa Serena, volveremos a encontrarnos.

—La voluntad de santa Serena. —Pero en su corazón sabía que no había esperanza—. Lucha bien, y que tus enemigos caigan a tus pies. —Tras un momento de incomodidad, le dio a su amigo de tantos años un breve abrazo, porque sabía que no volvería a verle.

Cuando su compañero ya se alejaba con la cabeza muy alta, al frente del grupo de guerreros autoproclamados, Istian lo llamó una última vez.

—¡Espera, tengo una pregunta! —Trig se volvió y lo miró como si fuera un extraño—. Nunca te lo había preguntado pero… ¿cuál es el nombre que había en el disco de coral que sacaste de la canasta en Ginaz? ¿Cuál es el espíritu que se agita en tu interior?

Trig vaciló como si no pensara en aquello desde hacía tiempo, luego echó mano de una bolsita que llevaba al cinto y extrajo el disco. Lo volvió para que Istian viera su superficie pulida… y completamente vacía, sin ningún

nombre. Como si fuera una moneda, le arrojó el disco a su amigo y este lo atrapó al vuelo.

—No tengo ningún espíritu rector —dijo Trig—. Soy un nuevo maestro de armas. Yo tomo mis propias decisiones y me labraré mi propio nombre.

31

La evolución está al servicio de la muerte.

NAIB ISHMAEL, paráfrasis de un sutra zensuní

Por más que el mundo cambiara a su alrededor, el desierto seguía siendo un lugar puro y sereno, una vasta extensión de arena de una pureza imperecedera. Sin embargo, últimamente a Ishmael se le antojaba que cada vez tenía que adentrarse más y más en el desierto para encontrar la paz.

Durante siglos, la dureza y el aislamiento de Arrakis habían ahuyentado a los intrusos. Pero ahora, por culpa de la plaga, la llamada de la especia era demasiado poderosa y los extranjeros ya no evitaban el planeta. Ishmael lo detestaba.

El gusano que acudió a su llamada era pequeño, pero no le importó. No tenía que llevarlo muy lejos. Solo quería escapar del ruido de la música extraplanetaria y los colores chillones de los tejidos foráneos que lo rodeaban, incluso entre su propia gente. Necesitaba tiempo para purificar su corazón y su mente.

Ishmael trepó al lomo de la criatura ayudándose con ganchos y cuerdas, acostumbrado después de décadas de práctica. Cuando él y sus compañeros fugados de Poritrin se

estrellaron allí, Marha, siempre tan paciente, le había enseñado a montar a los gusanos de arena, porque según ella era imprescindible para comprender la leyenda de Selim Montagusanos. La añoraba tanto…

En aquellos momentos, bajo los colores del amanecer, Ishmael se sujetó a la superficie áspera y reseca de los anillos del gusano. Le gustaba sentir el viento caliente y seco en la cara, el rugido de la arena. Las dunas, aquel gran vacío, las rocas, los eternos vientos, las plantas y los animales solitarios. Una duna fundiéndose en otra duna, el desierto que se perdía en el desierto. La arena que flotaba en el ambiente velaba el horizonte y oscurecía la figura del sol naciente.

Sin un destino concreto en mente, movido solo por la necesidad de estar solo, Ishmael dejó que la bestia lo llevara a su antojo. Los recuerdos viajaban con él; pensó en sus años de penurias y cambio… y luego la felicidad. Infinidad de fantasmas lo asaltaban en aquel paisaje yermo, pero sus recuerdos no le asustaban. Aceptaba la pérdida de amigos y familiares, y honraba el tiempo que había podido pasar con sus seres queridos.

Recordaba la aldea de las marismas de Harmonthep donde vivió su niñez, Poritrin, donde se crio como esclavo, trabajando en los campos, y luego al servicio del savant Holtzman, y finalmente en los astilleros, antes de huir a Arrakis. Dos de aquellos recuerdos estaban emborronados por el paso del tiempo: su mujer y su hija pequeña. Había pasado tanto tiempo que tardó un momento en recordar sus nombres. Ozza y Falina. No había tenido más remedio que dejarlas atrás durante la revuelta de esclavos. Y al verse atrapado en el desierto, finalmente tomó otra esposa… Pero Marha también se había ido. Los ojos le escocían por la arena, o quizá fueran las lágrimas. No le gustaba malgastar los fluidos corporales de esa forma.

Ishmael se cubrió la cabeza y la cara para protegerse del calor del día. No necesitaba mapas, se limitaría a deambular, luego volvería a casa. Después de tanto tiempo, no dudaba de sus capacidades.

Un fuerte aroma a especia flotaba en el ambiente, un intenso olor a canela, y se colaba incluso a través de los tapones que se había insertado en las fosas nasales. El gusano se deslizó implacable por una zona de arenas de color herrumbroso donde se había producido un afloramiento de especia. Aunque llevaba buena parte de su vida montando gusanos gigantes, Ishmael no entendía su comportamiento. Nadie lo entendía. Shai-Hulud tenía sus propios pensamientos y caminos, y ningún humano podía cuestionarlos.

Cuando la tarde empezaba a caer, se dirigió hacia una larga extensión rocosa para acampar. Cuando empezaba a acercarse, miró con atención entrecerrando sus ojos agudos y dio un respingo furioso, porque distinguió metal reluciente y estructuras redondeadas: una pequeña población que había surgido al amparo de las rocas. Ishmael no recordaba haber visto allí ningún asentamiento en sus paseos anteriores por la zona.

Con una sacudida, dio un tirón a los ganchos y aplicó ciertos artilugios para apartar al gusano de aquella mancha de civilización y hacerlo seguir hacia el extremo opuesto de la extensión de rocas, a docenas de kilómetros de distancia. Es posible que desde el asentamiento alguien le hubiera visto a lomos del sinuoso monstruo. No importaba. Todos habían oído hablar de Selim Montagusanos y sus bandidos, y casi eran motivo de superstición entre aquella jauría de buscadores de especia extraplanetarios.

Ishmael dejó que el fatigado gusano bajara la cabeza sobre las dunas poco profundas en el extremo más alejado de la pared de roca, bajó de un salto y corrió mientras la

criatura se sumergía en la arena. A pesar de su edad, el ejercicio le hizo sentirse rejuvenecido. Caminaba con el paso irregular habitual, y trepó a las rocas para ponerse a salvo.

Allí, entre las grietas de las rocas, Ishmael encontró tramos pequeños e irregulares de líquenes y unos pocos arbustos espinosos que atestiguaban la resistencia y tenacidad de la vida. Esperaba que su pueblo conservara esa misma tenacidad y no se debilitara y se dejara corromper a pesar de los intentos de El'hiim de seducirlos para que abandonaran sus costumbres tradicionales.

Cuando encontró un lugar para colocar su esterilla de dormir y una roca plana sobre la que preparar su cena, descubrió con horror que allí también había señales del paso de humanos. No eran huellas dejadas por la gente del desierto, ni por un experto en las costumbres zensuníes o en técnicas de supervivencia. No, aquello delataba el paso descuidado de un extranjero, alguien que no sabía nada de Arrakis.

Tras un momento de vacilación, Ishmael siguió el rastro, furioso: huellas de arrastrar de pies en el polvo, unas cuantas herramientas abandonadas, objetos metálicos adquiridos a un precio desorbitado en Arrakis City. Ishmael recogió una brújula que se veía reluciente y no le sorprendió comprobar que no funcionaba. A continuación encontró un contenedor de agua vacío, envoltorios estrujados de comida. Aunque el tiempo y el desierto borrarían las señales, le disgustaba ver que los extranjeros ensuciaban de aquella forma la pureza virginal del desierto. No tardó en encontrar también ropas desgarradas: endebles tejidos que no estaban hechos para resistir la dureza de aquel clima y el sol implacable.

Finalmente, encontró al intruso. Había descendido por las rocas, hasta caer sobre la arena, para ir siguiendo el límite que separaba las rocas del mar de dunas. Presumiblemente

el hombre estaba tratando de volver al nuevo asentamiento, a kilómetros de allí. Ishmael se plantó ante aquel hombre casi desnudo y quemado por el sol, que gemía y tosía. Aún estaba con vida, aunque no por mucho tiempo.

Al menos no si no le ayudaban.

El extranjero alzó su rostro oscuro y cubierto de ampollas, mostrando unos rasgos duros y unos ojos muy juntos, mirando a Ishmael como si fuera un demonio vengador… o un ángel. Ishmael retrocedió. Era el tlulaxa al que él y El'hiim habían conocido en Arrakis City. Wariff.

—Necesito agua —se quejó el hombre—. Ayúdame. Por favor.

Los músculos de Ishmael se pusieron rígidos.

—¿Por qué tendría que ayudarte? Eres un tlulaxa, un negrero. Tu gente destruyó mi vida…

Wariff no parecía haberle oído.

—Ayúdame. En el nombre de… de tu conciencia.

Ishmael tenía provisiones, por supuesto. Nunca habría salido sin estar preparado. No le sobraba, pero siempre podía conseguir más en alguna aldea zensuní. Aquel buscador de especia, que había llegado a Arrakis seducido por la promesa de una riqueza fácil, se había perdido… ¡y eso que ni siquiera había tenido que vérselas con el mar de dunas!

Ishmael se maldijo por su curiosidad. Si se hubiera limitado a acampar, jamás habría encontrado a aquel necio. El tlulaxa habría muerto, como merecía, y nadie se habría enterado. Él no tenía ninguna responsabilidad, ninguna obligación para con aquel hombre. Pero ahora tenía ante él a una persona indefensa y desesperada, y no podía darle la espalda sin más.

De muchos años atrás recordaba los sutras coránicos que su abuelo le había enseñado: «Quien quiera hallar la paz en el exterior, primero debe encontrarla en sí mismo». Y otro:

«Los actos de una persona dan la medida de su alma». ¿Había en todo aquello una lección para él?

Con un suspiro, furioso consigo mismo, Ishmael abrió su mochila y sacó un recipiente con agua, y vertió solo un poquito sobre los labios resecos de Wariff.

—Tienes suerte de que no sea un monstruo… como tu gente. —El hombre aferró con avidez el pitorro, pero Ishmael lo apartó—. Solo lo justo para que no mueras.

El explorador inexperto se había alejado de los caminos y había quedado atrapado en el desierto. En Arrakis City, Wariff había rechazado con rudeza la ayuda y el consejo de su hijastro, pero, a pesar de todos sus defectos, él nunca habría permitido que el hombre cometiera un error tan tonto.

Wariff tomó otro trago racionado de agua, y luego Ishmael le dio parte de una oblea de especia que le proporcionaría energía de forma inmediata. Finalmente, se echó el brazo del hombrecito sobre los hombros y lo ayudó a ponerse en pie.

—No puedo llevarte a cuestas hasta el asentamiento más cercano. Tendrás que ayudarme un poco, ya que tú mismo eres el responsable de tu desgracia.

Wariff trastabilló.

—Llévame a la aldea y te daré todo el material que tengo. Ya no me importa.

—Tus baratijas extraplanetarias no tienen ningún valor para mí.

Siguieron andando a trompicones. La noche se extendía ante ellos, iluminada por dos lunas. Un hombre sano podría haber hecho el trayecto en una sola jornada. Ishmael no tenía intención de llamar a un gusano, aunque eso les habría permitido hacer el camino mucho más deprisa.

—Sobrevivirás. En el poblado seguramente podrán darte atención médica.

—Te debo la vida —dijo Wariff.

Ishmael lo miró con desdén.

—Tu vida vale tan poco para mí como tu estúpido material. Vete de mi mundo. Si no eres capaz ni de tomar unas sencillas precauciones para adaptarte al desierto, es que no se te ha perdido nada en Arrakis.

32

El proceso del pensamiento: ¿dónde empieza y dónde acaba?

Diálogos de Erasmo

Cuando Erasmo se presentó en el desfile militar con su cuerpo, sus recuerdos y su personalidad completamente intactos, Omnius se llevó una sorpresa. Como si nada hubiera pasado, el robot independiente acudió para contemplar las filas de nuevas máquinas de combate y la flota de naves de guerra construida recientemente.

En una imitación deliberada de la pompa de los humanos, Omnius ordenó a sus robots de élite que permanecieran en posición de firmes en un palco, mientras las fuerzas mecánicas desfilaban, andando, rodando, volando. Se estaba preparando para la gran conquista de los hrethgir. El desfile transcurrió por las calles y el espacio aéreo de Corrin City, con sus amplias avenidas y la ciudadela central. El despliegue de armamento superior parecía una extravagancia, algo imponente… e innecesario.

Erasmo ocupó su sitio en la parte delantera del palco y observó. ¿Se suponía que los miles de esclavos humanos tenían que lanzar vítores? Si por él fuera, habría preferido

estar con Gilbertus. Incluso la compañía del clon de Serena Butler era más interesante que aquel… espectáculo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Omnius—. ¿Cómo es que todavía existes?

—¿Debo deducir que habéis dejado de vigilar de forma permanente mi villa con vuestros ojos espía? De otro modo, estaríais al corriente de lo sucedido.

Un enjambre de ojos espía revolotearon alrededor del rostro cambiante del robot, como abejorros furiosos.

—No has contestado a mi pregunta.

—Me pedisteis que estudiara el carácter irracional de las religiones humanas. Parece que he regresado de la muerte. Quizá soy un mártir.

—¡Un mártir! ¿Y quién lloraría la muerte de un robot independiente?

—Os sorprenderíais.

Gilbertus se sentía plenamente satisfecho con la solución al dilema. El propio Erasmo pareció complacido cuando recuperó la conciencia y vio al hombre musculoso ante él entre las flores y las exuberantes plantas del patio del invernadero.

—¿Qué ha hecho Omnius? —Erasmo se irguió, vio la amplia sonrisa en el rostro de Gilbertus—. ¿Y qué has hecho tú, Mentat mío?

—Omnius hizo una copia en su memoria y cuando terminó la destruyó. Exactamente como había previsto.

Por allí cerca, el clon de Serena cogió una luminosa azucena roja y se la acercó al rostro para aspirar su aroma. No les hacía ningún caso.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí?

—Padre, está aquí porque demostré iniciativa. —Incapaz de contenerse, Gilbertus corrió a abrazar al robot—.

Entregué su memoria a Omnius, como se me ordenó. Sin embargo, las instrucciones no decían explícitamente que yo no pudiera hacer también una copia.

—Una conclusión excelente, Gilbertus.

—Entonces, tu resurrección ha sido un truco, no una experiencia religiosa. Eso no te convierte en mártir. —Los ojos espía rodeaban la cabeza de Erasmo. Todas las actividades del desfile militar se habían detenido—. Y ahora tengo tu perturbadora personalidad y tus recuerdos aislados en mi interior, y al mismo tiempo sigues existiendo fuera de mí. Creo que no he logrado mi objetivo.

El robot formó una sonrisa, aunque a Omnius la demostración de emociones no le decía nada. Sin embargo, ahora que tenía su identidad dentro, quizá una parte de la supermente podría apreciar el gesto.

—Esperemos que vuestra campaña contra los mundos de la Liga tenga mejores resultados.

—Después de analizar internamente tu obsesión por la capacidad artística de los humanos, veo que quizá tu trabajo tenga cierto mérito. Por tanto, de momento seguiré tolerando tu existencia.

—Me complace… seguir con vida, Omnius.

Desde los simuladores de voz de los ojos espía, Erasmo escuchó un sonido que Omnius nunca antes había proferido, algo muy parecido a un bufido de desprecio.

—¡Mártir!

Para fascinación del robot independiente, la supermente parecía entusiasmada con aquel magnífico ejército exterminador llegado de todos los confines de los Planetas Sincronizados. ¿De dónde había sacado Omnius aquella idea de espectáculo? ¿Quién se suponía que era el público? Por lo visto, había copiado el procedimiento del ejército de la

Yihad y lo consideraba una parte necesaria de los preparativos para la conquista definitiva.

Erasmo se limpió un poco de mugre de su pulido cuerpo de platino. Su rostro de metal líquido relucía bajo el resplandor rojizo del sol de Corrin. Una vez más, volvió a preguntarse si habría algún fallo intangible en la programación de la supermente primaria, alguna cualidad innata que no pudiera detectarse con un examen directo del núcleo de memoria de la gelesfera. Ocasionalmente, Omnius cometía errores indiscutibles, y su comportamiento parecía extraño… incluso engañoso. Ahora que en su programación tenía también un individuo completamente separado, quizá sería más peligroso que nunca.

La voz de Omnius sonó atronadora desde altavoces invisibles situados a su alrededor y por toda la ciudad.

—Los humanos están debilitados y derrotados, miles de millones de ellos han muerto por causa de nuestra epidemia. Los supervivientes están ocupados tratando de mantener en pie lo que queda de su civilización. De acuerdo con mis naves espía, su número se ha reducido de manera considerable, su gobierno es inefectivo. El ejército de la Yihad es un caos. Ahora podré completar la aniquilación.

»Dado que el enemigo ya no está capacitado para lanzar ofensivas contra mí, he estado reuniendo el grueso de mis naves por todos los Planetas Sincronizados en preparación para la ofensiva final. Todas las industrias están trabajando para mejorar el armamento, los robots de combate, las naves de guerra. Esta fuerza está reunida casi en su totalidad en la órbita de Corrin. Con ella aniquilaré el gobierno humano y Salusa Secundus quedará reducida a un globo estéril.

«Igual que hizo la Armada de la Liga cuando abandonó la Tierra hace tiempo», pensó Erasmo. Como de costumbre, Omnius no tenía ninguna idea original.

—Luego, cuando el resto de la Liga esté desorganizada e indefensa, impondré fácilmente el orden. Y podré exterminar sistemáticamente a esta raza que ha perjudicado tanto y tan innecesariamente a un universo ordenado.

El comentario preocupó a Erasmo. Omnius lo único que sabía era que los humanos eran una amenaza para él y sus dominios; por tanto, la conclusión es que tenía que aniquilarlos. A todos. Pero genéticamente los humanos eran muy interesantes, y a pesar de sus vidas relativamente breves, capaces de una amplia variedad de respuestas emocionales e intelectuales.

Esperaba que no los destruyera a todos.

Mientras miraba al cielo, vehículos aéreos llevaron a un falso escuadrón enemigo a una serie de maniobras cuidadosamente preparadas. El escuadrón finalizó su ataque contra los supuestos enemigos. Con un destello concentrado de armas, destruyeron el falso escuadrón, y fragmentos encendidos de metralla salieron disparados hacia el suelo.

«Qué despliegue tan absurdo», pensó Erasmo.

Allá arriba, la flota gigante estaba siendo armada y aprovisionada, y casi estaba lista para su viaje de un mes a Salusa Secundus.

33

> Cuando no queda ninguna esperanza de supervivencia, ¿qué es mejor, saber que estás condenado o vivir en la ignorancia hasta el final?
>
> PRIMERO QUENTIN BUTLER, cuadernos militares

La información revelada por la nave espía capturada era innegable.

En cuanto llegaron a Zimia, sin pararse ni a cambiarse el uniforme, Quentin y Faykan solicitaron una audiencia inmediata con los miembros del Consejo de la Yihad disponibles. Una vez en la sala, detrás de las puertas de seguridad, Quentin les mostró la base de datos de la nave, con toda la perturbadora información sobre los puntos débiles de la Liga. Faykan guardó silencio, dejó que hablara su padre. Los miembros del Consejo sacarían las conclusiones evidentes.

—Omnius está planeando atacarnos. Debemos averiguar cómo y cuándo. —Mientras su audiencia lo miraba con perplejidad, Quentin hizo su temeraria propuesta—. Por tanto, propongo enviar una expedición de reconocimiento al corazón del Territorio Sincronizado… a Corrin si es necesario.

—Pero con la plaga y la cuarentena…

—Quizá deberíamos esperar a que regrese el comandante supremo Atreides. Debe de estar a punto de volver de Parmentier…

Quentin los atajó a todos.

—Y, dada la gravedad de la situación, propongo que utilicemos naves con tecnología para plegar el espacio. —Y enfatizó sus palabras con un poderoso gesto del puño—. ¡Debemos averiguar qué está tramando Omnius!

El virrey interino O'Kukovich permanecía en silencio con expresión de profunda concentración. Incluso en las reuniones del Consejo, O'Kukovich escuchaba a todas las partes y esperaba a que llegaran a una decisión consensuada antes de pronunciarse, como si él hubiera tenido algo que ver en el debate. A Quentin le desagradaba, porque lo consideraba un hombre pasivo.

El Gran Patriarca Xander Boro-Ginjo tenía una expresión agradable y atractiva, pero no parecía consciente de la gravedad de la amenaza que pesaba sobre la humanidad. Se había rodeado de aduladores y bellas posesiones, y parecía más impresionado por el collar de mando que llevaba al cuello que por las responsabilidades y el poder que lo acompañaban.

—Pensaba que las naves que pliegan el espacio eran peligrosas.

Faykan le contestó con calma y exactitud.

—Aun así, se pueden utilizar si la situación lo justifica. La tasa de pérdidas es de aproximadamente el diez por ciento, y a los pilotos que las dirigen se les paga muy bien. VenKee ha llevado diversos cargamentos de emergencia de melange a mundos afectados por la epidemia utilizando cargueros equipados con motores Holtzman. Las naves de reconocimiento con estos motores son la única forma de enviar mensajes en un tiempo aceptable.

—En este caso, es absolutamente necesario —insistió Quentin—. Hace años que no enviamos un observador a las entrañas del Espacio Sincronizado. Ahora tenemos pruebas directas de que las máquinas planean atacar. ¿Cómo sabremos qué planean exactamente si no lo vemos por nosotros mismos?

—Hemos interceptado una de sus naves de reconocimiento —dijo Faykan—, pero sabemos que Omnius ha enviado muchas más a espiar otros mundos de la Liga. Las máquinas ya saben que estamos heridos de muerte por su condenada plaga. La supermente debe de estar preparando un ataque final contra la humanidad.

—Es lo que yo haría si mi enemigo estuviera debilitado, desorientado y totalmente pendiente de otras cosas —comentó Quentin con un gruñido—. Debemos saber lo que está pasando en Corrin. Una o dos naves de reconocimiento pueden viajar allí con sigilo, conseguir imágenes detalladas y escapar antes de que las máquinas nos intercepten.

—Parece muy arriesgado —musitó el virrey interino mirando a los otros miembros del Consejo para que confirmaran sus palabras—. ¿No?

Quentin cruzó los brazos sobre el pecho.

—Por eso he decidido ir personalmente.

Uno de los burócratas de alto rango del Consejo frunció el ceño.

—¡Eso es ridículo! No podemos arriesgarnos a perder a un oficial con su experiencia y su rango, primero Butler. Incluso si sobrevive al viaje, semejante expedición podría acabar con su captura e interrogatorio.

Quentin desdeñó con ira todas aquellas preocupaciones.

—Me remito al precedente del comandante supremo Atreides, que con frecuencia ha viajado en naves que pliegan el espacio para sorprender al enemigo. Como demuestra mi historial, caballeros, no soy un general de

sillón, citando una frase histórica de la Antigüedad. No ejerzo mi autoridad mediante el uso de paneles tácticos ni juegos de guerra. No, yo voy siempre al frente de mis hombres y me enfrento al peligro personalmente. En esta misión, no llevaré otros soldados. Solo necesito un acompañante… mi hijo Faykan.

Esto provocó un revuelo aún mayor.

—¿Nos está pidiendo que arriesguemos la vida de dos oficiales? ¿Por qué no llevar mercenarios?

Faykan, que estaba a su lado, también reaccionó con sorpresa.

—Señor, no temo a esta misión, pero ¿es prudente?

—La parte de la inteligencia es fundamental. —Miró a su hijo—. Hemos de asegurarnos de que alguno sobrevive.

Antes de que Faykan pudiera contestar, Quentin hizo una serie de movimientos sutiles y rápidos con los dedos, utilizando un complejo código que los oficiales de la Yihad aprendían como parte de su instrucción. El y Faykan lo habían utilizado con frecuencia en campañas militares, pero nunca ante políticos. Los miembros del Consejo comprendieron que se estaban perdiendo algo, pero no sabían el qué.

Esto es lo que Quentin le dijo a su hijo: «Somos Butler, los dos últimos Butler… ¡puesto que Abulurd insiste en hacernos tragar su ascendencia Harkonnen! Debemos hacerlo, tú y yo».

Faykan permaneció sentado con rigidez, como si estuviera sorprendido, luego asintió.

—Sí, señor, por supuesto.

No importaba lo arriesgado que pudiera parecer, siempre seguiría al primero. Él y su padre se entendían, entendían lo que estaba en juego. Quentin Butler jamás habría encomendado aquella misión a otro.

Quentin se volvió hacia los miembros del Consejo.

—La Liga no ha lanzado ninguna ofensiva contra el enemigo desde que empezó la epidemia. Todos nuestros mundos han sucumbido, y somos alarmantemente vulnerables a cualquier ataque exterior. Ya han muerto millones y millones de personas, que se pudren bajo numerosos soles. ¿Esperaban que las máquinas se limitaran a mirar cómo la epidemia seguía su curso sin tener preparada una segunda fase en sus planes?

El Gran Patriarca palideció, como si nunca se le hubiera ocurrido la posibilidad de que las máquinas causaran más daño. Aferró su cadena de mando como si fuera una cuerda salvavidas. Mientras escudriñaba los rostros de los miembros del Consejo, Quentin comprendió que habían estado demasiado ocupados con la epidemia para pensar en nada más.

Después de las objeciones, cuando todos aceptaron a regañadientes el plan, el virrey interino sonrió y anunció su decisión.

—Partid con nuestra bendición, primero. Averiguad qué está haciendo Omnius, pero volved lo antes posible, sanos y salvos.

Ambos estaban capacitados para pilotar las naves que plegaban el espacio, aunque el ejército de la Yihad rara vez utilizaba aquellos aparatos extraños y peligrosos. Quentin decidió que volaran por separado para que tuvieran más posibilidades. Si durante el trayecto alguno de los dos sufría un percance, al menos el otro podría volver a Salusa.

El primero partió sin las acostumbradas despedidas. Tras pasar brevemente por la Ciudad de la Introspección para ver a Wandra, ya no quedaba nadie a quien visitar. Incluso Abulurd estaba todavía en el camino de vuelta de Parmentier.

Las dos naves viajaron a través de la distorsión incomprensible del espacio plegado, sin poder establecer contacto. Pasaron de una dimensión a otra, acortando el camino a través del tejido galáctico. En cualquier momento podían reaparecer en medio de un sol o colisionar contra un planeta o una luna que casualmente se encontrara en su camino. Una vez introdujeron las coordenadas y encendieron los motores con efecto Holtzman, solo tenían que esperar unos instantes para salir por el otro extremo… o desaparecer para siempre.

Si Quentin o Faykan morían en aquella misión, ¿repararía realmente la historia de la Yihad en su pérdida? Incluso dos héroes de guerra eran insignificantes comparados con la epidemia que Omnius había desatado. Habían muerto más personas a causa de la epidemia que en la Era de los Titanes y toda la Yihad de Serena Butler juntas. Omnius había cambiado totalmente los términos de la guerra, igual que había hecho Serena al inicio de la Yihad.

El conflicto ya no era solamente una lucha que pudiera resolverse en un sentido o en otro. Se había convertido en una lucha a muerte, y la supervivencia solo se lograría con la total extinción del enemigo. El número de los caídos a causa de la epidemia era incalculable. Ningún historiador podría jamás dar una idea de la magnitud del desastre, ningún monumento bastaría para recordar tantas pérdidas. En lo sucesivo, ningún arma inventada por ningún científico humano podría ser tan temible como aquello. No había fuerza lo bastante destructiva para volverla en contra de las máquinas.

Si la raza humana sobrevivía, no volvería a ser la misma.

El viaje a Corrin fue tan breve como aterrador. Al salir del espacio plegado, la nave de reconocimiento de Quentin se encontró rodeada de brillantes estrellas, como una gasa de terciopelo negro salpicada de diamantes. Una panorámica

tranquila y serena que no habría hecho sospechar que aquella parte de la galaxia estaba bajo el control de las máquinas.

Mientras esperaba en silencio, estuvo repasando cartas de navegación comparativas donde aparecían los contornos espaciales y patrones de las constelaciones que rodeaban Corrin. Las naves que plegaban el espacio no eran particularmente exactas, y el margen de error podía ser de hasta cien mil kilómetros aproximadamente. Pero al menos había llegado al sistema estelar correcto. Quentin utilizó sus conocimientos para triangular y verificar su posición. Evidentemente, el gigante rojo de aquel sistema era el sol hinchado de Corrin.

Cuando Faykan se unió a él en el espacio, se dirigieron con rapidez y sigilo al planeta desde el cual la principal encarnación de Omnius dirigía su imperio mecánico. Sin duda, habría naves vigilando los límites del sistema, y otras que controlaban el tráfico espacial. Pero, dado que ninguna incursión de los humanos había logrado adentrarse nunca tanto en el Espacio Sincronizado, seguramente los robots no estarían muy alerta.

La idea era llegar, hacer un reconocimiento y partir antes de que ninguna nave enemiga pudiera interceptarlos. Era la única forma de que pudieran regresar a la Liga con aquella información tan importante. Si las máquinas los descubrían y se acercaban demasiado, él y su hijo podían activar los motores Holtzman y saltar directamente de vuelta a territorio de la Liga. Con su tecnología de propulsión espacial estándar, las máquinas jamás les alcanzarían.

Pero ninguno de los dos estaba preparado para lo que vieron.

Alrededor de Corrin, el espacio estaba totalmente lleno de pesadas naves de guerra de todas las formas y tamaños. Omnius había reunido una armada impresionante de

cruceros pesados, destructores, bombarderos automatizados. Cientos de miles.

—¿Esto es… todo? ¿Es la suma total de las fuerzas de Omnius? —transmitió Faykan con voz seca y temblorosa—. ¿Cómo es posible que haya tantos?

Quentin tuvo que tomarse un momento para que le saliera la voz.

—Si Omnius lanza este ejército contra la Liga estamos perdidos. No podremos hacerles frente. —Y miraba con tanta intensidad que los ojos empezaron a escocerle. Finalmente, se acordó de parpadear.

—Es imposible que hayan construido todo esto aquí. Omnius debe de haberlas hecho venir desde todos los Planetas Sincronizados —dijo Faykan.

—¿Y por qué no? No hemos sido capaces de lanzar ningún ataque contra ellos desde que se inició la epidemia.

La conclusion era evidente. Sin ninguna duda, Omnius enviaría todas aquellas naves a Salusa Secundus para aplastarla, para destrozar el corazón de la humanidad. Luego arrasarían los otros planetas de la Liga, donde los supervivientes de la epidemia casi no podían ni alimentarse, y mucho menos defenderse de un ejército como aquel.

—Por Dios y santa Serena —dijo Faykan—. Sabía que las máquinas estaban al corriente de la fragilidad de la Liga, pero no me imaginaba que Omnius se estaría preparando para atacar.

Corrin era como un avispero lleno de furiosos insectos a punto de atacar. Tras el paso de la plaga por los mundos de la Liga, la población humana estaba en su peor momento. Las fuerzas que podían defenderlos contra las máquinas pensantes nunca habían estado tan debilitadas.

Y la armada de Omnius parecía lista para atacar.

34

La esperanza y el amor pueden unir a los corazones más distantes, incluso a través de una galaxia.

LERONICA TERGIET, diario privado

Al atardecer, el distrito interplanetario de Zimia bullía de actividad. Los vendedores de los mercadillos callejeros y sus clientes regateaban de buen humor, probando, bromeando, utilizando la psicología para vender sus mercancías.

Hacía más de un mes que Vor no pasaba por su casa. Abulurd había forzado la jabalina al máximo y habían llegado a Salusa un día antes de lo previsto. Como siempre, estaba deseando ver a Leronica. Ella era su único punto de apoyo, la única persona que le daba estabilidad cuando volvía de una misión.

Esperaba que Estes y Kagin aún estuvieran allí. Los dos habrían querido volver a Caladan mucho antes, pero las cuarentenas y la incertidumbre provocada por la epidemia habían complicado todos los viajes. En Salusa estaban más seguros que en ningún otro sitio… y de paso podían hacerle compañía a Leronica mientras él estaba fuera. Una vez más.

Esa noche, cuando se dirigía a su casa, notó como si un velo hubiera caído sobre el vecindario, en el ambiente se respiraba una extraña falta de energía y entusiasmo. Muy

en consonancia con lo que sentía él mismo, porque había tenido que marcharse de Parmentier sin tener noticias de Raquella. Abulurd y sus hombres le habían ayudado a buscarla durante dos días, pero no encontraron ni rastro de su nieta ni de los otros médicos. Ella y Mohandas Suk parecían haberse evaporado.

Abulurd estaba ansioso por volver a Salusa con su informe sobre los estadios finales de la epidemia y los efectos colaterales, tal como le habían ordenado. Vor lo entendía, por supuesto, de modo que volvió con ellos a la jabalina y partieron todos juntos hacia casa.

Esa noche, en el distrito interplanetario de Zimia, la gente parecía abatida, y no se oía la habitual charla animada. Todos hablaban en voz baja, y se volvieron a mirar cuando Vor pasó. No era nada extraño que la gente de su barrio reparara en su presencia, pero esta vez nadie saludó con alegría al comandante supremo ni trató de entablar conversación con él. Le dejaron en paz.

Algo iba mal. Aceleró el paso.

En la quinta planta del edificio donde vivía, encontró a Estes y Kagin con sus esposas, sus hijos y sus nietos. Vor rara vez los veía. ¿Habría preparado Leronica otra recepción para él? No, seguramente no, puesto que no conocía la fecha exacta de su regreso.

Sonriendo, miró con ternura a sus nietos, pero estos no parecieron reconocerle. Luego miró con curiosidad a sus hijos, que lo saludaron con más frialdad que de costumbre, con expresión muy preocupada. Parecían décadas más viejos que su padre.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está vuestra madre?

—Ya era hora de que volvieras —dijo Kagin lanzando una mirada a su hermano.

Estes suspiró, meneando la cabeza. Cogió en brazos a una niña ruidosa y la acunó para tranquilizarla. Luego

señaló con el mentón al dormitorio.

—Será mejor que entres. Puede que ya no le quede mucho tiempo, aunque nunca ha perdido la esperanza de que volvieras.

Vor corrió al dormitorio, presa del pánico.

—¡Leronica! —Vor no podía eludir sus obligaciones con la Yihad, y Leronica nunca se lo había echado en cara. Pero ¿y si le había pasado algo?

Vor entró en la habitación que durante tantos años habían compartido. Una preocupación poco frecuente ocupaba su mente. Olía a medicamentos, enfermedad… ¿la plaga? Por principio, Leronica siempre se había negado a consumir especia, y eso la hacía vulnerable. ¿Habría sido él el responsable? Él era inmune al virus, pero tal vez podía actuar como portador y contagiarlo a otros.

En cuanto pasó por la puerta se detuvo, con un nudo en la garganta. Leronica yacía en la enorme cama, con un aspecto más frágil y envejecido que nunca. Un joven médico la atendía con dedicación, probando diferentes tratamientos.

Cuando vio a Vor en la puerta, los ojos de Leronica se iluminaron.

—¡Amor mío! ¡Sabía que vendrías! —Y se incorporó en la cama, como si acabaran de inyectarle una dosis de estimulantes.

El médico se volvió sobresaltado, pero enseguida dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ah, comandante supremo, me alegro de que…

—¿Qué le pasa? Leronica, ¿estás bien?

—Soy vieja, Vor. —Le hizo una señal al médico—. Déjenos solos un rato. Tenemos muchas cosas que contarnos.

El hombre insistió en quedarse un momento para colocarle bien las almohadas y comprobar la lectura del monitor.

—Está todo lo cómoda que puede estar, comandante supremo, pero hay…

Vor siempre había temido que llegara aquel día, y no llegó a oír lo que decía el doctor. Prefirió concentrarse en ella. Leronica le sonrió valientemente, un gesto débil y forzado.

—Siento no haber podido salir a recibirte con los brazos abiertos.

Cuando Vor levantó su mano cálida y seca, era como una escultura de papel maché.

—Tendría que haber venido antes. No tendría que haberme ido a Parmentier. Abulurd podía haber cumplido la misión él solo. No sabía…

Deseó poder huir de lo que estaba viendo, pero eso era imposible. Ver cómo el amor de su vida avanzaba lentamente hacia la muerte le asustaba mucho más que ninguna batalla contra las máquinas pensantes. Notó una vertiginosa sensación de desesperanza.

—Encontraré la forma de ayudarte, Leronica. No te preocupes por la parte médica. Seguro que tiene arreglo. Yo me ocuparé de eso.

Todas las oportunidades perdidas empezaron a agolparse en su mente de forma apabullante. Si hubiera podido aplicarle también a ella el tratamiento para extender su vida… si hubiera podido convencerla para que tomara melange regularmente… si pudieran compartir unos años más. Si su nieta Raquella hubiera estado allí para cuidar de ella. Si Raquella siguiera con vida…

Los labios resecos de Leronica formaron una sonrisa, y le oprimió la mano.

—Tengo noventa y tres años, Vorian. A lo mejor tú has encontrado la forma de mantener los años a raya, pero para mí sigue siendo un misterio. —Lo miró a la cara y levantó el brazo para limpiarle un poco de maquillaje que se había

aplicado en torno a la boca para parecer más mayor. Sus dedos eliminaron las falsas arrugas. Siempre le habían divertido aquellos intentos suyos por aparentar más edad—. No has cambiado nada.

—Para mí tú sigues siendo tan hermosa como siempre —le dijo él.

Durante el resto de la noche y todo el día siguiente, Vor apenas se movió de su lado. La casa estaba llena de gente, Estes y Kagin y sus respectivas familias, y todos trataban de controlar el nerviosismo. Incluso los gemelos veían que Leronica parecía más animada ahora que Vor estaba con ella.

La mujer no pedía gran cosa, solo alguna golosina de vez en cuando, y Vor le conseguía lo que pedía, a pesar de las miradas de desaprobación de Kagin, que no dejaba de recordarle las instrucciones del médico. Vor se aferraba a un hilo de esperanza… pero el hilo parecía más y más endeble a cada hora que pasaba.

Al atardecer del segundo día, mientras la luz rojiza del sol se colaba por las ventanas, Vor miró a la anciana, que dormía a ratos. La noche antes, le habían llevado un catre para que pudiera echar alguna cabezada sin apartarse de su lado, pero durmió tan mal y tan incómodo que el cuerpo le dolía del cansancio. Había dormido mejor en refugios improvisados o en campos de batalla.

En aquellos momentos, mientras veía la luz del sol del atardecer sobre el rostro arrugado de Leronica, Vor la recordó como era cuando la conoció sirviendo cerveza de algas y comida en la taberna de Caladan. Ella se movió y abrió los ojos. Vor se inclinó para besarle la frente. Por un momento, Leronica no le reconoció, pero entonces se concentró y le dedicó una sonrisa melancólica. Sus oscuros

ojos de color pacana seguían siendo hermosos… y reflejaban la intensidad del amor desinteresado que había profesado por él durante años.

—Abrázame, amor mío —dijo Leronica, y su voz se quebró por el esfuerzo de pronunciar esas pocas palabras. Luego, con el corazón desbordado, Vor sintió que la perdía mientras la tenía en sus brazos. En el último instante, con su último aliento, Leronica susurró su nombre y él respondió pronunciando el de ella, muy despacio, como una caricia.

Finalmente, no pudo seguir conteniéndose y se puso a llorar en silencio.

Kagin apareció en la puerta.

—Quentin Butler quiere verte. Es algo de la Yihad, insiste en que es importante. —Luego, al mirar a su madre y ver las lágrimas de Vor, comprendió. Se puso blanco—. ¡Oh, no! ¡No! —Corrió hasta la cama y se arrodilló junto a Leronica, pero ella no se movió. Y Vor no la soltó.

Kagin empezó a sollozar de forma convulsiva, y parecía tan afectado que Vor se apartó de Leronica y le pasó un brazo por los hombros. Por un momento, su hijo lo miró compartiendo su pena. Luego entró Estes, y se quedó en pie, tambaleándose, como si quisiera retrasar aquella realidad por unos segundos.

—Se ha ido —dijo Vor—. Lo siento tanto… —Miró con incredulidad a aquellos dos hombres de pelo oscuro que se parecían tanto.

Estes parecía una estatua de hielo, totalmente inmóvil. Kagin miró a Vor con frialdad.

—Ve a atender tus responsabilidades con el primero Butler. Siempre es lo mismo… ¿por qué iba a ser diferente ahora que ha muerto? Déjanos a solas con nuestra madre.

Aturdido, sin apenas poder moverse, Vor se puso de pie y salió a la sala de estar. Quentin Butler, que tenía una expresión extraviada por sus propios motivos, se puso en

posición de firmes, con su uniforme verde y carmesí de la Yihad.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Vor con voz apagada—. Ahora quiero estar solo.

—Tenemos una crisis, comandante supremo. Faykan y yo acabamos de regresar de Corrin. Nuestros peores temores se han confirmado. —Respiró hondo—. Es posible que tengamos menos de un mes antes de que la Liga sea aniquilada por completo.

35

> A los humanos que inventaron las máquinas pensantes no se les ocurrió que podían convertirse en armas implacables que se volverían contra nosotros. Y, sin embargo, es exactamente lo que ha pasado. El genio mecánico ha escapado de la botella.
>
> FAYKAN BUTLER, mitin político

Durante la sesión de emergencia del Consejo de la Yihad que se convocó para buscar una estrategia, Quentin Butler notó que el pánico iba en aumento. Lo veía en las expresiones exangües de los líderes políticos, en el rostro pálido del Gran Patriarca, en la expresión perpleja del virrey interino. Fueron tantos los miembros del Consejo que asistieron, además de expertos e invitados del Parlamento, que tuvieron que reunirse en la sala de audiencias en lugar de la sala habitual. El Consejo sabía que no podría mantener aquella noticia tan terrible en secreto por mucho tiempo.

—La plaga no ha sido suficiente —dijo Quentin en voz alta en medio del silencio—. Ahora Omnius quiere asegurar nuestra extinción definitiva.

Desde el momento en que los primeros miembros del Consejo vieron en imágenes la imponente flota de exterminio de Omnius, supieron que la Liga no podría defenderse.

—Dios, esto llega en el peor momento posible —dijo finalmente el Gran Patriarca. Su collar de mando parecía pesarle—. Un desastre detrás de otro. Más de la mitad de nuestra gente ha muerto o morirá a causa del virus. Las sociedades y los gobiernos están en ruinas, hay refugiados por todas partes, y no tenemos forma de satisfacer sus necesidades… y ahora esta flota que se prepara para partir desde Corrin. ¿Qué vamos a hacer?

Quentin y Faykan se movieron inquietos en sus asientos. La misión del Gran Patriarca era inspirar a otros, no lloriquear y quejarse.

Una vez más, ante una audiencia mucho mayor, pasaron las imágenes que habían recogido en Corrin hacía solo unos días. Especialistas de la Yihad en táctica militar y mercenarios de Ginaz se apresuraron a hacer sus análisis, pero la conclusión era evidente. Omnius pretendía lanzar una ofensiva abrumadora contra una humanidad debilitada. Las transmisiones interceptadas dejaban muy claro cuál era el objetivo de las máquinas: Salusa Secundus. Los políticos no tenían palabras para expresar su desesperación.

Detrás del podio, una proyección holográfica mostraba iluminados los planetas donde las fuerzas militares de la Liga seguían siendo operativas, mientras que las zonas sin iluminar señalaban sistemas que aún seguían bajo una estricta cuarentena. Había muchísimas bajas en el ejército, y no se había producido ninguna ofensiva coordinada contra Omnius desde la conquista de Honru. Y aunque tenían gran cantidad de naves militares, no había suficientes soldados sanos para llenarlas. Los yihadíes que aún podían trabajar, estaban repartidos en labores de cuarentena y de ayuda.

—Quizá tendríamos que hablar con el pensador Vidad… y decidir los términos de un nuevo cese de actividades —propuso el representante de Hagal.

El contenedor cerebral de Vidad descansaba en un pedestal especial a un lado de la mesa del Consejo, asistido por dos subordinados, un anciano llamado Keats y una nueva incorporación, Rodane. Keats habló con voz susurrante.

—El pensador no ha salido de Zimia desde hace años, pero con mucho gusto volverá a Hessra para consultar con sus compañeros pensadores.

El Gran Patriarca Boro-Ginjo se volvió hacia el representante de Hagal con incredulidad.

—¿Está sugiriendo que nos rindamos ante Omnius?

—¿Tiene alguien una idea mejor para que podamos sobrevivir?

—No hay tiempo para eso —dijo Faykan Butler agitado—. ¡Miren esas imágenes! ¡Omnius está preparado para lanzar su flota!

Mientras el electrolíquido emitía un resplandor azulado que indicaba actividad mental, los pensamientos del pensador salieron en forma de palabras a través de su simulador de voz.

—Entonces recomiendo la evacuación de Salusa Secundus. Las fuerzas mecánicas no pueden llegar antes de un mes. Dejad el planeta vacío y cuando lleguen las máquinas Omnius no tendrá su victoria.

—¡Estamos hablando de cien mil millones de personas! —dijo el virrey interino con voz quejumbrosa.

Un representante de los mercenarios de Ginaz carraspeó audiblemente.

—Gracias a la epidemia, contamos con gran cantidad de planetas vacíos a los que enviar a los refugiados.

—¡Inaceptable! —gritó Quentin; no daba crédito a sus oídos—. No podemos limitarnos a escondernos. Incluso si conseguimos escapar a tiempo de Salusa, nada impide que Omnius destruya los planetas de la Liga uno tras otro. Si

evacuamos, la capital la Liga habrá muerto. —Juntó las manos, como si quisiera estrangular algo, pero obligó a su bello rostro a adoptar una expresión de calma—. Si alguna vez ha habido un momento para una acción desesperada y decisiva es ahora.

Todos los ojos se volvieron hacia el comandante supremo Vorian Atreides, que permanecía sentado con rigidez a un lado del podio. A pesar de su aspecto juvenil, parecía profundamente apenado por la pérdida de su mujer. Sin embargo, se puso derecho y de alguna forma recuperó la compostura.

—Los destruiremos —dijo con una voz dura como el acero—. No podemos hacer otra cosa.

Algunos miembros del Consejo gimieron, y el virrey interino dejó escapar una risa casi histérica.

—¡Oh, estupendo! ¡Así de sencillo! ¡Solo tenemos que destruir a las máquinas pensantes! ¿Cómo no se nos había ocurrido?

El comandante supremo se levantó sin siquiera pestañear. Quentin sintió pena por él, consciente de lo que él mismo sentía por Wandra. Sí, Leronica había muerto. Pero esperaba que Vor se consolara con la seguridad de que había tenido una vida larga y satisfactoria, arropada por el amor de su familia… y eso era algo muy raro en los tiempos que corrían. Tras un siglo de Yihad y el paso destructivo de la epidemia, todos tenían más dolor y más fantasmas de los que podían soportar.

Vor buscó apoyo en su ira, necesitaba hacer daño, destruir algo para poder aliviar el dolor de su corazón. Su uniforme, normalmente limpio y perfecto, se veía arrugado y manchado. Quentin era muy estricto con esas cosas, y no veía con buenos ojos que los oficiales descuidaran su disciplina personal, pero esta vez no le importó.

—De una forma o de otra, esta será nuestra última batalla. —Vorian fue hasta el podio y esperó durante un instante tortuosamente largo. Trató de ordenar sus pensamientos, de equilibrar la ira y el dolor, en medio de un silencio abrumador—. Después de ver estas imágenes, ¿alguien duda que se trata del conjunto de las fuerzas militares mecánicas? En los dos últimos días, hemos enviado once naves exploradoras adaptadas para plegar el espacio a Planetas Sincronizados elegidos al azar, y sus informes confirman esta conclusión. —Dos naves habían desaparecido, seguramente a causa de errores de navegación, pero la información que habían reunido las otras era crucial—. Sabemos que todas las flotas defensivas han sido convocadas desde sus diferentes planetas. Todas. Omnius ha reunido a todas sus fuerzas en Corrin para dar el golpe final.

El Gran Patriarca asintió con aire sombrío.

—Con una flota de exterminio como esa lo que pretenden es que nos echemos a temblar.

—Lo que pretenden es exterminarnos. —Vor sonrió y habló con expresión más enérgica—. Pero Omnius no sabe que su táctica puede ser su punto débil… si sabemos aprovecharla.

—¿De qué está hablando? —dijo el virrey interino O'Kukovich.

En lugar de contestarle, Vor miró directamente a Quentin. Sus ojos grises eran como fragmentos de cristal roto.

—¿No lo ven? Para consolidar sus fuerzas para este ataque masivo, Omnius ha dejado totalmente desprotegido todo lo demás.

Mientras las máquinas avanzan contra nosotros con sus pesadas naves de guerra, el ejército de la Yihad puede

atacar los otros Planetas Sincronizados, porque no podrán defenderse.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —gritó el Gran Patriarca con voz chillona e infantil.

—Debemos hacer algo que no esperen. —Vor cruzó los brazos sobre el pecho—. Es la única forma de que ganemos.

Quentin levantó la voz por encima del murmullo general, tratando de acallar a los miembros del Consejo. Sabía que Vor tenía un plan, y quizá sería el único al que podrían agarrarse.

—Explíquenos cómo, comandante supremo. ¿Qué armas podemos usar contra las máquinas?

—Atómicas. —Vor paseó la mirada por su audiencia perpleja—. Una cantidad abrumadora de ojivas nucleares enriquecidas con impulsos. Podemos convertir cada Planeta Sincronizado en un pozo radiactivo, igual que hicimos con la Tierra hace noventa y dos años. Si tenemos el suficiente valor para volver a utilizar la energía atómica, podremos erradicar la presencia de Omnius. Destruiremos todas las encarnaciones de la supermente, igual que él pretende destruirnos a nosotros.

—¡Pero no hay tiempo! —Xander Boro-Ginjo se quejó otra vez, buscando apoyo entre los otros miembros del Consejo—. Seguramente, el ataque de las máquinas es inminente. Hemos visto las imágenes.

—Por el momento, la flota de exterminación sigue en Corrin, ultimando los preparativos. Es posible que dispongamos de unas semanas antes de que partan hacia aquí. E incluso cuando lo hagan, pasarán un mes en tránsito… como ya ha señalado el pensador —dijo Vor esperando.

De pronto Quentin miró a Faykan. Los dos habían empezado a entender lo que el comandante supremo quería decir.

—Omnius solo dispone de naves que utilizan el sistema de viaje estándar.

—En cambio nosotros contamos con otras opciones —dijo Vor con voz neutra—. Con un mes tenemos tiempo para destruir todos los Planetas Sincronizados… siempre que utilicemos naves que plieguen el espacio. Podemos repetir nuestra victoria en la Tierra con cada uno de esos mundos, multiplicando el éxito una y otra vez. Eliminar una a una todas las supermentes, sin piedad, sin vacilar.

Quentin contuvo la respiración, considerando las implicaciones de aquello en su cabeza.

—Pero las naves que pliegan el espacio no son seguras. Las estadísticas de VenKee indican una tasa de pérdidas hasta del diez por ciento. Cada vez que nuestra flota viaje a un Planeta Sincronizado, perderemos naves. Omnius tiene cientos de plazas fuertes. ¡El desgaste será… terrible!

Vor no se inmutó.

—Es preferible eso a la extinción total. Mientras la flota de Corrin siga con su avance inexorable y lento hacia Salusa, nosotros los rodearemos y atacaremos cada Planeta Sincronizado, uno a uno, los destruiremos todos, y luego viajaremos a su mundo principal. Cuando lleguemos a Corrin, la flota de asalto estará demasiado lejos para responder a nuestro ataque.

Xander Boro-Ginjo le interrumpió.

—¿Y qué pasa con los cautivos humanos que están en los Planetas Sincronizados? ¿No tendríamos que salvarlos de su esclavitud? Morirán todos si lanzamos un holocausto nuclear sobre ellos.

—Al menos morirán libres.

—Vaya, seguro que eso les consuela —refunfuñó O'Kukovich, pero vio que en la cámara las opiniones habían girado a favor de Vor, así que calló. Los miembros del Consejo parecían horrorizados, pero también esperanzados.

Al menos ahora tenían un plan que dejaba lugar a la esperanza.

—Morirán muchos más si no actuamos con contundencia. —La determinación y seguridad de Vor asustaba—. Y hagamos lo que hagamos, Salusa Secundus será destruida. No tenemos ninguna alternativa mejor.

—Pero ¿qué pasa con Salusa? ¿La vamos a abandonar sin más? —La voz del virrey interino tenía un desagradable tonillo llorón.

—Quizá Salusa Secundus sea el precio que hemos de pagar para acabar con esta Yihad para siempre. —Miró con el ceño fruncido al contenedor donde se conservaba el cerebro de Vidad—. El pensador tiene razón: tenemos que evacuar el planeta.

A Quentin el estómago le dio un vuelco, pero trató de ser objetivo. Tal vez funcionaría. Era una apuesta muy arriesgada, pero hicieran lo que hiciesen dejaría profundas cicatrices en el alma de la humanidad.

—Incluso si la flota mecánica destruye Salusa, no habrá ninguna supermente que los organice una vez que hayan completado el programa. No tendrán una guía, ni iniciativa. En teoría será fácil eliminarlos.

—Serán lo único que quedará del Imperio Sincronizado —apuntó Faykan.

Al igual que Vorian Atreides, ahora Quentin estaba dispuesto a llegar a donde hiciera falta para poner fin al conflicto o morir en el intento. Incluso el reciente y milagroso regreso de su nieta Rayna le recordaba a sus padres, que habían muerto en Parmentier, a los millones de seres humanos que Omnius había destruido.

—Estoy de acuerdo con el comandante supremo. Es nuestra única posibilidad; no debemos desaprovechar la oportunidad de asegurar nuestra supervivencia. Mis soldados se ofrecen voluntarios para viajar en las naves que

pliegan el espacio a pesar del riesgo… aunque muchos han muerto por la epidemia y no sé si podré reunir suficientes. Pensad en todos los bombarderos kindjal que necesitarán pilotos.

El Gran Patriarca frunció los labios.

—Estoy seguro de que podremos encontrar todos los martiristas que hagan falta para llenar las filas. Han estado pidiendo a gritos la oportunidad de sacrificarse en la lucha contra las máquinas. —Así matarían dos pájaros de un tiro.

—Por el momento, podrían pilotar naves de reconocimiento —propuso Faykan—. Es arriesgado, pero necesitamos informes regulares sobre Corrin. No tenemos otra forma de saber cuándo se ponen en marcha. Porque, en cuanto salgan, el reloj empieza a correr.

Quentin pensó, haciendo cálculos mentalmente.

—Por las naves de actualización que hemos apresado, sabemos que hay quinientos cuarenta y tres Planetas Sincronizados. Tendremos que enviar un contingente lo bastante importante a cada uno de ellos si queremos asegurar la victoria. El hecho de que hayan enviado su flota a Corrin no significa que no tengan con qué defenderse.

—Necesitamos miles de naves con una mínima tripulación y bombarderos totalmente equipados para desplegar las bombas atómicas de impulsos —dijo Faykan. La sola idea le dejaba sin respiración—. Habrá un salto detrás de otro, y en cada ocasión podríamos perder hasta un diez por ciento de nuestras fuerzas. —Tragó con dificultad.

—No tiene sentido esperar. Deberíamos enviar lo que tenemos inmediatamente y empezar con esta Gran Purga. —Vor alzó el mentón—. Entretanto, necesitamos todos los recursos de la Liga para fabricar ojivas nucleares. Disponemos de material almacenado, pero necesitaremos más bombas atómicas de impulsos de las que hemos

fabricado nunca… y las necesitamos ya. También tenemos que instalar motores para plegar el espacio en todas nuestras naves o activar los que ya estén instalados. Para nuestras primeras misiones tendremos que utilizar las primeras naves funcionales que hubo, las que Xavier y yo encargamos en Kolhar hace sesenta años.

Al fondo de la sala, los dos subordinados con túnica azafrán se pusieron en pie enseguida y levantaron el contenedor cerebral de Vidad.

—El pensador está muy preocupado —dijo el anciano Keats—. Volverá a Hessra para discutir este giro de los acontecimientos con sus compañeros pensadores de la Torre de Marfil.

—Debatid todo lo que queráis —dijo Vor con tono de desprecio—. Para cuando terminéis todo esto ya habrá acabado.

36

> Dejemos que los gordos humanos y las máquinas pensantes habiten en los mundos más cómodos de la galaxia. Nosotros preferimos lugares desolados y apartados, porque revigorizan nuestros cerebros orgánicos y nos hacen invencibles. Incluso cuando mis cimek lo hayan conquistado todo, estos lugares seguirán siendo nuestros preferidos.
>
> GENERAL AGAMENÓN, *Nuevas memorias*

Los titanes se habían precipitado al eliminar a los cinco pensadores de la Torre de Marfil, y ahora el general Agamenón se arrepentía de su impetuosa venganza. «Después de sentirme acosado e impotente durante tantas décadas, tendría que haber disfrutado más de mi conquista».

Ya era demasiado tarde, pero el general pensaba en lo satisfactorio que habría sido diseccionar los cerebros antiguos, separando las diferentes capas de materia gris una a una, borrando los fragmentos de pensamiento contenidos en los relieves y las circunvoluciones del cerebro. Juno podría haber añadido interesantes contaminantes a su electrolíquido y se habrían divertido viendo las reacciones.

Pero los pensadores ya no existían. ¡Qué estúpida falta de previsión!

Así que, mientras consolidaban su posición sobre Hessra, no tuvieron más remedio que entretenerse torturando a los subordinados cautivos, humanos que habían renunciado a sus vidas para dedicarse al cuidado de los pensadores. A todos los subordinados les habían despojado de su carga física, les habían arrancado el cerebro del cráneo como fruta madura y los habían instalado contra su voluntad en contenedores cimek de conservación. Esclavos, mascotas, experimentos.

Dado que en un primer momento se habían negado a colaborar en la conquista, a los híbridos neos-subordinados se les aplicaron una serie de agujas para inducir sufrimiento, mentrodos modificados que se insertaron directamente en el tejido cerebral.

Desde una elevada torre que se alzaba sobre las capas de hielo, el general titán ajustó sus fibras ópticas e hizo girar la torreta de la *cabeza*, para contemplar el desolador territorio que había conquistado. Allá donde asomaba algún afloramiento gris o negro entre el hielo del glaciar, aparecían extrañas manchas azules. Los líquenes y el resistente musgo encontraban su sustento en el interior de las grietas del antiguo muro de hielo y extraían la suficiente energía para seguir con vida de la débil luz del sol. Ocasionalmente, algún fragmento se desprendía del glaciar y los líquenes azules se marchitaban rápidamente al quedar expuestos al aire helado.

Agamenón había estudiado superficialmente una parte de los registros y tratados sobre el electrolíquido que los pensadores habían ido compilando con los milenios. Por lo visto, en las corrientes subterráneas de Hessra, el agua se combinaba con minerales y otros elementos vestigiales de estos líquenes autóctonos. Los monjes utilizaban esta agua para producir el electrolíquido rico en nutrientes en los

laboratorios y fábricas que tenían en los sótanos de las antiguas torres negras.

Durante mil años, Agamenón y sus cimek habían necesitado un suministro constante de electrolíquido para mantener sus cerebros frescos y despiertos, y los pensadores habían mantenido una relación neutral e incómoda con ellos, permitiendo un comercio ilícito a pesar del aislamiento que se habían impuesto a sí mismos.

Pero a Agamenón no le gustaba tener que dar las gracias a nadie. Los titanes habían conquistado las instalaciones donde se producía el electrolíquido y habían «animado enérgicamente» a los neos-subordinados para que continuaran con la producción.

Con pasos metálicos y regulares, otro titán ataviado con su forma móvil entró en la elevada torre de observación. Agamenón lo identificó como Dante, que se detuvo y esperó a que el general le saludara.

—Hemos terminado de estudiar las imágenes que nuestros neocimek exploradores tomaron en Richese y Bela Tegeuse. —Hizo una pausa para asegurarse de que su líder le dedicaba toda su atención—. Las noticias no son buenas.

—Últimamente las noticias nunca son buenas. ¿Qué pasa?

—Después de nuestra retirada, las fuerzas de Omnius regresaron y arrasaron los dos planetas, destruyendo a toda la población de humanos que nos había servido. Los neos ya habían escapado, y supongo que es algo, pero sin nuestros cautivos humanos, ya no tenemos de donde sacar más cimek.

Agamenón se sintió enfurecido y sombrío.

—Ahora que los hrethgir están agonizando por culpa de esas dichosas epidemias de Yorek Thurr, Omnius podría volver su atención hacia nosotros. Corren tiempos oscuros, Dante. Las máquinas pensantes han destruido el último

mundo importante que nos quedaba y estamos atrapados aquí, sin seguidores, sin una población a la que esclavizar. Solo tenemos un centenar de neos y algunos monjes subordinados convertidos… y tres titanes.

Sus brazos de artillería retrocedieron, como si inconscientemente quisiera abrir un agujero en el muro de la torre.

—Yo quería iniciar una nueva Era de los Titanes, pero hemos sido perseguidos por las máquinas pensantes y acosados por los humanos y esas condenadas hechiceras. ¡Mira lo que queda de nosotros! ¿Quién dirigirá ahora nuestra gran revuelta?

—Hay numerosos candidatos neos entre los que elegir.

—Pueden seguir órdenes, pero no pensar una estrategia que nos dé la victoria. Ni uno solo de ellos ha demostrado potencial para el mando militar. Crecieron en la esclavitud y aprovecharon la ocasión que les dimos de retirar los cerebros de sus cráneos. ¿Para qué nos sirven? Yo necesito un luchador, un comandante.

—Por el momento estamos a salvo, general. Omnius no sabe dónde encontrarnos. Quizá tendríamos que conformarnos con vivir aquí en Hessra.

Agamenón hizo girar la torreta de la cabeza, con las fibras ópticas llameando.

—A la historia no le interesan los que se conforman.

Mientras los dos titanes miraban al océano de estrellas, la red de Agamenón se conectó con sensores externos y detectó la señal de una nave desconocida que se acercaba. Con curiosidad, se concentró en aquello y esperó confirmación.

Juno estaba en el centro de control cimek, en la cámara principal, donde habían escabechinado a los cinco pensadores. Tal como esperaba, su dulce voz sintetizada no

tardó en llegar por el canal que conectaba directamente con su contenedor cerebral.

—Agamenón, amor, tengo una sorpresa para ti… una visita.

Dante, que estaba en la misma frecuencia, respondió con reserva.

—¿Es posible que Omnius nos haya encontrado tan pronto? ¿Tenemos que huir y escondernos?

—Estoy harto de esconderme —dijo Agamenón—. ¿Quién es, Juno?

La voz era juguetona y alegre.

—Pues mira, es el último de los pensadores… Vidad, que vuelve a casa. Envía saludos a sus cinco compañeros. Pero claro, ellos no le pueden contestar.

Agamenón sintió que una oleada de emoción se extendía por su reluciente electrolíquido.

—Esto es algo totalmente inesperado. ¡Vidad no sabe que los otros pensadores han muerto!

—Dice que trae noticias urgentes y solicita una reunión inmediata —dijo Juno.

—Quizá ha descubierto por fin la prueba de algún antiguo teorema matemático —sugirió Dante con sarcasmo—. Estoy impaciente por oírle.

—Preparad una emboscada —ordenó Agamenón—. Quiero que capturemos al último de los pensadores. Luego… nos tomaremos nuestro tiempo.

Durante el largo trayecto desde Salusa Secundus, Vidad estuvo sumido en pensamientos perturbadores. La existencia de los pensadores de la Torre de Marfil se basaba en el aislamiento, en la no interferencia. Tanto la supermente como los humanos eran seres racionales, formas de vida inteligente, aunque se regían por principios

totalmente distintos. Los pensadores no podían tomar partido en este conflicto. En el pasado habían permitido que Serena Butler los moviera de aquella postura suya y fue un desastre. Y como resultado el fervor de la Yihad se redobló.

Sin embargo, Vidad sabía que ahora los humanos pretendían eliminar todas las encarnaciones de Omnius. ¿Exigía la neutralidad la no participación absoluta cuando estaba en juego la extinción de un ser racional? ¿O debían velar por el mantenimiento de un cuidadoso equilibrio de poderes?

No podía resolver el dilema por sí solo. Los seis pensadores formaban una unidad, un grupo de debate que abarcaba prácticamente todo el saber de los humanos. Por eso partió de inmediato hacia Hessra. Tras un debate apropiado, llegarían a una solución de consenso.

Sí, Vidad había partido en cuanto el Consejo de la Yihad tomó su decisión. No sabía cuánto tiempo tenía.

Pilotando la veloz nave iban dos de sus leales subordinados. Rodane, un nuevo monje a quien había entrenado en Zimia. Y Keats, que ya estaba muy mayor, aunque seguía siendo funcional. El Gran Patriarca Ginjo lo había reclutado hacía mucho tiempo, y había servido a los pensadores de la Torre de Marfil durante casi setenta años; el hombre parecía estar al final de su vida productiva, y ciertamente el viaje de vuelta a Hessra sería el último para él. Muchos de los subordinados que escogió Ginjo ya habían muerto y estaban enterrados en diferentes grietas de los glaciares. Vidad y los suyos pronto necesitarían nuevos voluntarios.

Durante el camino, Vidad pasó cada hora de cada día meditando en el problema del ataque con bombas atómicas de impulsos. Cuando llegaron al planetoide helado, no había llegado a ninguna conclusión sostenible. Envió transmisiones directas a los otros cinco pensadores que

esperaban en la ciudadela pero, extrañamente, no hubo respuesta.

Mientras Rodane hacía descender la nave hacia el glaciar correcto, Keats echó un vistazo por las ventanillas de la cabina.

—Aquí ha pasado algo —dijo con voz carrasposa—. El hielo que rodea las torres está excavado. Veo cráteres que parecen provocados por… explosiones. Recomiendo que procedamos con precaución.

—Debemos determinar qué ha sucedido —dijo Vidad.

El joven piloto dio un rodeo acercándose a la ciudadela donde normalmente habrían aterrizado. Aunque sus ojos eran viejos y estaban llorosos, Keats fue el primero en detectar a los emboscados.

—¡Máquinas, artillería… cimek! ¡Sácanos de aquí!

Confuso, Rodane miró al contenedor cerebral del pensador esperando órdenes. Maniobró con los controles, pero no lo bastante deprisa.

En cuanto la pequeña nave trató de modificar el rumbo, los cimek salieron de sus escondites en el hielo y bajo la ciudadela. Los cuerpos volantes dispararon, y otras formas móviles de combate salieron elevando sus brazos de artillería y abrieron fuego.

Los proyectiles estallaban a su alrededor, enviando cegadoras ondas de choque contra la nave. El joven piloto trataba de evitar los proyectiles con vacilación, pero Keats lo apartó de los controles y se puso a realizar maniobras más extremadas.

—Tu cautela hará que nos maten, Rodane.

Finalmente, por la misma línea por la que Vidad esperaba oír a sus compañeros pensadores, le llegó una transmisión frenética. La voz no era más que una señal electrónica que los sistemas de comunicación descifraron. El antiguo filósofo

no reconoció el tono ni la inflexión, pero las palabras eran sorprendentes. Venían de uno de los monjes subordinados.

—¡Los titanes han tomado Hessra! Han matado a los cinco pensadores y a muchos de los subordinados… solo quedamos unos pocos, y no estamos vivos. Nos han convertido en cimek y nos obligan a servirles. Pensador Vidad, eres el último. ¡Huye! Debes permanecer con vida por encima de todo… —Y entonces llegó sonido de lucha, chillidos, sonidos agónicos que fueron transmitidos al universo abierto y despreocupado.

Tres formas cimek voladoras se dirigían a toda velocidad hacia ellos, disparando sus proyectiles, tratando de derribarlos. Nuevas formas móviles más grandes salieron al hielo. Una de aquellas monstruosas formas de combate era tan inmensa que seguramente se trataba de uno de los titanes. A su alrededor se producían continuas detonaciones.

Keats forzó los pequeños motores de la nave, sin reparar en el consumo de combustible, llevándolos a su máxima aceleración para poder escapar de Hessra. Aunque Vidad estaba protegido en su contenedor cerebral, sabía que aquella aceleración despiadada era demasiado para el cuerpo frágil y viejo de Keats.

—Morirás.

—Y tú… vivirás —consiguió jadear Keats antes de perder el conocimiento. No tenía fuerzas para seguir respirando con una aceleración constante tan grande. Varios de sus huesos quebradizos se partieron.

En cambio, Rodane era fuerte y flexible. Sobreviviría. Vidad solo necesitaba un ayudante. Volando con un vector de huida automático, se alejaron de Hessra en dirección a los límites del sistema y el espacio abierto. Las formas cimek de corto alcance renunciaron a la persecución, y se pusieron a renegar de rabia por los canales de transmisión.

En el asiento de la cabina, el viejo cuerpo de Keats yacía con la quietud peculiar de la muerte, pero el joven subordinado respiraba, aunque fuera trabajosamente. Cuando llegaron a los límites del sistema, la aceleración descendió automáticamente y Rodane recuperó la conciencia. Con los ojos muy abiertos, miró con sorpresa y pesar a su viejo compañero, que había dado su vida para que el pensador pudiera escapar.

—¿Dónde iremos ahora, Vidad? —preguntó el subordinado con una voz que rayaba el pánico.

El pensador pensó en sus cinco compañeros, todos muertos a manos de los cimek, que al parecer habían tomado Hessra en un intento por esconderse de Omnius. Vidad era el único filósofo que podía decidir qué hacer con el inminente holocausto nuclear que Vorian Atreides quería desatar. Era objetivo, neutral, inteligente… en otro tiempo él también había sido humano. Sabiendo lo que los cimek habían hecho a sus compañeros, ¿cómo habría podido no sentir al menos un eco de emociones largamente olvidadas? ¿De… deseo de venganza? Razón de más para hablar con la supermente.

—Pon rumbo a Corrin —ordenó Vidad.

37

> Durante todos los años de la Yihad, hemos sabido que debíamos estar preparados para cualquier ataque. Sin embargo, los preparativos no son suficiente. Debemos estar dispuestos a actuar.
>
> COMANDANTE SUPREMO VORIAN ATREIDES,
> palabras ante el Consejo de la Yihad

Aunque la muerte de Leronica dejó en su interior un vacío más terrible que el del lugar más recóndito del espacio, Vor no tenía tiempo para llorar. Solo tenía tiempo para ser el comandante supremo.

Y salvar a la raza humana.

El ejército de la Yihad ya estaba inmerso en una operación de emergencia a gran escala. Naves que plegaban el espacio, pilotadas en su mayor parte por voluntarios martiristas, iban y volvían en secreto desde Corrin, trayendo informes regulares del avance de la gigantesca flota de Omnius. En el momento en que las hordas robóticas salieran del sistema del gigante rojo, empezaría la cuenta atrás.

Otras naves exploradoras iban de un mundo a otro, llevando noticias, llamando a los supervivientes a la acción. Docenas de esas naves desaparecieron sin dejar rastro, pero seguían quedando suficientes mensajeros para

mantener las líneas abiertas. Nunca antes habían estado tan al día los planetas de la Liga de Nobles.

A su regreso de Parmentier, Vor y Abulurd habían traído consigo a la joven Rayna. Faykan, su tío, la tomó enseguida bajo su protección. Siempre había estado muy unido a Rikov, y para él la supervivencia de la niña era un milagro. Aunque se había quedado sin pelo, al menos estaba viva. Cuando se sentía cínico, Vor pensaba que Faykan solo la quería para utilizarla como arma política, para demostrar que los humanos podían sobrevivir a cualquier cosa que Omnius mandara.

Quizá ayudaría.

Mientras preparaban la Gran Purga, reunían la flota gigante y trazaban los mapas tácticos sobre los mapas estelares con las coordenadas de los diferentes Planetas Sincronizados, el comandante supremo encomendó a Faykan y Abulurd la misión imposible de evacuar Salusa Secundus. Se aseguró de que sus gemelos y sus familias estaban entre los primeros en salir de allí. Luego, consciente de que había dejado la tarea en buenas manos, se concentró en su objetivo principal.

Muy lejos de allí, los astilleros de Kolhar trabajaban noche y día para adaptar las ballestas y las jabalinas de la Liga a los nuevos motores. Sin perder nunca la fe en sus motores, Norma Cenva había insistido durante años en que se adaptaran parte de las naves de la capital para llevarlos, independientemente de si luego se hacía uso de ellos o no. Ahora Vor aplaudía su previsión.

Todas las reservas de bombas atómicas de impulsos se reunieron y se cargaron en las naves de la Yihad, mientras se creaban nuevas ojivas nucleares a toda prisa en los diferentes planetas industriales de la Liga.

«Tendríamos que haber planificado esto mejor. Tendríamos que haber previsto esta contingencia.

Tendríamos que haber estado preparados».

La primera docena de naves de guerra equipada con los extraños motores Holtzman recibió su cargamento de bombas atómicas de impulsos y los voluntarios necesarios para pilotar los escuadrones de bombarderos kindjal. Eran la vanguardia, y partieron inmediatamente para iniciar la exterminación sistemática de todas las encarnaciones de la supermente.

Finalmente, tres semanas y tres días después de que Quentin y Faykan volvieran de Corrin para dar la alarma, el piloto martirista de una nave de reconocimiento regresó a Zimia. Estaba tan histérico que casi se estrella cuando intentaba aterrizar. Dos naves que plegaban el espacio habían salido para dar la noticia, pero solo una llegó a su destino.

—¡Las máquinas se mueven! La flota de exterminación de Omnius ya se ha puesto en marcha.

Al oír el informe, Vor acalló los gritos de desaliento de los otros oficiales del cuartel general. Se limitó a asentir y miró un calendario, señalando el tiempo que llevaban de camino.

38

¿Son los pensadores tan neutrales como pretenden? ¿No será la palabra «neutral» un simple eufemismo para describir uno de los actos de cobardía más grandes en la historia de la humanidad?

NAAM EL VIEJO, primer historiador oficial de la Yihad

Tras la partida de la flota de exterminación, Erasmo y la supermente no tenían gran cosa que hacer en Corrin. La inmensa flota de guerra llevaba seis días de camino, siguiendo inexorablemente su ruta a Salusa Secundus. Su avance era lento, implacable, imparable.

Omnius no veía necesidad de ir con prisas. El plan ya se había puesto en marcha y los resultados eran inevitables.

En el interior de su magnífica villa, Erasmo y Omnius estaban hablando de un cuadro, un paisaje montañoso de una extravagante imaginación.

—Es una creación original de uno de los cautivos humanos. Creo que tiene mucho talento.

Erasmo se había sorprendido ante la habilidad del esclavo, la forma en que mezclaba los pigmentos. Ahora que la supermente tenía una copia de la personalidad del robot independiente en su interior, quizá empezaría a comprender estos aspectos.

Omnius observaba el cuadro a través de uno de sus ojos espía, y no entendía por qué el robot lo encontraba tan meritorio.

—La imagen es físicamente inexacta en cuatrocientos treinta y un detalles. El mismo acto de pintar es inferior a los procesos específicos de la imaginación en casi todo. ¿Por qué te parece tan valioso este… arte?

—Por la dificultad de su ejecución —dijo Erasmo—. El proceso creativo es complejo, y los humanos son maestros en él. —Dirigió sus fibras ópticas a la obra de arte, analizando cada pincelada, asimilando la naturaleza interpretativa del conjunto—. Contemplo este cuadro a diario, y me maravillo. A fin de comprender mejor el proceso, incluso he diseccionado el cerebro del artista, pero no he encontrado ninguna diferencia significativa.

—Es fácil crear arte —dijo Omnius—. Exageras su importancia.

—Antes de hacer semejante afirmación, os animo a que probéis personalmente el acto de crear. Haced algo agradable y original, que no sea una copia de algo que ya exista en vuestra base de datos. Veréis como es muy difícil.

Por desgracia, Omnius aceptó el desafío.

Dos días más tarde, Erasmo se encontraba en el interior de una ciudadela central asombrosamente cambiada, convertida en un ostentoso palacio con una cúpula dorada. Para demostrar su nueva vena artística, la supermente había llenado la ciudadela de estatuas y otras piezas mecánicas de alta tecnología hechas de metal reluciente, plaz irisado y tequita. No había figuras humanas. Omnius lo había hecho todo muy deprisa, como si quisiera reforzar la idea de que la creatividad no era más que una capacidad que podía procesarse y aprenderse.

Sin embargo, Erasmo no estaba convencido, y enseguida percibió la falta de innovación y la incapacidad de la

supermente de ver la diferencia entre aquello y una verdadera obra maestra. Gilbertus, que nunca había manifestado talento artístico, lo habría hecho mejor. Y hasta puede que el clon de Serena Butler…

Fingiendo interés, el robot independiente estudió otra pared interior del palacio. Contenía una pantalla de vídeo enmarcada en oro donde se mostraba el nuevo arte mecánico de Omnius, un caleidoscopio de metal líquido con formas modernistas. Gracias a sus archivos y su experiencia, Erasmo vio que aquello estaba hecho a imagen de las creativas y disparatadas exposiciones de los humanos en museos y galerías. «Sin embargo, esto me parece tan poco estimulante… tan poco inspirado, una simple imitación». Finalmente, el robot meneó la cabeza en señal de desaprobación, imitando un amaneramiento que había observado en los humanos.

—¿No aprecias mi arte? —Erasmo se sorprendió al ver que Omnius reconocía el significado del gesto.

—Yo no he dicho eso. Me parece… interesante. —No tendría que haber bajado la guardia, porque los ojos espía siempre estaban allí, vigilando—. El arte es subjetivo. Solo estoy esforzándome, a pesar de mis limitaciones, por entender vuestra obra.

—Y seguirás esforzándote. Debo ocultarte algunos secretos. —La supermente emitió una risita escandalosa que había grabado de uno de los esclavos humanos. Erasmo rio también.

—Detecto falsedad en tu risa —dijo Omnius.

El robot sabía que podía modular cada sonido, cada gesto para conseguir el efecto exacto que buscaba. «¿Está tratando Omnius de pillarme, quiere confundirme? Si es así, no lo está haciendo nada bien».

—Quería que mi risa fuera tan genuina como la vuestra —dijo. Un comentario decididamente neutro.

Antes de que pudieran seguir con el debate, la atención de Omnius se desvió a otros asuntos.

—Una nave del exterior se acerca a mi ciudadela central.

La nave no anunciada había entrado en el sistema con una aceleración exageradamente alta, proclamando su neutralidad a pesar de su configuración de la Liga.

—El pensador Vidad trae información importante para Omnius. Es de vital importancia que la escuche.

—Escucharé lo que el pensador quiere decirme antes de extrapolar —dijo la supermente—. Siempre estoy a tiempo de matarlo.

Poco después, las imponentes puertas de la entrada a la ciudadela dorada se deslizaron para dejar paso a un humano tembloroso con túnica amarilla, flanqueado por una escolta de robots centinela. El joven estaba muy magullado y demacrado, porque llevaba más de una semana viajando a la aceleración máxima que su cuerpo podía tolerar. En aquellos momentos, tenía que hacer un gran esfuerzo para sujetar el contenedor de electrolíquido con el cerebro del antiguo filósofo, aunque alguno de los robots podría haberlo llevado por él. El hombre parecía débil y exhausto, casi ni se tenía en pie.

—Han pasado muchos años desde la última vez que hablaste con nosotros, pensador Vidad —dijo Erasmo adelantándose como un embajador—. Y el resultado de aquellas interacciones no nos benefició en absoluto.

—A nosotros tampoco. Los pensadores de la Torre de Marfil cometimos un grave error de cálculo. —La voz hablaba directamente a través de un simulador de voz situado en el lado del contenedor.

—¿Por qué voy a escucharte otra vez? —Omnius moduló el volumen de la voz para que sus palabras atronadoras hicieran vibrar las paredes.

—Porque traigo datos relevantes que desconoces. Recientemente he regresado a Hessra y he descubierto que el titán Agamenón y sus seguidores cimek han establecido su base allí. Han matado a mis cinco compañeros pensadores, se han adueñado de nuestros laboratorios de producción de electrolíquido y han esclavizado a nuestros subordinados.

—Así que es ahí donde se han ido a esconder los titanes después de huir de Richese… —le dijo Erasmo a Omnius—. Una información valiosa, desde luego.

—¿Por qué vienes aquí a darme tu información? —quiso saber la supermente—. No es normal que te impliques en el conflicto.

—Quiero que los cimek sean destruidos —dijo Vidad—. Tú puedes hacerlo.

Erasmo estaba sorprendido.

—¿Y eso lo dice un pensador iluminado?

—En otro tiempo fui humano. Los cinco pensadores han sido mis compañeros filosóficos durante más de un milenio. Los titanes los han asesinado. ¿Tan sorprendente es que quiera venganza?

El fatigado subordinado trataba de sostener el pesado contenedor cerebral.

Omnius consideró aquella información.

—En estos momentos, mi flota de guerra está ocupada con otra misión. Cuando terminemos, mis comandantes robots volverán para recibir su nueva programación. Y cuando lo hagan ordenaré que vayan a Hessra. Ya tienen orden de destruir a todos los neocimek y capturar a los titanes rebeldes que quedan. —La supermente parecía disfrutar de aquella nueva situación—. Muy pronto, cuando hayamos derrotado a los hrethgir y a los cimek, el universo podrá seguir un camino racional y eficiente bajo mi guía.

Sin modificar el tono de su voz simulada, Vidad siguió hablando.

—La situación es mucho más compleja. La Liga descubrió tu inmensa flota hace semanas. Cuando partí de Zimia ya estaban haciendo un seguimiento de tus avances. También saben que vuestros Planetas Sincronizados están desprotegidos. —Con una rápida cadencia, resumió el plan del Consejo de la Yihad de lanzar una serie de ataques nucleares relámpago, aprovechando la rapidez excepcional de los motores que plegaban el espacio—. De hecho, el primer golpe contra los mundos de los límites del Territorio Sincronizado seguramente se asestó poco después de mi marcha, y yo llevo más de un mes en tránsito, desde Salusa a Hessra y de Hessra aquí, a Corrin. Ciertamente, mientras hablamos, la Gran Purga sigue su camino. Por tanto, debéis estar preparados para recibir un ataque atómico de impulsos en cualquier momento y cualquier lugar.

Con una creciente sensación de alarma, Erasmo extrapoló lugares y consecuencias. Hacía ya tiempo que sospechaban que los hrethgir tenían acceso a alguna clase de tecnología que les permitía hacer viajes instantáneos. Y una flota humana con armamento atómico podía muy bien haber eliminado muchos Planetas Sincronizados. Ahora que su flota de exterminación había partido, incluso Corrin era vulnerable.

—Interesante —dijo la supermente procesando los detalles—. ¿Por qué ponernos al corriente de semejantes planes? Los pensadores decís ser neutrales, y sin embargo parece que ahora te pones de nuestro lado… a menos que se trate de una trampa.

—No tengo motivos ocultos —dijo Vidad—. Como espectadores neutrales, los pensadores nunca hemos deseado la exterminación ni de los humanos ni de las

máquinas pensantes. Mi decisión es totalmente coherente con esta filosofía.

Erasmo contempló las artísticas luces que destellaban a su alrededor en la ciudadela y supo que Omnius había empezado a transmitir instrucciones a sus subordinados, haciendo preparativos para la defensa y enviando a las naves más veloces.

—Soy el Omnius Primero. Debo ordenar el regreso de mi flota de guerra para que defienda Corrin y asegurar mi supervivencia. De toda la flota. Si los otros Planetas Sincronizados oponen la suficiente resistencia para frenar el avance de los humanos, hay una posibilidad de que algunas de mis naves de guerra más veloces estén de vuelta antes de que sea demasiado tarde. No puedo arriesgarme con esos hrethgir irracionales. Si todas mis naves están aquí para defenderme, los humanos no se atreverán a atacar.

Erasmo sabía que se necesitaba tiempo para enviar un mensaje a la enorme flota, que ya llevaba ocho días de viaje, más el tiempo que tardarían en lograr dar la vuelta a las pesadas naves y hacerlas volver a toda prisa a Corrin, limitados como estaban por sus motores de propulsión estándar.

«No dará tiempo».

39

En el frenesí emocional de una guerra, hasta el guerrero más avezado puede llorar al pensar en lo que debe hacer.

COMANDANTE SUPREMO VORIAN ATREIDES,
Memorias de batalla

Mientras la flota robótica avanzaba hacia Salusa, el ejército de la Yihad seguía con su Gran Purga para eliminar los Planetas Sincronizados desprotegidos. Antes de que aquel juego terminara, uno de los dos bandos habría desaparecido para siempre. No podía haber otro resultado.

En el puente de mando de su nave adaptada, el *Serena Victory*, Vorian Atreides se puso tenso cuando los motores Holtzman se activaron.

—Preparados para partir. Omnius nos espera allá afuera.

Los numerosos martiristas de la tripulación se encomendaron con fervor a sus santos antes del primer gran salto. En cambio, Vorian prefería encomendarse a los sistemas de navegación mejorados que Norma Cenva había instalado secretamente en un puñado de sus mejores naves. Ante todo, pragmatismo.

—¡Por Dios y santa Serena! —gritó la tripulación al unísono.

El comandante supremo asintió mirando con expresión tranquilizadora al pálido timonel. Dio la orden y luego,

involuntariamente, cerró los ojos cuando se zambulleron en el peligroso territorio del espacio plegado. Vor estaba preparado para morir en la lucha contra las máquinas. Solo esperaba no acabar sus días perdido en el espacio, o chocando accidentalmente contra un asteroide.

Hacía unas décadas, el prototipo de sistemas de navegación informatizados de Norma habían mejorado de forma drástica la seguridad de las naves que plegaban el espacio, pero el Consejo de la Yihad era demasiado puntilloso y prohibió su uso. Sin embargo, Vor había hablado con ella en privado en los astilleros de VenKee, donde estaban activando los motores Holtzman de las naves de la flota de la Yihad. Por orden directa del comandante supremo, Norma instaló subrepticiamente los doce artefactos informatizados que le quedaban en los sistemas de navegación de doce naves escogidas. Vor no pensaba permitir que la superstición limitara sus posibilidades de lograr la victoria.

Desde hacía unas semanas, un grupo tras otro había ido saltando al Territorio Sincronizado en cuanto las armas, las naves y la tripulación estaban preparadas. En total, el ejército de la Yihad había preparado más de mil naves acorazadas para la Gran Purga. La flota se había dividido en noventa grupos de combate, cada uno con doce grandes naves y una lista de objetivos. En las cubiertas de lanzamiento de estas naves esperaban cientos de bombarderos kindjal dotados de ojivas nucleares de impulsos. Algunas kindjal serían pilotadas por veteranos experimentados, otras por voluntarios martiristas a los que se había enseñado lo más básico.

Cada vez que se utilizaran los motores Holtzman para saltar de un sistema a otro, algunas naves desaparecerían a causa de peligros dimensionales invisibles. Si tenían en cuenta la tasa del diez por ciento de pérdidas, eso

significaba que cada grupo podía realizar solo siete u ocho de estos saltos si querían tener alguna posibilidad de salir airosos. Y estaban también los voluntarios que pilotarían las naves de reconocimiento que mantendrían en contacto a los diferentes grupos de combate durante todo el proceso.

Había más de quinientos planetas enemigos, incluido Corrin. La Liga destruiría de una vez por todas el total de las encarnaciones de Omnius. Al menos estadísticamente, tenían naves suficientes para cumplir con aquella misión.

Tras unos segundos de agitación, el viaje se había acabado. Por las coordenadas que aparecían en pantalla y la nitidez con que veía las estrellas a su alrededor, Vor supo que lo habían logrado. Aunque aquellos saltos solían ser imprecisos incluso cuando tenían coordenadas muy concretas, sus naves habían llegado sin contratiempos al sistema correcto.

—Diecinueve planetas que orbitan dos pequeños soles amarillos. Estamos en el sistema de Yondair, comandante supremo, sin duda —dijo el timonel.

En el puente de mando se oyeron jadeos y suspiros de alivio. Los martiristas volvieron a rezar.

—Quiero un informe de pérdidas en nuestro grupo.

Sus oficiales primero y segundo, Katarina Omal y Jimbay Whit, esperaron en su puesto. Omal era alta y de piel oscura, una de las oficiales más capacitadas de la flota. Whit, que ya tenía tripa con veinticinco años, hacía las veces de ayudante de Vor en ausencia de Abulurd Harkonnen. Whit tenía una experiencia y capacidad para el combate inusuales para su edad, y procedía de una familia de distinguidos militares. Décadas atrás, Vor había luchado junto a su abuelo en el ataque atómico contra la Tierra.

—Hemos perdido una nave, comandante supremo —dijo Omal.

Vor aceptó aquella pérdida y evitó cualquier manifestación externa de desazón. «Está dentro de la tasa de pérdidas».

Las alarmas se dispararon en ese momento, y apareció un mensaje en la pantalla del puente indicando que el *Ginjo Explorer* tenía problemas. Un nombre desafortunado para una nave de su escuadrón. En toda la flota de la Yihad, había otras cuatro naves de guerra que llevaban el nombre del antiguo Gran Patriarca. «Un hombre tan corrupto no merece ese honor. El nombre que tendrían que lucir esas naves es el de Xavier Harkonnen».

—Fuego en los motores —informó una voz por el comunicador—. Sobrecarga en el sistema. No podremos seguir en la nave.

A través de una ventana panorámica, Vor vio la luminosidad fantasmagórica de las llamas que salían de la parte inferior de la nave, detrás de la atmósfera que escapaba a través de una brecha en el casco. Las puertas herméticas se cerraron y los sistemas antiincendios de a bordo evitaron que las llamas se extendieran.

Por el comunicador Vor recibió un informe de los daños.

—Algo se ha colado en el motor Holtzman en el momento en que hemos plegado el espacio. Ha sido una suerte que hayamos logrado salir. Si hubiera estallado antes, habríamos muerto en el espacio.

«La guerra está llena de sorpresas —pensó Vor—. Y la mayoría son malas».

Durante la siguiente hora, Vor supervisó la evacuación de la nave y redistribuyó a los ochocientos hombres y mujeres de la tripulación, la mayoría pilotos de bombarderos, entre las otras diez naves. También trasladaron los kindjal, junto con las ojivas nucleares.

Dejaron la nave vacía en el espacio, después de destruir los motores Holtzman, para evitar que Omnius se hiciera

con la tecnología para plegar el espacio si su misión fracasaba. Finalmente, Vor respiró hondo y dio la orden de ataque.

—Es hora de que hagamos lo que hemos venido a hacer. Iniciaremos el bombardeo sobre Yondair inmediatamente. Que todas las naves lancen sus escuadrones de kindjal con bombas atómicas de impulsos antes de que las máquinas tengan tiempo de reaccionar.

Incluso sin aquella inmensa flota robótica, los Planetas Sincronizados podían tener defensas locales y estaciones de combate en órbita. Para asaltar cada uno de aquellos mundos «desprotegidos» las naves de la Yihad necesitaban al menos un día para posicionarse, lanzar los bombarderos con el armamento y verificar el éxito de la misión. A pesar de la inmediatez de los desplazamientos entre los diferentes objetivos, tardarían su tiempo en arrasar totalmente el imperio de Omnius.

Con las naves que quedaban a su espalda, Vor se dirigió hacia el mundo más grande, el planeta de Yondair. Sus escuadrones de bombarderos se dispersaron desde las cubiertas de lanzamiento, pasaron entre los anillos del planeta y lanzaron las bombas a la atmósfera, atacando primero subestaciones estratégicas y utilizando luego bombas atómicas secundarias para extender la destrucción por todo el planeta. La continua sucesión de impulsos acabó con todos los cerebros de circuitos gelificados del planeta.

Por desgracia si había prisioneros humanos allá abajo se habrían convertido en víctimas colaterales, pero la necesidad de destruir de forma inmediata hasta la última supermente no dejaba lugar a la compasión.

Vor miró al frente, apartó de su mente el sentimiento de culpa y ordenó que sus naves se reagruparan en los límites del sistema de Yondair. Tras verificar el éxito del ataque, sus naves se lanzaron contra el siguiente planeta mecánico.

Y el siguiente.

Con un poco de suerte, los otros escuadrones estarían haciendo lo mismo con los otros planetas bajo control de Omnius. La destrucción nuclear se extendía como una marea furiosa, arrasando todos los territorios que Omnius había sometido. Primero acabarían con las bases más fáciles, y dejarían Corrin para el final.

La supermente no podría oponer resistencia, ni enviar mensajes de alerta con la suficiente rapidez. Como veloces asesinos, las naves de la Yihad aparecerían, golpearían y desaparecerían. Omnius no tendría tiempo ni de ver venir el golpe.

Al menos esa era la idea…

40

Es posible que muramos mañana, pero hoy hemos de tener esperanza. Aunque no nos sirva para vivir más, al menos dará un sentido a nuestra existencia.

ABULURD HARKONNEN, *Diario de los últimos siete días de Salusa Secundus*

Aunque la población en pleno de Salusa Secundus se entregó a aquel esfuerzo a gran escala, un mes no era suficiente para evacuar el planeta. Tenían que prepararse para lo peor.

Mientras la Liga se volcaba en la tarea de reunir suficientes naves, voluntarios para las tripulaciones y ojivas nucleares, Abulurd Harkonnen se quedó para ayudar a su hermano Faykan a administrar el gran éxodo desde el mundo capital de la Liga.

El comandante supremo Vorian Atreides había congregado su flota de naves que plegaban el espacio ante Salusa, formando una fuerza militar como nunca se había visto en la humanidad. Uno tras otro, todos los grupos de combate fueron activando los motores Holtzman y desaparecieron. Pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran informes completos, pero Abulurd tenía fe en aquel plan desesperado. Cada mañana, después de unas pocas horas de sueño, se levantaba pensando en los nuevos

planetas que habrían desaparecido del Imperio Sincronizado.

Sin embargo, por las imágenes que el padre y el hermano de Abulurd habían traído de Corrin, todos sabían lo que se avecinaba sobre la capital. Incluso si la Gran Purga lograba destruir el corazón del imperio enemigo, Salusa Secundus estaba condenada.

Abulurd no podía salvar a todo el mundo, pero trabajaba todas las horas del día para sacar de allí al mayor número posible de personas. Desde Zimia, Faykan dio instrucciones para requisar hasta la última nave y reclutar a toda persona capacitada.

Aquella misma mañana, Abulurd había ido a buscar a su madre a la Ciudad de la Introspección para meterla en una nave de evacuación. Todos sabían que no habría tiempo para evacuar a todo el mundo, y algunos se mostraron visiblemente indignados: no entendían que salvara a aquella mujer a expensas de la vida de otros. Su madre no era consciente de nada, no se daba cuenta del peligro, ni sabía que la estaban salvando.

Abulurd lo entendía, hasta se planteó la posibilidad de dejar a Wandra en una sección subterránea y fortificada de la Ciudad de la Introspección. Pero allí nadie cuidaría de ella. Había tantas cosas que considerar, tantas decisiones cruciales que tomar… Para él, cada aliento de su madre era importante, porque dejaba abierta la posibilidad —por muy remota que fuera— de que sobreviviera. No, no podía dejarla allí. Aquello le hizo pensar en Ix, donde Ticia Cenva había jugado a ser Dios al decidir quién se salvaba y quién no…

Finalmente, decidió hacer oídos sordos a las quejas y las acusaciones de favoritismo. «Es mi madre —se dijo a sí mismo—, y es una Butler». Apeló a la autoridad de Faykan, dio sus órdenes y se aseguró de que se cumplían.

Día tras día, Abulurd veía las multitudes que corrían a embarcar en las naves disponibles en el puerto espacial y llenaban las cubiertas de carga y de pasajeros con mucha más gente de la que estaban diseñadas para llevar. Veía el pánico en sus caras y sabía que no podrían pegar ojo hasta que todo aquello acabara. Él mismo se acostumbró a tomar dosis regulares de melange… no para protegerse de la plaga, sino para tener energía para seguir adelante.

Levantaba los ojos al cielo y veía partir las naves una tras otra. Muchas de ellas volverían a por más pasajeros; otras, temiendo la llegada inminente de la flota de Omnius, se quedarían bien lejos, dejando a Abulurd la posibilidad de rescatar cada vez a menos gente.

Las naves salvavidas y unas cuantas que aún estaban en cuarentena ya habían sido evacuadas a un lugar convenido lejos del sistema. Allí, a salvo de cualquier control de radar, esperaban pasar inadvertidas para la flota robótica.

Faykan se encargaba de los titánicos aspectos administrativos, acompañado en todo momento por su pálida sobrina, que había estado con él desde su llegada. Sin embargo, incluso en medio de aquella frenética evacuación, la fantasmal figura de Rayna Butler parecía tener su propia agenda. Hablaba bien claro y alto ante cualquiera que se parara a escucharla y, dado que había superado la plaga, muchos eran los que prestaban atención a sus palabras. La joven tenía una extraña voz que podía llegar a grandes multitudes, ante las que declaraba con apasionamiento su misión: la destrucción de todas las máquinas pensantes.

—Con Dios y Serena Butler de nuestro lado, no podemos perder.

«Si uno escucha sus palabras —pensó Abulurd— parece que no hay nada que temer». Habría querido poder inspirar a Faykan y Rayna para que incitaran a las masas a ayudar o

a construir algo, en lugar de limitarse a proclamar sus rígidas creencias y destrozarlo todo.

Era imposible imponer un orden en aquel éxodo precipitado. En dos semanas, todos aquellos que querían huir o tenían acceso a alguna nave se habían marchado, pero muchas de las naves no tendrían capacidad o provisiones suficientes para mantener a su pasaje durante todo el período de emergencia, ya que nadie sabía exactamente cuándo llegaría la flota de combate de Omnius.

Otra cosa completamente distinta era el esfuerzo de cavar y rezar para que todo fuera bien. Equipos de ingenieros del ejército de la Yihad excavaron refugios subterráneos gigantes, los reforzaron con malla de aleación y vigas de soporte y los llenaron con montones de provisiones. Los que no hubieran logrado salir del planeta a tiempo se ocultarían en estas madrigueras, donde estarían protegidos durante el bombardeo inicial de la flota de exterminio.

Si tenían que basarse en sus experiencias anteriores, seguramente el ejército de máquinas atacaría y luego se retiraría. Sin embargo, si decidían eliminar totalmente la capital y establecer un nuevo dominio en el planeta, los supervivientes quedarían atrapados bajo tierra y sus posibilidades de sobrevivir serían prácticamente nulas. Aun así, no tenían elección.

Muchos salusanos, cuyas familias habían vivido durante generaciones en el planeta, no habían querido marcharse. Prefirieron quedarse y arriesgarse, aunque Abulurd estaba convencido de que cambiarían de opinión en cuanto vieran llegar las naves de Omnius.

Aquella tarea parecía imposible, desesperada. Pero Abulurd haría lo que pudiera. Vorian Atreides le había encomendado la misión… no necesitaba más incentivos.

Las naves de evacuación seguían despegando del puerto espacial de Zimia y otras plataformas de lanzamiento por toda Salusa. Al principio, los equipos de monitores trataban de llevar un registro de quién se iba y adonde, y quién seguía en el planeta. Pero las apabullantes cifras enseguida hicieron imposible el esfuerzo. Ahora Abulurd y sus compañeros se limitaban a ayudar a la gente a salir. Si sobrevivían, ya se ocuparían de aquello más adelante.

Si la Gran Purga funcionaba y lograban destruir todas las encarnaciones de la supermente, el padre de Abulurd, el comandante supremo Atreides y lo que quedara de la flota de naves que plegaban el espacio, regresarían para enfrentarse a la fuerza de exterminación robótica, que ya no tendría quien la dirigiera.

Por el momento, como defensa, las pocas naves de guerra que quedaban sin motores Holtzman permanecían en la órbita de Salusa, formando un patético cordón defensivo alrededor del planeta. Todos los yihadíes que se habían quedado sabían que iban a morir. Habían visto la magnitud de la flota de Omnius.

Pero Abulurd no pensaba rendirse… no todavía. Allá fuera, en algún lugar, Vorian Atreides y Quentin Butler estaban dirigiendo la Gran Purga. Día tras día, mundo tras mundo.

Nuevas naves volaron hacia el cielo, cada una de ellas con un puñado de supervivientes que seguramente escaparían a la ira de Omnius. Por sí solo eso ya estaba bien. De alguna forma, entre todos acabarían obteniendo una victoria de aquel momento de desesperanza.

41

La imaginación del humano es infinita. Ni siquiera las máquinas más complejas pueden entender esto.

NORMA CENVA, pensamientos grabados y descifrados por Adrien Cenva

Casi en trance pero sin acabar de caer, Norma mascó dos nuevas cápsulas de melange. La esencia de especia impregnó su boca y sus fosas nasales, hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Luego, en su mente viajó muy lejos de Kolhar…

La Gran Purga seguía su camino por los Planetas Sincronizados. Norma sabía que el ejército de la Yihad estaba eliminando a las encarnaciones de Omnius de las zonas fronterizas con sus ataques relámpago. Los planetas controlados por las máquinas caían, uno a uno, sin que el resto de las supermentes supiera nada.

Y su tecnología para plegar el espacio lo hacía posible.

Pero en lugar de estar orgullosa, Norma intuía una profunda turbación en su psique. Extraños ecos de desastre resonaban por sus visiones inducidas por la especia, y se sentía terriblemente culpable.

Dado que no había logrado resolver los problemas de la navegación a través del espacio plegado, muchos soldados estaban muriendo. Cada vez que un grupo de combate

saltaba de un objetivo al siguiente, su número se reducía. Y volvía a reducirse antes de que lograran llegar al siguiente. ¡Oh, un precio demasiado alto!

Con su cuerpo perfecto y hermoso, como un ángel vengador, Norma estaba sola en lo alto de uno de los enormes tejados planos de la planta de montaje de sus naves. Miraba al cielo de la noche, cuajado de estrellas titilantes y brillantes planetas. Algunos eran mundos de la Liga, otros, planetas dominados por las máquinas pensantes… y otros ya no serían más que pozos radiactivos, totalmente inertes.

La inmensidad del espacio la llamaba. Una brisa fresca agitaba sus largos cabellos. Norma había encontrado una forma de unir la galaxia entera, plegando el tejido del espacio. Todos los sistemas estelares que veía, y muchos más, ahora estaban al alcance del humano. Los motores Holtzman funcionaban, como ella había previsto. Pero seguía habiendo algo que se le escapaba.

«Mis motores siguen siendo defectuosos».

Su cuerpo estaba tan saturado de melange que ya casi nunca dormía. No como cuando era pequeña y dormía en las cálidas cuevas de Rossak. En aquellos tiempos, se acostaba con muy pocas preocupaciones en la cabeza, aunque su madre nunca le prestaba atención. Y para compensar el desagrado de Zufa, Norma se replegaba a otros territorios y jugueteaba con unas matemáticas tan esotéricas que casi entraban en el campo de la física y la filosofía.

Con la ayuda y el apoyo de Aurelius, importantes ideas habían empezado a insinuarse en la mente hambrienta y receptiva de Norma, como las primeras gotas de lo que acabaría por ser un océano. A los siete años, la reserva de su intelecto seguía aumentando y siempre se acostaba con la mente llena de problemas o ejercicios mentales; en el

estado de duermevela que se produce justo antes de caer en el sueño profundo, muchas soluciones la tentaban, y rara vez se despertaba sin haberlas considerado todas en detalle.

En aquel momento, a su espalda, oía el silbido de un motor Holtzman que unos trabajadores estaban probando en el interior de uno de los edificios. Se concentró en el sonido, pero este se hizo más distante. Palpitando en su interior, las dosis masivas de melange la tranquilizaron, amortiguando sus percepciones sensoriales, al tiempo que reforzaban otras capacidades. El sonido se desvaneció gradualmente y su cuerpo dejó de notar la brisa. Era como si su pensamiento la estuviera elevando hacia el cielo estrellado.

Allá fuera, las naves de la flota de la Yihad plegaban el espacio y saltaban entre diferentes dimensiones para ir de un Planeta Sincronizado a otro. En su mente oyó a la tripulación de una nave que se evaporaba y desaparecía, oyó sus almas desgarradas... y todo porque no podía ayudarles a encontrar el camino. Deseó que el comandante supremo hubiera podido instalar los sistemas informatizados prohibidos en más que las doce naves principales. Si un ordenador estaba diseñado para ayudar a la destrucción de Omnius, ¿seguía siendo inherentemente malo?

O quizá tendría que haber diseñado rutas para la flota, haber hecho los saltos más cortos y a través de zonas espaciales más predecibles. Como en un sprint: haber cubierto las rutas seguras en un instante y haber seguido con la tecnología normal por las zonas sin cartografiar. Pero una precaución como aquella les habría costado demasiado tiempo. ¡Tiempo! Y el ejército de la Yihad no tenía tiempo.

Su visión seguía siendo muy vívida y le permitió ver las tormentas nucleares desatadas por las bombas de la Liga, huracanes de energía atómica de impulsos que arrasaban

los enclaves de Omnius… y a los humanos cautivos, que en un primer momento lanzaban vítores y luego veían que ellos también estaban condenados.

Otro mundo de las máquinas que desaparecía, otro Omnius eliminado. Pero, con cada trayecto a través del espacio plegado, el ejército cada vez tenía menos naves.

Norma salió de pronto de su aturdimiento y se dio cuenta de que el extenso tejado estaba bañado por la luz de varios globos de luz. Adrien estaba muy cerca, observándola con aire preocupado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? El sonido de los trabajos y las pruebas de los astilleros de pronto le llegó con una nitidez sorprendente.

—Hay tantas víctimas… —Notaba la garganta seca y carrasposa—. No pueden ver adonde les llevan mis naves y por eso están perdidos. Demasiados valientes soldados de la Yihad, demasiados prisioneros inocentes de los Planetas Sincronizados. Mis naves. Mi fracaso.

Los ojos oscuros de Adrien la miraron con resignación y estoicismo.

—Es uno de los precios que hay que pagar en esta guerra larga y sangrienta, madre. Cuando la Yihad termine, podremos volver al trabajo.

Aun así, durante toda la noche, Norma estuvo oyendo los gritos de los que morían resonando por y a través del espacio.

42

El camino del guerrero, momento a momento, está en la práctica de la muerte.

MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

De acuerdo con el plan que Vor había establecido con el primero Quentin Butler antes de partir de Salusa Secundus, después de cada enfrentamiento con un Planeta Sincronizado cada grupo de combate enviaba veloces mensajeros. Dada la tasa de pérdidas estimada para cada salto en el espacio, no podían arriesgarse enviando soldados profesionales a cada uno de estos encuentros; en cambio, los voluntarios martiristas sí eran prescindibles.

Enjambres de pequeñas naves se reunían en puntos establecidos de encuentro con noticias e informes, colocando sus detallados cuadernos de viaje en boyas que posteriormente eran retiradas, copiadas y distribuidas por las naves de reconocimiento de otros grupos de combate. De este modo, todos los comandantes estaban siempre informados de las pérdidas y los avances. Vorian Atreides había ideado el sistema imitando el patrón que seguía Omnius al enviar sus naves de actualización por todo el Imperio Sincronizado para que las supermentes estuvieran siempre al día. Una ironía muy satisfactoria.

Los técnicos analizaban la información, iban llenando los blancos; cada informe de un éxito era una pequeña victoria, un indicio de supervivencia, un motivo para la esperanza. Pero había otros informes. Ciento ochenta y cuatro naves perdidas… doscientas diecisiete… doscientas treinta y cinco… doscientas setenta y nueve. Cada salto al espacio en aquella guerra nuclear era como un terrible e impredecible juego de ruleta rusa: un demoledor ataque relámpago si salía bien, o una muerte relámpago si salía mal.

Por un momento Vor se permitió lamentarse por una de las naves perdidas, el *Zimia*, y su capitán, un buen soldado y un excelente compañero de bebida. Habían compartido muchas charlas sobre batallas y mujeres en numerosos puertos espaciales a lo largo y ancho de toda la Liga. Otras caras y personalidades pasaban por su mente, todos héroes muertos, pero por el bien de la misión tuvo que dejar aquellos pensamientos a un lado.

Pensó en el joven Abulurd, que estaría en Salusa, a salvo de aquella dura prueba, aunque la amenaza a la que él se enfrentaba no era menos temible. Él y Faykan tenían que evacuar un planeta entero.

Renegando por lo bajo, Vor se preguntó a cuántos saltos más podría sobrevivir su grupo. Solo tenía que recurrir a las estadísticas para calcular la cifra… pero eso es lo que habría hecho una máquina. Y en la guerra no había nada seguro. Cuando la Gran Purga terminara, ¿cuántas naves quedarían? Él mismo ¿seguiría con vida? Gracias al sistema de navegación mejorado de Norma Cenva tenía más probabilidades que muchos, pero ¿sería eso suficiente? Su flota ya había dejado un cementerio de basura espacial a su paso.

Y cuando acabaran de aplastar a los Planetas Sincronizados desprotegidos, y a Corrin, los que quedaran

tenían que volver a toda prisa a Salusa y plantar cara a la flota de naves robóticas, que estaban programadas para atacar, aunque la supermente ya no existiera. Las naves de la Yihad causarían tanto daño como pudieran, y con un poco de suerte repelerían el ataque de las máquinas.

Él y todos sus guerreros estaban convencidos de que morirían antes de que el enfrentamiento acabara. Pero se sacrificaría con la satisfacción de saber que por fin habían derrotado a la supermente. Hasta puede que volviera a encontrarse con Leronica en el cielo, si los martiristas no se equivocaban…

Vor meneó la cabeza, mirando la nueva proyección táctica actualizada en el puente del *Serena Victory*. Ahí fuera, en el inmenso y silencioso campo de batalla del espacio, sabía que los ataques se sucedían. Más de tres cuartas partes de los quinientos cuarenta y tres Planetas Sincronizados habrían desaparecido.

Conforme cada grupo de mensajeros regresaba con noticias de los otros noventa grupos de combate, Vor actualizaba el mapa de sus avances por territorio enemigo. Al revisar los diferentes informes, vio que algunos de los planetas habían opuesto más resistencia de la que esperaban, recurriendo a sus sistemas de tierra. Cinco de los grupos de Purga habían fracasado con objetivos concretos, lo que significaba que tendría que haber una segunda ofensiva en las mismas coordenadas. En otro orden de cosas, debido a los caprichos de los viajes por el espacio plegado, cuatro naves de un mismo grupo habían desaparecido en un solo salto. Solo dos de los mensajeros lograron llegar con sus terribles informes.

«Habrá que compensar por otro lado».

—Mi grupo lo hará, comandante supremo —dijo Quentin Butler por el comunicador. Su voz sonaba vacía, como si hubiera dejado de importarle si vivía o moría—. Si me da

dos de sus naves, volveremos y acabaremos con los objetivos que se nos han escapado.

La nave insignia de Quentin había sobrevivido a uno de aquellos saltos desastrosos. Cuando solo quedaban seis de las naves principales de su grupo, había perdido tres en un solo salto hacia un nuevo objetivo. Vio las defensas de los robots, calculó sus posibilidades y comprendió que no podrían destruir al enemigo. Decepcionado, Quentin había reunido a las tres ballestas que le quedaban y acudió al punto de encuentro con el comandante supremo. Unieron sus fuerzas, arrasaron otro Planeta Sincronizado y luego hicieron una pausa para evaluar la situación. Quentin estaba impaciente por volver a atacar.

—Muy bien, primero. Vaya con mi bendición. No podemos dejar ni un solo planeta enemigo.

Según las estimaciones, más de mil millones de esclavos humanos y humanos de confianza habían muerto ya durante la Gran Purga… gente que trataba de sobrevivir en las condiciones más terribles, bajo el dominio de las perversas máquinas pensantes. Sacrificarlas era terrible, pero totalmente necesario. Y aún habrían de morir muchos más.

Los sistemas planetarios aniquilados en los primeros ataques no eran más que mundos menores, puestos militares y puntos de reabastecimiento para las fuerzas de Omnius. Ahora, con lo que quedaba de su grupo de combate, Vor iría a por planetas más importantes, y finalmente atacaría Corrin. Entonces todo habría acabado.

Cuando Quentin se fue, el grupo reorganizado de Vor dio el siguiente salto. El espacio se plegó en torno a sus naves en lo que podría ser un simple abrazo o un estrangulamiento. Lo sabrían en unos momentos…

Cuando vieron ante ellos el planeta de Quadra, con sus lunas plateadas, Vor dispersó sus naves e inició la

aproximación, con el *Serena Victory* a uno de los lados. Luego desplegó sus escuadrones de bombarderos. Los escáneres detectaron misiles que se acercaban y Vor ordenó activar los escudos Holtzman.

Aunque hacía semanas que se había iniciado la Gran Purga, era imposible que una nave robot hubiera viajado a otros Planetas Sincronizados con la suficiente rapidez para advertirles. Pero el Omnius-Quadra tenía sistemas defensivos automáticos que respondieron ante la llegada de la flota de la Yihad.

Los misiles robóticos colisionaron contra los escudos Holtzman, rebotaron y acabaron girando inofensivamente por el espacio. Antes de que la supermente del planeta tuviera tiempo de lanzar una segunda descarga, Vor ordenó a sus naves que dispararan algunas de sus ojivas múltiples utilizando el sistema intermitente de los escudos. Momentos después, diez lunas artificiales se quebraron por los impactos, despidiendo una cascada de fuegos artificiales plateados al vacío del espacio orbital. Vor se dio cuenta de que aquella batalla les tomaría horas, puede que incluso días…

Tras destruir las lunas artificiales de combate, sin lograr llegar todavía a las defensas terrestres y las estaciones de Omnius en Quadra, Vor retrocedió sorprendido al oír la estática en la pantalla del puente. Su oficial de comunicaciones habló.

—Comandante supremo, desde allá abajo se han puesto en contacto con nosotros… una transmisión de los humanos. Deben de haberse hecho con una de las estaciones de comunicaciones.

En la pantalla apareció una secuencia de imágenes, un plano general de los continentes y las ciudades de la superficie. Vor vio primeros planos, grabados al parecer por

los ojos espía de vigilancia de una de las ciudades del planeta. Sabía lo que tenía que hacer.

—No podemos salvarles. Continuad con el despliegue completo de las ojivas.

Uno de los voluntarios martiristas, que se encargaba del escáner, asintió.

—Serán bien recibidos en el Paraíso si entregan sus vidas por la Yihad santa.

—Después de hoy, el Paraíso va a estar bastante abarrotado —musitó Vor mirando a la pantalla.

En los cielos humeantes de Quadra, las lunas plateadas de combate estaban muy bajas sobre la metrópoli. Los robots que desfilaban por las calles no les prestaban atención, pero los esclavos humanos sentían su presencia abrumadora. Aunque todas las naves de combate habían sido enviadas a Corrin para el asalto final contra la Liga, la amenaza seguía ahí.

Pero algunos de los esclavos habían hecho planes a escondidas, sin perder nunca la esperanza.

Cuando inesperadamente empezaron a saltar chispas y destellos en los satélites artificiales, los humanos de las calles de Quadra City se volvieron a mirar. Muchos levantaron un momento la vista al cielo, y reanudaron con nerviosismo sus tareas, sin acabar de creérselo.

Sin embargo, un humano llamado Borys —un antiguo maestro de armas de Ginaz capturado hacía veintiún años durante una escaramuza en Ularda— supo exactamente lo que estaba pasando. Su corazón se llenó de esperanza y dejó caer las herramientas de la cadena de empaquetado en la que le obligaban a trabajar. Se dirigió a sus compañeros, consciente de que no debía vacilar.

—¡Esto es lo que hemos estado esperando! Nuestros rescatadores han llegado. Debemos liberarnos de nuestras cadenas y luchar junto a los liberadores antes de que sea demasiado tarde.

Entre los equipos de trabajo los gemidos y los murmullos se extendieron como una onda de choque. Borys cogió una de sus pesadas herramientas y la empotró entre los engranajes de la máquina que movía la cinta de la cadena. El complejo sistema se detuvo con un chirrido que sonó como si las máquinas estuvieran sufriendo.

A su alrededor los robots centinela y los modelos de combate se detuvieron, mientras recibían nuevas instrucciones del Omnius-Quadra. Borys no creía que su insignificante travesura hubiera llamado la atención de la supermente: en órbita estaba pasando algo que acaparaba por completo la atención del ordenador gigante.

Durante sus años de cautiverio, los compañeros mercenarios que fueron capturados con Borys en Ularda habían ido cayendo, algunos por una buena causa, otros para nada. Borys era el último de su grupo, y tenía mayores aspiraciones. En aquellos momentos, mientras reunía a la gente que trabajaba en las calles, supo que aquella sería su única oportunidad.

Borys nunca había dejado de comentar sus planes entre los humanos del planeta, de calibrar a los otros prisioneros. Como maestro de armas, había nacido para luchar y había aprendido las técnicas de combate bajo la supervisión del *sensei* mek Chirox. Borys conocía sus capacidades y sus limitaciones. Había seleccionado cuidadosamente a los que estaban dispuestos a luchar por su libertad, separándolos de los cautivos que tenían demasiado miedo para arriesgarse. A aquellas alturas, sus tenientes escogidos estaban repartidos por toda Quadra.

Un comunicado se oyó por los altavoces de la cadena de empaquetado. Normalmente los robots utilizaban el sistema para dar órdenes a los obreros esclavos, pero esta vez fue una voz humana la que habló.

—¡Es el ejército de la Yihad! ¡Ballestas, jabalinas, naves veloces! —Borys reconoció la voz: era uno de los suyos, destinado en una de las lunas artificiales—. Han llegado como salidos de la nada… con una increíble potencia de fuego. Una de las lunas ya está fuera de combate.

En el cielo, Borys veía destellos furiosos de luz, como chispas que saltaban de una rueda de molienda. El fuego se concentraba en una de las esferas plateadas que colgaban en una órbita baja. La intensidad del combate iba en aumento, y Borys contuvo el aliento al ver que el satélite artificial se agrietaba tras una explosión deslumbrante. Los fragmentos de la luna salieron disparados como trozos de una cascara de huevo y atravesaron la atmósfera con una estela de fuego.

Viendo aquello como una clara señal de la victoria inminente, los trabajadores que dudaban encontraron el valor para jugarse su suerte apoyando la insurrección de Borys. Dejando a un lado sus miedos, la gente empezó a correr coreando por la liberación inminente y causando todos los destrozos que podían.

El caos y el carácter impredecible de los humanos hacían imposible una respuesta eficiente, así que las máquinas respondieron con violencia, aprovechando su superioridad armamentística. Mientras la batalla continuaba sobre sus cabezas, robots centinela perseguían a los esclavos por las calles, disparando a la chusma. Hubo muchos gritos y derramamiento de sangre.

Pero la gente desesperada se defendía sin pensar en su propia supervivencia, y por un momento Borys se permitió sentirse orgulloso. Llevaba años preparándolos para aquello.

Muchos lo habían visto siempre como una fantasía, un ejercicio, pero ahora estaba pasando. Volvían a tener esperanza.

—¡Debemos resistir! Las naves de la Liga pronto estarán aquí… tenemos que despejar el camino.

Borys era un maestro de armas, y eso significaba que podía hacer un arma con cualquier cosa: barras de metal, descargas eléctricas, lo que fuera. Destrozó maquinaria automatizada, se las ingenió para sobrecargar generadores. Al cabo de una hora había destruido muchas máquinas pensantes y junto con un grupo de hombres estaba tratando de volar un centro secundario de mando. Pero, aunque el Omnius-Quadra concentraba sus escasas defensas contra la flota espacial de la Yihad, llegaron nuevos robots de los alrededores de la ciudad. Había demasiados, y estaban demasiado bien armados para que los esclavos oprimidos pudieran derrotarlos solo con sus manos y algunas armas rudimentarias.

Borys no se permitió desanimarse. Seguía teniendo la esperanza de que los humanos pronto bajarían a la superficie con refuerzos. Cada vez eran más y más los esclavos que se unían a la lucha por su libertad, incluso un puñado de los que se habían pasado al bando de Omnius.

Cuando finalmente llegó a un centro de comunicaciones que seguía funcionando, Borys transmitió un mensaje pidiendo ayuda, suplicando que bajaran a rescatarlos.

Kindjal de la Yihad y bombarderos protegidos con escudos descendieron sobre el planeta como un grupo de águilas. Al verlos, los que aún seguían con vida se animaron, y Borys alzó el puño en el aire.

Luego las bombas atómicas de impulsos empezaron a estallar, primero muy lejos, en el horizonte. Una intensa luz se extendió como un manto blanco por el cielo. Las ondas de energía nuclear calcinadora cayeron sobre la ciudad

mecánica, con un resplandor cegador provocado por las sucesivas explosiones.

Borys dejó caer su arma improvisada al suelo y levantó el rostro al cielo. Ahora entendía por qué nadie había contestado a sus llamadas.

—Vaya, después de todo, parece que no vienen a rescatarnos. —Y dio un profundo suspiro de resignación mientras el ejército de la Yihad seguía con su misión. La Liga había ido hasta allí para destruir a Omnius, no para salvar a un puñado de esclavos humanos—. Solo somos un daño colateral.

Pero entendía lo que trataban de hacer, y sintió cierto orgullo al comprender que tendría ocasión de morir en combate… en la que quizá sería la última gran batalla de aquella espantosa guerra. Hasta entonces, a Borys no se le había ocurrido ninguna forma digna de dar su vida. Si la Armada tenía éxito, las máquinas serían destruidas.

—Luchad bien y que vuestros enemigos caigan deprisa —musitó para sus adentros.

Las veloces kindjal y los bombarderos penetraron en la atmósfera. Los intensos destellos eran extrañamente silenciosos. La onda expansiva de fuerza desintegradora cayó sobre Borys, cayó por igual sobre humanos y robots mucho antes de que pudieran oírla acercarse.

El grupo de combate volvió a plegar el espacio para dirigirse al siguiente sistema. Afortunadamente, esta vez Vor no perdió ninguna nave importante. De acuerdo con la información recogida por la última ronda de mensajeros, quedaban menos de trescientas ballestas y jabalinas de las mil con las que habían comenzado.

Vor comprobó la actividad en la superficie del Planeta Sincronizado que veía allá abajo, su siguiente objetivo, poco

más que un nombre y unas coordenadas. «Así es como debo verlo». Un objetivo, una victoria necesaria. Incluso si la población esclavizada del planeta le daba la bienvenida, él debía dar la orden y lanzar el ataque. Convertir cada Planeta Sincronizado en un yermo estéril. Tras convencerse a sí mismo de que aquello era necesario, dejó de pensar. Endureció su corazón, porque no tenía elección.

Vor siguió saltando sistemáticamente por el espacio plegado, golpeando más planetas enemigos, y perdió otras dos naves. Sus escuadrones de bombarderos atacaban simultáneamente. Los guerreros de la Yihad, cada vez más furiosos, viajaban de un mundo a otro, acercándose más y más a Corrin, el mundo central de las máquinas. Todas las otras supermentes fueron eliminadas. Con cada nuevo éxito, la flota de la Yihad dejaba una estela de mundos devastados, sin ningún tipo de vida, ni mecánica ni humana.

Finalmente, Vor se reunió con el resto de la flota, como estaba previsto, y contaron sus efectivos. Solo quedaban doscientas sesenta y seis naves. Las unió todas en un grupo único de batalla, dirigido por él mismo, con Quentin Butler como segundo. No había tiempo para lamentarse, para llorar… no todavía. Vor lograría la victoria al precio que fuera. No había sitio para reproches, no podían volver la vista atrás.

Ahora no podían detenerse. La monstruosa flota robótica seguía su camino a Salusa Secundus. Sin pararse a consultar a su conciencia, Vor reunió sus naves y las preparó para el siguiente salto.

A Corrin.

43

No hay dos cerebros humanos que sean iguales. Un concepto difícil de asimilar para una máquina pensante.

ERASMO, *Reflexiones sobre los seres biológicos racionales*

Con los motores calientes y utilizando los últimos restos de combustible para una brusca desaceleración, el primer grupo de naves de guerra robóticas regresó del asalto frustrado a Salusa Secundus. La misión había sido abortada, y habían tenido que cambiar sus prioridades por orden directa del Omnius Primero. El grupo de naves robot serviría como primera defensa contra la Gran Purga de los hrethgir. Todas las proyecciones mostraban un resultado similar: las naves humanas cargadas de armamento atómico llegarían muy pronto.

Tras recibir aquella chocante noticia por boca de Vidad, Omnius había enviado diez naves superveloces con potentes motores a buscar a la flota de exterminio y traerla de vuelta a Corrin. Las naves de la Liga estaban en camino. ¿Era posible —probable— que el resto del Imperio Sincronizado ya hubiera sido destruido?

Las naves superveloces consumieron todo el combustible por la aceleración continua, y salieron del sistema a una velocidad cada vez más alta, sin reservar energía para el

viaje de vuelta o tan siquiera para la desaceleración. Los mensajeros alcanzaron al grueso de la flota de Omnius en cinco días, pero no pudieron reducir la velocidad para atracar en las naves más grandes. Simplemente, transmitieron las órdenes de la supermente y reprogramaron la flota mientras pasaban de largo en su precipitada carrera.

La flota robótica tuvo que dispersarse para que cada nave pudiera maniobrar y dar la vuelta. Las naves que podían alcanzar una mayor velocidad tenían prioridad, y partieron las primeras en un frenético viaje de vuelta para formar un cordón protector alrededor del principal de los Planetas Sincronizados. Estas naves más veloces forzaron tanto sus sistemas que muchas llegaron bastante maltrechas a Corrin, con los sistemas sobrecargados o, directamente, inutilizados. Las naves más voluminosas y lentas llegarían después, tan pronto como fuera posible.

Entretanto, Omnius modificó todas sus industrias de tierra para producir armas y guerreros de combate. En unos pocos días, había establecido una defensa rudimentaria. El segundo grupo de naves de guerra empezó a llegar con cuentagotas… acompañado por el capitán de una nave de actualización que traía una esfera completa del Omnius de uno de los planetas destruidos.

Meses atrás, cuando escapó de su largo cautiverio a manos de Agamenón, a Seurat le habían reasignado a su antiguo trabajo, que realizaba con gran eficacia. Ahora llegaba tras escapar por muy poco de un Planeta Sincronizado cercano, uno de los primeros objetivos de la Gran Purga. Traía la confirmación directa de que un grupo de combate de la Yihad había aparecido como salido de la nada, atacó con un abrumador despliegue de ojivas nucleares de impulsos y luego desapareció, como si pudiera entrar y salir de un agujero en el tejido del espacio/tiempo.

Exactamente como había dicho el pensador de la Torre de Marfil. Tras darle esta información, Vidad consideró que ya había cumplido con su deber. Mientras las máquinas pensantes entraban en un torbellino de reacciones y preparativos, el pensador y su único acompañante humano partieron de inmediato en un relajado viaje de regreso a Salusa. Omnius no trató de detenerlos; ahora la figura del pensador era totalmente irrelevante.

Cuando supo de la llegada de Seurat, Erasmo decidió visitar inmediatamente la nave de actualización y entrevistarse con su capitán.

—Me gustaría acompañarle, padre —dijo Gilbertus, dejando al plácido clon de Serena entre las flores del jardín.

—Tus opiniones siempre son valiosas.

Un levitatrén los llevó a través de la ciudad hasta el puerto espacial, donde una estilizada nave de actualización blanca y negra descansaba sobre una nueva sección de pistas, no muy lejos de la terminal de metal reluciente. Cuando se encontró con el capitán, Erasmo estableció una interfaz con la unidad autónoma. Estudió los registros mentales de Seurat y, conforme ahondaba en su análisis, vio que surgían detalles interesantes.

El robot piloto había recibido una nueva copia de actualización y estaba listo para salir del Sistema Sincronizado cuando de pronto una flota enemiga salió de la nada, aniquiló la encarnación de Omnius y se desvaneció en el cosmos en un abrir y cerrar de ojos, sin duda para lanzar nuevos ataques. Seurat regresó a Corrin tan deprisa como pudo, llevando casi al límite la capacidad de los motores de su nave.

Erasmo interrumpió la conexión para analizar aquellas sorprendentes noticias. Se volvió hacia Gilbertus.

—Las acciones de las fuerzas de la Yihad son de lo más inesperadas. Están matando a millones y millones de

humanos en los Planetas Sincronizados.

—No puedo creer que los humanos elijan voluntariamente aniquilar a tantos de los suyos —dijo Gilbertus.

—Mentat mío, siempre lo han hecho así. Solo que esta vez también están aniquilando a las máquinas pensantes.

—Me avergüenzo de pertenecer a esa especie.

—Están haciendo lo que haga falta para exterminarnos, al precio que sea.

—Usted y yo somos únicos, padre. Somos libres de la influencia no deseada de humanos y máquinas.

—Nunca seremos libres de nuestro entorno ni de nuestra configuración interna. En mi caso, es la programación y los datos adquiridos; en el tuyo, la genética y las experiencias vitales. —Mientras hablaba, Erasmo reparó en un par de relucientes ojos espía que flotaban en el aire, recopilando y transmitiendo datos—. El futuro de los dos depende de los resultados de esta gran guerra. Muchas cosas influyen en nuestro comportamiento y nuestras circunstancias, tanto si somos conscientes como si no.

—No deseo morir víctima del odio que los humanos sienten por las máquinas pensantes —dijo Gilbertus—. Y tampoco quiero que muera usted, padre.

A Erasmo le pareció que su hijo adoptivo estaba auténticamente triste, y que era del todo leal. Pero, décadas atrás, Vorian Atreides también se lo había parecido. Apartó aquel pensamiento y pasó un pesado brazo de metal por los hombros de Gilbertus, simulando un gesto de afecto.

—Volverán suficientes naves de nuestra flota para protegernos —dijo para tranquilizar a su pupilo humano, aunque no tenía datos fidedignos para confirmar sus palabras. Las máquinas tendrían que parapetarse en Corrin, establecer una base tras una barrera tan impenetrable que ningún humano pudiera tocarla.

—Es totalmente necesario —intervino Omnius, que había estado escuchando—. Es posible que yo sea la última encarnación de la supermente.

44

Si me dieran la oportunidad de escribir mi propio epitafio, hay muchas cosas que no diría. Muchas que jamás confesaría. «Tenía el corazón de un guerrero». Este es el mejor epitafio que podría esperar.

COMANDANTE SUPREMO VORIAN ATREIDES,
a un biógrafo

En la oscuridad del espacio, lo que quedaba de la flota de la Yihad se desplazaba en una formación algo dispersa mientras diferentes equipos trabajaban a contrarreloj para tener sus naves a punto para el asalto final contra Corrin. Hacían reparaciones, preparaban ojivas nucleares, comprobaban el estado de los motores y los escudos Holtzman para la última batalla.

—En cuestión de horas, habremos destruido al último Omnius —dijo el comandante supremo Atreides por la línea de comunicación entre las naves—. En cuestión de horas, la raza humana será libre por primera vez desde hace más de mil años.

El primero Quentin Butler, que escuchaba el discurso desde el puente de su ballesta, asintió. A su alrededor, en el espacio, con el telón de fondo de las estrellas lejanas, las naves que quedaban de su flota despedían el reconfortante resplandor de las luces del interior y los sensores verdes

anticolisión. Oía un parloteo continuo entre los canales de comunicación, continuas transmisiones sobre la marcha de los preparativos, informes de los guardas que vigilaban en las zonas más apartadas. Los martiristas entonaban cantos dando gracias, rezaban pidiendo venganza.

«Ya casi ha terminado». Con la flota de exterminación robótica a semanas de distancia, Corrin estaría totalmente desprotegido.

Quentin se sentía el corazón muerto, consumido por la certeza de haber acabado con la vida de millones y millones de esclavos humanos inocentes, pero intentaba evitar que estos terribles pensamientos penetraran en su conciencia. En aquellos momentos de oscuridad, Quentin solo encontraba consuelo en las palabras del comandante supremo Vorian Atreides. Habían tenido que tomar una decisión terrible pero, aunque el precio era altísimo, muchos más humanos morirían si no hacían de tripas corazón y aceptaban la responsabilidad de aquel reto.

Lograr una victoria total contra las máquinas pensantes, al precio que fuera.

Quentin no soportaba estar allí sentado en su nave, sin hacer nada. Necesitaba entrar en acción, acabar ya con aquella terrible tarea. Si se quedaban quietos demasiado tiempo, todos empezarían a pensar y pensar…

Corrin, el principal de los Planetas Sincronizados —el último de los Planetas Sincronizados—, era mucho más importante que todos los otros. Y ahora que se había convertido en el último bastión de la supermente, las apuestas eran muy altas y el peligro era mayor que nunca. Si una parte de la inmensa flota de ataque se había quedado atrás para protegerlo, las máquinas dedicarían todos sus recursos a luchar por su supervivencia. Teniendo en cuenta que, después de la Gran Purga, las naves de la

Liga que quedaban estaban muy tocadas y eran muchas menos, la batalla podía ser terrible.

Si Omnius lograba salvar una copia de sí mismo antes del ataque atómico, si un capitán de una nave de actualizaciones como Seurat escapaba con una esfera de circuitos gelificados de la supermente, todo estaría perdido. Las máquinas volverían a propagarse.

Vorian Atreides había propuesto una solución innovadora. Entre las armas que llevaban con ellos, había transmisores de impulsos descodificadores que podían instalarse en miles de satélites. Antes de iniciar la batalla de Corrin, distribuirían los satélites Holtzman formando una red alrededor del planeta, para atrapar así de forma irremisible a la supermente.

En aquellos momentos, antes del ataque final, Quentin veía a sus oficiales y técnicos suboficiales en sus respectivas tareas, con aire apresurado. Su ayudante temporal estaba muy cerca, joven y expectante, lista para cumplir las órdenes de su superior o realizar otras tareas clave, para que Quentin pudiera concentrarse en el inminente combate… ¿Sería realmente la batalla final?

Desde que podía recordar no había conocido otra cosa que no fuera la Yihad. Se había convertido en un héroe muy pronto en su carrera, se había casado con una Butler y había tenido tres hijos que sirvieron en la lucha contra las máquinas pensantes. Había dedicado toda su vida a aquella guerra implacable. Pero en aquellos momentos se sentía terriblemente cansado y lo único que quería es que la guerra se acabara. Como el mito de Sísifo, condenado a una tarea imposible e infernal para toda la eternidad. Quizá si algún día volvía a Salusa —si Salusa sobrevivía a la batalla— se recluiría en la Ciudad de la Introspección y terminaría sus días sentado junto a Wandra, con la mirada perdida en el vacío…

Pero estaban en guerra, así que Quentin se obligó a dejar a un lado aquellos pensamientos. Le debilitaban emocional y físicamente. Como liberador de Parmentier y defensor de Ix, era un ejemplo para un número importante de yihadíes y mercenarios. Por muy cansado que estuviese, por muy pesimista que se sintiera, no debía demostrarlo.

Por el momento, su campaña de bombardeos nucleares había sido un éxito, pero habían logrado aquellas victorias a un precio tremendo. Después de tantos saltos por el tejido espacial, el número de efectivos era de menos de un cuarto que cuando partieron. Muchos de sus guerreros más brillantes, algunos de ellos amigos desde años atrás, estaban muertos. Y miles de inocentes habían muerto en los Planetas Sincronizados, desintegrados en la bruma atómica.

Los muertos eran tantos que Quentin sentía dos grandes cargas, el peso de la responsabilidad y el sentimiento de culpa del superviviente. Algún día, cuando tuviera tiempo, tendría muchas cartas que escribir, familiares a los que visitar… si sobrevivía.

Algunas de las naves que quedaban habían resultado dañadas en combate y se habían reparado lo justo para que pudieran arrojar sus ojivas nucleares, aunque no contaban con ninguna otra capacidad defensiva ni ofensiva. Otras tenían inutilizadas sus baterías de artillería; o los escudos Holtzman. Una docena de naves aún podían plegar el espacio, pero no tenían capacidad ofensiva. Solo podrían utilizarse en operaciones de rescate o, hasta cierto punto, como naves de relleno, para que la fuerza de ataque de la Yihad pareciera más importante de lo que era.

Cada pequeño elemento desempeñaba un papel importante.

A través del comunicador, la ayudante de Quentin transmitía con ojos brillantes instrucciones de última hora al resto de naves. Cuando Quentin dijo que estaba listo, el

comandante supremo Atreides coordinó el salto por el tejido espacial para la ofensiva final contra Omnius.

—¡Pongamos rumbo a Corrin!

Como respuesta, los oficiales y los soldados lanzaron vítores, un gran rugido que resonó por el sistema de megafonía. A Quentin le dieron escalofríos. Décadas de guerra habían llevado a aquel punto. Si querían salir victoriosos, iban a necesitar cada técnica, cada instinto que los soldados hubieran aprendido en la batalla.

Las naves enemigas empezaron a aparecer de improviso. Más de doscientas, todas ellas con los distintivos del ejército de la Yihad.

—Han venido a eliminarnos, Gilbertus —dijo el robot.

—Nuestras defensas aguantarán —insistió la supermente con voz atronadora desde uno de los paneles de las paredes—. He realizado simulaciones y cálculos.

Poco a poco, los primeros grupos de naves robóticas en regresar habían ido ocupando posiciones alrededor de Corrin, formando una serie de anillos defensivos y trampas. Sin embargo, el grueso de la flota aún estaba de camino. Con aquello no podrían repeler a los fanáticos humanos. Erasmo contempló a los atacantes hrethgir que amenazaban Corrin, consciente de que sus bodegas de carga estaban llenas de naves atómicas de impulsos.

Una vez más, Omnius había infravalorado claramente al enemigo humano. Erasmo sabía perfectamente que las defensas mecánicas que habían preparado a toda prisa y el puñado de naves de guerra que habían logrado regresar a tiempo no serían suficiente.

Estadísticamente, cabía la posibilidad de que los hrethgir ganaran.

Cuando empezaron a llegar los primeros informes tácticos, Quentin se acercó a la pantalla de proyección.

—Sus defensas son más importantes de lo que esperábamos. ¿Qué hacen todas esas naves de guerra ahí abajo? Pensaba que la flota de exterminación había partido hacia Salusa hace semanas. ¿Han dejado una fuerza de guardia?

—Es posible. Si no, es que alguien ha alertado al Omnius-Corrin —dijo Vorian Atreides por el comunicador—. Pero aun así podemos penetrar en sus líneas… si ponemos todo lo que tenemos en este último encuentro. Simplemente, será más difícil que nuestras otras victorias.

Quentin contó sus naves. Afortunadamente, no había perdido ninguna en el último salto desde el punto de encuentro, y eso le animó.

—Primero desplegaremos la red de satélites descodificadores. Nuestro principal objetivo es evitar que Omnius escape. —Vorian dio orden para que las naves lanzaran las boyas defensivas que habían construido a toda prisa, cada una equipada con un generador de impulsos. Los científicos habían preparado un entramado perfecto, una extensa red destructiva que formaría una barrera impenetrable para las mentes de circuitos gelificados de las máquinas pensantes. Era el concepto opuesto a los escudos de energía de Tio Holtzman, que los mundos de la Liga normalmente utilizaban para mantener a las máquinas fuera.

Las naves robóticas siguieron en sus posiciones, en una órbita cercana al planeta, como si estuvieran desafiando a los humanos. Los satélites descodificadores se dispersaron alrededor de Corrin, como semillas espaciales.

—Eso los dejará bien servidos —dijo Vor—. Preparados para activar la red descodificadora a mi orden…

En el puente de la nave de Quentin, la primera oficial gritó desde su puesto de observación.

—¡Se acercan más naves enemigas, señor! ¡Muchas!

—¡Por Dios y santa Serena, mirad! —exclamó uno de los voluntarios martiristas—. La flota de exterminio ha regresado.

Quentin dio la espalda a la imagen del pequeño grupo de naves robóticas concentradas alrededor de Corrin. Nuevas naves de la inmensa flota llegaron rodeando Corrin, con el sol coagulado a su espalda. Aunque estaban muy lejos del número de efectivos que él y Faykan habían visto en su expedición de reconocimiento, seguían llegando nuevas naves, ocupando más y más espacio. Llevaban los motores muy calientes, y parecían desperdigadas y desorganizadas, como si hubieran vuelto deprisa y corriendo.

Quentin observaba, tratando de calcular la cantidad de naves que regresaban.

—¡Activad los motores Holtzman! Maldita sea. Están demasiado cerca, y el sistema es demasiado imperfecto para que podamos saltar a través del espacio y aparecer del otro lado de esas naves.

Desde su nave insignia, el comandante supremo Atreides transmitió:

—Sabían que veníamos. De alguna forma lo sabían. El Omnius-Corrin los ha hecho regresar para salvarse.

Las enormes naves robóticas se iban cerrando más y más, formando un poderoso cordón para defender al último Omnius. Era un acto de desesperación, estaba claro, y la supermente parecía muy consciente de sus posibilidades. Pero, con solo un cuarto de sus efectivos y después de haber sufrido tantos reveses, por más que lo detestara,

Quentin llegó a la conclusión de que no tenían suficiente potencia de fuego para traspasar la barrera defensiva.

Aun así, respiró hondo y transmitió a la nave insignia.

—Hemos ido demasiado lejos para rendirnos ahora. ¿Doy la orden de atacar? Quizá logren pasar las suficientes naves para que podamos lanzar nuestras bombas atómicas de impulsos antes de que tengan tiempo de organizarse.

Vor vaciló solo un momento.

—A estas alturas sería un gesto inútil, primero. Ninguna de nuestras naves podría penetrar en la atmósfera y soltar la carga nuclear. No pienso malgastar más vidas.

—Nos estamos ofreciendo voluntarios, comandante supremo. Es nuestra última oportunidad.

—No. Negativo. No lo haremos.

Quentin no podía creerse lo que oía.

—Al menos deje que activemos los satélites Holtzman que hemos desplegado. Así no podrán pasar nuevos refuerzos.

—Al contrario, primero. Quiero que todos se congreguen alrededor de Corrin. Por el momento, los satélites permanecerán inactivos. —Su voz tenía un tono satisfecho —. He tenido una idea.

Desde la superficie del planeta, las naves robóticas salían a la atmósfera a toda velocidad, activando su armamento, listas para convertirse en una barrera suicida si la Liga seguía adelante. La flota de guerra seguía acercándose desde detrás del gigante rojo, penetrando en el sistema, apiñándose por encima de Corrin como langostas. Las naves enemigas regresaban y tomaban posiciones, formando una barrera impenetrable.

Quentin empezaba a entender.

—Ah, está dejando que las máquinas se pongan ellas solas la horca al cuello.

—Ya que estamos, vale la pena dejar que hagan el trabajo por nosotros, primero.

Las naves robóticas seguían regresando, formando diferentes capas defensivas por encima de Corrin. Quentin sabía que no podrían vencerles. Ninguna defensa podría haber protegido Salusa de un enemigo tan formidable, pero por suerte habían vuelto atrás. Siguió mirando mientras las últimas naves rezagadas aparecían y ocupaban su sitio en la barrera para defender el último de los Planetas Sincronizados.

—Muy bien —dijo el comandante supremo Atreides—. Ahora activaremos la red descodificadora. —Y por su voz daba la sensación de que estaba sonriendo.

Flotando por encima de Corrin, los pequeños satélites Holtzman se activaron, creando una red letal alrededor del planeta. Cualquier nave robótica que tratara de pasar a través de la parrilla energética sería destruida. Ningún cerebro de circuitos gelificados podía atravesar aquella línea.

—No les hemos destruido —dijo Vor—, pero todas las máquinas pensantes que quedan están atrapadas en Corrin. Por el momento, esos satélites descodificadores evitarán que nos causen más problemas.

—Esto es como un empate —comentó Quentin mientras veía los informes de los escáneres. Su voz sonaba infinitamente cansada y decepcionada—. Están acorralados como ratas.

Vor evaluó la situación, conocía las probabilidades.

—Casi todas nuestras naves deben permanecer aquí para asegurar que las máquinas no vayan a ningún sitio… hasta que encontremos la forma de destruirlas. —Pensó en el siguiente paso, porque sabía que las máquinas seguían reforzando y reforzando sus defensas con cada minuto que él tardaba en tomar la decisión. Pero los satélites

descodificadores los contendrían. Finalmente, meneó la cabeza.

—Ahora que tenemos a Omnius atrapado, debemos mantener nuestras fuerzas aquí y traer todo lo que podamos antes de que Omnius pueda fabricar refuerzos. Corrin será la última batalla, para las máquinas pensantes y para la humanidad. —Cerró el puño y golpeó el brazo de su asiento de mando—. Primero Butler, quiero que venga a mi nave. Usted y yo volveremos a Zimia a entregar nuestro informe.

—Sí, comandante supremo. —Quentin tenía la espalda encorvada, y sus hombros se doblaban por el peso de la derrota. Habían sacrificado tantas vidas, habían luchado tanto… De pronto dio un profundo suspiro porque lo comprendió. Aquel empate podía considerarse una victoria, sí. Para animar a sus soldados, habló por el canal general.

—Pensad en ello, mirad ahí fuera y veréis esa temible flota. ¡La flota entera! Al obligar a Omnius a traerlos de vuelta, hemos salvado las vidas de la población de Salusa Secundus.

—Habría preferido destruir a las máquinas pensantes —musitó su primera oficial, golpeando el respaldo de un asiento con el puño, visiblemente frustrada por tener que dejar aquello sin terminar.

—Aún hay tiempo para eso —dijo Quentin—. Encontraremos la forma. Preparados para replegar las naves a una distancia segura, aunque permanecerán en formación de contención.

45

> La victoria. La derrota. No son más que imposturas, espejismos. Avanza hacia tu propia muerte luchando sin temor y la vida no podrá contarte entre la horda de esclavos que tiene.
>
> MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

El grueso de la maltrecha flota de naves que plegaban el espacio, aún con su carga de bombas atómicas de impulsos, permaneció en Corrin para mantener a las máquinas pensantes a raya. Cada día trataban de encontrar alguna pequeña brecha. Gracias a los satélites descodificadores, por el momento había un empate entre ambas fuerzas, aunque se trataba de un equilibrio muy frágil.

Vorian Atreides y Quentin Butler volvieron a Salusa Secundus. En el mundo capital de la Liga, el comandante supremo reunió otro grupo de naves de guerra, retirando las defensas de emergencia que habían quedado en órbita sobre Salusa mientras los evacuados empezaban a regresar. Convocó a las últimas grandes naves, incluso las que no estaban equipadas con motores que plegaban el espacio, para que partieran de inmediato hacia Corrin.

—Necesito hasta la última ballesta y jabalina. Todas.

—Eso nos dejará totalmente desprotegidos —exclamó el virrey interino, que había sido uno de los primeros en

abandonar Salusa y fue uno de los primeros en regresar en cuanto se supo que el planeta ya no estaba en peligro—. ¿Es eso prudente militar o políticamente?

—De momento, no hay nada de lo que tengamos que defendernos. Si no logramos contener al último Omnius en Corrin, si no encontramos la forma de destruir a la última supermente, entonces ninguna defensa será suficiente —dijo Vor—. Soy el comandante supremo del ejército de la Yihad, y esto es una decisión militar: me llevaré esas naves.

Sus manos estaban manchadas con la sangre de miles de millones de personas, el precio que había aceptado para poder llevar a cabo la Gran Purga. No pensaba detenerse ahora. Quentin permanecía junto a él, como una piedra, con expresión dura, pero cada vez que conseguía decir algo su voz sonaba tranquila.

—No podemos confiarnos... ahora no, nunca. Aunque están atrapadas en Corrin, con la espada contra la pared, las máquinas son más peligrosas que nunca.

—No hay tiempo que perder. La última de las supermentes se siente acorralada; las máquinas dedicarán todos sus recursos a construir nuevas armas y reforzar sus defensas para que no podamos pasar —dijo Vor ante los miembros perplejos del Consejo—. Durante las próximas semanas, los próximos meses, por cada nave que Omnius construya, nosotros construiremos otra. No importa lo que nos cueste, no podemos permitir que las máquinas escapen.

Quentin miró a los políticos agitados de la mesa.

—En cuanto veamos una pequeña grieta en sus defensas, estaremos listos para entrar. —Dio un profundo suspiro, con aire agotado y quebrantado—. Hemos vendido nuestra alma para conseguir esta victoria, no permitiré que todos esos sacrificios hayan sido en vano.

En Zimia, Vor miraba al exterior. El sol estaba saliendo, y teñía con su luz dorada los hermosos edificios, muchos de ellos todavía vacíos. Una a una, las naves regresaban, trayendo a los evacuados desde los lugares donde se habían ocultado fuera del sistema. Durante la Gran Purga, Abulurd y Faykan habían hecho un buen trabajo preparando a Salusa para lo peor. En aquellos momentos, los dos Butler miraban a su padre y al comandante supremo.

Leronica ya había sido enterrada, aunque a Vor le habría gustado llevarla a Caladan. Estes y Kagin habían vuelto al planeta durante la evacuación, y no creía que regresaran a Salusa. Ya no tenían ninguna razón para volver.

Mientras los primeros refugiados celebraban la victoria casi total, la Liga inició la difícil tarea de evaluar el éxito de la Gran Purga y su coste. Se enviaron numerosas expediciones de naves que plegaban el espacio para documentar el grado de destrucción de los Planetas Sincronizados. Los voluntarios martiristas escaneaban y cartografiaban uno a uno los mundos devastados para verificar que no quedaban máquinas. En cuestión de días, empezaron a llegar detallados informes y fotografías holográficas que mostraban planetas negros y humeantes. Era como si cada uno de aquellos planetas hubiera sido sumergido en una caldera infernal y luego hubiera vuelto a ser arrojado al espacio.

Aparte de Corrin, la supermente ya no tenía ningún territorio, no quedaba ni uno de sus más de quinientos Planetas Sincronizados. La población entusiasmada de la Liga (los que habían sobrevivido a la plaga y sus efectos y a los siglos de predación de Omnius) dijo que era una bendición. Los martiristas lo atribuyeron a la espada vengadora de Serena.

Durante la primera reunión oficial del Consejo de la Yihad, Vor propuso con insistencia la producción y montaje de nuevas naves para mantener el estrecho cerco en torno a las fuerzas robóticas. Temía que, mediante alguna acción suicida, las naves de Omnius lograran atravesar la barrera descodificadora y destruyeran las defensas que la Liga tenía estacionadas ante el planeta. Un mayor número de minas, de satélites descodificadores, de armas y de naves militares evitarían que Omnius escapara.

El ejército de la Yihad tendría sitiado a Omnius durante meses, años, décadas… lo que hiciera falta.

—Hoy, noventa y tres años después de que Serena Butler nos convocara en la lucha contra las máquinas pensantes, ¡declaro que la Yihad ha terminado! —anunció el Gran Patriarca Boro-Ginjo ante la entusiasmada audiencia del Parlamento, que estaba a rebosar de gente que no dejaba de entrar desde la plaza—. ¡Hemos aplastado a Omnius para siempre!

A su lado, el comandante supremo Vorian Atreides se sentía vacío y agotado. A su alrededor la gente estaba feliz, pero para él la guerra no habría terminado mientras quedara una sola máquina pensante, mientras Omnius siguiera teniendo un último refugio.

Muy cerca, Quentin parecía distraído y desanimado. Tal vez los que miraban lo atribuyeron al cansancio, pero era mucho más que eso. «Nos hemos llevado por delante demasiadas vidas para lograr esta victoria». Y rezó para que la humanidad nunca tuviera que volver a utilizar aquellas armas.

Vor avanzaba por las calles en un vehículo terrestre descubierto mientras las multitudes le vitoreaban. Más de cuatro millones de personas agitaban coloridos estandartes

de la Yihad y proyectaban imágenes holográficas de él, Serena Butler y su bebé, de Iblis Ginjo y otros héroes de la Yihad.

«Falta uno. —Pensó en Xavier, su antiguo compañero de armas—. Quizá Abulurd tenga razón. Al menos tendríamos que intentar enmendar los errores de la historia». Pero no mientras las heridas de la Yihad aún estuvieran tan frescas en la mente de la gente. Había llegado la hora de curarse, de olvidar y reconstruir.

Cuando el vehículo terrestre se detuvo en el centro de Zimia, se apeó y caminó entre la multitud entusiasta y embelesada. Los hombres le daban palmadas en la espalda; las mujeres lo besaban. Los agentes de seguridad le abrieron paso hacia la plataforma levantada en el centro de la gran plaza, a la sombra de los inmensos edificios gubernamentales.

Por insistencia de Vor, el tercero Abulurd Harkonnen, con su uniforme de gala, se había sentado a un lado del palco ceremonial en calidad de ayudante, aunque Abulurd y Faykan también serían condecorados por el trabajo que habían hecho en Salusa. El Gran Patriarca había puesto en duda la conveniencia de poner a un Harkonnen en una posición tan destacada, pero Vor le dedicó una mirada tan fría e indignada que Boro-Ginjo retiró enseguida sus palabras.

Tras nueve décadas de servicio militar, Vor tenía tantas medallas que no habría podido lucirlas todas a la vez. En su uniforme solo llevaba unas pocas insignias y medallas. Un comandante supremo no necesitaba deslumbrar a nadie. A Leronica tampoco le habían importado nunca las medallas. Habría preferido poder tenerlo más tiempo a su lado, que pasara más tiempo en casa y no en el campo de batalla.

Aun así, la gente necesitaba ofrecerle su reconocimiento, expresar su adoración. Los políticos también deseaban

participar. «Soy el hombre más famoso de la Liga de Nobles, y sin embargo, la fama y la gloria me traen sin cuidado. Solo quiero paz y tranquilidad».

Así pues, Vor aceptó las medallas y los aplausos de manos de la figura regordeta y satisfecha del Gran Patriarca. Incluso pronunció un discurso breve pero sentido elogiando a todos aquellos que habían servido en el ejército y los que habían desaparecido durante la Gran Purga.

Necesitaba alejarse un poco del frenesí y el bullicio de las celebraciones. Necesitaba tiempo para mirar su vida con un poco de perspectiva, para reflexionar acerca de sí mismo y ver si después de una vida tan larga aún quedaba algo que quisiera hacer.

Rodeado por un muro impresionante de naves que orbitaban su último bastión en el espacio, Omnius y Erasmo evaluaban la situación. Las naves de la Liga permanecían estacionadas ante Corrin, en un empate táctico con las naves robóticas que los protegían, siempre alertas por si surgía la ocasión de lanzar sus ojivas nucleares.

—Esa escoria hrethgir volverá con refuerzos —dijo Omnius.

—No hay duda de que pretenden sitiar Corrin —apuntó Erasmo—. ¿Tendrán la paciencia y la diligencia para mantener esa fuerza el tiempo necesario? Los humanos no suelen destacarse por la planificación y ejecución de planes a largo plazo como éste.

—Aun así, construiremos nuevas naves, crearemos defensas superiores. Nuestra principal prioridad es mantener la seguridad e inexpugnabilidad del planeta. Indefinidamente si hace falta. Las máquinas duramos más que los humanos.

SEGUNDA PARTE

---

90 antes de la Cofradía

Diecinueve años después

46

Las máquinas tienen una cosa que los humanos nunca tendremos: una paciencia infinita, y la longevidad necesaria para tenerla.

COMANDANTE SUPREMO VORIAN ATREIDES
Declaraciones iniciales de la Yihad (quinta revisión)

Después de casi dos décadas de relativa tranquilidad, la humanidad había recogido los pedazos y había reconstruido sus mundos y sociedades… y había olvidado la magnitud de la amenaza.

Con la excepción de Corrin, los Planetas Sincronizados eran yermos inhabitables. Los humanos habían demostrado que podían ser tan implacables como las máquinas. Los supervivientes trataban de convencerse a sí mismos de que el resultado lo había valido. Aunque algunos planetas seguían intactos, la plaga de Omnius por sí sola acabó con un tercio de la población humana. Muchos niños nacieron después, ciudades, asentamientos rurales, rutas comerciales. La Liga tuvo diferentes líderes, y la gente volvió su atención hacia los asuntos más cotidianos del día a día.

Corrin seguía siendo una herida abierta en el espacio, una barrera impenetrable de naves robóticas que la red de satélites descodificadores y las naves humanas de vigilancia

mantenían a raya. Las máquinas pensantes trataban una y otra vez de romper el cerco, y cada vez los humanos se lo impedían. Era un pozo sin fondo de recursos, soldados, armas y naves.

La última encarnación de Omnius se ocultaba detrás de una muralla acorazada, esperando…

Abulurd Harkonnen, con su nuevo rango de bator, estaba estacionado con la flota de vigilancia ante Corrin. Allí realizaba un servicio de vital importancia para la Liga, aunque sospechaba que su hermano Faykan lo había propuesto para la misión para quitar de en medio el vergonzoso apellido Harkonnen y alejarlo de la capital.

Tras el fin de la Yihad, Faykan había dejado el ejército y había hecho carrera como político, y finalmente ocupó el puesto de virrey interino, tras la destitución de los seis anteriores, tan débiles y poco inspirados como Brevin O'Kukovich. Al menos él parecía el líder fuerte que la resucitada Liga esperaba.

Abulurd llevaba casi un año al frente de la flota de vigilancia. Su misión era asegurarse de que Omnius no atravesaba la barrera defensiva. Esperaba que los ciudadanos de la Liga durmieran mejor sabiendo que sus soldados velaban para evitar nuevos ataques de las máquinas.

La supermente seguía diseñando y construyendo naves, mejorando sus armas, fabricando destructores con poderosos escudos con los que golpear contra los muros de su prisión electrónica. Con la puntualidad de un reloj, las máquinas trataban de abrir alguna brecha en las defensas de los humanos, de romper la red descodificadora y enviar naves de actualización al exterior, lo que fuera con tal de llevar copias de la supermente a otros mundos. Hasta la

fecha, Omnius se había limitado a utilizar la fuerza bruta, pero cada nuevo intento era más metódico que el anterior y modificaba ligeramente sus parámetros en un esfuerzo por dar con una técnica que funcionara. Ocasionalmente, la supermente cambiaba de táctica, pero no de forma significativa… salvo por alguna salida disparatada que cogió a todos por sorpresa.

Ninguno de los intentos del enemigo había tenido éxito, pero Abulurd permanecía alerta. El ejército de la humanidad no podía permitirse bajar la guardia.

Durante diecinueve años, mientras la historia, la política y la sociedad evolucionaban lentamente en los mundos de la Liga, las naves apostadas en Corrin habían repelido los intentos suicidas del enemigo. La supermente probaba tecnologías viejas y nuevas, enviaba una nave tras otra contra la barrera descodificadora, lanzaba proyectiles teledirigidos contra las naves para dispersar señuelos en todas direcciones. Y cuando esas naves se estrellaban y fracasaban en su intento, construían más.

En la superficie del planeta, las industrias de guerra trabajaban sin descanso, fabricando armas y naves para utilizarlas contra la barrera de la Liga. La órbita de Corrin estaba salpicada de naves siniestradas que por sí solas constituían un obstáculo. Entretanto, en los mundos de la Liga, las fábricas y los astilleros construían y lanzaban naves para tapar las fisuras que pudieran ir apareciendo en sus defensas en torno a Corrin.

Sin embargo, en su mayor parte, la población de la Liga no prestaba mucha atención al lejano campo de batalla.

Ahora que la Yihad había terminado oficialmente, en el Parlamento muchos estaban disgustados por aquel desembolso continuo. Las tareas de reconstrucción y repoblación exigían una gran cantidad de dinero y recursos, y sin embargo aquella flota de vigilancia era una sangría

constante. Un siglo de guerra y matanzas había dejado a la Liga muy debilitada, agotada, con miles de millones de muertos, pero las principales industrias se dedicaban a la producción de material bélico a expensas de otras necesidades.

La gente anhelaba un cambio.

Cuando, dos años después de la Gran Purga, Vorian Atreides propuso un ambicioso plan para eliminar del mapa la última plaza fuerte de los cimek en Hessra, lo tacharon de agitador y lo echaron literalmente de la cámara de asambleas. «Eso sí que es valorar a un héroe de guerra», pensó Abulurd. En los años que siguieron, había visto con tristeza cómo dejaban al margen a su mentor y lo excluían. Para ellos era un símbolo de un pasado sangriento y un obstáculo a un futuro ingenuamente maravilloso.

Si al menos no tuvieran aquel molesto recordatorio de Corrin…

Con el fin de la Yihad, el maltrecho ejército fue reorganizado y recibió un nuevo nombre, ejército de la Humanidad. Como gesto simbólico, incluso se cambiaron los antiguos grados y la estructura de mando. En lugar de los eficientes ascensos numéricos que llevaban al cargo de primero, se adoptaron los nombres de los ejércitos antiguos de la época dorada de la humanidad, que se remontaba al Imperio Antiguo o incluso antes… levenbrech, bator, burseg, bashar…

Aunque el hecho de haber adoptado el apellido Harkonnen seguramente había hecho estancarse su carrera en el ejército, el historial de servicio de Abulurd y la ayuda discreta del bashar supremo Atreides le habían llevado a ocupar un puesto equivalente al de coronel o segundo. En los últimos quince años había servido en seis planetas distintos, ayudando sobre todo en obras de ingeniería civil, tareas de reconstrucción y seguridad. Al menos allí, al frente

de la flota de vigilancia de Corrin, volvía a estar en medio de la acción.

Ya llevaba meses ante la imponente flota robótica, que se limitaba a mantener su postura defensiva, pero Abulurd no sentía el mismo tedio que algunos de los soldados más jóvenes. La mayoría eran demasiado jóvenes para acordarse de cuando los Planetas Sincronizados dominaban buena parte de la galaxia. Nunca habían luchado en la Yihad. Para ellos aquello era historia, no un motivo de pesadillas.

Eran la primera generación de niños nacidos después de la plaga, a partir de un material genético más puro y resistente a las enfermedades. Conocían muy bien las historias de la Yihad y las cicatrices que había dejado; habían oído hablar de las valientes batallas libradas por Vorian Atreides —el bashar supremo— y Quentin Butler, y de los tres mártires; y aún hablaban de la «traición y la cobardía» de Xavier Harkonnen, porque creían la propaganda.

Durante aquellos años de paz relativa, Abulurd había presentado varias peticiones formales para reabrir la investigación sobre la supuesta traición de su abuelo, pero siempre caían en saco roto. Casi habían pasado ochenta años, y la Liga tenía cosas más importantes que pensar.

A veces, en los comedores o las salas de ejercicio, los jóvenes soldados de su tripulación le pedían que contara alguna historia, pero Abulurd intuía en ellos un profundo desprecio por su falta de logros. Él había estado protegido durante las batallas más importantes, gracias a Vorian Atreides. Algunos, haciendo gala de unos prejuicios heredados de sus padres, comentaban por lo bajo que no esperaban más de un Harkonnen. Otros parecían impresionados porque había rescatado a Rayna Butler, la famosa líder del Culto a Serena, de Parmentier.

Y mientras tanto, Abulurd seguía mirando la última fortaleza de Omnius desde el puente de su nave, y aguantaba. Sabía lo que era importante y lo que no.

A su mando tenía cuatrocientas ballestas y más de mil jabalinas, una fuerza imponente y fuertemente armada para mantener a las máquinas confinadas, aunque la principal línea de resistencia la formaban los satélites y minas descodificadores. Por su parte, las defensas mecánicas que protegían Corrin —y por tanto a Omnius— eran inexpugnables. Ninguna de las ofensivas de la Liga había logrado abrir una brecha lo bastante grande para lanzar sus bombas atómicas de impulsos. Ni siquiera los bombarderos suicidas del Culto a Serena podían hacerlo. Estaban en un punto muerto.

Dirigiendo su flota de vigilancia con diligencia y disciplina, Abulurd realizaba continuos ejercicios de instrucción para mantener a sus soldados bien despiertos. Las temibles naves robóticas estaban posicionadas como un collar de púas alrededor del planeta, fuera de su alcance. ¡Cómo le habría gustado lanzarse sobre ellos y borrarlos del mapa de una vez por todas, de demostrar su valía en una batalla real! Pero para eso habría necesitado otras mil naves de las más poderosas de la Liga… y la humanidad no deseaba comprometerse con semejante esfuerzo.

«¿Es posible que las máquinas pensantes nos estén engañando para que nos confiemos? ¿Que traten de hacernos creer que no han encontrado nada que pueda ayudarles?».

Por desgracia, descubrió que tenía razón antes de lo que esperaba.

Los soldados, muertos de aburrimiento, contando los días que les faltaban para que los relevaran y pudieran volver a

casa, de pronto hicieron sonar las alarmas. Abulurd corrió al puente de mando de su ballesta.

—Tres naves robóticas se han separado del anillo defensivo, bator Harkonnen —anunció el operador del escáner—. Siguen una trayectoria aleatoria y se dirigen a toda velocidad a la red descodificadora.

—Ya lo han intentado otras veces… no funcionará.

—Esta vez es diferente, señor. No siguen el patrón habitual.

—¡Mire esos motores!

—Alerta roja. Formación defensiva. Preparados para interceptarlos si alguno consigue pasar. —Abulurd cruzó los brazos—. Por muy rápidos que sean, los satélites descodificadores acabarán con sus circuitos gelificados. Omnius lo sabe.

Aquellos nuevos aparatos eran misiles estilizados, puñales metálicos que se clavaron en la red de satélites y penetraron en las barreras descodificadoras. Teóricamente estas tendrían que haber borrado su programación, pero los artefactos lograron pasar y siguieron aumentando la aceleración.

—¡Cargad armas y abrid fuego! —ordenó Abulurd por el comunicador—. Detenedlos… podría tratarse de una esfera de actualización.

—¿Cómo han logrado pasar? ¿Tienen nuevos escudos?

—O quizá lo que va a bordo de esos misiles no posee circuitos gelificados y no es más que un mecanismo automático estándar. —Se inclinó hacia delante, estudiando las lecturas del escáner—. No, no puede haber ninguna máquina pensante a bordo. ¿Quién pilota esos artefactos? ¿Habrá desempolvado Omnius algún viejo modelo de ordenador no racional?

Las naves de vigilancia abrieron fuego, pero la aceleración de los misiles era tan alta que ni siquiera los

proyectiles de alta velocidad pudieron interceptarlos. Otras naves de la Liga se unieron a la refriega, disparando frenéticas andanadas, conscientes de que quizá alguno de aquellos artefactos lograría escapar. Pero era imposible que a bordo hubiera una copia de la supermente, no después de haber pasado por la barrera descodificadora.

—¡Mantened la vigilancia sobre Corrin! —ordenó Abulurd—. No me fío, quizá Omnius intente algo mientras nosotros estamos ocupados en esta disparatada persecución.

—Nunca lograremos alcanzar esos proyectiles, bator…

—¿Cómo que no? —Abulurd identificó rápidamente el trío de aparatos en el límite exterior de la barrera defensiva—. ¡Que las naves del perímetro se dispersen para interceptarlos! Hay que detenerlos a toda costa. Nunca habéis vivido una situación más crucial en vuestras carreras. Incluso si a bordo ya no queda operativo ningún cerebro de circuitos gelificados, es posible que lleven una nueva epidemia.

La idea hizo que una fría sensación de pánico se extendiera entre los soldados, que se apresuraron a cumplir sus órdenes.

—¡Bator! ¡Las máquinas han lanzado otro de sus ataques en masa contra los satélites! Parece que ahora todos intentan pasar.

Abulurd se golpeó la palma de la mano con el puño.

—Ya me imaginaba que era una especie de maniobra de distracción. ¡Cerrad la formación en torno al planeta! ¡Hay que detener a esas naves enemigas! —Estudió los dos paneles de lecturas y de pronto temió haberse equivocado de maniobra de distracción. ¿Cuál de las dos era la maniobra de distracción? ¿O no lo sería ninguna?

Un enjambre de naves de la Liga llegaron disparando su armamento, mientras aullaban desafíos e insultaban a los robots. Uno tras otro los humanos fueron cerrando los

diferentes anillos defensivos con sus naves para impedir el paso a sus enemigos, que volaban con una aceleración cada vez más alta.

Cada uno de los tres artefactos tomó un rumbo diferente, siguiendo trayectorias aleatorias, como si lo hicieran con la esperanza de que al menos uno lograra escapar. Los humanos destruyeron sin problemas a la primera antes de que consiguiera una velocidad suficiente para huir.

Entretanto, el grueso de la batalla se libraba cerca de la red descodificadora. Algunas naves robóticas se lanzaron contra aquella red mortífera; aunque sus circuitos gelificados fueron borrados, el impulso las convirtió en proyectiles gigantes. La flota de vigilancia utilizó sus armas más potentes para hacer añicos sus cascos. Cientos de pequeños satélites descodificadores fueron desplegados para sustituir a los que habían resultado dañados y tapar los agujeros energéticos que se habían abierto en la red antes de que fuera tarde.

El segundo de los artefactos superrápidos recibió una intensa lluvia de disparos cuando volaba a toda velocidad hacia el gigante rojo. Antes de que pudiera refugiarse en aquel furioso entorno solar, que habría matado a cualquier organismo biológico, el fuego de los humanos lo convirtió en un montón de metralla. Dos de tres.

El tercero de los proyectiles concentró toda su energía en los motores. Cada vez iba más rápido, cada vez se alejaba más de Corrin y la flota. Abulurd había colocado sus naves en diferentes círculos concéntricos que se alejaban cada vez más del planeta. En aquellos momentos, los que estaban situados en los límites exteriores entraron en acción y trataron de cerrarle el paso abriendo fuego.

Pero, aunque daban en el blanco, no lograron penetrar el blindaje. Mientras el revuelo de la batalla defensiva —¿la maniobra de distracción o el verdadero objetivo?— seguía

en las proximidades de Corrin, siete nuevas naves humanas llegaron para atacar al último de los proyectiles en los límites del sistema solar.

En el último minuto, antes de que su blindaje fallara, la parte frontal del proyectil se abrió como una flor y vomitó un enjambre de pequeños contenedores, cilindros autopropulsados no mucho más grandes que ataúdes. Y, para sorpresa de la flota defensiva, se dispersaron en todas direcciones como chispas en una fogata.

—¡Omnius tiene un nuevo truco! —transmitió uno de los pilotos.

Abulurd vio lo que estaba pasando y decidió que aquellos cilindros eran la verdadera razón de todo aquel despliegue. Tomó una decisión.

—¡Detenedlos! O son un arma nueva y temible o son copias de Omnius que se repartirán por todas partes. ¡Si fracasamos aquí la raza humana quizá tendrá que pagar durante siglos!

Los soldados los persiguieron y dispararon hasta la saciedad.

Y destruyeron la mayor parte de los cilindros. Pero no todos.

Abulurd pensó en la lluvia de torpedos que habían extendido la plaga por Parmentier y otros mundos de la Liga y sintió un profundo temor en su corazón.

—Seguidlos antes de que queden fuera del alcance de nuestros sensores. Seguid sus trayectorias y calculad el destino. —Esperó en tensión mientras sus soldados hacían proyecciones de las rutas de aquellos objetos—. ¡Maldita sea! Tendremos que reforzar las defensas para que esto no vuelva a pasar. —Rechinó los dientes. Vorian Atreides se sentiría muy decepcionado cuando supiera que había dejado escapar aquella amenaza potencial.

—Un puñado se dirigen hacia Salusa Secundus, bator Harkonnen —dijo un analista—. Los otros parece que van hacia… Rossak.

Abulurd asintió. No le sorprendía. A pesar del riesgo, sabía lo que tenía que hacer. Solo había una forma de adelantarse a aquellos misiles superveloces.

—Utilizaré una nave de reconocimiento que pliegue el espacio y volveré a Zimia para dar la alarma. Recemos para que tengan tiempo de prepararse.

47

De Yorek Thurr se ha dicho que, si los humanos tuvieran engranajes y tornillos, los suyos estarían flojos y salidos de rosca.

Crónicas de la Yihad, atribuidas a Erasmo

Aunque Yorek Thurr salvó la vida al huir a Corrin cuando el ejército de la Yihad destruyó Wallach IX, ahora se arrepentía de haber ido allí. Después de diecinueve años interminables y deprimentes, estaba atrapado sin poder hacer nada en el único Planeta Sincronizado que quedaba.

Omnius había convertido el planeta en una fortaleza, un campamento fantásticamente armado. En teoría, Thurr estaba a salvo, pero ¿de qué le servía? ¿Cómo podía dejar su huella en la historia con las manos atadas de aquella forma?

Protegiéndose del sol rojo con unas gafas, en aquellos momentos aquel hombre calvo y curtido andaba arriba y abajo, más allá de las cuadras de los patéticos esclavos humanos, mirando a la ciudadela central ocupada por la supermente.

En cuanto las naves de la Gran Purga llegaron a Wallach IX, Thurr supo lo que iba a pasar. Antes de que el primer kindjal tuviera tiempo de lanzar sus bombas atómicas de impulsos, Thurr subió a una nave y escapó a toda prisa,

llevando consigo una copia de la supermente con la que poder negociar. Podía haber ido a cualquier sitio. ¿Por qué tuvo que ir precisamente a Corrin? ¡Una decisión estúpida, estúpida!

Con su inmunidad al retrovirus y el tratamiento de extensión vital, habría sido invencible. Pero el instinto le hizo dirigirse al centro de los Planetas Sincronizados. Por supuesto, su nave solo tenía motores espaciales estándar y, cuando llegó a Corrin, el holocausto ya había terminado y los humanos habían cerrado el cerco alrededor del último Omnius. Su nave tenía la configuración de las naves de la Liga, así que Thurr transmitió órdenes contradictorias a los pilotos estresados y cansados que trataban de situarse para establecer el bloqueo. No esperaban que nadie tratara de entrar en Corrin. Mientras Omnius se atrincheraba y reunía a todas sus defensas en la superficie y en diferentes círculos concéntricos en una órbita baja, Thurr transmitió sus propias órdenes y códigos de identificación, que le abrieron el camino al planeta.

¡Y ahora nunca saldría de allí! ¿En qué estaba pensando? Erróneamente había imaginado que las máquinas ganarían. Omnius llevaba más de un milenio al frente de los Planetas Sincronizados… ¿Cómo es posible que su imperio hubiera caído en un mes?

«Tendría que haberme ido a otro sitio… a donde fuera».

Ahora, con la flota guardiana del ejército de la Humanidad controlando todo el sistema, ni Thurr ni ninguna nave podrían escapar. Era una forma tan absurda de desperdiciar su tiempo y su talento, más deprimente incluso que vivir en la patética Liga. Pero Thurr ya estaba cansado de fustigarse y llevaba un tiempo deseando poder hacer daño a alguien. Aquel punto muerto ya duraba demasiado, y se había convertido en algo tedioso.

Si al menos pudiera subir allá arriba, ver cara a cara a los militares de la Liga y salir airoso con sus astucias… Había pasado mucho tiempo, sí, pero con sus famosas misiones para la Yipol y sus logros, sin duda su cara y su nombre aún eran conocidos. Camie Boro-Ginjo se había llevado buena parte del mérito, aunque fue él quien hizo el trabajo de difamar a Xavier Harkonnen y convertir a Ginjo en un santo. Pero Camie fue más lista y lo obligó a abandonar la Liga. Quizá no tendría que haber fingido su muerte tan bien…

A cada paso del camino, tomaba una decisión equivocada.

En los laboratorios de Erasmo había encontrado un alma gemela en la persona de Rekur Van. Él y el investigador tlulaxa habían combinado sus conocimientos y su sed de destrucción para crear planes horriblemente imaginativos contra los débiles humanos… y, oh, desde luego que se merecían su destino. Una vez que Erasmo decretó que los experimentos de regeneración de extremidades habían fracasado, Rekur Van ya no tenía esperanza de escapar. Pero Thurr sí era libre de pasearse por los planetas habitables y dejar su huella en la historia… si conseguía escapar.

Levantó la vista al cielo. No era probable que eso pasara en un futuro próximo.

El inquietantemente impredecible robot Erasmo lo visitó, acompañado por Gilbertus Albans. El robot parecía entender su desilusión, pero no podía darle ninguna esperanza.

—Quizá puedas desarrollar alguna idea innovadora para engañar a la flota de vigilancia de la Liga.

—¿Cómo hice con la epidemia? ¿Cómo he hecho recientemente con las fábricas de proyectiles teledirigidos? He oído que lograron atravesar el cerco. —Esbozó una débil sonrisa—. No creo que sea yo quien tenga que resolver

siempre vuestros problemas… pero si puedo lo haré. Deseo salir de aquí más que ninguna máquina.

Erasmo no parecía convencido.

—Por desgracia, ahora el ejército de la Humanidad estará más alerta que nunca.

—Sobre todo cuando los devoradores mecánicos alcancen su objetivo y empiecen a actuar. —A Thurr le habría gustado poder estar allí para ver aquel caos.

Erasmo se volvió hacia su compañero, un humano musculoso y con el pelo rojizo. Thurr estaba resentido con la «mascota» del robot, porque había recibido su tratamiento de inmortalidad cuando aún era lo bastante joven para aprovecharlo.

—¿Tú qué opinas, Gilbertus? —preguntó el robot.

El hombre se volvió hacia Thurr con expresión afable, como si no fuera más que un experimento fallido.

—Creo que Yorek Thurr actúa demasiado en el límite de lo que entra dentro del comportamiento humano.

—Estoy de acuerdo —dijo Erasmo, visiblemente complacido con el comentario.

—Incluso si es cierto —espetó Thurr con desdén—, sigo siendo humano, y eso es algo que tú nunca entenderás, robot. —Cuando vio que Erasmo reaccionaba con perplejidad, Thurr sintió una gran satisfacción.

No era lo mismo que la libertad, por supuesto, pero al menos había conseguido una pequeña victoria.

48

> Mientras la Tierra, nuestra madre y lugar de nacimiento, permanezca en la memoria del humano, no habrá sido totalmente destruida. Al menos intentaremos convencernos de ello.
>
> PORCE BLUDD, *El mapa de las cicatrices*

La larga sucesión de ataques atómicos le había costado muy cara a Quentin Butler. Casi dos décadas después, el antiguo comandante no podía dormir sin soñar con los miles y miles de millones de humanos aniquilados, y todo para poder derrotar a las máquinas pensantes.

No era el único que se preguntaba si no serían afortunados los yihadíes que habían muerto rápida y limpiamente en el misterioso laberinto del espacio plegado. Para Quentin, era mucho peor tener que vivir con la conciencia de lo que habían hecho, saber que tenían las manos manchadas de sangre.

Era el precio que tenía que pagar. Tendría que aguantarlo en honor a todas sus víctimas. Y no olvidar jamás.

La gente seguía viéndolo como un héroe, pero a él eso ya no le enorgullecía. Los historiadores recordaban y embellecían prácticamente todo lo que había hecho en su carrera militar.

Pero el verdadero Quentin Butler era poco más que una carcasa vacía, una estatua hueca y endurecida formada por recuerdos, expectativas y espantosas pérdidas. Después de lo que había tenido que hacer, había perdido su corazón y su alma. Sus hijos seguían con sus vidas. Faykan se había casado y tenía familia. Abulurd permanecía soltero. Quizá después de todo Abulurd no tendría descendencia a la que legar el apellido Harkonnen.

Quentin se sentía tan vacío como su mujer, Wandra, que veía pasar un año tras otro en la Ciudad de la Introspección, sola y enajenada. Al menos ella estaba en paz. A veces, cuando la visitaba, Quentin miraba su rostro inexpresivo y hermoso y la envidiaba.

Después de vivir tantas cosas, de tomar tantas decisiones difíciles, el ejército se había acabado para él. Había dirigido demasiados ataques y enviado a demasiados soldados a su muerte, además de todos aquellos cautivos inocentes a los que tendría que haber liberado del yugo de las máquinas. Aunque la muerte también era una forma de liberarse.

Quentin no podía seguir viviendo con aquello. Durante años, después de la Gran Purga, estuvo sirviendo en destinos poco importantes y luego le dio un disgusto a su hijo cuando quiso dimitir de su cargo.

Faykan, que deseaba seguir teniendo a su padre a su lado, le propuso que aceptara un cargo de embajador o representante en el Parlamento.

—No, eso no es para mí —le había dicho Quentin—. A mi edad no me interesa iniciar una nueva carrera.

Pero el Gran Patriarca —que seguía siendo Xander Boro-Ginjo— leyó una declaración que sin duda alguien había escrito por él en la que se negaba a aceptar la dimisión del primero. En vez de eso, se le concedió un merecido permiso, con carácter indefinido. A Quentin no le interesaban las

sutilezas lingüísticas; el resultado sería el mismo. Había encontrado una nueva llamada.

Su amigo Porce Bludd, un buen compañero de los felices días en que Quentin era un soldado de bajo rango y trabajaba en la creación de Nueva Starda, le ofreció llevarlo con él en una expedición, un peregrinaje.

En los años transcurridos desde la plaga de Omnius y la Gran Purga, aquel noble filántropo se había obsesionado con la idea de ayudar a otros planetas. En Walgis y Alpha Corvus, dos antiguos planetas de las máquinas, había descubierto a un puñado de supervivientes que vivían en la miseria. Aquella gente estaba desesperadamente necesitada, padecían enfermedades, morían de hambre, y manifestaban diferentes formas de cáncer provocadas por la radiación. Su civilización, la tecnología, las infraestructuras… todo había desaparecido, pero los más fuertes seguían aferrándose a la vida y formando como podían redes de apoyo.

Bludd volvió a la Liga buscando voluntarios, y organizó inmensos transportes aéreos y convoyes de rescate para llevar provisiones a los supervivientes. En los casos más graves, trasladaron a poblaciones enteras a zonas menos contaminadas o a mundos de la Liga más acogedores. Con una población dispersa y mermada a causa de la epidemia, cualquier aporte de nuevos caracteres genéticos era recibido con los brazos abiertos, sobre todo por las hechiceras de Rossak.

Algunos severos políticos insistían en decir que la liberación del yugo de las máquinas era la mejor recompensa para los supervivientes. Quentin lo veía cada vez más claro, los que hacían aquellas declaraciones tan radicales no habían tenido que sacrificar nada.

Bludd, que no tenía ningún interés en la política, se limitó a volver la espalda al Parlamento de la Liga cuando éste se

negó a ofrecer compensaciones.

—Donaré las ayudas que considere necesarias —dijo en un anuncio en Zimia—. No me importa si gasto hasta el último centavo de mi fortuna. Esta es la misión para la que he sido llamado.

Aunque buena parte de la increíble fortuna de la familia se había perdido en la revuelta de esclavos que destruyó prácticamente la ciudad de Starda y acabó con la vida del tío abuelo de Bludd, en las arcas de Poritrin seguían entrando enormes cantidades de dinero gracias al floreciente mercado de los escudos personales. Por lo visto en la Liga ahora todo el mundo tenía uno, aunque no existiera la amenaza de un enemigo mecánico.

Cuando se enteró del permiso de Quentin, el noble le buscó.

—No sé si te hará mucha gracia verlos con tus propios ojos —le dijo con una expresión compasiva—, pero pienso ir a todos los planetas destruidos en la Gran Purga. Antiguos Planetas Sincronizados. Las explosiones atómicas destruyeron ecosistemas y acabaron con Omnius, pero hay una posibilidad —sus ojos se iluminaron cuando levantó un dedo—, una pequeña posibilidad de que haya supervivientes. Si es así, debemos encontrarles y ayudarles.

—Sí —dijo Quentin, sintiendo que le quitaban un peso de encima. Le aterraba la idea de ir a aquellos pozos radiactivos donde él había lanzado personalmente las ojivas. Pero si había alguna forma de reparar aunque fuera un poco el daño que había hecho…

El lujoso yate espacial de Bludd tenía muchas más comodidades que las naves de guerra de la Liga, habitaciones, una gran cubierta de carga llena de medicinas y provisiones de emergencia, y un hangar con una nave de reconocimiento para una persona. Quentin no se permitió gozar de las comodidades de la nave, porque no creía

merecerlas, pero al final decidió disfrutar del viaje. Había servido en suficientes misiones a lo largo de su carrera, había dedicado cuarenta y dos años de su vida a la Yihad de Serena Butler.

En su largo viaje, Quentin y Bludd se dirigieron a los puntos del mapa que en otro tiempo fueron Planetas Sincronizados y ahora eran pozos de radiactividad. Diecinueve años antes, Quentin había viajado a esos mismos planetas para arrojar una carga mortífera sobre ellos. Esta vez su misión era humanitaria y conmemorativa.

Quentin miró al paisaje desolado de Ularda, la tierra carbonizada, los árboles y las plantas atrofiados que crecían en aquel medio contaminado. La mayoría de los edificios habían caído a causa de las explosiones, pero con los escombros, un puñado de supervivientes había construido pequeñas chabolas y casitas para resguardarse de las temibles tormentas posnucleares que castigaban los llanos.

—¿Crees que es posible acostumbrarse a escenas como esta? —Quentin se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

En su asiento de piloto, Bludd lo miró con los ojos llenos de emoción.

—Esperemos que no. Por el bien de nuestra humanidad, no debemos acostumbrarnos.

Mientras sobrevolaban el planeta, en la superficie vieron gente que trataba de cultivar la tierra con palos y chatarra. Quentin no entendía cómo habían logrado salvarse. La gente levantó la vista… Algunos se pusieron a agitar sus palos y lanzar vítores, otros dejaron caer sus herramientas y corrieron a esconderse, temiendo que aquella extraña nave fuera una avanzadilla de las fuerzas de las máquinas, que volvían para acabar de aniquilarlos.

Las lágrimas empezaron a caer por el rostro del noble.

—Ojalá pudiera subir a todas esas personas a bordo y llevarlas a algún mundo de la Liga. Al menos allí tendrían alguna posibilidad. Con tanta influencia y tanto dinero, tendría que poder salvarlos. —Se enjugó los ojos con la mano—. ¿No te parece, Quentin? ¿Por qué no puedo salvar a todo el mundo?

Quentin se sentía hondamente apenado, y el sentimiento de culpa era como un cáncer que devoraba su cuerpo.

Aunque la radiación afectaba a los sistemas de escaneo de la nave, Bludd localizó tres míseros asentamientos. En total, menos de quinientas personas habían sobrevivido al bombardeo. Quinientas… ¿de cuántos millones?

Y entonces Quentin sintió que su mentalidad de general afloraba. Si quinientos frágiles humanos podían aguantar un holocausto nuclear, ¿qué pasaría si una copia protegida de la supermente había escapado también? Quentin meneó la cabeza. Necesitaba creer que aquellos ataques habían culminado con éxito… porque si quedaba aunque solo fuera una supermente que pudiera extender su presencia por otros planetas, entonces tanta muerte y destrucción no habrían servido de nada.

Apretó los ojos con fuerza mientras Bludd hacía aterrizar la nave en uno de los tres asentamientos. Los dos hombres se pusieron trajes especiales y salieron al encuentro de aquellos despojos humanos que trataban de arañar algo a la tierra en lo que antaño fue un Planeta Sincronizado. Allí solo sobrevivían los más fuertes; la mayoría morían muy jóvenes, y de una forma horrible.

Sorprendentemente, Quentin y Bludd descubrieron que no eran los primeros que llegaban a Ularda después de la Gran Purga. Tras reunirse con los ancianos del poblado —¿ancianos?, ¡el mayor no tendría ni cuarenta años!—, Quentin descubrió que el Culto a Serena había arraigado allí gracias a dos misioneros adiestrados por su nieta Rayna. A

pesar de sus dificultades, aquella gente evitaba la tecnología, y veía los ataques atómicos como un castigo para las máquinas pensantes.

En lugares como aquel, donde una población escasísima vivía en durísimas condiciones y ya no tenía nada que sacrificar, era donde más fácilmente arraigaba el fanatismo religioso. El Culto a Serena, que se formó a partir de los martiristas, daba a aquella pobre gente un cabeza de turco tangible, algo en lo que concentrar su ira y su desesperación. El mensaje difundido por los misioneros de Rayna los animaba a destruir todas las máquinas y a no permitir que se volvieran a desarrollar mentes informáticas ni que la humanidad volviera a utilizarlas.

Quentin respetaba su filosofía de enseñar a la gente a vivir mediante su propio esfuerzo y sus recursos. Pero la dureza y la inflexibilidad del mensaje le preocupaba. En veinte años, la cruzada antitecnológica había sido aceptada con fervor incluso en planetas de la Liga que habían sufrido los efectos de la epidemia pero no los ataques nucleares. La gente evitaba a las máquinas en todas sus formas. Pero por lo visto, las naves que estaban al servicio de esta cruzada quedaban exentas.

En aquel pequeño asentamiento de Ularda, los nativos vestían con harapos; el pelo se les caía a mechones de la cabeza. Llagas y excrecencias les marcaban la cara y los brazos.

—Os traemos comida y medicinas, provisiones y herramientas que os harán la vida más fácil —dijo Bludd. Su traje antirradiación crujía cuando se movía. La gente lo miraba, hambrienta, como si de un momento a otro se fueran a abalanzar sobre él—. Volveremos a traer más cosas cuando podamos. Traeremos ayuda de la Liga. Ya habéis demostrado vuestro valor y fortaleza al sobrevivir. A partir de ahora, todo irá mejor, os lo prometo.

Él y Quentin descargaron contenedores de alimentos concentrados, vitaminas, medicinas. Luego bajaron sacos con semillas de alto rendimiento, junto con herramientas para el cultivo de la tierra y fertilizantes.

—Os prometo que las cosas irán mejor —repitió Bludd.

—¿De verdad lo piensas? —le preguntó Quentin cuando volvieron a la nave, cansados y afectados por los horrores que habían visto.

Bludd vaciló, y de nuevo evitó la respuesta más fácil.

—No… no lo creo. Pero ellos tienen que creerlo.

Quizá fuera un viaje simbólico, pero necesitaba ver con sus propios ojos el primer gran campo de batalla contra las máquinas, la cuna de la humanidad. Bludd anunció que quería ir a la Tierra.

—No creo que allí haya supervivientes —dijo Quentin—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Lo sé —dijo el lord de Poritrin—. Los dos éramos demasiado jóvenes para esa primera victoria… el inicio de la agotadora Yihad. Aun así, como ser humano, necesito verlo por mí mismo.

Quentin miró a su amigo a los ojos y vio en ellos una profunda necesidad. La misma que él sentía en su corazón.

—Sí, creo que debemos ir al mundo donde se originó el hombre. Quizá podamos aprender algo. O quizá al mirar sus cicatrices encontremos la forma de seguir con nuestra misión.

Pero en la Tierra no había vida.

Mientras navegaban en el yate espacial sobre el paisaje silencioso y cubierto de ampollas, Bludd y Quentin buscaron algún enclave que de alguna forma hubiera logrado escapar al bombardeo. Allí, donde los cimek y Omnius habían eliminado metódicamente todo vestigio de humanidad, la Armada de la Liga dejó caer las suficientes bombas nucleares para destruir totalmente la superficie: no quedaba

nadie con vida. Recorrieron varias veces la órbita terrestre, con la esperanza de encontrar algo que contradijera los informes iniciales, pero la Tierra no era más que una enorme cicatriz carbonizada.

Finalmente, Quentin se apartó del puente.

—Vamos a algún otro sitio donde podamos encontrar un rayo de esperanza.

49

> Algunos dicen que es mejor ser rey en el infierno que siervo en el cielo. Una actitud derrotista. Personalmente, mi intención es reinar en todas partes, no solo en el infierno.
>
> GENERAL AGAMENÓN, *Nuevas memorias*

Había llegado la hora del cambio… en realidad, la hora ya se había pasado hacía mucho. Quizá tenían toda la paciencia del universo, pero diecinueve años era más que suficiente.

Agamenón subió con su enorme forma móvil a lo alto del glaciar azotado por el viento. Una nieve y una brisa abrasivas barrían el terreno irregular, y la luz de las estrellas se reflejaba bajo los cielos amoratados de Hessra. La luz del planetoide helado era tan débil como las perspectivas de los cimek. Hasta la Gran Purga.

Juno subió con dificultad detrás de él, exudando poder y ambición por todo su inmenso cuerpo. Sus patas articuladas subían y bajaban, impulsadas por motores. Los titanes habían vivido tanto tiempo que tendían a olvidar sus objetivos, dejando que los días pasaran. Y ya casi era demasiado tarde.

Él y su compañero amado permanecieron allá arriba, inmunes al frío inhóspito. A su espalda, las torres medio hundidas de la fortaleza de los pensadores parecían un

monumento ruinoso a la gloria perdida… a Agamenón le recordaba los excéntricos altares y estatuas que había obligado a sus esclavos a construirle en la Tierra.

—Eres el señor de todo cuanto te rodea —dijo Juno.

Agamenón no habría sabido decir si le estaba tomando el pelo o estaba admirando su minúscula victoria.

—Es patético. Después de todo, parece que no había nada que temer. La Liga casi no puede ni sonarse las narices, y han eliminado a Omnius en todos los Planetas Sincronizados con la excepción de Corrin, donde se esconde parapetado detrás de todo su armamento.

—¿Igual que nosotros nos escondemos aquí?

—¿Escondernos? Ya no hay razón para esconderse. —Con una pesada extremidad metálica, Agamenón aporreó el suelo ante él, formando un cráter en el hielo—. ¿Qué podría detenernos ahora?

Los pensamientos del titán retumbaban por su mente como un trueno lejano. Era vergonzoso haber permitido que sus sueños se fueran apagando… quizá tendría que haber muerto, como tantos otros de sus amigos conspiradores. Casi nueve décadas después de su nueva rebelión contra Omnius, el general y el puñado de supervivientes cimek que quedaban habían logrado bien poco, y se escondían como ratas.

—Me estoy cansando de esto —dijo—. De todo.

Juno y él se entendían muy bien. Y le sorprendía que la ambiciosa titán hubiera permanecido a su lado durante más de mil años. Quizá solo era porque no tenía ninguna alternativa viable… o porque de verdad le importaba.

—¿Qué estás esperando exactamente, mi amor? Tanta complacencia nos ha convertido en apáticos soñadores, como la población del Imperio Antiguo que tanto despreciábamos. Tantos años sentados, sin hacer nada, igual que… —su voz se tiñó de autodesprecio— ¡que

pensadores! La galaxia es un campo abierto para nosotros. Sobre todo ahora.

Con sus fibras ópticas, Agamenón escaneó el paisaje montañoso y yermo, las inexorables masas de hielo.

—Hubo un tiempo en que las máquinas pensantes nos servían. Ahora Omnius ha sido destruido y los hrethgir están debilitados… tendríamos que aprovechar la ocasión. Aunque sigue habiendo muchas posibilidades de que fracasemos.

La voz de Juno demostraba un profundo desprecio, y no dejaba de pincharle, como siempre.

—¿Desde cuándo eres un niño caguica, Agamenón?

—Tienes razón. A mí mismo me desagrada mi actitud. Gobernar para poder oprimir a un puñado de subordinados no es suficiente. Está bien tener esclavos a tu disposición, pero incluso eso acaba cansando.

—Sí, mira lo que le pasó a Yorek Thurr en Wallach IX. Tenía a su disposición un planeta entero, pero no le parecía bastante.

—Wallach IX es un pozo radiactivo. Como los otros Planetas Sincronizados. Es irrelevante.

—Todos los planetas que pertenecieron al Imperio Sincronizado ahora son irrelevantes, mi amor. Debes buscar un paradigma distinto.

Juntos, siguieron contemplando el paisaje desolado de Hessra, tan muerto como los Planetas Sincronizados que habían explorado y descartado después de la Gran Purga. Al poco, Agamenón dijo:

—Debemos promover los cambios, en lugar de ser los receptores pasivos de lo que la historia nos quiera dejar.

Los dos titanes giraron las torretas de sus cabezas y caminaron de vuelta a las torres de los pensadores.

—Ha llegado el momento de que empecemos de nuevo.

Beowulf no sospechaba nada, aunque hacía ya tiempo que el general tenía planes para él.

—Su cerebro dañado ya no tiene capacidad para percibir detalles o sacar conclusiones —comentó Dante.

—El muy patán casi no anda recto ni por un pasillo —dijo Agamenón—. Ya le he aguantado suficiente.

—Quizá bastaría con dejar que salga ahí fuera y se despeñe por alguna fisura del glaciar —propuso Juno—. Eso nos evitaría a todos muchos problemas.

—Ya cayó en una grieta cuando llegamos a Hessra. Fuimos unos necios al rescatarlo.

Los tres titanes convocaron al indeciso neocimek en la cámara central donde en otro tiempo estuvieron los pedestales de los pensadores. Las runas muadru de los bloques de las paredes habían sido destrozadas con garabatos obscenos. Desplazándose con rapidez con sus cuerpos móviles limitados, los neos-subordinados esclavizados seguían con sus labores en el laboratorio, controlando el equipo de procesamiento del electrolíquido para los gobernadores cimek.

Agamenón tenía todo lo que necesitaba. Pero ahora necesitaba más.

Beowulf entró pesadamente, porque los mentrodos que controlaban sus extremidades eran algo inestables. Las señales se confundían y se superponían, de modo que iba dando tumbos, como un borracho que trata de andar de un punto a otro.

—S-s-s-sí, Agamenón. ¿M-m-me ha llamado?

La voz del general era escrupulosamente neutra.

—Siempre te he estado muy agradecido por el servicio que nos prestaste al ayudarnos a liberarnos de Omnius. Ahora estamos ante un momento decisivo. Nuestras

circunstancias están a punto de cambiar drásticamente a mejor, Beowulf. Pero antes de que eso pase, tenemos que hacer un poco de limpieza.

Agamenón levantó su cuerpo móvil, alzándose con su forma imponente en la cámara de piedra. Sacó una de las antiguas armas que tenía guardadas en el interior de su cuerpo. Beowulf parecía intrigado.

Dante corrió a desactivar los motores y la fuente de alimentación que impulsaba el cuerpo robótico del cimek.

—¿Q-q-q-qué…?

La voz de Juno sonaba dulce y razonable.

—Tenemos que deshacernos de algunos trastos viejos antes de seguir adelante, Beowulf.

—Doy gracias a los dioses en todas sus encarnaciones porque Jerjes no esté aquí con sus torpes intentos de ayudarnos. Pero tú, Beowulf… tú eres un desastre en ciernes.

Los titanes rodearon a la forma móvil desactivada, extendiendo sus brazos articulados, formando las herramientas necesarias para iniciar el proceso de desmantelamiento. Agamenón esperaba poder probar alguna de las piezas de anticuario que tenía en su colección.

—N-n-nooo…

—Incluso yo llevo tiempo esperando esto, general Agamenón —dijo Dante—. Los titanes están listos para su gran resurgimiento, por fin.

—Lo que importa realmente es que extendamos nuestra base de poder, tomando nuevos territorios y controlándolos con mano de hierro. Durante mucho tiempo me ha torturado el deseo de tomar los planetas habitados por los hrethgir, pero desde la Gran Purga, hay innumerables bastiones para conquistar. Será un placer construir nuestro nuevo imperio sobre la tumba de Omnius. Antes, cuando descarté esta posibilidad, no pensé lo irónico y satisfactorio que podía ser.

La radiactividad no supone ninguna amenaza para nuestras armaduras protectoras y nuestros contenedores cerebrales. El Infierno será solo el primer paso. A partir de ahí, recuperaremos nuestra fuerza y atacaremos los mundos de la Liga.

—No hay nada malo en iniciar un nuevo imperio entre ruinas, mi amor. —Como si estuviera partiendo un cangrejo gigante, Juno desmontó el primer grupo de patas de la forma móvil de Beowulf—. Siempre y cuando sea solo el principio.

El neocimek siguió gimoteando y suplicando, cada vez con menos articulaciones y una mayor sensación de urgencia. Finalmente, con desagrado, Agamenón desactivó el simulador de voz conectado a su contenedor cerebral.

—Bueno. Ahora es mejor que nos concentremos y finalicemos esta eutanasia.

—Por desgracia —siguió diciendo Dante—, solo quedamos tres titanes. Muchos de nuestros neos son muy leales a su manera, pero siempre han sido pasivos. Los sacamos de poblaciones oprimidas.

Agamenón arrancó un grupito de mentrodos de la forma móvil de Beowulf.

—Debemos crear una nueva jerarquía de titanes, pero nunca encontraremos el material que necesitamos entre nuestros menguantes recursos. Los neos son como un rebaño.

—Pues busquemos en otro sitio —señaló Juno—. Aunque Omnius ha hecho lo posible por exterminarlos, siguen quedando muchos hrethgir. Y los supervivientes son los más fuertes.

—Incluido mi hijo, Vorian. —Mientras seguía desmantelando los diferentes componentes que mantenían a Beowulf con vida, el general titán recordó los tiempos en que su leal Vor limpiaba, pulía y restauraba meticulosa y

amorosamente los delicados componentes cimek de su padre, en un gesto que se remontaba a los albores de la historia, el de lavar los pies de un líder amado. Oh, aquellos momentos tan íntimos entre padre e hijo eran tan especiales…

Agamenón añoraba aquellos tiempos y deseó que las cosas no hubieran ido tan mal con Vorian. Con él estuvo más cerca que nunca del éxito, pero los humanos se lo corrompieron.

Juno no se dio cuenta de que estaba perdido en sus ensoñaciones.

—Tendríamos que buscar candidatos entre ellos, candidatos con talento a los que podamos convertir a nuestra causa. Estoy segura de que tenemos la astucia y la técnica para lograr algo tan simple. Una vez que extraigamos el cerebro de una persona, no hay nada que no podamos hacer para manipularlo.

El general pensó en aquello.

—Primero exploraremos los planetas con radiación y decidiremos dónde establecernos.

—Wallach IX sería una buena opción —dijo Dante—, está cerca de Hessra.

—Estoy de acuerdo —dijo Agamenón—. Y destrozaremos lo que quede del trono de ese chiflado de Yorek Thurr.

El cuerpo mecánico de Beowulf ya estaba desmantelado, y sus componentes se habían ido separando para su reciclaje y reacondicionamiento. Los neos-subordinados se acercaron en silencio para llevarse las piezas.

Mientras Agamenón pensaba en todos aquellos Planetas Sincronizados echados a perder, se le ocurrió que Vorian había sido el verdadero cerebro de aquello. Después de todo, quizá sería un sucesor apropiado para los titanes.

50

Si nos volvemos a mirar al pasado lejano, apenas lo veremos, tan imperceptible se ha vuelto.

MARCEL PROUST, antiguo autor humano

Vor estaba en su despacho nominal en la sede del ejército de la Humanidad, en Zimia, contemplando la llovizna del atardecer por la ventana abierta. Después de una tarde calurosa y una semana de un bochorno insoportable, era agradable sentir la lluvia en el rostro. La lluvia se agradecía, pero no ayudó al bashar supremo a sentirse mejor.

Vor tenía la sensación de que día tras día seguía perdiendo su batalla contra el estancamiento del gobierno, su letargo, su incapacidad de tomar decisiones difíciles. Los representantes de la Liga tenían miedo de hacer el trabajo sucio, y con cada año que pasaba, olvidaban más y más. Vivían inmersos en el limitado mundo de los problemas locales y los favores políticos, y trataban de convencerse de que la amenaza de Omnius y los cimek desaparecerían por sí solas. Vor no lograba hacerles entender que, aunque los cimek habían permanecido al margen durante años, Agamenón no había dado aún por terminado su reinado de terror.

Su larga guerra había acabado. Después de la Gran Purga, Quentin Butler no fue el único militar que buscó una forma pacífica de escabullirse. A todos les resultaba mucho más fácil dar prioridad a las tareas de recuperación y reconstrucción. Muchos eran los que querían convertir la Yihad en historia.

Pero lo cierto es que no había acabado. No todavía, no mientras Corrin y los cimek siguieran amenazando con su existencia a la humanidad. Y sin embargo, por lo visto Vor era el único que lo veía. La Liga se negaba a autorizar el envío de una fuerza ofensiva o incluso una simple misión de reconocimiento a Hessra, donde sabían que se ocultaban los últimos titanes. ¡Estúpidos!

El Gran Patriarca y los nobles estaban demasiado pendientes de los problemas financieros que conllevaba extender su administración a los Planetas No Aliados para ampliar el imperio y lograr un control centralizado. El Gran Patriarca había añadido varias argollas a la cadena de mando que llevaba al cuello.

Los Planetas Sincronizados serían inhabitables durante muchos siglos, pero algunos de los mundos más beligerantes de la Liga veían en los Planetas No Aliados una buena alternativa. La insaciable demanda de melange no había disminuido con el fin de la plaga. Y hacía años que había programas especiales para ayudar a recuperar la población, bajo la supervisión de la hechicera suprema Ticia Cenva.

Ahora que se había prohibido el uso de máquinas informatizadas, los proyectos de obras públicas exigían una cantidad ingente de mano de obra. Y eso significaba que hacían falta esclavos, en su mayoría budislámicos de planetas remotos. En las cámaras de la Liga hubo quien protestó porque aquello equivalía a tratar a otros humanos

«igual que les habían tratado las máquinas», pero esta postura no tenía mucho apoyo.

Dado que sus deberes militares habían sido sustituidos por trabajo administrativo, discursos públicos y desfiles, Vor había decidido hacía tiempo encontrar a su nieta Raquella en Parmentier. Después de seis meses de búsqueda, dio con ella.

Cuando huyeron del Hospital de Enfermedades Incurables, ella y Mohandas Suk se instalaron en una remota población habitada en su mayor parte por un grupo insular que practicaba la antiquísima religión del judaísmo. Allí estuvieron ayudando a la gente a superar la plaga… hasta que una chusma paranoica que bebía de unos prejuicios más antiguos que el judaísmo arrasó el poblado, proclamando que los judíos tenían tanta culpa como las máquinas de la epidemia.

Así que Raquella y Mohandas siguieron su camino, acompañados por algunos de los judíos del poblado, que se vieron obligados a ocultar su identidad. Incluso después de acabarse la epidemia, Parmentier tardó años en recuperarse.

Cuando Vor la encontró, Raquella trabajaba en condiciones bastante primitivas. La mayor parte del material médico había sido destruido, así que Vor le envió generosamente todo lo que necesitaba, incluido material y guardias de seguridad para que la protegieran. Poco después, los reclutó a los dos para que le ayudaran en la creación de la Comisión Médica de la Humanidad —HuMed—, que sustituyó a la antigua Comisión Médica de la Yihad. Luego, pagando de su propio bolsillo, compró una nave hospital para ellos. La nave permitió a Raquella y sus compañeros viajar por la galaxia realizando su importante trabajo con mayor eficacia. Por mucho tiempo que hubiera

pasado, había que vigilar atentamente los mundos de la Liga por si aparecían nuevos brotes de la epidemia.

Alguien tenía que estar alerta.

No todos los desembolsos que hacía la Liga eran tan beneficiosos para los ciudadanos. Iluminada por los focos, al otro lado de la plaza de Zimia, Vor veía los trabajos de construcción de la ostentosa catedral de Serena, uno de los muchos proyectos que Rayna Butler y sus seguidores cultistas habían obligado a aceptar al gobierno en los años recientes. Cuando estuviera terminada, sería la estructura religiosa más grande y cara de todos los tiempos. Vor amaba y respetaba a Serena —a la auténtica— más que nadie, y sin embargo consideraba que aquellos recursos tendrían que haberse destinado a labores de reconstrucción más importantes.

El Culto a Serena se había extendido con rapidez, y por los motivos equivocados. Aunque Rayna seguía entregada en cuerpo y alma a su cruzada contra las máquinas, muchos de sus seguidores parecían interesados en utilizarla para conseguir poder. Vor se daba perfecta cuenta, pero estaba claro que los demás no.

Nadie quería escuchar cuando Vor, el «viejo agitador», señalaba los problemas más obvios.

En aquellos momentos, dio un suspiro, hondo y exasperado. Los líderes parlamentarios y militares seguían con sus programas y dejaban al bashar supremo al margen de las decisiones importantes. Su cargo se había convertido en algo puramente ceremonial. Aunque seguía pareciendo un hombre joven, hasta Faykan Butler le había recomendado que aceptara un retiro bien merecido. Vor no desaparecería envuelto en un halo de gloria, como Xavier Harkonnen. Aquello era mucho peor. Vorian Atreides estaba desvaneciéndose entre las sombras.

Cada día se levantaba temprano y se ocupaba de sus asuntos en la ciudad, y sus pensamientos volvían siempre atrás, a los buenos momentos y las crisis personales que había vivido. Serena, Leronica… incluso Seurat, la Vieja Mentemetálica.

No soportaba llevar una existencia tan inútil.

Vor tenía ciento treinta y cinco años, pero se sentía mucho más viejo. Cuando terminaba con su trabajo habitual en la sede del ejército de la Humanidad, no había nadie que le esperara en casa. Sus hijos ya eran ancianos y vivían con sus familias en el lejano Caladan.

Y añoraba a su antiguo ayudante, Abulurd Harkonnen, que siempre le había visto como un mentor y una figura paterna… mucho más que Estes o Kagin. Pero Abulurd ya llevaba un año en el sistema de Corrin, ayudando a mantener a raya a Omnius.

Como si hubiera llamado a su protegido con el pensamiento, Vor levantó la vista y vio que Abulurd caminaba con decisión hacia el edificio. Iba sin escolta, llevaba el uniforme arrugado y caminaba con los hombros encogidos a causa de la lluvia. Sus movimientos daban sensación de urgencia.

Sin acabar de saber si no estaría soñando, Vor salió corriendo al pasillo, bajó las escaleras de dos en dos y se precipitó hacia la salida. Abulurd estaba a punto de entrar, y se llevó un buen susto.

—¡Abulurd, eres tú!

El oficial más joven se vino abajo, como si el esfuerzo de llegar hasta allí le hubiera dejado sin energía.

—Vengo directamente de Corrin, señor. He utilizado una nave que plegaba el espacio para llegar antes que las máquinas, pero no sé cuánto tiempo nos queda.

Aunque Vor y Abulurd compartían el mismo sentimiento de urgencia, los otros miembros del Parlamento pensaban que se estaba exagerando la crisis.

—Después de tantos años, ¿qué esperan lograr las máquinas? ¡Las hemos derrotado! —exclamó el representante de Giedi Prime.

—Y, si esos misiles teledirigidos atravesaron los campos descodificadores, ¿no sería lógico pensar que sus circuitos gelificados han quedado inutilizados? Por tanto, no tenemos de qué preocuparnos. —El pomposo embajador de Honru se recostó en su asiento con cara de suficiencia.

—Mientras siga existiendo alguna encarnación de Omnius, siempre habrá motivo para preocuparse. —Vor no entendía que se sintieran tan confiados. Aunque tampoco le sorprendía: cada vez que se enfrentaban a un problema difícil, los representantes debatían y debatían, hasta que todo quedaba totalmente confundido y sin una solución decisiva.

Tras el regreso de Abulurd, Vor pasó más de una semana preparando reuniones, hablando directamente con otros subcomandantes. Abulurd entregó las imágenes que habían tomado desde las naves de vigilancia donde aparecían los extraños proyectiles. Finalmente, el bashar supremo insistió en dirigirse directamente al Parlamento. De acuerdo con sus proyecciones, dependiendo de la aceleración y las reservas de carburante, aquellos misiles superrápidos llegarían a Salusa de forma inminente.

—¿Seguro que no exagera el peligro para encender al populacho y aumentar el poder del ejército de la Humanidad, bashar supremo? —dijo un hombre delgado procedente de Ix—. Todos hemos oído las historias de guerra que cuenta usted.

—Puede dar gracias de no haber tenido que pasar por ellas personalmente —comentó Vor con un gruñido.

El ixiano frunció el ceño.

—Yo crecí durante la plaga, bashar supremo. Quizá no tengamos tanta experiencia como usted en el campo de batalla, pero todos hemos pasado por momentos muy duros.

—¿Por qué empeñarnos en perseguir fantasmas? —musitó otro hombre, al que Vor no reconoció—. Enviemos algunas naves de reconocimiento a patrullar el sistema y que destruyan esos misiles antes de que lleguen a Salusa. Si es que llegan. Así es como Quentin Butler se ocupó de los proyectiles con la epidemia.

La reunión siguió más o menos en los mismos términos durante buena parte de la mañana. Finalmente, enfadado por lo que había escuchado bajo la gran cúpula dorada del edificio del Parlamento, Vor salió. Fuera, se detuvo un momento en lo alto de los escalones de piedra, miró al cielo nublado y dio un fuerte suspiro.

—¿Está bien, señor? —Abulurd se acercó corriendo desde las columnas.

—La misma obcecación de siempre. Los legisladores se han olvidado de hablar de todo lo que no sean precios de productos agrícolas, regulación de viajes espaciales, subsidios para la reconstrucción y grandes proyectos de obras públicas. Ahora entiendo por qué Iblis Ginjo creó el Consejo de la Yihad. Sí, quizá la gente se quejaba del poder inmenso que acaparaba en sus manos, pero al menos tomaban decisiones de forma inmediata y efectiva. —Meneó la cabeza—. En estos momentos, creo que el peor enemigo de la humanidad son la complacencia y la burocracia.

—No somos capaces de mantenernos centrados ante amenazas o proyectos a largo plazo —señaló Abulurd—. Nuestra sociedad está tan empeñada en volver a la

normalidad (como si alguien supiera lo que es eso), que se niega a reconocer una amenaza simplemente porque creía haberla eliminado.

Empezó a llover otra vez, más fuerte, pero el oficial veterano no se movió. Alguien dirigió un paraguas suspensor para protegerlo de la lluvia. Abulurd, cómo no. Vor le sonrió, pero el bator seguía pareciendo preocupado.

—¿Qué vamos a hacer, señor? Esos misiles vienen hacia aquí. —Antes de que Vor pudiera contestar, una ráfaga de viento hizo caer el paraguas suspensor por la escalera, y Abulurd corrió para recuperarlo.

Los dos estaban a punto de volver a entrar en el edificio cuando Abulurd señaló a lo lejos. El viento se llevó de nuevo el paraguas, pero esta vez Abulurd no fue a buscarlo.

En el cielo aparecieron unas franjas de color naranja y plata, como si un predador acabara de clavar sus garras en él.

—¡Mire… los misiles de Corrin! —gimió Abulurd, asustado y avergonzado por no haber sido capaz de convencer a nadie con su aviso.

Vor apretó la mandíbula.

—El ejército de la Humanidad se cree su propia propaganda. La gente piensa que por el simple hecho de decretar que la Yihad ha terminado nuestros enemigos van a dejar de maquinar. —Respiró hondo, porque recordaba demasiado bien lo que significa estar en el campo de batalla —. Parece que voy a necesitar alguien que me ayude —le dijo a Abulurd—. Tú y yo tenemos un trabajo que hacer.

51

De Norma Cenva se decía que no se la podía juzgar por su apariencia. Sus defectos físicos no tenían importancia, ni tampoco la belleza clásica que los sustituyó. Ninguna de las dos cosas mostraba la esencia de la mujer. Por encima de todo, ella era una fuente de energía cerebral.

PRINCESA IRULAN, *Biografías de la Yihad Butleriana*

Cuando volvió a Rossak, la selva púrpura y plata de los profundos valles tectónicos le trajo a Norma una avalancha de recuerdos de su infancia. El humo tóxico de los volcanes lejanos seguía enturbiando el cielo y, desde la densa capa de vegetación de la selva, el olor a vida se elevaba como una miasma hasta la ciudad de cuevas. Allá abajo, medraban las plantas e insectos más extraños, y las diferentes formas de vida luchaban por sobrevivir entre las grietas fértiles y protegidas.

Norma aún se acordaba de sus expediciones junto a Aurelius y sus expertos botánicos, cuando salían a buscar plantas, hongos, bayas, incluso insectos y arácnidos, para transformarlos en productos farmacéuticos. VenKee Enterprises aún conseguía grandes beneficios gracias a las sustancias que cosechaban en Rossak, pero la melange se

había convertido en el principal producto de exportación de la empresa.

Sin embargo, en su visión más reciente, Norma había visto la destrucción total de Rossak. Algo terrible iba a pasar en el planeta, a las hechiceras, a todos. Esperaba poder convencer a su medio hermana de la urgencia de la situación, aunque sabía que Ticia querría pruebas, detalles, explicaciones. Y no los tenía… solo podía ofrecerle la fuerte premonición que había sentido durante un sueño inducido por la melange.

Ticia no aceptaría tan fácilmente su palabra.

Años atrás, Ticia había partido en uno de los últimos ataques contra los cimek. Ella y sus compañeras hechiceras estaban preparadas para desatar sus poderes mentales, para llevarse con ellas al enemigo cimek. Todas sus compañeras se sacrificaron, y Ticia misma habría muerto, de no ser porque en el último momento los cimek se retiraron. Ella fue la única superviviente… y de alguna forma siempre se había resentido por no haber tenido su oportunidad como las otras. La personalidad de Ticia estaba formada a partes iguales por reproches, sentimiento de culpa y determinación. Había muchas cosas que le habían amargado la vida, y muchas personas a las que podía señalar sin vacilar como culpables.

La hechicera suprema nunca había hecho caso a Norma, como si no existiera, y había dejado que trabajara sola en Kolhar, con sus naves y sus motores para plegar el espacio. Estaba tan entregada a sus proyectos como Norma lo estaba a los suyos. Y en parte por eso Norma la entendía.

La Yihad había terminado, ya no había necesidad de que las mujeres de Rossak entrenaran para sus ataques suicidas mentales. Ahora las hechiceras dedicaban sus energías a estudiar y gestionar los datos sobre las diferentes líneas genéticas que habían reunido a lo largo de generaciones,

junto con el nuevo material recogido durante los peores momentos de la plaga de Omnius.

—Me parece que tu inspiración, o premonición, se debe más a las distorsiones que te provoca el exceso de melange que a una auténtica presciencia —dijo Ticia después de escuchar el mensaje de Norma. Estaban juntas en un balcón de roca, mirando a la densa jungla que crecía allá abajo.

Como hechicera suprema, Ticia no quería tener nada que ver con ningún tipo de droga ni estimulante artificial. En su opinión, solo los débiles se apoyan en eso. VenKee había conseguido enormes beneficios destilando estimulantes, sustancias alucinógenas y medicamentos a partir de las exóticas plantas de las selvas de Rossak. Todo aquello le resultaba de lo más desagradable, al igual que la evidente adicción de su medio hermana a la especia de Arrakis.

Las dos poseían una belleza glacial, eran altas, de piel clara, con cabellos rubio platino y facciones perfectas. Sin embargo, en su mente, Norma seguía siendo la misma mujer achaparrada y de rasgos toscos, y se sentía intimidada en presencia de una hechicera autoritaria como Ticia.

—No ha sido mi imaginación —dijo Norma—. Era un aviso. Sé que, entre las hechiceras, la premonición se manifiesta ocasionalmente como un don. Desde luego, tienes registros que lo demuestran.

—Te enviaré un mensaje si tu absurda premonición se cumple. Vuelve a Kolhar con tu trabajo. —Ticia alzó el mentón con aire regio—. Aquí también tenemos una misión importante.

Norma miró a su medio hermana con sus centelleantes ojos azules, que parecían ocultar un universo entero. Se tocó la sien y sonrió con satisfacción.

—Nunca dejo de trabajar en mis cálculos. Puedo realizarlos aquí con la misma facilidad que en Kolhar.

—Entonces tal vez las dos veremos si tus pesadillas son reales.

Pero durante días, no pasó nada, y Norma fue incapaz de dar nuevos detalles de su premonición.

Cada mañana, durante aquella larga visita, Norma salía a pasear sola por la selva, y cogía raíces, bayas, hojas que guardaba en sus bolsillos sin explicar nunca el porqué. «Qué rara es», pensaba Ticia observándola desde lejos.

En aquellos momentos, Norma estaba subiendo por un empinado sendero hacia una de las elevadas entradas a las cuevas, donde la hechicera suprema esperaba. Parecía que iba en trance, y el sol brumoso destellaba sobre el dorado antinatural de sus cabellos y su piel lechosa. Se la veía tan concentrada, tan ausente… qué divertido si tropezara y se muriera en la caída…

Cuando Ticia era un bebé, su madre la había abandonado para estar con Norma, había preferido a aquella… aquella friki antes que a ella, una hechicera perfecta. «¡Cáete, maldita seas!».

Cuando los pasos fluidos de Norma la llevaron hasta la abertura de la cueva, Ticia siguió mirándola sin moverse. Norma le habló como si estuviera continuando con una conversación que seguramente habían iniciado en su cabeza.

—¿Dónde tenéis los ordenadores?

—¿Estás loca? ¡Aquí no tenemos máquinas pensantes! —A Ticia le sorprendió que su medio hermana hubiera adivinado su secreto. «¿Será realmente presciente? ¿Debería tomarme su advertencia en serio?».

Norma la miró sin rencor, pero sin creer ni por un momento lo que le decía.

—A menos que hayáis entrenado vuestras mentes para que tengan la capacidad y la organización de un ordenador, necesitáis un avanzado sistema para controlar una cantidad tan enorme y detallada de información genética. —Estudió a Ticia con la intensidad de un instrumento escaneador—. ¿O será que estáis haciendo un trabajo chapucero por miedo a utilizar las herramientas que necesitáis? No pareces de esas.

—Los ordenadores son ilegales y peligrosos —dijo Ticia, con la esperanza de que fuera suficiente.

Norma, como siempre, insistió.

—No temas, no me pondré paranoica ni te miraré con recelo… solo siento curiosidad. Yo misma aproveché las ventajas de un sistema de organización y de respuesta informatizado para resolver los problemas de la navegación por el espacio plegado. Por desgracia, la Liga no estaba de acuerdo y me obligaron a abandonar esa línea tan productiva de trabajo. No seré yo quien te discuta su utilidad en tus investigaciones.

Antes de que Ticia pudiera pensar una excusa plausible, oyó el sonido sibilante de algo muy caliente y veloz que atravesaba la atmósfera. Las dos miraron al brumoso cielo de la mañana y vieron las estelas plateadas descender sobre los profundos valles de roca tectónica. Los enormes proyectiles se estrellaron contra las copas de los árboles, atravesaron el follaje y acabaron impactando contra la base de la selva.

Norma se mordió el labio inferior mientras asentía con el gesto.

—Creo que mi visión empezaba así. —Se volvió hacia Ticia—. Será mejor que deis la señal de alarma.

Al oír los impactos, todas las hechiceras salieron de sus cámaras en las cuevas, vestidas con sus túnicas blancas. Allá abajo, en la selva, uno de los proyectiles que se había

empotrado en la suave marga del suelo empezó a vibrar y se abrió como la cascara de un huevo. Un revoltijo de piezas de metal salieron disparadas, se clavaron en el suelo y empezaron a echar tierra, piedrecillas y otros materiales en un receptáculo de procesamiento.

A pesar de su temible premonición, Norma estudió el proyectil con curiosidad.

—Parece una fábrica automatizada… aunque no es tan compleja como una verdadera máquina pensante. Y está utilizando los recursos que encuentra para construir algo.

—Sigue siendo una máquina —dijo Ticia. Se puso rígida, preparándose para generar una energía que le permitiera luchar de la única forma que sabía—. Aunque no sea un cimek, sigue siendo nuestro enemigo.

Allá abajo, varios hombres con el uniforme de trabajo de VenKee se acercaron al lugar del impacto. Sujetas al cinturón llevaban unas bolsitas llenas con el material recogido en un día de trabajo en la selva. Un joven pálido y deforme los acompañaba como una mascota entusiasta; ojos de ternero, cuerpo contrahecho, un friki. Ticia lo miró con desdén desde el lugar privilegiado donde estaba, lamentando que aquellos Defectuosos no murieran en cuanto los echaban a la selva…

Entonces, cuando el grupo de curiosos se acercaba, la fábrica automatizada escupió su primera hornada del producto acabado: unas esferas pequeñas y plateadas que volaban como insectos blindados y hambrientos. Los bichitos se elevaron como un enjambre, examinaron la zona y se abalanzaron sobre el grupo de trabajadores de VenKee. El joven contrahecho salió huyendo con una sorprendente rapidez y desapareció entre la densa maleza, pero los otros no fueron lo bastante rápidos.

—Son pequeños, pero deben de tener unos sensores muy agudos —dijo Norma, aún con tono analítico.

Los insectos metálicos revolotearon en torno a sus víctimas como una nube de avispas furiosas y luego atacaron con sus minúsculas sierras y empezaron a despedazarlos, desgarrando su ropa y su piel, haciendo saltar chorreones de sangre y trocitos de carne triturada. Los hombres chillaban, sin dejar de correr y sacudirse, pero las pirañas mecánicas los perseguían, mordiendo y mordiendo, machacando sus cuerpos.

Luego aquellas criaturas se dirigieron a las entradas de las cuevas.

—Nos han visto —dijo Norma.

Ticia llamó a las otras hechiceras y aquellas poderosas mujeres esperaron juntas la llegada de la nube de insectos. Los pequeños zánganos, cubiertos de afiladas espinas metálicas, se movían como balas. Ticia empezó a temblar, conjurando sus poderes mentales.

Detrás de las hechiceras, los niños y los hombres de Rossak se habían ocultado en las cámaras más seguras. Con sus mentes, Ticia y sus compañeras levantaron un viento estático y arrojaron sus andanadas de energía telecinética, como un huracán mental. Montones de bichitos mecánicos quedaron dispersos y pulverizados. Pero llegaron más. La fábrica seguía produciendo miles y miles.

—Esto no exige un esfuerzo tan grande como destruir cimek —comentó una de las hechiceras—, pero a su manera también es muy gratificante.

—Omnius ha encontrado una forma de enviar una nueva arma contra nosotros, a pesar de la barrera defensiva de la Liga —declaró Norma—. Estas máquinas están programadas para perseguirnos y destruirnos.

Las nubes metálicas de insectos artificiales buscaban víctimas frente a las ciudades de cuevas. Las hechiceras estaban rodeadas por un halo de ozono y un viento invisible. Sus cabellos claros flotaban, sus ropas se

ondulaban por las corrientes telepáticas. Ticia levantó la mano, y con una descarga sostenida, las mujeres destruyeron la nueva hornada de bichitos. Luego, uniendo sus esfuerzos, destruyeron el cilindro de la fábrica, que quedó reducida a un montón de chatarra.

—Que vengan unos hombres con sopletes y explosivos —ordenó Ticia—. Que destruyan ese cilindro antes de que pueda regenerarse. —Se sentía exultante, feliz, tanto que hasta le reconoció a su medio hermana el mérito de haber tenido una premonición.

—La guerra aún no ha terminado —señaló Norma—. Es posible que no haya hecho más que empezar. Otra vez.

52

Si las máquinas pensantes no tienen imaginación, ¿cómo es que no dejan de concebir nuevos horrores que enviar contra nosotros?

BATOR ABULURD HARKONNEN,
Informe sobre el incidente de Zimia

En Zimia, los inspectores de seguridad y los curiosos que corrieron a los lugares donde se estrellaron los proyectiles murieron. Incluso las imágenes de las cámaras quedaron interrumpidas en cuestión de segundos, porque las mortíferas máquinas voladoras devoraron todo lo que encontraron en su camino. Todo contacto quedó cortado.

Vor, que no esperaba nada bueno de Omnius, reunió a los regimientos de la guardia nacional y ordenó que rodearan los diferentes puntos de impacto con armas. Abulurd Harkonnen estaba a su lado y se ocupó de que sus órdenes se cumplieran. El bashar supremo estaba como un toro salusano enfurecido, y nadie se atrevía a ponerse en su camino.

—Les dije que estuvieran alerta —le gruñó Vor a Abulurd —. Les dije que no bajaran la guardia. Y tú hasta viniste con un aviso concreto, ¡y aun así no quisieron escuchar!

—Dé a esta gente unos años de paz y se olvidarán enseguida de lo que es una emergencia —concedió Abulurd

totalmente de acuerdo.

—Y ahora que se enfrentan a un nuevo ataque, responden como ratoncitos asustados. —Vor profirió un sonido de disgusto.

Antes incluso de conocer los detalles de aquella nueva amenaza, Abulurd había coordinado los destacamentos de soldados estacionados en los distritos urbanos más próximos a las zonas de impacto. Haciendo uso de poderes de emergencia, convocó y distribuyó a los mercenarios que seguían teniendo contrato con el ejército de la Humanidad.

Aquellos proyectiles con tamaño de ataúdes se habían estrellado en un radio bastante amplio. Luego, combinaban los recursos elementales que encontraban, después de introducirlos por las fauces cada vez más grandes de las fábricas automatizadas, y escupían enjambres de artefactos insaciables del tamaño de cojinetes. Cada uno tenía su propia fuente de energía, una programación sencilla y mandíbulas muy afiladas. Atacaban y devoraban cualquier figura humana, como pirañas.

La gente huía despavorida y, mientras, los bichitos mecánicos no dejaban de revolotear en una misión implacable de destrucción, reduciendo a sus víctimas a jirones de carne y fragmentos de hueso. Los soldados de uniforme y los ciudadanos que vestían pantalones y camisas entalladas parecían el objetivo preferido. Las mujeres y los curas con túnicas amplias y los ancianos con sombreros altos retromodernos pasaron inadvertidos por un rato, pero los voraces bichitos volvieron atrás para echar un segundo vistazo… y atacaron.

La gente corría y gritaba por las calles, caían muertos antes de encontrar un refugio. Como trituradoras de carne despiadadas, las pirañas se sumergían en los cuerpos sin seguir un trazado concreto y vomitaban la carne

destrozada. En cuanto una víctima caía, las diminutas máquinas iban en busca de otra.

El primer grupo de soldados que trató de combatirlos fue reducido enseguida. Las pirañas aladas se lanzaron sobre ellos como abejas asesinas. Algunos soldados activaron sus escudos personales para evitar la carnicería, pero otros no fueron tan rápidos y, cuando las pirañas los tocaron, cayeron como si los hubieran rociado con un gas tóxico. Sus armas de mano no servían ante aquella cantidad apabullante de atacantes mecánicos.

Pero incluso los que se protegieron con sus escudos acabaron sucumbiendo. Los bichitos se arrojaban una y otra vez contra las barreras Holtzman, tanteando, explorado, hasta que descubrieron el truco de la penetración lenta. La sangre y los tejidos celulares salpicaron por dentro las paredes de los escudos. En cuestión de momentos, los bichitos que entraban destruían el aparato generador. Las burbujas del escudo desaparecían y los sanguinarios insectos salían disparados.

El enjambre de atacantes era cada vez mayor. Las familias corrían a esconderse en edificios y vehículos, pero los bichos los seguían y siempre encontraban la forma de entrar. No había ningún lugar seguro.

En un radio cada vez más extenso, los artefactos recolectores reunían todos los metales que encontraban y los añadían a los voraces procesadores para crear más y más cazadores volantes. Los cilindros que se habían estrellado se abrían más, cavaban más hondo, y los bichitos seguían saliendo como una nube de balas. Las fábricas móviles enviaron recolectores a demoler las estructuras de Zimia, a destripar los edificios para aprovechar los materiales y obtener metales y otros elementos necesarios.

El perímetro de destrucción era cada vez más amplio.

Abulurd siguió al bashar supremo Atreides a la escena donde se había producido la infestación más reciente. Cuando Vor daba órdenes, los soldados inexpertos de Zimia estaban demasiado asustados para vacilar. Él y Abulurd establecieron un centro de mando provisional no muy lejos del lugar del primer impacto. El caos reinaba en las calles. Los ciudadanos se encerraban en habitaciones interiores y armarios, tratando de esconderse de aquellas balas con afilados dientes.

Había pasado menos de una hora desde el primer impacto y ya habían muerto miles de personas.

Finalmente, la artillería de la Liga se colocó en posición de fuego. Abulurd comprobó el manifiesto.

—Los proyectiles están cargados con explosivos de intensidad. Nuestros oficiales están listos para disparar. Con un impacto directo esa fábrica saltará por los aires. Luego podremos arreglar este embrollo.

Vor arrugó la frente.

—Da orden de disparar. Pero no esperes que sea tan fácil. Seguramente Omnius ha instalado numerosos sistemas de seguridad. —Hizo un gesto con una mano—. Sin embargo, cuanto antes sepamos con qué defensas cuentan, antes podremos destruirlas.

Una andanada de proyectiles de artillería salió disparada hacia el hoyo donde estaba la fábrica más cercana, describiendo brevemente un arco en el aire. Cuando los explosivos empezaron a descender hacia el objetivo, las nubes de pirañas empezaron a girar y girar como humo por encima de la boca de producción. Hordas de voraces artefactos se unieron, como si pudieran formar una barricada para detener los proyectiles, se conectaron

mediante interfaces pegajosos, adoptando diferentes formas, creando inmensas barreras.

Luego, estos grupos se engancharon a las bombas, como sanguijuelas mecánicas, y las desmantelaron en el aire, reduciéndolas a pedacitos de metal que entregaron a las fauces de la fábrica, donde fueron descompuestos y transformados en nuevas unidades asesinas.

Por decisión propia, un temerario mercenario se acercó pilotando un pequeño vehículo aéreo blindado. Los insectos lo vieron y fueron a por él. Miles de artilugios volantes se pegaron al casco del vehículo y empezaron a arrancar el metal, las junturas, los sistemas electrónicos.

En un último intento, el mercenario consiguió arrojar uno de sus explosivos. El proyectil explotó en el aire, antes de que los bichitos pudieran terminar de desmontarlo. La onda de choque agitó ligeramente a los furiosos ácaros y poco más.

El vehículo se partió. Por un momento, el hombre quedó suspendido en el aire, sacudiéndose, pero las pirañas se abalanzaron sobre él y lo hicieron pedazos. Ya estaba muerto antes de que sus restos llegaran al suelo.

Al ver el enemigo tan terrible al que se enfrentaban, algunos de los soldados más jóvenes desobedecieron las órdenes del bashar supremo. Docenas de ellos abandonaron sus puestos. Vorian parecía furioso, pero Abulurd dijo:

—No tienen experiencia, no están acostumbrados a las cosas horribles que pueden hacer las máquinas.

Por un momento, Vor le dedicó una débil sonrisa.

—Quizá otros se han relajado, Abulurd, pero tú nunca flaqueas. Tenemos que encontrar una solución, tú y yo. Algo efectivo que podamos utilizar de forma inmediata.

—No le decepcionaré, bashar supremo.

Vorian lo miró con orgullo.

—Lo sé, Abulurd. De nosotros dos depende salvar a toda esta gente.

53

Cuando el hombre encuentra el paraíso en esta vida, el resultado es inevitable: se vuelve blando, pierde sus habilidades, su carácter.

Sutra zensuní revisado en Arrakis

Cuando el anciano Tuk Keedair murió, Ishmael se convirtió en la persona de más edad del poblado zensuní. Aparentemente, Keedair, el negrero, había seguido siendo un prisionero de la banda de forajidos de Selim Montagusanos. Y, aunque tuvo muchas ocasiones de escapar y volver a la civilización, el tlulaxa había aceptado su suerte entre Ishmael y sus zensuníes del desierto.

Ishmael nunca consideró a aquel hombre un amigo, pero fueron muchas las noches en que compartieron conversaciones interesantes, mientras bebían café de especia y miraban las estrellas. Eran enemigos, pero al menos habían acabado por entenderse. Irónicamente, tenía más en común con él que con los cabecillas actuales del grupo.

En aquellos momentos, Ishmael había terminado de cenar y estaba sentado escuchando a los ancianos de la tribu, entre los que se encontraba su hija. Incluso Chamal hablaba de las cosas de la ciudad, de aparatos y lujos que Ishmael no necesitaba ni quería. Las vidas de aquellos

hombres libres incluían unos lujos que ni siquiera los esclavos domésticos del savant Holtzman habían conocido. Todo era tan innecesario… y peligroso.

Los descendientes de los esclavos que huyeron de Poritrin se habían casado con los supervivientes de la banda de Selim. Chamal misma había tomado otros dos esposos y había tenido cinco hijos más. Se la consideraba una valiosa anciana de la tribu, una mujer sabia.

Ishmael quería asegurarse de que ninguno de ellos olvidaba lo que habían sido sus vidas, e insistía en que conservaran sus tradiciones y su independencia para no volver a caer en manos de ningún comerciante de carne. Arrakis no era la tierra prometida que esperaban cuando él los guio hasta allí después de su huida desesperada, es cierto, pero quería que conservaran aquel mundo como fuera.

Sin embargo, los otros lo veían como un viejo obstinado y agrio que prefería las penurias del pasado a las comodidades modernas. Veinte años atrás, la fiebre de la especia había cambiado Arrakis para siempre. Los extraplanetarios ya no se irían, al contrario, seguían llegando más y más. Ishmael sabía que no podía detener aquello y con el corazón encogido comprendió que la visión del Montagusanos era cierta: el comercio con la melange estaba destruyendo el desierto. Ya no parecía haber ningún lugar donde él y su gente pudieran vivir libremente sin que los hostigaran.

En el pasado mes, el naib El'hiim había invitado en otras dos ocasiones a naves mercantes a aterrizar cerca del poblado para cambiar especia por provisiones, y les dio las coordenadas de aquel lugar supuestamente secreto y seguro.

Ishmael soltó un bufido, sumido en sus pensamientos.

—¡No solo dependemos demasiado del comercio con las ciudades, sino que encima somos demasiado vagos para ir hasta allí!

Uno de los ancianos que había junto a él se encogió de hombros.

—¿Y por qué hacer el tedioso viaje hasta Arrakis City si podemos obligar a los extraplanetarios a que hagan ellos el trabajo?

Chamal reprendió al que hablaba por su tono irrespetuoso, pero Ishmael no hizo caso a ninguno de los dos. Frunció el ceño y calló. Sin duda, en la tribu lo consideraban un viejo fósil, demasiado rígido para aceptar el progreso. Pero él era consciente del peligro. Desde el final de la Yihad, la plaga había acabado con la vida de tantos obreros que la esclavitud había vuelto a convertirse en una práctica generalizada y aceptada. Y los comerciantes de carne siempre preferían capturar a budislámicos…

A pesar de su edad, Ishmael seguía teniendo buena vista. Aquella noche, él fue el primero en ver las naves. La senda que las luces marcaban indicaba que no seguían un camino aleatorio… iban directos al poblado zensuní. Instintivamente, Ishmael se sintió inquieto.

—El’hiim, ¿has invitado a más visitantes curiosos e indeseables?

Su hijastro, que estaba conversando con los ancianos, se puso en pie enseguida.

—No, no tenía que venir nadie. —Fue hasta la entrada de la cueva y vio los vehículos aéreos que se acercaban cada vez más deprisa. El rugido de los motores sonaba como una tormenta lejana.

—Entonces debemos prepararnos para lo peor. —Ishmael levantó la voz, con el mismo tono autoritario que cuando había guiado a su gente, hacía tantos años—. ¡Proteged vuestras casas! Los extranjeros están a punto de llegar.

El'hiim suspiró.

—No exageremos, Ishmael. Seguro que hay una razón perfectamente normal…

—O perfectamente peligrosa. Es mejor estar preparado. ¿Y si son esclavistas?

Miró con ira a su hijastro y finalmente este se encogió de hombros.

—Ishmael tiene razón. No hay nada malo en ser precavido.

Los zensuníes se reunieron y empezaron a preparar sus defensas, aunque no parecía que tuvieran mucha prisa.

Las siniestras naves seguían acercándose, acelerando y desacelerando alternativamente. Al llegar a la franja rocosa, unos hombres con uniformes oscuros se asomaron por unas aberturas y abrieron fuego con unas pequeñas armas. Los zensuníes gritaron y corrieron a esconderse en las cuevas.

Los proyectiles impactaban contra los muros, pero uno entró en una cámara por una de las aberturas y provocó un pequeño desprendimiento. Momentos después, las naves aterrizaron en las arenas planas de la base de la muralla rocosa y vomitaron una riada de hombres con uniformes descuidados que se movían como escarabajos sobre una roca muy caliente, sin orden ni concierto. Sin embargo, sus armas eran nuevas.

—¡Esperad, solo son buscadores de especia! —gritó El'hiim—. Hemos intercambiado mercancías con ellos otras veces. ¿Por qué nos atacan?

—Porque quieren todo lo que tenemos —dijo Ishmael.

Las armas seguían disparando y a su alrededor se oían gritos, pequeñas explosiones, instrucciones confusas.

—¿Has estado presumiendo de la cantidad de especia que tenemos almacenada aquí, El'hiim? ¿Les has dicho a esos mercaderes cuánta agua tenemos en nuestras cisternas? ¿Cuántos hombres y mujeres sanos viven aquí?

Su hijastro lo miraba con expresión asustada y preocupada. Tardaba tanto en negar la acusación que Ishmael supo cuál era la respuesta, supo lo que había pasado.

Mientras veían cómo aquellos extraños descargaban su material —correas eléctricas, redes, collares de hierro—, Ishmael comprendió que no eran unos simples buscadores. Gritó horrorizado, con una voz sorprendentemente fuerte.

—¡Comerciantes de carne! Si os capturan, os convertirán en esclavos.

Hasta El'hiim se asustó. Desde luego, estaba claro que aquellos extranjeros habían traicionado su confianza y merecían morir.

Chamal estaba en pie junto a su padre, y gritó a los demás:

—¡Debéis luchar por vuestras vidas, vuestros hogares, vuestro futuro! Que no quede ninguno con vida.

Ishmael la miró con una sonrisa dura.

—Derrotaremos a estos hombres y daremos una lección a otros que quieran venir. Creen que somos blandos. Son unos estúpidos, y se equivocan.

Aunque estaban asustados, los zensuníes contestaron entre gritos. Hombres y mujeres se pusieron a buscar en las cuevas… rifles maula, palos, ganchos para los gusanos, cualquier cosa que pudieran utilizar como arma. Un grupo de ancianos que estaban entre los primeros forajidos de Selim Montagusanos lucían con orgullo dagas cristalinas hechas con dientes de gusanos. Chamal reunió a un grupo de mujeres de mirada fiera, armadas con hojas curvas que ellas mismas habían creado trabajosamente con fragmentos de metal.

Ishmael vio la determinación de sus rostros, y sintió una fe renovada en su corazón. Sacó la daga de cristal que se había ganado cuando aprendió a montar gusanos. Marha

también tuvo la suya, pero antes de morir se la había dado a El'hiim. Ishmael se volvió hacia su hijastro y, finalmente, este sacó su arma.

Los supuestos esclavistas empezaron a trepar por los senderos de roca, gritando, resbalando. Estaban demasiado confiados en sus avanzadas armas. Conocían al naib El'hiim, y suponían que los suyos no serían más que un puñado de carroñeros del desierto.

Pero cuando entraron por las aberturas a la ciudad subterránea, encontraron una resistencia que no esperaban. Aullando como chacales, los nómadas del desierto atacaron desde todos los rincones y acorralaron a los esclavistas en salas que no tenían salida. Los extraplanetarios respondieron con sus armas de fuego.

—¡Somos hombres libres! —aulló Ishmael—. ¡No somos esclavos!

Chillando como críos heridos, cuatro de los comerciantes de carne consiguieron huir a trompicones por los senderos y trataron de llegar a sus naves. Pero un puñado de voluntarios zensuníes ya se había separado de los demás y había bajado hasta las naves. Se escondieron en el interior, y a cada hombre que subía le cortaban el cuello.

Cuando todos los supuestos esclavistas hubieron muerto, los zensuníes curaron sus heridas y contaron las bajas: cuatro. Cuando El'hiim se recuperó del susto y la impresión, envió a un grupo de carroñeros a las naves.

—Mirad esas naves. Se las vamos a quitar a los hombres que han querido esclavizarnos. Es lo justo.

Ishmael se plantó junto al naib, con el rostro enrojecido de ira.

—¡Hablas como si se tratara de una transacción comercial, El'hiim! Como si estuvieras comprando y vendiendo cosas como en cualquier viaje a Arrakis City. —Señaló con su dedo retorcido—. Has puesto en peligro

nuestras vidas al traer a esos hombres aquí a pesar de mis advertencias y ahora, por desgracia, habéis visto que tenía razón. No estás capacitado para…

El anciano tensó los músculos y medio levantó la mano para golpear a su hijastro en el rostro, pero eso hubiera sido un insulto mortal. El'hiim se habría visto obligado a contestar, a desafiar a Ishmael a un duelo a muerte. Y uno de los dos habría acabado muerto en el suelo de la cueva.

No podía permitir que aquello rompiera la unidad de la tribu, y le había prometido a Marha que velaría por El'hiim, así que se controló. Vio un destello de miedo en el rostro de su hijastro.

—Tenías razón, Ishmael —dijo—. Tendría que haber escuchado tus advertencias.

Apartando la mirada, el anciano meneó la cabeza, y Chamal se acercó para apoyar su mano en su hombro en señal de apoyo. Miró al naib.

—Tú no sabes lo que significa vivir como esclavo, El'hiim. Nosotros arriesgamos la vida para liberarnos de ese yugo y venir hasta aquí.

—No permitiré que vendas nuestra libertad —dijo Ishmael.

Su hijastro parecía demasiado afectado para contestar. Ishmael se dio la vuelta y se fue con paso majestuoso.

—No volverá a pasar —gritó El'hiim a su espalda—. Lo prometo.

Ishmael no hizo nada que indicara que le había oído.

54

La marcha de la humanidad es una sucesión continua de avances y retrocesos, siempre cuesta arriba. Sí, tal vez la adversidad nos hace más fuertes, pero no nos hace más felices.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES, *Declaraciones iniciales de la Yihad* (quinta revisión)

Según los antiguos mapas que llevaban, su siguiente destino era Wallach IX. Quentin nunca lo había oído mencionar. Que él supiera, aquel planeta no formaba parte de la historia de la humanidad. Y por lo visto ni siquiera Omnius lo consideraba una parte importante de su Imperio Sincronizado.

Aun así, aquel planeta fue uno de los objetivos de la Gran Purga. Uno de los grupos de combate de la Yihad fue hasta allí y sus escuadrones de bombarderos arrojaron su cargamento de bombas atómicas de impulsos para eliminar a la supermente antes de salir a toda velocidad mientras los destellos y las ondas de choque se extendían por la atmósfera.

En Wallach IX no había apenas indicios de civilización, ni siquiera antes de los ataques: no se veían industrias importantes y los asentamientos parecían pequeños. Antes de que el ejército de la Yihad cayera sobre ellos como un

ángel vengador, alguien había llevado a los nativos al límite de la supervivencia.

Pero Wallach IX era el siguiente destino en la misión de Porce Bludd. El lord de Poritrin hizo un rápido reconocimiento a bordo de su yate espacial. A su lado, Quentin estudiaba el paisaje envenenado y cubierto de cicatrices.

—Dudo mucho que encontremos supervivientes.

—Nunca se sabe —dijo Bludd con un optimismo contagioso—. Debemos tener esperanza.

Sobrevolaron las ruinas aplanadas y esqueléticas de los antiguos asentamientos, pero no detectaron señales de vida, ni vieron estructuras reconstruidas, ni indicios de cultivo de la tierra.

—Han pasado casi veinte años —señaló Quentin—. Si alguien hubiera sobrevivido, ya se verían señales ahí abajo.

—Debemos ser concienzudos, por el bien de la humanidad.

En la ciudad con las edificaciones más grandes también encontraron una mayor destrucción. La tierra, las rocas y las estructuras de los edificios se veían ennegrecidas y lisas.

—El nivel de radiación sigue siendo bastante elevado —dijo Quentin.

—Pero no mata de forma inmediata —agregó Bludd.

—No, es verdad.

Sorprendentemente, al final descubrieron indicios de nuevas construcciones, entre ellos, grandes columnas y pesadas arcadas con una inquietante ornamentación.

—¿Por qué una gente que no tiene ni que comer iba a perder el tiempo construyendo monumentos conmemorativos extravagantes? —preguntó Quentin—. ¿Es una forma de presumir?

—He detectado algunas fuentes de energía dispersas. —Los dedos de Bludd se movieron sobre los controles—. Pero

hay demasiada radiación para que pueda situarlas con exactitud. Lo sé, tendría que haber invertido en mejorar las prestaciones del yate. Desde luego, no está pensado para labores de reconocimiento.

Quentin se puso en pie.

—¿Por qué no hago un reconocimiento con el pequeño vehículo aéreo? Así podremos cubrir una zona más extensa.

—¿Tienes prisa, amigo mío? Cuando nos vayamos de aquí, lo único que nos espera son más largas semanas en tránsito.

—Estar tan cerca de… de todo esto me inquieta. Si ahí abajo no hay nada, preferiría que hiciéramos lo que hemos venido a hacer cuanto antes y nos fuéramos.

Quentin salió en el pequeño vehículo aéreo, diseñado para breves excursiones sobre la superficie de los planetas. El yate espacial de Bludd tenía demasiadas comodidades: lo único que había que hacer era recostarse en el asiento y dejar que las cosas se hicieran solas. Aquello era mucho más interesante. Era agradable estar en el espacio él solo, reconociendo activamente una zona, controlando la potencia del motor con sus manos. Como cuando dirigió el ataque sobre Parmentier, hacía tanto tiempo…

Entretanto, el lord aterrizó con la nave en una zona devastada cerca de lo que había sido el palacio del gobernador en Wallach IX. Transmitió a la cabina del vehículo de Quentin.

—Voy a ponerme un traje especial y saldré a ver qué descubro sobre esas torres. ¿Quién las habrá construido, y por qué?

—Ten cuidado. —Quentin siguió su reconocimiento, ampliando cada vez más el radio de acción del vehículo. Todos los planetas destruidos se parecían terriblemente: escombros chamuscados, porquería que al fundirse había formado algo parecido a charcos. No se veían árboles, ni

hierba, no se apreciaba ningún movimiento. Como en la Tierra. Wallach IX estaba totalmente muerto, era un yermo estéril. Pero ese era el objetivo cuando el ejército de la Yihad atacó. Al menos tampoco había señal de Omnius.

De pronto, la nave recibió el impacto de varios proyectiles que dañaron los motores e hicieron que empezara a girar peligrosamente. Quentin gritó, como si pensara que el comunicador transmitiría sus palabras sin más.

—¡Me están atacando, Porce! ¿Quién…?

Trató de recuperar el control. Otra explosión arrancó un ala del vehículo. Lo único que podía hacer era aguantar. La nave giraba y giraba, y desde la ventanilla de la cabina la imagen cambiaba del suelo chamuscado al cielo continuamente. De pronto, allá abajo vio movimiento, unos grandes objetos mecánicos con cuerpos articulados. ¿Robots de combate? ¿Había logrado sobrevivir Omnius de alguna forma? No, no tenía sentido.

Tocando interruptores y recanalizando la energía, consiguió activar un propulsor secundario y estabilizar la nave, aunque siguió perdiendo altura con rapidez. Uno de los motores se había incendiado. Apenas le quedaba potencia para seguir en el aire unos minutos, pero al menos aumentaría la distancia entre él y los misteriosos atacantes. Y, con un poco de suerte, llegaría al yate de Bludd.

Trató de arrancar más energía de los motores. Otro proyectil salió de aquellas extrañas máquinas y detonó muy cerca. La onda de choque provocó un cortocircuito en toda una hilera de controles.

Finalmente, Quentin reconoció a sus atacantes. Enormes formas móviles, como las que había visto en las imágenes de archivo… o como las que le atacaron en Bela Tegeuse hacía tanto tiempo.

—¡Cimek! Porce, prepárate para salir pitando. Vuelve a tu nave. —Pero no sabía si la línea de su amigo seguía funcionando.

Se iba a estrellar.

Los monstruos mecánicos salieron de su guarida y avanzaron sobre el paisaje ennegrecido, disparando a la nave de reconocimiento de aquel humano que había llegado de forma inesperada. Se movían a grandes zancadas sobre el suelo fundido y radiactivo.

El vehículo iba dejando una estela de humo grasiento, como sangre. La cabina temblaba y se sacudía. El suelo parecía volar a su encuentro. Quentin logró arrancar un poco de energía de sus motores de posición y se mantuvo en el aire lo justo para pasar sobre una línea de escombros, y luego cayó en una ligera hondonada.

Con un chirrido, la parte inferior del vehículo chocó contra el suelo estéril y deshecho. Haciendo saltar chispas y trozos de tierra, dio un giro y estuvo a punto de volcar, pero Quentin consiguió mantenerlo en pie sobre el costado, como un trineo. La nave saltó una última vez en el aire y volvió a caer con un fuerte golpe que hizo que la mitad del ala izquierda se partiera.

Las sujeciones le apretaban tanto el pecho que le asfixiaban. La ventana de plaz se había agrietado y formaba una especie de tela de araña, y un polvo aceitoso tapaba la vista. Finalmente, aquel vuelo de pesadilla se acabó y la nave se detuvo.

Quentin meneó la cabeza y comprendió que había perdido el conocimiento durante unos segundos. Los oídos le zumbaban, y olía a humo, lubricantes, metal quemado, cortocircuitos… y combustible. Al ver que no podía soltar los cinturones de seguridad consiguió sacar su cuchillo ceremonial de combate y los cortó. Su cuerpo notaba solo una sombra del dolor que sentiría en cuanto la conmoción

hubiera pasado. Quentin sabía que estaba en un buen lío, y se dio cuenta de que seguramente se había roto la pierna izquierda.

Echando mano de unas reservas insospechadas de energía, logró sacar la cabeza y los hombros de aquel cacharro. Y vio que los cimek se acercaban.

Bludd recibió la llamada de emergencia cuando estaba con su traje antirradiación ante un obelisco decorado con volutas. Lo habían levantado cerca del edificio del gobernador del planeta, como una suerte de ridículo monumento a la Edad de Oro. Cuando la señal de emergencia resonó por el interior de su casco, Bludd se dio la vuelta. A lo lejos vio el vehículo aéreo en llamas, dando tumbos en el aire, y vio cómo finalmente se ladeaba y caía a toda velocidad en una zona despejada muy lejos de allí. La nave dio un giro, levantando la tierra seca, y por fin se detuvo en medio de un montón de escombros.

Asustado, Bludd corrió de vuelta al yate, sintiéndose torpe con aquel traje tan aparatoso. Con una terrible sensación de miedo, se volvió de nuevo y vio las horribles formas de combate, como las que habían atacado Zimia hacía tanto tiempo. ¡Los titanes habían vuelto! Los cimek habían establecido su base en las ruinas radiactivas de un Planeta Sincronizado.

Como inmensos cangrejos de metal, los cimek pasaban por encima de los desechos y aplastaban todo lo que se interponía en su camino al vehículo de reconocimiento. Bludd miraba, paralizado, aterrado. No llegaría a tiempo para salvar a su amigo.

Quentin, que aún estaba consciente después de la colisión, gritó por el comunicador de corto alcance de su traje:

—¡Vete, Porce! ¡Sálvate!

Bludd trepó a su yate, cerró las compuertas y se quitó el casco. No se molestó en quitarse el resto del traje antirradiación. Corrió a su asiento de piloto, puso en marcha los motores aún calientes y salió al aire contaminado.

Sobre una elevación, los cimek convergieron sobre el vehículo de reconocimiento que habían derribado.

Quentin los veía acercarse, sabía que le quedaba menos de un minuto. Solo llevaba puesto un traje de vuelo, y no podría sobrevivir en aquel medio envenenado durante mucho tiempo.

Mientras sus enemigos se acercaban su mente no dejó de maquinar, tratando de encontrar una salida. La pequeña nave no llevaba ningún tipo de arma. No podría defenderse, al menos no a la manera tradicional.

Pero no se rendiría sin luchar.

—Los Butler no somos criados de nadie —musitó para sus adentros como en una letanía. Las células de combustible de la nave estaban agrietadas, y aquel líquido volátil seguía derramándose. Sentía su olor agudo y acre en la nariz.

Podía encenderlo y hacer detonar el depósito, y quizá con eso repelería a los cimek. Pero tendría que hacerlo a mano. Y quedaría atrapado en la explosión, calcinado. Aun así, mejor eso que dejar que lo capturaran.

Quentin oía los pesados movimientos de los cimek en el aire callado y estéril, los pasos que aporreaban el suelo como martinetes, cada vez más cerca, entre el zumbido de los mecanismos hidráulicos y las armas listas para disparar. Podían haber lanzado otra andanada de explosivos y haberlo frito allí mismo, en aquel escaso refugio de la nave.

Pero querían algo.

Sin hacer caso del dolor de su pierna rota, Quentin se puso a trabajar frenéticamente con las manos y la ayuda de

un kit de herramientas de emergencia que rescató de un armario en la cabina. Uno tras otro, abrió el tapón de todas las células de combustible y lo dejó salir. Tenía los ojos llorosos, y le picaban, pero siguió adelante. La baliza de impulsos electrónicos no le serviría para encenderlo, pero encontró una primitiva bengala, que produciría una intensa chispa, una lluvia de fuego.

Todavía no.

La primera forma móvil llegó a la nave y empezó a aporrear la parte trasera del casco. Quentin volvió gateando al asiento del piloto, cogió lo que quedaba de las sujeciones de seguridad y se las ató como pudo alrededor del pecho.

Una segunda forma mecánica se acercó por la izquierda, levantando sus largas patas metálicas de araña. Quentin oyó que otro se acercaba.

Con una precisión sorprendente a pesar del miedo, Quentin encendió la bengala y la arrojó hacia atrás, hacia el combustible. Luego, después de encomendarse a Dios o santa Serena o quien estuviera escuchando, activó los sistemas de eyección de emergencia del asiento del piloto.

La combinación de fuego y combustible provocó una explosión y una ráfaga de calor que golpearon el aire como un martillo. Quentin salió disparado de la cabina, y abajo quedaron los restos del vehículo de reconocimiento.

Fue dando tumbos por el aire. El viento le golpeaba, el rostro y el pelo le quemaban. El paisaje que veía era surrealista, le hacía sentir náuseas, pero por un instante también vio a uno de los cimek en medio de las llamas de su vehículo. Otro cimek, visiblemente dañado, se alejó dando traspiés, con una de sus patas articuladas colgando como un muñón entre una lluvia de chispas.

Y entonces, se estrelló contra el suelo con una violencia brutal. El dolor era terrible, y oyó los diferentes huesos que se rompían en su cuerpo: costillas, cráneo, vértebras. Las

sujeciones de seguridad se soltaron y el asiento de eyección rodó. El cuerpo de Quentin cayó hacia un lado como una muñeca.

Al mirar al lugar de la explosión, sus ojos apenas pudieron enfocar el revuelo de formas mecánicas. Los cimek que se habían salvado estaban utilizando sopletes láser y brazos pesados y afilados para abrir las pocas zonas del casco que quedaban intactas, como criaturas hambrientas tratando de sacar un bocado apetitoso de una lata. Como si le acabara de dar una rabieta, uno de los titanes despedazó la nave mientras otros dos echaban a correr hacia Quentin.

La vista se le nubló con una bruma rojiza, apenas veía, y casi no podía moverse, como si hubieran seccionado buena parte del sistema que controlaba su musculatura. Su mano izquierda colgaba en un ángulo extraño de la muñeca. Tenía el traje cubierto de sangre. Aun así, Quentin se obligó a ponerse de rodillas y se arrastró agónicamente tratando de huir a donde fuera.

A su espalda, oía el sonido chirriante de las formas móviles, cada vez más cerca, más fuerte, más ominoso. Como en sus peores pesadillas. Después de haberse librado por los pelos hacía tantos años en Bela Tegeuse, habría preferido no volver a ver a ningún cimek.

En ese momento oyó un sonido discordante y, al levantar la vista, vio la nave de Porce Bludd elevarse a lo lejos y salir hacia el cielo.

Con mano temblorosa, Quentin sacó su cuchillo ceremonial. Los cimek se acercaban, furiosos, y él se preparó para luchar. Y cayeron sobre él, un humano solo, indefenso y desprotegido en un paisaje devastado.

55

El análisis final tal vez demostrará que yo maté a tantos humanos como Omnius… o puede que más. Eso no significa que sea tan malo como las máquinas pensantes. Mis motivos fueron totalmente distintos.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES,
La Yihad impía

Después de varias misiones fallidas de reconocimiento, el bashar supremo por fin tenía los datos completos: las nueve fábricas automatizadas seguían intactas, a pesar de los diferentes métodos que los humanos habían probado contra ellas. Aquellos hoyos de fabricación seguían escupiendo decenas de miles de pirañas hambrientas.

Dado que las pirañas destruían y desmantelaban prácticamente todos los artefactos de observación y aprovechaban sus componentes como material para crear más copias de sí mismas, Abulurd y Vor tenían acceso a muy pocas imágenes que mostraran el alcance de aquellas fábricas robóticas que cada vez se hacían más grandes en sus cráteres.

Vor andaba arriba y abajo, buscando desesperadamente inspiración.

—¿Y si les lanzamos proyectiles cargados con líquidos altamente cáusticos? En cuanto esos bichitos abran el

casquillo, el ácido se derramará y los corroerá.

—Podría funcionar, bashar supremo, pero será muy difícil acertar en el objetivo —dijo Abulurd sin dejar de mirar las imágenes—. No podremos acercarnos lo bastante para utilizar mangueras ni bombas para echar el ácido en los hoyos de las fábricas.

—Pero, si nos pudiéramos acercar, también podríamos utilizar obuses de plasma —dijo Vor—. Es un principio. A menos que tengas una idea mejor.

—Estoy en ello, señor.

Abulurd contemplaba las imágenes de la zona que rodeaba el hoyo más próximo, perplejo ante la dicotomía de lo que estaba viendo. Cualquier nave que trataba de acercarse era desmantelada: los metales se aprovechaban y la tripulación era asesinada. Edificios y maquinaria eran desmontados por igual; y alrededor de la boca del cilindro de fabricación había grandes montones de desechos. Los cadáveres estaban por todas partes, cubiertos de sangre, destrozados, comidos, como si docenas de pequeños proyectiles hubieran estallado dentro de sus cuerpos.

—Esos bichos son demasiado pequeños para tener una programación compleja que les permita discriminar sus objetivos, y sin embargo, de alguna forma los seleccionan. Desmontan. Buscan recursos. Quizá están programados para atacar cualquier material orgánico que encuentran.

Abulurd barajaba la escasa información con que contaban. Extrañamente, en las exuberantes zonas ajardinadas de los alrededores, los árboles y los arbustos estaban intactos, ni los habían tocado. Los pájaros huían de los enjambres de pirañas, pero las minúsculas y voraces esferas no les prestaban atención.

—No, bashar supremo. Mire, no han tocado ni los árboles ni a los otros animales. Saben que tienen que ir a por los

humanos. ¿Es posible que busquen… actividad cerebral? ¿Que sigan el rastro de nuestra mente?

—Demasiado complejo… y sabemos que no tienen una tecnología de circuitos gelificados de inteligencia artificial. De ser así, habrían quedado inutilizados cuando pasaron la barrera descodificadora en Corrin. No, tiene que ser algo más simple y evidente.

Abulurd siguió repasando las imágenes de los reconocimientos. Los bichitos atacaban a los humanos, y buscaban minerales y metales para crear más copias de sí mismos. La celulosa, los toldos de tela, las estructuras de madera y las plantas y los animales quedaban a salvo.

Contempló la incongruencia de una imagen tomada en un parque infestado de bichos en Zimia. En él había las habituales fuentes, estatuas y monumentos conmemorativos. La estatua a un comandante caído de la Yihad había sido completamente destrozada. Y, más extraño aún, en otra estatua de un héroe a lomos de un purasangre salusano, las pirañas habían destruido solo la figura del humano, y en cambio el caballo seguía intacto. Pero los dos estaban hechos con la misma piedra.

—¡Un momento! Creo… —Contuvo el aliento, porque recordó que extrañamente los bichos habían tardado más en atacar a las mujeres y los curas que vestían túnicas y vestidos vaporosos, o a los hombres con sombreros extraños, a gente que llevaba vestiduras poco habituales. «Vestiduras que disimulaban sus formas humanoides».

Vor lo miró, esperando. Durante toda su carrera, Abulurd había aprendido a no soltar sin más la primera cosa que se le ocurría… aunque en aquellos momentos de crisis, el bashar supremo estaba deseando oír lo que fuera.

—Se limitan a discriminar formas, señor. Tienen un modelo grabado en sus circuitos principales. Las pirañas

atacan a cualquier cosa que encaje con una forma estándar: dos brazos, dos piernas, una cabeza. ¡Mire esas estatuas!

Vor asintió con rapidez.

—Sencillo, directo, no particularmente elegante… justo la forma en que Omnius lo haría. Y nos deja un punto débil al que agarrarnos. Lo único que tenemos que hacer es disfrazar nuestra forma humana y podremos pasar a su lado sin que nos vean.

—Pero los bichitos siguen desmantelando cualquier cosa que contenga materiales útiles. No puede haber ningún metal a la vista.

Vor arqueó las cejas.

—¿Quieres decir que tendríamos que construir vehículos aéreos de madera para arrojar nuestras bombas?

—Algo mucho más sencillo. ¿Y si nos cubrimos con una manta o un hule, algo que esté hecho de un material orgánico que a esos bichos no les sirva? Podríamos acercarnos a las fábricas lo bastante para destruirlas. Pero eso sí, estaríamos totalmente desprotegidos. Si el truco falla, estamos perdidos.

—Tendremos que arriesgarnos, Abulurd. Me gusta el engaño que propones —dijo Vor con una mueca torva—. ¿Buscamos voluntarios o estás pensando lo mismo que yo?

—Bashar supremo, usted es demasiado valioso para…

Vor lo atajó.

—¿Recuerdas cómo me escarnecieron en el Parlamento y me llamaron viejo fósil de guerra? ¿No has visto la ineptitud con que reaccionan los soldados más jóvenes ante esta crisis? ¿A cuántos de ellos confiarías una misión peligrosa?

—Confiaría en mí mismo, señor.

Vor le dio una palmada en el hombro.

—Yo también confío en ti… y en mí. Y no diré más. Tú y yo pondremos este plan en acción.

Vor delegó sus poderes de mando en un grupo de oficiales, cada uno encargado de la defensa contra una de las fábricas de bichitos mecánicos. Dio una explicación detallada de lo que él y Abulurd pensaban hacer para que, si funcionaba, pudieran poner en práctica las mismas medidas. Y si él y Abulurd fracasaban, al menos quedaría constancia de que lo habían intentado; a los que quedaran quizá se les ocurriría algo más efectivo.

Vor estaba encantado con la idea de Abulurd.

—Has estado estudiando mis estrategias militares, ¿verdad?

—¿A qué se refiere, bashar supremo?

—Este plan rivaliza en ingenio con algunos de los míos —dijo Vor cuando estaba estirando la tela con la que se iba a proteger—. Engañar a las máquinas, jugar con sus sensores… como hice yo con la falsa flota en Poritrin.

—Esto no puede compararse con sus triunfos, bashar supremo —replicó Abulurd—. Estos bichitos son oponentes estúpidos.

—Dile eso a la gente que vamos a salvar. Vamos.

Tenían poco tiempo, y las posibilidades eran escasas, pero Vor y Abulurd hicieron lo que pudieron dadas las circunstancias. Otros soldados los ayudaron a cubrir los dos palés suspensores con diferentes capas de lona y sábanas, todo hecho con fibras naturales que los bichos no considerarían útiles para sus cilindros de producción. Luego Vor y Abulurd se cubrieron a sí mismos y los suspensores con aquellas lonas para que cuando se movieran con su material, desde fuera solo se viera una masa amplia e informe.

El palé de Abulurd contenía un gran depósito de plaz lleno con un líquido muy corrosivo conectado a una boquilla

de dispersión. Vorian llevaba un obús de plasma que en teoría podía calcinar la fábrica… si lograban acercarse lo suficiente.

Los dos oficiales avanzaron casi sin ver nada. Aunque los suspensores mantenían sus palés por encima del suelo, ellos tenían que caminar sobre los escombros y los restos de los cuerpos despedazados.

A Abulurd el hedor le estaba poniendo malo, pero rechinó los dientes y siguió adelante. Habían acondicionado una parte de la tela con gasa para que pudiera ver lo que tenía delante. A la izquierda, la masa informe del bashar supremo le acompañaba. Debían de tener un aspecto ridículo, caminando bajo aquella especie de tienda de campaña. Las pirañas mecánicas habrían podido hacer jirones aquella tela en cuestión de segundos… de haber sabido que tenían que atacarles. Pero el tejido les mantenía a salvo de la programación simple y poco discriminatoria de las máquinas.

Avanzaban lentamente, con decisión. Abulurd sentía el zumbido continuo de aquellos bichitos como unas uñas eléctricas en su columna. En aquel momento no se le ocurría una forma peor de morir que sentir aquellas maquinitas devorándole el cuerpo… Aunque peor habría sido dejar tirado a Vorian Atreides. Eso nunca.

Finalmente, llegaron al borde del hoyo. La fábrica móvil abría sus fauces más y más, como una flor carnívora. Los recolectores robóticos arrojaban metales y fragmentos de material a la abertura, como sacerdotes ofreciendo sacrificios a un dios hambriento. Los materiales de desecho y los gases nocivos eran expulsados a través de unos tubos. De otras aberturas del complejo automatizado salían volando riadas de esferas plateadas que buscaban nuevos objetivos.

—Si no detenemos esto pronto —gritó Vorian por encima del ruido— se hará demasiado grande para que podamos destruirla llevando el material a mano.

Abulurd se plantó en el borde, sujetando el tubo de dispersión bajo los pliegues de la tela opaca, y accionó la bomba. Deslizó la boquilla por la ranura que había practicado en la tela.

—Todo listo, bashar supremo.

Vor, más impaciente aún que el bator, activó su obús de plasma y lanzó una llamarada de fuego de plasma sobre la fábrica. A continuación, Abulurd empezó a echar el líquido cáustico por el tubo, derramando una lluvia de productos químicos corrosivos.

Fue como tirar gasolina sobre una montañita de hormigas furiosas. Las llamaradas y el ácido que rezumaba causaron un daño inmediato y terrible a los artefactos de producción: los metales se fundían, los circuitos y los componentes se corroían. Un humo tóxico empezó a elevarse desde allá abajo. Las pirañas plateadas zumbaban y zumbaban, confusas.

Abulurd aferró la manguera, que seguía vomitando productos corrosivos, con cuidado de no salpicarse. Dirigió el chorro al gaznate de la tubería de fabricación y, a los pocos momentos, la fábrica gimió y se vino abajo, convertida en una caldera humeante de materiales fundidos.

Vor apuntó sus llamas de plasma a los robots recolectores, y destruyó todo lo que quedaba. El líquido corrosivo se encendió, y las llamas se extendieron al hoyo ya devastado.

Abulurd transmitió con aire triunfal a una subestación cercana, desde donde los oficiales seguían sus avances.

—¡Ha funcionado! Hemos destruido esta planta de fabricación. Que todos los subcomandantes sigan nuestros

pasos. Ahora tenemos que ir a por las otras ocho.

—Y cuando terminéis con eso —dijo Vor para finalizar la transmisión—, aún nos quedarán cien mil pirañitas que eliminar.

Los devoradores volantes siguieron causando estragos, zumbando por las calles y matando a cualquiera que se atreviera a salir a investigar. Pero una vez eliminaron las unidades de fabricación, dejaron de producirse.

Por suerte, como tantos insectos que tienen una vida breve, las fuentes individuales de energía de los bichitos mecánicos se consumían, pero tuvieron que pasar varias largas y terribles horas antes de que el último de ellos cayera al suelo y cubrieran las calles, como una capa de teselas plateadas.

Exhaustos, Vor y Abulurd se sentaron en los escalones del edificio del Parlamento. Más de treinta representantes políticos habían muerto junto con los miles de víctimas de la ciudad. Sus cuerpos habían sido retirados, aunque aún se veían las manchas de sangre y las salpicaduras por las paredes y las escaleras.

—Cada vez que pienso que es imposible odiar más a las máquinas —dijo Vor—, este tipo de cosas me inspiran nuevas cotas de repulsa.

—Si Omnius ve la ocasión, tratará de atacarnos de nuevo. Hasta es posible que haya encontrado la forma de salir de Corrin.

—Quizá ha hecho todo esto solo por despecho —dijo Vor—. A pesar del daño y el dolor que han causado esos monstruitos, no creo que Omnius creyera de verdad que podría destruir Salusa Secundus con ellos.

El bator asintió, todavía profundamente afectado.

—La red de satélites Holtzman sigue rodeando Corrin. Omnius no puede escapar… a menos que tenga otro plan.

Vor aferró al oficial con firmeza por el hombro.

—No podemos permitir que esos políticos necios nos hagan bajar la guardia.

Se agachó y cogió una de las pequeñas esferas de una grieta en los escalones. Estaba inerte en su mano, con sus afilados dientes.

—Sus pequeñas fuentes de energía se han agotado, Abulurd, pero quiero que recojas cientos de estos artefactos. Tenemos que desmontarlos y analizarlos para que la Liga pueda desarrollar defensas adecuadas por si Omnius decide utilizarlos otra vez.

—Pondré a mis mejores hombres en ello, bashar supremo.

—Ponte tú, Abulurd. Quiero que tú te encargues del proyecto personalmente. Siempre he estado orgulloso de ti, y hoy me has demostrado que no me equivocaba al confiar en ti. Te quiero siempre a mi lado. Hace mucho tiempo te tomé bajo mi protección porque necesitabas ayuda. Ahora, de todos los soldados de Zimia, has demostrado que tú eres el mejor. Tu abuelo habría estado orgulloso.

Abulurd se emocionó al oír aquel elogio.

—Nunca me he arrepentido de reivindicar el apellido Harkonnen, bashar supremo, aunque otros me hayan echado encima un montón de mierda por eso.

—Entonces tal vez sea hora de que hagamos algo. —Vor entrecerró sus ojos grises—. Han transcurrido décadas desde que te conté la verdad sobre Xavier. Pensaba que con eso bastaba, pero no es así. Hay un viejo dicho que dice que lo pasado, pasado está. Durante todo este tiempo, he tratado de convencerme de que Xavier eligió su camino sin importarle cómo lo recordara la historia.

»Ni siquiera soy capaz de convencer a la Liga para que invierta la suficiente potencia de fuego para destruir al Omnius-Corrin y los cimek. ¿Cómo iba a convencerles de que reescriban la historia, perdonen a Xavier y reconozcan públicamente que Iblis Ginjo era el verdadero villano? —Sus ojos relampaguearon—. Pero no está bien dejar que mi viejo amigo pague ese precio. Tú has sido más valiente que yo, Abulurd.

Abulurd parecía a punto de atragantarse por el esfuerzo de contener las lágrimas.

—Yo… yo solo hice lo que me pareció más correcto, bashar supremo.

—Cuando vea la ocasión, sacaré el tema, al menos quiero que quede constancia de mi postura. —Miró a su alrededor, a las calles ensangrentadas de Zimia—. Quizá esta vez escucharán. —Apoyó una mano en el hombro de Abulurd—. Pero primero, es hora de que tengas tu recompensa. Desde la Gran Purga, tu rango no ha ascendido en consonancia con tu trabajo. Aunque otros oficiales lo nieguen, estoy convencido de que te han castigado por llevar el apellido Harkonnen. A partir de hoy eso va a cambiar. —Ahora Vor tenía una expresión torva y decidida—. Te hago la promesa solemne de que serás nombrado bashar, en cuarto grado…

—¡Bashar! —exclamó Abulurd—. Eso es subir dos rangos de golpe. No puede…

Vor le hizo callar.

—Ya me gustará ver si alguien es capaz de discutir mis decisiones después de esto.

56

> A pesar de sus defectos biológicos, los humanos siguen viendo cosas que nuestros complejos sensores no pueden detectar, y comprenden extraños conceptos que una mente de circuitos gelificados es incapaz de asimilar. Así pues, no es tan extraño que entre ellos haya tantos que pierden el juicio.
>
> *Diálogos de Erasmo*

Después de casi dos décadas, la flota robótica y las naves de hrethgir que trataban de destruirla estaban en un punto muerto, y la situación no daba una especial sensación de urgencia. Erasmo estaba mucho más interesado en un pequeño drama que tenía lugar en sus jardines.

No necesitaba ningún complejo o sutil sistema de espionaje; él se limitaba a observar discretamente. Gilbertus estaba tan embebido en su conversación con el último clon de Serena Butler que no había reparado en su presencia. Su pupilo humano miraba con arrobo a aquella criatura, aunque Erasmo no lograba entenderlo. Sin duda, después de veinte años ya se había cansado de tratar de convertirla en una compañera digna. Era un clon defectuoso y mentalmente deficiente. Tenía que haber algún error en la recreación de Serena que Rekur Van había hecho.

Pero, por alguna inexplicable razón, su pupilo decía sentirse apegado a aquel clon en particular.

Gilbertus estaba sentado con un libro ilustrado abierto en las manos, como un joven paciente y enamorado. Serena miraba las ilustraciones y escuchaba algunas de sus palabras, pero a ratos sus ojos se iban a las flores o a los colibríes que revoloteaban por allí.

Detrás del seto de hibisco, Erasmo permanecía muy quieto, como si con aquello pudiera convencer al clon de que era otra estatua del jardín. Él sabía que el clon de Serena no era estúpido… simplemente, carecía por completo de interés.

Gilbertus le tocó el brazo.

—Mira aquí, por favor.

Ella volvió a mirar al libro, y él siguió leyendo en voz alta. Con los años, le había enseñado diligentemente a leer. Serena tenía acceso a todos los libros y registros de las inmensas bibliotecas de Corrin, aunque rara vez cogía ninguno. Normalmente se concentraba en las cosas más insignificantes. Pero Gilbertus nunca había dejado de intentarlo.

Le mostraba al clon de Serena grandes obras de arte, le hacía escuchar sinfonías excepcionales, le explicaba tratados filosóficos. Pero ella estaba más interesada en ver bonitas fotografías y escuchar historias divertidas. Cuando empezó a aburrirse con el libro de ilustraciones, Gilbertus dio otro paseo con ella por los jardines.

Mientras observaba las técnicas improvisadas de enseñanza de Gilbertus, Erasmo pensó en lo que había hecho él mismo hacía tantos años, cuando Gilbertus no era más que un niño salvaje y violento. Aquella tarea le había exigido un esfuerzo y una dedicación de los que solo una máquina era capaz. Y con el tiempo, su trabajo con Gilbertus Albans había dado su fruto.

Ahora veía a su pupilo tratando de hacer lo mismo. Un interesante desarrollo. Erasmo no encontraba ningún defecto en la técnica de Gilbertus. Pero por desgracia, los resultados no se parecían en nada.

Gracias a los análisis médicos, Erasmo sabía que el clon de Serena tenía el potencial biológico que llevaba en sus genes, pero no gozaba de capacidades mentales. Y, lo más importante, carecía de experiencias significativas, no había vivido las mismas pruebas y desafíos que la Serena auténtica. Aquel clon siempre había estado demasiado protegido… demasiado adormecido.

De pronto a Erasmo se le ocurrió una forma de salvar la situación. Formando una amplia sonrisa en su rostro de platino, atravesó el seto y se acercó a Gilbertus, que también le sonrió.

—Hola, padre. Estábamos hablando de astronomía. Esta noche había pensado salir con Serena para tratar de identificar las constelaciones.

—Ya has hecho eso otras veces —señaló Erasmo.

—Sí, pero esta noche volveremos a intentarlo.

—Gilbertus, he decidido hacerte una propuesta. Tenemos otras células, y eso nos deja la posibilidad de crear muchos otros clones, que sin duda serían superiores a éste. Sé que has trabajado muy duro para llevar a esta versión de Serena a tu nivel. No es culpa tuya que no haya salido bien. Por tanto, como regalo te ofrezco otro clon idéntico. —Su sonrisa de metal líquido se hizo más amplia—. Reemplazaremos a esta para que puedas volver a empezar. Sin duda, la próxima vez lograrás mejores resultados.

El hombre lo miró con expresión horrorizada e incrédula.

—¡No, padre! No puede hacer eso. —Aferró a Serena por el brazo—. No se lo permitiré. —Gilbertus acercó a Serena a su cuerpo y le susurró con tono tranquilizador—: No te preocupes. Yo te protegeré.

Aunque no entendió aquella reacción, Erasmo retiró enseguida su ofrecimiento.

—No hay necesidad de preocuparse, Gilbertus.

Mirando atrás por encima del hombro como si el robot le hubiera traicionado, Gilbertus se llevó rápidamente a Serena. Erasmo se quedó meditando, considerando lo que acababa de presenciar.

Más tarde, aquella misma noche, bajo los cielos de Corrin, el robot siguió espiando a Gilbertus y al clon, que estaban sentados en el exterior de la villa, mirando al cielo. Aunque las estelas de las naves que había allá arriba eran una distracción, Gilbertus le señalaba a Serena los dibujos que formaban las estrellas, y se los mostraba en viejos mapas de estrellas. Serena parecía divertida y formaba sus propios dibujos en el cielo.

Erasmo se sentía extrañamente inquieto, incluso alterado. Él había pasado años enseñando a Gilbertus, pero al menos él siempre tuvo un *feedback* positivo y se sentía recompensado al ver los progresos de su pupilo. Incluso la Serena Butler auténtica, con su lengua afilada y el carácter emocional de sus argumentos, había sido una digna oponente a su intelecto.

Pero el clon no le ofrecía nada de eso a Gilbertus.

Por más que Erasmo repasaba aquellos pensamientos en su mente de circuitos gelificados, no le veía sentido. Era un enigma, pero un avanzado robot independiente como él tendría que haber sido capaz de resolverlo. Y sin embargo, aunque aquella noche observó a los dos humanos durante horas, siguió sin encontrar la respuesta.

«¿Qué ve Gilbertus en ella?».

57

A aquellos que sabemos dónde mirar, el pasado nos proporciona claras indicaciones en nuestro camino al futuro.

Historia de VenKee Enterprises

Norma ya había vuelto de Rossak sin que nadie le diera las gracias —tampoco lo esperaba— por haberles advertido del peligro. En aquellos momentos, estaba desnuda ante un espejo, mirándose con curiosidad. Aunque no era una mujer vanidosa, estuvo examinando su cuerpo durante más de una hora. Su estructura ósea clásica y la piel lechosa tendrían que haberla convertido en la viva imagen de la perfección, y sin embargo, en ellas aparecían impurezas con desafortunada frecuencia: eccemas rojizos, ondas en la piel, rasgos cambiantes, como si sus huesos y sus músculos se hubieran convertido en plástico. Manchas rojizas y arrugadas cubrían amplias zonas de su pecho y su abdomen. Incluso su estatura parecía haber menguado. Como si estuviera distorsionada.

Era tan curioso… Norma siempre podía reparar su apariencia si lo deseaba, pero aquellos defectos volvían a salir. Y quería saber por qué.

Adrien también se había dado cuenta, pero no podía hablar con él de aquello. Por insistencia de su hijo, había

consultado con uno de los médicos de los astilleros, una especialista entrada en años. La doctora palpó, frunció el ceño y se pronunció enseguida.

—Reacciones alérgicas, provocadas seguramente por el consumo excesivo de melange. Su hijo me ha dicho que toma dosis enormes.

—Gracias, doctora. Por favor, dígale a Adrien que esté tranquilo. —Aquellas palabras neutras tuvieron el efecto deseado y la especialista se volvió para marcharse.

Norma habría preferido que la dejaran en paz para poder concentrarse en su trabajo, y no tenía intención de reducir las dosis de melange que ingería. Su reciente visita a Rossak y la premonición sobre aquellas pirañas mecánicas la habían inquietado. Si en Corrin las máquinas habían entrado en acción, si estaban preparando nuevos horrores para la humanidad, entonces su mente debía estar bien despierta.

Y para eso, necesitaba más especia.

Había estado experimentando con diferentes variantes de la melange: sólida, en polvo, líquida, en gas. Física y mentalmente, ella ya era distinta de cualquier otro ser humano.

Norma podía deshacerse de las manchas rojas que aparecían en su piel, pero ¿para qué molestarse? No, aún delante del espejo, hizo desaparecer la mancha de la parte superior de su cuerpo y luego hizo que volviera a aparecer expresamente. Era absurdo mantener aquella apariencia hermosa. ¿Para qué? ¿Para quién? Era una pérdida de tiempo y energía. Aunque su cuerpo cambiara, en su corazón eso no afectaría nunca al amor que sentía por Aurelius.

Los estudios de mercado de la empresa demostraban que algunas personas manifestaban reacciones inmediatas a causa del consumo de melange. Otras las desarrollaban

con el tiempo. En su caso, las elevadas dosis de especia abrían ciertas puertas en su mente y en el universo que le permitían ver el camino a lo imposible. De hecho, contrariamente al consejo de la doctora, pensaba tomar más y forzar los límites de su capacidad.

Desde la Gran Purga, Norma vivía con un terrible sentimiento de culpa por la gran cantidad de naves y soldados que se habían perdido en los saltos por el espacio. Desde luego, desde entonces había logrado avances aislados en el problema, pero la solución última se le seguía escapando. Había llegado el momento de redoblar sus esfuerzos y resolver el problema de la navegación por el espacio plegado de una vez por todas.

De un armario de su cámara privada, Norma sacó una mascarilla especial y se cubrió con ella la boca y la nariz. Apretó un botón y por el tubo empezó a oír el siseo del gas, con un intenso aroma a melange. Remolinos de color herrumbre coloreaban su campo visual. Apenas veía nada de lo que había fuera, pero veía por dentro.

Dado el elevado nivel de especia que ya había en su organismo, el efecto fue casi inmediato. Norma experimentó una visión sorprendente… al fin, una maravillosa epifanía, la solución al problema de navegación, una forma de evitar de forma segura los peligros del espacio.

La clave no estaba en la maquinaria o en los cálculos, sino en la presciencia, en la capacidad mental de anticipar las rutas seguras para recorrer distancias inmensas. Como su reciente visión sobre el peligro que amenazaba Rossak. Con una exposición reiterada a la melange, en una concentración lo suficientemente alta, ella podía abrir muchas más posibilidades de las que nadie imaginaba en un humano. Sus iniciales calculadores informáticos de probabilidades habían sido el intento más tosco en ese sentido. Pero con la especia, su propia mente podía

convertirse en un instrumento de navegación infinitamente superior.

Presciencia.

Cuando se recuperó de su visión, Norma se dio cuenta de que su cuerpo había vuelto a algo que se parecía mucho a su forma originaria, más achaparrada, aunque las facciones eran más toscas y la cabeza más grande. ¿Por qué? ¿Un paso atrás? ¿Un lejano recuerdo celular? ¿Una elección inconsciente?

Pero su mente seguía expandiéndose. Norma se concentró en lo realmente importante, mientras sentía el chisporroteo de la energía: melange. Navegación. Espacio plegado. Presciencia.

¡Por fin, la respuesta!

Su cuerpo había elegido aquella nueva forma durante su visión, así que Norma lo dejó así, convertido en una aproximación superficial al cuerpo con el que había crecido, de rasgos achatados, canijo, pero con una cabeza mucho más grande en comparación con el cuerpo. No trató de remodelar su figura. Sencillamente, era una forma innecesaria de malgastar energía. El viaje físico a la belleza le parecía algo superficial, infinitamente insignificante en el conjunto del cosmos.

No como la especia, la presciencia, la posibilidad de plegar el espacio…

En una nave, una mente rectora podía predecir los desastres antes de que sucedieran, con tiempo suficiente para buscar un camino alternativo por el espacio plegado. Y sin embargo, el hecho de conocer la esencia de la respuesta, no le indicaba cómo aplicar físicamente la solución. Solo era cuestión de tiempo.

Cada experimento acercaba a Norma un poco más a su objetivo. Era asombroso que la melange hubiera servido para combatir la plaga y sirviera también para viajar por el espacio plegado. La sustancia en sí ya era un milagro… una molécula extremadamente compleja.

Ahora su trabajo le exigía una cantidad cada vez mayor de melange, y gracias a VenKee podía conseguir toda la que necesitaba. Su precio en el mercado había aumentado vertiginosamente. Veinte años atrás un elevado porcentaje de la humanidad había sobrevivido a la plaga de Omnius en parte gracias a la especia. Por desgracia, eso avivó los apetitos de la gente y muchos incluso se volvieron adictos. La epidemia había cambiado la economía de la Liga y de VenKee Enterprises de una forma drástica que nadie había previsto.

Su hijo mayor era ambicioso e inteligente, como Aurelius. Norma nunca había deseado poder ni riquezas, y evitaba la fama que acompañaba a sus destacables descubrimientos. Pero entendía perfectamente que aquel avance en la navegación y la viabilidad de las naves que plegaban el espacio permitirían que Adrien y sus descendientes expandieran la rentable VenKee Enterprises y la convirtieran en un imperio comercial tan poderoso como la misma Liga.

Norma sabía que la forma gaseosa de la melange era ideal para sus propósitos, más intensa, que llevaba su mente a cotas antes impensables. Ahora, entusiasmada, llena de expectación, decidió llevar su idea a su siguiente fase.

Inmersión total en especia, exposición completa, dependencia total.

Obsesionada con su proyecto, Norma reclutó a obreros y técnicos de otros proyectos de los astilleros. En

comparación con los complejos motores Holtzman y los generadores de los escudos, su proyecto era sencillo y barato. Pero a largo plazo tendría unas repercusiones mucho más importantes que nada de lo que había hecho hasta entonces.

Aunque trató de hablar con ella, Adrien no acababa de entender lo que pretendía, y ella tampoco intentó explicar sus motivos. Últimamente a Norma se le hacía difícil hablar en el mismo lenguaje que su hijo, y sin embargo él nunca le discutió lo que pedía. Sabía que cuando tenía una de sus ideas, la galaxia entera estaba destinada a cambiar.

Los equipos construyeron una cámara hermética de plaz transparente dotada con unas boquillas a las que conectaron grandes bombonas de costoso gas melange. Cuando la cámara estuvo acabada, Norma se encerró en el interior, con un cojín para sentarse. Sola. Cerró los ojos y giró un control para que empezara a entrar el gas naranja. Aspiró hondo una y otra vez, esperando a que hiciera efecto, mientras la cámara se llenaba con más melange de la que había consumido en su vida. Una concentración tan alta de especia habría matado a alguien que no estuviera preparado, pero ella había desarrollado un alto nivel de tolerancia y dependencia.

Norma siguió inhalando gas, mientras los trabajadores miraban con los ojos desorbitados, y sintió que se encorvaba y se adentraba en su mente. Las células de su cuerpo contrahecho se sumergieron en el vapor con olor a canela, se fundieron con él. Concentración total, calma total.

La experiencia la llevó más allá de la tecnología para plegar el espacio, elevándola a un nivel puramente espiritual. Para Norma, la esencia del humano estaba en su naturaleza etérea. Se sentía como una escultora a escala cósmica, y utilizaba planetas y soles como si fueran arcilla.

Era majestuoso, liberador.

Siguió encerrada en la cámara, sin comida ni agua… solo ella y la especia nutricia. Las paredes de plaz transparente quedaron marcadas por un marrón herrumbre, y Norma ya apenas notaba el siseo constante del gas que entraba.

Por fin, por fin había encontrado un lugar donde podía pensar de verdad.

58

No se puede entender a la humanidad si no te paras a mirarla con detenimiento. Estamos en una posición excepcional para hacer esto.

Archivos de Rossak,
«Declaración de intenciones»

Las líneas genéticas de la humanidad formaban un intrincado y hermoso tapiz, pero solo algunos eran capaces de verlo. El entramado que formaba el ADN pasaba de familia a familia, de generación en generación. Secuencias de nucleótidos se combinaban y se volvían a combinar, mezclando de diferentes formas los genes, creando un número casi infinito de patrones humanos. Ni siquiera la supermente podía asimilar el verdadero potencial de aquellos seres que procedían de la impresionante molécula de doble hélice.

Ticia Cenva y las hechiceras de Rossak habían tomado aquel proyecto bajo su responsabilidad y lo habían convertido en su misión particular.

En la parte más escondida de la ciudad de cuevas, muy lejos de los sonidos y los olores de la selva púrpura y plateada, lejos de las cicatrices que había dejado el ataque de las pirañas mecánicas, Ticia estaba con una de sus altas y pálidas hermanas, mirando a uno de aquellos

ordenadores, tan importantes… y tan ilegales. Aquellos artefactos donde ellas almacenaban los datos eran anatema para la Liga, y sin embargo eran absolutamente necesarios. No tenían otra forma de cotejar y controlar la apabullante cantidad de información que habían recopilado. Las hechiceras de Rossak tenían muchos secretos, y aquel era uno de los más importantes.

Durante generaciones habían llevado registros genéticos de las familias más relevantes de su planeta. En Rossak, el medio hacía estragos con el ADN de los humanos, provocando frecuentes mutaciones… algunas se convertían en horribles motivos de vergüenza, mientras que otras mejoraban la especie. Y la información cotejada durante la plaga les había proporcionado una cantidad muchísimo mayor de datos que estudiar y analizar.

Ticia se volvió hacia la mujer que tenía a su lado, una joven hechicera llamada Karee Marques.

—Ahora que hemos recopilado los datos básicos sobre las diferentes líneas genéticas y analizado las distintas mutaciones posibles, imagina lo que podríamos hacer con esta información. Por fin podremos darle un uso. —Frunció sus pálidos labios y admiró los ordenadores—. Proyecciones. Perfección. ¿Quién sabe el potencial que descubriremos en el humano? Podemos eliminar nuestras limitaciones. De hecho, ¿por qué limitarnos a buscar solo lo sobrehumano? Seguramente hay muchas capacidades con las que ni siquiera hemos soñado.

Ella y Karee salieron de la sala de ordenadores y dejaron atrás el zumbido de los sistemas de ventilación y los generadores. Aquellos ordenadores se ocultaban y se cuidaban como oro en paño.

Las dos mujeres entraron en uno de los comedores comunales, donde un grupo de hechiceras y sus pupilas se habían reunido para comer y conversar tranquilamente.

Ticia había dispuesto aquel lugar para que las mujeres pudieran hablar entre ellas sin tener que aguantar la cháchara absurda de los hombres sobre asuntos de negocios. Cuando la hechicera suprema tomó asiento, las otras mujeres levantaron la vista y la saludaron con un gesto respetuoso de la cabeza.

Sin embargo, aquel ambiente agradable se vio perturbado por los gritos entrecortados de un hombre. Un joven bajito y de hombros anchos entró dando traspiés en la sala, ayudando a otro. Las piernas del joven eran cortas, y su mata de pelo rubio estaba desordenada.

—Necesita ayuda. Hombre enfermo.

Ticia frunció los labios en una mueca de desaprobación. Jimmak Tero era uno de los Defectuosos, un bebé imperfecto que había sobrevivido. Tenía la cara ancha y redonda, la frente abombada, y ojos azules e inocentes muy separados. Su carácter dulce no compensaba su falta de inteligencia. A pesar de sus desprecios constantes, Ticia no había logrado convencerle de que allí arriba, entre la gente normal, no le querían. El seguía yendo.

—Hombre enfermo —repitió Jimmak—. Necesita ayuda.

Jimmak medio arrastró al hombre hasta una silla. El hombre se desplomó con el rostro sobre la mesa. Llevaba un mono de trabajo de VenKee, con muchas herramientas y bolsillos y bolsitas de muestras. Era uno de los buscadores que vagaban por las selvas de Rossak recogiendo productos de uso farmacéutico. Jimmak, que era un salvaje, ayudaba con frecuencia a aquella gente, guiándola por las zonas más oscuras y laberínticas de la selva.

Ticia se acercó.

—¿Por qué le has traído aquí? ¿Qué ha pasado?

Karee Marques permaneció junto a Ticia, y Jimmak las ayudó a incorporar al enfermo. Al verle la cara, Karee lanzó una exclamación. Ninguno de ellos había visto aquellos

síntomas desde hacía casi dos décadas, pero eran inconfundibles.

—¡La plaga!

Muchas de las mujeres que había en la sala se levantaron enseguida y se apartaron. A Ticia se le aceleró la respiración, se le secó la boca y la garganta, pero se obligó a hablar con voz tranquila y analítica. No podía permitir que las demás la vieran dudar.

—Tal vez. Pero si es así, se trata de una cepa diferente. Tiene las mejillas sofocadas y decoloración en los ojos. Pero esas manchas de la cara son distintas… —Muy adentro, con una certeza indefinible, intuyó algo que habría costado horas y más horas de pruebas—. Aunque, sí, básicamente, creo que se trata del mismo virus.

Ticia sabía que la amenaza de las máquinas pensantes no había terminado. Aunque Omnius les había atacado con las pirañas mecánicas, la premonición de Norma era demasiado apremiante, y auguraba un desastre mucho mayor que el que provocaron aquellos bichitos. Quizá aquellas cápsulas también contenían el retrovirus… aunque lo más probable es que en Rossak la enfermedad hubiera estado latente, que hubiera pasado años madurando en la selva, mutando, volviéndose más mortífera.

—Va a morir —dijo Ticia mirando al buscador de hierbas. Y luego se volvió hacia Jimmak con mirada severa—. ¿Por qué no te has encargado de él tú mismo? Así a lo mejor habrías infectado a todos los Defectuosos y os habríais muerto de una vez. —La energía chisporroteaba en sus cabellos rubio platino por la ira descontrolada. Pero trató de concentrarse—. No tendrías que haberlo traído aquí, Jimmak.

El joven la miró con sus ojos bovinos, con aire herido y decepcionado.

—¡Vete! —espetó ella—. Y si encuentras más víctimas, no las traigas.

Jimmak se escabulló, andando hacia atrás con torpeza. Cuando se dio la vuelta, lo hizo con aire apocado, con la cabeza gacha, como si quisiera desaparecer.

Ticia lo siguió con la mirada y meneó la cabeza, sin hacer caso del enfermo que tenía en la mesa. Detestaba a aquellos Defectuosos, que sobrevivían miserablemente en la selva en lugar de morirse. Los habría despreciado a todos incluso si uno de ellos no hubiera sido hijo suyo… Jimmak.

59

Existe un equilibrio enloquecedor en el universo. Cada momento de alegría queda compensado por un momento igual de tragedia.

ABULURD HARKONNEN, diarios privados

Para cuando su ascenso a bashar hubo superado los trámites burocráticos del ejército de la Humanidad, Abulurd Harkonnen ya había elegido un equipo de soldados para analizar las mortíferas pirañas mecánicas. Había estudiado personalmente los historiales de servicio y las hazañas de científicos, mecánicos, ingenieros, y eligió solo a los mejores. Y, en nombre del bashar supremo Vorian Atreides, requisó unos laboratorios que recientemente habían quedado vacíos, no muy lejos de la mansión administrativa del Gran Patriarca.

Se habían encontrado miles de aquellos bichitos agotados por toda Zimia, como un mortífero granizo. El equipo de investigación de Abulurd desmontó más de un centenar, y descubrió así los circuitos con la rígida programación y la minúscula pero eficaz fuente de energía que permitía a cada uno moverse… y matar.

Aunque Abulurd no era científico, comprobaba periódicamente los avances que se hacían en los laboratorios.

—¿Tienen ya alguna idea sobre cómo defendernos? —preguntaba a cada hombre y cada mujer cuando pasaba por sus mesas de análisis—. ¿Qué hemos de hacer para detenerlos la próxima vez? Omnius es muy persistente.

—Tenemos muchas ideas, señor —dijo una ingeniera sin levantar la vista de un potente microscopio con el que estaba estudiando los diminutos mecanismos—. Pero antes de hacer nada definitivo, necesitamos entender mejor estas pequeñas armas.

—¿Funcionarían contra ellos los impulsos Holtzman?

Otro de los ingenieros meneó la cabeza.

—No es probable. Estos artefactos son muy primitivos. No tienen tecnología de circuitos gelificados, así que los impulsos descodificadores no les afectan. Sin embargo, en cuanto comprendamos lo que impulsa su programación, seguramente podremos desarrollar un arma igual de efectiva.

—Continúen —dijo Abulurd. Cuando consultó el reloj, se excusó y se fue a toda prisa a sus alojamientos provisionales para prepararse para la ceremonia. Ese día le iban a colocar su insignia con el nuevo rango durante una ceremonia oficial.

La pequeña habitación de Abulurd era austera. Había regresado hacía muy poco a Salusa después de un año con la flota de vigilancia de Corrin, así que tenía muy pocas posesiones. Y no escuchaba música para relajarse. Su vida era el ejército, y poco tiempo le quedaba para pasatiempos, compras, lujos… para nada.

Aunque tenía treinta y ocho años y alguna vez había tenido algún amorío, no estaba casado ni tenía hijos. Todavía no le apetecía sentar cabeza y concentrarse en otras prioridades. Sonriendo, se puso su uniforme cuidadosamente planchado. Durante un largo momento, se estuvo mirando en el espejo. Ensayó una expresión

adecuadamente solemne, pero se sentía muy agitado y el corazón le latía con fuerza. Ojalá hubiera estado allí su padre. Se habría sentido orgulloso.

Pero hacía ya tiempo que el primero había partido en compañía de Porce Bludd en un viaje de reconocimiento por los Planetas Sincronizados afectados por los ataques radiactivos. Faykan accedió a ocupar el lugar de su padre y colocarle a Abulurd su nueva insignia.

Abulurd comprobó su aspecto una vez más y decidió que su pelo, su uniforme y su expresión eran perfectos, así que salió.

En aquella ceremonia, setenta y ocho soldados iban a recibir ascensos y recomendaciones. Abulurd esperó pacientemente en su sitio mientras los que ocupaban los rangos más bajos y los más jóvenes recibían sus condecoraciones. Observaba a los oficiales de mayor edad, a los veteranos de guerra, los políticos consumados y los brillantes especialistas tácticos que habían actuado de forma determinante durante la Yihad y los años de recuperación. Parecían orgullosos de impulsar las carreras de aquella nueva hornada de oficiales.

Fue una decepción que Faykan cambiara de opinión en el último momento, aunque no le sorprendió. El virrey interino mandó una nota de disculpa por no poder ofrecer a su hermano menor la insignia con su nuevo rango. No dio detalles, pero Abulurd sabía que sus razones eran políticas. Al menos no se había molestado en mentir.

En el interior de la sala cavernosa del auditorio, el oficial permaneció sentado en silencio. Aunque sentía un peso en el corazón, no quería que se notara. Una demostración semejante le habría avergonzado. El hecho de que hubiera

recuperado el apellido Harkonnen no significaba que ya no honrara el de los Butler.

Cerca del palco, sobre un pedestal, estaba el contenedor transparente con el cerebro vivo de Vidad, el último de los pensadores de la Torre de Marfil. Vidad había regresado a Salusa poco después de la Gran Purga con la noticia de que los otros pensadores habían muerto a manos de los cimek. Y poco más dijo sobre lo que había hecho durante su largo viaje; Abulurd le había oído murmurar a Vorian Atreides que seguramente el pensador se había ido porque no quería estar en Salusa cuando la flota robótica atacara los mundos de la Liga. Ahora, Vidad estaba allí de nuevo, con curiosidad, deseando ayudar o estorbar, dependiendo de su humor esotérico.

La ceremonia seguía su camino, y Abulurd permanecía sentado con rigidez, recordando todo lo que había logrado, cómo había seguido las órdenes sin vacilar, honrando a sus oficiales de mando. Siempre se había sentido obligado a hacer lo que le mandaban, y no por los honores ni las medallas que pudieran darle. Sin embargo, mientras veía a los otros oficiales recibiendo sus insignias entre los aplausos de sus amigos y familiares, comprendió lo maravilloso que sería. Contuvo un suspiro.

El nombramiento de Abulurd como bashar era la última actividad de aquella ceremonia larga y tediosa. Cuando finalmente llegó su turno, Abulurd se acercó con rigidez al estrado, solo. El maestro de ceremonias pronunció su nombre, y empezaron a oírse murmullos por toda la sala, junto con algunos aplausos educados.

Y entonces hubo cierto revuelo. El maestro de ceremonias anunció:

—Ha habido un cambio en la persona que ofrecerá la insignia con el nuevo rango a Abulurd Harkonnen.

Abulurd se volvió al oír que las puertas se abrían. Su rostro se iluminó, su boca se distendió en una sonrisa; sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. El bashar supremo Vorian Atreides acababa de entrar.

Vor subió al podio sonriente, y se colocó junto a Abulurd.

—Alguien tenía que hacerlo. —El guerrero veterano cogió la insignia como si fuera un tesoro. Abulurd se puso muy derecho. Vor se adelantó. Aunque aparentaba casi la mitad de años que Abulurd, se conducía con total seguridad y respeto.

—Abulurd Harkonnen, en reconocimiento a tu valor, tu iniciativa y la valentía que demostraste durante el reciente ataque contra Zimia… por no mencionar las incontables muestras de valor que has dado a lo largo de tu carrera en el ejército de la Yihad… me complace ascenderte de tu actual rango de bator al de bashar, en grado de cuarto. No conozco a ningún soldado que merezca este nombramiento más que tú.

Y dicho esto, le colocó la insignia en el pecho y luego le hizo darse la vuelta para que pudiera mirar a los allí presentes.

—Mirad bien a vuestro nuevo bashar —dijo, aún con una mano en su hombro—. Aún le quedan muchas hazañas por conseguir para la Liga de Nobles.

El aplauso fue algo apagado y disperso, pero el joven no tenía ojos para nada que no fuera la expresión de satisfacción paternal de Vorian. La opinión de los demás no le importaba, ni siquiera la de su padre o su hermano.

Vor se volvió a mirar a los otros mandos militares, a los oficiales de la Liga, incluso a Vidad.

—La valentía demostrada por el bashar Harkonnen en la crisis reciente me ha traído a la memoria acciones similares llevadas a cabo por su abuelo Xavier Harkonnen. —Hizo una pausa, como si los estuviera desafiando a que se quejaran

—. Yo fui un buen amigo de Xavier, y sé que en su corazón solo había lealtad. De hecho, también sé que su nombre ha sido calumniado injustamente y que la verdad se ha ocultado por motivos políticos. Ahora que la Yihad ha terminado, no hay razón para seguir perpetuando esas mentiras y proteger a personas que hace mucho que murieron. Propongo que la Liga nombre una comisión para limpiar el nombre de los Harkonnen. —Cruzó los brazos sobre el pecho. Abulurd habría querido abrazarlo, pero siguió escuchando atentamente.

—Pero, bashar supremo… eso pasó hace ochenta años —dijo el Gran Patriarca Boro-Ginjo.

—Setenta y seis años. ¿Cambia eso algo? —Vor lo miró con dureza. Sin duda a Xander Boro-Ginjo no le gustaría lo que la comisión iba a descubrir—. Ya he esperado demasiado.

Entonces, como una ventana que se rompe inesperadamente en mitad de la noche, la felicidad de Abulurd quedó hecha añicos. Un hombre despeinado y con rostro coloradote se abrió paso hasta el auditorio.

—¿Dónde está el bashar supremo? Debo encontrar a Vorian Atreides. —Abulurd reconoció al noble de Poritrin, Porce Bludd—. Traigo terribles noticias.

Abulurd vio que Vor pasaba automáticamente a modo emergencia, igual que le había visto hacer ante la crisis de los bichitos mecánicos.

—En Wallach IX nos atacaron —exclamó Bludd—. Mi yate espacial está averiado…

El bashar supremo le interrumpió, tratando de hacer que ordenara sus pensamientos.

—¿Quién les atacó? ¿Las máquinas pensantes? ¿Sigue Omnius aún en alguno de los mundos atacados?

—No, Omnius no, fueron los cimek. ¡Titanes! Estaban construyendo monumentos, estableciendo una nueva base

entre las ruinas. Quentin y yo bajamos a echar un vistazo y los titanes nos atacaron. Derribaron el vehículo aéreo de Quentin. Lo despedazaron. Quería rescatarle, pero los cimek atacaron y tuve que huir con la nave bastante tocada. Y vi cómo se abalanzaban sobre él.

—¡Los cimek! —dijo Vorian con incredulidad.

—Por muchos enemigos que derrotemos —dijo Abulurd con voz trémula, imaginando a su padre tratando de hacer frente a las máquinas—, siempre hay otros que ocupan su lugar.

60

> La unión del hombre y la máquina sobrepasa los límites de lo que significa ser humano.
>
> GENERAL AGAMENÓN, *Nuevas memorias*

En su mente tenía flashes de recuerdo, impulsos eléctricos que caían gota a gota. Quentin Butler pensó que se estaba muriendo. Los cimek lo habían agarrado con sus patas articuladas de metal y lo arrastraron. Podían haberlo despedazado fácilmente, igual que hicieron con su vehículo aéreo. Él trataba de huir a rastras en aquella atmósfera contaminada, sintiendo cómo la radiactividad le quemaba los pulmones, la piel… y entonces las gigantescas formas móviles lo aplastaron.

Su último recuerdo era una imagen de esperanza y desazón a la vez. Porce Bludd volando hacia él, tratando de rescatarle, y luego alejándose, fuera del alcance de los cimek, hacia su hogar. Cuando Porce escapó, Quentin supo que podía morirse medianamente tranquilo.

La explosión de dolor, los pinchazos, los cortes, las quemaduras… Y ahora sus pensamientos estaban atrapados en aquel bucle interminable, que le hacía ver sus últimas imágenes una y otra vez. Pesadillas, recuerdos, su vida que se escapaba.

De vez en cuando, como las burbujas que aparecen en la superficie de una olla de agua hirviendo, veía a Wandra cuando era una mujer joven y hermosa, una mujer inteligente y llena de vida. Wandra riéndose de sus chistes, paseando cogida de su brazo por los parques de Zimia. Una vez, fueron a ver el inmenso monumento hecho con el cuerpo de un titán destruido. Ah, qué claridad de percepción, qué recuerdos tan nítidos…

Él y Wandra habían disfrutado tanto… pero duró muy poco. Eran la pareja perfecta: el héroe de guerra y la heredera de los Butler. Antes de que todo cambiara, antes de la apoplejía, antes del nacimiento de Abulurd.

En un flash recurrente (¿una explosión química de datos almacenados en su cerebro, liberados en sus últimos momentos antes de morir?), volvió a ver a Porce huyendo de los cimek. Quentin se aferraba a esa pequeña alegría de saber que al menos había hecho algo bueno al final.

Pero la oscuridad y el olvido lo sofocaban. Y el miedo que sentía por dentro lo hacía mucho peor; era como revivir las horribles e interminables horas que pasó durante la defensa de Ix, luchando contra los robots en los pasadizos subterráneos. En aquella ocasión, una explosión hizo que el techo y las paredes se vinieran abajo. Quentin quedó atrapado, y le dieron por muerto, como a sus siete compañeros. Pero al final algunas rocas se desplazaron, y él arañó y empujó y consiguió abrir un hueco por donde respirar. Gritó y escarbó hasta que la garganta le dolía y los dedos le sangraban. Y, finalmente, finalmente, consiguió abrirse camino a la luz y el aire del exterior… donde fue recibido entre gritos de sorpresa y asombro por los otros yihadíes, que no esperaban encontrarle con vida.

Y allí estaba otra vez, la misma oscuridad opresiva, por dentro y por fuera. Él gritaba y gritaba, pero no servía de nada, y la oscuridad no desaparecía…

Al cabo de un rato, el dolor cambió, y se sintió totalmente desorientado. No podía abrir los ojos. No podía oír. Era como si le hubieran arrancado los sentidos y estuviera flotando en una especie de limbo. Aquello no se parecía en nada a las descripciones que había leído sobre la muerte o el cielo en los tratados y las escrituras religiosas. Pero claro, ¿qué iban a saber los profetas?

No se sentía ninguna parte del cuerpo, no veía ni un leve destello de luz real, aunque ocasionalmente, en la oscuridad de su inconsciente, percibía el destello de algún impulso neuronal residual.

De pronto, hubo una sacudida y fue como si tropezara en una atmósfera ingrávida, como si flotara… como si cayera. Le llegó un sonido distorsionado, resonando con una fuerza atronadora. Quería taparse los oídos con las manos, pero no se encontraba las manos. No podía moverse.

Una poderosa voz femenina hablaba a su alrededor, como la de una diosa.

—Creo que es parte del proceso, mi amor. Ya debe de estar consciente.

Quentin trató de preguntar, de gritar pidiendo ayuda… pero descubrió que no podía proferir ningún sonido. Mentalmente, gritó tan fuerte como pudo, pero tampoco encontraba sus cuerdas vocales, ni los pulmones. Trató de respirar hondo, pero no sentía los latidos de su corazón, ni su respiración. Sí, debía de estar muerto, o casi.

—Continúa e instala el resto de los componentes sensoriales, Dante —dijo una voz ronca y masculina.

—Aún falta un buen rato para que podamos comunicarnos con él —dijo una segunda voz masculina. «¿Dante? ¡Yo conozco ese nombre!».

Quentin sentía curiosidad, confusión, miedo. No tenía forma de cuantificar el tiempo que pasaba, solo aquellos

sonidos indescifrables que le llegaban de vez en cuando, aquellas palabras ominosas.

Finalmente, con un chisporroteo de estática y un destello de luz, recuperó la vista. En medio del resplandor y una maraña de imágenes incomprensibles, enfocó la vista, hasta que reconoció a aquellas criaturas espantosas. ¡Cimek!

—En principio ya tendría que verte, Agamenón.

¡Agamenón! ¡El general titán!

A su alrededor veía formas móviles pequeñas. No parecían diseñadas para el combate o la intimidación, pero seguían siendo monstruosas. Los contenedores cerebrales estaban en unos receptáculos protectores, bajo los sistemas de control de los cuerpos.

Quentin y los cimek estaban en una especie de cámara… no a cielo abierto, que era lo último que recordaba de Wallach IX. ¿Adónde le habían llevado? Uno de los cimek seguía trabajando dentro de su campo de visión, levantando unos brazos delgados y afilados, cada uno de ellos terminado en un instrumento quirúrgico extraño. Quentin trató de mover las piernas, de escapar, pero seguía tan inútil y paralizado como antes.

—Y esto permitirá establecer conexión con todas las terminaciones nerviosas que sigan intactas.

—¿También los receptores del dolor?

—Por supuesto.

Quentin chilló. Jamás había experimentado una agonía igual. Era peor que la oscuridad sofocante. Ahora, notaba los pinchazos hasta en el fondo del alma, como si le estuvieran arrancando cada centímetro de su cuerpo con cuchillos candentes y embotados. Un grito agudo y estridente desgarró el aire y Quentin se preguntó si, de alguna forma, sería él quien había gritado.

—Apaga el simulador de voz —dijo la voz ronca de hombre—. No tengo por qué oír tanto jaleo. —Agamenón.

La máquina con voz femenina entró en su campo visual, moviéndose con suavidad, como si tratara de ser seductora, aunque parecía una araña siniestra.

—Solo es un dolor inducido neurológicamente, cachorrito mío. No es real. Te acostumbrarás, y entonces no será más que una distracción.

Quentin se sentía como si le estuvieran estallando ojivas nucleares dentro de la cabeza. Trató de formar palabras, pero su voz no le obedecía.

—No sé si sabes dónde estás —dijo la cimek—. Soy la titán Juno. Seguro que has oído hablar de mí.

Quentin se sintió apocado, pero no pudo responder. Años atrás, había intentado rescatar a algunos miembros de la población esclavizada de Bela Tegeuse, pero en vez de ayudarle estos se volvieron en su contra y lo llevaron prisionero ante Juno. No querían ser libres, querían la «recompensa» de ser convertidos en neocimek. Recordaba perfectamente aquella voz sintetizada, como metal arañando el cristal.

—Te hemos tomado como objeto de estudio y te hemos traído con nosotros a Hessra, una de nuestras bases de operaciones. Estamos construyendo nuevas bases en Planetas Sincronizados abandonados, como Wallach IX, que es donde te encontramos, cachorrito mío. Pero de momento nuestra base central está aquí, donde antes vivían los pensadores de la Torre de Marfil. —Emitió un sonido cantarín que tal vez fuera una risa—. La parte difícil ya está hecha. Hemos separado y tirado la carne y los huesos rotos de tu cuerpo, y hemos dejado el cerebro intacto.

Quentin tardó un largo momento en comprender dónde estaba… lo que era. Era evidente, pero no había querido creerlo hasta que el cimek masculino más discreto —¿Dante?— ajustó sus sensores ópticos.

—Con el tiempo aprenderás a manipular las cosas por ti mismo mediante los mentrodos, y según las formas mecánicas que escojas. Pero ahora quizá querrás ver esto por última vez.

En la mesa Quentin reconoció el cuerpo flácido y ensangrentado que había tenido toda su vida. Estaba destrozado, cubierto de hematomas, desgarrado… lo que demostraba que había opuesto resistencia hasta el último momento. Estaba allí tirado, como un vestido vacío, como una marioneta desechada. Habían cortado la parte superior de la cabeza.

—Pronto serás uno de los nuestros —dijo Juno—. Muchos de nuestros elegidos lo consideran una gran recompensa. Tu experiencia militar nos será muy útil… primero Quentin Butler.

Aunque el simulador de voz no estaba conectado, Quentin aulló de desesperación.

61

La energía creativa solo tiene éxito mediante el aprovechamiento de una locura controlada. Estoy convencido.

ERASMO, *El carácter cambiante de las formas orgánicas*

Después de pasar el día instruyendo a su leal pupilo humano, Erasmo estaba solo en el Corredor de los Espejos, en la planta principal de su mansión. Estaba atrapado en Corrin, la suerte de Omnius y de todas las máquinas pensantes pendía de un hilo, y aun así sentía una gran curiosidad por las cuestiones esotéricas.

Con gran detenimiento, estudió el reflejo de su rostro de metal líquido, las diferentes expresiones faciales humanas que podía imitar. Felicidad, tristeza, ira, sorpresa y muchas más. Gilbertus le había enseñado su repertorio completo. Lo que más le gustaba era poner caras que dieran miedo, una emoción que brotaba de la debilidad física del humano y de su carácter mortal.

Si hubiera podido entender aquellos sutiles aspectos que hacían del humano un ser superior, habría incorporado en su cuerpo lo mejor del hombre y la máquina, lo que a su vez habría sido la base para una serie avanzada de máquinas pensantes.

Según y como, hasta es posible que lo trataran como una figura divina. Una posibilidad intrigante, aunque después de los estudios que había realizado, no le atraía especialmente. No tenía paciencia ni empatía para la irracionalidad de las religiones. Él solo buscaba poder personal para completar sus fascinantes experimentos con los hrethgir. No tenía previsto acabar su existencia como máquina en un futuro próximo, ni se imaginaba tampoco convertido en un robot obsoleto sustituido por modelos más modernos. Seguiría mejorando, y eso le llevaría por caminos imprevisibles. Evolucionaría. Un concepto tan orgánico. Tan humano…

Aún delante del espejo, el robot practicó algunas expresiones más. La que más le gustó fue la que imitaba a un monstruo feroz y que había copiado de un antiguo texto donde se describía a demonios imaginarios. Aunque él la consideraba una de sus mejores caras, lo cierto es que todas sus expresiones eran demasiado simples y elementales. Su semblante de metal líquido no permitía expresar emociones más sutiles ni complejas.

Entonces se le ocurrió una cosa. Ahora que los experimentos de regeneración de extremidades con reptiles habían fracasado, tal vez Rekur Van podría utilizar sus conocimientos para ayudarle. Y de paso el tlulaxa estaría ocupado.

Echó a andar por su bella mansión en dirección a los edificios exteriores, mientras los ojos espía revoloteaban a su alrededor como espectadores impacientes. El robot independiente se distrajo con unas piezas de holoarte con acompañamiento musical… imágenes de algo parecido a reluciente metal líquido de estilizadas naves de guerra realizando maniobras en el espacio. De fondo, una de las piezas más soberbias de la música clásica sintetizada, una armonía de la *Sinfonía metálica* de Claude Jozziny, interpretada enteramente por máquinas. Con absoluta

satisfacción, Erasmo contempló la danza de las naves ficticias a su alrededor, proyectada en las diferentes salas de la villa, las explosiones de sus armas cuando aniquilaban las naves y los planetas enemigos. Si la guerra real fuera así de fácil…

Omnius seguía con sus lamentables intentos de crear arte, imitando los esfuerzos de Erasmo o de los maestros de la historia de la humanidad. Por el momento, la supermente no parecía comprender el concepto de matiz. Quién sabe, en su momento quizá él también había sido igual de inepto, pero eso fue antes de que Serena Butler le enseñara a fijarse en las sutilezas.

Con una orden mental, el robot desconectó aquella exposición cultural y entró en la enorme cámara central del anexo de los laboratorios, donde el torso del tlulaxa estaba enchufado a su conector de soporte vital, como siempre.

Junto al muñón, el robot vio con sorpresa la figura morena y pequeña de Yorek Thurr.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con tono autoritario.

Thurr suspiró, indignado.

—No sabía que necesitara permiso para entrar en los laboratorios. Nadie me había negado antes el acceso.

Aunque ya habían pasado veinte años, Thurr seguía prefiriendo las elegantes vestiduras que había escogido como atuendo cuando gobernaba con despotismo en Wallach IX. No era tan extravagante ni ostentoso como Erasmo, pero aun así le gustaban los tejidos de calidad, los colores llamativos, los complementos imponentes. Llevaba un cinturón con joyas encastadas, una tiara de oro sobre la calva y una larga daga ceremonial a la cadera con la que había degollado a muchos desgraciados cuando hacían algo que no era de su gusto. En Corrin seguía habiendo millones de cautivos humanos entre los que escoger.

—Pensábamos que estarías ocupado experimentando en tus salas de cirugía —dijo Yorek Thurr con tono de mofa—. Destripando vivo a algún humano o reconstruyendo su cuerpo. —Como si le hubieran pinchado, el tlulaxa miró con cara larga hacia Cuatropiernas y Cuatrobrazos, que andaban trajinando en las salas laterales, comprobando el material utilizado en las investigaciones.

—¿Tan predecible es mi comportamiento? —preguntó Erasmo, y se dio cuenta de que Thurr había evitado diestramente su pregunta—. No me has contestado. ¿Con qué propósito vienes a mi laboratorio?

El hombre le dedicó una sonrisa conciliadora.

—Tengo tantas ganas de salir de Corrin como tú. Quiero destrozar a la Liga y arrebatarles su aparente victoria. Hace años tuvimos un considerable éxito con la epidemia del retrovirus, y recientemente nuestros devoradores mecánicos lograron atravesar la barrera. A estas alturas ya habrán llegado a algunos mundos humanos. —Se frotó las manos—. Rekur Van y yo estamos impacientes por empezar algo nuevo.

—También yo, caballeros. Sí, por eso estoy aquí. —Erasmo se adelantó unos pasos.

Probablemente Thurr podría ayudar, aunque la cabeza no le funcionaba del todo bien desde que recibió el tratamiento de extensión vital.

—¿Tienes alguna idea? —Rekur Van se puso a babear solo de pensarlo y, claro, luego no pudo limpiarse la boca.

—Tengo muchas ideas —dijo el robot con un considerable orgullo simulado. La impaciencia humana le parecía intrigante y se preguntó si tendría relación con la naturaleza finita de sus vidas, con la certeza innata de que debían hacerlo todo en el tiempo que les daban—. Observad. —Erasmo hizo una demostración de varias expresiones

faciales: frunció el ceño, enseñó una boca artificial llena de afilados dientes metálicos…

El tlulaxa lo miraba perplejo; en cambio, Yorek Thurr solo parecía irritado.

Finalmente, Erasmo se explicó.

—Estas caras, mi aspecto en general me resultan insatisfactorios. ¿Crees que puedes crear un metal líquido con un aspecto más real? Desarrollar una «máquina biológica» que pueda adoptar la apariencia que quiera. Me gustaría poder pasar por humano, por esos necios humanos, tener el mismo aspecto que cualquiera de ellos cuando yo quiera. Así podría observarlos sin que se dieran cuenta.

—Mmm —musitó el antiguo comerciante de carne. De haber tenido brazos, quizá se habría rascado la cabeza. Erasmo hizo un esfuerzo consciente por no contar el tiempo que tardaba en contestarle, como habría hecho un humano impaciente—. Podría hacerlo. Sí, será divertido. Yorek Thurr puede proporcionarme material genético para los experimentos… —Sonrió—. Tiene acceso a muchas fuentes.

62

Los venenos más nocivos no se pueden analizar en un laboratorio, porque están en la mente.

RAQUELLA BERTO-ANIRUL, *Biología del alma*

Habían pasado casi veinte años desde que la plaga de Omnius había arrasado los mundos de la Liga, dejando poblaciones enteras en ruinas, para acabar consumiéndose mientras los supervivientes desarrollaban inmunidad y se protegían con la especia melange. Aun así, de vez en cuando se producía algún nuevo brote que obligaba a adoptar rígidas medidas para evitar su propagación.

Después de décadas adaptándose en aquel entorno saturado de sustancias químicas y poblado por extraños hongos, líquenes y plantas, una nueva variante del virus apareció en los cañones de las selvas de Rossak, una mutación que incluso superaba la tasa de mortalidad de los más logrados experimentos genéticos de Rekur Van.

Los médicos de la Liga fueron convocados enseguida; se distribuyeron equipos de descontaminación y medicamentos. Los especialistas seguían exponiéndose a un grave riesgo para eliminar cualquier nueva manifestación de la plaga.

En los años transcurridos desde que escaparon a duras penas de la chusma en Parmentier, tras su reencuentro con Vorian Atreides después de la Gran Purga, Raquella Berto-Anirul y su compañero Mohandas Suk habían recorrido incansablemente los distintos mundos de la Liga, sobre todo los lugares donde su ayuda hacía más falta. Para la HuMed —Comisión Médica de la Humanidad—, aquellos dos médicos que viajaban en el *Recovery*, la nave que su abuelo les había comprado, eran una especie de detector de problemas. Viajaron a más de treinta planetas en su esfuerzo por ayudar a las víctimas de la epidemia. Nadie sabía más que ellos de las diferentes variantes de la plaga.

Tras recibir los primeros informes, la HuMed mandó a Raquella y el doctor Suk a hacer frente a lo que se conocería como la plaga de Rossak.

Dejando al margen los comerciantes de productos farmacéuticos y el negocio de distribución de sustancias, Rossak siempre había vivido bastante aislada. Las hechiceras eran reservadas, se ceñían a su trabajo y se consideraban superiores a la mayoría de los humanos. Ticia Cenva enseguida se dio cuenta del peligro e impuso una cuarentena draconiana, e incluso se negó a autorizar la salida de naves de VenKee con cargamentos médicos. Rossak estaba totalmente aislada.

—Eso hará que la cuarentena sea más efectiva —dijo Mohandas, pasándole la mano por el brazo a Raquella—. Será más fácil mantenerla.

—Pero no ayudará a la gente que hay ahí abajo —señaló ella—. La hechicera suprema ha dado órdenes estrictas para que cualquiera que baje a la superficie no pueda volver a salir hasta que la epidemia haya pasado oficialmente.

—Es un riesgo que hemos corrido otras veces. —Su nave hospital ocupó su lugar en órbita, donde tendría que esperar bastante tiempo.

—Lo mejor es que tú te quedes aquí, en los laboratorios, y analices las muestras que te envíe. Puedo llevarme a algunos de los voluntarios de la HuMed para que me ayuden con los tratamientos.

Hasta el momento no habían logrado encontrar una cura, pero los trabajosos y difíciles tratamientos permitían eliminar el misterioso compuesto X del riego sanguíneo y darle tiempo al enfermo a combatir la infección del hígado y seguir con vida.

Después de tantos años trabajando juntos, además del amor, Raquella y Mohandas compartían un fuerte vínculo profesional. En la nave, el doctor Suk podría trabajar sin interrupción en la nueva variante del retrovirus sin miedo a contagiarse. Sin embargo, por el momento todo parecía indicar que aquella nueva cepa era mucho más virulenta que el virus original.

Raquella, por su parte, estaba más interesada en ayudar a la gente. Ella y su ayudante Nortie Vandego bajaron en una lanzadera a las ciudades de las cuevas, en los valles tectónicos habitables del planeta. Vandego era una joven con la piel de color chocolate y voz culta; se había graduado la primera de su clase el año antes, y luego se presentó voluntaria para aquel peligroso trabajo.

Cuando llegaron a las instalaciones de tierra, antes de que las dejaran marchar para hacer su trabajo, tuvieron que pasar por un sinfín de pruebas. Raquella sabía por experiencia que había que ser muy riguroso con las medidas de seguridad y proteger bien las zonas vulnerables: los ojos, la boca, la nariz y cualquier herida o arañazo abierto… además de tomar elevadas dosis profilácticas de especia.

—VenKee nos lo proporciona todo —dijo una de las doctoras que las recibió—. Cada pocos días recibimos un nuevo cargamento de Kolhar. Norma Cenva nunca nos cobra.

Raquella le dedicó una sonrisa apreciativa y aceptó su ración de melange.

—Lo mejor es que vayamos lo antes posible a la ciudad para que pueda valorar la magnitud del problema.

Raquella y Vandego avanzaron por las zonas pavimentadas sobre la densa cubierta de árboles, cargada cada una con un voluminoso contenedor sellado con equipos de diagnóstico. En el brazo llevaban una banda donde aparecía una cruz roja sobre fondo verde, el símbolo de la HuMed. Allá arriba, en órbita, Mohandas estaría esperando el regreso de una lanzadera con muestras de tejidos infectados. Haría un cultivo con las muestras y compararía los anticuerpos que encontrara con los que tenían de cepas anteriores de la plaga.

El aire estaba impregnado de aromas extraños y acres. La gente se movía por los salientes de roca y permanecía en las arcadas desde las que se accedía a las ciudades de cuevas. Los túneles eran como canales excavados en la roca por larvas hambrientas.

Raquella oyó el zumbido de un escarabajo de un verde intenso que apareció entre el denso follaje púrpura, estuvo revoloteando sobre las hojas polimerizadas y luego se elevó por encima de las copas de los árboles, dejando que una corriente ascendente de aire impulsara sus inmensas alas quitinosas. La atmósfera era húmeda y opresiva a causa de un aguacero tropical reciente. Aquel lugar era un hervidero biológico, envenenado y fecundo. Un campo de cultivo ideal para las enfermedades y sus posibles curas.

Aunque esperaban su llegada, junto con la de otros expertos de la HuMed, nadie salió a recibirlas.

—Pensé que nos recibirían con los brazos abiertos —dijo Vandego—. Si hay que hacer caso de lo que dicen los informes, están aislados, muriendo como chinches.

Raquella entrecerró los ojos bajo el sol brumoso.

—A las hechiceras no se les da muy bien pedir ni aceptar ayuda del exterior. Pero sus poderes mentales no les sirven en esta crisis, a menos que puedan controlar sus cuerpos célula a célula.

Raquella avanzó con su delgada ayudante hacia las cuevas. Siguiendo pasarelas y puentes, llegaron a los accesos del nivel superior y preguntaron por las zonas de hospital. Cada túnel, cada cámara parecía utilizarse como espacio de enfermería. Más de la mitad de la población estaba infectada, pero los síntomas de la plaga de Rossak eran variables y difíciles de predecir o tratar. Y la tasa de mortalidad parecía significativamente más alta que el cuarenta y tres por ciento de la plaga original.

Las dos mujeres tomaron un ascensor que bajó por un canal abierto en la cara externa de la roca. El aparato descendió tan deprisa que a Raquella el estómago le dio un vuelco; era como si el ascensor también estuviera impaciente porque empezaran. Cuando bajaron, una mujer menuda y delicada con una túnica negra sin capucha las recibió en un inmenso recinto cerrado y de techos altos. Más arriba veían gradas, barandas, balcones. Mujeres esculturales ataviadas con túnicas negras se movían con premura por pasarelas, entraban y salían de las diferentes habitaciones.

—Gracias por venir a ayudarnos a Rossak. Soy Karee Marques. —La joven tenía el pelo de color claro, hasta los hombros, pómulos altos y ojos grandes de color verde esmeralda.

—Estamos impacientes por empezar a trabajar —dijo Raquella.

Vandego miró a su alrededor, a todas aquellas túnicas negras tan lúgubres.

—Pensaba que las hechiceras vestían tradicionalmente de blanco.

Karee frunció el ceño. La piel de su rostro era translúcida, y solo mostraba un leve rubor.

—Llevamos túnicas negras cuando estamos de duelo. Y ahora parece que nunca se acabará.

La joven hechicera las guio por un pasillo central, pasando ante salas atestadas de pacientes en camas improvisadas. El lugar parecía limpio y bien gestionado, y las mujeres de las túnicas negras cuidaban de los pacientes, aunque Raquella notaba el inconfundible olor de la enfermedad y la carne en descomposición. En aquella devastadora encarnación del virus, el cuerpo se iba cubriendo poco a poco de lesiones cutáneas llenas de pus, que mataban las membranas de las células de la piel capa a capa.

En el interior de la cueva más grande, donde había cientos, puede que miles de pacientes en diferentes estadios de la enfermedad, Raquella se quedó parada, pasmada al pensar en todo el trabajo que había que hacer. Se acordó de Parmentier, de cómo habían tratado de frenar las primeras manifestaciones de la epidemia en el Hospital de Enfermedades Incurables. Pero era como querer limpiar el agua de una marea con un trapo.

Vandego tragó con dificultad.

—¡Cuántos! ¿Por dónde vamos a empezar?

A su lado, la joven hechicera miraba con los ojos llenos de lágrimas por la frustración y la pena.

—Ante una tarea como esta, no hay principio ni fin.

Durante semanas, Raquella dedicó largas horas a los pacientes, y trataba de calmar sus dolores con unos parches que liberaban gas melange muy frío al interior de sus poros. Los parches eran un invento suyo y de Mohandas. Cuando la

primera plaga terminó, Raquella deseó no tener que volver a usarlos nunca.

La hechicera suprema se mantenía a distancia, y rara vez se molestaba en visitar a Raquella o mencionar su presencia. Ticia Cenva era una figura misteriosa y esquiva que parecía flotar en vez de caminar. En una ocasión, sus miradas se cruzaron, a unos treinta metros de distancia y, antes de que Ticia se fuera a toda prisa, a Raquella le pareció que en sus ojos veía hostilidad, o un extraño temor.

Las mujeres de Rossak siempre habían sido autosuficientes, siempre habían declarado su superioridad y hecho gala de sus poderes mentales. Quizá la hechicera suprema no quería reconocer que era incapaz de proteger a su gente.

En una comida común para las voluntarias médicas, Raquella le preguntó a Karee por ella. La joven le habló en voz baja.

—Ticia no confía en nadie, sobre todo en gente de fuera como usted. Le da más miedo que las hechiceras parezcamos débiles que el daño que pueda causar el virus. Y… hay cosas en Rossak que preferiría mantener lejos de la vista de extraños.

Durante una semana entera, antes de pedir ayuda urgente a la HuMed, Ticia Cenva y las hechiceras habían tratado de controlar la epidemia utilizando sus conocimientos celulares y genéticos. Incluso trataron de aprovechar las hierbas y medicamentos que suministraban los investigadores de VenKee, atrapados también en el planeta debido a la cuarentena. Pero ninguno de sus intentos había tenido éxito.

Desde su base en Kolhar, VenKee enviaba grandes cargamentos de melange con la esperanza de ayudar a evitar que la epidemia se extendiera por la Liga. Mientras Mohandas trabajaba en su laboratorio orbital estéril a bordo

del *Recovery*, Raquella le enviaba muestras regularmente, junto con notas personales en las que con frecuencia le decía que le añoraba. El respondía, haciendo un resumen de los cambios que veía en la nueva cepa del virus, y su resistencia ante los poco efectivos remedios que habían utilizado la vez anterior.

Raquella pronto se hizo conocida por su delicadeza con los pacientes. Aliviaba su dolor y los trataba a todos con la misma dedicación. Era algo que había aprendido hacía mucho tiempo, en el Hospital de Enfermedades Incurables. Pero la mayoría de las veces, los pacientes morían. La nueva epidemia era así. En aquellos momentos, Raquella estaba junto a una hechicera ya mayor y respetada que dio su último aliento. Un fin pacífico, muy distinto a las convulsiones y la agitación de algunas de las víctimas, que padecían fuertes delirios antes de perder el conocimiento.

—Si esto es lo mejor que puedes hacer, no es suficiente. —Ticia Cenva estaba detrás, con expresión decepcionada y furiosa; las marcas de las lágrimas hacía ya tiempo que se habían borrado de sus mejillas.

—Lo siento —replicó Raquella, sin saber qué decir—. Encontraremos un tratamiento mejor.

—Espero que sea pronto. —Ticia paseó la mirada por la enfermería atestada, como si la epidemia fuera culpa de Raquella.

Su rostro tenía las facciones endurecidas y marcadas de un cuervo.

—He venido a ayudar, no a demostrar mi superioridad. —Raquella se excusó y fue a otra sala para seguir con su trabajo.

63

> Cuando probamos nuestros poderes frente a otros, poniendo a prueba nuestras capacidades y nuestros cuidadosos programas, podemos prepararnos cuanto queramos. Porque cuando nos encontramos en medio de una batalla real, todo lo que sabemos se convierte en una mera teoría.
>
> ZUFA CENVA, lección a las hechiceras

Aunque Quentin y Faykan nunca lo habrían sospechado, Abulurd visitaba regularmente a su madre en la Ciudad de la Introspección. Después de recibir la terrible noticia del valiente fin de su padre a manos de los cimek durante la ceremonia de su ascenso, se sentía más solo que nunca.

Su hermano vivía inmerso en el mundo de la política como virrey interino, mientras que Vorian Atreides estaba buscando la forma de enfrentarse a Agamenón y sus titanes supervivientes si emprendían nuevas acciones contra la humanidad. Abulurd no podía acudir a ninguno de los dos buscando consuelo, ahora no.

Así que fue a ver a su madre. Él sabía que Wandra no podría responderle. Nunca la había oído pronunciar ni una palabra, pero le habría gustado conocerla. Lo único que sabía era que el parto la había dejado en aquel estado.

Dos días después de enterarse de la muerte de su padre, por fin se sintió con fuerzas para hacer la visita. Estaba seguro de que nadie se había molestado en explicarle a Wandra el terrible fin de su marido. Seguramente, nadie lo consideraba necesario, ni siquiera Faykan, porque no creían que fuera capaz de comprender.

Abulurd se puso su inmaculado uniforme de gala y le sacó brillo a su nueva insignia de bashar. Y se condujo con tanta dignidad como pudo.

Los devotos le abrieron las puertas a su retiro religioso. Todos sabían quién era, pero no habló con nadie. Avanzó por los senderos de gemagrava, mirando al frente, y rodeó elaboradas fuentes y los lirios que creaban una atmósfera plácida que facilitaba la meditación.

Aquella mañana, los celadores habían sacado a Wandra en su silla de ruedas a tomar el sol junto a uno de los estanques. Los pececillos de escamas doradas se movían velozmente entre las algas, buscando insectos. El rostro de Wandra estaba enfocado hacia el agua, pero su expresión parecía vacía.

Abulurd se puso delante, con el mentón alto, la espalda erguida, los brazos a los lados.

—Madre, he venido a enseñarte mi nuevo rango. —Se acercó más, señalándole la insignia de bashar, que relucía bajo el sol.

No esperaba que Wandra reaccionara, pero en su corazón necesitaba creer que sus palabras llegaban a ella, que quizá su mente aún estaba ahí. Quién sabe si no esperaría con anhelo sus visitas, su conversación. Pero incluso si estaba tan vacía como parecía, para Abulurd aquello seguía sin ser una pérdida de tiempo. Eran los únicos momentos que podía compartir con su madre.

Desde que la recogió de una de las naves de rescate que regresaron a Salusa al final de la Gran Purga, cuando el

planeta volvió a ser seguro, había ido a verla con mayor frecuencia. Y se había asegurado personalmente de que ella y sus cuidadores fueran devueltos a su retiro religioso.

—Y… hay otra noticia. —Cuando pensó en lo que tenía que decir se le llenaron los ojos de lágrimas. Muchos miembros del ejército ya le habían expresado sus condolencias por la muerte de su padre, pero era una compasión pasiva. Había demasiada gente que sabía que él y su padre estaban muy distanciados. Aquella actitud le enfurecía, pero se calló sus agrias respuestas. Ahora que estaba hablando con su madre, no le quedó más remedio que afrontar la realidad.

—Tu marido, mi padre, luchó con valentía en la Yihad. Pero ha caído a manos de los perversos cimek. Se sacrificó para que su amigo Porce Bludd pudiera escapar. —Wandra no manifestó ninguna emoción, en cambio las lágrimas caían por las mejillas de Abulurd—. Lo siento, madre, tendría que haber estado a su lado, pero nuestras… misiones militares no nos permitieron coincidir.

Wandra seguía sentada, con los ojos brillantes, con la vista fija en los peces del estanque.

—Solo quería decírtelo en persona. Sé que te quería mucho.

Abulurd calló, pensando, esperando… casi imaginando que de pronto percibía un destello en sus ojos.

—Volveré a verte, madre. —La miró durante un largo momento, luego se dio la vuelta y se alejó a toda prisa por los senderos de gemagrava.

Cuando se iba, se detuvo ante el ataúd cristalino donde se conservaba el cuerpo restaurado de san Manion el Inocente. Había ofrecido sus respetos ante el altar otras veces. Durante los interminables años de guerra, muchas personas habían acudido allí para ver al bebé que encendió la chispa de la Yihad. Abulurd contempló su reflejo

empañado sobre la superficie del ataúd, y estudió el rostro del niño durante mucho rato. Cuando por fin partió de la Ciudad de la Introspección, seguía sintiéndose muy triste.

64

Los recuerdos son nuestra arma más poderosa, y los falsos recuerdos son la más temible de todas.

GENERAL AGAMENÓN, *Nuevas memorias*

Era un prisionero sin cuerpo, atrapado en el limbo. Lo único que alteraba la monotonía de la medio existencia eran los estallidos ocasionales de dolor, o los sonidos, cuando los otros cimek se molestaban en conectar mentrodos a su aparato sensorial.

A veces Quentin veía físicamente los horrores que le rodeaban; otras, en su baño de electrolíquido, se encontraba a la deriva en un mar de pensamientos, entre recuerdos y fantasmas.

¿Sería esa la vida que Wandra había tenido durante tantos años, atrapada, desconectada, sin poder responder ni interactuar con su entorno? Enterrada viva, como él cuando estuvo en Ix. Si su experiencia se parecía mínimamente a aquello, entonces lo más humano habría sido ayudarla a poner fin a todo hacía tiempo.

No tenía forma de controlar el tiempo, pero parecía como si hubiera pasado una eternidad. La titán Juno seguía hablando con tono sarcástico pero también tranquilizador, guiándolo por lo que ella llamaba un «ajuste típico». Con el

tiempo, aprendió a bloquear la mayor parte del dolor imaginario causado por inducción nerviosa. Seguía sintiendo como si los brazos, las piernas o el pecho le ardieran en medio de lava líquida, pero no tenía un cuerpo real que pudiera experimentar aquello. Las sensaciones estaban en su imaginación… hasta que Agamenón le aplicaba inductores directos que enviaban ondas de agonía por cada curva de su indefenso cerebro.

—En cuanto dejes de resistirte a tu nueva identidad —le dijo Juno—, cuando aceptes que eres un cimek y formas parte de nuestro imperio, te enseñaré la alternativa a esas sensaciones. Podemos provocarte dolor, sí, pero también tienes centros de placer… y créeme, pueden ser de lo más agradables. Recuerdo los placeres del sexo cuando tenía forma humana… de hecho, antes de la Era de los Titanes lo practicaba con frecuencia… pero Agamenón y yo hemos descubierto muchas técnicas infinitamente superiores. Estoy deseando enseñártelas, cachorrito mío.

Los extraños neos-subordinados que antes cuidaban de los pensadores rondaban por allí, ocupados con su trabajo, abatidos y desanimados. Se habían amoldado a su nueva situación, pero Quentin se juró que él nunca se rendiría. Él lo que quería era acabar con todos los cimek, incluso si eso provocaba su muerte. Ya no le importaba.

—Buenos días, cachorrito. —Las palabras de Juno resonaban por su mente—. He venido a jugar un rato contigo.

—Juega contigo misma —contestó él—. Te puedo hacer muchas sugerencias, pero todas son anatómicamente imposibles, porque ya no tienes un cuerpo orgánico.

A Juno el comentario le pareció divertido.

—Oh, pero tampoco tenemos los defectos y las flaquezas orgánicas. El límite lo pone nuestra imaginación, así que en

realidad, no hay nada «anatómicamente imposible». ¿Te gustaría probar algo inusual y placentero?

—No.

—Oh, desde luego, no podrías haberlo hecho con tu antiguo cuerpo de carne, pero te garantizo que te gustará.

Él trató de negarse, pero los brazos articulados de Juno se elevaron hacia él y manipularon las conexiones con los mentrodos. De pronto Quentin se encontró en medio de un remolino de sensaciones exóticas e increíblemente placenteras. No podía gemir ni jadear, ni siquiera le podía pedir que parara.

—De todos modos, el mejor sexo siempre está en la cabeza —dijo Juno—. Y ahora tú solo eres una mente… y eres mío. —Volvió a tocar, provocándole una avalancha de placer más insoportable que los pinchazos de dolor que le habían infligido en la fase anterior de castigo.

Quentin se aferró al recuerdo de su amada Wandra. Cuando se enamoraron, ella era una mujer tan viva, tan hermosa… y aunque eso pasó hacía décadas, se aferró a sus recuerdos, como hermosas lazadas de un regalo que no tiene precio. No deseaba practicar ninguna forma de sexo con aquella titán lasciva, incluso si solo era en su mente. Manchaba su honor y lo avergonzaba.

Juno intuyó su reacción.

—Puedo hacerlo más dulce, si lo deseas. —De pronto, con un vivido impulso, Quentin se vio a sí mismo con el fantasma de su cuerpo, rodeado de un entorno visual extraído directamente de su pasado—. Puedo rebuscar entre tus recuerdos, despertar pensamientos que tienes almacenados en tu materia cerebral.

Mientras una nueva oleada de orgasmos sacudía su cerebro, Quentin vio a Wandra, joven, sana, viva, muy distinta del maniquí que había visto en los últimos treinta y ocho años en la Ciudad de la Introspección.

El solo hecho de tenerla ante él de aquella forma le hizo sentir más placer que todas las erupciones de estímulos que Juno desataba con sadismo en su cerebro. Quentin estiró los brazos hacia Wandra, anhelante… y Juno maliciosamente cortó el flujo de imágenes y sensaciones, dejándolo suspendido en la oscuridad. Ni siquiera veía la forma móvil de la cimek.

Solo le llegaba su voz, sarcástica y seductora.

—Tendrías que unirte a nosotros voluntariamente, Quentin Butler. ¿Es que no ves las ventajas de ser cimek? Podríamos hacer tantas cosas… La próxima vez quizá me incluiré en las imágenes. Nos lo pasaremos muy bien.

Quentin no pudo gritarle que se fuera y le dejara en paz. Quedó sumido en aquel silencio sensorial durante una eternidad, más desorientado que nunca, con una ira bloqueada por una barrera infranqueable.

Y no dejó de revivir una y otra vez lo que acababa de experimentar, lo mucho que deseaba volver a estar con Wandra de aquella forma. Era una idea perversa, pero tan intensa que le daba miedo y le complacía al mismo tiempo.

Su tormento pareció prolongarse durante siglos, pero él sabía que no tenía una noción real del tiempo ni de la realidad. Su único punto de apoyo con el universo real era su vida pasada en el ejército de la Yihad… y su búsqueda apasionada de una forma de atacar a los titanes, de herirlos aunque fuera una milésima parte de lo que le habían herido a él.

Ya no tenía cuerpo, así que no podía escapar, ni siquiera podía intentarlo. Ya no era humano, había perdido su cuerpo y jamás volvería a la vida que había conocido hasta entonces. No quería ver a su familia ni a sus amigos. Mejor

que la historia creyera que los cimek lo habían asesinado en Wallach IX.

¿Qué pensaría Faykan si veía a su valiente padre convertido en un cerebro flotante en un contenedor cerebral? Incluso Abulurd se habría sentido avergonzado… ¿y qué hay de Wandra? Aunque estuviera en estado vegetativo, ¿se sentiría horrorizada si lo veía así?

Quentin estaba atrapado en Hessra, y los titanes no dejaban de arremeter contra su mente. A pesar de sus esfuerzos por resistirse, no estaba muy seguro de estar guardando bien sus secretos. Si Juno desconectaba sus sensores externos y le hacía llegar imágenes y sensaciones falsas a través de los mentrodos, ¿cómo podría estar seguro de nada?

Finalmente, los cimek lo instalaron en una pequeña forma móvil como las que utilizaban los neos para moverse en el interior de las torres de Hessra. Juno levantó sus brazos articulados y colocó el contenedor cerebral de Quentin en la cavidad correspondiente de un cuerpo mecánico. Con unos dedos delicados, manipuló los controles para ajustar los mentrodos.

—Muchos de nuestros neos ven esto como un renacimiento, el momento en que dan sus primeros pasos en una forma nueva.

Aunque su sintetizador de voz ya estaba conectado, Quentin se negó a contestar. Recordó a los patéticos y engañados habitantes de Bela Tegeuse. Podían haberlos rescatado hacía mucho tiempo, y sin embargo se volvieron en contra de sus liberadores, y pidieron a Juno que sacrificara incluso a camaradas suyos para poder convertirse en cimek… como él.

¿Sabían aquellos idiotas lo que hacían? ¿Cómo podía querer nadie aquello? Creían que convirtiéndose en cimek

tendrían una especie de inmortalidad… pero aquello no era vida, solo un infierno sin fin.

Agamenón entró en la cámara con su forma móvil más pequeña. Juno fue a su lado.

—Ya casi he terminado de prepararlo, mi amor. Nuestro amigo está a punto de dar sus primeros pasos, como un recién nacido.

—Bien. Entonces verás el potencial de tu nuevo estado, Quentin Butler —dijo Agamenón—. Hasta ahora has tenido la ayuda de Juno. A partir de aquí yo seré tu benefactor, aunque con el tiempo a cambio te exigiremos ciertas concesiones.

Juno conectó los últimos mentrodos.

—Ahora ya tienes acceso a la forma móvil, cachorrito. No se parece en nada al cuerpo al que estás acostumbrado. Pasaste tu vida anterior atrapado en un pedazo de carne poco maleable. Ahora tendrás que volver a aprender a andar, a estirar tus músculos mecánicos. Pero eres un chico brillante. Seguro que puedes hacerlo…

Quentin saltó con furia, sin saber cómo dirigir aquel cuerpo. Se lanzó hacia delante con sus patas mecánicas, bamboleándose hacia un lado, y saltó sobre Agamenón, con un fuerte estrépito. El general titán se apartó y Quentin casi se vuelve loco de rabia.

Pero no podía controlar sus movimientos lo suficiente para causar ningún daño. Las extremidades y el cuerpo voluminoso no se movían como él imaginaba. Su cerebro estaba acostumbrado a dirigir dos brazos y dos piernas, pero lo que tenía ahora era como un arácnido. Los impulsos aleatorios hacían que sus patas afiladas se sacudieran y golpearan en la dirección equivocada. Aunque consiguió asestar un golpe lateral a Juno y volvió a abalanzarse sobre Agamenón, aquel pequeño éxito fue puramente accidental.

El general se puso a renegar, no por miedo, sino de irritación. Juno se adelantó con rapidez y delicadeza. Sus brazos articulados se extendieron y aunque Quentin siguió corriendo, la cimek desconectó los mentrodos que le permitían controlar el movimiento del cuerpo mecánico.

—Qué decepción —dijo reprendiéndole—. ¿Qué esperabas conseguir con todo esto?

La cimek se dio cuenta de que había desconectado sin querer el simulador de voz. Aplicó de nuevo el mentrodo correspondiente y Quentin gritó:

—¡Puta! ¡Te haré pedazos y destrozaré tu cerebro demente!

—Ya basta —intervino Agamenón, y Juno desconectó otra vez el simulador.

La forma móvil de Juno se acercó más a las fibras ópticas de Quentin.

—Ahora eres un cimek, mi cachorro. Tu sitio está con nosotros, y cuanto antes lo aceptes, menos sufrirás.

En el fondo Quentin sabía que no tenía escapatoria, que no había salida. Jamás volvería a ser humano, pero cuando pensaba en qué se había convertido se ponía malo.

Juno andaba arriba y abajo, hablándole con voz cálida y seductora.

—Todo ha cambiado. No querrás que tus valerosos hijos te vean así, ¿verdad? Tu única posibilidad es ayudarnos a conseguir una nueva Era de los Titanes. A partir de ahora debes olvidar a tu antigua familia.

—Ahora nosotros somos tu familia —dijo Agamenón.

65

> Desde los tiempos de Aristóteles en la Vieja Tierra, la humanidad no ha dejado de buscar el conocimiento, que considera un beneficio para su especie. Pero hay excepciones, hay cosas que el hombre jamás debería aprender.
>
> RAYNA BUTLER, *Visiones verdaderas*

Era su misión en la vida. Rayna Butler no podía imaginarse ninguna otra cosa, ningún objetivo vital que pudiera compararse a aquello. Aquella mujer apasionada nunca se permitía pensar que nada era demasiado grande para ella. Desde hacía veinte años, había dedicado hasta su último aliento a exterminar los reductos de las avanzadas máquinas.

Cuando los Planetas Sincronizados fueron atacados durante la Gran Purga, Rayna y sus fanáticos decidieron completar el trabajo desde el interior de la Liga. No dejarían ni un pedazo de metal. Los humanos harían ellos mismos el trabajo, solucionarían ellos solos sus problemas.

Seguía teniendo la piel muy clara, sin pelo, y caminaba a la cabeza de una multitud cada vez mayor por las calles bordeadas de árboles de Zimia. Altos edificios que se elevaban sobre complejos monumentos declaraban con

tono desafiante la victoria de la humanidad tras un siglo de Yihad. Pero aún había mucho que hacer.

Rayna parecía endeble y desvalida, y sin embargo tenía un gran carisma. Una muchedumbre de cultistas la seguía entre murmullos, que iban subiendo de tono conforme se acercaban al edificio del Parlamento, su objetivo. A Rayna no le interesaban las extravagancias, a diferencia del Gran Patriarca. Era una devota sencilla, entregada a una causa sagrada. Había dirigido a sus seguidores, y les había ayudado a canalizar su entusiasmo para que siguieran a la reluciente y blanca visión de Serena.

A su espalda, su gente gritaba, coreaba, enarbolando estandartes y banderas con las imágenes de Serena y Manion el Inocente. Durante mucho tiempo, Rayna había rechazado los iconos y las figuras estilizadas a favor de una expresión más concreta de su misión. Pero al final acabó por comprender que todos aquellos seguidores tan brutalmente leales del Culto a Serena necesitaban su parafernalia. Y aceptó que portaran estandartes, siempre y cuando quedara suficiente gente para empuñar garrotes y armas y hacer los destrozos necesarios.

Así pues, en aquellos momentos, avanzaba por la amplia avenida, al frente de la chusma. De las calles laterales no dejaba de llegar gente; algunos solo eran curiosos, otros deseaban sinceramente unirse a la cruzada de Rayna. Después de tantos años de planificación, Rayna Butler podía por fin hacer realidad su sueño, allí en Salusa Secundus, el corazón de la Liga de Nobles y el mundo natal de su familia.

—Debemos seguir invalidando a todas las máquinas que piensan —gritó—. Los humanos debemos establecer nuestras propias normas. No las máquinas. El razonamiento depende de una programación, no de un hardware… y nosotros somos el programa último.

Pero antes de que pudiera acercarse más, un grupo de guardias con expresión nerviosa les cerró el paso ante el edificio del Parlamento. Los escudos personales de las tropas de seguridad brillaban y su zumbido se oyó perfectamente en medio del silencio que se hizo cuando Rayna se detuvo ante ellos. Sus seguidores se detuvieron también, conteniendo la respiración.

Un rugido furioso se elevó de la multitud de cultistas, provistos de porras y palancas, tan deseosos de destrozar a los no creyentes como a las máquinas. Los guardias, nerviosos, blancos de miedo, estaban visiblemente descontentos con aquella misión, pero siguieron órdenes.

Si Rayna decía a sus seguidores que se sacrificaran para demostrar algo, no habría suficientes soldados para impedir que la chusma enfervorecida siguiera avanzando. Pero los guardias de Zimia tenían armas ultramodernas, y muchas personas morirían si Rayna no encontraba la forma de resolver aquello. Cuadró los hombros y alzó su mentón pálido.

En medio del cordón de soldados, una burseg dio un paso al frente y se acercó a Rayna.

—Rayna Butler, mis soldados y yo hemos recibido la orden de cerrarte el paso. Por favor, di a tus seguidores que se dispersen.

Se oyeron murmullos furiosos entre los cultistas, y la oficial bajó la voz para que solo Rayna pudiera oírla.

—Quiero disculparme. Entiendo lo que haces… mis padres y mi hermana murieron durante la plaga demoníaca. Pero tengo órdenes.

Rayna la miró con intensidad, y vio que las palabras de aquella mujer eran sinceras, que tenía buen corazón, pero no dudaría en ordenar a las tropas que abrieran fuego. Por un momento, no contestó y estuvo barajando las posibilidades… luego dijo:

—Las máquinas ya han matado a bastante gente. No hay necesidad de que los humanos maten a otros humanos.

La burseg no ordenó a los soldados que bajaran las armas.

—Aun así, señora, no puedo permitir que paséis.

Rayna miró atrás, a la muchedumbre que abarrotaba las calles. Ella y sus seguidores habían estado en muchos mundos devastados en el pasado año, y habían vuelto hacía muy poco a la capital. A su espalda veía cientos, incluso miles de caras, y todas ellas odiaban a Omnius. Una señal suya y aquellos fanáticos harían picadillo a los soldados.

Pero no quería hacer eso.

—Esperad aquí, amigos —les dijo Rayna—. Antes de seguir, hay algo que debo hacer yo sola. —Y, con una sonrisa plácida, se volvió hacia la burseg—. Por el momento los puedo mantener a raya, pero debes escoltarme al interior del edificio del Parlamento. Solicito una audiencia privada con mi tío, el virrey interino.

Con cara de sorpresa, la burseg miró a sus compañeros y a la multitud… que seguía cantando, haciendo ondear estandartes, sujetando sus toscas armas. Con muy buen juicio, dio un paso atrás y asintió.

—Me ocuparé de ello. Sígueme, por favor.

Rayna había encabezado aquellas marchas destructivas contra las máquinas pensantes desde que era una niña, en Parmentier. Ahora tenía treinta y un años, y el Culto a Serena llevaba años consolidándose en torno a su figura, sobre todo desde que se supo que aquella mujer delgada de aspecto fantasmal y ojos ardientes era pariente de sangre de santa Serena Butler. El movimiento había ido adquiriendo fuerza e impulso, primero en los mundos asolados por la epidemia, y luego en todas partes.

La gente desanimada escuchaba su mensaje, veían el fuego de sus ojos… y creían. Su civilización ya estaba en ruinas y las diferentes poblaciones habían quedado diezmadas, y sin embargo Rayna les pedía que destruyeran todos los artículos y aparatos que podrían haberles ayudado a rehacer sus vidas. Pero los que habían sobrevivido eran los más fuertes de la especie, y bajo su poderoso liderazgo recogieron los pedazos con sus propias manos y reconstruyeron sus sociedades. El mensaje ardiente de Rayna les convencía y, a pesar de las dificultades, las multitudes gritaban y rezaban, invocando el nombre sagrado de Serena.

Cuando sus seguidores coreaban su nombre junto con el de los tres mártires, Rayna se enfadaba y trataba de disuadirlos. No quería que la vieran como una profeta o una aspirante a ningún trono. Cuando el Culto la ensalzaba y la declaraba la persona más grande desde santa Serena Butler, ella protestaba. En una ocasión, los elogios le produjeron cierto placer, así que se desnudó y estuvo toda la noche en lo alto de un tejado, aguantando el viento helado, suplicando perdón y una guía. Dejar que la convirtieran en una poderosa figura a la que todos seguían sin cuestionarla era algo peligroso.

Finalmente, la condujeron hasta los despachos del virrey interino Faykan Butler. Rayna sabía que su tío era un hábil político, así que entre los dos tendrían que negociar una solución apropiada. La joven no era tan ingenua como para pensar que podía pedir lo que quisiera, y tampoco quería poner a Faykan en la posición de tener que ordenar una matanza. Le daba miedo pensar lo que pasaría con su legado sagrado si se convertía en otra mártir como Serena.

Cuando las puertas se cerraron, Faykan abrazó a su sobrina y luego la apartó un poco para mirarla.

—Rayna, eres la hija de mi hermano. Te quiero muchísimo, pero causas muchos problemas.

—Y tengo intención de seguir causándolos. Mi mensaje es importante.

—¿Tu mensaje? —Faykan sonrió y volvió a su mesa, tras ofrecerle un refresco, que ella rechazó—. Tal vez, pero ¿quién oirá el mensaje entre tantos gritos y tantos destrozos?

—Debe hacerse, tío. —Rayna seguía de pie, aunque Faykan se sentó en su cómodo asiento de virrey—. Ya has visto lo que pueden hacer las máquinas. ¿Harás que tus tropas me detengan? Preferiría no tenerte como enemigo.

—Oh, no cuestiono tus objetivos. Pero no estoy de acuerdo con tus métodos. Tenemos que pensar en nuestra civilización.

—Hasta el momento mis métodos han funcionado muy bien.

El virrey interino suspiró y dio un largo trago a su bebida.

—Deja que te haga una propuesta. Al menos eso puedo hacerlo, ¿verdad?

Rayna permaneció en silencio, con escepticismo, aunque estaba dispuesta a escuchar las palabras de su tío.

—Aunque tu principal objetivo es eliminar a las máquinas pensantes, debes admitir que con frecuencia tus seguidores… se desmandan. Provocan una cantidad exagerada de daños colaterales. Mira a tu alrededor, aquí, en Zimia, mira cuántas cosas se han reconstruido después de los ataques de cimek y robots y de la llegada de las pirañas mecánicas. Estás en la capital de la Liga. No puedo permitir que tu chusma desordenada corra a sus anchas por las calles destrozando y quemándolo todo. —Cruzó los dedos, sin dejar de sonreír—. Así que, por favor, no me obligues a hacer algo que pueda perjudicar a nadie. No quiero tener que ordenar a mis soldados que abran fuego

contra tus seguidores. Incluso si me esfuerzo por causar el menor número de víctimas, seguirá siendo una matanza.

Rayna se puso rígida, pero sabía que Faykan tenía razón.

—Ninguno de los dos lo quiere.

—Entonces, ¿me permites que proponga una solución más duradera? Dejaré que difundas tu mensaje en Salusa. Puedes pedir a la gente que entregue sus máquinas y utensilios supuestamente corruptos. Incluso te permitiré hacer una gran ceremonia para destruirlos. ¡Con tanta gente como tú quieras! Pero cuando desfiles por las calles de Zimia, debes hacerlo de forma respetuosa.

—No todo el mundo entregará voluntariamente sus artículos de lujo. Las máquinas los han seducido y corrompido demasiado.

—Sí, pero muchos se dejarán llevar por el fervor que suscitas, jovencita. Y yo promoveré la creación de leyes que prohíban el desarrollo de cualquier aparato o circuito que recuerde ni remotamente los ordenadores de circuitos gelificados.

Rayna apretó la mandíbula y se inclinó sobre la mesa.

—He oído el mandamiento directamente de Dios: «No crearás una máquina a imagen y semejanza de la mente humana».

Faykan sonrió.

—Bien, bien. Podemos usar esas palabras en las leyes que promulgue.

—Habrá excepciones. La gente se resistirá a…

—Entonces les castigaremos —prometió Faykan—. Créeme, Rayna, haré lo que te digo. —Sus ojos se entrecerraron y su rostro adoptó una expresión calculadora —. Sin embargo, tú también puedes ayudarme a conseguir el poder que necesito para ello.

Rayna permaneció en silencio mientras Faykan se explicaba.

—Al inicio de esta Yihad, Serena Butler aceptó únicamente el título de virreina interina porque según ella no podía ostentar el título oficial hasta que las máquinas pensantes fueran destruidas. Sí, las máquinas siguen siendo una piedra en nuestro zapato, siguen en Corrin, pero la verdadera Yihad ya ha terminado. El enemigo ha sido derrotado. —Señaló a Rayna—. Y ahora, señorita, si tú me apoyas como sobrina y como líder del Culto a Serena, adoptaré el título de virrey de pleno derecho. Será un gran día para la humanidad.

—¿Y eso te permitirá aprobar leyes que prohíban la presencia de máquinas pensantes en toda la Liga? ¿Tú aplicarás esas leyes?

—Totalmente, sobre todo aquí, en Salusa —prometió—. Sin embargo, en los mundos de la Liga más primitivos, los que se encuentran en las fronteras, es posible que tú y los tuyos tengáis que continuar con vuestra misión como consideres más apropiado.

—Acepto tus términos, tío —dijo Rayna—. Pero te advierto una cosa… Si no cumples tu promesa, volveré… con mi ejército.

66

No todo es lo que parece.

DOCTOR MOHANDAS SUK, diarios médicos

—Me temo que tendremos que ir haciendo pruebas a voleo —dijo el doctor Suk con la voz distorsionada por el amplificador de su traje anticontaminación. Había bajado personalmente desde su laboratorio orbital en el *Recovery*, y estaba con Raquella bajo las estrellas, en la pista de aterrizaje polimerizada ante la ciudad de cuevas—. No tenemos elección. Casi el sesenta por ciento de los afectados morirá, incluso si consumen melange.

Raquella estaba ante él, valientemente, sin otra protección que un respirador. La mujer miró sus ojos oscuros y húmedos, y pensó en todas las cosas que los unían, en el amor y la amistad que había entre ellos. En aquellos momentos estaban separados por una capa fina e infranqueable de tejido anticontaminación. Raquella nunca había estado tan expuesta; al lado de la epidemia de Rossak la plaga original parecía una simple prueba.

Con una mano enguantada, el doctor le tendió un contenedor transparente con diez viales de vacunas.

—Son variantes de los tratamientos que hemos utilizado contra el virus. Puede que algunas funcionen… y que otras

resulten fatales.

Raquella frunció los labios y asintió.

—Entonces espero que funcionen.

—Analizar este retrovirus es como tratar de solucionar un asesinato con mil millones de sospechosos —dijo—. Por lo que he visto en las pruebas, esta mutación oculta la información genética de su ADN. Estoy buscando patrones, tratando de trazar el mapa de genomas y proyectar los componentes estadísticamente probables del virus basándome en las pruebas que tenemos. La molécula de melange ya no es tan efectiva como antes bloqueando los receptores.

Raquella vio preocupación en sus ojos marrones y compasivos. Parte de su espeso pelo negro se había soltado bajo el casco y le daba un aire descuidado. Le dieron ganas de abrazarle.

Mohandas no había sido capaz de desarrollar una técnica viable de terapia genética, pero seguía intentándolo. Aparte del consumo preventivo de melange, que frenaba en parte la capacidad del retro-virus de transformar las hormonas del organismo en el nocivo compuesto X, el único tratamiento parcialmente efectivo implicaba el filtrado de la sangre mediante aparatos de diálisis modificados. Al igual que la cepa anterior del virus, ésta se instalaba en el hígado. Y sin embargo el lento y complicado tratamiento de diálisis no permitía eliminar las toxinas con la misma rapidez con que el cuerpo del enfermo las producía.

Sin dejar de mirarse, él y Raquella hablaron de las vacunas de prueba. Un vial era de un azul intenso y profundo, como los ojos de un adicto a la especia. Mohandas la miraba con intensidad y anhelo desde detrás del panel protector de su casco. Parecía querer decir tantas cosas…

—¿Ya tomas suficiente melange para protegerte? Una nave de VenKee acaba de llegar de Kolhar.

—Sí, pero la especia no garantiza la inmunidad, ya lo sabes. Procuro ir con cuidado.

Pero él no parecía convencido.

—No estarás dando tu ración de especia a otros pacientes, ¿verdad?

—Tomo la suficiente, Mohandas. —Levantó el contenedor con los viales de las vacunas—. Me pondré a trabajar con esto enseguida. Tengo que decidir quién lo necesita más.

Durante días, llevando un cuidadoso registro en archivos de plaz-circuito, Raquella estuvo administrando las vacunas de prueba con ayuda de Nortie Vandego y la hechicera Karee Marques, que aún estaba sana. Era una terrible ironía, pero las hechiceras más poderosas parecían más vulnerables a aquella variante del retrovirus que la población de a pie de Rossak.

Mientras trabajaba, Raquella reparó en un joven extraño que la observaba de lejos con una curiosidad infantil. Le había visto otras veces, limpiando en silencio las salas, o llevando comida y provisiones para los médicos.

Raquella sabía que en Rossak los mutágenos y los contaminantes químicos del medio provocaban defectos congénitos, deformidades y diferentes grados de retraso mental, sobre todo entre los varones. Karee se dio cuenta del interés de Raquella por aquel joven curioso y callado.

—Es Jimmak Tero, uno de los hijos de Ticia… aunque evidentemente ella no lo quiere por sus defectos. Dice que su sitio está entre los Defectuosos.

El joven vio que miraba en su dirección y se fue enseguida, sonrojándose. Raquella dio un suspiro.

—Me sorprende que no lo matara al nacer. ¿Será que después de todo Ticia Cenva tiene corazón?

—Estoy segura de que tenía otros motivos —dijo Karee con una débil sonrisa.

Raquella le hizo señas a Jimmak para que se acercara, hablándole con voz dulce y seductora.

—Ven, Jimmak, puedes ayudarme.

Él se acercó tímidamente, mirándola con sus ojos azules redondos e inquisitivos. Parecía feliz porque había pedido su ayuda.

—¿Qué necesita, señora doctora? —Sus palabras eran vacilantes, y la pronunciación descuidada.

—¿Señora doctora? —Raquella sonrió, y trató de adivinar su edad. Quince o dieciséis años tal vez—. ¿Podrías traernos agua para beber de la máquina depuradora? Nortie y yo hemos trabajado tanto que hace horas que no bebemos nada.

Él miró con nerviosismo a su alrededor, como si temiera estar haciendo algo malo.

—¿Quiere comer? Puedo traer comida de la selva. Sé dónde encontrarla.

—Por ahora solo agua. Más tarde tal vez. —Y enseguida vio que aquello le complacía muchísimo.

Tras administrar las vacunas de prueba, Raquella hizo análisis de sangre rutinarios para comprobar la eficacia de cada tratamiento, pero los resultados fueron decepcionantes. Ninguna de las curas potenciales del doctor Suk parecía prometer.

Muchos pacientes estaban conectados a hileras de saturados aparatos para filtrar la sangre, tubos mediante los que se les extraía la sangre de las venas para eliminar de ella el compuesto X y volverla a introducir en sus cuerpos. Pero los hígados infectados seguían produciendo el mortífero compuesto, y los pacientes volvían a necesitar

aquel proceso modificado de diálisis al cabo de unas pocas horas. No había ni de lejos máquinas suficientes.

Raquella vio a Ticia Cenva caminando entre las filas de pacientes. Cogía las historias de plazcircuito y les echaba una ojeada mientras hablaba con rapidez con otras dos hechiceras. Parecía nerviosa, como si le costara controlar el miedo.

—Tu medicina no es mejor que las oraciones de los cultistas —dijo con tono despectivo—. Una pérdida de tiempo.

Raquella no respondió a la provocación. Ya se sentía bastante culpable sin necesidad de que la hechicera suprema la pinchara.

—Mejor intentarlo que quedarse cruzado de brazos viendo cómo la naturaleza sigue su curso. Si los humanos no lucháramos contra la adversidad, todos seríamos esclavos de Omnius.

Ticia le sonrió con aire de superioridad.

—Sí, luchamos muy bien.

Furiosa, Raquella se puso las manos en las caderas.

—La HuMed nos mandó aquí porque solas no podíais controlar la plaga.

—Nosotras no os pedimos que vinierais. La HuMed nos obligó a recibiros. Aquí no hacéis nada de provecho… en realidad, las cosas han empeorado desde que llegasteis. Cuenta los muertos. —Su voz estaba cuajada de irritación y tensión—. Quizá trajisteis una nueva cepa con vosotros. O quizá vuestras supuestas curas están ayudando a extender la epidemia.

—Eso es una superstición ridícula —dijo Raquella—. Si vuestros métodos son mejores, ¿cómo es que están muriendo tantas hechiceras?

Ticia retrocedió como si la acabara de abofetear.

—Solo mueren las más débiles. A estas alturas las más fuertes ya podrían haber resuelto el problema. —Y con esto, ella y sus acompañantes se fueron.

Jimmak ya había vuelto y llevaba una bandeja con agua y piezas sueltas de frutos y setas recién cogidos, pero se arrimó a una de las paredes de piedra y esperó allí encogido hasta que su madre se fue. De todos modos, Ticia no había reparado en él. En cambio, cuando Raquella le sonrió, Jimmak se acercó corriendo y le enseñó sus regalos: pequeños frutos oscuros y vellosos, un gran melón amarillo, y una cosa con forma de pera y de un color negro verdoso muy poco apetecible.

—A mí me gustan estos —dijo el chico señalando los pequeños frutos vellosos—. En la selva las llamamos rosetas.

Raquella cogió la fruta.

—Lo guardaré para después. Tienen un aspecto delicioso. —No se fiaba de nada que viniera de la selva.

Jimmak bajó la voz con tono conspirador.

—A mi madre no le gusta la señora doctora.

—Lo sé. Piensa que este no es mi sitio. Pero yo solo intento ayudar.

—Yo puedo ayudar —dijo Jimmak con el rostro iluminado, sin aliento—. En la selva hay cosas que hacen que la gente esté bien.

—Qué interesante. —Conocía las drogas y los productos de uso farmacéutico que los trabajadores de VenKee recogían en la selva—. Algún día podrías enseñármelo.

En los días siguientes, Raquella y su joven amigo pasaron más tiempo juntos; ella hasta empezó a probar las cosas que él le traía de la selva después de lavarlas cuidadosamente. Jimmak poseía una inteligencia extraña y

salvaje que al principio Raquella no supo entender. Era un paria que había tenido que aprender a espabilarse solo en la selva. Al final, Raquella empezó a preguntarse si el joven no tendría interesantes soluciones para ella… Ninguna de las poderosas hechiceras se tomaba a aquel joven defectuoso en serio, pero Raquella estaba desesperada.

Agotada y desanimada por su falta de progresos, a veces Raquella se tomaba un descanso y salía a caminar con Jimmak por los senderos que atravesaban la densa y exuberante vegetación de la selva. En particular, hubo un camino que la dejó maravillada, porque el sol se colaba entre la bóveda de vegetación y en el suelo la luz formaba una especie de arco iris cuyos colores cambiaban con el movimiento de los árboles.

—No noto viento —dijo Raquella—. Y no veo cómo el viento podría llegar aquí abajo. Pero esos árboles de ahí se mueven, y hacen que los colores cambien.

—Los árboles están vivos —dijo Jimmak—. Y con el sol hacen esos colores para mí. A veces hablo con ellos. —Un arco iris parpadeó ante él y luego pareció cambiar y se transformó en una bola prismática que despedía colores. Luego apareció otra bola, y otra. Riendo, Jimmak hizo malabarismos con las tres bolas en sus manos, lanzando una lluvia de colores a su alrededor, hasta que desaparecieron en la bóveda.

Raquella estaba asombrada, y quiso preguntar, pero Jimmak no dijo más.

—Hay muchos secretos en la selva. —Cuanto más insistía ella, más reservado se mostraba él. Así que decidió dejar el asunto, por el momento.

Jimmak le enseñó a Raquella setas grandes como estanques, extraños líquenes, frutos del bosque que se movían por sí mismos. Siempre andaba por las zonas más escondidas de la selva, cogiendo plantas curiosas y hojas

para que ella las estudiara, e incluso le explicaba algunas de sus propiedades medicinales, que había aprendido ayudando a los buscadores de VenKee.

Sin embargo, la selva de Rossak no tenía ninguna cura mágica para combatir la epidemia en el planeta, y la gente siguió muriendo.

67

> Si nadie recuerda las cosas increíbles que he logrado, entonces por lo que se refiere a la Historia, ¿las habré hecho realmente? Por lo visto, la única solución es conseguir algo espectacular o provocar algo que ninguna versión de la Historia pueda obviar.
>
> YOREK THURR, diarios secretos de Corrin

Sí, quizá las máquinas pensantes tenían una paciencia infinita, pero Yorek Thurr no. Aquel exilio de Corrin no se acababa nunca. Y, aunque su vida se había prolongado de forma artificial, le ponía malo perder el tiempo —¡décadas!— escondido sin hacer nada tras la barrera defensiva de las naves de máquinas y humanos.

A diferencia de Omnius y Erasmo, que podían esperar tranquilamente hasta que los hrethgir se cansaran, y de Rekur Van, que ya no tenía extremidades y no podía ir a ninguna parte, Thurr dedicaba todas sus energías a buscar una forma de salir… aunque fuera él solo, sin ninguno de sus aliados informáticos.

Bajo el deslumbrante sol rojo que ocupaba la mitad del cielo como una inmensa hoguera, Thurr caminaba junto a Seurat, con una protección especial para los ojos. El capitán robot había servido a Omnius durante décadas y había estado muy próximo a Vorian Atreides. Y, lo más importante,

había sido prisionero de Agamenón durante más de medio siglo.

—Bueno, explícame con más detalle cómo escapaste de los titanes —dijo Thurr.

El robot lo miró con curiosidad.

—Puedes acceder a mis archivos cuando quieras para un examen completo, Yorek Thurr. ¿Te interesa especialmente el tema?

Thurr entrecerró los ojos.

—Me gustaría escapar de aquí, y tus ideas a lo mejor me ayudan. ¿No estás deseando escapar de Corrin? Fuiste diseñado para pilotar una nave de actualización y viajar siempre entre los diferentes Planetas Sincronizados… y sin embargo hace veinte años que no sales de aquí. Incluso para un robot tiene que ser una pesadilla.

—Puesto que ya no hay Planetas Sincronizados, los viajes de actualización son innecesarios —dijo Seurat—. Y cumplí con mi última misión al traer a Corrin una copia de la esfera de Omnius después de que los humanos aniquilaran casi todos los Planetas Sincronizados.

—Yo también traje una copia de Omnius —dijo Thurr—. Pero eso no me produce ninguna satisfacción.

El rostro cobrizo de Seurat seguía igual de plácido.

—Cuando Omnius decida cómo aprovechar mejor mis capacidades, recibiré nuevas instrucciones.

—Los humanos no somos tan… complacientes.

—Lo sé. Mis experiencias con Vorian Atreides me lo enseñaron. —La voz de Seurat casi sonaba melancólica—. ¿Sabes algún chiste?

—Que tenga gracia no.

Thurr revisó los detallados registros de la huida de Seurat, de cómo había escapado de Richese delante de las narices de los cimek. Para lograrlo hizo falta la distracción de un ataque exterior. Quizá algo parecido le serviría.

Por suerte, la inmensa barrera de las máquinas había sido pensada para mantener a la Liga a raya, no para impedir que alguien como, pongamos él mismo, saliera. Y a su cerebro la red descodificadora no podía hacerle daño. Su principal obstáculo sería encontrar algo que los distrajera lo suficiente para permitir que él se escabullera en una nave veloz. Y, desde que habían desplegado sus devoradores mecánicos, seguro que estaban mucho más atentos.

Pero, en cuanto lograra salir al espacio abierto otra vez, las posibilidades serían mucho mayores.

Valía la pena pensarlo. Al menos él tenía todo el tiempo del mundo para meditar las posibilidades, para planificar y ensayar las acciones que quería emprender.

Thurr entró en una cámara lateral de la ciudadela central, pasando de largo ante galerías con una ornamentación ridículamente extravagante. El Omnius Primero estaba completamente integrado en los circuitos gelificados y la estructura de metal líquido de aquel edificio monolítico. Sin embargo, dentro estaban guardadas las otras dos encarnaciones de la supermente: la esfera que Seurat había traído y la que entregó él mismo cuando huyó de Wallach IX.

Las encarnaciones de la supermente debían ser prácticamente idénticas, pero al contrario de lo que tenía por costumbre, Omnius se negó a sincronizar las otras dos actualizaciones consigo mismo. Las tenía aisladas, como si temiera que contuvieran algún virus secreto y destructivo como el que Seurat había entregado hacía tanto tiempo. Él mismo había trampeado con frecuencia con el Omnius de Wallach IX para mantener sus actividades poco limpias en secreto. No creía haber provocado ningún daño, pero siempre cabía esa posibilidad.

Así pues, las dos copias, ligeramente desfasadas, conservaban su identidad independiente. Ingenuamente, la supermente principal creía que, puesto que las tres encarnaciones se encontraban juntas y presumiblemente estaban viviendo los mismos acontecimientos, no seguirían desviándose. En cambio Thurr estaba convencido de que aquel trío cada vez se distanciaba más.

En realidad, eso esperaba, porque podía jugar en su favor.

Cuando accedió a la copia de la supermente que él había traído de Wallach IX, se puso ante el circuito de escucha y trató de hablar lo más razonablemente posible.

—Corrin sigue enfrentándose a una seria amenaza. Está claro que es un desafío demasiado grande para la capacidad de procesamiento del Omnius Primero.

—Yo soy idéntico al Omnius Primero —dijo la supermente.

—Eres equivalente a él en capacidad y talento. Pero ya no sois idénticos. Si los dos os aplicarais al problema en paralelo, habría el doble de capacidad mental envuelta. Los hrethgir no tendrían nada que hacer. Los dos tenéis acceso a los mismos sistemas aquí en la ciudadela central. Mientras el Omnius Primero mantiene una defensa infranqueable, recomiendo que tú planifiques una nueva ofensiva contra la flota de vigilancia de los humanos. Ciertamente, tenemos naves de sobra en órbita.

—Se ha producido un desgaste significativo, y eso fuerza en exceso la capacidad de Corrin de reponer sus efectivos. Nuestras naves han emprendido numerosas ofensivas, pero no podemos franquear la barrera descodificadora. ¿Qué podemos conseguir con un nuevo intento?

Thurr suspiró con impaciencia. Aunque la supermente contaba con cantidades ingentes de información, tenía muy poca vista… como la mayoría de las máquinas pensantes.

—Si todas nuestras naves se lanzaran a abrir una brecha en las defensas de los hrethgir, sin importar cuántas hagan falta para desconectar la red descodificadora, eso nos permitiría enviar nuevas copias de Omnius al espacio. Las supermentes podrían propagarse y las máquinas pensantes recuperaríais los Planetas Sincronizados o al menos estableceríais nuevas bases en otros planetas. Como semillas sobre suelo fértil. Pero eso solo pasará si pueden salir… si tú consigues abrir un agujero lo bastante grande en la barrera. —Sonrió—. En cambio, mientras sigas atrapado aquí, si los hrethgir consiguen abrir aunque sea una pequeña brecha y lanzar sus ojivas nucleares de impulsos, estarás en una posición muy vulnerable. Por tanto, es fundamental que las supermentes se dispersen, que se propaguen, que sobrevivan.

—Interactuaré y discutiré este asunto con el Omnius Primero. Tal vez sea un plan viable.

Thurr meneó la cabeza, y se llevó las manos a las caderas para ajustarse el cinturón y su daga enjoyada.

—Eso significaría sacrificar tu independencia, que en estos momentos es la única ventaja que tenemos. ¿No sería mejor demostrar inequívocamente al Omnius Primero que tienes ideas innovadoras que él no ha tenido en cuenta? Cuando vea que tus ataques tienen éxito, el Omnius Primero no podrá negar tu valor como unidad separada.

La copia de Wallach IX consideró lo que le había dicho y tomó una decisión.

—He analizado los patrones de las fuerzas de vigilancia del enemigo y he calculado el mejor momento para lanzar una contraofensiva inesperada a gran escala, diferente de las que hemos emprendido hasta ahora. El momento óptimo se producirá dentro de nueve horas.

—Excelente —dijo Thurr, moviendo la cabeza arriba y abajo. Se habría ido corriendo a sus habitaciones, pero no

se atrevió a demostrar su impaciencia, aunque dudaba que la supermente fuera capaz de distinguir esos matices tan simples en los humanos. Nueve horas. Se conformó con caminar deprisa. Tenía muchísimas cosas que preparar.

Cuando el sorpresivo ataque empezó, los robots que estaban en la superficie reaccionaron tan sorprendidos y asustados como las naves humanas que vigilaban en la órbita del planeta. La ciudadela central se convulsionó y perdió su integridad porque la atención del Omnius Primero se desvió a otras cosas, y la estructura de la torre de metal líquido empezó a flaquear.

De pronto, un contingente de defensas robóticas activó sus armas, modificó su configuración y se lanzó de cabeza contra las naves centinelas de los humanos. Pero incluso eso se parecía a lo que habían hecho muchas otras veces en las dos pasadas décadas. Deteniéndose justo en el interior de la zona de alcance de la red de satélites descodificadores, lanzaron un enjambre de misiles contra las naves humanas y siguieron avanzando. Los satélites Holtzman descargaron sus mortíferos impulsos, y las minas descodificadoras apuntaron a las naves robóticas, eliminado sus controles con facilidad. Pero mientras los cascos de las naves inutilizadas se amontonaban en el espacio, no dejaban de llegar más y más de aquellas naves. Varias incluso lograron pasar por las brechas que se iban abriendo en la red descodificadora.

Thurr lo había concebido solo como una maniobra de distracción, inútil y destructiva, pero por un momento casi pareció que funcionaría.

En cuanto se inició el ataque sorpresa y las fuerzas de los hrethgir se concentraron en defenderse, Thurr corrió a la zona de despegue. Escogió la nave de actualización en la

que Seurat había llegado a Corrin en medio de la Gran Purga. Estaba bien conservada, era rápida, tenía unas defensas decentes, armas rudimentarias y un mínimo sistema de soporte vital que él había hecho instalar años antes… en previsión de lo que pudiera pasar. Era exactamente lo que necesitaba.

La nave estaba preparada para viajar, y no había vigilancia. Thurr ya había estudiado sus controles y sabía que podía pilotarla. Había cogido solo las provisiones justas, porque temía que, si llenaba demasiado la nave, sus propósitos serían evidentes. Sólo necesitaba comida y aire suficiente para llegar a otro planeta.

Mientras en órbita la batalla seguía, y las naves de la Liga y de Omnius se atacaban entre sí, Thurr activó la rampa de acceso y subió a toda prisa.

Dentro, se encontró con Erasmo y su pupilo humano, que le estaban esperando.

—¿Lo ves, Gilbertus? Mi interpretación del extraño comportamiento de Yorek Thurr era correcta. Pretende abandonarnos.

Thurr estaba boquiabierto.

—¿Qué hacéis aquí?

Gilbertus Albans permanecía a un lado, y asintió.

—Sí, padre. Conoce muy bien la naturaleza humana. Los indicios eran sutiles, pero en cuanto me los señaló, vi que tenía razón. Thurr ha creado una distracción en órbita para robar esta nave y escapar.

—Admiro tu acto de desesperación. —El rostro de metal líquido formó una sonrisa—. Pero en este caso tengo que poner en duda tu buen juicio.

—Es mi decisión —dijo Thurr suspirando—. Cuando la Liga decida atar los cabos que dejó sueltos, Corrin estará condenado. Las máquinas también tendríais que estar buscando una forma de escapar. Tú, Erasmo, has tenido que

enfrentarte muchas veces a las amenazas de Omnius cuando trata de reescribir tu personalidad. Y nunca aprende. —Sonriendo, Thurr se acercó al robot, ataviado con su túnica—. ¿Por qué no me acompañáis tú y tu pupilo? Podemos irnos lejos de Corrin y dejar nuestra propia huella en la galaxia. La Historia no nos olvidará.

—Las máquinas pensantes conservan archivos exactos de todos los acontecimientos —dijo Erasmo—. Haga lo que haga la Historia no me olvidará.

Thurr se acercó otro paso.

—Pero ¿es que no ves la lógica tan hermosa de mi plan? Esta nave podría escabullirse con facilidad y atravesar la barrera de los hrethgir. Podemos escapar. En realidad, otras naves de actualización podrían aprovechar la ocasión y salvar otras esferas de Omnius. Los Planetas Sincronizados podrían volver a extenderse.

—Es una posibilidad. Sin embargo, he calculado las posibilidades que tendría de éxito y son inaceptablemente bajas. Incluso si separo mi memoria informática y la protejo mediante un grueso blindaje, es posible que no sobreviva al atravesar la red descodificadora. No me arriesgaré, sobre todo si eso significa dejar solo a Gilbertus.

Thurr se movió como una serpiente que ataca. Se había acercado para concentrar la atención del robot sobre su persona, pero en realidad su intención era acuchillar al vulnerable humano. Con un veloz movimiento, sacó la daga ceremonial de su cinturón y saltó hacia la izquierda, cogiendo por el cuello al sorprendido Gilbertus. Thurr clavó la rodilla en la zona lumbar del hombre, se pasó la daga al otro lado y apretó la punta contra su yugular.

—Entonces me temo que tendré que influir en tu decisión de una forma más… humana. Si no me dejas escapar antes de que sea demasiado tarde, lo mato. Lo digo en serio.

Thurr apretó más el cuchillo. Gilbertus estaba paralizado, tenso, con los músculos flexionados, preparándose para poner en práctica todos sus años de entrenamiento. Erasmo se dio cuenta de que pensaba luchar, arriesgando su vida.

—¡Espera, Gilbertus! —dijo amplificando la voz—. Te prohíbo que te arriesgues. Te haría daño.

—Desde luego que sí —dijo Thurr con una extraña sonrisa. Por un momento, Gilbertus vaciló, y luego se relajó, aceptando los deseos del robot.

—No deseamos acompañarte —dijo Erasmo. El rostro de metal líquido del robot se convirtió en una máscara completamente lisa. Como si lo moviera el instinto, adoptó una expresión preocupada, luego recuperó su expresión neutra—. Si le matas, no permitiré que escapes. Quizá soy incapaz de una acción vengativa, pero he invertido mucho tiempo y esfuerzo en Gilbertus Albans. Si haces daño a mi espécimen, no dudes que te exterminaré.

Estaban en un punto muerto. Thurr no se movió. El rostro del robot pasó por una letanía de expresiones que había aprendido.

Gilbertus miraba el rostro pulido de Erasmo buscando seguridad, esperando obviamente que el robot independiente le salvara.

—Este hombre me resulta perturbador, padre. Estoy haciendo un esfuerzo extraordinario para mantener mis pensamientos organizados, y sin embargo él parece…

Erasmo terminó la frase por él.

—¿El caos personificado?

—Una afirmación muy apropiada —dijo Gilbertus.

—Si sueltas a Gilbertus y prometes que no le harás daño —propuso finalmente el robot—, permitiremos que te vayas solo en esta nave. Puede que consigas huir o puede que te maten. Pero ya no será asunto nuestro.

Thurr no se movió.

—¿Cómo sé que no mientes? Podrías ordenar a todas las fuerzas robóticas que se volvieran contra mí y me eliminaran antes de que tenga tiempo de llegar a órbita.

—Después de tanta práctica y estudio podría mentir, sí —reconoció Erasmo—, pero he decidido no hacer ese esfuerzo. Mi oferta es auténtica. Si bien discrepo de tus motivos y tus planes, no arriesgaré la vida de Gilbertus solo para detenerte. Me importa poco si escapas de Corrin. Son las circunstancias las que han obligado a que permanezcas aquí, no una orden de Omnius.

Thurr consideró las palabras del robot, pensando, pensando. No tenía mucho tiempo. No sabía cuánto tiempo seguirían atacando las fuerzas robóticas antes de que el Omnius Primero recuperara el control.

—¿Y tú qué dices? —susurró con voz ronca al oído de su cautivo—. Podría llevarte como rehén.

—Si Erasmo te ha dado su palabra, puedes confiar en él. —La voz de Gilbertus era tranquila.

—¿Que confíe en Erasmo? No creo que muchos hayan dicho eso en la historia de los Planetas Sincronizados. Pero de acuerdo. —Relajó el brazo con que lo tenía sujeto, solo un poco—. Erasmo, sal de la nave. En cuanto te apartes de la rampa de acceso dejaré marchar a Gilbertus. Luego los dos os vais y yo despego. Y no hace falta que nos volvamos a ver.

—¿Cómo sé que no le matarás? —preguntó Erasmo.

Thurr rio entre dientes.

—Para ser un robot aprendes deprisa. Pero corre… o se nos estropea el invento.

El robot salió haciendo ondear su lujosa túnica después de mirar una última vez a Gilbertus, y bajó por la rampa. Thurr consideró la posibilidad de asesinar a su rehén de todos modos, solo para demostrarle al robot lo caprichosos que pueden ser los humanos. El impulso era fuerte, pero se

contuvo. Con eso no conseguiría nada, y Erasmo se habría puesto en su contra. Las fuerzas militares de tierra podían derribarle fácilmente. No valía la pena arriesgarse.

Le dio a su prisionero una fuerte sacudida que le hizo trastabillar. Mientras Gilbertus corría a la pista para reunirse con el robot independiente, Thurr cerró la escotilla y se sentó ante los controles.

Gilbertus y Erasmo vieron alejarse la nave.

—Podía haber evitado que huyera, padre, y sin embargo ha preferido salvarme. ¿Por qué?

—A pesar de lo valioso que fue en otro tiempo, Yorek Thurr ya no nos sirve de nada. Además, es alarmantemente impredecible, incluso para lo que son los humanos. —Por un momento, Erasmo calló—. Calculé las consecuencias y decidí que este resultado era el mejor. Para mí es inaceptable que resultes herido. —De pronto, el robot vio una motita roja de un pequeño corte en el cuello de Gilbertus—. Estás herido. Ha derramado tu sangre.

El hombre se tocó la herida, miró la pequeña gota carmesí de su dedo y se encogió de hombros.

—Es insignificante.

—Ninguna herida es insignificante, Gilbertus. A partir de ahora tendré que vigilarte más de cerca. Te mantendré a salvo. —Y yo le mantendré a usted a salvo, padre.

68

El universo es un campo de juego de la improvisación. No sigue ningún patrón externo.

NORMA CENVA, revelaciones traducidas por Adrien Venport

Encerrada en el depósito lleno de especia, Norma descubrió que no había fronteras. Ya no había nada concreto, y la sensación —estimulante, increíble— le resultaba totalmente natural. Unas simples paredes no podían contenerla. No había salido de aquella cámara desde hacía días, y sin embargo había realizado un increíble viaje de descubrimientos.

Todo un espectro de capacidades poco corrientes aparecían y desaparecían en su mente, como burbujas que quedaban en su mayor parte fuera de su control, como si algún dios las estuviera desplegando para que las examinara, mostrándole un extenso abanico de asombrosas posibilidades.

Podía ver a Adrien de lejos, como un ángel benevolente, mientras realizaba su trabajo absorbente y complejo para VenKee Enterprises. Inteligente, capaz, visionario… una auténtica síntesis entre ella y Aurelius.

En aquellos momentos, desde el exterior del depósito, respirando aire normal, Adrien miró por las paredes de plaz.

Estaba tratando de ver a su madre, de asegurarse de que seguía con vida. Norma sabía que estaba muy preocupado, que no entendía por qué se negaba a salir de la cámara, por qué no comía ni respondía… y por qué su aspecto físico estaba cambiando de aquella forma. Cuando tuviera un momento, le enviaría alguna señal para tranquilizarle, se comunicaría con él, aunque cada vez se le hacía más difícil dedicar su energía a ese tipo de cosas. Y explicar lo que le estaba pasando… no solo a Adrien, sino a todo el mundo, a todos menos a sí misma.

Manejando los controles con sus dedos extrañamente elásticos —sus manos habían empezado a… ¿palmearse?—, siguió llenando el habitáculo de gas especia, en concentraciones más y más altas. Los vapores remolineaban a su alrededor, como una sopa naranja con un potente olor a canela.

Mientras su mente se hacía cada vez más fuerte, más grande y más dominante, el resto de su cuerpo se atrofiaba. La transformación siguió por extraños caminos… el torso, los brazos y las piernas se marchitaban, mientras que el cerebro aumentaba de tamaño. Curiosamente, el cráneo no actuó como constrictor; también crecía.

Sus ropas se habían desprendido del cuerpo a causa del deterioro provocado por las elevadas concentraciones de melange. Pero Norma ya no necesitaba ropa. Su nuevo cuerpo era liso y asexuado, poco más que un contenedor para su mente en expansión.

Estaba sentada sobre el cojín que había llevado consigo, pero ya no percibía las cosas que la rodeaban. Algunas funciones físicas normales cesaron: ya no necesitaba comer, beber, ni eliminar desechos.

Consciente de que su hijo estaba tratando de verla, Norma se inclinó hacia la pared de plaz. Podía intuir su presencia, sus pensamientos, sus preocupaciones. Notó los

ojos entrecerrados, las pupilas dilatadas, las líneas de preocupación que se marcaban en la frente y en torno a la boca, como si las hubiera pintado un maestro de la pintura. Una fina película de sudor cubría su frente.

Sabía reconocer cada una de las expresiones faciales de su hijo, que empezaron a recordarle conversaciones que habían mantenido en el pasado. En su mente en expansión, Norma catalogó su relación completa. Reuniendo los datos de sus interacciones, unía los pensamientos pasados que su hijo le había expresado en palabras con la expresión de su rostro al hablar.

Ah. Ahora comprendía. Adrien se estaba preguntando qué podía hacer para ayudarla. Junto a él había tres asistentes, y Norma podía leerles los labios. Querían entrar en la cámara por la fuerza para que Norma recibiera asistencia médica. Adrien les escuchaba, pero aún no había accedido a hacer nada.

«Confía en mí. Sé lo que estoy haciendo».

Pero él no podía oír sus pensamientos. Adrien Venport estaba dividido, indeciso… algo poco habitual en él.

En su ensoñación de especia, Norma se fijó en las sutiles señales de su porte, el brillo de sus ojos, la curvatura de su boca. ¿Estaba recordando una antigua conversación? Sus propias palabras regresaron a ella. «La melange incrementará mi presciencia y me permitirá a mí y a quienes me sigan dirigir con exactitud las naves que pliegan el espacio. Puedo anticipar un peligro antes de que aparezca, y evitarlo. Es la única manera de responder con la suficiente rapidez. Los motores Holtzman ya no serán un medio poco seguro de viajar con rapidez por el espacio. Esto lo cambiará… todo.

»Tengo la llave del universo. Pero debes dejarme acabar».

Norma trató de recordar cómo controlar su rostro, de adoptar su expresión más tranquila y serena. Necesitaba darle a Adrien la impresión de que lo tenía todo bajo control. Cuando trató de hablar, sus palabras le sonaron como si vibraran a través de un medio denso como el agua.

—Aquí es donde quiero estar, hijo mío. A cada momento que pasa me acerco más a mi objetivo, al estado de perfección que debo alcanzar para dirigir nuestras naves con seguridad. No te preocupes por mí, confía en mi visión.

Pero la cámara de especia no tenía sistema de megafonía —un descuido imperdonable— y su hijo no la oía bien. A pesar de ello, esperaba que captaría la idea. Adrien casi siempre se las arreglaba para entenderla.

Sin embargo, también era lógico y pragmático. Sabía perfectamente el tiempo que hacía que Norma no comía ni bebía. Por más que tratara de tranquilizarlo, por más que le hubiera dicho antes de entrar en el depósito, estaría preocupado. Y aun así, vacilaba, porque confiaba en el genio de su madre… hasta cierto punto.

Evidentemente, sus musculosos asistentes querían sacarla de allí a la fuerza. Llevaban pesadas herramientas para desmantelar o abrir a golpes el depósito. Varios médicos ya habían declarado que era imposible que Norma sobreviviera tanto tiempo sin comer ni beber. Una vez más, su madre había conseguido cosas que nadie creía posibles.

Pero no sin pagar un precio. Mientras la miraba a través de la pared transparente, vio lo mucho que había cambiado su cuerpo, las extremas alteraciones a las que su forma física se había visto sometida. Ya no era humana.

Aparentemente, Adrien se sintió alarmado por lo que vio en la cara de su madre. Con una profunda desidia, hizo una señal a los tres asistentes, que levantaron sus pesadas herramientas. Si rompían las paredes de plaz, todo el gas de especia escaparía, y seguramente los mataría, y la sofocaría

a ella. Detrás de los asistentes, a través de las paredes empañadas de la cámara, vio a los especialistas médicos que esperaban con su equipo de soporte vital.

Antes de que pudieran moverse, Norma levantó sus brazos como palillos para detenerlos. Si cometían aquel acto tan absurdo, arrojarían el brillante futuro del programa para plegar el espacio a un caos irreparable.

Analizó los pensamientos de Adrien. Sí, su hijo había tomado su decisión convencido de que haciendo aquello la salvaría. Norma lo miró, suplicándole en silencio, tratando de hacerle entender. Luego, cuando Adrien la miró una última vez, vio que de pronto sus músculos faciales se relajaban, como cuando de pronto se hace la calma en un mar tempestuoso.

Su dedo índice, fibroso y malformado, rozó la superficie de plaz, tocando el polvo de melange apelmazado. Tratando de recordar métodos más primitivos de comunicación, Norma movió el dedo y trazó una marca en la superficie. Líneas rectas, ángulos precisos, curvas, una elipse. Una única palabra.

NO.

Y evidentemente Adrien vio algo en los ojos agrandados y azul especia de su madre, que le miraba a través de la gruesa barrera… una conciencia fantasmal e hipnótica. En silencio, mostrando una suprema confianza en su visión, Norma apremió a su hijo con la esperanza de que entendiera. Tenía que confiar en ella. «No me molestes. Estoy a salvo. Dejadme».

Cuando los hombres estaban a punto de golpear, Adrien les ordenó que se detuvieran. Su rostro patricio era una máscara de incertidumbre y emociones encontradas. Los médicos intentaron hacerle cambiar de opinión, pero él los echó. Y entonces se puso a llorar.

—Espero estar haciendo lo correcto —dijo a través del plaz, y ella le entendió perfectamente.

«Sí, lo estás haciendo».

69

De El'hiim se dice que ni quiere a su padre ni a su padrastro, y que es desleal con su gente.

Comentario hecho por un anciano
zensuní llegado a través de terceros

Era su última oportunidad de salvar al hombre al que había criado como un hijo. Le había pedido, prácticamente le había suplicado que lo acompañara en una peregrinación a lo más profundo del desierto, el Tanzerouft.

—En una ocasión, hace mucho tiempo, te salvé de los escorpiones —dijo finalmente Ishmael, detestándose por tener que recurrir a una antigua deuda.

El'hiim pareció molesto por el recuerdo.

—Era un alocado, no tomé precauciones, y tú estuviste a punto de morir por las picaduras.

—Estarás a salvo conmigo. Cuando un hombre sabe vivir con el desierto, no debe temer lo que este tiene que ofrecerle.

Finalmente, el hombre más joven capituló.

—Recuerdo las veces que has venido conmigo a otros poblados y a Arrakis City, aunque sé lo mucho que te desagradan esos lugares. Yo puedo hacer el mismo sacrificio por mi padrastro. Hace mucho tiempo que no vivo en carne

propia la vida dura y simple de los forajidos que seguían a Selim Montagusanos.

A sus compañeros les dio la impresión de que El'hiim solo le estaba tomando el pelo al anciano. Sus seguidores, rebosantes de líquidos, con sus extrañas y coloridas ropas, hicieron chistes y le desearon a El'hiim que se divirtiera.

Pero Ishmael notó la incertidumbre y hasta un destello de miedo en los ojos del naib. «Eso es bueno».

Hacía décadas que El'hiim había olvidado cómo respetar al desierto. Por muchos lujos que los zensuníes compraran a los mercaderes extraplanetarios, allí Shai-Hulud seguía siendo el soberano indiscutible. El Viejo Hombre del Desierto tenía poca paciencia con aquellos que se burlaban de las leyes religiosas.

El'hiim dejó instrucciones a sus lugartenientes. Su salida con Ishmael se prolongaría varios días, durante los cuales los zensuníes del poblado seguirían proporcionando especia a los mercaderes de VenKee o a los extraplanetarios que ofrecieran el mejor precio. Aunque parecía muy vieja, Chamal seguía dirigiendo a la mayoría de las mujeres del poblado de cuevas y se encargaría de que todos cumplían con sus tareas. Besó la mejilla seca y curtida de su padre.

Ishmael no dijo nada, y se limitó a mirar con aire anhelante a la vasta y serena extensión de dunas. Los dos hombres partieron. Cuando bajo la luz de la luna llegaron abajo, a la extensión de arenas abiertas, se volvió hacia su hijastro.

—Llama a un gusano, El'hiim.

El naib vaciló.

—No quisiera quitarte ese honor, Ishmael.

—¿Eres incapaz de hacer lo que convirtió en leyenda a tu padre? ¿El hijo de Selim Montagusanos tiene miedo de llamar a Shai-Hulud?

El'hiim dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—Sabes que eso no es verdad. He llamado a muchos gusanos.

—De eso hace mucho tiempo. Hazlo ahora. Es un paso necesario en nuestro viaje.

Ishmael observó cómo El'hiim clavaba el tambor con un extremo en punta y lo golpeaba con su martillo rítmico. Estudió cada uno de sus movimientos, cómo sacaba las herramientas y se preparaba para enfrentarse al monstruo. Sus acciones eran rápidas pero bruscas, se notaba que estaba nervioso. Ishmael no le criticó, sino que se preparó para ayudarle si algo iba mal.

Incluso para un maestro, convocar a un gusano entrañaba peligro, y El'hiim casi había olvidado cómo vivir con peligro. Su viaje le recordaría eso y muchas otras cosas.

Cuando la bestia sinuosa llegó, lo hizo acompañada del siseo furioso de la arena y un olor intenso y fuerte.

—¡Es muy grande, Ishmael! —El entusiasmo y la reverencia de su voz casi ahogaron su miedo. Bien.

El gusano se levantó sobre la arena y El'hiim corrió hacia delante, totalmente concentrado. Ishmael también arrojó sus ganchos y sus cuerdas, y trepó, ayudando al naib en la captura. Este no pareció darse cuenta de hasta qué punto era Ishmael el que lo hizo todo, e Ishmael tampoco lo dijo.

Entusiasmado, El'hiim se instaló sobre el lomo del gusano y miró al anciano, que se había sentado a su lado.

—¿Adónde vamos? —Parecía estar recordando sus días de juventud. Por fin.

Con sus largos cabellos grises flotando a su espalda, Ishmael señaló hacia el horizonte llano y oscuro.

—A lo más hondo del desierto, donde podamos estar solos y a salvo.

El gusano se deslizó sobre las dunas, comiendo terreno mientras pasaba la noche. En un primer momento, Selim Montagusanos había llevado a su banda de forajidos a las

zonas más desoladoras del desierto para ocultarse, y Marha los había llevado más lejos aún. Pero desde la muerte del Montagusanos, la mayoría de sus seguidores habían perdido sus objetivos, tentados por las comodidades y la vida fácil. Los asentamientos que antaño estuvieron aislados volvían a acercarse a las ciudades dispersas.

Después de haber sacrificado su vida para que su leyenda se recordara eternamente, Selim se habría sentido muy decepcionado de haber sabido que su influencia había decaído tanto en una sola generación. Ishmael, como primer naib después del legendario fundador, había hecho lo posible por continuar con la misión de Selim, pero cuando pasó el mando al hijo de Selim, sintió que todo lo que habían logrado se escurría entre sus dedos callosos.

Los dos hombres cabalgaron a lomos del poderoso gusano hasta el amanecer, luego cogieron sus mochilas y se apearon cerca de un grupo de rocas donde podrían resguardarse durante el día. Mientras corría para encontrar un lugar donde estirar sus esterillas para dormir y levantar la lona reflectante, El'hiim miró con cierta inquietud a aquel entorno tan austero.

Cuando estaba sentado con su padrastro bajo el calor del sol cada vez más intenso, El'hiim meneó la cabeza.

—Si antes vivíamos sin más comodidades que estas, anciano Ishmael, entonces nuestra gente ha progresado mucho. —Estiró el brazo para tocar la roca dura y áspera.

Ishmael le miró, con sus agudos ojos de azul sobre azul.

—No creo que entiendas realmente hasta qué punto ha cambiado Arrakis en estos años, sobre todo en las dos pasadas décadas, desde que el Gran Patriarca abrió nuestro planeta a las hordas de buscadores de especia. Por toda la Liga, la gente consume melange, nuestra melange, en grandes cantidades, con la esperanza de que les proteja de

la enfermedad y les ayude a conservarse jóvenes. —Profirió un sonido disgustado.

—Pero no debes cerrar los ojos a los beneficios que eso nos ha reportado —señaló El'hiim—. Ahora tenemos comida. Nuestra gente vive más. Los medicamentos de la Liga han curado numerosas enfermedades que se llevaban innecesariamente a los nuestros… como mi madre.

Ishmael sintió una punzada al recordar a Marha.

—Tu madre tomó su decisión, la única decisión honorable.

—¡E innecesaria! —El'hiim lo miró furioso—. ¡Está muerta por tu obstinación!

—Está muerta porque le había llegado la hora. Su enfermedad era incurable.

El hombre más joven arrojó una piedra lleno de rabia.

—Los primitivos métodos zensuníes y las supersticiones no podían salvarla, pero seguro que cualquier médico decente de Arrakis City habría podido hacer algo. Hay tratamientos, medicamentos llegados de Rossak y otros sitios. ¡Al menos habría tenido una oportunidad!

—¡Marha no quería esa clase de oportunidad! —dijo Ishmael alterado. Él también había sentido una pena enorme al ver que su esposa se moría, pero Marha había dedicado su vida a la filosofía y los objetivos de Selim Montagusanos—. Habría sido una forma de traicionarla.

Durante largo rato, El'hiim permaneció en silencio, cavilando.

—Esas creencias son solo una parte de la gran muralla que nos separa, Ishmael. No había necesidad de que muriera, pero su orgullo y tu insistencia en respetar las costumbres la mataron tan seguro como su enfermedad.

Ishmael suavizó el tono.

—La añoro tanto como tú. Si la hubiéramos llevado a Arrakis City tal vez habría vivido unos años más conectada a

alguna máquina. Pero si Marha hubiera vendido su alma por un poco de comodidad, no sería la mujer a la que yo amaba.

—Pero seguiría siendo mi madre —dijo El'hiim—. A mi padre ni siquiera le conocí.

Ishmael frunció el ceño.

—Pero has escuchado muchas historias sobre él. Deberías conocerlo tan bien como si te hubieras pasado la vida a su lado.

—Eso son solo leyendas, historias que lo convierten en héroe o en profeta, o incluso en un dios. Yo no me creo esas tonterías.

Ishmael arrugó la frente.

—Tendrías que ser capaz de reconocer una verdad cuando la oyes.

—¿Verdad? Descubrir la verdad es más difícil que cribar el polvo de melange de la arena.

Durante un buen rato estuvieron sentados en silencio, y entonces, en un gesto de tregua, Ishmael volvió a contar la historia de su vida en Poritrin. Se apartó del grandioso mito del Montagusanos, y habló solo de cosas que podía decir con total seguridad que eran ciertas.

Durante varios días, convivieron relativamente bien. Era evidente que a El'hiim no le gustaba la dureza del entorno, pero se esforzaba. E Ishmael valoraba su esfuerzo. Le recordó a su hijastro tiempos pasados y costumbres que El'hiim había dejado de seguir hacía ya mucho. Cómo encontrar comida y líquido, cómo construir un refugio, cómo predecir el tiempo por el olor del aire y el viento. Le habló de diferentes tipos de arena y polvo, de cómo se movían y cambiaban.

Aunque El'hiim sabía aquellas cosas desde siempre, parecía escuchar.

—Te olvidas de la técnica de supervivencia más importante —dijo el naib—. Sé cauto y no te permitas llegar

a una situación tan apurada.

Durante aquellos pocos días, Ishmael volvió a sentirse joven. El desierto era silencioso, y no vio por ningún lado la tara de los buscadores entrometidos. Cuando finalmente decidieron regresar a uno de los poblados de las rocas, el anciano se sentía como si hubiera un nuevo vínculo entre ellos.

Cogieron otro gusano, y se dirigieron a la vertiente sur de la Muralla Escudo, donde había otro asentamiento de los antiguos forajidos. Allí vivían algunos miembros de la extensa familia de Chamal, junto con los descendientes de los refugiados llegados de Poritrin. El'hiim también tenía amigos allí, aunque normalmente utilizaba medios de transporte más normales para llegar. Los dos hombres dejaron el gusano para avanzar por la arena e ir siguiendo la muralla de roca a pie, acompañados por las largas sombras del atardecer.

Sin embargo, cuando se acercaban al campamento de cuevas, El'hiim e Ishmael notaron el olor a humo y a cuerpos quemados. Con una creciente sensación de urgencia, Ishmael corrió por el terreno rocoso, entre los restos aún humeantes de lo que habían sido casas y posesiones. El'hiim le siguió horrorizado. Cuando entraron en las cuevas donde antes vivían pacíficos zensuníes, los dos se quedaron mirando, mareados.

Ishmael oía los gemidos de los supervivientes, y encontró a algunos niños y unas pocas ancianas llorando junto a los cadáveres de los ancianos. Se habían llevado a todos los jóvenes sanos, hombres y mujeres.

—Esclavistas —dijo Ishmael escupiendo la palabra—. Sabían exactamente dónde encontrar el asentamiento.

—Vinieron con muchas armas —dijo una mujer acuclillada sobre el cuerpo desmembrado de su marido—. Les conocíamos. Y hasta reconocimos a algunos. Ellos…

Ishmael se dio la vuelta, porque notó que la bilis le subía a la garganta. El'hiim, mareado ante tanto horror, fue dando tumbos por las diferentes cámaras, y encontró a algunos niños que habían sobrevivido al ataque. Cuando Ishmael los vio, pensó en Harmonthep, cuando él mismo era niño.

Su respiración era agitada, pero no encontró ningún insulto lo bastante fuerte para expresar lo que sentía. El'hiim volvió, pestañeando, con una extraña expresión en el rostro. Había cogido un trozo de tela en el que aparecía un intrincado dibujo de colores.

—Los esclavistas se han llevado a sus heridos y sus muertos, pero se dejaron esto. Está hecho en Zanbar, sin duda, este diseño es típico de allí.

Ishmael entrecerró los ojos frente al viento caliente.

—¿Y sabes eso solo con mirar ese trozo sucio de tela?

—Hay que saber mirar. —El'hiim frunció el ceño—. En Arrakis City algunos vendedores tienen diseños parecidos, pero este viene de Zanbar. —Agitó la tela—. Sin ninguna duda. Nadie puede conseguir este color exacto. Rojo Zanbar. Y ahí fuera he visto las marcas que dejó la nave atacante. La configuración es muy parecida a la de los nuevos vehículos aéreos de Zanbar. Los buscadores las han importado.

Ishmael se preguntó si el naib no estaría tratando de demostrar su sabiduría.

—¿Y de qué nos sirve saber eso? ¿Vamos a atacar Zanbar?

El'hiim meneó la cabeza.

—No, pero significa que sé exactamente quién ha hecho esto y dónde suelen plantar su campamento.

70

El dios de la ciencia puede ser muy cruel.

TLALOC, *La hora de los Titanes*

Agamenón sentía que la conversión de su candidato a cimek iba bien. Con la ayuda de Juno y Dante había ideado un complejo proyecto para doblegar la mente y las lealtades de Quentin Butler. Luego volverían a reconstruirlas como les conviniera.

Todo un desafío, aunque al general le resultaba fascinante.

Con cierta vergüenza, Agamenón comprendió que se había vuelto demasiado laxo en sus ambiciones… igual que aquellos necios del Imperio Antiguo a quienes él y el visionario Tlaloc derrocaron. Los neocimek habían empezado a extenderse por los Planetas Sincronizados aniquilados, sí, pero la gloria de esas conquistas no era más que una ilusión absurda y autocomplaciente. Los nuevos neos salían de entre los cautivos más aceptables que encontraban en los planetas abandonados, y casi siempre eran voluntarios, entusiasmados ante la perspectiva de tener poderosos cuerpos mecánicos y unas vidas más extensas.

En cambio, Quentin Butler era otra historia. Agamenón conocía las hazañas del primero por lo que había oído explicar a sus espías en la Liga de Nobles. Aquel oficial sería una importante baza para sus planes… si lograban convencerle para que cooperara. El general sabía que, si cedía demasiado pronto, tal vez los resultados no serían tan valiosos. «Quizá nos tome cierto tiempo».

Mediante la cuidadosa manipulación de la información sensorial que recibía y los estímulos directos a sus centros de dolor y su córtex visual, habían alterado completamente su sentido del tiempo y el equilibrio. Agamenón se cebaba en sus dudas, Dante le proporcionaba datos falsos y Juno trataba de engatusarle, haciendo el papel de la seductora y la comprensiva cuando el primero se sentía perdido o solo.

Ahora era un cerebro sin cuerpo en un contenedor de conservación, y estaba totalmente a merced de los titanes. En los laboratorios de electrolíquido, los neos-subordinados añadían productos químicos a la solución que bañaba el cerebro de Quentin y de ese modo incrementaban su desorientación y aceleraban sus procesos mentales. Para él cada noche se hacía eterna. A duras penas recordaba quién era, y la línea que separaba sus recuerdos reales de la información falsa era muy imprecisa. Un complejo sistema de lavado de cerebro en el sentido más puro y más literal.

—Pero ¿para qué me queréis? —le había gritado a Agamenón la última vez que le conectaron el sintetizador de voz—. Si vuestro nuevo imperio es tan glorioso y tenéis decenas de miles de voluntarios neocimek, ¿por qué perder el tiempo con alguien tan poco predispuesto como yo? Jamás defenderé vuestra causa.

—Eres un Butler, un premio muy valioso —replicó Agamenón—. Los otros voluntarios crecieron en cautividad, sometidos bajo el yugo de las máquinas o domesticados por

la política de la Liga. En cambio, tú eres un comandante militar y un experto en táctica. Podrías sernos muy útil.

—No os daré nada.

—El tiempo lo dirá. Y nosotros de eso tenemos mucho.

El general titán se llevó a Quentin a una expedición por los llanos helados. Los dos iban provistos de una forma móvil nueva y robusta, y subieron por encima de la línea del glaciar, a un terreno elevado desde donde podían contemplar las torres medio enterradas de la antigua base de los pensadores.

—No hay necesidad de que humanos y cimek seamos enemigos mortales —dijo Agamenón—. Ahora que Omnius está atrapado en Corrin, tenemos más territorio del que necesitaremos jamás, y una gran cantidad de voluntarios para reponer nuestras filas.

—Yo no soy voluntario —comentó Quentin.

—Tú eres… eres una excepción en muchos sentidos.

Agamenón llevaba puesta una forma móvil bípeda, y caminaba, como hiciera en su día con su antigua y casi olvidada forma humana. Aquella forma mecánica requería equilibrio y pericia, y Agamenón se sentía como un gladiador robótico gigante. Quentin, que no era tan diestro ni mucho menos, llevaba un vehículo móvil que se desplazaba aparatosamente sobre unas anchas orugas y requería muy poca coordinación. Los cristales de nieve volaban a su alrededor bajo la eterna luz crepuscular de Hessra, aunque si querían, los dos podían adaptar sus fibras ópticas para aumentar la sensibilidad a la luz del entorno.

—Antes me gustaba salir de paseo —dijo Quentin—. Me gustaba estirar las piernas. Nunca podré volver a disfrutar de ese placer.

—Podemos simularlo en tu cerebro. O buscarte una forma móvil que te permita cubrir largas distancias con cada paso, que te permita desplazarte por el mar, o volar. Ni

punto de comparación con las limitaciones físicas con las que has vivido hasta ahora.

—Si no eres capaz de entender la diferencia, es que has olvidado muchas cosas en este milenio, general.

—Hay que aceptar los cambios y adaptarse. Y, dado que ya no puedes volver atrás, piensa en las oportunidades que tendrás. En la Liga ocupaste una posición importante, pero el final se veía venir. Habías solicitado una excedencia, pero sabías perfectamente que jamás volverías a luchar. Así que ya no tendrás que pensar en retirarte. Nosotros te daremos una segunda oportunidad. Si nos ayudas a reforzar nuestro nuevo imperio, asegurarás la paz y la estabilidad en toda la galaxia. Omnius ya no es importante, y los humanos y los cimek deben aprender a tolerarse. Tú podrías ser un valiosísimo intermediario. ¿Hay alguien más capacitado para esta misión? Con nosotros podrías lograr una paz más duradera de lo que conseguiste jamás al frente de una flota de guerra de la Yihad.

—Dudo de tus motivaciones.

—Puedes cuestionar lo que quieras, siempre y cuando seas objetivo y estés dispuesto a escuchar la verdad.

Quentin pensaba, en silencio.

—En nuestros laboratorios de Richese y Bela Tegeuse estamos diseñando nuevas formas de combate… únicamente para protegernos, por supuesto. Aunque jamás se nos ocurriría lanzar nuestras fuerzas contra el formidable ejército de la Humanidad, hemos de estar preparados para defendernos.

—Si no hubierais causado tanto dolor y sufrimiento nadie en la Liga querría atacaros.

—Por el bien de la civilización, debemos olvidar el pasado y borrar viejos rencores. Empezar de cero. Vaticino que, un día, los cimek y la Liga cooperarán en una relación mutuamente beneficiosa.

Quentin trató de proferir una risa, pero aún no le había cogido el truco.

—Antes se extinguirán las estrellas. Tu propio hijo, Vorian Atreides, jamás aceptará la paz contigo.

Agamenón calló unos instantes, furioso.

—Aún albergo esperanzas con respecto a él. Quizá algún día Vorian y yo haremos ciertas concesiones y nos perdonaremos el uno al otro, y entonces tal vez podrá haber una paz con el resto de la humanidad. Pero de momento las circunstancias nos obligan a desarrollar nuevas defensas. Dado que los escudos Holtzman nos impiden arrojar proyectiles contra las naves humanas, hemos construido armas láser. Espero que los haces de luz de alta energía sean más efectivos.

Quentin, metido en aquella forma tractora, vaciló.

—Nadie ha utilizado el láser desde hace siglos. No es prudente.

—Bueno, pero ¿por qué no probar? Al menos no se lo esperan.

—No, no tendríais que utilizarlo.

Intuyendo un miedo y una reticencia poco habituales en su prisionero, el titán insistió.

—¿Hay algo que yo ignore sobre el láser después de tantos milenios? No asustan a nadie.

—Han… su ineficacia se ha demostrado sobradamente. Será una pérdida de tiempo.

Agamenón estaba intrigado, pero no insistió. Tendría que sacarle la respuesta a la fuerza, no importa la forma de manipulación o tortura que hiciera falta.

Cuando retiraron el contenedor cerebral de Quentin de la forma móvil y volvieron a colocarlo en la maquinaria de conservación, Juno se puso manos a la obra y desactivó sus

sensores temporales para desorientarlo. Le inyectó diferentes sustancias químicas y se dedicó a enviar impulsos a sus centros de dolor y de placer. Hicieron falta cinco días, pero finalmente Quentin dejó salir lo que sabía sin ser siquiera consciente.

Según la información del primero, solo un puñado de oficiales del más alto rango del ejército de la Humanidad sabían que la interacción entre los escudos Holtzman y los rayos láser provocaba una enorme explosión de retroalimentación muy parecida a una detonación nuclear. Y, puesto que hacía siglos que no se utilizaban armas láser en el combate activo, las posibilidades de que los dos elementos coincidieran casualmente eran muy bajas.

Los titanes quedaron muy sorprendidos cuando supieron de aquel punto débil que la Liga había ocultado tan celosamente durante toda la Yihad. Agamenón estaba deseando explotarlo.

—Esto nos permitirá avanzar significativamente hacia nuestro sueño de expansión y conquista.

De los titanes que quedaban, Dante era el más metódico y eficiente, así que Agamenón lo mandó en una misión para verificar aquella sorprendente información. El titán partió con una fuerza de combate desde los Planetas Sincronizados reconquistados y lanzó una serie de ataques de provocación contra colonias de hrethgir que aún no se habían recuperado plenamente tras la plaga de Omnius.

Desde la época de la Gran Purga, Agamenón había pensado y planificado mucho y había mandado a entusiastas neos a estudiar los planetas más próximos para que descubrieran sus puntos débiles y determinaran cuáles podrían ceder más fácilmente al dominio de unos pocos cimek dominantes. La Liga misma seguía sin acabar de levantar cabeza, y el comercio interestelar y los

mecanismos de aplicación de las leyes interplanetarias estaban muy deteriorados.

Muchos de aquellos planetas estaban allí, esperando a que los cogieran, como fruta madura.

—Tu objetivo es doble, Dante —le había dicho el general —. Necesitamos un enfrentamiento directo con naves hrethgir dotadas de escudos. Con un solo ataque con láser sabremos si hemos descubierto un secreto valioso.

—Y si conquistas una docena de mundos nuevos antes de que se den cuenta de lo que hacemos, ¡tanto mejor! —dijo Juno con una risa simulada complacida.

Así pues, Dante partió con sus naves y sus neos entusiastas, que estaban deseando aplastar a los insignificantes humanos bajo sus patas mecánicas. Las exploraciones y los mapas estelares les habían permitido señalar los mejores objetivos. Las naves mecanizadas golpearon los pequeños asentamientos como martillos desde el cielo… Relicon, al-Dhifar, Juzzubal. Los humanos no tenían defensas efectivas, y suplicaron piedad a los cimek. Pero Agamenón no había dicho nada de tener piedad. Eso sí, en cada ocasión Dante se aseguraba de dejar que escaparan una o dos naves para que alguien pudiera alertar al ejército de la Humanidad y lograr que mandaran unas pocas naves al rescate.

En los mundos que aplastaron con mayor facilidad, Dante dejó una fuerza de neos para establecer la base de su nuevo dominio y expandir su imperio. Los neos tendrían rienda suelta como dictadores en cada planeta, reunirían voluntarios desesperados entre la población quebrantada y los convertirían en nuevos neos para ampliar sus filas. Dante sabía que el general estaría satisfecho con la conquista de tantos territorios nuevos.

Y lo más importante, seguía esperando que aparecieran jabalinas y ballestas para poder realizar su experimento con

los escudos y el láser. Pero Agamenón le había advertido:

—Si mi hijo Vorian está al frente de alguna de las naves, no debes destruirle… destrúyelos a todos, pero a él no.

—Sí, general. Tiene que pagar por muchas cosas. Entiendo perfectamente que quiera ocuparse de él personalmente.

—Es eso, sí… y aún no he perdido del todo la esperanza. Como aliado, ¿no sería incluso mejor que Quentin Butler?

—Temo que no logremos convertir a ninguno de los dos, general.

—Los titanes hemos salido airosos de muchas tareas imposibles, Dante. ¿Qué significa una más?

Finalmente, tras arrasar otras dos pequeñas colonias, cuando se dirigían hacia una tercera, Dante y sus naves de guerra neocimek toparon con dos nuevos modelos de ballestas y cinco jabalinas que llegaron a toda prisa para defender las colonias caídas.

Después de desafiar a los comandantes humanos y asegurarse de que Vorian Atreides no estaba al mando, Dante ordenó a sus fanáticos neos que formaran una barrera defensiva. Era evidente que los humanos les superaban en número, y aun así Dante ordenó lanzar varias andanadas de proyectiles que chocaron contra el pesado blindaje de la flota humana.

Obviamente, los comandantes de la Liga ordenaron activar los escudos Holtzman. En cuanto sus sensores le indicaron que los yihadíes habían tenido el detalle de cumplir —sin saberlo— las condiciones para su experimento, Dante dio orden a sus neocimek para que prepararan los láser y los envió a ellos delante. Él se quedó a cierta distancia para ver mejor.

Los láser no eran especialmente potentes y, en circunstancias normales, aquellos disparos no habrían hecho ningún daño.

Pero Dante, que seguía lejos de la zona de combate, no quedó decepcionado. En absoluto.

Al chocar contra los escudos, el láser desató una cadena de detonaciones seudoatómicas. En cuestión de segundos, las naves de la flota humana habían desaparecido, una tras otra, en una sucesión deslumbrante de explosiones.

Sin embargo, el *feedback* de la interacción láser-escudo fue tan intenso que la mayor parte de los neos también desaparecieron. Sus naves se desintegraron de forma instantánea, con lo que los dos bandos quedaron aniquilados simultáneamente.

El resplandor fue tan intenso que fue como si un nuevo sol hubiera salido sobre el planeta que los hrethgir trataban de defender. Luego, conforme el vapor y la energía se propagaban por el frío espacio, el resplandor se fue apagando. Para Dante y los pocos neos que sobrevivieron, el espectáculo había valido la pena.

Agamenón estaba muy satisfecho. Dado que ningún humano había salido con vida de la batalla, sus altos mandos no tenían forma de saber que los cimek habían descubierto su punto débil.

—¡Estamos en un momento decisivo! Incluso siendo tan pocos, podemos causar grandes estragos entre los hrethgir. Nuestro objetivo está a nuestro alcance.

Los términos del conflicto habían cambiado, y el general sospechaba que él y su hijo se verían las caras antes de que aquello acabara.

71

> La ciencia está perdida en sus propios mitos, y redobla sus esfuerzos cada vez que olvida su objetivo.
>
> KREFTER BRAHN, asesor especial de la Yihad

El retrovirus mutado se propagaba como un humo venenoso por las cuevas de Rossak. Los métodos habituales de protección resultaban ineficaces, los sistemas de esterilización fallaban, y ni siquiera las fuertes dosis de melange garantizaban la inmunidad. Más de tres cuartos de la población acabaron infectados, y de estos la mayoría murió.

Raquella Berto-Anirul y el doctor Mohandas Suk se sentían desbordados y sus esfuerzos por combatir la enfermedad no daban ningún resultado.

Hasta el momento, ninguna de las vacunas creadas por el médico había funcionado, y la epidemia seguía arrasando en las cuevas comunitarias, cebándose con los pocos miembros que quedaban sanos entre la población.

Todos los días Raquella trabajaba hasta bien entrada la noche en las madrigueras abarrotadas que hacían las veces de salas de hospital. Cada cama, cada espacio libre que quedaba en las plantas estaba ocupado por hombres, niños y hechiceras enfermos. Tomando su dosis diaria de la

especia que VenKee les hacía llegar, Raquella llevaba su cuerpo hasta el límite. Y, aunque tenía puesto un respirador y protección ocular estériles, la miasma de la enfermedad y el gemido continuo de los que sufrían y morían eran una carga constante sobre su alma. Pero Raquella estaba decidida a derrotar al virus.

En años anteriores, los yihadíes y las hechiceras se habían lanzado sin vacilar contra objetivos imposibles, combatiendo enjambres de máquinas pensantes sin pensar en su propia supervivencia. Raquella no podía ser menos, y luchaba a su manera. «La victoria a cualquier precio».

Jimmak Tero seguía a Raquella como una mascota torpe pero voluntariosa, deseando ayudar. Cada día le llevaba comida que recogía en la selva: fruta plateada, hongos cubiertos de pelusilla, bayas cargadas de jugo. En una ocasión, le preparó una extraña infusión de hierbas ácidas que le dejó un regusto extraño en la boca, pero Jimmak parecía especialmente orgulloso, y la miró con aquella sonrisa suya simplona y amplia y los ojos brillantes.

Después de un día espantoso y sofocante, con otra docena de pacientes muertos bajo su responsabilidad, Raquella se sentía física y emocionalmente agotada. Uno de los muertos era un bebé prematuro al que habían separado de la madre cuando esta sucumbió a la epidemia. Raquella era la única enfermera que había en la sala, y en aquel momento se sentó en el frío suelo de piedra y se echó a llorar.

Se enjugó las lágrimas, tratando de encontrar fuerzas para continuar. Se sentía acalorada, mareada, y trató de ponerse de pie… pero estuvo a punto de perder el equilibrio. Esperó un instante para recuperar el aliento, pensando que tal vez se había levantado demasiado deprisa, pero su desazón aumentaba, y se sintió como si cayera…

—¿Está bien, señora doctora?

Raquella levantó la vista al rostro redondo y preocupado de Jimmak. La tenía sujeta por los hombros.

—Me he desmayado… estoy muy cansada. Tendría que comer más, tomar otra dosis de especia…

Entonces Raquella se dio cuenta de que estaba en una cama, conectada a tubos de alimentación y sondas. ¿Cuánto tiempo había pasado? Se tocó el brazo, y reconoció los tubos de diálisis que habían ayudado un tanto a los pacientes más graves de la nueva plaga.

Su ayudante, Nortie Vandego, estaba muy cerca, comprobando el equipo. Vandego la miró con expresión sombría, y en sus ojos oscuros Raquella percibió un destello de miedo.

—Acaba de terminar el primer tratamiento de depuración sanguínea. Hemos frenado el avance del compuesto X antes de que afectara al hígado, pero… está infectada. Le he dado una dosis adicional de melange.

Raquella meneó la cabeza.

—Nortie, tendrías que estar con otros pacientes, no conmigo…

La ayudante le puso una mano en el hombro y la obligó a echarse.

—Ahora usted es la paciente, merece la misma atención que ha dedicado a los otros.

Raquella sabía que si estaba infectada sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. Sacó fuerzas de flaqueza.

—Quizá no es más que una reacción alérgica a los alimentos de la selva que he comido. Me he descuidado demasiado y necesito descansar.

—Seguramente es eso. Ahora descanse.

Pero Raquella conocía aquel tono demasiado bien: era el mismo que le había oído utilizar para tranquilizar a los moribundos.

Dos días más tarde, también Nortie Vandego cayó enferma y fue trasladada a una sala diferente. La tarea de atender a Raquella recayó sobre Karee Marques, una hechicera menuda que le administró una serie de productos farmacéuticos y tratamientos nuevos, como si Raquella fuera una cobaya más. A Raquella no le importaba, aunque estaba convencida de que si alguien podía encontrar una cura ese era Mohandas. ¿Sabía siquiera que estaba enferma?

En las cavernas, las noches eran profundas y negras. Sonidos opresivos y misteriosos llegaban de la densa jungla. Raquella estaba medio dormida a causa del cóctel de medicamentos que le habían hecho tomar, y de pronto oyó una voz furiosa y estridente muy cerca. Cuando entreabrió los ojos vio que era Ticia Cenva, que estaba reprendiendo a Karee y le decía que fuera a cuidar de otros pacientes.

—Deja que se muera. No es de las nuestras, y seguramente al entrometerse lo único que ha conseguido ha sido empeorar las cosas.

—¿Empeorarlas? Se ha dejado la vida por ayudarnos.

—¿Y cómo sabemos si realmente ha salvado a alguien? La epidemia sólo se llevará a los más débiles —insistió Ticia con una voz dura como una armadura y un destello salvaje en la mirada. La hechicera suprema parecía cada vez más débil, menos entera—. La plaga acabará con los menos aptos de la especie y hará a las hechiceras más fuertes.

—O nos matará a todos.

Mientras trataba de combatir sus dolores, el cansancio, las náuseas, Raquella se concentró en una parte de la conversación. «Creen que me estoy muriendo. —Un extraño pensamiento para una doctora, una sanadora—. Quizá tienen razón». Había visto lo suficiente para saber lo que le

esperaba, aunque se sentía profundamente decepcionada por no haber podido acabar su trabajo.

Pero su cuerpo no se rindió tan fácilmente. Durante días estuvo luchando contra la enfermedad, tratando de seguir consciente, de vivir. Tras los primeros tratamientos, no volvieron a conectarla a los aparatos para purificar su sangre, y sabía que el compuesto X estaría multiplicándose con rapidez. Tenía la piel amarillenta, cubierta de lesiones; y siempre tenía mucha sed.

Las hechiceras la habían dado por perdida y la dejaron a su suerte.

Solo Jimmak se molestaba en seguir cuidándola. Se sentaba a su lado y le limpiaba el sudor de la frente con un paño fresco. Le hacía beber aquel té amargo suyo, le daba trocitos de fruta, y la tapó con una manta para que estuviera mejor. En una ocasión a Raquella hasta le pareció ver a Mohandas, pero fue una alucinación provocada por la fiebre. ¿Cuándo fue la última vez que habían hablado… que se habían tocado?

La plaga de Rossak ya hacía una eternidad que duraba.

Raquella recordó otros tiempos en los que ella y Mohandas habían tenido intimidad y tranquilidad, en los que tuvieron tiempo de amarse como personas normales. Añoraba la dulzura de su sonrisa, la calidez de sus brazos, los debates apasionantes que mantenían como compañeros de trabajo.

—¿Cómo está Nortie? —le preguntó a Jimmak en un breve momento de lucidez—. Mi ayudante. ¿Dónde está?

—La señora alta muerta. Lo siento. —Raquella no podía creerlo. Las sábanas de su cama estaban húmedas y de pronto aquel joven lerdo se inclinó sobre ella. Su rostro amplio estaba lleno de determinación—. Pero la señora doctora no se muere.

Jimmak se escabulló y regresó con una camilla suspensora que se usaba para llevarse los cuerpos de los fallecidos. Jimmak la hizo avanzar ante él, como si supiera lo que hacía. Maniobró con la plataforma y la hizo descender junto a la cama de Raquella.

—¿Jimmak? ¿Qué haces? —Raquella trataba de centrar sus pensamientos.

—Ahora yo doctor. —Con manos fuertes, Jimmak la empujó sobre la plataforma, y luego metió ropa, toallas y una manta en un compartimiento que había debajo.

—¿Adónde... adónde me llevas?

—La selva. Aquí nadie cuida de usted. —Y empujó la camilla flotante hacia delante.

Cuando intentaba incorporarse sobre los codos, Raquella vio a Ticia Cenva en pie en el pasillo, contemplando la escena. Jimmak agachó la cabeza, como si esperara que su madre no le viera. Raquella quería que sus ojos se cruzaran con los de la hechicera suprema que, por un momento, le pareció decepcionada. ¿Le habría gustado tal vez que Jimmak se llevara su cadáver? Aquella mujer severa y rapaz les dejó pasar sin decir nada.

Mientras la noche caía sobre Rossak, el chico la subió a un ascensor y descendieron a la base de la selva. Jimmak no hizo caso de los sonidos amenazadores, de las sombras, de las tupidas enredaderas, y se la llevó a lo más hondo de aquella jungla extraña.

72

> Nunca creí que volvería a Salusa Secundus; los soberbios salones de asambleas de la Liga, los inmensos monumentos de Zimia. Ay, que no son tan extraordinarios como los recordaba.
>
> YOREK THURR, diarios secretos de Corrin

Una vez salió de Corrin, Yorek Thurr pasó casi dos meses en tránsito antes de llegar al vulnerable corazón de la Liga de Nobles.

En ese intervalo, se las arregló para robar una nave en uno de los planetas arrasados por la epidemia, en los límites del territorio espacial de la Liga. Y, puesto que él era inmune al virus, le alegró comprobar la desolación que había provocado y la gran cantidad de ciudades y poblaciones que habían sucumbido durante la terrible epidemia. Estaba exultante.

En un planeta tras otro, la civilización había quedado reducida a la simple supervivencia. Después de dos décadas sin apenas comercio exterior, el puñado de supervivientes eran como aves carroñeras que se peleaban por las provisiones, las casas, las herramientas. En algunos sistemas afectados por una sucesión de desastres, un ochenta por ciento de la población había muerto a causa de

la epidemia o sus consecuencias. Pasarían generaciones antes de que la humanidad pudiera recuperarse.

«Y todo gracias a una idea mía».

Por el camino, se detuvo en otros dos planetas, para enterarse de las noticias, robar dinero y modificar su historia y su disfraz. Estaba hambriento por saber cómo habían cambiado las cosas desde su muerte fingida y su exilio entre las máquinas pensantes.

Entre los cambios, el más destacado era el aumento del fanatismo religioso, del afán del Culto a Serena por destrozar estúpidamente materiales y equipamientos útiles. Thurr no pudo evitar sonreír al ver aquella devastación absurda. Un desarrollo que no había sabido anticipar, aunque no tenía ninguna objeción. Los humanos solo se estaban perjudicando a sí mismos.

Cuando llegara a Zimia esperaba descubrir que otra de sus perversas ideas —la de los pequeños devoradores mecánicos— había acarreado grandes horrores a la población. Contrariamente a lo que Erasmo creía, él no se regodeaba en la muerte porque sí. Sencillamente, le gustaba tener logros en su vida…

Cuando al fin llegó a Salusa Secundus, Thurr estaba totalmente metido en su papel de refugiado de Balut, uno de los planetas arrasados por la epidemia. Salusa se había convertido en el centro de distribución de refugiados, la repoblación de planetas y la mejora de las líneas genéticas gracias al material que las hechiceras de Rossak habían reunido hacía años. Thurr sonrió. En cierto modo, él había ayudado a mejorar la especie.

Se maravilló al ver la energía y la insistencia de la Liga por volver a dejar las cosas como antes, en lugar de aceptar los cambios y seguir adelante. En cuanto recuperara el poder, tendría que arreglar eso. Y, viendo lo debilitada y confusa que estaba la Liga, no tardaría mucho en lograr su

objetivo. Sin la guía y el eje de la Yihad, los supervivientes iban a la deriva. Le necesitaban.

Thurr estudió bases de datos históricas, versiones de la Yihad adornadas por la propaganda, y le molestó descubrir que apenas le mencionaban. ¡Después de todo lo que había logrado, de todo el trabajo que había hecho durante sus años de servicio! Él había creado la policía de la Yihad, había ayudado al Gran Patriarca Ginjo a convertir su cargo en una posición de vital importancia. Él mismo tendría que haber sido Gran Patriarca, pero su gran error fue confiar en esa arpía de Camie Boro-Ginjo. Y ahora, después de una larga ausencia, parece que la Liga le había desechado, que le había dejado al margen.

En cuanto comprobaron que no era portador de ninguna enfermedad ni virus contagioso y le dieron el visto bueno, Thurr puso pie en Zimia por primera vez desde hacía décadas. La ciudad había cambiado muchísimo. Había estandartes con las imágenes de Serena, Manion el Inocente e Iblis Ginjo en todos los edificios altos. Altares llenos de caléndulas adornaban cada esquina y cada callejón.

Para su sorpresa y disgusto, Thurr se enteró de que la Yipol había sido desmantelada. Desde que la guerra terminó hacía dos décadas, en la Liga la seguridad se había descuidado de forma risible. Tras reconocer los alrededores y pensar un plan, Thurr superó sin problemas varios controles y llegó al centro de la ciudad.

Xander Boro-Ginjo, sobrino y sucesor de Tambir, era el Gran Patriarca. Y ni siquiera había nacido hasta un año después de su falsa muerte. Todo parecía indicar que Xander no era más que un títere, una mascota regordeta y blanda con un amo que le decía lo que tenía que hacer.

Thurr sintió un fuego que le quemaba en el pecho. Ahora merecía más que nunca ser Gran Patriarca. Podía ser un

hombre muy persuasivo, y esperaba que la transición se hiciera sin contratiempos. Cuando llegara el momento, confesaría su verdadera identidad y su milagroso regreso, arropados por una historia ficticia de valentía y torturas a manos de Omnius. Entonces podría reclamar lo que era suyo y la gente se daría cuenta de que le necesitaba.

Subrepticiamente Thurr estudió la mansión administrativa del Gran Patriarca, sus hábitos, sus movimientos. Averiguó la distribución de los centros de investigación, edificios de oficinas, y la sede central del ejército de la Humanidad. También determinó las responsabilidades de los diferentes cuerpos políticos. El aumento visible de la burocracia demostraba que la Liga ya se había estancado, que iba por un camino equivocado que impediría que lograran nada importante.

Había llegado justo a tiempo. Él lo arreglaría todo.

No tardó mucho en idear un plan para colarse en las oficinas del Gran Patriarca. Para deshacerse de su disfraz de refugiado de Balut, consiguió las ropas más aceptables de un secretario de la Liga y, en cuanto se deshizo del cuerpo, echó a andar por los salones y las oficinas de la mansión.

Thurr se imaginaba que, en cuanto revelara su identidad a Xander Boro-Ginjo, este lo recibiría como un héroe perdido. Habría desfiles por las calles, y las multitudes aplaudirían la historia épica de su vida y le darían la bienvenida a la Liga. Sus ojos oscuros destellaban por la expectación.

Sin grandes precauciones, consiguió llegar a una habitación desde la que se podía acceder a donde él quería; salió por una ventana y graciosamente caminó por el endeble reborde hasta la ventana de la oficina que buscaba. Esperó a que Xander se quedara solo en su despacho privado y entonces entró.

Thurr sacó pecho y sonrió, esperando que le diera la bienvenida. Desde detrás de su mesa, el Gran Patriarca levantó la vista y lo miró, pero no asustado o enfadado, sino confuso. La ornamentada cadena de su cargo colgaba pesadamente de su cuello grueso.

—¿Quién es usted, qué hace aquí? —Consultó un pesado libro que tenía sobre la mesa—. ¿Tenía cita?

Los labios finos de Thurr formaron una sonrisa.

—Soy Yorek Thurr, antiguo comandante de la policía de la Yihad. Fui la mano derecha de tu abuelo y su consejero especial.

Su tratamiento de extensión vital le había permitido conservar la apariencia de una persona de mediana edad, aunque en los pasados cinco años había empezado a experimentar extraños tics y temblores, y se preguntaba si Omnius no le habría engañado. Aquel zoquete gordinflón no se creería la edad que tenía.

—Sí, es muy interesante, pero tengo una reunión importante de aquí a unos minutos.

—Entonces debes redefinir tu idea de lo que es importante, Xander Boro-Ginjo. —Thurr se acercó con gesto amenazador—. Se suponía que yo tenía que ser el sucesor de Iblis Ginjo, pero tu abuela se hizo con la cadena de mando, y luego tu tío Tambir se convirtió en Gran Patriarca. Una y otra vez se me negó lo que me pertenecía por derecho. Durante muchos años he dejado a un lado mis derechos, pero ha llegado la hora de que lleve a la Liga en la dirección correcta. Exijo que dimitas y me cedas tu puesto.

Xander parecía perplejo. Tenía la cara regordeta y papada por la buena vida, y los ojos mortecinos, por las drogas, por la bebida, o quizá fuera solo por falta de inteligencia.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Cómo ha conseguido entrar en…?

Un ayudante abrió la puerta.

—Señor, su reunión está… —Pestañeó sorprendido al ver a Thurr, que se giró y lo miró furioso. Ojalá hubiera cogido su daga—. ¡Oh, disculpe, no sabía que tuviera visita! ¿Quién es, señor?

Xander se levantó enfadado.

—No lo sé, y no deberías haber dejado que entrara. Di a los guardias que lo echen.

Thurr lo miró furioso.

—Cometes un grave error, Xander Boro-Ginjo.

El ayudante llamó a los guardias, que entraron enseguida y rodearon a Thurr. Disgustado, el hombre vio que le superaban en número y que no le darían tiempo a explicarse.

—Después de todo lo que he hecho por la Liga, esperaba un mejor recibimiento. —La cabeza le martilleaba y, por un momento, le costó recordar dónde estaba. ¿Cómo es que aquella gente no lo entendía?

El Gran Patriarca meneó la cabeza.

—Este hombre tiene delirios, y temo que pueda ser violento. —Volvió a mirar a Thurr—. Nadie le conoce, señor.

Aquellas palabras le llenaron de ira, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse, porque no deseaba sacrificar su vida de una forma tan absurda. Cuando los guardias se lo llevaron del despacho, Boro-Ginjo y su ayudante se quedaron estudiando el programa de la reunión. Thurr fingió cooperar con los guardias, que lo escoltaron al exterior de la mansión.

Decepcionado por su propia estupidez, Thurr comprendió que había pasado demasiado tiempo entre máquinas. Había gobernado como monarca absoluto en Wallach IX. Y había olvidado lo estúpidos e intratables que podían llegar a ser

los hrethgir. Se reprendió a sí mismo por aquel error y se prometió que no volvería a pasar. Un plan... necesitaba un buen plan.

Los guardias eran soldados incompetentes, no acostumbrados a tratar con asesinos entrenados y diestros como Yorek Thurr. Pero decidió no matarlos, porque habría atraído demasiada atención sobre su persona. Tenía que hacer muchos planes, y no podía arriesgarse a tener que hacerlo mientras huía de una caza al hombre.

Cuando tuvieron un descuido, Thurr se escabulló y se perdió por las calles de Zimia. Los guardias gritaron y le persiguieron, pero fue fácil despistarlos. Aunque pidieron refuerzos y lo estuvieron buscando durante horas, el antiguo comandante de la Yipol no tardó en encontrar un escondite y se concentró en buscar un enfoque más efectivo.

Solo era cuestión de tiempo. Y cuando tuviera un plan cuidadoso, conseguiría todo lo que merecía.

73

He imaginado cómo sería de ser Omnius, las importantes decisiones que tomaría en su lugar.

Diálogos de Erasmo

El robot independiente estaba en una de las salas de exposición ampliadas de la ciudadela central, esperando una audiencia. Aunque la supermente podía hablar con él en cualquier sitio, parecía empeñada en asegurarse de que veía su nueva galería. Todas aquellas cargantes pinturas electrónicas, esculturas y formas geométricas eran espantosamente derivativas y poco inspiradas. Pero por lo visto Omnius creía que cuanto más producía, mejor.

Y la cosa había ido a peor cuando las tres encarnaciones casi idénticas pero separadas de la supermente habían empezado a «colaborar».

Trabajando en colaboración, los tres Omnius habían creado discordantes yuxtaposiciones de brillantes colores y formas aleatorias, semblanzas estilizadas de ingenios mecánicos acompañadas de una música sintetizada y disonante. Sin ningún tipo de armonía estética.

Dejando aquellas exposiciones en cuanto pudo, el robot de platino cogió un cubo negro de guía de una bandeja sujeta a una pared. El cubo se iluminó, verificó su identidad

y le indicó al robot hacia dónde tenía que ir. En la ciudadela central el camino ya no era nunca el mismo, y el edificio cambiaba continuamente debido a aquella vena creativa de Omnius.

Siguiendo las flechas rojas de la superficie del cubo, Erasmo entró en una gran cámara y montó en un suelo transportador, que subió setenta pisos en espiral. Al robot le cansaban tantas variaciones interminables e innecesarias.

Cuando entró en el piso más alto, Erasmo se encontró a las tres encarnaciones de Omnius en mitad de un debate carente de emotividad pero muy intenso. En la psicología humana la situación habría podido describirse como «desorden de personalidad múltiple». El Omnius Primero trataba de seguir siendo el dominante, mientras que las copias que Yorek Thurr y Seurat llevaron a Corrin habían desarrollado perspectivas diferentes. Las tres supermentes trataban de colaborar como si fueran una unidad electrónica, pero a aquellas alturas las diferencias entre ellas eran demasiado grandes. Y aunque podían haberse conectado y haberse fundido, seguían separadas, y solo se comunicaban a través de agujeros negros amplificadores situados en la cámara de metal líquido.

—Vengo a la hora convenida —dijo Erasmo tratando de llamar la atención sobre su llegada—. Omnius solicitó mi presencia. —«Al menos uno de ellos».

Las supermentes no le prestaron atención, ni siquiera cuando volvió a repetir sus palabras. Para divertirse, Erasmo había buscado apodos para las otras dos supermentes, igual que había hecho al llamar «Mentat» a Gilbertus o que hacía con él el Omnius Primero, que desde su supuesta resurrección lo llamaba despectivamente «mártir». En su mente, la gelesfera de actualización de Seurat se había convertido en «SeurOm», y la que Thurr trajo desde Wallach IX, en «ThurrOm». Solo escuchándolas, el robot

independiente podía distinguirlas por sutiles detalles en el tono o la actitud, y por la información que utilizaban para apoyar sus argumentos.

A los Omnius les preocupaba el hecho de estar atrapados en Corrin, pero no se ponían de acuerdo sobre lo que había que hacer. La fallida maniobra ofensiva que ThurrOm había lanzado engañado por Yorek Thurr había llevado a la destrucción de cuatrocientas grandes naves, y en cambio el daño a la flota de vigilancia de los hrethgir había sido mínimo. En conjunto, aunque Thurr había escapado, todo aquel revuelo no le había servido de nada a Omnius, y había hecho que los humanos estuvieran más atentos.

Mientras escuchaba aquel debate neutro pero rápido, Erasmo vio que algunos de los postulados eran ilógicos y demostraban una total falta de comprensión de las respuestas y las prioridades de los humanos. Al parecer, el Omnius Primero no consultaba la reserva de conocimientos y saber que tenía a su disposición con la copia aislada de Erasmo. Los tres se habían vuelto más radicales en sus conclusiones, menos flexibles. Al robot le habría gustado corregirlos, pero aquellas supermentes diversificadas no le habrían escuchado.

Aunque parece que sí coincidían en algunas cosas. Sabían que no era prudente conservar las tres únicas copias de la supermente en Corrin. El Omnius Primero abogaba por una huida electrónica, por lanzar una copia normalizada de la inmensa mente informática al espacio a la búsqueda de un objetivo apropiado. ThurrOm señaló que no había ningún receptor posible conocido y que con la distancia la señal se volvería más difusa y acabaría perdida en el olvido. Un derroche inútil de energía y esfuerzo.

El Omnius de Seurat insistía en una opción más tangible. Quería colonizar veinte o más Planetas No Aliados. En cuanto las máquinas consolidaran su nueva avanzadilla, los

Omnius resucitados podrían extenderse a nuevos planetas y regenerar de este modo el Imperio Sincronizado. Suponía alegremente que encontrarían la forma de escapar a la mortífera red descodificadora, pero no dijo de qué manera.

Como si sus apetitos se hubieran visto espoleados tras su primera ofensiva independiente, ThurrOm propuso que enviaran a toda su flota contra las naves de vigilancia de los humanos. Estaba dispuesto a aceptar una cantidad abrumadora de pérdidas si al menos una parte de la flota sobrevivía. Pero si fracasaban, los fanáticos hrethgir podrían bombardear Corrin con sus cabezas nucleares de impulsos y exterminar los últimos vestigios de la supermente, y eso podía ser un problema.

Todos los planes tenían una posibilidad mínima de éxito. A Erasmo le intrigó ver las dificultades que el Omnius Primero tenía en aquellos extravagantes debates con las encarnaciones subsidiarias.

Mes tras mes, las naves robóticas lanzaban ataques regulares contra la red descodificadora y la barrera de naves de la Liga, con el consiguiente desgaste. Desde hacía más de diecinueve años, Omnius no había dejado de abrir minas en el planeta, de extraer metales y materias brutas de la corteza, de reciclar, reprocesar. Los recursos del planeta se estaban agotando. Algunos de los elementos y las moléculas más raros que necesitaban para crear complejas mentes de circuitos gelificados habían empezado a escasear. La producción de naves para sustituir las bajas era más lenta. Según los cálculos de Erasmo, solo por aquel continuo desgaste de fuerzas, Corrin no tardaría en ser vulnerable.

Tenía que encontrar una solución antes de que eso ocurriera, aunque solo fuera por sí mismo y por Gilbertus.

Hacía años que no dejaba de buscar posibles formas de huida. Lejos de Corrin, él y Gilbertus podrían dedicarse a

ocupaciones de carácter más intelectual sin la interferencia y las distracciones de aquella supermente cada vez más excéntrica.

El robot independiente había dejado a su pupilo en su villa, donde seguía explorando un complejo enigma intelectual en compañía del clon de Serena Butler. Aquel hombre musculoso y bien adiestrado podía seguir caminos sinuosos en su cerebro, extrapolando variables y consecuencias de quincuagésimo orden. Era capaz de memorizar hasta el más mínimo detalle de sus experiencias cotidianas, y conservarlo todo bien organizado en su mente.

En un intento de atraer la atención de las supermentes, que se empeñaban en no hacerle caso, Erasmo empezó a golpear con su puño metálico la pared, un comportamiento repetitivo que había aprendido de Gilbertus cuando era un jovencito rebelde.

—Estoy aquí. ¿Qué querían discutir conmigo?

Pensó en arrojar su cubo direccional contra el suelo, pero en vez de eso lo apretó con fuerza en su mano de metal líquido. Era un gesto simulado de ira, pero le pareció una buena ocasión para explorar las emociones humanas que había aprendido.

Las tres voces armonizadas ordenaron a la vez.

—Deja de mostrarte impaciente, Erasmo. Estás actuando como un hrethgir.

El robot pensó vanas excelentes contestaciones, pero decidió no pronunciarlas en voz alta. Dejó el cubo direccional inactivo en el suelo. La superficie de metal líquido de la base se abrió para tragárselo y enseguida recuperó su forma lisa, como el agua de un charco cuando se cierra alrededor de una piedra.

Los Omnius siguieron con su debate.

De pronto, Rekur Van entró en la sala, empujado por un guarda armado que también sujetaba un cubo direccional.

—Es la hora de mi cita —dijo el hombre sin extremidades levantando la voz para hacerse oír en medio del debate.

—Yo tengo prioridad, Muñón —replicó Erasmo sin rencor, amplificando sus palabras a un nivel apropiado.

Las voces de las tres supermentes seguían sonando de fondo, pero las señales sintetizadas que pasaban entre ellas eran cada vez más altas, y reverberaban por la sala con tanta fuerza que el suelo vibraba y se sacudía. Los tres Omnius se acusaban entre ellos de ineficacia y fracaso, pasándose la culpa como una pelota. El debate era cada vez más rápido y mientras, Erasmo y Rekur Van escuchaban con una creciente curiosidad y sensación de alarma. Finalmente, quedó claro que el Omnius Primero se había convencido a sí mismo de que era el único Dios verdadero del universo: de acuerdo con sus análisis y las proyecciones de Erasmo, decidió que encajaba en la definición. Él ostentaba el conocimiento último, el poder último.

—Declaro que los dos sois falsos dioses —dijo el Omnius Primero con voz atronadora.

—Yo no soy un dios falso —refutó SeurOm.

—Ni yo —insistió ThurrOm.

«Una curiosa trinidad». Parecía irónico que Omnius, que tanto había criticado el carácter emocional de las religiones humanas, ahora abrazara un sistema religioso propio, con una máquina pensante en lo alto.

Sin previo aviso, el trío de supermentes llegó al punto de deflagración. La sala se llenó de destellos electrónicos multicolores, que volaban de pared a pared y del techo al suelo. Erasmo consiguió quitarse discretamente de en medio y se quedó en la rampa de entrada, desde donde observó cómo la sala se iluminaba.

Una brillante explosión excorió al robot guardia de Rekur Van y el tlulaxa gritó, porque unas afiladas piezas de metal

se le clavaron en la carne. Su carro de soporte vital topó contra algo y cayó sobre su humeante compañero robot.

Profundamente decepcionado, Erasmo recordó que Rekur Van estaba trabajando en el proyecto de adaptación física para las máquinas. Lástima, tenía tanto potencial…

De pronto en la cámara se hizo el silencio. Luego, sucedió algo inquietante: solo una de las supermentes habló.

—Ahora somos dos los que mandamos.

—Como debe ser —dijo la otra—. Y ninguno de los dos es un falso dios.

Vaya, así que el Omnius Primero había sido eliminado en la batalla electrónica… La supermente principal que Erasmo conocía desde hacía tantos años ya no existía. Las paredes empezaron a ondularse y a temblar, y Erasmo temió que la ciudadela entera se desmoronara o cambiara de forma con él dentro.

Para su sorpresa, Rekur Van gimió y se puso a retorcerse con impotencia. Erasmo, movido únicamente por el deseo de conservar un valioso recurso, corrió en su ayuda y cogió al tlulaxa y su carro de soporte vital en los brazos, y acto seguido salió corriendo de la tortuosa ciudadela. Acababan de salir a la seguridad de la plaza cuando la estructura cambió drásticamente de forma, siguiendo la voluntad combinada de las nuevas supermentes dominantes. La torre se hizo más alta y estilizada.

—Algo totalmente inesperado e interesante —dijo Erasmo—. Parece que las supermentes han perdido la razón.

El tlulaxa indefenso volvió su rostro quemado para contemplar las estrambóticas convulsiones de la estructura principal de Omnius.

—Creo que estaríamos más seguros si nos arriesgamos con los hrethgir.

74

La carne tal vez no pueda ser eximida de las leyes de la materia, pero la mente no está así trabada. Los pensamientos trascienden la física del cerebro.

Orígenes de la Cofradía Espacial
(publicación de la Liga)

Aunque había decidido no irrumpir en el recinto donde su madre estaba totalmente sumergida en especia, Adrien Venport caminaba arriba y abajo. Sus hermanos y hermanas, diseminados por la Liga en diferentes misiones para la empresa, no podían ayudarle. Seguramente ni siquiera habrían entendido el dilema en que se encontraba.

Desde el interior de la cámara llena de vaho, Norma intuía la indecisión y la preocupación de su hijo. Y esa preocupación le distraía de asuntos vitales al frente de VenKee. Él sabía perfectamente que si la esotérica y extraña de su madre encontraba una forma segura de guiar las naves que plegaban el espacio, VenKee controlaría todo el comercio interestelar del futuro. Pero Norma le necesitaba para que la empresa siguiera siendo fuerte, necesitaba la infraestructura de VenKee para el siguiente gran paso que había que dar.

Tendría que aplacar los miedos irrazonables de Adrien. Norma ya había terminado su trabajo, y sabía que había

llegado el momento del cambio. Adrien necesitaría respuestas… suficientes respuestas para sentirse tranquilo, y hasta regocijado.

Obligando a su mente en expansión a volver al mundo real, Norma se concentró en su cuerpo y su entorno inmediato y llamó a Adrien. Con un esfuerzo lento y doloroso, dando voz a sus palabras con unos labios que no cooperaban, arañando las letras en el vaho de las paredes de plaz, convenció a Adrien para que entrara con ella en la cámara… provisto de un respirador y protección ocular, desde luego.

Su hijo no cuestionó sus palabras. Salió corriendo del laboratorio, dando órdenes a diestro y siniestro. En menos de media hora ya estaba de vuelta, vestido de arriba abajo con un traje especial. Por lo visto, ni siquiera quería arriesgarse a exponer su piel a una concentración tan alta de gas especia. Norma se dio cuenta de que seguramente era lo más prudente.

Con una orden mental, utilizando poderes de hechicera a los que rara vez recurría, Norma logró que parte de la cámara se abriera, creando un torbellino que hizo que el gas remolineara y permaneciera en su mayor parte en el interior. Aunque se sentía visiblemente intimidado, Adrien entró con la cabeza bien alta. La puerta se cerró rápidamente a su espalda. Norma daba grandes bocanadas de especia mientras veía a su hijo avanzar por las tinieblas.

—¡Oh, Adrien, he visto el universo! —exclamó Norma—. ¡Y aún queda tanto por explorar…!

El solo hecho de estar cerca de ella ya hacía que Adrien se sintiera feliz.

—Tendríamos que instalar un sistema de megafonía, madre. Ha sido una locura. Había tantas preguntas, y no podíamos llegar a ti. —Se arrodilló junto a su cojín medio disuelto en el suelo del depósito.

—Un sistema de megafonía es aceptable —dijo ella—. Pero, mientras tú y yo estemos de acuerdo, Adrien, mientras confiemos el uno en el otro, podrás entrar en esta cámara siempre que yo diga que es seguro.

—¿Y cuándo no será seguro? —preguntó él con expresión perpleja.

—Cuando esté utilizando mi mente, mi presciencia para calcular un camino seguro a través del espacio plegado. ¿Has olvidado el propósito de este proyecto?

Con una voz que a sus propios oídos le sonó extraña, Norma le explicó extensamente cómo la saturación de melange había potenciado su capacidad de ver acontecimientos futuros y evitar rutas desastrosas.

—He resuelto todos los detalles en mi mente.

A través de la máscara de plaz, Norma veía que los rasgos patricios de su hijo seguían tensos y preocupados.

—Lo entiendo, madre, pero tengo que asegurarme de que estás a salvo. Deja que los médicos te examinen para ver si estás bien. Pareces demacrada.

—Estoy mejor que nunca —dijo ella con una sonrisa distante en su rostro ancho y chupado—. Muy sana. —A juzgar por lo que veía, su cuerpo se había transformado, y aquella nueva forma a duras penas parecía capaz de sujetar la cabeza esperpénticamente grande. Su piel se arrugaba y sus extremidades habían perdido definición y eran como cuerdas—. He estado transformándome en algo… avanzo hacia algo.

Cogió las manos de su hijo, más grandes, y las sujetó con fuerza, con cariño. Con una mirada penetrante en sus ojos azul especia, dijo:

—Instala mi cámara en una de las naves que pliegan el espacio para que pueda demostrar mis nuevas dotes de navegación. Verás cómo puedo pilotarla.

—¿Estás segura de que es prudente?

—Adrien, la vida es de por sí peligrosa, es tan frágil como el capullo de una flor en la tormenta. Pero, al igual que ese capullo, contiene una increíble belleza en su interior, un reflejo del propósito de Dios para el universo. Me preguntas si plegar el espacio es seguro en comparación con qué. Estadísticamente, sin duda es más seguro que un parto para una mujer, pero… sí, es más peligroso que esconderse y no aventurarse a salir nunca de casa.

—Realmente necesitamos ese avance —concedió él, pensando una vez más como hombre de negocios. Y entonces cruzó los brazos con obstinación mientras la especia remolineaba a su alrededor—. Pero, si es tan seguro como dices, insisto en ir contigo para demostrarte mi fe en tus capacidades.

Ella asintió lentamente, moviendo su gran cabeza arriba y abajo sobre el endeble tallo del cuello.

—Eres tan buen negociador como tu padre. Muy bien. Te enseñaré el universo.

Bajo la supervisión estricta aunque distante de Norma, y el control riguroso de cada detalle por parte de Adrien, se llevaron a cabo los preparativos para el primer viaje de su madre por el espacio plegado. Para Norma aquel sería un viaje distinto, algo emocionante y concreto, no una simple teoría. Una prueba, una liberación.

Cientos de trabajadores de Kolhar se aseguraron de que el carguero de tamaño medio y las modificaciones de la cámara de gas de especia se amoldaban estrictamente a las especificaciones. Una vez se hubo instalado un sistema de megafonía en la cámara, Adrien pudo comunicarse directamente con su madre, aunque con frecuencia le costaba llamar su atención o conseguir que le diera alguna información útil.

Cuando todo estuvo preparado para el viaje de presciencia, solo dos personas subieron a bordo: Norma, sellada en el interior de la cámara, y Adrien, seguro en una cápsula salvavidas en la misma cubierta que ella. Adrien sabía que estaba arriesgando el futuro de VenKee Enterprises con aquel viaje, puesto que ninguno de sus hermanos estaba capacitado para encargarse ni siquiera de una parte del negocio.

Pero confiaba en su madre. A través del plaz de sus respectivas cámaras podían verse el uno al otro, y hablaban a través de la línea de comunicación directa. Los motores Holtzman plegarían el espacio y los llevarían a un lugar totalmente distinto. Norma elegiría el camino más apropiado.

Antes de embarcar Norma incrementó la concentración de gas en su cámara y entró en un estado de trance que le abrió las puertas del universo como los pétalos de una espléndida rosa. Cada vez que se asomaba al espacio, le parecía más hermoso. Y ahora, por fin podría dar el salto y guiar la nave por un camino que su mente había anticipado.

Norma se concentró en el futuro, vio el remolino de colores del cosmos y su nave infinitésimamente pequeña. Un enigma cósmico. Pero ella entendía ese enigma. El espacio se plegaría en torno a la nave como en un abrazo, como una madre que acuna con mimo a su bebé. En su interior, Norma sentía un poderoso zumbido y, sin necesidad de volverse a mirar, vio a Adrien vibrando de vida en el interior de su cápsula salvavidas.

Cuando los motores Holtzman plegaron el espacio, doblando unas coordenadas sobre las siguientes, el viaje empezó y la nave se deslizó por las diferentes capas de distancia y espacio. Adrien se sacudía como si su mente y su cuerpo se fueran a separar por las vibraciones de la

nave, pero también por el miedo. Pero no se arrepentía de estar allí.

Y entonces ya estaban al otro lado. Norma vio que Adrien salía de unas coordenadas y reaparecía en otras. En tan solo un instante, el universo se convirtió en algo muy pequeño.

—¡Lo hemos logrado, madre! ¡Mira abajo! —Lleno de asombro, Adrien miró por una ventana de la nave y reconoció el planeta seco y agrietado que estaba viendo. Desde la órbita, parecía una cuenca de oro—. ¿Arrakis? He estado aquí muchas veces.

—Para mi primera travesía presciente pensé que lo más apropiado era viajar al lugar donde se origina la melange —dijo Norma.

Arrakis le parecía el lugar ideal para anclar todas las experiencias prescientes, un lugar donde podría trabajar por todo aquello que aún estaba por llegar: por ella, por Adrien, por toda la humanidad.

—Es asombroso en diferentes sentidos —dijo él—. Si VenKee puede desplazarse de forma instantánea y segura al planeta de la especia, conseguiremos muchos más beneficios.

—No todos los beneficios son monetarios. Arrakis es como la especia que contiene: su complejidad escapa a la comprensión, su valor no se puede cuantificar.

Norma sabía que la especia y la navegación estaban inextricablemente ligadas. Habría que garantizar los suministros de melange. Y es posible que VenKee tuviera que estacionar una fuerza militar propia en el planeta para proteger las arenas de especia. Arrakis no era la clase de lugar que se puede domeñar con leyes. Era un mundo descarnado e indómito donde solo sobrevivía el más fuerte.

Desde su cámara sellada, Norma guio mentalmente la nave hacia el planeta con los motores convencionales. En comparación con aquel mar de dunas, su nave parecía poca

cosa. Con su poderosa mente, Norma vio grandes gusanos de arena, nubes de arena, feroces tormentas de Coriolis. Su mente se abrió en dos direcciones a la vez, hacia el pasado y hacia el futuro. Y vio bandas de personas desplazándose por el paisaje, algunos a pie y otros a lomos de los gusanos.

—Si pudiéramos encontrar otra fuente de especia no dependeríamos tanto de este planeta. Los buscadores lo han invadido —dijo Adrien, y su voz flotó hasta el interior de la cámara de gas—. Desde la plaga, todo el mundo sabe la riqueza que hay aquí, y Arrakis se ha llenado de buscadores e incluso esclavistas.

—La melange es el corazón del universo —dijo su madre —. Sólo hay un corazón.

Sobrevolando con la nave los vastos desiertos, Norma vio el futuro del comercio. Ciertamente, Adrien no podía ni imaginar la poderosa organización que iba a ayudar a crear.

—La Historia dirá que tu padre ayudó a desarrollar estas maravillosas naves. Aurelius Venport será recordado como un inventor visionario, como un gran patriota de la causa de la humanidad. Cuando el tiempo pase y los protagonistas reales de la historia desaparezcan, nadie será capaz de separar los hechos de la leyenda. Este pensamiento me hace muy feliz. Es mi último regalo al hombre al que amo. Y quiero que tú comprendas esto, como responsable de VenKee Enterprises, una empresa que se convertirá en algo mucho mayor.

Él asintió.

—Haces esto por amor, y por aprecio, porque mi padre fue el único que creyó en ti. Lo entiendo, madre.

Después de lo que pareció una eternidad sobrevolando el rudo planeta de Arrakis, Norma Cenva llevó su nave de vuelta al vacío y regresó a Kolhar.

75

En Arrakis la vida vale menos que un grano de arena en el desierto.

La leyenda de Selim Montagusanos

Los magullados supervivientes del poblado zensuní que había sido atacado siguieron a Ishmael y El'hiim de vuelta al asentamiento principal en la alejada zona rocosa. El'hiim propuso que llevaran a los heridos más graves a un campamento cercano de la empresa para que pudieran recibir atención médica.

Ishmael no quería ni oír hablar de eso.

—¿Cómo puedes siquiera pensarlo? A duras penas hemos logrado escapar de los negreros. Y ahora hablas de llevarlos directamente a los responsables de que haya demanda de esclavos.

—No todos son negreros, Ishmael. Estoy tratando de salvarles la vida.

—Colaborar con ellos es como jugar con una fiera solo medio domesticada. Tu afán conciliador ya ha hecho que muchas de estas personas pierdan a sus seres queridos, que pierdan sus casas. No quieras exprimirlos más. Cuidaremos de ellos nosotros mismos, con el material que tengamos.

Cuando la banda de forajidos llegó a las cuevas, la noticia se extendió como un reguero de pólvora entre la gente. Con su poderosa personalidad y sus exigencias irrenunciables, Ishmael actuó a modo de cabecilla. El'hiim —que era el auténtico naib— dejó que el anciano se saliera con la suya y dijo:

—Yo entiendo a los extraplanetarios mejor que tú, Ishmael. Enviaré mensajes a los campamentos de VenKee, y presentaré una queja formal en Arrakis City. No pueden hacer algo así y salir impunes.

Ishmael sintió que la ira rompía algo en su interior.

—Se reirán en tu cara. Los esclavistas siempre han capturado zensuníes, y tú has ido derecho a su trampa.

Su hijastro partió enseguida a la ciudad, y entonces Ishmael convocó a todo zensuní capaz en la gran cámara de reunión. Chamal, la única mujer que se contaba entre los ancianos del poblado, asistió en representación de las mujeres, tan sedientas de sangre como los hombres. Muchos jóvenes revoltosos que veneraban la leyenda de Selim Montagusanos exigieron la ejecución de los criminales.

Encendidos y avergonzados, recordando las muchas veces que no habían querido escuchar las advertencias de Ishmael, los más fuertes se ofrecieron voluntarios para reunir armas y formar una partida kanla, un grupo de guerreros que buscarían a los esclavistas y tendrían su venganza.

—El'hiim me dijo que sabe dónde están —dijo Ishmael—. Él nos guiará hasta ellos.

Cuando El'hiim regresó de Arrakis City con la vaga promesa de las fuerzas de seguridad de ser más rigurosas en la aplicación de ciertas normativas contra el secuestro, se

encontró con el grupo kanla ya armado y listo. El’hiim vio la expresión de sus caras, supo lo que sentían sus corazones y, como naib de la tribu, no le quedó más remedio que unirse al grupo.

Aunque era mucho mayor que los otros, Ishmael los acompañó. A pesar… o quizá a causa del disgusto y la pena que sentía por lo que les había pasado a muchos de sus amigos zensuníes e incluso a algunos de los nietos que le había dado Chamal, Ishmael se sentía lleno de energía, como si acabara de tomar una dosis masiva de especia. Por fin podría golpear a la gente que había corrompido aquel mundo por el que él tanto había luchado.

—Quizá este sea mi último combate. Quizá moriré. Si es así como debe ser, no me quejo.

Atravesaron el desierto, moviéndose con rapidez y sigilo. Deslizándose como sombras contra las rocas bañadas por el sol, la partida kanla divisó el campamento de los negreros a media tarde del día siguiente. Los hombres del desierto se acuclillaron al amparo de las rocas para observar y planificar el ataque.

Uno de ellos propuso que se colaran en el campamento de noche y les robaran el agua y las provisiones.

—¡Esa sería una buena venganza!

—También podríamos cortar los tubos de los depósitos de combustible de sus *skimmers* Zanbar y dejar a esas ratas despreciables perdidas en el desierto, para que se mueran poco a poco de sed.

—Y se convertirían en comida para Shai-Hulud.

Pero Ishmael no tenía paciencia para esperar una venganza tan lenta y larga.

—Hace mucho tiempo, mi amigo Aliid dijo: «No hay nada más satisfactorio que sentir la sangre de tus enemigos entre los dedos». Pienso matar a esos demonios personalmente. ¿Por qué dejar que sea Arrakis quien se dé el gustazo?

Cuando la oscuridad empezaba a caer y la primera luna se ocultó detrás del horizonte, la partida kanla avanzó como un grupo de escorpiones del desierto, con sus dagas de cristal a modo de pinzas. Los negreros —Ishmael contó doce— habían activado unos generadores que iluminaban todo el campamento, no para protegerse, sino por comodidad. No se molestaron en apostar guardias.

Los vengadores zensuníes rodearon el campamento y fueron cerrando el círculo. Aunque aparentemente los negreros tenían armas más avanzadas, los zensuníes casi les doblaban en número. Sería una bonita carnicería.

Ishmael no había querido que utilizaran sus rifles maula, porque eran demasiado toscos e impersonales, pero El'hiim propuso que los aprovecharan para disparar contra las luces. Ishmael estuvo de acuerdo. Cuando todos estuvieron en posición, dio la señal y una andanada de proyectiles maula voló por los aires y destrozó los globos de luz. El lugar quedó a oscuras.

Como una manada de lobos, los atacantes saltaron desde todos los lados y cogieron por sorpresa a los extraplanetarios, que salieron de debajo de sus mantas totalmente desorientados. Algunos echaron mano de sus armas y abrieron fuego, pero ni siquiera veían a sus atacantes.

Los zensuníes se mantenían pegados al suelo y se protegían parapetándose detrás de cualquier objeto. Sus espíritus habían permanecido prisioneros demasiado tiempo, y sus emociones se desbocaron en un exultante baño de sangre. Saltaron sobre sus víctimas y tuvieron su venganza, acuchillando y cortando con sus dagas de diente de gusano.

Ishmael avanzó por el campamento con los suyos, buscando enemigos a los que ajusticiar, y aferró a un hombre de baja estatura que trataba de huir y ocultarse

entre unos rollos de tejido reflectante. El muy cobarde ni siquiera trató de defenderse a sí mismo ni a sus compañeros.

Ishmael lo levantó del suelo, mientras el hombre no dejaba de patalear. Cuando sus ojos se amoldaron a la luz de las estrellas, ayudados por el resplandor de algún que otro conato de incendio, vio que se trataba de un tlulaxa por el característico rostro chupado y los ojos muy juntos. Y él lo conocía. Era Wariff, el buscador al que había salvado hacía veinte años.

El tlulaxa le miró y lo llamó por su nombre, porque también se acordaba de él a pesar de los años. Ishmael sacó su daga. Su extremo curvo estaba muy afilado.

—Te salvé la vida y tú me pagas atacando a mi gente y llevándotelos como esclavos. Maldito seas tú y los de tu raza.

A su alrededor, la violencia y el griterío estaban en su punto álgido. Wariff se debatía, agitando sus pequeñas manos como las alas de un pajarillo.

—Por favor, no me mates. Perdona. No pretendía…

—Me llevo hoy lo que te di hace mucho tiempo. —Y rebanó el cuello flacucho del negrero, cercenando la yugular. Echó la cabeza de Wariff hacia atrás, para que la sangre cayera libremente en la noche—. Esta es la justicia de los Free Men. Tu agua, yo se la entrego al desierto. La sangre de los otros la llevaremos para nuestra tribu.

Lleno de repugnancia, Ishmael arrojó el cuerpo entre los cachivaches de los negreros y comprendió que, en circunstancias como aquella, quizá su amigo Aliid tenía razón. En Poritrin, cuando los dos eran jóvenes, Ishmael siempre insistía en buscar una solución pacífica. Y ahora estaba completamente de acuerdo con él. A veces no hay cosa más gratificante que la venganza.

La voz de El’hiim se elevó por encima del griterío.

—¡Deteneos! Hemos de dejar a los que quedan con vida y llevarlos a Arrakis City para que sean juzgados. Debemos conservar una prueba de sus crímenes.

Confundidos, algunos de los zensuníes se detuvieron. Otros siguieron luchando como si no le hubieran oído. Ishmael aferró a su hijastro por la túnica.

—¿Los vas a devolver a los extranjeros, El'hiim? ¿Después de lo que nos han hecho?

—Han cometido un crimen. Deja que se les condene según sus propias normas.

—¡Entre los suyos la esclavitud ni siquiera es un crimen! —dijo Ishmael furioso. Soltó a El'hiim y dejó que trastabillara tratando de recuperar el equilibrio. El'hiim ya no podía controlar a los suyos. Ishmael levantó su mano manchada de sangre y gritó para que todos pudieran oírle—. Estos hombres tienen con nosotros una deuda que jamás podrán pagar. En este mundo, las únicas monedas válidas son la especia y el agua… así que llevémonos su sangre, destilemos el agua que contenga y démosla a las familias de la gente a la que han perjudicado.

Los otros forajidos miraron a Ishmael, sin saber si debían hacer tal cosa. El'hiim parecía horrorizado.

—El agua es agua —insistió Ishmael—. El agua es vida. Estos hombres han robado las vidas de nuestros amigos y familiares al atacar nuestros poblados. Cortadles el cuello y extraedles toda la sangre, y guardadla en contenedores. Quizá Dios lo verá como una forma de reparar sus crímenes. No soy yo quien debe decidir.

Los negreros siguieron gritando mientras trataban de defenderse. Los zensuníes fueron a por ellos, aullando, acuchillando, y los mataron uno a uno. En un solo día, consiguieron una buena cosecha de sangre.

76

> Mi padre fue declarado Héroe de la Yihad. Incluso si el resto de registros históricos se desvanecen como el polvo, que la raza humana nunca lo olvide.
>
> VIRREY FAYKAN BUTLER, resolución presentada ante el Parlamento de la Liga

Con tono suave y lógico, Dante le informó del éxito del ataque de prueba contra la flota de la Liga. Láser, escudos… y una devastación completa.

Quentin escuchaba lleno de asombro, sin poder desconectar sus mentrodos auditivos, y Juno le explicó que, sin querer, él mismo había revelado la vulnerabilidad de los escudos frente a los rayos láser. Quentin se puso histérico y, cuando le desconectaron de su forma móvil, pensó con desesperación en la cantidad de soldados a los que habría condenado por la debilidad de su mente. ¿Y cuántos más habrían de morir?

Los tres titanes separaron su contenedor cerebral y le negaron el acceso a ningún cuerpo mecánico. Su instinto le decía que luchara y muriera como un valiente, pero el caso es que, en su situación, se sentía totalmente impotente. Los cimek le habían quitado sus brazos y sus piernas. Sus ojos, su oído, su voz. No era más que un trofeo indefenso. No

tenía ningún punto de referencia temporal, no tenía forma de saber cuánto tiempo lo tenían aislado.

Si pudiera desconectar sus sistemas de soporte vital, si pudiera morir a voluntad… al menos así se aseguraría de no revelar ninguna información vital.

Pero tenía que aguantar aquel castigo, esperar a que se presentara la ocasión para devolver el golpe, sobre todo ahora que sabía que había traicionado una información tan importante. Él no era un cobarde como Xavier Harkonnen. Estaba dispuesto a dar su vida en combate contra aquellos híbridos, pero no derrocharía sus esfuerzos por nada. No actuaría a menos que creyera que tenía alguna posibilidad de perjudicar a los titanes.

Cuando de pronto su vista volvió con una llamarada de luz, sus fibras ópticas reconectadas le mostraron una forma móvil y un contenedor cerebral modernos que reconoció como los de Juno. Le dieron ganas de salir corriendo, o de soltarle una coz. Si hubiera podido utilizar su mente para crear unos brazos poderosos, la habría estrangulado, pero no tenía esa opción.

—Nos gustaría llevarte con nosotros —dijo Juno—. Hoy vas a volar.

Fue tan maravilloso como le habían prometido, y Quentin los odió por eso. Aunque le había mentido muchas veces, Juno no había exagerado aquellas sensaciones.

Los neos instalaron su contenedor cerebral en una nave estilizada diseñada para llevar a los cimek a campos de batalla interestelares. Conforme el grupo se alejaba de Hessra, Quentin se sintió como un águila elevándose con alas de acero. Podía dejarse llevar por los vientos estelares, sin ningún tipo de traba. O caer eternamente como una

rapaz que se abalanza sobre una presa y cambiar de dirección bruscamente, y volver a acelerar.

—Muchos neos experimentan el éxtasis que produce volar —dijo Dante transmitiendo a la cabeza del pequeño grupo—. Si hubieras cooperado, primero Butler, podríamos haberte dejado sentir esto mucho antes.

Por un momento, Quentin había olvidado el horror de sus circunstancias. Sin embargo, en aquel momento atajó sus sensaciones extáticas y entró en formación cerrada con las otras naves cimek. Podía huir, cambiar de rumbo y volar directo al sol más próximo, como había hecho el traidor Xavier Harkonnen para arrastrar a Iblis Ginjo a la muerte.

Pero ¿con qué propósito? Él quería provocar una gran destrucción entre las filas de cimek. Y cada día la deuda de su venganza era más grande.

Había salido de Hessra con Dante, con todas sus armas desactivadas. Su cuerpo móvil era un ave predadora, pero le habían neutralizado y privado de sus garras. Aun así, siempre podía observar y esperar que se presentara la ocasión.

Agamenón y Juno habían partido hacia otros planetas de su imperio corrupto, y mientras, Dante debía inspeccionar los cinco valiosos planetas que habían atacado recientemente para comprobar los progresos de los dictadores neocimek. Después de sufrir indeciblemente durante más de un siglo de ataques de las máquinas y luego con la plaga, aquella gente se aferraría a lo que fuera. Y los cimek les ofrecían poder e inmortalidad.

Solo hacían falta unos pocos conversos para resquebrajar la sociedad entera. No todos los humanos tenían una voluntad tan fuerte como la de Quentin.

Cuando el grupo se aproximaba a los límites del sistema de Relicon, Dante se sorprendió al ver una fuerza expedicionaria de la Liga llegada de Salusa para

inspeccionar y ayudar a la colonia. No sabían que los cimek habían tomado el planeta hacía más de un mes.

Las naves de Dante cambiaron automáticamente a modo de combate: activaron sus armas, cargaron los proyectiles en los tubos de lanzamiento, prepararon los láseres.

—Parece que alguien viene a jugar. —El titán transmitió en la dirección de Quentin, pero los otros neos lanzaron vítores, deseando ya entrar en combate.

Quentin no quería un encuentro con naves del ejército de la Humanidad, y menos cuando vio que la jabalina que encabezaba el grupo era una nave insignia política. Algunos oficiales de alto rango habían acudido en una ronda de inspección, para ofrecer ayuda humanitaria y compensaciones.

—Listos para atacar —dijo Dante—. Hoy conseguiremos un premio inesperado.

Quentin tenía que encontrar una solución. En su nave no llevaba armas, pero si no advertía a las naves de la Liga que los cimek estaban al corriente de la interacción láser/escudo, sería una matanza. Analizando todos los sistemas disponibles a través de los mentrodos, descubrió que podía manipular el sistema de comunicaciones de su nave. Si pudiera cambiar las frecuencias, tal vez, con un poco de suerte, podría enviar una transmisión.

Entonces llegó una señal a través de un canal abierto de banda ancha desde la nave insignia.

—Cimek, enemigos de la humanidad, os habla el virrey Faykan Butler. Habéis atacado estas colonias humanas y ahora debéis afrontar nuestra justicia.

Quentin sintió una oleada de esperanza, luego terror. ¡Faykan! No quería que su hijo mayor le viera de aquella forma. Pero aquel era un pensamiento egoísta… y había demasiado en juego.

Dante se dirigió a las fuerzas neocimek, siguiendo un guión cuidadosamente preparado.

—Que todos los neos abran fuego con armas de proyectiles.

Como una granizada de explosivos, un surtido de torpedos y granadas salió disparado hacia la jabalina insignia y los destructores de la escolta. Quentin seguía tratando de alterar la frecuencia de comunicación de su nave, pero no le habían entrenado para aquello, y le costaba concentrarse en lo que hacía.

Dante seguía gritando, con voz satisfecha y segura.

—Han activado sus escudos, que les hacen vulnerables al láser. Preparados para…

Finalmente, Quentin consiguió gritar por una frecuencia secreta que la Yihad utilizaba hacía tiempo para transmisiones del alto mando.

—¡Faykan! ¡Desconectad los escudos enseguida! ¡Es una trampa!

—¿Quién habla?

Naturalmente, la señal que Quentin envió desde su cabeza no tenía rasgos vocales reconocibles.

—Faykan, van a utilizar armamento láser. Y ya sabes lo que eso significa. ¡Desactiva los escudos antes de que sea tarde!

Al parecer, Faykan le creyó. Eran muy pocos los oficiales y los políticos de la estructura de mando de la Liga que conocían el punto débil de los escudos Holtzman.

—¡Desactivad escudos! ¡A todos los subcomandantes, desactivad escudos inmediatamente!

Aunque muchos se quejaron, el virrey repitió la orden con firmeza. Los escudos protectores se apagaron tan solo un segundo antes de que unos débiles e ineficaces rayos de energía chocaran contra el casco blindado de las naves, provocando solo algunos rasguños y daños superficiales,

nada importante. Solo quedaron unas pocas quemaduras. Los cimek volvieron a disparar los láseres, esta vez con más intensidad, pero ninguna de las naves de la Liga activó sus escudos.

Faykan comprendió que la misteriosa transmisión les había salvado.

—¿Quién es? ¿Tenemos un aliado entre los cimek? Identifíquese.

Dante aún no sabía lo que Quentin había hecho.

—Algo ha salido mal, pero tenemos otras formas de lograr nuestro objetivo. —La fuerza de ataque cimek se reagrupó y volvieron a cargar sus armas de proyectiles. Si las naves de Faykan mantenían los escudos desactivados, los explosivos los destrozarían.

—Saca a tus naves de aquí. Yo… si no serás… —dijo Quentin, pero calló, temiendo identificarse—. Confía en mí. Haz… que vuelva a derramar lágrimas de felicidad. —Esperaba que con eso bastara para que su hijo lo adivinara. No se sentía capaz de contar lo sucedido, todavía no. No quería ni pensar que el ejército de la Humanidad pudiera montar una operación de rescate por él, que acudieran a la base de los cimek en Hessra para intentar liberarlo. No, no quería que eso pasara. Él lo único que quería es que Faykan y los suyos huyeran antes de que Dante y sus poderosas naves los destruyeran a todos.

—¡Padre! —contestó Faykan por el canal de comunicación privado—. Primero… ¿es usted? ¡Pensábamos que le habían matado!

—¡Los Butler no somos criados de nadie! —gritó Quentin—. ¡Y ahora marchaos!

Cuando los seguidores de Dante se lanzaron de nuevo al ataque y arrojaron la primera andanada de proyectiles, de pronto Quentin comprendió que podía utilizar su nave como arma. No tenía lanza-proyectiles, pero modificó el rumbo,

llevó los motores a su máxima aceleración y se lanzó contra las filas de cimek, obligándolos a dispersarse como un perro que ahuyenta a un grupo de palomas. Las naves de los cimek tuvieron que virar para evitarlo. Por su sistema de comunicación Quentin oyó que parloteaban y discutían lo que debían hacer.

Quentin viró en un intento de chocar con alguno de ellos, pero los neos tenían mucha más práctica con aquellas formas mecánicas. Evitando chocar con él, empezaron a lanzar disparos para inutilizar su sistema de propulsión. De pronto sus palabras se convirtieron en un galimatías, porque empezaron a comunicarse en clave.

Los disparos rebotaban contra el casco, y Quentin trató con más empeño de llegar a Dante. Daría su vida de buena gana si podía llevarse por delante a uno de los tres titanes.

Dante ladeó su cuerpo de combate, y Quentin solo consiguió rozarlo por el costado. Cuando la vibración del impacto se extendió por su cuerpo metálico, el primero intuyó daños, pero no sintió dolor físico. La nave respondía con lentitud, y se preguntó si los daños serían graves.

Le alivió ver que la fuerza expedicionaria de la Liga se replegaba algo confusa, aunque no parecía que fueran a retirarse.

—¡Marchaos! ¡Marchaos enseguida o moriréis todos! —volvió a transmitir.

—¡El primero Butler debe de haberles advertido! —dijo Dante—. Bloquead sus señales.

Una onda de interferencias eliminó la posibilidad de nuevas transmisiones. Ya no podría explicar nada, no podría pedir perdón, ni siquiera podría despedirse de su hijo. Pero había hecho lo que debía. Y ahora la Liga sabría que seguía con vida.

Los disparos de los cimek no destruyeron la nave de Quentin, pero le provocaron los suficientes daños para

inhabilitar sus motores y dejarlo flotando a la deriva en el espacio. Indefenso e impotente. Una forma ignominiosa de acabar, pensó.

Los cimek tuvieron que remolcarlo hasta Hessra, y por el camino Dante estuvo regañándole y aleccionándole por aquella estupidez. Aun así, Quentin estaba satisfecho. Después de tanto tiempo sintiéndose completamente inútil, por fin había podido hacer algo por la causa de la humanidad. No se había perdido ni una sola vida en aquel encuentro.

Sin duda, en cuanto llegaran a Hessra, el general Agamenón lo dejaría encerrado en su contenedor y le sometería a una eternidad de estímulos dolorosos, si es que le dejaba seguir con vida.

Pero había valido la pena.

77

> Los mejores planes evolucionan sobre la marcha. Para que un plan triunfe de verdad, debe cobrar vida propia, una vida muy distinta de nada que su creador hubiera pensado.
>
> BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES

Vor siempre había sabido que los titanes seguían libres y que su padre no se quedaría cruzado de brazos para siempre, sobre todo ahora que Omnius estaba confinado. Desde el final de la Yihad, en diecisiete ocasiones se había dirigido al Parlamento de la Liga, insistiendo en que organizaran una operación militar para eliminar a los cimek en Hessra. Pero nadie lo consideraba necesario, y enseguida encontraban otras prioridades.

Siempre subestimarían a Agamenón.

Porce Bludd había hecho sonar las alarmas cuando regresó de Wallach IX con la noticia del ataque de los cimek y la supuesta muerte de Quentin Butler. Después de la oleada de terror provocada por las pirañas mecánicas —sobre las que Vor también había advertido a la Liga— y la aparición de una cepa más mortífera de la plaga en Rossak, Vor estaba seguro de que el gobierno saldría de su estado de complacencia.

Al menos esta vez no lo despacharon enseguida. A pesar de su aspecto juvenil, los representantes parlamentarios sabían que siempre había estado ahí, que era un veterano que había sobrevivido a sus compañeros de armas. Vor exigió una acción inmediata… lo cual se tradujo en meses de debate.

Un escuadrón entero del ejército de la Humanidad había desaparecido, presumiblemente destruido. Y ahora el virrey Faykan volvía con la alarmante noticia de que los titanes conocían el punto débil de los escudos Holtzman, un secreto que se había guardado celosamente durante toda la Yihad.

¡Y Faykan también informó de que habían convertido a su padre en cimek!

Aquello era un ultraje. Vor estaba que echaba humo. Pero al menos, por fin tenían un motivo para emprender algún tipo de acción, aunque seguramente no sería lo bastante rápida o contundente para su gusto.

Debía esperar instrucciones del gobierno pero, mientras llegaban, necesitaba alejarse de la locura de las reuniones diarias de los cultistas de Rayna, de las interminables sesiones del Parlamento, de sus irrelevantes deberes como bashar supremo del ejército de la Humanidad. «¿Cómo hemos podido llegar a esto?». Una parte de él añoraba los días de guerra abierta y enemigos declarados, cuando podía atacar por decisión propia y dejar que las consecuencias se vieran después. Siempre se había burlado de Xavier por su estricto apego a las regulaciones y las órdenes.

Cuando el bashar Abulurd Harkonnen le invitó a visitar un yacimiento arqueológico fuera de la ciudad, Vor aceptó encantado. El oficial recién ascendido le prometió serenidad, aire puro y un lugar donde podrían hablar, cosa que los dos necesitaban desesperadamente.

Aunque en principio se trataba de un pasatiempo, los dos estaban muy serios. Abulurd ya parecía mayor que su

mentor, y este lo trataba como si fuera su hermano pequeño. Hacía años que Leronica había muerto, y Vor ya no se molestaba en utilizar maquillaje ni tintes para parecer mayor. En cambio, sus ojos sí reflejaban el paso del tiempo, sobre todo ahora que sabía lo que Agamenón estaba haciendo.

El yacimiento arqueológico estaba a una hora en vehículo al norte de Zimia, en una soleada colina. Durante el trayecto, el chófer militar, un veterano de la Yihad que había recibido una grave herida en el pecho en Honru, no dejó de hablar de lo mucho que deseaba poder seguir ayudando, y dijo que rezaba a santa Serena cada día. Llevaba una pequeña insignia, parcialmente oculta, que lo identificaba como simpatizante del movimiento de Rayna. Su chófer los dejó y fue a buscar una zona a la sombra donde esperarles.

Los dos hombres se dirigieron solos hacia el yacimiento aislado. Leyendo los carteles y evitando sus pensamientos, Abulurd dijo:

—En otro tiempo esta zona estuvo habitada por budislámicos, antes de que fueran liberados de generaciones de esclavitud y fueran a establecerse a Planetas No Aliados.

—Tu padre jamás podrá liberarse de su esclavitud —musitó Vor, y sus palabras consiguieron que el silencio se hiciera de nuevo entre los dos. Quentin Butler era un cimek: nunca podría volver.

Los dos contemplaron aquellas antiguas ruinas, y Abulurd trató sin mucho entusiasmo de leer señales y explicaciones. Pero se sentía tan desgraciado que a veces las palabras no le salían.

—Tras dar la espalda a nuestra civilización, zensuníes y zenshiíes entraron en una época de oscuridad; hasta el día de hoy, la mayoría llevan una vida primitiva en planetas

remotos. —Miró la placa iluminada por el sol con los ojos entrecerrados—. Aquí también se han encontrado piezas de alfarería muadru.

—Los pensadores tienen cierta conexión con los muadru —dijo Vor—. Y Vidad es el único que queda con vida. —La sola mención de Vidad le hizo pensar en Serena y su muerte.

Ningún humano vivo había compartido una parte tan importante de la Historia y estaba tan resentido con los Titanes como él. Agamenón le había criado, le había entrenado, le había enseñado tácticas… y todo para que un día también él pudiera oprimir a sus esclavos humanos. Pero Vor había utilizado sus conocimientos durante la Yihad, y le habían ayudado a derrotar a las máquinas pensantes una y otra vez. Sí, conocía muy bien a Agamenón, y tenía intención de utilizar lo que sabía de una forma muy distinta a la que su padre esperaba.

Los dos hombres se sentaron sobre un montón de escombros y compartieron sus gyraks, unos sandwiches que los lugareños preparaban con pan molido a la piedra y carne muy especiada. Y para acompañar la comida bebieron unas botellas frías de cerveza salusana. Vor no dijo gran cosa, tenía la cabeza llena de preocupaciones. Se estremeció al recordar la «recompensa» que el general cimek le había prometido en su momento. «Si no hubiera escapado de la Tierra con Serena y Ginjo, Agamenón me habría convertido en cimek. De tal palo, tal astilla».

Desde su posición como militar destacado, Vor había luchado siempre por la Liga. La raza humana estaba agotada, y no tenía ni la energía ni el empuje necesarios para otra guerra tan larga. Muchos eran los líderes políticos que veían con horror el holocausto nuclear que había provocado en los Planetas Sincronizados. La mayoría ya no recordaban la urgencia, los horrores, la necesidad de

aquellos tiempos tan peligrosos. Se limitaban a agachar la cabeza al pensar en los millones y millones de esclavos humanos que habían muerto durante la aniquilación de Omnius. No recordaban que muchos más millones habrían muerto si las máquinas pensantes hubieran vencido. Vor ya había visto demasiadas veces lo voluble que puede llegar a ser la historia.

Y, ahora que Agamenón volvía a la carga, Vor sintió que debía librar una nueva batalla… él solo, sin nadie que le echara nada en cara.

Haciendo rechinar los dientes, miró a Abulurd.

—Sé lo que tengo que hacer —le dijo—. Necesitaré tu ayuda, y tu absoluta confidencialidad.

—Por supuesto, bashar supremo.

Y procedió a explicarle cómo pensaba acabar con Agamenón de una vez por todas.

78

Ten siempre presente que el fin es inevitable. Solo cuando aceptes que debes morir podrás alcanzar la verdadera gloria y aspirar a los honores más altos.

MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

Abulurd Harkonnen estaba sentado en primera fila, en los asientos reservados para invitados en el imponente edificio del Parlamento, mostrando con orgullo la insignia de bashar en los hombros y el pecho. El resto de asistentes a la ceremonia, una combinación de líderes políticos y militares, murmuraban entre ellos con poco entusiasmo.

El bashar supremo Vorian Atreides había solicitado dirigirse a la asamblea para hacer un importante anuncio… como tantas otras veces. Sin embargo, dado que a lo largo de los años había pronunciado advertencias y pronósticos tan pesimistas, los dignatarios ya no demostraban mucho interés por sus discursos. Estaban al corriente de los nuevos ataques de los cimek, y las pirañas mecánicas les habían recordado que Omnius seguía siendo una amenaza; evidentemente, esperaban que el viejo veterano les reprochara su falta de previsión.

Sin embargo, Abulurd conocía el verdadero motivo del discurso. Permanecía sentado, respirando agitadamente, manteniendo la calma, como un modelo de decoro.

Durante la mayor parte de la mañana, había estado ocupado con su trabajo en los laboratorios cercanos a la mansión administrativa del Gran Patriarca. Siguiendo órdenes del bashar supremo, su equipo de ingenieros seguía desmantelando y analizando las pirañas mecánicas, y habían activado algunas en condiciones cuidadosamente controladas. Los investigadores creían haber encontrado varias posibles formas de defensa si Omnius se decidía a utilizar aquellas feroces maquinitas otra vez. Y dos de ellos incluso habían construido el prototipo de un aparato de interferencias, no como el de los generadores de impulsos de Holtzman, sino algo más sencillo, una baliza que sobrecargaría y confundiría el programa de base de los bichitos.

Abulurd se había quitado su bata de laboratorio y se había puesto su uniforme militar para la ocasión. No era necesario el uniforme de gala, pero se lo puso por respeto al bashar supremo.

En aquel momento, en cuanto las altas puertas se abrieron y se anunció la llegada de Vorian Atreides, Abulurd se puso en pie y dedicó el saludo militar. Al ver esto, otros oficiales del ejército siguieron su ejemplo. El resto de los asistentes empezaron a levantarse, tímidamente al principio, y luego todos en masa.

Con expresión totalmente inescrutable, Vorian bajó con aire orgulloso por el pasillo. Había decidido mostrar su aspecto más imponente y llevaba un surtido extravagante de medallas, condecoraciones e insignias que había conseguido durante décadas de servicio militar. Mientras iba de camino al estrado, no dejó de oírse el tintineo de todas aquellas condecoraciones, tantas que daba la impresión que la tela del traje se le iba a desgarrar por el peso. Aunque estaba recién planchado, el uniforme parecía conservar una

sombra de manchas y sangre, como si la tela, al igual que el hombre, nunca pudiera quedar completamente limpio.

Miró hacia donde sabía que estaría Abulurd y sus ojos se encontraron. El corazón del oficial más joven se llenó de orgullo.

Con la cabeza bien alta, cuadrando bien los hombros, el bashar supremo subió los escalones del estrado, donde el virrey Faykan Butler presidiría la asamblea junto al Gran Patriarca. El uniforme de diario de Xander Boro-Ginjo era chillón y estaba cubierto de adornos innecesarios.

—Bashar supremo Vorian Atreides, le damos la bienvenida a nuestra asamblea —dijo Faykan—. Nos ha convocado para hacer un anuncio importante. Todos estamos deseando escuchar sus palabras.

—Y todos estarán agradecidos al saber que pienso ser breve —repuso Vor. Varios representantes de la primera fila rieron con disimulo—. Contando con este mes, llevo ciento trece años como soldado de la humanidad. —Hizo una pausa para que el número hiciera efecto—. Eso es más de un siglo luchando contra el enemigo y ayudando a proteger la Liga de Nobles. Aunque tal vez sigo pareciendo joven y fuerte, y aunque conservo mi salud y mis capacidades, dudo que nadie de esta sala me pueda discutir que he servido a la humanidad un tiempo más que suficiente.

Lentamente, paseó la mirada por la audiencia, y finalmente sus ojos se detuvieron en el virrey.

—Deseo dimitir con efecto inmediato de mi cargo en el ejército de la Humanidad. Hace diecinueve años se dio por terminada la Yihad. Mi tiempo para luchar ha terminado. Me tomaré un descanso y después volveré al trabajo con el objetivo de limpiar el nombre de Xavier Harkonnen.

Faykan respondió con presteza y suavidad, como si hubiera sabido en todo momento lo que Vor pretendía decir.

—Hablo en nombre de todos los aquí reunidos. Sabemos que ha dedicado mucho más que una vida al servicio en el ejército. Ante nosotros tenemos nuevos desafíos, los cimek, Omnius, pero es una labor que nunca termina. Parece que los enemigos de la humanidad siempre van a estar ahí. Un hombre solo no puede resolver todos los problemas, por mucho que quiera. Vorian Atreides, puede relajarse, retirarse y hacer lo que le plazca, y dejar que los demás sigamos con la lucha. Gracias por su dedicación ejemplar. Merece todo el honor y el respeto por nuestra parte.

El virrey empezó a aplaudir, y el Gran Patriarca lo imitó obedientemente. Pronto, todos en la sala se pusieron en pie para unirse a la ovación. Abulurd se dejó llevar por los aplausos, miró a su mentor lleno de emoción, de orgullo y tristeza a la vez. El Gran Patriarca ofreció su bendición oficial a Vor.

El bashar supremo miró a cada uno de los presentes asintiendo con el gesto. Solo Abulurd sabía que pensaba seguir con la lucha, aunque de una forma que la Liga jamás habría permitido. Cuando Vor salía del edificio cavernoso del Parlamento, acompañado por los vítores, felicitaciones y aplausos, Abulurd le siguió, con la esperanza de poder decir adiós a aquel hombre que tanto había hecho por él. Todo en el anuncio y la forma en que fue recibido había sido apropiadamente respetuoso, y sin embargo, Abulurd sentía cierta amargura. A pesar de todas las cosas buenas que Vor había hecho por la Liga, a pesar de que sus capacidades no se habían visto ni ligeramente mermadas, ni una sola persona en toda la sala hizo el más mínimo esfuerzo por evitar su marcha. Se alegraban de que se fuera.

79

La muerte puede ser un amigo, pero solo si llama en el momento oportuno.

Texto navacristiano (traducción discutida)

Sumida en la fiebre, Raquella soñaba que soñaba, veía las figuras y las esperanzas de sus antepasados, tan vívidas en la juventud, tan apagadas luego al encuentro con la dura realidad. Incluso su misterioso abuelo Vorian Atreides estaba allí, y Karida Julan, su abuela, la mujer que amó a Vorian… y muchos otros hombres y mujeres, héroes, cobardes, líderes y seguidores. Y Mohandas Suk.

Desde algún lugar, le llegaba el sonido de agua que goteaba… agua o algún otro líquido, como si marcara el paso del tiempo. E intuía que su cuerpo se estaba deshaciendo, incorporándose al ecosistema atemporal del planeta.

Rossak.

Nunca había pensado que moriría en un planeta tan extraño. Ella no había nacido allí, no tenía ninguna relación con Rossak, jamás habría ido hasta allí de no haberse producido un nuevo brote de la plaga, para ayudar.

Se sentía entumecida, como si flotara, y no notaba ningún tipo de sensación en la piel, no podía moverse. Era

como si algo muy denso y pesado cubriera su cuerpo y le estuviera sacando la vida de dentro. ¿El retrovirus? ¿Su responsabilidad imposible? Haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió llenar sus pulmones de un aire nutricio.

Jimmak Tero la había llevado a alguna parte, a un lugar oculto en la selva plata y púrpura. Raquella apenas estaba consciente cuando se la llevó, y solo recordaba sonidos y olores extraños y húmedos. No tenía ni idea de dónde estaba.

A pesar del continuo clamor que sentía en su mente y su cuerpo, intentó tranquilizarse. «No pasa nada. He hecho mucho bien en mi vida. Mohandas y yo hemos ayudado a las víctimas de la epidemia. Ha valido la pena sacrificarse».

Tiempo atrás, en Parmentier, Vorian Atreides le había dicho que estaba orgulloso; y desde entonces Raquella se había aferrado a aquella clase de comentarios, saboreando la emoción que aquel desconocido, su abuelo, sentía por ella. Después de aquello, Vor la había visitado en numerosas ocasiones, ofreciéndole su afecto y su apoyo incondicional. Ahora que lo conocía y se preocupaba por él, el orgullo y el respeto de su heroico abuelo significaba mucho para ella. El bashar supremo del ejército de la Humanidad era un hombre famoso e importante. Y se había tomado muchas molestias para encontrarla.

Raquella trató de contener las sacudidas de dolor que le recorrían el cuerpo; necesitaba toda su energía para seguir respirando. Se concentró en el sonido rítmico del goteo, manteniéndose en equilibrio en el mismo límite de la conciencia y la vida. Plop. Inspira. Plop. Espira.

Y pensó en tiempos pasados, en los pequeños oasis de felicidad que había encontrado en el desierto de agitación de su existencia. Había pasado casi toda la vida dedicada al trabajo, investigando, buscando avances, y no había tenido

muchas ocasiones de disfrutar de las deliciosas sorpresas que Dios ofrece. Pero su trabajo había servido de algo, y eso debía bastarle. Estaba tan cansada… tanto que casi estaba dispuesta a soltar el débil hilo que la mantenía unida a la vida.

El goteo se hizo más audible. Raquella notó algo en la cara, fresco, húmedo, e involuntariamente tragó. No era la primera vez que lo hacía, ahora se daba cuenta. ¿Cuánto hacía que estaba allí? ¿Y dónde estaba? El agua le había hecho algo… o ella le había hecho algo al agua. Qué curiosa sensación.

Raquella se movió, abrió los ojos y vio el rostro ancho e inocente de Jimmak, que estaba arrodillado a su lado, salpicándole agua en las mejillas y la frente. Su expresión se iluminó cuando vio que despertaba.

—Soy hombre doctor. Yo hago buen trabajo.

Raquella vio que estaba tumbada sobre el suelo de marga, junto a un estanque de aguas muy quietas. Raíces, paredes y techo de tierra: estaba en una caverna apenas iluminada. Fragmentos oblicuos de luz penetraban a través de los agujeros del techo bajo de la cueva, saturados de polvo en suspensión, y las telarañas, las raíces vellosas y las gruesas lianas descendían hasta el suelo.

Un moho fosforescente y azulado se aferraba a las paredes de piedra. Y el agua goteaba del techo y se deslizaba hasta el estanque pacíficamente, sin perturbar la superficie. Raquella oía el eco de unas voces y se dio cuenta de que había dos desconocidos al otro lado del estanque. Los dos tenían un cuerpo deforme. Uno de ellos, una joven muy flaca, la señaló.

—Creo que la señora doctora curada. —Jimmak hablaba despacio—. La fiebre se ha ido, pero la señora seguía dormida. Yo le eché agua mineral por encima, y bebió un poco. Eso la ayuda.

Raquella se estremeció, porque de pronto notó que su ropa de trabajo estaba empapada. Y reparó en la camilla suspensora, que estaba allí cerca, donde Jimmak la había dejado cuando la llevó hasta allí. Había leído sobre lugares como aquel, sumideros de piedra caliza. Su mente tambaleante trató de encontrar la palabra… un cenote.

—La metimos en el agua que cura —dijo Jimmak con tono de disculpa—. Mis amigos y yo. Un día entero. Y el agua se lleva la fiebre.

—¿Agua que cura? —Raquella se dio cuenta de que se sentía extrañamente enérgica.

—Sitio especial. —Jimmak sonrió—. Solo los Defectuosos lo sabemos.

—Eres muy listo, Jimmak. —Las palabras brotaban de su boca con dificultad, pero cada vez se sentía más fuerte—. Sabías exactamente lo que debías hacer para ayudarme. No creí que pudiera sobrevivir.

—Yo traigo ropa seca y mantas para usted —dijo Jimmak.

—Gracias. Creo… me sentiré mejor cuando me ponga ropa seca y limpia. —Porque la que llevaba puesta estaba muy fría y húmeda.

Con la ayuda de varias mujeres, muy alejadas de la belleza glacial y la altura de las hechiceras, Raquella entró en un pasaje lateral y se puso una túnica negra y ancha. Dejó su ropa mojada en un cubo que había bajo la camilla suspensora, volvió tambaleándose a donde estaba Jimmak y luego se acuclilló junto a él en el suelo frío y se lio con una manta seca.

Señaló con el gesto al grupo de desheredados, curiosos y tímidos.

—¿Quién es esta gente, Jimmak? ¿Por qué viven aquí?

—Las hechiceras nos echan a la selva. Piensan que los monstruos nos comen. —Sonrió—. Pero tenemos escondites secretos. Como éste.

Los fragmentos de luz bailaban sobre el agua del cenote, convirtiendo aquella cueva en un entorno mágico y relajante, muy distinto del odio y el desprecio de las mujeres telépatas y perfectas.

—Las hechiceras no vienen aquí. Los hombres de VenKee no vienen, los hombres recogen plantas y setas. —Jimmak estaba en pie—. Agua especial. Ahora las hechiceras se mueren, pero los Defectuosos no.

Raquella no podía negar que algo la había curado, y seguramente era el agua del cenote. Había asistido a suficientes pacientes y conocía los estadios de la nueva epidemia lo bastante para saber que nadie que llegara a aquel punto podía sobrevivir. Desde luego, cuando Jimmak la sacó de la ciudad de cuevas, el retrovirus la había hecho entrar en una espiral mortífera. Se estaba muriendo.

Pero era imposible saber qué contaminantes químicos se habían combinado para formar aquel estanque subterráneo. No podía pedir detalles técnicos a Jimmak. Pero no era raro que una determinada combinación de toxinas y derivados naturales fueran fatales para el retrovirus.

La clave estaba en aquellas aguas. Mohandas y su equipo habían trabajado sin descanso en su laboratorio orbital en el *Recovery*, pero hasta el momento todos los tratamientos habían fracasado. Si pudiera determinar cuál de los contaminantes presentes en el cenote era el que buscaban, reproducirlo y distribuirlo entre la población afectada del planeta, salvaría a mucha gente.

Aquella repentina esperanza hizo que se sintiera mareada y desorientada. Con pasos inseguros, caminó hacia el borde del plácido estanque subterráneo.

—Podemos traer a los otros enfermos aquí y curarlos. Gracias por enseñarme esto, Jimmak.

Los Defectuosos retrocedieron al oírla, y se ocultaron entre las sombras, gimiendo, musitando. Asustado, Jimmak

meneó la cabeza vigorosamente.

—Oh, no. No puede. Este es nuestro sitio especial.

Raquella frunció el ceño.

—Lo siento, Jimmak… pero mucha gente está muriendo. Esto nos da una esperanza. Soy médico. No puedo dejar pasar una oportunidad como esta.

El rostro de Jimmak enrojeció, y habló muy exaltado.

—Las hechiceras roban agua mágica. Y nos matarán por esconderla.

—No, Jimmak. Eso no…

—Las hechiceras siempre quieren matarnos. Quieren limpiar el… —Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar las palabras que su madre le había escupido—. Limpiar… los caracteres genéticos.

Raquella habría querido rebatirle aquello, pero había visto a Ticia Cenva, y sabía lo fría y cruel que podía ser. Si descubrían aquel manantial subterráneo, las hechiceras y los técnicos de VenKee se abalanzarían sobre él y destrozarían uno de los pocos lugares que tenían aquellos desheredados. Un lugar donde curar.

El desaliento se hizo evidente por la expresión de Raquella.

—Decenas de miles de personas se mueren, no solo entre las hechiceras, sino entre toda la población de Rossak. Todos. Tú lo has visto, Jimmak. No sabemos cómo curarles… y sin embargo, hay algo en esta agua que tiene un efecto terapéutico. —Suspiró—. De acuerdo. Yo llevaré una muestra del agua al doctor Suk. Así no hará falta que vengan a vuestro cenote sagrado.

Con la muestra de agua, Mohandas podía eliminar las impurezas y aislar la sustancia química que buscaban antes de que el tiempo se agotara para los que aún no habían enfermado. Nadie más tenía por qué saber nada sobre aquel lugar ni sus propiedades curativas. Jamás diría dónde había

encontrado el agua… es lo menos que podía hacer por Jimmak.

Jimmak, cada vez más histérico, gritó:

—¡No puede decirlo! Querrán saber de dónde sale el agua. ¡No! —Sus ojos parecían desesperados.

Raquella miró al rostro inocente de Jimmak, sus facciones regordetas, la mata de pelo. Sabía que no podría hacerle cambiar de opinión, y lo cierto es que le debía la vida. Y sin embargo, estaba muriendo tanta gente…

—Prometa, señora doctora. ¡Prometa!

Los otros Defectuosos la miraban con nerviosismo, algunos incluso con expresión agresiva, como si estuvieran dispuestos a matarla antes de permitir que les traicionara. Si no lograba convencerles, no la dejarían salir de allí. Y entonces no podría hablarle a Mohandas de la cura.

—Muy bien, Jimmak. Lo prometo. No traeré a nadie.

Pero ¿a qué se sentía más obligada… a salvar a los enfermos y moribundos o a mantener su palabra? Había demasiadas vidas en juego. No quería faltar a su honor… pero la decisión era evidente. Incluso si eso significaba engañar a Jimmak, no podía negar a toda aquella gente la posibilidad de curarse.

Evidentemente, las necesidades de una población enferma pesaban más que los deseos de un puñado de criaturas contrahechas. Haría lo posible por proteger a Jimmak y sus compañeros, pero no le negaría a Mohandas aquella pista. Si otra cosa no, al menos le llevaría una muestra de agua.

Y había una forma.

Los Defectuosos la miraban con expresión agresiva, y no dejaban que se acercara al estanque, como si temieran que tratara de robárselo. Raquella suspiró, volvió a tumbarse en la camilla suspensora y dijo que estaba lista. Jimmak le puso una venda en los ojos y la sacaron de la caverna.

—Prometa que no hablará a nadie de este sitio —le suplicó él acercando tanto la boca a su oído que Raquella sintió su aliento cálido.

—Tienes mi palabra —dijo ella sumida en la oscuridad.

Cuando Raquella regresó a las abarrotadas cámaras de la ciudad de cuevas, las hechiceras se congregaron a su alrededor llenas de asombro. Incluso Ticia Cenva pareció sorprendida al verla con vida.

—Ha vuelto de entre los muertos, y está curada —dijo la joven Karee Marques, sin hacer caso de las otras—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Eso no importa —repuso Raquella, reparando en la expresión de desaprobación del rostro de Ticia—. Es posible que haya encontrado la solución para salvaros a todos.

80

> Un buen plan ha de ser flexible; y hasta se puede aceptar que tenga resultados inesperados… siempre y cuando sean lo suficientemente trascendentales.
>
> YOREK THURR, diarios secretos de Corrin

Después de tantos años viviendo entre máquinas pensantes, Yorek Thurr casi había olvidado lo emocionante que era acechar y colarse en los sitios.

Durante buena parte de su «primera vida» en la Liga de Nobles, había desarrollado complejas técnicas de engaño y observación para la policía de la Yihad. Podía espiar donde él quisiera, o matar a un hombre de cien formas diferentes. Pero después de actuar como gobernante indiscutible de Wallach IX y luego quedar atrapado en Corrin, estaba algo oxidado.

Así pues, aquella noche, ya muy tarde, cuando se coló en la mansión administrativa del Gran Patriarca, le alegró comprobar que conservaba las capacidades necesarias. Había guardias patrullando la zona, y primitivos sistemas de seguridad para controlar las ventanas y entradas. Pero le resultó tan fácil engañar a aquellos sistemas electrónicos de vigilancia y los sensores del perímetro como a los guardas complacientes y medio dormidos.

Cuando trabajaba en la Yipol, Thurr se acostumbró a no dormir ni levantarse nunca a la misma hora. Cambiaba sus horarios continuamente, permaneciendo despierto durante días o durmiendo solo unas horas en un bunker. Iblis Ginjo siempre lo consideró una divertida manifestación de paranoia, pero Thurr no se andaba con bromas.

Una de las ventanas altas y pequeñas estaba abierta. Thurr se arrastró por un saliente del tejado y se descolgó al nivel de la ventana e introdujo las piernas por la estrecha abertura. Encogió los hombros y se deslizó al interior como una anguila, y se dejó caer en silencio sobre el suelo de mármol. Caminó por el salón, hasta la suite abierta de Xander Boro-Ginjo.

Cuando encontró la habitación del Gran Patriarca, vio que aquel bufón estaba solo, roncando plácidamente en su cama junto a una fuente cuyo borboteo ahogó el sonido de sus sigilosos pasos. Quizá Xander no era lo bastante interesante para tener vicios más complejos. Thurr frunció el ceño. Cualquier líder que se preciara debía tener alguna extravagancia. Aquel Gran Patriarca consentido, a quien habían colocado la cadena de mando gracias a los manejos políticos de su abuela, no merecía dirigir a los supervivientes de la humanidad. Lo que la humanidad necesitaba era un visionario como él, alguien con visión de futuro, inteligencia y agallas.

Thurr se inclinó sobre aquel hombre corpulento como una madre a punto de dar el beso de buenas noches a su hijo. Apartó el zumbido insistente que escuchaba en su cabeza y se concentró en lo que tenía que hacer.

—Despierta, Xander Boro-Ginjo, para que podamos ir al grano. Esta es la cita más importante de tu vida.

El Gran Patriarca dio un bufido y se incorporó en la cama. Estaba desnudo. Cuando la boca del hombre se abrió para barbotear una pregunta, Thurr extendió con calma el

pequeño tubo de spray que llevaba en la mano y le aplicó un chorro de líquido por la garganta. Xander tosió, le dieron arcadas y se llevó las manos al cuello. Tenía los ojos desorbitados, como si pensara que acababan de clavarle un estilete.

—No es veneno —dijo Thurr—, solo es para neutralizar tus cuerdas vocales. Puedes susurrar, así que podremos hablar de lo que nos ocupa, pero no puedo permitir que grites pidiendo ayuda. Incluso tus guardas incompetentes serían una distracción. En estos tiempos que corren cuesta mucho concentrarse. —Se acarició su calva lisa.

Xander jadeó y susurró, y finamente logró pronunciar unas palabras roncas.

—¿Qué? ¿Quién...?

Thurr frunció el ceño.

—Ya te dije quién soy. ¿Cómo puedes haberte olvidado en solo unos días? Tuvimos una discusión en tu despacho. ¿No me recuerdas?

Los ojos de Boro-Ginjo se abrieron más. Gritó, llamando con un susurro a sus guardias, pero sus palabras no eran más que un gañido.

—No me hagas perder más tiempo. Esta noche nos esperan grandes cambios. Los anales de la Liga recordarán esto como un momento decisivo en la Historia de la humanidad. —Thurr sonrió—. No deberías despacharme hasta que sepas lo que ofrezco. He vivido muchos años en Corrin, y traigo información vital sobre Omnius. Conozco secretos sobre las máquinas pensantes que podrían ser cruciales para nuestra supervivencia.

Xander abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua.

—Pero... pero las máquinas ya no son una amenaza. Están todas atrapadas en Corrin.

A Thurr le dieron ganas de abofetearle.

—Omnius siempre es una amenaza. No lo olvides. —Porque toda su vida, la base de su poder, la razón de su existencia, había girado en torno al conflicto de la Yihad. Y si la Liga creía realmente que las máquinas estaban neutralizadas, tendría que encontrar otra forma de dejar su huella. Ante todo, lo que Yorek Thurr no quería de ninguna manera era ser una figura irrelevante.

Xander volvió a llamar entre susurros a sus guardas, y Thurr le golpeó su rostro carnoso y le dejó una marca bien roja. El Gran Patriarca se sacudió de la rabia. Seguramente a aquel consentido nunca le habían tratado de aquella forma.

Thurr fue tranquilamente hasta el buró que había junto a la cama de Xander y con gran reverencia cogió la cadena de mando entrelazada que el Gran Patriarca lucía normalmente sobre los hombros.

—Yo mismo la diseñé con la viuda de Iblis Ginjo —dijo mirando a aquel hombre asustado, que seguía sentado sin decir palabra en su cama—. Cuando Xavier Harkonnen asesinó a Iblis, nos reunimos en una sesión de emergencia para decidir cómo dirigir la Yihad y mantener a la Liga de Nobles por el buen camino. Por razones políticas, y porque era lo que la gente prefería, Camie insistió en suceder a su marido en el cargo, y me prometió que yo sería el siguiente. Pero, diez años más tarde, le pasó la cadena de mando a su hijo Tambir. No lo consultó conmigo, sencillamente, lo decidió sin más. —Sus fosas nasales se hincharon—. Yo estaba furioso. La amenacé con matarla. Y ella se rio en mi cara. Después de todo lo que había hecho por el ejército de la Yihad, tantos años luchando para que los humanos fueran fuertes frente a las máquinas pensantes… ¡ella me traicionó! Y por eso… cambié mis alianzas. —Hizo tintinear la cadena ornamentada, con expresión amenazadora—. Pero ahora esto me pertenece por derecho. Debes dimitir.

—Yo… no puedo dimitir como cabeza espiritual de la Liga —dijo Xander con su voz débil y susurrante—. La sucesión no va de esa forma. No sabe usted nada de política, señor.

—Entonces habrá que quitarte de en medio de otra forma. Pero, primero, creo que tendrías que preguntarte una cosa. ¿Qué has hecho tú por la raza humana? ¿En qué has beneficiado a la Liga como Gran Patriarca? La respuesta es evidente.

Desnudo, Xander bajó a gatas de la cama y trató de correr como una vaca torpe. Pero Thurr se movió con la rapidez de un hurón y le cerró el paso. Le estampó la mano en el esternón y le hizo retroceder hasta el borde de la cama. El hombre cayó hacia atrás.

—Deduzco que esa es tu decisión, ¿eh?

Thurr se sentó junto a la figura regordeta y temblorosa del Gran Patriarca. Se había puesto casi en posición fetal, y parecía indefenso, a punto de echarse a llorar. Sacando una bravuconería que no sentía, Xander dijo con voz chillona:

—No puede matarme… soy el Gran Patriarca.

Thurr entrecerró los ojos, arrugando su frente curtida.

—Mira, Xander, me parece que no lo entiendes. Fui yo quien ideó los bichitos asesinos que Omnius envió contra Zimia, y la plaga. Soy personalmente responsable de más muertes que ningún ser humano de la historia. A estas alturas ya habré matado a unos cien mil millones de personas.

El Gran Patriarca volvió a saltar en un patético intento de huir, pero Thurr lo aferró por la muñeca. De un tirón le obligó a sentarse de nuevo, y le pasó el brazo por el cuello en un gesto informal, casi amoroso. Mientras Xander barboteaba, Thurr apretó, y luego tiró con fuerza hacia atrás, hasta que oyó partirse la columna. Y siguió sujetándolo hasta que dejó de sacudirse y retorcerse.

—Vaya, con este ya hacen ciento uno.

Y, tras dejar que el cuerpo cayera sobre las sábanas, se colocó la cadena de mando alrededor del cuello con orgullo y volvió a salir a la noche. Cuando las alarmas sonaron por fin en la ciudad, horas más tarde, él aún estaba arrebolado de la emoción, pensando en todas las cosas que haría cuando tomara el control.

Una cosa estaba clara, habría que mejorar la seguridad.

81

Para que haya traición, antes debe haber sonfianza.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES,
mensaje privado a Abulurd Harkonnen

Vorian Atreides partió solo en busca de su padre tirano. Sabía que no podía confiar en la letárgica Liga, ni siquiera ante una crisis tan evidente. Él se ocuparía de la amenaza cimek. Personalmente.

Con el corazón apesadumbrado, se separó de Abulurd, que seguiría trabajando en las defensas contra los bichitos mecánicos y reuniría documentos históricos que ayudaran a limpiar el nombre de Xavier Harkonnen. Por el momento, la comisión asignada por la Liga no había hecho gran cosa por aclarar los hechos.

Cuando partió a bordo del *Viajero Onírico*, deseó haber podido volver una vez más a Caladan, para ver a sus hijos. Ese era el destino que había dado ante la Liga, pero no podía ser. Si Estes y Kagin sospechaban que algo iba mal, se sentirían obligados a tratar de disuadirle. O quizá se limitarían a recibirle formalmente, hablarían de cosas inconsecuentes y esperarían a que se fuera para poder seguir con sus vidas.

Al menos no le odiaban, como él a su padre.

Vor nunca había visto un lugar más desolador que Hessra. Durante su viaje en solitario, estuvo visionando holovídeos de la visita de Serena Butler a los pensadores de la Torre de Marfil, pero ni siquiera esas imágenes le habían preparado para tanta desolación.

Vor escogió con cuidado las coordenadas para el aterrizaje —necesitaba un lugar desde donde pudiera ver la antigua fortaleza medio enterrada en el glaciar— e hizo descender la vieja nave de actualizaciones no muy lejos, en el inmenso valle de hielo que había al pie de los picos escarpados. Cuando bajó de la nave negra y plateada, bien abrigado para protegerse del frío y el viento, Vor dio sus primeras bocanadas de aquel aire enrarecido y poco acogedor.

«Estoy en territorio cimek. Podrían eliminarme fácilmente. Enseguida lo sabré». Pero estaba seguro de que su padre querría regodearse, que le interrogaría o le torturaría. Ninguno de los cimek haría nada sin una orden directa del general.

Notó que el hielo vibraba bajo sus pies y levantó la mirada a las torres cubiertas de hielo de la ciudadela. Unas inmensas puertas se abrieron con un sonido atronador bajo las torres. Las máquinas empezaron a salir, un espantoso zoológico formado por máquinas voladoras y artefactos móviles blindados con forma de cangrejo. Cada una de ellas llevaba el contenedor cerebral de un neocimek, de un sirviente de Agamenón. En medio del aire helado, oía el estruendo de los pesados pies mecánicos, el zumbido de poderosos motores, el ominoso sonido de las armas que se estaban preparando.

Pero Vor hizo frente a aquella fuerza de máquinas con cerebro humano, solo, sin miedo. Cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó los pies con fuerza, consciente de que parecería engreído y poco impresionado.

Los cimek con formas voladoras pasaron de largo, envueltos en el rugido de sus motores. Las formas móviles de combate avanzaron, con las torretas de artillería extendidas. De sus tiempos como humano de confianza en la Tierra, Vor reconocía muchas de aquellas formas y diseños. «Hubo una época en que lo que más quería en el mundo era ser uno de ellos».

Un cimek volador con formas angulosas revoloteaba a su alrededor, y Vor vio el resplandor de una holocámara enfocando su cara, transmitiendo sin duda a los centros de control de la ciudadela. Vor ladeó la cabeza y gritó:

—Soy Vorian Atreides. Decidle a Agamenón que su hijo ha vuelto. Él y yo tenemos mucho de qué hablar.

El neocimek que flotaba por encima hizo salir unas garras mecánicas y cogió a Vor por el torso. Él no se molestó en resistirse, porque sabía que el neo solo trataba de intimidarle. Si alguno de aquellos subordinados le hacía daño, tendría que enfrentarse a la ira de Agamenón. Eso esperaba.

Sujetando a Vor con sus garras metálicas, tan fuerte que casi no le dejaba respirar, el neo volvió a la ciudadela de los pensadores. En el valle de hielo, otros neos rodearon el *Viajero Onírico* y se adueñaron de la nave de actualización. Algunas de las formas móviles más pequeñas manipularon los controles, tratando de entrar. Vor esperaba que no dañaran la nave. Pero si eso pasaba, ya estaba preparado. Salvar su vida solo era algo secundario.

El neocimek entró con él por una abertura en una gruta excavada bajo la fortaleza. Los cimek habían sacado siglos de hielo glacial, reabriendo cámaras e instalaciones que los pensadores de la Torre de Marfil habían abandonado hacía mucho. En el interior de la cavidad, el neocimek volador depositó a Vor en el suelo. El lugar parecía una zona de almacenamiento o preparación, y el suelo y las paredes

estaban cubiertos de escarcha. A su alrededor, Vor vio una gran cantidad de formas cimek móviles, formas voladoras y otras igualmente ominosas, pero sin ningún cerebro conectado.

Vor se sacudió la ropa, respiró hondo y recuperó la compostura. Haciendo caso omiso de la forma voladora que le había dejado allí con tan poca ceremonia, se puso de cara a un túnel desde donde llegaba el retumbar de unos pasos que se acercaban. Un titán, sin duda. Con expresión de calma y determinación, Vor se preparó para reencontrarse con su padre. Llevaba un siglo imaginando aquel momento.

Agamenón apareció, con sus poderosas patas metálicas y el vistoso armamento, tan exagerado como siempre. Sonriendo, Vor miró la torreta de la *cabeza*, con su galaxia de titilantes fibras ópticas.

—Bueno, padre… ¿te alegras de verme?

El cimek se alzaba sobre Vor. Como mínimo tenía el doble de su altura y varias veces su envergadura. Dos brazos mecánicos de tamaño humano aparecieron en la parte frontal del caparazón y abrieron un panel justo delante del contenedor donde estaba protegido el cerebro.

—Lo bastante para convertirte en bocados de carne y hueso. —La voz colérica de Agamenón sonaba como piedras partiéndose—. ¿Por qué has venido?

Vor siguió sonriendo y mantuvo la voz tranquila.

—¿Es este el amor incondicional que muestra un padre a su hijo? Dado que ya has matado a todos tus otros vástagos, pensé que al menos querrías escuchar lo que vengo a decirte. ¿Así me das la bienvenida?

—Darte la bienvenida no es lo mismo que confiar en ti. Por el momento, no haré ni lo uno ni lo otro.

Vor se obligó a reír entre dientes.

—¡Así habla el auténtico general Agamenón! —Vor levantó las manos y se tocó el rostro suave y juvenil—.

Mírame, padre. No he envejecido nada gracias al tratamiento de extensión vital al que me sometiste. ¿No crees que te estoy agradecido?

La enorme forma móvil caminó pavoneándose lentamente sobre el suelo helado, haciendo saltar chispas de la roca.

—Eso fue algo que hice cuando aún me eras fiel.

Vor contraatacó con rapidez.

—Ah, sí, cuando tú eras fiel a Omnius. Las cosas cambian.

—Podías haber vivido milenios… como cimek. Pero desaprovechaste la oportunidad.

—Sopesé las diferentes opciones y elegí la mejor. Estoy seguro de que lo entiendes, padre… es exactamente lo que me enseñaste. Después de todo, yo escapé del yugo de Omnius décadas antes que tú.

Agamenón no parecía contento, y no era precisamente paciente.

—¿Por qué has venido?

—Te he traído un regalo. —Los neos retrocedieron, como si pensaran que iba a sacar una bomba—. Yo.

La risa sentida de Agamenón resonó por la caverna.

—¿Y para qué podría quererte?

—He vivido demasiado tiempo entre fracasados. Estoy preparado para reanudar nuestra relación.

—¿Y esperas que me lo crea? —replicó el cimek con tono cáustico—. Traicionaste a las máquinas pensantes para ayudar a los humanos en su Yihad.

—Cierto, pero tú y tus cimek también habéis cambiado de bando, y en más de una ocasión. —Vor se atusó su pelo oscuro—. Me gustaría que escucharas mis motivos y veas si llegamos a la misma conclusión.

Y, tratando de controlar los temblores en aquella cámara helada, expuso una exagerada letanía de fracasos de la

Liga, cómo la gente se negaba a implicarse lo bastante para destruir a Omnius en Corrin de una vez por todas, que lo trataban como a una vieja reliquia aunque tuviera el aspecto de un joven inexperto.

—Mi esposa ha muerto, y mis hijos son unos extraños para mí. Una y otra vez, la Liga ha dejado claro que no tiene nada que ofrecer a un viejo caballo de guerra. Están muy ocupados desperdiciando todas las victorias, mis victorias, conseguidas contra los Planetas Sincronizados. No son capaces de ver más allá de unas pocas décadas, y solo les preocupa el futuro más inmediato. No como los titanes, padre, que no se han movido de sus propósitos desde hace más de mil años. Pero, miraos, padre. Un puñado de cimek que se esconden en un planetoide helado aunque ya hace mucho que Omnius fue derrotado. Sinceramente, a ti y los tuyos os iría muy bien mi ayuda.

Agamenón habló con aire ofendido.

—¡Poseemos muchos mundos!

—Mundos muertos y radiactivos que nadie quiere. Y unas pocas colonias que ya estaban debilitadas por la plaga.

—Estamos creando una base de poder.

—Oh, ¿y por eso capturasteis a Quentin Butler y lo habéis convertido en cimek? Evidentemente, necesitáis sangre fresca, gente con talento para ocupar puestos de mando. ¿No preferirías tenerme a mí antes que a un rehén que no coopera?

—¿Y por qué no tenerlos a los dos? —La forma móvil retrocedió, haciendo destellar otro grupo de armas proyectiles—. Es posible que, a no mucho tardar, logremos doblegar a Quentin.

—Yo podría ayudaros con eso. —Vor se acercó al monstruo, poniéndose al alcance de sus poderosas garras de metal—. No te culpo por recelar de mí, padre… después de todo, tú me enseñaste. Pero soy carne de tu carne y

sangre de tu sangre, soy tu hijo… tu último hijo. Ya no puedes tener más descendencia. Soy tu última oportunidad de tener un sucesor digno. ¿Quieres aprovecharla o la vas a desperdiciar?

Mientras el comentario hacía su efecto, Vor contempló el despliegue de cargas eléctricas del cerebro que había en el contenedor. Agamenón estiró sus patas mecánicas y levantó a Vor del suelo.

—Contra lo que dicta mi sentido común, te concedo el beneficio de la duda… por ahora. Somos familia otra vez, hijo.

Cuatro días después, estaban fuera, en el frío glaciar, bajo los cielos cuajados de estrellas de la aislada Hessra. El aire era demasiado enrarecido y frío para el cuerpo de Vor, y se había puesto uno de los trajes especiales que trajo con él en el *Viajero Onírico*. Aquella prenda protectora despedía destellos helados.

Allá en lo alto, por un instante, apareció la brillante estela de un meteorito. Y luego se desvaneció para siempre.

—Cuando seas un cimek como nosotros y estés ayudándonos a mí, a Juno y a Dante a establecer la nueva Era de los Titanes, tu perspectiva abarcará milenios, no simples décadas.

Vor tenía que correr para seguir el paso a las largas zancadas de la forma mecánica. Con cierta añoranza, recordó sus años de juventud e inocencia, cuando seguía alegremente a su padre por las calles de la Vieja Tierra. En aquel entonces estaba ciego, engañado, y no veía nada malo en la tiranía de Omnius. Vor estaba orgulloso de servir a las máquinas pensantes como humano de confianza, y ni siquiera se le había pasado por la imaginación que su padre fuera un personaje corrupto.

—¿Recuerdas cuando te esperaba cada vez que volvías de luchar contra los hrethgir? Te atendía, escuchaba tus historias, limpiaba todas tus piezas y sistemas.

—Y entonces me traicionaste —gruñó Agamenón.

Vor no picó el anzuelo.

—¿Preferirías que hubiera seguido luchando para Omnius? De un modo o de otro, habría estado en el bando equivocado.

—Al menos por fin has entrado en razón. Aunque me gustaría que no hubieras tardado un siglo entero en hacerlo. La mayoría de hijos pródigos se habrían muerto de viejos hace tiempo.

Vor rio entre dientes.

—En ese caso, creo que juego con ventaja.

—Tenía otros trece hijos —dijo Agamenón—, y tú eres el mejor dotado de todos.

—Cuando estaba con Seurat —dijo Vor poniéndose más serio—, antes de que… cambiara de bando, descubrí por las bases de datos que fuiste tú quien mató a esos otros hijos.

—Todos eran defectuosos —replicó Agamenón.

—Yo también lo soy. Lo admito. Si lo que querías era perfección, tendrías que haber seguido sirviendo a las máquinas pensantes.

—Yo solo buscaba alguien digno de convertirse en mi sucesor. Recuerda, yo derroqué el Imperio Antiguo, luchando lado a lado con el gran Tlaloc. No podía pasar el cetro de mando a alguien que demostrara debilidad o inseguridad.

—¿Y ninguno de tus otros hijos tenía ninguna virtud?

—Algunos eran lentos, poco ambiciosos, o abiertamente desleales. No podía tolerarlo, así que los maté y empecé de nuevo. Fue como quitar la mala hierba. Hace siglos, antes de convertirme en cimek, almacené bastante esperma, por tanto, no había razón para que me conformara con un

heredero mediocre. Pero tú eres el último, Vorian. Como bien sabes, todo mi esperma se perdió con el ataque atómico a la Tierra. Eres el único hijo que me queda... y durante muchas décadas creí que te había perdido.

—El universo no es estático, padre.

—Y has vuelto en el momento justo. Albergaba grandes esperanzas con respecto a Quentin Butler, pero se resiste a lo inevitable y hace inútiles nuestros esfuerzos. Nos odia, aunque su futuro está a nuestro lado, porque nunca podrá volver a la Liga, no podrá volver a ser humano. Podríamos seguir con nuestra labor de manipulación, y tal vez consigamos convertirlo en un aliado. Pero si te tengo a ti, ya no necesito la experiencia de Quentin. Cuando te convierta en cimek, serás mi heredero, el próximo general de los titanes.

—La historia es imprevisible, padre. Quizá sobrevaloras mis capacidades.

—No, Vorian. —La inmensa forma móvil levantó un brazo articulado para achuchar al pequeño humano—. Cuando seas cimek, serás invencible, como yo. Y entonces podré llevarte sin riesgo a muchos de los mundos que hemos reconquistado y convertirte en rey de los que tú quieras.

Vor no estaba impresionado.

—Podía haber gobernado cualquier mundo de la Liga si hubiera querido, padre.

—Cuando seas cimek, tu nueva existencia será por sí sola una maravillosa recompensa. Según creo recordar, cuando eras un humano de confianza, me suplicabas que te diera una oportunidad. Estabas deseando que te permitiera someterte a la intervención para ser tan fuerte como los otros titanes.

—Y aún lo deseo —dijo Vor, tragándose la bilis que sentía en la garganta y asegurándose de que su voz parecía entusiasta. Finalmente, caminando lado a lado, volvieron a

las torres medio enterradas de los pensadores—. Espero que ese día llegue pronto.

—Antes de la conversión, debes saber que tu forma biológica tiene una ventaja, un recurso que yo perdí hace tiempo.

—¿Y cuál es, padre? —De pronto, Vor sintió frío por dentro.

La forma móvil gigante siguió avanzando sobre el hielo.

—Eres mi hijo, mi descendencia, el único vestigio que queda de la antigua casa de Atreus. Y, aunque todo mi esperma se destruyó en la Tierra, tú aún tienes la capacidad de continuar nuestra estirpe. Debes donarlo. Juno ya tiene el aparato preparado en las cámaras de los pensadores. Antes de que te permita convertirte en cimek, debes cumplir con tu deber.

A Vorian el estómago se le revolvió, pero sabía que no lograría disuadir a su padre. Por tanto, tendría que proporcionar las muestras genéticas que el líder titán le pedía. Pensó en Estes y Kagin, en Raquella. No importa lo que pasara allí, ellos serían su verdadero legado. Se notaba la garganta seca por los nervios, pero no vaciló.

—Haré lo que haga falta, padre. He venido a ti para demostrarte mi lealtad. Que done parte de mi esperma para asegurar las generaciones futuras de Atreides… no es ningún gran sacrificio.

Mientras estaban en pie, frente a las torres de los pensadores, las arcadas que llevaban a los oscuros pasajes los esperaban como fauces hambrientas. Vor entró, preparado para lo que fuera.

82

> Sinceramente, ¿qué es mejor, recordar u olvidar? Debemos sopesar bien esta decisión entre nuestra humanidad y nuestra historia.
>
> BASHAR ABULURD HARKONNEN, diarios privados

El asesinato del Gran Patriarca provocó un gran revuelo en la Liga. El virrey Butler trataba de mantener la calma y la estabilidad mientras las acusaciones y las sospechas volaban en todas las direcciones. Todo personaje que ostentara una posición de poder tenía su cuota de rivales políticos, pero Xander Boro-Ginjo era demasiado blando, no podía inspirar un odio tan grande como para que lo asesinaran. Resultaba difícil creer que alguien pudiera sentir otra cosa que no fuera irritación o impaciencia por él.

Aunque Faykan expresó su ira y su sorpresa por el asesinato, se tomó su tiempo para nombrar a un sustituto. De forma temporal, el hermano de Abulurd nombró a un grupo de delegados que asumieran las funciones de Xander que, una vez distribuidas, resultó que eran en su mayor parte insignificantes y de carácter puramente ceremonial.

Un puñado de individuos que aspiraba al cargo de Gran Patriarca exigió una solución rápida. El virrey hizo una firme declaración: dado que, por defecto, las personas más próximas a Xander debían considerarse sospechosas, no

nombraría un sucesor hasta que la investigación terminara. Abulurd sospechaba que su hermano trataba de ganar tiempo, aunque no entendía para qué.

El nuevo bashar dedicaba la mayor parte de su energía a las investigaciones que se realizaban en los laboratorios próximos a la mansión administrativa del Gran Patriarca, que estaba acordonada debido a la investigación. En aquellos momentos, uno de sus trabajadores salió corriendo de una de las oficinas exteriores con expresión de alarma.

—Tendría que venir a ver lo que pasa en la calle, bashar. El Culto a Serena se está manifestando. Son una multitud.

—¿Otra vez? —El laboratorio estaba aislado por motivos de seguridad, por eso Abulurd no estaba al corriente de los disturbios del exterior. El bashar había visto muy pocas veces a su sobrina Rayna desde que la llevó a Salusa, pero conocía su afición por destruir material avanzado—. Quedaos aquí y atrancad las puertas. Hay que proteger nuestro trabajo a toda costa, porque si los del Culto entran aquí ya sabéis lo que harán.

Los técnicos y los ingenieros del laboratorio, que no sabían nada sobre autodefensa ni combate, parecieron asustados ante la idea.

—¿Si... si entran?

—Haced lo que podáis —dijo él al ver sus caras.

Y salió para ver qué había encendido a las masas aquel día.

En las calles, Rayna Butler, que se había convertido en una mujer delgada de treinta y tantos y seguía sin pelo y con la piel muy clara, marchaba a la cabeza de sus cruzados. Avanzaban como una marea por las avenidas, con estandartes y carteles, cantando, esgrimiendo armas. La vertiente más fanática y agresiva de aquel culto se había difundido por mundos devastados donde casi no había ni leyes. En cambio, allí, en Zimia, Rayna controlaba más a su

gente debido a su acuerdo con Faykan. Abulurd temía que aquello no fuera más que una medida temporal. El Culto a Serena era como una olla de humanos desesperados que cada vez se acercaba más al punto de ebullición.

Muchos de aquellos fanáticos llevaban imágenes de figuras heroicas, incluidos los tres mártires, y gritaban pidiendo justicia. Desde sus casas y sus tiendas, la gente salía inquieta a ver pasar la procesión, temiendo que la chusma se desbocara si les azuzaban.

—¿Sabe por qué protestan esta vez? —preguntó Abulurd a un tendero que había allí cerca.

—El Parlamento acaba de difundir la imagen del hombre que asesinó al Gran Patriarca —contestó el hombre, mirando la insignia militar que Abulurd llevaba en su uniforme de trabajo.

—Entonces, ¿ya le han cogido? ¿Ya saben quién es?

—No, nadie lo sabe. No han podido reconocerle.

—¿Y por qué está tan ofendido el Culto a Serena? —Abulurd contempló a los seguidores que pasaban ante ellos exigiendo justicia—. Que yo sepa nunca les ha importado el Gran Patriarca.

—Pues ahora que ha muerto dicen que era un santo y que aceptó la visión de Rayna.

Abulurd frunció el ceño. El Culto a Serena hacía suyas muchas causas solo para aumentar su importancia. El tendero le entregó la fotografía, una imagen captada por las cámaras de seguridad que rodeaban la mansión administrativa del Gran Patriarca. Y coincidía con otra fotografía tomada en las oficinas de Xander Boro-Ginjo. Abulurd frunció el ceño mientras contemplaba la imagen del asesino, un hombre calvo y de piel cetrina. Le resultaba familiar.

El texto del informe decía que en un primer momento el individuo en cuestión se infiltró en las oficinas del Gran

Patriarca y provocó ciertos trastornos. Los guardas se lo llevaron bajo custodia, pero escapó antes de que la detención pudiera cursarse. Unas noches más tarde, el desconocido volvió, se coló en el dormitorio del Gran Patriarca y le mató. Se suponía que era un asesino a sueldo. Nadie lo reconocía entre el grupo habitual de conocidos y rivales de Boro-Ginjo.

Ya se habían hecho acusaciones de incompetencia en numerosas direcciones. Algunos hasta propusieron recuperar la ruda policía de la Yihad para que impusiera orden. Abulurd había estado revisando la documentación disponible sobre Xavier Harkonnen, y pensó en todos los supuestos espías de las máquinas que la Yipol había capturado en tiempos de su abuelo, en las purgas que se llevaron a cabo. ¿Es posible que el asesino de Xander fuera uno de los insidiosos humanos que eran leales a Omnius? ¿Seguiría con vida alguno de ellos, o habrían desaparecido todos, al igual que la Yipol?

Entonces la respuesta le golpeó como un mazazo. Entrecerró los ojos y miró el rostro de aquel individuo con mayor detenimiento. Las facciones no habían cambiado gran cosa… tenía prácticamente el mismo aspecto que en las imágenes de archivo. ¡El comandante de la Yipol Yorek Thurr!

A fin de ayudar a la comisión que se había creado a petición de Vor, Abulurd había estudiado los archivos con la carrera de su abuelo y su caída en desgracia. Conocía muy bien a Thurr. Y aunque el hombre siempre se mantuvo en la sombra y evitaba las holofotografías, Abulurd había tenido acceso a archivos confidenciales de la Liga y se acordaba muy bien de su cara. Thurr y Camie Boro-Ginjo habían dirigido una efectiva e implacable campaña para desacreditar los grandes logros de Xavier y pintarlo como un cobarde traidor. Ni siquiera Vorian Atreides había podido

hacer nada para frenar la demonización sistemática de su amigo.

Pero la nave de Thurr había estallado hacía sesenta y cinco años. Había muerto. No tenía sentido. ¿Por qué querría nadie hacerse pasar por una figura histórica discreta y totalmente olvidada?

Se volvió hacia el tendero.

—¿Puedo quedarme esto?

El hombre se encogió de hombros.

—Claro. ¿No estará pensando atrapar al asesino y entregarlo a la chusma? Sería divertido.

Con un leve gesto de la cabeza, Abulurd se dirigió a toda prisa al edificio del Parlamento. Le mostraría a Faykan diferentes imágenes y plantearía sus dudas, aunque no tenía ninguna teoría para explicar cómo podía seguir Thurr con vida o por qué iba a querer nadie hacerse pasar por él.

En el vestíbulo de recepción de la cámara de asambleas, le dijeron que el virrey estaba en medio de una reunión comercial y que no estaría libre al menos en una hora. Abulurd dejó dicho que necesitaba hablar con él lo antes posible.

Desanimado, el bashar se alejó por el pasillo con paredes revestidas de mármol, hasta que se encontró con el pensador Vidad, que estaba sobre un pedestal ornamentado. Era el último de los antiguos pensadores, y sin embargo tenía un aire perdido y patético, allí, solo, dejando pasar los días absorto en profundos pensamientos.

Abulurd se detuvo ante el contenedor cerebral. Aquel prolífico cerebro había absorbido con diligencia los diferentes aspectos de la historia humana desde que los pensadores de la Torre de Marfil abandonaron su aislamiento en tiempos de Serena Butler. Abulurd buscó los sensores ópticos del pensador. No sabía si rozar con los nudillos la pared del contenedor para llamar su atención.

—Pensador Vidad, soy el bashar Abulurd Harkonnen. Deseo hablar contigo.

—Puedes hablar —contestó Vidad a través del simulador de voz del pedestal—. Pero solo un momento. Tengo cosas importantes que pensar.

Abulurd colocó la fotografía ante los sensores ópticos de Vidad y le explicó su teoría. Pidió al pensador que consultara sus archivos históricos y mencionara cualquier información relevante en relación con el antiguo comandante de la Yipol.

—El parecido es asombroso —admitió Vidad—, realmente asombroso. Sospecho que esta persona ha buscado expresamente el parecido con Yorek Thurr, o tal vez sea un clon. Los forajidos tlulaxa son muy hábiles con estas cosas.

—Es prácticamente idéntico a las últimas imágenes que se conservan de Thurr antes de su supuesta muerte —dijo Abulurd—. O Thurr sobrevivió y no ha envejecido, o alguien ha copiado su imagen a partir de las holofotografías.

—Hay muchas explicaciones posibles —dijo Vidad—. En tiempos del Imperio Antiguo, los humanos desarrollaron un tratamiento antiedad. Los pensadores lo utilizamos para conservar nuestros cerebros durante milenios. Ha habido otros casos…

Abulurd dio un respingo.

—Te refieres a Vorian… el bashar supremo Atreides. El general Agamenón le aplicó el tratamiento de extensión vital y apenas ha envejecido desde los veintipocos.

—Un tratamiento similar habría permitido a Yorek Thurr conservarse todo este tiempo. Si todavía está vivo.

Sin soltar la fotografía, Abulurd caminó arriba y abajo ante el pedestal. Las implicaciones de todo aquello le hicieron sentirse débil.

—Pero si las máquinas pensantes son las únicas con acceso a los tratamientos de extensión vital, ¿cómo pudo un comandante de la Yipol tener acceso a ellos? ¿Crees que

alguno de nuestros científicos puede haber copiado el procedimiento?

—Siempre cabe esa posibilidad, pero no lo creo. Si un tratamiento como ese estuviera disponible en la Liga de Nobles, ¿de verdad crees que podría mantenerse en secreto? Las propiedades rejuvenecedoras de la melange han hecho que esta sustancia se extienda de forma exponencial. Un tratamiento perfecto de extensión vital jamás se podrá mantener en secreto en la Liga. Busca alternativas más sencillas.

Abulurd sabía que lo que Vidad decía era cierto.

—Pero… quieres decir que… —se interrumpió—. ¿Estás diciendo que seguramente el comandante de la Yipol estaba compinchado con las máquinas pensantes o los cimek?

—Una suposición legítima —dijo Vidad—. Si realmente se trata de Yorek Thurr.

Abulurd estrujó la fotografía, furioso. Aquel hombre no había dejado de envilecer el nombre de Xavier Harkonnen ¡y actuaba en connivencia con Omnius! Se sentía ultrajado, traicionado.

—Y parece que ahora ha vuelto para asesinar al Gran Patriarca.

Abulurd juró venganza para sus adentros y dejó al pensador en su pedestal. Ya no le hacía falta reunirse con Faykan. Lo que tenía que hacer era encontrar al asesino renegado.

83

Siento que la leyenda me envuelve, ¿o se trata quizá de una auténtica visión? Grandes cosas surgirán entre mis hermanas, si se las elige con cuidado.

REVERENDA MADRE RAQUELLA BERTO-ANIRUL

El regreso a la vida de Raquella después de su enfrentamiento casi fatal con la mutación del virus le dio una segunda oportunidad, y un medio inesperado para salvar a la población moribunda.

Jimmak estaba sentado a su lado contra la pared de piedra de una atestada sala de recuperación, compartiendo con ella la comida que había encontrado en la selva. Por lo visto, pensaba que todo había vuelto a la normalidad. Raquella casi no podía ni mirarlo, pues temía que reparara en su expresión de culpabilidad... Sí, iba a traicionar su confianza. Pero moralmente no tenía elección. Cualquier demora costaría muchas más vidas.

—Jimmak, ¿podrías prepararme un poco más de tu té especial, por favor?

—¿Señora doctora está todavía débil?

—No, me encuentro mejor. Pero me gustaría un poco de té. Por favor.

Jimmak se escabulló, feliz. Y entonces Raquella sacó la ropa todavía empapada que había guardado bajo la camilla

suspensora.

Con mucho cuidado, para no desperdiciar ni una gota, selló la ropa con una película impermeable y la introdujo en un contenedor para muestras.

Luego, sola en un pequeño laboratorio, se extrajo varios tubitos de sangre. Entre las sustancias químicas curativas que contenía el agua del cenote y los anticuerpos de su sangre, quizá Mohandas lograría encontrar la clave. Envió las muestras en una lanzadera urgente al *Recovery* con un mensaje donde suplicaba a Mohandas que trabajara con rapidez. Y para mayor seguridad, también rezó una oración.

Jimmak volvió con una taza de su té de hierbas amargo y un vaso de agua para él. Se sentó junto a Raquella, sonriendo.

—Yo soy feliz porque la ayudo.

—A lo mejor también podrías ayudar a estos enfermos. —Su voz era triste.

Él pareció asustado.

—No. No puede llevar a todo el mundo al agua. Lo prometió.

Raquella sonrió con frialdad, pensando que, realmente, el joven tenía toda la razón al temer a Ticia Cenva. En lugar de sentirse aliviada por su recuperación, aquella mujer parecía furiosa, recelosa. Si la hechicera suprema se enteraba de que los Defectuosos habían encontrado una cura, los odiaría por haber logrado lo que ellas no habían podido lograr. La misma razón que subyacía al resentimiento irracional cada vez mayor que sentía por los médicos e investigadores de la HuMed.

—Sí, lo prometí. —«Pero también hice el juramento de ayudar a quienes necesitaran de mis conocimientos como médico…».

Más tarde, aquella noche, Mohandas le mandó un mensaje urgente para informarle de los resultados

preliminares, maravillado ante lo que había descubierto. Aún no había determinado la composición química específica de los alcaloides, minerales y moléculas de cadena larga que impregnaban el agua de aquel estanque subterráneo. Y parecía imposible copiarla o sintetizarla… como la especia melange.

A partir de las muestras de sangre, llegó a la conclusión de que algo muy curioso había sucedido en el cuerpo de Raquella: se había producido una transformación bioquímica que nunca antes había visto. La batalla entre el retrovirus y las extrañas sustancias del cenote habían alterado la bioquímica de su organismo a un nivel esencial.

Con la esperanza de poder conseguir una vacuna o un medicamento, Mohandas pedía que le mandara muchos más litros de agua. Pero Raquella no podía ayudarle.

Decepcionado al ver que tenían la solución tan cerca, Mohandas dijo:

—Cada pequeño retraso es una nueva sentencia de muerte para esta gente, Raquella. Con la poca cantidad de agua que he extraído de tu ropa es casi imposible que haga los tests necesarios. ¿Cómo voy a aislar y sintetizar el componente que buscamos? —Su rostro se veía macilento y cansado, como el de ella, y Raquella se preguntó si dormiría alguna vez, por mucho que estuviera allá arriba, en su seguro laboratorio orbital—. ¿No puedes llevarnos a la fuente? ¿De dónde ha salido esta agua?

El amor y la admiración que sentía por él eran evidentes, y no habían disminuido… y sin embargo lo poco que había hecho ya era una gran traición. Ni siquiera se creía capaz de volver a encontrar el estanque. Desde luego, Jimmak no la iba a ayudar.

—Yo… no puedo, Mohandas.

Pero cada vez que oía los gemidos de los enfermos en las inmensas enfermerías de las cuevas, cada día, cuando veía

las cifras de muertos, cuando notaba el hedor de las piras funerarias mientras los montones de cuerpos se quemaban en la meseta yerma de encima de la selva, su conciencia le pedía a gritos que hiciera algo.

Desde su regreso, un alto porcentaje de las hechiceras que aún estaban sanas —más de la mitad— había enfermado, como si sus sistemas inmunitarios hubieran cedido simultáneamente. Más desconfiada que nunca, Ticia Cenva se mostraba desafiante y hostil, como si quisiera demostrar que con su determinación y sus poderes lograría superar la peor de las epidemias.

Raquella no albergaba ningún sentimiento de animosidad contra la hechicera suprema, salvo por la forma en que trataba a su hijo. Aquella rigurosidad debía de haber sido muy útil a la comunidad en tiempos de la Yihad, cuando muchas mujeres de Rossak se sacrificaron para destruir a los enemigos cimek. Pero no le permitiría luchar contra la epidemia.

Mientras meditaba en todo esto, un pensamiento extraño pero inoportuno penetró en su mente. «Ahora que me he curado, Ticia me ve como una amenaza. Por eso no quiere que nadie esté conmigo. ¿Es que cree que quiero ponerme al frente de las hechiceras? Si yo culmino esto con éxito, para ella significará que ha fracasado».

Hasta la fecha, solo las mujeres nacidas en Rossak habían manifestado los poderes mentales que habían hecho famosas a las hechiceras. Nunca habían considerado a ninguna extraplanetaria digna de unirse a ellas. Y sin embargo Raquella había recibido una fuerte influencia del planeta, se había curado en el misterioso cenote, y la composición química de su organismo se había alterado incluso a nivel celular. Podía sentirlo, una metamorfosis mental que se había producido a raíz de su exposición al retrovirus mutado.

Esperaba que Mohandas Suk encontrara algo pronto, un suero, lo que fuera, pero que sirviera para salvar a las enfermas más graves.

Al mirar a Jimmak, vio que el joven la miraba con la misma adoración con que un niño mira a su madre. Era una sensación curiosa. Aquel joven retrasado había hecho tanto por ayudarla… había corrido un grave riesgo por ella.

Aquel pensamiento la entristeció. «Tengo que asegurarme de no perjudicarle con mis actos».

Raquella vio las luces de aterrizaje de una lanzadera que descendía sobre la extensa zona pavimentada de las copas de los árboles. Reconoció la configuración, y el corazón se le llenó de emoción: era un transporte de la HuMed.

—Tengo que salir a recibir al doctor Suk.

Jimmak le sonrió, feliz, ajeno a la indecisión que atenazaba a Raquella.

—¿Necesita ayuda?

—No, quiero que vuelvas con los Defectuosos y les preguntes si no quieren reconsiderar su decisión. El agua del cenote podría salvar a tantas…

La expresión alarmada de Jimmak fue como si le clavaran un cuchillo en el corazón.

—¡No lo harán!

Ella le oprimió el hombro, en un gesto de compasión.

—Por favor, inténtalo. Por mí. —Y, al tocarlo, con disimulo le colocó un minúsculo localizador en la tela de su camisa ancha y sucia. Cuando Jimmak corriera a la selva, la señal de aquel pequeño artilugio le permitiría localizar el cenote.

El joven se fue corriendo.

Con el corazón apesadumbrado, Raquella salió apresuradamente a la misteriosa noche de Rossak, caminando sobre la bóveda de polímero esponjoso de las copas de los árboles. Las luces de la zona de aterrizaje les conferían un intenso resplandor amarillo. Ninguno de los

habitantes de Rossak salió a recibir la lanzadera; con la epidemia todos los procedimientos habían quedado suprimidos.

Cuando la cámara presurizada de la nave cerró el ciclo y se abrió la escotilla, apareció un hombre con un traje anticontaminación blanco y verde adornado con la cruz púrpura de la HuMed. Por los movimientos, Raquella supo enseguida que se trataba de Mohandas. Llevaba un contenedor sellado en las manos y, al verla, le hizo señas, sonriendo desde detrás del panel facial del traje. A pesar de lo aparatoso del traje, Raquella veía su expresión de entusiasmo.

—Es una nueva vacuna… promete mucho. Pero si no encontramos más de esa agua milagrosa tuya no habrá suficiente.

Raquella apartó la mirada.

—Yo… eso podría cambiar muy pronto. —Al mirar a aquellos oscuros ojos marrones, vio esperanza y entusiasmo. Le habría gustado besarle, volver a órbita y pasar un día abrazada a él, sintiéndolo junto a ella en su camarote del *Recovery*. Pero eso no sería posible. No hasta que la epidemia acabara.

—Quizá no sea lo bastante pronto. Raquella, debemos probarlo todo. Me he puesto en contacto con la hechicera suprema y ha accedido a ayudarnos a administrar esta vacuna de prueba.

Raquella vaciló, perpleja.

—¿Ticia ha accedido a ayudarnos?

—Quiere administrar la vacuna personalmente. —Mohandas hablaba con autoridad—. Supongo que es por cuestiones políticas. No quiere perder protagonismo.

A Raquella no le sorprendía. Cogió el contenedor con los viales.

—Te avisaré si funciona.

—Hay suficientes para una docena de pacientes —dijo él—. Pero estoy listo para lanzarme a la producción a gran escala en el laboratorio de la nave. No podemos esperar…

Ticia Cenva salió en ese momento de la entrada a las cuevas y avanzó sobre la bóveda de la selva, acompañada por tres hechiceras con túnicas negras.

—Yo llevaré eso. Aquí soy yo quien manda.

Raquella no quería contrariar a aquella mujer explosiva.

—La ayudaré a administrar las vacunas. Puede que esta sea nuestra mejor oportunidad. —«Hasta que encuentre el cenote y sus aguas curativas».

—No necesitamos tu ayuda. —Un destello de hostilidad apenas disimulada apareció en los ojos de Ticia.

—Eso me dice desde hace semanas. —Raquella trató de evitar que su voz delatara su nerviosismo—. Pero ya vio los síntomas… mi caso solo podía tener un desenlace fatal. Estaba en la fase final de la enfermedad, una fase de la que nadie ha regresado. Soy la única.

—Quizá su recuperación sea solo temporal. —La mujer alta y pálida cogió los viales y saludó a Mohandas, que estaba ante su lanzadera, con un gesto escueto de la cabeza—. Si este suero funciona, espero que abandonarán Rossak lo antes posible.

Ticia y las otras mujeres volvieron hacia la entrada. Raquella suspiró, pero seguía teniendo esperanza. Si otra cosa no, sin saberlo Jimmak pronto les llevaría hasta el cenote.

84

> Cuando los demás esperan lo imposible de un hombre, este debe redefinir sus objetivos y labrarse su propio camino. De este modo, al menos habrá alguien satisfecho.
>
> MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

Habían pasado veinte años desde que el grueso de las fuerzas robóticas había sido destruido, y la demanda de mercenarios de Ginaz había caído en picado. Durante siglos, los centros de entrenamiento del archipiélago habían formado a los mejores guerreros, con especial hincapié en la lucha contra robots de combate. Y, aunque ninguno de los mercenarios se quejaba porque la Yihad de Serena Butler se hubiera acabado, la mayoría no sabían qué uso dar a sus habilidades.

Istian Goss tenía sus cicatrices, como el que más, pero estaba relativamente intacto. Conservaba su espada de impulsos, pero ya no había enemigos mecánicos contra los que usarla. Así que, en vez de eso, se había dedicado a ayudar a los refugiados humanos a recuperarse de la plaga, yendo de un mundo a otro, utilizando su fuerza física y sus conocimientos para ayudar a reconstruir las colonias.

Los mundos de la Liga apenas tenían un tercio de su población original. Se animaba a las familias a que tuvieran muchos hijos para que la humanidad pudiera volver a

prosperar, pero, sencillamente, no había una fuerza de trabajo lo bastante importante para mantener los niveles de agricultura e industria del pasado. Todo el mundo debía trabajar el doble que antes.

Muchos linajes nobles se habían extinguido, y nuevos centros de poder empezaron a emerger conforme los ambiciosos supervivientes creaban nuevos imperios y se proclamaban nuevos nobles. Y como nobles, exigían sus derechos y privilegios. Dado que el Parlamento de la Liga tenía muy pocos representantes, ni siquiera las familias más antiguas y rancias podían quejarse legítimamente por los cambios en la estructura de poder.

Cinco años antes, Istian Goss había vuelto a Ginaz para hacer de instructor. Aunque llevaba el espíritu de Jool Noret en su interior, sabía que no había logrado nada digno de hacer para que su nombre destacara en los libros de historia. Él no se había puesto en evidencia como los detestados tlulaxa, o como Xavier Harkonnen, pero tampoco se había distinguido de ningún modo. Nadie dijo nunca que esperaba más de Istian Goss, pero él se sentía decepcionado. Habría preferido empezar con un disco en blanco, como su amigo, el malogrado Nar Trig. Al menos así no habría sentido aquel peso sobre sus hombros, y hasta puede que hubiera logrado destacar en algo.

Cuando la Yihad se dio oficialmente por terminada, en la Liga, la civilización y la sociedad cambiaron de formas insospechadas. El uso de los escudos Holtzman se había generalizado tanto que, en la actualidad, cualquier personaje mínimamente importante llevaba su escudo personal para protegerse de criminales, asesinos y accidentes. Esta práctica convirtió las armas proyectiles y las arrojadizas en algo prácticamente obsoleto.

Contra un adversario que llevara un escudo personal, el único método efectivo de combate era la destreza en el

manejo de una daga o un espada corta. Estos objetos podían atravesar el campo protector solo si se movían lo bastante despacio, así que, para poder aprovechar este pequeño defecto, surgieron nuevos estilos de combate con cuchillo y espada.

Chirox, el mek de combate, modificó su programación estándar y junto con Istian Goss creó un programa para formar a maestros de armas que pudieran ser contratados como asesinos o guardaespaldas por nobles que se sintieran amenazados. Sí, los mercenarios ya no tenían que enfrentarse a hordas de robots de combate, pero no permitirían que sus valores o su nivel de exigencia bajara. Los que se graduaban como maestros de armas seguían siendo los mejores de la Liga.

Istian seguía viendo llegar a nuevos alumnos, aunque eran muchos menos que en otro tiempo. Ahora que no había una demanda continua de guerreros para luchar contra Omnius, los jóvenes se inclinaban por otras vocaciones. Desde luego, después de más de un milenio de tiranía mecánica, la raza humana tenía mucho trabajo por delante.

Un día, Istian se sorprendió, porque una pequeña nave llegó a Ginaz con un mensaje y una invitación. Llevaba el sello del virrey Faykan Butler, y solicitaba la presencia del mek Chirox y, de ser posible, del famoso maestro de armas Istian Goss. Por lo visto, el virrey había convocado al mek de combate para que pudiera recibir el reconocimiento que merecía después de sus años de servicio a la Yihad. Sin embargo, la sorpresa de Istian fue mayúscula cuando vio la firma del hombre que enviaba el mensaje. Maestro de armas Nar Trig.

Durante todos aquellos años, él había dado por sentado que su compañero de entrenamientos había muerto junto con los fanáticos que fueron a Corrin a luchar contra las máquinas. ¡Y resulta que estaba vivo! ¿Qué habría hecho

durante las dos últimas décadas? ¿Por qué no se había puesto en contacto con él antes? Por el contenido del mensaje, era evidente que Trig sabía que su antiguo compañero seguía entrenando guerreros en Ginaz.

Impaciente, Istian fue a ver a Chirox y le dio la noticia.

—Debemos ir a Salusa Secundus. Se ha solicitado nuestra presencia allí.

El *sensei* mek no discutió ni pidió explicaciones.

—Como tú digas, maestro Istian Goss.

85

> La lealtad es algo claramente definido solo para quien tiene una mentalidad simple y carece de imaginación.
>
> GENERAL AGAMENÓN, *Nuevas memorias*

A pesar de sus once siglos de camaradería, Juno y Dante no siempre estaban de acuerdo con Agamenón. Con un profundo sentimiento de frustración, el inquieto general andaba arriba y abajo con su forma móvil, buscando algo que destrozar. Las pesadas bases de sus patas metálicas arañaban el suelo de la cámara.

—No, no me acabo de fiar de él, aunque sea mi hijo —dijo a la defensiva—. Pero la verdad, tampoco confiaba en casi ninguno de los veinte titanes. Mirad si no Jerjes.

—¿Es que no lo ves? Qué oportuno que Vorian se presente aquí y te diga que ha cambiado de opinión, después de servir durante cien años en la Yihad. —La voz de Juno normalmente le tranquilizaba, pero en aquella ocasión tenía un algo abrasivo.

Agamenón estaba que rabiaba.

—Y vosotros ¿no os volveríais locos viviendo tanto tiempo entre esa gente? Vorian creció en los Planetas Sincronizados. Memorizó mis memorias, y admiraba mis logros, hasta que una mujer me lo distrajo… o, si lo preferís,

podéis considerarlo una forma de rebeldía juvenil. Creo que sus motivos son válidos. Desde luego, yo habría hecho lo mismo.

Juno se burló con una risa simulada.

—Entonces, después de todo, ¿tu hijo se parece a ti, Agamenón?

—No subestimes nunca el poder de los lazos de sangre.

—Y tú no los valores en exceso —replicó Juno.

Vor se veía pequeño y vulnerable en medio de la cámara central que en otro tiempo ocuparon los pensadores de la Torre de Marfil, mirando a la intimidatoria figura de su padre.

—¿Qué te hace pensar que puedes convencer a Quentin Butler para que se alíe con nosotros, si todas nuestras técnicas de coacción y lavado de cerebro han fracasado? —dijo Agamenón.

—Pues precisamente. Si quieres que un genio militar ponga su talento al servicio de los cimek… no puedes torturarle. Le engañaste una vez, pero es un comandante. Teniendo en cuenta lo que buscas, el método es totalmente equivocado.

Vor estudió el contenedor blindado y translúcido donde estaba el viejo cerebro de su padre, así como los numerosos y vistosos compartimientos donde tenía su extraña colección de armas antiguas.

El general se lanzó hacia delante como una tarántula a punto de saltar.

—Sigo sin creerte, no confío en ti, Vorian.

—Y haces bien. Tú tampoco me has dado motivos para que confíe en ti. —Miró con calma a la monstruosa forma móvil, que no dejaba de andar arriba y abajo. Aquel cuerpo mecánico era rápido y poderoso, y podría haber

desmembrado a un simple humano fácilmente. Pero no ese día—. Aun así, estoy deseando aceptar la apuesta. ¿O es que me tienes miedo?

—¡He vivido lo bastante para no tener miedo de nada!

—Bien, entonces hecho. —Vor no permitió en ningún momento que su tono fanfarrón ni su confianza flaquearan.

El titán se movió, visiblemente furioso por el desparpajo de su hijo, pero se contuvo.

—¿Y crees que tú lograrás mejores resultados con Quentin Butler?

Vor cruzó los brazos sobre el pecho. No debía apocarse ante el titán.

—Sí, lo creo, padre. Quentin y yo éramos compañeros. Yo era su superior. Me respeta, y sabe cuánto he luchado por la Yihad. Incluso si no está de acuerdo con mi decisión, al menos me escuchará.

Y eso es más de lo que habéis logrado vosotros.

El simulador de voz del cimek chirrió y vibró, como si Agamenón estuviera farfullando por lo bajo.

—Puedes intentarlo —dijo finalmente—. Pero piensa que esto no solo es una prueba para él, también lo será para ti.

—En la vida todo es una prueba, padre. En el momento en que vuelva a fallarte, sé que no vacilarás en disciplinarme.

—Sí, y será la última vez que lo haga. No lo olvides. —Pero Agamenón hablaba sin convicción.

Con tantas esperanzas echadas a perder, no podía precipitarse y deshacerse de Vorian Atreides tan fácilmente.

«Después de todos estos siglos —pensó el general—, no esperaba seguir teniendo emociones humanas». Y confiaba en que no se le notaran.

Allí dentro, bajo las diferentes capas de hielo del glaciar, el aire era tan gélido que Vor veía su aliento elevarse ante su rostro. Uno de los neocimek lo llevó a una fría cámara lateral, donde guardaban el contenedor cerebral de Quentin Butler desde su rebelión durante el ataque cimek contra las naves de Faykan.

El que fuera un gran primero, liberador de Parmentier y Honru, comandante de la Yihad, ya no era más que una masa inerte de tejido cerebral suspendida en un baño de electrolíquido azul y chispeante. Su contenedor estaba en un estante, como una pieza de material cualquiera. Después de su hazaña al avisar a Faykan, tras llevarlo de vuelta a Hessra, lo habían desmantelado y le negaron el acceso a otras formas móviles. Estaba atrapado allí.

Cuando Vor lo vio, las palabras se le atragantaron.

—¿Quentin? ¿Quentin Butler? —Totalmente perplejo, se acercó al contenedor cerebral, y estaba a punto de preguntar a su escolta neocimek cuando vio que este retrocedía y se alejaba por el corredor. Vor esperaba que Quentin tuviera los sensores conectados a los mentrodos para que pudieran comunicarse—. No sé si puedes verme, o si me reconoces, Quentin. Soy el bashar supremo Vorian Atreides.

—Puedo ver. —La voz salía de un simulador situado en la pared, no muy lejos del contenedor—. Y veo otro truco barato.

—No soy una ilusión. —Vor sabía que los titanes estarían escuchando cada palabra, así que debía ir con cuidado. Cada matiz, cada palabra sería sospechosa. De alguna forma, tenía que lograr que Quentin supiera la verdad sin revelar sus planes secretos—. Los titanes te han manipulado y te han torturado, pero soy real. He luchado junto a tus

hijos. Soy el mismo Vor que fue a Parmentier y trajo la noticia de que Rikov y su mujer habían muerto por la plaga. En una ocasión, te acompañé a la Ciudad de la Introspección a visitar a tu mujer… era primavera, y los árboles estaban en flor. Te dije que siempre había tenido debilidad por Wandra, porque era la hija pequeña de Xavier. Y tú te enfadaste conmigo por haber mencionado el nombre de Harkonnen. ¿Lo recuerdas, Quentin?

El cerebro del héroe retirado permaneció en silencio en su contenedor. Pero finalmente dijo:

—Los cimek están al corriente de la interacción entre el láser y los escudos. Yo… yo se lo dije. Y casi destruyen a Faykan.

Sabiendo que aquel tema podía ser peligroso, Vor llevó la conversación por otros cauces.

—Faykan es virrey con plenos poderes de la Liga. ¿Lo sabías? Lo nombraron cuando estabas fuera con Porce Bludd. Tendrías que estar orgulloso.

—Yo… siempre estuve orgulloso de él.

—Y tu hijo pequeño, Abulurd. —Vor se acercó más al contenedor—. Me ocupé personalmente de que se le ascendiera a bashar, cuarto grado. Yo mismo le coloqué la insignia. Diría que fue el día más feliz de su vida, aunque le apenó que no estuvieras allí para verlo.

—Abulurd… —dijo Quentin, como si el nombre le hiciera dudar.

Vor sabía que el veterano siempre había dado la espalda a su hijo menor.

—Has sido injusto con él, Quentin. —Le pareció que un tono severo sería lo mejor—. Tiene talento, es inteligente… y tiene razón en el tema Harkonnen. Te aseguro que todo lo que has oído sobre Xavier era mentira. Lo convirtieron en cabeza de turco para fortalecer la Yihad. Yo creé una comisión para que investigara los hechos y rectificara esta

situación. Es hora de curar las viejas heridas. Y Abulurd… Abulurd jamás ha hecho nada en su carrera para merecer tu desaprobación.

—He sido injusto con mi hijo —concedió Quentin—, pero ahora es demasiado tarde. Ya no volveré a verle. Llevo una eternidad aquí metido, y no he tenido otra cosa que hacer más que pensar y pensar… y lamentarme por mis errores pasados. Detesto en lo que me he convertido. Si realmente es leal, si siente algún respeto o aprecio por mí, Vorian Atreides, tire este contenedor cerebral contra el suelo ahora mismo y destrúyalo. He tratado de resistir, pero ya ni eso puedo hacer. Quiero morir. Quizá esa sea la única forma de complicar sus planes.

—Eso sería demasiado fácil, Quentin. —La voz de Vor adquirió un tono severo, el tono de mando que había aprendido a utilizar durante más de un siglo de servicio al ejército de la Yihad—. Ahora eres un cimek, y tienes la oportunidad de luchar junto al general Agamenón. Sin ti, sin mí, seguramente los cimek se lanzarían sobre los indefensos humanos y se convertirían en una amenaza tan grave como la de las máquinas pensantes. Tú mismo me has dicho muchas veces que los Butler no son criados de nadie. Y es cierto. Tú y yo somos líderes. Si aceptamos cooperar, podremos ayudar a una nueva interacción entre humanos y cimek mucho más beneficiosa.

Las palabras de Vor sonaban convincentes.

—Pero los titanes no querrán negociar hasta haberse asegurado una posición de poder. Yo mismo he abogado en numerosas ocasiones por su destrucción. Así que tienen buenas razones para recelar de la Liga.

»La clave podría estar en nuestra colaboración. Si les ayudas con tus conocimientos, las posibilidades de que la humanidad tenga paz y prosperidad serán mayores. A la larga, si ayudas a los cimek estarás salvando vidas. ¿No lo

ves? —Vor hablaba con la suficiente vehemencia para sonar convincente a oídos de Agamenón y Juno, que seguro que no se perdían detalle—. Debes dejar a un lado tus prejuicios, Quentin. La Yihad ha terminado. Un nuevo universo nos espera.

Vor levantó las manos gesticulando para enfatizar sus palabras, asegurándose de que estaba ante los sensores ópticos conectados a los mentrodos de Quentin. Y con los dedos realizó ciertos movimientos rápidos, empleando los signos que durante décadas él y Quentin habían utilizado como lenguaje secreto en el ejército de la Yihad. Los cimek llevaban demasiado tiempo alejados de la humanidad, y no era probable que estuvieran familiarizados con aquel curioso sistema de comunicación, pero Quentin lo reconocería enseguida. Vor esperaba que eso bastara para que supiera que no había cambiado de bando, que tenía otros planes. Tenía que encontrar la forma de encender la chispa de la rebelión en aquel cerebro derrotado. Le demostraría a Quentin que había otro camino… si lograban coordinar un plan.

Quentin permaneció en silencio tanto rato que Vor empezó a preguntarse si se habría fijado en los signos. Finalmente, el cerebro habló a través de su simulador de voz.

—Me ha dado mucho en que pensar, bashar supremo. No puedo decir que esté de acuerdo… pero lo pensaré.

Vor asintió.

—Excelente. —Y salió de la cámara, sabiendo que entre los dos prepararían la caída de Agamenón.

86

Los más grandes criminales de la humanidad son aquellos que se engañan a sí mismos pensando que han hecho «lo correcto».

RAYNA BUTLER, sermones
en Salusa Secundus

Aunque el Gran Patriarca había sido un líder débil y poco visionario, Rayna no desaprovechó la ocasión y lo convirtió en un héroe, un símbolo que todos pudieran admirar. Irónicamente, Rayna se aseguraría de que, una vez muerto, lograra mucho más que durante todo el tiempo que había ocupado el cargo.

Aquel asesinato podía ser la chispa que encendiera el rechazo contra los que fomentaban la corrupción y elevara el movimiento cultista a nuevas cotas en Salusa Secundus. Rayna había purificado muchos mundos de la Liga, liberándolos de la tara de la maquinaria informatizada, de cualquier cosa que emulara la sagrada mente del humano.

Aunque ya habían pasado muchos días, el virrey Faykan Butler seguía sin nombrar un sucesor para el Gran Patriarca, y Rayna pensó que, después de todo, tal vez el puesto debía ser suyo. Podía utilizar la cadena de mando para difundir el Culto a Serena y darlo a conocer a las masas como merecía.

Sería exactamente como le había mostrado la dama blanca de su visión.

La voz se fue corriendo discretamente entre sus fieles. Zimia y sus lujos modernos inquietaban a algunos de sus seguidores, y sin embargo no dejaban de aparecer nuevos conversos, la gente iba a ver a Rayna y la escuchaba… y, los más afortunados, hasta podían tocarla.

Sin duda, su tío tenía espías entre los cultistas. Algunos de sus seguidores habían descubierto infiltrados, y los mataron discretamente. Cuando se enteró, Rayna se quedó de piedra, porque jamás había defendido la violencia directa contra otros seres humanos, solo contra los monstruos mecánicos. Ordenó que aquello cesara de inmediato y los suyos accedieron a regañadientes, aunque no parecían especialmente compungidos. Quizá, pensó Rayna, no volverían a informarle de sus asesinatos secretos.

Justamente aquel día, de entre todos los días, los planes de los cultistas tenían que ser totalmente confidenciales. La marcha que habían preparado tenía que ser una sorpresa para que la guardia de Zimia no tuviera tiempo de prepararse, una manifestación que sería mucho más efectiva que una huelga general.

El Culto a Serena tenía muchos más seguidores de los que Faykan Butler sospechaba. En aquellos momentos, Rayna avanzaba a la cabeza de la muchedumbre, con su prístina túnica blanca y la luz del sol naciente bañando la piel clara de su rostro. Debía de parecerse bastante a la luminosa imagen de Serena que había visto hacía tantos años, cuando estaba delirando por la epidemia.

Cuando empezó, el sonido de cristales rotos, metal y gritos de triunfo fueron como una sinfonía para sus oídos. Aquel movimiento primario avanzó imparable por las avenidas medio vacías y los complejos residenciales. Algunos hombres y mujeres trataron de defender sus casas

y sus comercios. Aunque Rayna había dado instrucciones explícitas para que no se hiciera daño a inocentes, para los cultistas cualquiera que se resistiera dejaba de ser inocente.

La chusma avanzaba asesinando sin reparos, cada vez más encendida. Algunos ciudadanos huyeron, asustados, abandonando sus casas y negocios. Otros, dejándose llevar por aquel fervor, juraron lealtad al Culto a Serena. Las filas del movimiento de Rayna crecían y crecían, y la destrucción seguía.

La guardia de Zimia apareció y trató de responder de forma efectiva. Pero muchos de sus miembros secretamente ya formaban parte del Culto.

Rayna siguió avanzando al frente de la procesión, en dirección al edificio del Parlamento, con una sonrisa beatífica en el rostro. Cuando se acercaban a aquella inmensa estructura por las calles embaldosadas y llegaron a la plaza, con sus elegantes fuentes y estatuas, a Rayna le decepcionó ver que Faykan no salía a hacer frente a la situación. Por lo visto, el virrey había preferido ausentarse convenientemente por otros asuntos. Quizá después de todo sí que tenía infiltrados entre los suyos.

Pero ni siquiera Faykan Butler habría podido contener aquella marea.

La escasa línea de guardas vaciló y se dispersó cuando vio la avalancha furiosa de gente que se les echaba encima. Los políticos y los representantes de la Liga huyeron de la cámara por las alas laterales del edificio y salidas traseras.

Con cierta sorpresa, Rayna vio cinco valientes figuras salir del edificio, cinco hombres con túnicas amarillas. Uno de ellos llevaba un contenedor cerebral translúcido, como si fuera una reliquia sagrada. Otros dos llevaban un pedestal.

Rayna los miró, sin detenerse. El sol la deslumbraba, pero reconoció enseguida al último de los pensadores de la Torre de Marfil. El impulso de la muchedumbre que tenía a

su espalda era demasiado poderoso para contenerlo, así que empezó a subir los escalones amplios y bajos sin aminorar el paso.

Los subordinados dejaron el pedestal en el suelo y colocaron encima el contenedor del pensador. Cuando conectaron el simulador, la voz de Vidad salió como un trueno.

—¡Apelo a tu humanidad! Ten un poco de sentido común. Piensa bien lo que haces.

Rayna gritó en respuesta, con voz clara:

—Llevo años pensando lo que hago, pensador Vidad. He recibido la inspiración directa de Dios, una clara visión de la mismísima santa Serena. ¿Quién puede cuestionarlo?

—Hace tiempo yo hablé con Serena en persona. No haces bien al deificarla. Solo era una mujer.

Los cultistas gruñeron. No les gustó que dijera que su santa patrona solo era una persona.

Rayna subió otro escalón.

—Los pensadores de la Torre de Marfil negociasteis una paz absurda con las máquinas, en unos términos tan ridículos que santa Serena tuvo que morir para que todos viéramos la verdadera naturaleza del demonio Omnius. —Su voz seguía sonando extrañamente tranquila—. Tú fuiste el judas, Vidad. Esta vez no te escucharemos. Aprendimos bien de nuestro error, y ahora debemos luchar.

—Utiliza tu cabeza y piensa —dijo el pensador—. ¿De verdad serás superior a Omnius si utilizas la violencia contra tus compañeros humanos en nombre de la pureza? Las máquinas que estás destruyendo no te pueden hacer daño. Sé objetiva. Debes…

—Está defendiendo a las máquinas —gritó alguien entre la multitud—. ¡Y es igual que un cimek! Cimek, pensadores… ¡son todos máquinas pensantes!

Los gritos y los rugidos iban subiendo de tono. Rayna seguía subiendo los pulidos escalones.

—Estamos hartos del pensamiento frío y racional, Vidad. Eso es más propio de las máquinas. Nosotros somos humanos, con corazones, pasiones, y debemos completar esta dolorosa purga que Dios y santa Serena nos han encomendado. No te interpondrás en nuestro camino.

A su espalda, la chusma encendida gritaba, agitando palos y garrotes, avanzando hacia el edificio.

Los subordinados de Vidad trataron de mantenerse firmes, pero en el último momento dos de ellos cedieron y huyeron envueltos en el revoltijo amarillo de sus túnicas, mientras los otros tres trataban en vano de proteger al vulnerable pensador en su pedestal. En medio del griterío, Vidad seguía pidiendo sentido común, pero la voz de su simulador no tardó en desaparecer bajo el ruido.

Rayna se detuvo ante el pensador, pero sus fervientes seguidores siguieron adelante. Alguien golpeó accidentalmente la columna y el contenedor cerebral se tambaleó. Luego, otros la empujaron a propósito. El pesado contenedor cayó contra los escalones de piedra y se agrietó. Rodó y rebotó, en medio de los gritos de alegría de la gente, que corrió detrás de él y lo golpeó con sus palos, hasta que se rompió.

Rayna pensó en detenerlos, pero entendía demasiado bien lo que estaba pasando. Los fanáticos veían a los pensadores como un anatema, igual que los titanes: cerebros sin cuerpos que se mantenían con vida gracias a una tecnología infernal. El espeso electrolíquido se derramó por el suelo, como sangre.

Finalmente, Rayna se volvió y entró con sus fieles en el edificio del Parlamento.

87

La justicia debe ser imparcial, pero el sentido de la justicia es algo muy personal.

BASHAR ABULURD HARKONNEN,
diarios privados

Mientras los fanáticos seguidores de Rayna marchaban por las calles, desde un retiro seguro, el virrey Faykan Butler declaró la ley marcial. Pero la guardia de Zimia no era lo bastante numerosa para restablecer el orden. No habría forma de controlar a aquella gente, a menos que se autorizara una matanza con todas las armas disponibles.

La Liga de Nobles conservaba importantes archivos electrónicos. Aunque los datos de estos archivos no se habían procesado mediante programas de inteligencia artificial o tecnológicos —una sutil distinción que mucha gente no reconocía—, para Rayna la sola presencia de sistemas informatizados era como una espina en su corazón. La plaga demoníaca ya había sumido a la Liga en la confusión, y durante aquellos momentos de pánico, se perdió mucha información científica y militar, así como registros familiares y documentos históricos. Y ahora Rayna quería ampliar el alcance de esa purga.

Los archivos de miles de años acabaron en las hogueras, una catástrofe mayor que la de la destrucción de la

biblioteca de Alejandría en la Vieja Tierra. Si aquello continuaba, sin duda la raza humana se enfrentaría a una extensa época oscura, y eso si lograba recuperarse.

Por supuesto, no todos los archivos eran exactos, pensó Abulurd Harkonnen. Quizá si los falsos registros históricos se destruían, sería más fácil restituir a su abuelo Xavier Harkonnen al lugar que le correspondía como héroe de la Yihad en la Historia.

Abulurd no deseaba convertirse en objetivo de la chusma, así que se quitó su uniforme de bashar y se puso ropa de civil. De haber pensado que serviría de algo, se habría echado a la calle con su cuchillo. Pero los seguidores del Culto a Serena estaban dispuestos a sacrificarse. Un hombre solo jamás habría podido con ellos.

Eso sí, esperaba poder defender su laboratorio.

Cuando llegó a las instalaciones, después de la puesta de sol, una parte de los edificios que rodeaban la mansión administrativa del Gran Patriarca estaba en llamas. Pero el edificio del laboratorio no tenía ningún tipo de distintivo y, por el momento, seguía intacto. Abulurd se sintió aliviado y a la vez decepcionado al ver que ninguno de sus científicos e ingenieros había acudido a defender su trabajo. Quizá estaban en sus casas, protegiendo a sus familias.

Cuando entró, selló los registros y los resultados de las pruebas sobre los bichitos mecánicos. En el laboratorio, el prototipo de distorsionador que habían desarrollado seguía sobre la mesa de trabajo, después de haber pasado por varias pruebas finales. Tendría que reprender a su equipo por no haber guardado adecuadamente aquel valioso material: de haber entrado, los cultistas lo habrían encontrado y destrozado fácilmente.

Antes de que pudiera guardar el distorsionador en su sitio, Abulurd oyó algo en la sala de análisis. Contuvo el aliento y escuchó. Quizá después de todo, alguno de los

ingenieros había vuelto para vigilar. Dejó el prototipo en la mesa y se acercó con cuidado. No habían encendido las luces. Las sombras eran alargadas, y a juzgar por el sonido, los movimientos del intruso parecían cautos y apresurados. No, no era un ingeniero. Era alguien que no debía estar allí. ¿Un martirista?

Tras detenerse un momento para activar su escudo personal, por si acaso, Abulurd encendió las luces de la sala a su intensidad máxima.

La luz deslumbró al intruso, que se protegió los ojos con la mano y se movió como un lagarto sobre una roca que quema. Lanzó dos rápidos disparos con una pistola maula, pero el escudo de Abulurd detuvo los proyectiles. El hombre se escabulló, y se ocultó tras una mesa con instrumentos de laboratorio. Abulurd vio su piel cetrina, su calva, las mismas facciones que había visto en los archivos. Era el hombre al que había estado buscando.

Abulurd se sacó la pistola chandler del cinto y con la otra mano cogió su daga ceremonial. Mientras tuviera el escudo activado, no podría disparar las agujas de cristal de la pistola, pero de momento no se atrevía a desactivarlo.

—Sé quién eres, Yorek Thurr.

El intruso rio, pero en su voz había un cierto nerviosismo.

—¡Por fin, mi fama me precede! Ya era hora.

Abulurd se agachó y dio un rodeo.

—Me alegra que podamos vernos cara a cara. El equipo de investigación de la Liga dudaba que pudieras seguir con vida después de tantos años, pero yo sabía que estaban subestimando tus capacidades.

Abulurd había estudiado las imágenes históricas del comandante de la Yipol y la imagen que tenían del asesino del Gran Patriarca mediante técnicas comparativas, y no tenía ninguna duda sobre su identidad. Luego, cuando entregó su análisis al escéptico de su hermano, Faykan le

prometió estudiar el tema, pero evidentemente se lo había tomado tan en serio como la investigación para limpiar el nombre de Xavier Harkonnen.

En sus investigaciones, Abulurd había recurrido a sus contactos personales para analizar los registros de llegadas a Salusa Secundus, y estuvo comprobando los antecedentes de los refugiados a través de su documentación. Encontró varias imágenes de reconocimiento de alguien que se parecía sorprendentemente al comandante medio olvidado de la Yipol, pero luego la pista se perdía. Y, aunque la Liga había puesto en marcha un amplio dispositivo para atrapar al asesino de Xander Boro-Ginjo, dejaba mucho que desear.

—Todo el mundo ha estado buscando al asesino de Xander Boro-Ginjo —dijo Abulurd—, pero solo yo te buscaba a ti. Y ahora, en medio de todo el tumulto que reina en las calles, tú sólito has venido a mí, como un regalo.

El rostro curtido de Thurr aparentaba al menos medio siglo menos de su verdadera edad, había quedado congelado en los inicios de la vejez. El hombre sonreía con despreocupación, y parecía disfrutar del enfrentamiento.

Bajo la luz chillona del centro de investigación, Thurr siguió sujetando su pistola maula, aunque no servía de nada contra el escudo de Abulurd. Él también llevaba uno, pero no lo había activado. Por lo visto, prefería utilizar libremente su arma.

—¿A qué debo el honor de esa obsesión que tienes conmigo, jovencito? —preguntó Thurr—. Tal vez podrías ayudarme en mis planes. ¿No te gustaría formar parte de la historia? —Se movía como una pantera acechando a su presa.

—Ya has utilizado a demasiada gente. —Abulurd cuadró los hombros—. Mi abuelo era Xavier Harkonnen, un héroe de la guerra contra las máquinas, y tú destruiste su reputación. Manipulaste la verdad y ensuciaste el honor de mi familia.

—Sí, pero fue por una buena causa, ¿es que no lo ves?

—No, no lo veo. —Abulurd se acercó más, sin soltar su daga, porque podía utilizarla incluso con el escudo activado —. ¿Por qué has venido a mi laboratorio?

—¿No es aquí donde teníais guardados los pocos ejemplares que quedan de mis adorables mascotas mecánicas? Los devoradores que ayudé a crear cuando estaba en Corrin.

Thurr arqueó las cejas con regocijo. Los registros históricos lo describían como un hombre frío, inteligente e implacable, pero la mirada feroz de sus ojos tenía una agudeza distinta, como si algo se hubiera torcido irremisiblemente en su cabeza. Seguía siendo tan perverso y maquinador como siempre, pero parecía estar perdiendo el juicio.

—Oh, mi trabajo con Omnius ha tenido importantes repercusiones, mucho más que nada de lo que hice como comandante de la Yipol. Pero incluso en aquella época, yo ya colaboraba con Omnius, que me aplicó este maravilloso tratamiento de extensión vital. Oculté muchos secretos relevantes a las máquinas, desde luego, pero aun así, no dejé de lanzar pistas falsas para el Gran Patriarca Ginjo y sus devotos, tan vehementes como engañados.

»Todo habría sido perfecto si su viuda me hubiera dado lo que me correspondía. Eso habría sido la guinda para mi carrera gloriosa. ¡La inmortalidad histórica! Pero cuando me arrebataron esa posibilidad, no me quedó más remedio que hacer otras cosas memorables. Los pequeños bichitos hambrientos no fueron más que un experimento que ideé cuando estaba aburrido por mi cautiverio interminable en Corrin. En cambio el retrovirus fue mucho más devastador. ¿No te parece?

—No puedo entender tanta maldad —dijo Abulurd.

—Eso es que te falta imaginación.

Abulurd apretó la empuñadura de su daga: quería matar a aquel hombre antes de que confesara más atrocidades.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Tienes remordimientos y necesitas sacarte ese peso del corazón?

—No seas ridículo. Después de todo lo que he hecho, creo que tengo derecho a presumir un poco, ¿no crees? Además, pienso matarte de todos modos, así que antes me quiero dar el gustazo.

Aunque seguía con la pistola en una mano, con la otra Thurr levantó una pequeña caja translúcida. Abulurd reconoció uno de los contenedores de seguridad del laboratorio. Había abierto el sello y la cerradura estaba rota. Con el dedo, Thurr abrió la tapa.

—Es una pena que solo hayas dejado a doce de mis hambrientos amiguitos intactos… pero seguro que con doce basta para acabar el trabajo.

Una vez activados, aquellos artefactos minúsculos y voraces empezaron a zumbar y empujarse entre ellos. Thurr arrojó la caja contra Abulurd, y esta rebotó contra el escudo. Los bichitos mecánicos echaron a volar como zánganos furiosos. Abulurd retrocedió, buscando donde esconderse, pero los devoradores mecánicos se dispersaron y le persiguieron.

Thurr, que se había pegado contra la pared y se ocultaba entre las sombras y las formas confusas del material de laboratorio, observaba y reía entre dientes.

Los bichitos giraban y giraban en el aire, reconociendo la sala, e identificaron la figura de Abulurd como el objetivo disponible más claro. Salieron tras él, con sus pequeñas mandíbulas cristalinas vibrando, listas para machacar la carne.

Una de las pirañas chocó a gran velocidad contra la barrera invisible del escudo personal y rebotó. Las otras se dieron la vuelta y se acercaron más despacio, tanteando.

Abulurd sabía que no tardarían en descubrir la forma de penetrar en el campo de energía del escudo.

Cuando estaba retrocediendo hacia una de las mesas donde trabajaban sus ingenieros, bajó un momento la vista y vio su salvación: el prototipo que había dejado en la mesa de trabajo. Lo cogió y activó el campo distorsionador.

Aquel artefacto tan rudimentario no inutilizaría los diminutos motores de los devoradores, pero lo hizo invisible para sus pautas de discriminación. Los bichitos mecánicos empezaron a zumbar, volando en círculos, confundidos, y ampliaron su campo de acción, buscando a aquella víctima que había desaparecido sin más ni más.

A modo de prueba, Abulurd sostuvo en alto el distorsionador y dio dos pasos hacia el centro de la habitación. Los bichitos no reaccionaron. Sus mandíbulas seguían girando y girando, y sus motores levitatorios les hacían seguir trayectorias aleatorias, pero no le veían.

Molesto por aquella interferencia, Thurr preguntó con tono exigente:

—¿Qué has hecho? ¿Cómo…?

De pronto, los bichitos le vieron. Modificaron su rumbo y volaron hacia su creador. Thurr echó a correr y activó su escudo personal. La docena de pequeños asesinos zumbaban a su alrededor y se lanzaban contra el campo de energía una y otra vez, como pájaros carroñeros picoteando un cadáver. Abulurd aprovechó para activar los mecanismos de seguridad del laboratorio. Las puertas de la cámara se cerraron herméticamente, y una señal de alarma llegó directamente a las fuerzas de la ley, aunque con la chusma de Rayna por las calles, dudaba que nadie acudiera en su ayuda.

—Has creado tu propio fin, Yorek Thurr.

Uno de los devoradores penetró lentamente por la barrera indistinta del escudo personal del traidor. Una vez

dentro de la zona de protección, se lanzó salvajemente contra su objetivo. Enseguida mostró el truco para penetrar el escudo a sus once compañeros y estos se acercaron lentamente, hasta que todos estuvieron dentro.

Los bichitos atacaron el cuerpo de Thurr, clavando sus mandíbulas mecánicas en sus brazos, su cuello, sus mejillas. El daba manotazos inútilmente, gritaba, se retorcía. Y aunque los boquetes que le habían abierto en el hombro y el costado no dejaban de sangrar, más que asustado por su muerte inminente, parecía algo furioso.

Una de las maquinitas asesinas le rodeó la cabeza y le abrió literalmente la tapa de los sesos, dejando al descubierto el hueso de cráneo. Otras le atacaron el estómago y penetraron en el muslo. Una de ellas salió de la caja torácica, cubierta de sangre, masticando todavía con sus dientes artificiales, dio una vuelta en el aire y volvió a zambullirse para otro festín, sin dejar de escupir pedacitos de carne como una trituradora.

Thurr aullaba. Cayó de rodillas y en un gesto de desesperación logró coger una de aquellas bolas plateadas al vuelo con la mano. Y, mientras miraba, el bichito se abrió paso a través del puño cerrado a bocados y le cortó los nudillos. Los dedos se le cayeron.

Abulurd contemplaba aquel espectáculo espeluznante horrorizado, pero no dejó de recordarse que aquel hombre había traicionado a la humanidad y era responsable de la muerte de miles de millones de personas, y además había manchado la memoria de Xavier Harkonnen. Eso le ayudó a endurecer su corazón mientras oía los gritos.

Solamente había doce bichitos, así que tardaron varios minutos en destrozarlo físicamente lo bastante para causarle la muerte. Pero incluso cuando Thurr cayó y dejó de sacudirse, los bichitos le perforaron el cráneo y luego empezaron a buscar una nueva víctima. El distorsionador de

Abulurd evitó que le vieran. Al final, los devoradores volvieron al cuerpo de Thurr y siguieron mutilándolo.

Abulurd no podía apartar la mirada. Dejó que las pirañas siguieran con su espantosa carnicería hasta que no quedó nada del traidor. Finalmente, cuando sus limitadas fuentes de energía se agotaron, cayeron al suelo como fervorosas piedrecillas con colmillos.

Y cuando al rato llegaron tres guardias pálidos y con aire acelerado en respuesta a la señal de emergencia que Abulurd había accionado, vieron horrorizados la masa de carne que yacía en el suelo, como despojos en una carnicería.

—Sé que no es una prioridad en medio de tantos disturbios —les dijo Abulurd—. Pero este es el asesino, el hombre que mató al Gran Patriarca Xander Boro-Ginjo.

—Pero… ¿quién era? —preguntó uno de los guardias.

Abulurd lo pensó mucho antes de contestar.

—Nadie a quien valga la pena recordar —contestó al fin.

88

La droga de Rossak es solo uno de los caminos al infinito. Hay otros… y uno, todavía no descubierto, que es el más grande de todos.

REVERENDA MADRE RAQUELLA BERTO-ANIRUL

Todas las hechiceras a las que se aplicó la vacuna de prueba del doctor Suk murieron. Aquella tasa total de muertes sorprendió a Raquella. Con una voz cada vez más estridente, la hechicera suprema lo calificó como una nueva demostración de la incompetencia de los investigadores de la HuMed, que habían impuesto su ayuda a la gente de Rossak.

Ticia Cenva atendió a las pacientes personalmente, y se negó a permitir que Raquella siguiera «torturándolas». Hizo que una de sus hechiceras enviara muestras al laboratorio del doctor Suk, pero incluso después de realizar los análisis Suk no entendía por qué la vacuna había resultado tan mortífera. En el peor de los casos, tenía que haber sido ineficaz, y punto.

Raquella empezaba a preguntarse si en aquello no habría intervenido algún otro elemento —¿Ticia Cenva?— de forma decisiva.

La hechicera suprema, como un buitre con su túnica negra, miró con el ceño fruncido a las seis fallecidas, como

si le desagradara su expresión de agonía. Y dirigió su ira contra Raquella.

—Tus esfuerzos son inútiles. Cualquier necio vería que no nos estáis ayudando.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que me quede mirando cómo se mueren con los brazos cruzados?

—Parece que es lo que mejor haces.

—Al menos lo hemos intentado.

Ticia no parecía interesada.

—Las más fuertes sobrevivirán, y las débiles tendrán el destino que merecen. Así es como ha funcionado siempre el proceso de selección genética en Rossak. Y por eso echamos a los Defectuosos a la selva. Los que no estén preparados para afrontar los desafíos del universo perecerán. Con nuestro almacén de ADN podemos conseguir sustitutas en cuanto escojamos las características más deseables.

Raquella miró a su alrededor, vio la cantidad apabullante de pacientes que había allí, aspiró el hedor de la enfermedad. Era de noche, y la mayoría dormían, o puede que hubieran muerto.

—Las muestras genéticas no pueden sustituir a las amigas que perderás si rechazas nuestra ayuda.

Para ese entonces, la mayor parte de la población había quedado expuesta al retrovirus. A bordo del *Recovery*, Mohandas seguía sin identificar el elemento clave de la muestra de agua del cenote, y por tanto no podía reproducirlo. Necesitaba más muestras.

Dado que todas las vacunas de prueba habían resultado fatales, Raquella no tenía elección. El pequeño localizador que le había puesto a Jimmak le había mostrado dónde encontrar el cenote. Y cuando los técnicos y las hechiceras tuvieran acceso al agua, podrían curar a todos los enfermos y salvar a la población.

Los Defectuosos lo pagarían caro. Hasta puede que los mataran. Pero había muchas otras personas en Rossak, y no podía seguir justificando su silencio. Su deber estaba muy claro.

Cansada y agotada por aquella terrible decisión, Raquella se acostó para dormir un poco. Al día siguiente, dirigiría una expedición al cenote para coger aquello que tan desesperadamente necesitaban.

Bajo el débil resplandor ámbar de los paneles de luz, una mujer ataviada con una túnica negra avanzó entre los enfermos. Hacía semanas que se habían quedado sin camas, y muchos dormían en el suelo, acurrucados con una manta.

La mujer trataba de luchar contra los efectos cada vez más acusados de la enfermedad. Utilizaba cada fibra de sus poderes mentales para contener los síntomas, y aun así podía sentirla en su interior, sabía que estaba ahí. Por más que lo negara, por más especia que consumiera, cada músculo de su cuerpo lo proclamaba a gritos.

Pero Ticia Cenva tenía una misión, tenía algo que hacer.

Al entrar en una sala adyacente, se detuvo y trató de controlar su respiración agitada para no hacer ruido. Aquella era la sala de los médicos, de las enfermeras y el personal de la HuMed. Se detuvo junto a una cama en la sección de mujeres, una de una larga hilera de camas. Raquella Berto-Anirul dormía el profundo sueño del agotamiento, tumbada de costado, y respiraba rítmicamente. Ticia entrecerró los ojos y sintió la energía aumentar en su mente, un poder destructivo que había contenido durante mucho tiempo. Como hija de la gran Zufa Cenva, siempre había estado preparada para sacrificar su vida en una llamarada final de gloria, pero hasta ese momento no había tenido ocasión de

hacerlo. Era débil, un fracaso… un arma sin usar que ya no tenía ningún propósito. En su interior, unas voces insidiosas la llamaban cobarde, y jugaban con el sentimiento de culpa que le producía seguir con vida.

La plaga de Rossak estaba matando a su gente y ella no podía hacer nada. La ira y la determinación eran lo único que la ayudaban a seguir adelante. Con el cuerpo rígido, Ticia miró a la mujer que odiaba. Raquella creía que podía llegar sin más y demostrar lo simples, débiles e inútiles que eran las hechiceras. Y eso no podía permitirlo.

Los pacientes más débiles morirían, era el precio que había que pagar para que las líneas genéticas de Rossak se conservaran fuertes. Todo estaba registrado, documentado, almacenado en ordenadores ocultos que llevaban un registro de ADN. Incluso si la vacuna del doctor Suk hubiera funcionado, eso solo habría retrasado lo inevitable y los supervivientes habrían quedado tocados para siempre. No soportaba pensar que su gente era tan débil que no podían sobrevivir sin ayuda exterior. Mejor morir y dejar que la historia culpara a aquellos médicos metomentodos que reconocer que no era una líder perfecta.

Vagamente, la hechicera suprema reconocía que entre los síntomas de la primera fase de la enfermedad estaban el pensamiento irracional, la paranoia y la agresividad. Pero la enfermedad había dado sus primeros pasos por su cuerpo muy lentamente, frenados por sus propios fuegos mentales, y en ningún momento se le ocurrió cuestionarse sus motivos. La culpabilidad y el resentimiento que sentía le parecían algo totalmente normal.

Cuando se inclinó sobre la figura de Raquella, Ticia supo que debía actuar con rapidez. Nadie sabía que estaba allí, ni que había enfermado. Pero Ticia tenía una cosa que hacer antes de que los fuegos de la plaga la consumieran. Se

sentía la piel caliente y sudada, por la fiebre y por el esfuerzo de caminar.

Se metió una mano en la túnica oscura, sacó un pequeño frasco con dosificador y retiró el tapón. Raquella respiraba profundamente, con los labios ligeramente entreabiertos. Con dedos temblorosos, Ticia manipuló el dosificador y cogió unas gotas de aquel líquido aceitoso y viscoso. El olor era fuerte, amargo, nada que hiciera sospechar sus efectos mortíferos.

Muchos años antes, Aurelius Venport y sus exploradores habían descubierto aquella toxina increíblemente fuerte, una sustancia tan mortífera que la bautizaron simplemente con el nombre de «droga de Rossak». Fuera del negocio de los asesinos, no tenía ninguna aplicación legal. Ni existía ningún antídoto conocido. Una vez administrada, resultaba siempre fatal, por muy pequeña que fuera la dosis.

Raquella se giró ligeramente, ladeó la cabeza y abrió los labios un poco más. Como si quisiera cooperar.

Ticia no desaprovechó la ocasión y dejó caer unas gotas de líquido en la boca de aquella detestable mujer. El veneno penetró con suavidad, sin trabas, igual que cuando envenenó a las pacientes con las que el doctor Suk probó sus vacunas. Y ahora todos creerían que les habían dado falsas esperanzas, que la inesperada recuperación de Raquella solo había sido una ilusión y que al final una recaída la había matado.

Le estaba bien empleado por alardear delante de las hechiceras. Nunca tendría que haber ido allí.

Cuando ya estaba en la entrada, Ticia oyó que Raquella despertaba con un sobresalto, tosiendo y escupiendo, tratando ya de combatir el efecto de la droga de Rossak. No importaba. Ya nada podría cambiar su destino. La hechicera suprema desapareció entre las sombras.

La mente de Raquella enseguida dio un respingo por el sabor amargo que notó en la boca. El sabor de la muerte. Su conciencia adormecida le habló de las gotas que notaba en los labios, tan distintas del agua curativa del cenote donde Jimmak la había llevado. Aquello había sido un bautismo de vida. En cambio esto era totalmente distinto. Un bautismo de muerte.

Veneno.

Estaba perdida, y su mente empezaba a caer en la inconsciencia. De pronto, una intensa luz apareció en su mente, y le mostró una nueva forma de contraatacar, un arma que no sabía que tenía. Al pasar por la plaga, su cuerpo se había transformado, tras asimilar la incomprensible mezcla de sustancias químicas del entorno. Ahora Raquella tenía unas capacidades inesperadas y nuevos recursos en sus propias células.

Una profunda sensación de calma la invadió, y en el ojo de su mente Raquella vio las conexiones que salían de su cerebro, conexiones neurológicas que se extendían hacia venas, tendones, músculos… y controlaban cada función de su cuerpo, tanto si era de forma voluntaria como si no. Era todo tan claro, como un detallado plano del humano. El insidioso veneno invadía su sangre, sus órganos, su sistema inmunitario. La droga de Rossak casi parecía un ser vivo, maligno, totalmente consciente de su perverso propósito.

No, el veneno no era maligno… la persona que la había envenenado sí.

—No me rendiré —murmuró—. Lucharé. Solo el miedo puede matarme.

Y, adentrándose cada vez más en sí misma, Raquella libró un combate en su organismo.

Preparó las defensas de su cuerpo y levantó una muralla bioquímica frente al ataque del veneno. Entonces se enfrentó al enemigo. Tras analizar la estructura molecular de la droga, varió el orden de sus elementos, reconectando los radicales libres, cortando cadenas de proteínas sueltas. Despojándola de sus armas.

En el proceso, Raquella transformó pacientemente el veneno y lo descompuso, hasta reducirlo a la impotencia. Ya no podría hacerle daño. Dado que era la primera vez que hacía aquello, Raquella quiso explorar y se dio cuenta de que podía controlar cada célula y cada molécula extraña de su cuerpo. Su mentalidad de médico se maravilló ante aquella idea. Ella controlaba incluso las funciones más complejas de aquella complicada máquina biológica.

«Como la supermente».

Este pensamiento la inquietó, la intrigó. ¿Hasta qué punto se parecían los humanos a las máquinas pensantes que habían creado? Puede que más de lo que ninguno de los dos bandos reconocería jamás.

Allí dentro vio algo más, como un asombroso libro de relatos escrito en su código genético. Al principio le llegó gota a gota, dosificado, como el agua que goteaba de forma ininterrumpida en el estanque de la cueva de Jimmak; luego los datos llegaron en una avalancha, en la forma de recuerdos hereditarios de sus antepasadas. Raquella sabía que aquel pozo de saber siempre había estado ahí, que había pasado de generación en generación, sellado allí dentro, intocable… y ahora, gracias al efecto catalizador del veneno, ella tenía la llave para abrir esa puerta.

Se sentía como si tratara de beber un sorbito de un torrente. La mayor parte de la información fue a su cerebro e inundó su conciencia, aunque siempre había estado ahí… acechando, escondiéndose, esperando. Curiosamente, solo podía acceder a sus antepasadas femeninas.

Y entonces, en medio de la euforia, los recuerdos se esfumaron, quedaron fuera de su alcance. Al principio, cuando todas aquellas maravillosas antepasadas la abandonaron, Raquella se sintió como una huérfana. Poco a poco, comprendió que solo irían a ella ocasionalmente, para ayudarla, y luego volverían a replegarse al pasado reverberante.

En el vacío cavernoso que quedó cuando los recuerdos cesaron, Raquella notó que el retrovirus ya no estaba activo en su organismo. Lo había neutralizado, creando anticuerpos invencibles. Raquella podía seguir el rastro de cualquier enfermedad a través de sus estructuras celulares, seguirla como una fuerza vengadora y expulsarla. Ya nunca más tendría que temer a la enfermedad.

En las regiones más profundas de sus células, Raquella trabajaba con lo que tenía, y lograba unos resultados con los que Mohandas Suk ni siquiera habría soñado en su laboratorio orbital. Ahora tenía su propio laboratorio dentro de su cuerpo, y en aquellos momentos creó exactamente lo que quería: los anticuerpos necesarios para sintetizar una vacuna lo bastante potente para erradicar la epidemia de Rossak.

Ya no necesitaba el agua del cenote. Sus propias células y su sistema inmunitario eran una fábrica mucho más compleja y eficaz que todo el material médico que Mohandas pudiera utilizar en el *Recovery*. Podía fabricar tanto antídoto como hiciera falta.

El veneno no la había matado; en realidad, la había liberado.

Y salvaría a todo el planeta. Justo lo contrario de lo que Ticia Cenva buscaba.

Gracias a los tests concienzudos y aquel nuevo saber intuitivo de Raquella, se demostró que las vacunas de Mohandas habrían reforzado los sistemas inmunitarios de las afectadas. Raquella comprendió que no habían muerto por culpa del medicamento. Las habían asesinado.

Ticia Cenva.

Con aquella nueva conciencia, Raquella no centró sus pensamientos en la venganza, sino en la curación. A través de catalizadores producidos por las biofábricas de su cuerpo, pudo transmutar las vacunas disponibles, enriqueciéndolas con anticuerpos de su sangre. Ya no necesitaba el agua del cenote, no había por qué perturbar la miserable existencia de los Defectuosos. Tenía todo lo que necesitaba en su cuerpo.

Raquella iba arriba y abajo administrando la cura a los pacientes moribundos que se amontonaban en las salas y las enfermerías de la ciudad de cuevas, con la ayuda de los médicos y ayudantes que quedaban de la HuMed. Cada vez eran más los que se curaban y podían ayudarles en sus esfuerzos, y la epidemia empezó a aflojar, se estancó y finalmente remitió.

Parecía una ironía que Raquella hubiera conseguido el agua que la curó gracias a los parias, una gente que las hechiceras consideraban indigna. Ahora, gracias a la transformación de su química interna, Raquella salvaría a esas mismas mujeres que habían estado tratando a los Defectuosos como poco más que animales, como errores.

Lejos de celebrar la salvación de su gente, Ticia Cenva no se veía por ningún lado. A Raquella, que milagrosamente había evitado la muerte una vez más, no le sorprendió que permaneciera en un estricto aislamiento. Ella y su red cada

vez más extensa de ayudantes sanos distribuían viales con la vacuna y cuidaban de los enfermos.

Cuando se aseguró de que prácticamente todo el mundo había sido vacunado, Raquella quiso saber qué había pasado con la hechicera suprema. ¿Había evitado Ticia el virus, había muerto? Las otras mujeres trataban de eludir sus preguntas, y en sus palabras Raquella intuía mentiras, directas e indirectas. Las mujeres de Rossak ocultaban algo importante.

Por propia iniciativa, sin sentir ningún temor a pesar de que la hechicera suprema había tratado de envenenarla, Raquella fue a los alojamientos privados de Ticia Cenva. Ella no había querido en ningún momento usurpar su autoridad, solo quería combatir la epidemia y marcharse de allí. Pero ahora Ticia seguramente la vería como un conquistador satisfecho regodeándose sobre los vencidos.

Cuando llegó a la abertura de la cámara, Raquella la encontró bloqueada por una barrera de energía, un muro de fuerza proyectada por una mente furiosa y delirante, no por un generador Holtzman de escudo. Del otro lado de la barrera, vio a una joven Karee Marques con aire turbado. A su izquierda, la imagen de Ticia Cenva, distorsionada por las ondas de energía, resplandeciente como un arma psíquica a punto de desatarse.

«Solo el miedo puede matarme», se dijo Raquella a sí misma, y buscó la serenidad de su yo espiritual, algo que nadie podría arrebatarle. Desde esa plaza fuerte, la ciudadela de su alma, Raquella contempló la barrera de energía, utilizando unos poderes que ninguna hechicera conocía.

La barrera desapareció, se desmoronó tras parpadear brevemente, como una fuente moribunda de electricidad. Ticia trató de rehacer la barrera, pero cada nuevo intento fracasaba, la barrera no aguantaba. La hechicera suprema

perdió el resplandor psíquico, como si las ondas de la desesperación se lo hubieran llevado. Y se quedó temblando, totalmente derrotada, con su bello rostro marcado por la angustia y la enfermedad.

Raquella entró y se enfrentó a su verdugo, que permanecía en pie, tambaleante, con el rostro sofocado, sudando. Ahora en su cara y sus brazos se veían claramente las lesiones provocadas por la epidemia; su piel y sus ojos tenían un tono amarillento. Karee Marques se quitó de en medio y se acurrucó, asustada por el juego de poderes que acababa de presenciar. Otras cinco hechiceras salieron de la parte de atrás de la cámara, impresionadas ante el visible fracaso —y enfermedad— de su líder.

—Dime qué estáis ocultando —preguntó Raquella con tono autoritario, con una voz que no era del todo la suya. Las antepasadas que llevaba en su interior, un auténtico ejército, hablaban con ella, desde el pasado, el presente, el futuro. Las palabras resonaron por el espacio y el tiempo y volvieron a replegarse sobre sí mismas.

—No puedo —dijo Ticia—. No p-puedo…

—¡Dímelo! Habla a nuestras antepasadas de tu culpa, de las vidas que te has llevado. —De nuevo la Voz salió de la garganta de Raquella, pero mucho más fuerte, mucho más insistente, con tono imperioso. Era imposible desafiarla.

De pronto Ticia empezó a hablar y confesó, explicó cómo había frustrado todos los intentos de Raquella por salvar al pueblo de Rossak, cómo había matado a las pacientes en las que se probó la vacuna y había tratado de asesinar a Raquella. Estaba en los estadios iniciales de la enfermedad, y la paranoia y la desorientación hicieron que le pareciera lo más lógico.

Pero Raquella sabía que Ticia Cenva escondía mucho más, que su secreto iba mucho más allá de una absurda rivalidad.

—Y ahora dime qué protegéis ahí dentro. —La Voz afloraba, como un ser primario, y era innegable.

Ticia no podía oponerse. Moviéndose a sacudidas, como una marioneta mal utilizada, acompañó a Raquella a una inmensa cámara llena de ordenadores y material electrónico, una ingente reserva de información. Los ordenadores vibraban suavemente mientras hacían su trabajo de procesamiento, intercambiaban información entre ellos y la elaboraban, llevándola a un nivel cada vez más elevado: las secuencias de ADN de millones de personas de diferentes razas, el almacén más detallado de registros genéticos jamás reunido, no solo de la época de la plaga original, sino de generaciones de selección reproductiva en Rossak.

En algún lugar de su inconsciente, Raquella ya conocía la existencia de aquel lugar. Mientras la hechicera enferma seguía contestando a instancias de la Voz, Raquella intuyó que sus antepasadas la habían llevado hasta aquello, como si hubieran previsto lo que pasaría y hubieran movido a la gente que la rodeaba como piezas en una partida. «¿Qué estoy destinada a hacer aquí?».

Ella misma contestó su pregunta, y aquello le produjo una sensación extraña, incómoda y tranquilizadora a la vez. Mujeres que habían vuelto al polvo tiempo ha la estaban observando, la guiaban y le daban consejo en las importantes decisiones que tenía por delante.

De pronto, Ticia tosió y trastabilló. Se dejó caer de rodillas sobre el duro suelo de piedra.

Raquella corrió a su lado. Mientras Karee Marques la sujetaba y trataba de consolarla, Raquella se sacó un vial con una vacuna del bolsillo.

—La enfermedad está muy avanzada, pero esto la expulsará de tu cuerpo y neutralizará el virus.

Ticia se retorcía de dolor en el suelo, y tuvo un ataque de tos. Sus ojos azules se veían legañosos, surcados de venillas rojas, como una ventana a su alma que le hacía parecer mucho mayor. Desde hacía un tiempo, se había visto obligada a consumir grandes cantidades de melange, que le habían proporcionado un aspecto más juvenil y habían dado a sus ojos el azul de los adictos a la especia. Pero eso estaba cambiando porque la epidemia estaba haciendo estragos en su sistema inmunitario.

Con sus últimas fuerzas, Ticia apartó a Raquella de un empujón.

—¡No quiero tu ayuda! Ahora ya conoces la existencia de nuestra base de datos. De los ordenadores. Traerás aquí al Culto a Serena para que destruyan todo nuestro trabajo.

—Yo no quiero destruir vuestro trabajo —dijo Raquella—. Quiero colaborar con vosotras. Esos fanáticos destruyeron el Hospital de Enfermedades Incurables en Parmentier. No les tengo ningún aprecio.

Ticia se calmó, pero en sus ojos el odio ardía con más fuerza. Cuando se sacó la mano de un pliegue de su túnica negra y empapada de sudor, en ella sujetaba un frasquito con una sustancia acre y acida. Se había manchado los dedos con ella. Raquella enseguida lo reconoció: era la sustancia que había estado a punto de matarla, la droga de Rossak.

Raquella quiso coger a la hechicera, pero con un último golpe de poder mental, Ticia la derribó. El frasco cayó al suelo y se rompió. Antes de que nadie pudiera detenerla, la hechicera se llevó los dedos manchados de veneno a los labios. Con una gota bastaba.

La vida se apagó rápidamente en los ojos de Ticia y se perdió en el infinito.

89

Quizá quien da la recompensa la definiría de forma muy distinta a quien la recibe.

PENSADORA KWYNA, archivos de la Ciudad de la Introspección

Dante, tranquilo pero escéptico, se aposentó en su forma mecánica y recitó los puntos en contra como si los estuviera leyendo en una lista. Los otros dos titanes ya habían expuesto su opinión, y escuchaban.

—Por tanto —dijo a modo de conclusión—, si de verdad crees que Vorian Atreides ha venido a nosotros por voluntad propia, que colaborará en nuestros intentos de expansión y se volverá en contra de los hrethgir… entonces es mejor que lo convirtamos en cimek antes de que cambie de opinión.

—Estoy de acuerdo —dijo Agamenón lleno de regocijo—. Eliminaremos la carne y entonces su nueva lealtad por nosotros será más que intelectual. Será irrevocable.

—Oh, no creo que haya nada intelectual en su decisión —terció Juno—. Prepararé la sala de operaciones, y Quentin, nuestra querida mascota, me ayudará. Una importante prueba para demostrar su… su cambio de actitud.

—A Butler no le gustará nada —dijo Dante.

—Lo sé. Pero así demostrará si realmente ha entrado en razón, como dice Vorian. —Juno rio. Y salió en busca de su nuevo converso, envuelta en el estrépito de su forma móvil.

—Sí, padre, quiero ser cimek. Más que ninguna otra cosa. —Vor había ensayado la mentira una y otra vez—. Cuando era humano de confianza, era el sueño de mi vida. Siempre supe que, si hacía que estuvieras orgulloso de mí, algún día me permitirías convertirme en cimek, como tú.

—Entonces, ha llegado la hora, hijo. —La inmensa forma de combate de Agamenón se alzaba ante él en el puente de hielo, en el exterior de la ciudadela. La forma móvil del general era el doble de alta que Vor, y llevaba unos adornos dorados a modo de cota de malla—. Te esperan en la sala de operaciones.

Cuando los dos caminaban de vuelta a la entrada de la antigua ciudadela de los pensadores, Vor sintió dudas. Por un momento, pensó en huir en el *Viajero Onírico*, antes de que los cimek pudieran realizar su horripilante vivisección. Pero le había costado demasiado preparar aquello, y no podía echarse atrás.

El titán andaba pavoneándose detrás de él.

—Te gustará ser cimek, te lo prometo. Podrás ser lo que quieras, y no estarás constreñido por las limitaciones de una endeble forma biológica. No importa lo que imagines, nosotros podemos crear una forma que se amolde a cualquier deseo.

—Puedo imaginar muchas cosas, padre. —Allá en lo alto, el cielo glacial parecía una prolongación de la superficie del planeta, como si el hielo y la nieve se hubieran extendido también al cielo y hubieran dejado una capa de aire en medio.

Vor caminaba tan erguido como podía, y aunque seguía pareciendo joven y viril, se sentía muy antiguo. Tratando de reunir el valor para lo que le esperaba, entró en la estructura gigante. Y en los pasadizos, a pesar de las diferentes capas de ropa protectora que llevaba, sintió frío.

—Antes de someterme a la operación, ¿por qué no me dejas que te acicale una vez más, como antes?

—¿Por los viejos tiempos? Algunos clichés nunca pasan de moda, ¿verdad?

Vor rio, con un sonido que pareció hueco al disiparse en el inmenso vacío que los rodeaba.

—Por supuesto, siempre puedes cambiarte a una forma móvil limpia, pero me gustaría experimentar esa sensación una vez más antes de renunciar para siempre a mi cuerpo. Y los dos disfrutaríamos.

—Una idea excelente… y luego podré admirar mi aspecto. —Agamenón hacía sonar su adorno de cota de malla al caminar por los fríos corredores, construidos hacía siglos. El adorno se veía tan extraño y fuera de sitio como los artilugios, cuchillos y pistolas de proyectiles que tenía en las jaulas de exposición que llevaba alrededor de su forma móvil.

A Vor la adrenalina y la expectación lo movían a seguir adelante, sofocado y ansioso. El y el general estaban expectantes por motivos diferentes.

En aquellos momentos, mientras Juno preparaba la sala de operaciones, su padre lo guio por una serie de murallas protegidas por neocimek con contenedores cerebrales translúcidos situados en bastidores, como extraños genitales mecánicos. Subieron a una torre, aún medio enterrada en el hielo, que se alzaba sobre el paisaje helado y agrietado. A Agamenón siempre le había gustado examinar sus territorios, por muy escasos que fueran.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me acicalaste —dijo Agamenón, apoyando su forma móvil contra el material de mantenimiento que los cimek habían reunido—. Voy a disfrutar de esto, Vorian. De hecho, creo que te operaré yo mismo, como agradecimiento por haberme limpiado y abrillantado.

—No querría que fuera de otro modo, padre.

En lo alto de la fría torre, entraron en una habitación enorme y llena de espejos, con cuatro formas cimek vacías contra las paredes… diferentes formas de combate que al general le gustaban especialmente. Los productos para limpiar y pulir estaban pulcramente colocados en unos armarios y estantes. Un amplio ventanal miraba sobre la extensión gris y helada de Hessra. Vor se estremeció involuntariamente. Mientras examinaba aquellos productos, recordó lo joven e inocente que era en sus días de humano de confianza. En aquel entonces, creía las falsas memorias del general, sus historias, sus teorías. Nunca se le ocurrió cuestionar lo que le decían. En cambio ahora ya no creía nada.

Había vivido y aprendido muchas cosas.

—Bien, padre —dijo Vor volviéndose hacia el cimek, que esperaba—. Empecemos.

90

Apoya siempre a tu hermano, tanto si tiene razón como si no.

Dicho zensuní

Tras el éxito del ataque kanla, Ishmael se dirigió a su gente en el interior de la cámara más grande de su poblado en las cuevas. Se sentía vivo por primera vez desde hacía mucho tiempo, y la sangre bullía en el interior de su viejo cuerpo. Él y sus hombres, demasiado civilizados, habían matado a sus enemigos y se habían repartido los despojos. Se habían quedado el agua, la comida, el material y el dinero de los extraplanetarios. Pero para Ishmael aquello no bastaba… nada podría compensar lo que los comerciantes de carne habían hecho en los otros poblados atacados.

Ahora que aquella prueba había pasado y estaban en casa, El'hiim se sentía profundamente turbado por lo que había visto, sobre todo por el acto de desangrar a un enemigo para aprovechar el líquido de su cuerpo.

—Hemos tirado por la borda siglos de civilización —le dijo con voz serena a Ishmael—. Nos hemos convertido en animales, y ahora ninguna ley de Arrakis nos apoyará. Hemos perdido más de lo que hemos ganado.

—Te equivocas. Hemos recuperado nuestro bagaje —repuso Ishmael—. Siempre hemos seguido las leyes del desierto, la ley de la supervivencia… la ley de Budalá. ¿Qué me importan las leyes que dictan los hombres civilizados en sus bonitas casas?

El'hiim frunció el ceño.

—A mí sí me importan.

Pero Ishmael no quería dejar que el asunto se enfriara. Cuando los ancianos se reunieron, habló con vehemencia, y muchos hombres y mujeres jóvenes le escucharon.

—Los esclavistas atacaron nuestro poblado, pero les hemos echado. Y hemos vengado a los que murieron en el otro poblado… ¡pero nuestros enemigos seguirán viniendo, una vez y otra vez! Les hemos abierto la puerta. Hemos dejado que los chacales descubran nuestra guarida. —Y alzó un puño retorcido—. Nuestra única esperanza es volver a las costumbres de Selim Montagusanos. Debemos coger solo lo necesario para sobrevivir y replegarnos a lo más profundo del desierto, donde los esclavistas no puedan encontrarnos.

Algunos de los presentes lanzaron vítores con entusiasmo, otros parecieron inquietos. Después de su sanguinaria aventura, algunos jóvenes querían más ataques de venganza, como cuando eran una banda de forajidos.

El naib El'hiim, con aire preocupado, se puso en pie y trató de calmar los ánimos.

—No hay necesidad de ser tan reaccionario, Ishmael. Los que atacaron el poblado eran criminales, y han sufrido el castigo más definitivo. Problema resuelto.

—El problema está en la base de nuestra sociedad —dijo Ishmael—. Por eso debemos partir y reencontrar nuestra esencia. Debemos recordar la profecía de Selim Montagusanos y hacer lo que nos dijo.

—Soy el naib, y el Montagusanos era mi padre. No demos más importancia de la que tienen a los sueños que tenía

después de consumir altas dosis de melange. ¿Acaso no tenemos todos extrañas visiones cuando bebemos demasiada cerveza de especia? —Algunos de los Free Men rieron por lo bajo, en cambio Ishmael frunció el ceño—. Huir de nuestros problemas no nos ayudará a resolverlos, Ishmael. La solución que propones es… simplista.

—Y la tuya es ciega y cómoda, naib —espetó Ishmael—. Has visto a los extraplanetarios esclavizar y matar a nuestra gente, y sin embargo quieres hacer negocios con ellos y actuar como si nada hubiera pasado. Crees que podemos coexistir pacíficamente.

El'hiim dio una palmada.

—¡Sí, lo creo! Debemos coexistir.

—No me interesa ser un buen vecino de esa escoria. —Hasta ese momento, Ishmael había pensado que si obtenía el apoyo de los demás podría hacer que su hijastro cambiara de opinión. Pero vio que solo había una solución posible, una solución que llevaba años preparándose. Él había criado a El'hiim, había dado su palabra a Marha, y por eso no había querido emprender la acción más obvia, más necesaria. Pero, por el bien de su gente y el futuro de Arrakis, no podía seguir evitándolo.

Se volvió hacia su hijastro, al que había salvado de los escorpiones, al que había enseñado y protegido. Pero ahora debía proteger a su pueblo. Aquella decisión le desgarraba, y quizá el fantasma de Marha volvería para perseguirle por haber roto su promesa. Pero tenía que hacerlo. Debía ayudar a los zensuníes a conservar su libertad y su vida. Y en el fondo de su alma sabía que El'hiim los llevaría a la debilidad y la destrucción.

—Ishmael, hay muchos factores que considerar —dijo El'hiim tratando de aplacarlo—. Todos entendemos que los acontecimientos recientes resultan inquietantes. Pero si volvemos a convertirnos en forajidos, perderemos todo lo

que hemos logrado en el pasado medio siglo. Quizá juntos podríamos…

—Un desafío —dijo Ishmael interrumpiéndolo con voz atronadora.

El’hiim lo miró.

—¿Qué…?

Ishmael levantó la mano y golpeó al naib en la cara, para que todos lo vieran.

—Un desafío, según la tradición zensuní. Has dado la espalda a buena parte de tu pasado, El’hiim, pero nuestra gente no dejará que pases esto por alto.

El acto colectivo de contener la respiración resonó por la cámara. El’hiim retrocedió, sin acabar de creerse lo que el anciano había hecho.

Levantó las manos.

—Ishmael, detén esta locura. Soy tu…

—No eres mi hijo, no eres el hijo de Selim Montagusanos. Eres un insecto miserable que se está comiendo el corazón de nuestro pueblo.

Ishmael no pudo controlarse y volvió a abofetearle en la otra mejilla, esta vez más fuerte. Un insulto mortal.

—Te desafío por el título de naib. Nos has traicionado, nos has vendido a cambio de beneficios y comodidades. Te desafío a duelo por el control de todos los zensuníes, por nuestro futuro.

El’hiim parecía asustado.

—No lucharé… no puedo luchar contigo. Eres mi padrastro.

—He tratado de educarte en los caminos de Selim Montagusanos. Te enseñé las leyes del desierto, los sagrados sutras zensuníes. Pero me has avergonzado, y eres una vergüenza para la memoria de tu verdadero padre. —Levantó la voz—. Ante todos los presentes, renuncio a ti como hijo adoptivo… y que mi amada Marha me perdone.

La gente no podía creerlo. Pero Ishmael no vaciló, aunque veía la expresión perpleja y asustada de El’hiim.

—La ley zensuní es muy clara, El’hiim: si no quieres enfrentarte a mí, como exige la tradición, entonces dejaremos que decida Shai-Hulud.

Al oírle el naib pareció horrorizado. Los otros Free Men de la cámara observaban. Sabían exactamente lo que eso significaba.

Su futuro se decidiría en un duelo entre gusanos de arena.

91

> Son tantas las cosas que dependen de percepciones… Vemos los acontecimientos a través del filtro de nuestro entorno, y eso hace más difícil saber si estamos haciendo lo correcto. En esta terrible tarea que debo acometer —un acto pecaminoso si se mira objetivamente— el problema es más evidente que nunca.
>
> BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES

Cuando separaron su cerebro de su cuerpo, Quentin no tuvo que presenciar la espantosa intervención. Los cimek extrajeron su cerebro del cráneo antes de que recobrara la conciencia. En cambio, ahora tendría que ver con sus nuevas fibras ópticas cómo repetían el proceso con Vorian.

Juno parecía especialmente orgullosa del siniestro despliegue de instrumental de aquella fría sala de intervenciones. El metal y el plaz de las herramientas relucían, pero pronto quedaría cubierto de sangre.

A pesar del aislamiento de su contenedor cerebral, a Quentin le costaba controlar el sentimiento de repulsión. Esperaba que el bashar supremo supiera lo que estaba haciendo.

Dos de los híbridos neos-subordinados estaban por allí para ayudar en la operación que convertiría a Vorian Atreides en cimek. Al igual que Quentin, los subordinados

participaban en aquello a la fuerza, pero no esperaba que le ayudaran. Estaban preparando la sala para la intervención, en silencio.

Una maquinaria voluminosa y articulada estaba conectada a las paredes y el techo de la sala, un variado surtido de taladros y láseres, agujas sonda, sierras de diamante y tenazas. Junto a una mesa pulida, había unos cubos metálicos donde tirarían las extremidades y los órganos. La mesa de operaciones estaba equipada con canales de drenaje.

—Durante un rato la cosa se pondrá un poco asquerosa —señaló Juno muy animada—. Pero el fin siempre justifica los medios.

—Los cimek siempre han justificado sus actos —dijo Quentin.

—¿Detecto un dejo de amargura en tus palabras, cachorrito mío?

—¿Acaso lo niegas? A mí mismo me cuesta justificarlo, pero el bashar supremo dice que debo intentarlo. —No soportaba tener que decir aquellas palabras—. Yo no elegí convertirme en cimek. No esperes que lo acepte tan fácilmente… aunque empiezo a ver que tiene sus ventajas.

—Sí, los hombres podéis ser de lo más obstinados. Llevo más de mil años con Agamenón. —Y volvió a reír por lo bajo.

Para su participación en aquel acto, a Quentin se le asignó una pequeña forma móvil con brazos manipuladores, un cuerpo mecánico que no suponía una amenaza para la estructura de Juno, mucho más grande y compleja. La titán podía aplastar fácilmente a cualquier neo.

Mientras los monjes mecánicos esterilizaban el material quirúrgico, Juno le dio a Quentin una detallada explicación de cómo llevarían a Vor a la sala y lo prepararían.

—Había pensado aplicarle la suficiente anestesia para que la intervención le resultara más fácil. Sin embargo, en

cierto sentido, hay algo puro y elemental en el dolor que experimenta la carne física. Y esta es la última oportunidad que Vor tendrá de sentirlo. —Rio con disimulo. Aunque a Quentin la risa le pareció más bien perversa—. Quizá tendríamos que hacerlo sin darle nada… para que tuviera un último recuerdo de lo que es el dolor de verdad.

—Eso me suena más a sadismo que a generosidad —dijo Quentin, siguiendo en su papel de resignado para que Juno no sospechara—. Si el hijo de Agamenón se ha unido voluntariamente a vuestra causa, ¿por qué provocarle? —Y se adelantó un poco para examinar los láseres quirúrgicos, los dedos manipuladores y cortadores diseñados para la delicada intervención en el cerebro.

Juno se colocó donde pudiera proteger el material más importante, y mantenía a Quentin lejos de los poderosos cúteres y de las armas pesadas de aquella horripilante cámara, aunque no creía que el derrotado oficial de la Yihad tratara de atacarla. Nunca más permitirían que tuviera acceso a herramientas importantes.

Pero ese era el punto débil de Juno: que nunca pensaba en las cosas pequeñas. Quentin se fijaba en detalles que los titanes ni siquiera veían. Los titanes tenían más de un talón de Aquiles.

En sus anteriores intentos de rebelión, Juno lo había reducido fácilmente neutralizando los mentrodos que conectaban su cerebro a su forma móvil. Una simple desconexión y quedaba totalmente paralizado. Los titanes utilizaban aquello como una forma fácil de dejarlo fuera de combate sin hacerle daño cuando se ponía demasiado rebelde.

Pero para aquello no necesitaba armas poderosas ni destructivas… solo pericia. Solo tenía que esperar una oportunidad.

Mientras Juno seguía parloteando sobre la forma en que torturaría a Vorian Atreides, con sus manos mecánicas Quentin cogió un pequeño láser de baja intensidad. Se sentía como un crío eligiendo una piedrecilla para enfrentarse a Goliat, como en la historia que Rikov y Kohe le habían leído a su hija en Parmentier.

Su principal preocupación sería apuntar la pequeña herramienta con precisión. Juno no estaba preocupada. Todavía.

Moviéndose en silencio y con eficacia, los neos-subordinados despejaron la mesa metálica donde se realizaría la intervención y activaron el pesado material que había junto a ella. Juno no tardaría en pedir que trajeran a Vorian. Pero uno de aquellos ayudantes torpes y estrambóticos volcó accidentalmente una bandeja. Al oír el ruido, Juno giró la torreta de la cabeza… y dejó uno de sus puertos externos de cara a Quentin. Actuando con rapidez, Quentin retiró la placa protectora y dejó al descubierto la red de mentrodos de la titán.

Juno retrocedió, pero Quentin disparó el láser de diagnóstico contra uno de sus delicados receptores y dejó inutilizados sus sensores.

Después de haber practicado y estudiado a conciencia la configuración de los cuerpos cimek, Quentin sabía exactamente adonde apuntar.

Aquella descarga de energía bastó para sobrecargar y desconectar uno de los enlaces del contenedor cerebral de Juno con los circuitos de movilidad de la forma móvil. Ella, perpleja, se sacudió, retrocedió, tratando de recuperar el control, pero Quentin soltó el diminuto láser y con los extremos de su brazo de metal cortó otros tres enlaces con los mentrodos.

El cortocircuito hizo que las patas articuladas de Juno se desplomaran como si hubieran perdido su integridad física.

Pero, a diferencia de los humanos, Juno no podía quedar inconsciente. El líquido azul de su contenedor cerebral lanzaba destellos furiosos. Simplemente, no podía moverse.

—¿Qué necedad es esta? —Una de las patas de la forma móvil se sacudió—. Los mentrodos se regeneran enseguida, y tú lo sabes. No podrás detenerme por mucho tiempo, cachorrito mío.

Quentin actuó con rapidez, se acercó, y de nuevo utilizó el láser de diagnóstico para quemar el resto de los mentrodos de movilidad. Juno, que estaba temporalmente paralizada, le gritó y le insultó, pero Quentin la tenía a su merced.

El oficial encontró los mentrodos que conectaban el sintetizador de voz y, a su lado, los estimuladores que llevaban a los centros sensoriales. Centros de dolor.

—Me encantaría oírte gritar y gritar, Juno —dijo—. Pero no puedo perder el tiempo. —Con otra descarga, desconectó el simulador. Juno ya no podía hablar—. Tendré que conformarme con el dolor que vas a tener que aguantar.

Rápidamente, aunque con cuidado, Quentin sacó el contenedor cerebral de la forma móvil, antes de que los mentrodos pudieran reagruparse y devolver el control a Juno. Lo levantó con sus fuertes brazos metálicos y lo colocó sobre la mesa donde iban a convertir a Vorian Atreides en cimek.

Agamenón fue pesadamente hasta los bancos de material para su acicalado, impaciente por iniciar aquella actividad que recordaba con tanto afecto.

—Ah, Vorian, ciertamente eres el hijo pródigo. Has desdeñado tu destino durante más de un siglo, pero por fin has entrado en razón. Pronto todo será perfecto, como siempre había querido.

—Si somos inmortales, ¿qué importancia tiene un siglo? No es más que un instante en la extensión de nuestras vidas. —Vor se adelantó, recordando los intrincados pasos que debía seguir para aquella tarea—. Aun así, siento que ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que hice esto. —Pensó en las extravagantes ciudades de la Tierra, en los inmensos monumentos de la Era de los Titanes. Casi había olvidado que en aquellos tiempos era feliz…

—Demasiado, hijo mío, demasiado tiempo. —Como una mascota grandota y obediente, el titán se quitó su extraño adorno de cota de malla y se colocó en el muelle de mantenimiento. Solo le faltó ronronear cuando su hijo se encaramó con cuidado a lo alto de la forma móvil y empezó a limpiar y a pulir con paños de metalseda y compuestos para abrillantar.

—Un titán debe inspirar respeto y majestad —dijo Vor—. Que los cimek estéis solos en Hessra no significa que tengáis que descuidaros.

Mientras limpiaba las partes mecánicas y realizaba las labores de mantenimiento externo de la forma móvil, de los sistemas de soporte vital y las conexiones con el contenedor cerebral, Vor sintió nostalgia.

Y entonces recordó por qué estaba allí.

Una muerte para vengar todos los asesinatos que aquel tirano había cometido.

Los neos-subordinados se quedaron mirando lo que Quentin hacía. No hicieron ningún comentario, ni huyeron. Y tampoco trataron de detenerle.

Ahora que tenía acceso a todo el material quirúrgico pesado, Quentin utilizó la sierra de diamante para abrir la gruesa pared del contenedor cerebral de Juno y dejó que el electrolíquido se derramara. Finalmente, dejó al descubierto

el vulnerable cerebro que se había comportado de forma tan odiosa durante siglos.

—Teniendo en cuenta todo el daño que has causado, Juno —Quentin hablaba en voz alta, aunque sabía que con la red de sensores desconectada no podría oírle—, no pareces tan temible… ahora no, cachorrito mío.

A continuación, cogió los láseres quirúrgicos más pesados y los graduó a la máxima potencia.

—Esto se pondrá un poco asqueroso —dijo, parafraseando lo que ella le había dicho poco antes.

Y los deslumbrantes rayos incineradores cortaron el cerebro de Juno en pequeños pedazos de materia gris y humeante.

Los hilillos de fluido y materia biológica que rezumaba se escurrieron por los desagües, exactamente como Juno había dicho.

Quentin retrocedió para mirar aquella masa ennegrecida e informe, y tan poco imponente.

Ahora que uno de los tres titanes había muerto, Quentin giró la torreta de su cabeza y vio que los neos-subordinados seguían mirando.

—Bueno, ¿qué vais a hacer, pensáis resistiros o vais a ayudarme?

—Odiamos a los titanes que asesinaron a nuestros amos, los pensadores —dijo uno de los extraños híbridos.

—Aplaudimos lo que has hecho, Quentin Butler. No impediremos que sigas con tu interesante trabajo —añadió otro.

Finalmente, tras una pausa, un tercero dijo:

—Y serás un interesante cimek con una forma móvil superior.

Los subordinados mecánicos ayudaron a Quentin: retiraron su contenedor cerebral de la pequeña forma móvil

donde estaba y lo reinstalaron en la poderosa forma móvil de titán que había pertenecido a Juno.

Una vez hubieron conectado los mentrodos y sus nuevos sistemas estuvieron activados, Quentin se sintió estupendamente. Más que estupendamente. El cuerpo de Juno tenía armas y acceso a todo el sistema defensivo de Hessra. El potencial destructivo de aquello era increíble.

Si de él dependía, Agamenón, Dante y todos los neocimek iban a morir. Y la galaxia estaría mucho mejor.

A fin de realizar su trabajo con su padre de la forma más eficaz, Vor fue abriendo los compartimientos de la forma móvil, donde guardaba interesantes objetos reunidos durante sus viajes y hazañas. Trofeos horripilantes, fruslerías relucientes, antiguas armas.

—Muévete un poco, por favor, para que pueda limpiar el interior de este compartimiento.

El cimek obedeció y movió un poco la parte central de su forma móvil.

—La verdad, tendría que haber conservado a uno o dos subordinados con sus cuerpos humanos para que pudieran realizar este servicio. Había olvidado cuan… gratificante puede ser.

En el interior de la cavidad, Vor encontró lo que buscaba, una antigua daga, una pieza inútil que no podría haber dañado a la forma de combate de un titán.

—En nuestros siglos de gloria —dijo Agamenón como en un ensueño—, teníamos esclavos humanos que hacían lo que estás haciendo tú ahora. Pero, como cimek renegados, ya no disponemos de esa opción.

—Lo entiendo, padre. Lo haré mejor que nunca.

Desconectó el contenedor cerebral de la forma móvil, como siempre.

Totalmente confiado, porque la fría ciudadela contaba con un pequeño ejército de neocimek que no dejarían que Vorian escapara con vida si intentaba algo, Agamenón empezó a hablar de sus días de gloria como gobernador de la humanidad, de sus sueños de crear un nuevo imperio junto con su hijo ahora que Omnius había sido derrotado.

Mientras su padre se ponía nostálgico, Vor siguió limpiando. Una vez desconectada, la forma móvil era totalmente inútil. Vor aún no había desconectado las fibras ópticas ni los sensores externos de los mentrodos. Aun así, Agamenón era totalmente vulnerable.

Mientras abrillantaba el contenedor cerebral, Vor dijo:

—Voy a mover un poco este panel de ventilación para limpiar alrededor.

El general seguía con lo suyo, y mientras, Vor corrió un pequeño panel del contenedor, dejando al descubierto la masa carnosa del interior. Cogió la daga. Con un rápido movimiento podía hundir la punta en los esponjosos contornos del cerebro de Agamenón. Y todo habría acabado.

Pero, justo en ese momento, la puerta que daba a la cámara se abrió de golpe y un monstruoso titán entró. Perplejo, Vor dejó caer el cuchillo. ¿Juno? ¿Dante? Ninguno de los dos se había tragado su supuesta conversión a la causa cimek.

Aquella ominosa forma mecánica de guerra estaba cubierta de armas y púas metálicas.

—Ya imaginé que Agamenón estaría aquí —dijo una voz sintetizada—. Y Vorian.

El titán avanzó, cogió a Vorian y lo apartó del vulnerable cerebro del contenedor. Solo unos centímetros. Había estado tan cerca…

92

Sea cual sea su rango, lo que más preocupa a un guerrero es no saber cómo actuará cuando se enfrente a su propia muerte.

MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS, comentarios al inicio de una clase

Tras hacer un reconocimiento con sus mentrodos, el general Agamenón aparcó sus reminiscencias un momento.

—¡Tú no eres Juno! ¿Por qué llevas su forma móvil? ¿Quién…?

El otro titán dejó a Vor con suavidad a un lado.

—Lo que tenías pensado sería demasiado rápido, Vorian Atreides. No le causaría el suficiente dolor. He tenido una idea mejor.

—¡Vorian, vuelve a conectar mi forma móvil! —exigió Agamenón a través de su simulador de voz.

Confundido, Vor miró a la forma móvil que se alzaba ante él. La configuración era la de Juno, pero había algo diferente.

—¿No me reconoce, bashar supremo? —preguntó el titán. Algo en la cadencia de las palabras le resultaba familiar.

Vor pestañeó con incredulidad.

—¿Quentin? ¿Eres tú?

El general, completamente impotente en su contenedor cerebral, cada vez gritaba con tono más exigente, pero Vor no le hizo caso. Ni el otro cimek tampoco.

—Sí. He matado a Juno. He cortado su cerebro en cachitos.

—¿Juno? —Agamenón profirió un lamento discordante a través del simulador de voz—. ¿Muerta?

Quentin estiró un brazo del poderoso cuerpo mecánico de Juno y cogió el contenedor cerebral del titán. Sostuvo el cilindro delante de sus brillantes fibras ópticas y vio que las membranas grises y rosas palpitaban y se encogían, como si quisieran huir de su encierro.

—Sí. ¡Juno está muerta! Y a ti te espera el mismo destino.

Vor permanecía inmóvil, en medio de una avalancha de emociones encontradas, pero deseando también completar su misión. Agamenón gemía, pero el simulador de voz no podía dar una idea del dolor tan grande que su cerebro sentía por la que había sido su amante durante más de mil años.

Quentin siguió hablando, porque sabía que Agamenón le oía.

—Por lo que me hiciste, general, por matar mi cuerpo y convertirme en cimek, por arrancarme el secreto de la vulnerabilidad de nuestros escudos… pienso hacer que tus últimos momentos se te hagan eternos.

Dos de los subordinados que habían seguido a Quentin hasta la torre entraron corriendo. Vor se volvió a mirar, pero se dio cuenta de que aquellos cimek que antes fueron monjes no les atacarían.

Aun así, la ciudadela estaba llena de neos leales.

—Acabemos con esto de una vez, Quentin. Nadie duda que Agamenón merece morir por sus crímenes. Yo no pensaba torturarle…

—Eso no me basta, bashar supremo. —Los neos-subordinados entraron en la cámara de mantenimiento. Quentin colocó al titán indefenso sobre el pedestal donde Vor habría continuado con su acicalado—. Pienso conectar el contenedor cerebral de Agamenón a los amplificadores de dolor que ha hecho instalar en las formas móviles de estos pobres monjes. Si aguanta solo un segundo de agonía por cada vida que se ha llevado a lo largo de estos siglos, seguirá retorciéndose durante décadas y más décadas. Y solo será una fracción del sufrimiento que merece.

Como antiguo comandante de la Yihad, Vor no podía discutirle la justicia de lo que proponía. Pero a pesar de los reconocidos crímenes de Agamenón, seguía siendo su padre.

El general gritaba a través del sintetizador de voz.

—¡Hijo! ¿Cómo puedes hacerme esto?

—¿Cómo podría no hacerlo? —Vor se obligó a pronunciar las palabras—. ¿Acaso no estabas orgulloso de las atrocidades que cometías… de la forma en que oprimías y dominabas? E intentaste que te admirara por ello.

—Traté de convertirte en un sucesor digno. En un titán. Te eduqué para ser algo grande, te enseñé a valorar tu potencial y venerar la Historia, ¡a labrarte un lugar en esa Historia! —La voz del general sonaba furiosa y desafiante, no asustada—. Te guste o no te guste, yo te he convertido en lo que eres.

Vor luchaba por conservar la determinación. No quería admitir la verdad que había detrás de las palabras de su padre, no quería reconocer que sus propias decisiones habían influido en las vidas de Abulurd, de Raquella, de Estes y Kagin. Él no había sido precisamente el mejor padre.

—Quentin, hagas lo que hagas, por mucho que le tortures, nunca será suficiente… y no podrás cambiar la Historia.

La forma móvil requisada del titán hizo un movimiento furioso.

—¡Mire lo que me ha hecho, bashar supremo! Exijo una venganza…

—Te ha arrebatado tu cuerpo, Quentin. No dejes que también te arrebate tu humanidad. —Por dentro Vor sentía frío, y no por la temperatura de la torre—. Durante la Yihad, hemos tenido que comportarnos como monstruos para lograr nuestro objetivo en demasiadas ocasiones. Debemos dejarlo así, en un pequeño gesto.

—¡Me niego!

Vor rodeó la forma móvil de Juno.

—¡Quentin Butler, sigo siendo tu superior! Has dedicado tu vida entera al ejército. Y has realizado actos heroicos en numerosas ocasiones… no lo eches a perder ahora. Te estoy dando una orden directa, como bashar supremo.

Quentin permaneció inmóvil durante un largo momento. El cuerpo mecánico parecía temblar por la indecisión y el torbellino emocional que el hombre sentía por dentro.

Vor le explicó lo que tenía pensado. Finalmente, Quentin se acercó con su forma móvil a la ventana de la elevada torre. Con un poderoso movimiento de su antebrazo articulado y blindado, rompió el grueso cristal reforzado. Trozos de cristal y hielo cayeron, y un viento gélido entró aullando en la habitación.

Mientras sentía el viento helado morderle las pocas zonas del cuerpo que llevaba descubiertas, Vor cogió el contenedor de Agamenón y miró a las fibras ópticas, consciente de que su padre podía verle y oírle.

—Sé muy bien que soy lo que tú hiciste de mí. De ti aprendí que debo tomar las decisiones difíciles que los demás no se atreven a tomar y aceptar las consecuencias. Por eso pude dirigir la Gran Purga, aunque costase tantas vidas humanas. Y por eso debo ser yo quien haga esto.

»He leído tus extensas memorias, padre. Sé que imaginabas un final heroico para ti, que esperabas enfrentarte a grandes ejércitos y morir en una dura batalla.

Con el cilindro en las manos, se acercó a la ventana rota del mirador, pestañeando, porque el viento helado se le clavaba como un cuchillo en los ojos y las mejillas.

—Y sin embargo —siguió diciendo—, tú, el poderoso titán Agamenón, tendrás la muerte más ignominiosa.

Agamenón gritaba.

—No, Vorian. ¡No debes hacerlo! ¡Podemos iniciar una nueva Era de los Titanes! Nosotros…

Vor no hizo caso de las continuas protestas del general.

—Te doy lo que mereces… un final anodino, totalmente insignificante.

Y dicho esto empujó el contenedor por el alféizar. El cilindro cayó y cayó, derramando el electrolíquido azul, hasta que se hizo pedazos contra el hielo duro como el acero del glaciar haciendo saltar pedacitos de plaz, materia gris y líquido viscoso en todas direcciones.

Cuando todo hubo acabado, Vor y Quentin salieron al corredor.

—Los neos querrán su sangre —dijo el cimek—, y la mía… si tuviera, claro.

Durante un tiempo, los neocimek de los mundos conquistados recientemente seguirían adelante sin darse cuenta de que la estructura de mando había sido eliminada. Sin embargo, Vor sabía que los otros cimek tenían problemas de liderazgo, que entre ellos no había muchos capacitados para la toma de decisiones. Por eso los titanes habían secuestrado a Quentin y habían tratado de convertirlo en uno de ellos. Sin la dirección de Agamenón, los cimek de nueva generación no serían capaces de

mantener unido su incipiente imperio. Su influencia se iría apagando.

Vor corría por delante en los túneles. Quentin le seguía tan deprisa como podía, porque no acababa de acostumbrarse a la forma móvil que le había quitado a Juno.

Las alarmas empezaron a sonar.

—En cuanto encuentren el resultado de nuestro trabajo, no tardarán en imaginar lo que ha pasado —dijo Vor casi sin aliento—. Tenemos que llegar a las naves. ¿Hay alguna nave cimek que sepas dirigir? Yo tengo el *Viajero Onírico*.

—No se preocupe por mí, bashar supremo. Hay muchas opciones.

Tres neocimek con lanzaproyectiles incorporados a sus formas móviles aparecieron por los corredores. En cuanto vieron a Vorian Atreides, el único humano que había en la fortaleza helada, activaron sus sistemas. Pero Quentin estaba con él, y los neos lo reconocieron enseguida como uno de los titanes.

—Juno, ¿os ocupáis del prisionero? —preguntó uno de los neos.

A modo de respuesta, Quentin levantó sus brazos armados, muy superiores, y les disparó poderosos torpedos. La precisión de aquellos proyectiles hizo estallar los contenedores cerebrales, y los cuerpos móviles de desplomaron sobre el suelo.

—Quizá con el disfraz bastará —dijo Quentin.

—No cuentes con eso. Vamos.

Quentin, que cada vez se movía con mayor seguridad, empezó a adelantar a Vor con sus largas zancadas mecánicas.

—Hay una forma de acabar con todo esto. El general Agamenón estaba tan paranoico que él mismo plantó las semillas de la destrucción de los cimek.

Antes de que Vor pudiera preguntar nada, se encontraron con varias formas móviles destrozadas en un túnel cercano al muelle de aterrizaje donde tenían el *Viajero Onírico*.

—Parece que hay alguien más haciendo la guerra a los cimek.

Tres neos llegaron con gran estrépito al muelle desde otros pasadizos. Quentin giró, preparándose para disparar, pero enseguida se dio cuenta de que los neocimek huían de algo.

Detrás aparecieron cuatro neos-subordinados convertidos a la fuerza tras el asesinato de los pensadores. Los antiguos cuidadores de los pensadores se habían apropiado de piezas sueltas de otras formas cimek, y habían incorporado aquellos apéndices y armas adicionales en una configuración de lo más estrambótica. Piezas de combate, como las de Beowulf, que se habían ido guardando para su reparación o reciclaje para otras formas móviles. Y ahora los sirvientes involuntarios de Agamenón lanzaban su propia revolución.

Los subordinados corrieron por la zona de aterrizaje, disparando a los neos leales a los cimek. Cuando los neos acorralados vieron la inmensa forma móvil del titán, parecieron animarse. Se reorganizaron, pensando que tenían un aliado en Juno.

Pero, aunque los neos-subordinados seguían disparando, Quentin levantó sus brazos y disparó a los neos por detrás. La metralla y el electrolíquido azul volaron por todas partes. Los subordinados vacilaron un momento, pero enseguida volvieron a disparar.

—Me vieron destruir el cerebro de Juno —explicó Quentin a Vor—. Seguramente eso es lo que por fin ha hecho que se decanten por la violencia.

Los subordinados se abalanzaron sobre los restos de los neos como carroñeros en un campo de batalla. Después de

asegurarse de que los contenedores cerebrales estaban totalmente destruidos, desmontaron sus armas y las agregaron a sus sistemas.

Quentin hizo girar la torreta de su cabeza y se dirigió hacia los subordinados, que esperaban pacientemente.

—¿Qué avances habéis logrado?

—Diez de los nuestros han muerto. Solo quedamos cuatro, pero ya hemos matado a muchos neos. Los túneles están llenos de formas móviles inertes. Hemos destruido los laboratorios donde se fabrica el electrolíquido, hemos vaciado todas las reservas y destrozado la maquinaria necesaria para crear más. Si algún cimek sobrevive a esta batalla, no tardará en necesitar desesperadamente su líquido de soporte vital.

Vor se sintió como si le hubieran quitado un peso de encima.

—¡Excelente!

—Queda un problema. —Quentin se volvió hacia los subordinados—. ¿Sabéis dónde está Dante? Es el último de los titanes.

—Está en algún lugar del complejo, pero no sabemos muy bien dónde.

—Tenemos que encontrarle —le dijo Quentin a Vor—. Destruir a Dante es más importante de lo que imagina.

El *Viajero Onírico* estaba listo para despegar. Habría sido tan fácil escapar y volver a Salusa Secundus con la noticia, pero Vor resistió la tentación de aquella salida tan fácil.

—Quentin, hace dos décadas, el ejército de la Yihad cometió un grave error al dejar intacto un Planeta Sincronizado. No terminamos el trabajo y hemos pagado por ello. No pienso marcharme de aquí hasta que no hayamos acabado lo que vinimos a hacer.

—Gracias —contestó Quentin con voz pausada por el simulador de voz—. Gracias.

Dante siempre había sido poco más que un administrador; él había dirigido el negocio de derribar el Imperio Antiguo. Agamenón y Juno tenían muchas más inclinaciones militares que él. En cuanto descubrió que sus compañeros titanes habían sido asesinados, supo que tenía un grave problema. No sabía cómo había podido pasar, pero no se quedaría a esperar a un enemigo tan formidable.

Hessra no era la base más importante del nuevo imperio de los titanes. Tenían muchos más neos y esclavos humanos en los mundos ocupados de Richese y Bela Tegeuse, y en otros; y defensas mucho más importantes. A Agamenón nunca le preocupó especialmente perder el control sobre Hessra.

Así pues, mientras los neos leales seguían luchando contra los neos-subordinados suicidas, Dante salió por las arcadas de la ciudadela y se escabulló por el paisaje helado hasta las naves de guerra titanes. Eran las mismas que había utilizado para el ataque de prueba que demostró la interacción fatal entre los escudos Holtzman y el láser. Avanzó con rapidez por aquel terreno azotado por los vientos y, cuando llegó a una de las naves, alineó los puntos de anclaje y ajustó sus sistemas mecánicos para que su contenedor cerebral se soltara y fuera instalado en la nave. Tenía que salir de allí.

De los veinte titanes originales, solo quedaba él. Cuando los mentrodos se conectaron automáticamente a los sistemas de control, puso en marcha los motores. Sí, ahora podría huir y salvarse.

Dante no era un cobarde, solo era pragmático. Aquella rebelión estaba provocando demasiados daños. Su idea era volver con una fuerza abrumadora de Richese o alguno de los nuevos mundos conquistados. Con ayuda de los

refuerzos, acabaría enseguida con la revuelta, y podrían seguir adelante.

Su nave se elevó al cielo vacío. Dante se sintió a salvo.

Instalado cómodamente ante los controles del *Viajero Onírico*, Vor activó los sistemas y se preparó para despegar. Los escáneres estaban operativos, listos para apuntar a su objetivo, en cuanto supiera dónde estaba. Los neos-subordinados informaron que habían visto la forma móvil del titán en el glaciar, instalándose en una de las formas bélicas.

Quentin avanzó con su inmenso cuerpo mecánico. Su simulador de voz estaba amplificado y su voz sonó atronadora.

—¡Es fundamental que no escape! Bashar supremo, ¿cuándo estará listo para partir? ¿Puede interceptarlo?

—El *Viajero Onírico* es rápido, pero no tiene armas suficientes. Pero podría entretenerlo. ¿Tienes algo…?

—Sí. —Quentin retrocedió sobre sus múltiples patas—. Entreténgalo un poco. Yo le seguiré en cuanto pueda. Y entonces Dante no podrá escapar. Es imperativo que no le dejemos escapar.

Vor comprendía la necesidad de venganza del primero. Manipuló aquellos controles tan familiares que Seurat le había enseñado a utilizar hacía tanto tiempo, y el *Viajero Onírico* salió a toda velocidad en pos de la nave titán.

Quentin avanzó por las cámaras subterráneas hacia un lugar donde había guardada otra enorme nave. Había visto al general utilizarla en más de una ocasión, y Juno se la había enseñado para demostrarle las ventajas de los

cuerpos cimek sobre la débil forma del humano. Y ahora Quentin podría utilizarla para algo mucho más satisfactorio.

La nave de guerra personal de Agamenón.

El *Viajero Onírico* salió al cielo estrellado y siempre crepuscular de Hessra. La nave de Dante, muy por delante, volaba hacia los límites del sistema.

Cuando el último de los titanes vio que solo una pequeña nave le perseguía, una simple nave de actualización, dio la vuelta y volvió atrás. Ya le había advertido a Agamenón que no confiara en su hijo humano, y no se había equivocado.

—Vorian Atreides. —Pronunció el nombre con voz neutra, como si no le sorprendiera—. ¿Eres tú el responsable de este desastre?

—No querría llevarme todo el mérito. Solo soy un hombre. Y a lo largo de su historia los titanes habéis generado una deuda tan grande que un hombre solo no podría cobrarla.

—Sabes que si quiero puedo destruir tu nave —dijo Dante, como si creyera que con amenazarle bastaría—. El *Viajero Onírico* no fue diseñado para enfrentarse a una nave cimek de guerra.

—Puede, pero tengo mucha más maniobrabilidad que tú. —Y dicho esto lanzó una andanada de pequeños proyectiles contra el casco de la nave de Dante y con un rápido bucle evitó los imponentes disparos del titán.

Vor volvió a descender por detrás e hizo correr al titán lanzando cuatro explosivos que inutilizaron uno de sus motores. El titán hizo girar su nave y abrió fuego. Esta vez chamuscó la base del *Viajero*.

La nave de Vor empezó a girar fuera de control, pero finalmente logró estabilizarla. Dio la vuelta y provocó deliberadamente al titán por la línea de comunicación con la

esperanza de entretenerle como le había pedido Quentin. Dante le disparó de nuevo y tocó la proa de la nave.

En ese momento, una nave inmensa y horripilante, como un pterodáctilo diabólico, se precipitó contra Dante. Aquel coloso de formas angulosas salió de la nada, disparando, e hizo que la nave del titán se tambaleara.

Vor oyó la voz de Quentin por el comunicador, hablándole en el lenguaje en clave especial que había desarrollado el ejército.

—Debe saber por qué es tan importante que eliminemos a Dante. Cuando el general Agamenón creó su ejército de neocimek, temía que no le fueran leales, y por eso instaló un mecanismo de seguridad en sus contenedores cerebrales. Si en algún momento sospechaba de una traición, podía activarlo de forma individual.

»Y, a modo de seguro, los tres titanes crearon también una especie de dominó. El contenedor de cada uno de los titanes tiene una señal codificada. Al menos uno de ellos debe regresar regularmente en un radio de alcance de los neocimek para transmitir la señal, porque de lo contrario los neos quedarían desconectados de forma permanente. Sus mecanismos de soporte vital irían fallando y acabarían muriendo.

Vor no se lo podía creer.

—¿Me estás diciendo que si destruimos a Dante, de un solo golpe habremos destruido a toda la fuerza enemiga?

—Más o menos, aunque es posible que haya algún otro factor envuelto. Los neos locales quedarían fuera de combate de forma inmediata en cuanto muera el último titán. Agamenón estaba bastante paranoico.

—Lo sé.

—Los cimek que estén en lugares más remotos empezarán morir de aquí a un año aproximadamente,

cuando no reciban la señal de verificación en la fecha convenida. Por eso Dante es tan importante.

Vor sonrió, pero solo un momento, hasta que llegó a la única conclusión posible.

—Entonces, si destruimos a Dante, tú morirás. De forma inmediata.

—Ya me ha visto, bashar supremo. Ya ve lo que soy. No pienso dejar que nadie me vea así en la Liga. Ni Faykan, ni… Abulurd. No quiero volver.

—Pero ¿qué le diré a Abulurd? Tiene que saber que…

—Ya se le ocurrirá algo, bashar supremo. Estas cosas siempre se le han dado mejor que a mí. Déjeme emprender esta última acción.

Vor levantó la voz.

—No. Encontraremos otra solución. Capturaremos a Dante…

—Piense en mí, bashar supremo. Yo no elegí convertirme en cimek, y no he dejado de buscar la forma de eliminarlos. Ahora, por fin sé qué he de hacer.

La inmensa nave diseñada para Agamenón trazó un arco y voló hacia Dante. El último titán aceleraba, tratando de ganar velocidad y escapar.

Pero uno de sus motores estaba dañado, y la nave de Agamenón era muy superior. Cuando empezó a acortar distancias, Quentin comenzó a disparar.

Y, aunque cada vez estaba más cerca, no aminoró la velocidad. Los motores estaban a su máxima potencia, e impulsaban a aquella inmensa nave cimek como un martillo al rojo… hasta que, finalmente, cuando el casco de la nave de Dante se doblaba bajo el impacto de la última andanada de proyectiles, la nave de Agamenón se estrelló contra ella, sin dejar de acelerar.

La explosión fue cegadora, y las dos naves estallaron en una inmensa nube de llamas.

Vor contempló aquellos últimos momentos sin poder hacer nada. Sentía una profunda pena en su corazón por la pérdida del bravo Quentin Butler… pero también una creciente sensación de triunfo. Por fin, el último de los crueles titanes, y con ellos todos los cimek, habían desaparecido.

93

La maldad no se limita exclusivamente a máquinas o humanos. Se pueden encontrar demonios en ambos lados.

MAESTRO DE ARMAS ISTIAN GOSS

Cuando Istian y el *sensei* mek llegaron al sistema salusano y descendieron hacia el puerto espacial de Zimia, el maestro de armas vio que todo estaba muy cambiado. Solo había estado una vez en la imponente metrópoli, después de concluir su entrenamiento en Ginaz, antes de que le asignaran su primera misión en los mundos más remotos de la Liga. Salusa Secundus siempre había sido un mundo lleno de esplendor, un escaparate de la mejor arquitectura y escultura de la Liga con el que se pretendía demostrar a todos la superioridad de la mente humana sobre la lógica de las máquinas pensantes.

En cambio, ahora el puerto espacial era un caos. Cuando su nave descendió buscando dónde aterrizar —aunque sus reiteradas peticiones no habían recibido respuesta—, Istian vio fuego en algunas calles, y edificios humeantes. Las multitudes marchaban por las avenidas. Con una extraña sensación en la boca del estómago, pensó en escenas similares que había presenciado en Honru y en Ix.

Finalmente, una voz familiar pero inesperada le llegó por el comunicador.

—Veo que llegas puntual, Istian. Tú siempre tan predecible. ¿Viene Chirox contigo?

—¡Nar Trig! ¡Cuánto me alegro de oírte!

La nave aterrizó en una pista vacía.

—¿Ha enviado el virrey una escolta para recibirnos? —preguntó Istian—. ¿Qué está pasando en Zimia? —Mientras el maestro de armas preguntaba, Chirox permanecía en silencio.

—El virrey está ocupado. Este es un día importante y glorioso para el Culto a Serena. Vuestra llegada será uno de nuestros mayores logros.

Istian se sentía inquieto, pero no habría sabido decir por qué. La escotilla de la nave se abrió y el maestro de armas salió junto al mek de combate. En cuanto vio a la muchedumbre esperando, cuando oyó los gritos furiosos y vio los estandartes de santa Serena y su hijo Manion, comprendió que Chirox no iba a recibir ninguna condecoración de manos del virrey.

—Nos ha engañado —dijo—. Es posible que tengamos que luchar.

El *sensei* mek se veía alto y poderoso, y sus brillantes fibras ópticas analizaron los detalles del entorno. Volvió la cabeza.

—No deseo luchar contra civiles inocentes.

—Si nos atacan, quizá no tendremos elección. Sospecho que el mensaje del virrey era falso, una treta para hacernos venir. —Istian había traído su espada de impulsos y su daga favorita para la lucha con escudos. Los traía como adornos ceremoniales. Y ahora serían sus únicas armas—. Esto pinta muy mal, Chirox.

El *sensei* mek esperó.

—Planificaremos la respuesta según las necesidades de cada momento.

El cabecilla de la chusma se adelantó… un hombre arrogante y de hombros anchos, con el pelo oscuro salpicado de canas. Sus facciones se habían endurecido con los años, y una larga quemadura le daba a la parte izquierda del rostro un aspecto ceroso.

—Ya me temía que te encontraría del lado de esa máquina demoníaca —dijo Nar Trig—. Únete a nosotros y podrás salvar tu alma.

—Mi alma es asunto mío. ¿Es este el comité de recepción que traes para recibir a Chirox como héroe? Chirox ha entrenado a miles de maestros de armas, que colectivamente han matado cien veces esa cantidad de máquinas pensantes.

—¡Pero es una máquina! —gritó uno de los cultistas detrás de Trig—. Rayna Butler dice que debemos eliminar todas las máquinas complejas. Y Chirox es una de las últimas. ¡Tenemos que destruirle!

—No ha hecho nada para merecer esto. —Istian sacó lentamente su espada de impulsos y la daga, esperando valientemente delante del *sensei* mek—. ¿Tan necesitados estáis de enemigos que os los tenéis que inventar? Esto es ridículo.

—Chirox también me entrenó a mí. —Trig levantó la voz para que todos aquellos fanáticos pudieran oírle—. Conozco sus trucos, y he superado sus capacidades. Ahora soy un iluminado… sé que los humanos somos superiores a las máquinas, porque no tienen alma.

Y eso me da ventaja sobre cualquier robot demoníaco. Te desafío en combate, Chirox. ¡Lucha conmigo! Podría dejar que la chusma te hiciera pedazos, pero prefiero destruirte yo en un duelo justo.

—Nar, detén esta locura —dijo Istian.

Chirox se adelantó a Istian.

—Me han retado en combate y debo aceptar. —La voz del robot era neutra. Desplegó su juego completo de brazos de combate.

Trig llevaba dos largas espadas de impulsos, una en cada mano. Las levantó las dos en alto, y la chusma lo vitoreó.

—Demostraré la superioridad del humano. Hace mucho tiempo tú me instruiste, Chirox. Pero lo único que te debo es tu destrucción.

—Está claro que nadie te ha enseñado lo que es el honor o la gratitud —repuso Istian, sin apartarse del mek. Él también levantó sus armas; no le importaba que la chusma le viera defender a la máquina. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Una mueca de desprecio crispó el rostro marcado de Trig.

—¿Quién habla ahora, es la voz de mi amigo Istian o el espíritu de Jool Noret?

—¿Cambia eso algo?

—Supongo que no.

Chirox se adelantó para enfrentarse a su antiguo alumno. Trig sujetó con fuerza sus dos espadas. Istian no podía evitar aquel duelo absurdo. Los contrincantes permanecieron inmóviles, estudiándose el uno al otro.

A su espalda, la multitud de fanáticos quería a otro robot destrozado y desmembrado. Y cuando el principal objeto de sus iras fuera eliminado, es posible que su sed de sangre se volviera contra otros objetivos… como Istian Goss.

Con un grito inarticulado que lo mismo podía ser una invocación a la ayuda divina o una expresión de la ira que había alimentado durante toda su vida, Nar Trig se lanzó sobre Chirox. En un revoltijo de metal, el *sensei* mek frenaba sus golpes y contraatacaba, moviendo sus múltiples brazos como una araña. Había peleado en miles de duelos con sus alumnos de Ginaz, pero, aunque llevaba más de un siglo de servicio a los humanos, solo en una ocasión había

matado de verdad: cuando mató accidentalmente al padre de Jool Noret.

—No tendría que luchar contigo —dijo el robot.

Las espadas de impulsos de Trig golpeaban, rebotaban y volvían a golpear. Pero Chirox desviaba los golpes una y otra vez, frenando las descargas de las puntas con el aislamiento de sus brazos mecánicos. La fiereza del rostro marcado de Trig era evidente, y atacaba con entusiasmo, sacando fuerza de su rabia.

Istian aferró su daga.

—Nar, detén esto o tendré que enfrentarme a ti personalmente.

El otro guerrero se volvió solo un instante, sorprendido.

—No, no lo harás…

Actuando de acuerdo con su programación, el mek de combate vio una ocasión y atacó, agitando los brazos-cuchilla. Una fina línea de sangre quedó marcada sobre el pecho de Trig. El hombre rugió y se arrojó de nuevo contra su oponente.

—Ya me encargaré de ti más tarde, Istian… ¡amigo de las máquinas!

La chusma gruñía, se movía amenazadoramente, pero parecían hipnotizados por la lucha.

Después de tantos años, Trig debía de haberse convencido a sí mismo de su superioridad como luchador. Y esperaba acabar con rapidez con el robot. Pero Chirox era mucho mejor que los otros robots de combate. Durante generaciones, había pulido sus habilidades y perfeccionado su programación frente a los mejores guerreros humanos de Ginaz. En su corazón, Istian no deseaba que su antiguo compañero sufriera ningún daño, ni quería tampoco que el *sensei* mek —a quien debía tanto— resultara dañado o fuera destruido.

El duelo seguía. Con una extraña vacilación, Chirox lanzó sus brazos-cuchilla sobre Trig. Pero en el último momento se frenó ligeramente y dio tiempo a su oponente a evitar los golpes. Aquella era una técnica que se utilizaba en la lucha contra escudo, pero Trig no llevaba escudo, y Chirox lo sabía. ¿Por qué luchaba de aquella forma? Seguramente no quería hacer daño a su antiguo alumno.

Mientras luchaba, el mek hablaba, aunque su atención no se desvió ni un momento del combate.

—Recuerdo un duelo similar, hace mucho tiempo, cuando medí mis fuerzas contra Zon Noret. Él me ordenó que luchara al máximo de mi capacidad. Creía que podía superarme.

Era evidente que Trig le había oído, pero golpeó a su oponente con renovado vigor. La chusma lanzó vítores cuando vio que una de las espadas de impulsos había desactivado el apéndice con cuchillas inferior de Chirox. El brazo de metal quedó colgando con flacidez. Istian sabía que el mek podía reponerse en un minuto, pero si Trig luchaba bien, desactivaría sus defensas antes de que tuviera tiempo de recuperarse.

Istian quería intervenir, quería detener aquella demostración absurda, pero las cosas habían ido demasiado lejos. Los cultistas gritaban. Algunos empezaron a lanzarle piedras al mek, y una tocó el costado de su nave. Otra rebotó contra el rostro metálico de Chirox, pero él siguió luchando y hablando.

—A Zon Noret le mató su exceso de confianza. Yo no quería matarle, pero él desactivó mis mecanismos de seguridad y no pude contenerme. Con su muerte, Ginaz perdió a un maestro de armas dotado que podía haber vencido a muchos otros enemigos mecánicos. Fue una forma de malgastar recursos.

—¡Te mataré, demonio! —Trig atacó de nuevo, y sus espadas de impulsos chocaron contra el metal—. No eres un oponente para mí.

—¡Espera! —gritó Istian. Una de las piedras de los cultistas le acertó en la frente, y se sintió perplejo, más por la sorpresa que por el dolor. La sangre del corte empezó a caerle por la frente.

Chirox no cambió de postura y siguió luchando.

—Me has obligado a participar en un duelo contra mi voluntad. Te he pedido que te detengas, pero te has negado. No me dejas alternativa, Nar Trig. Esto —dijo moviendo sus brazos articulados en un remolino de golpes que desorientaron a Trig, que trató por todos los medios de frenarlos— no es voluntario.

Y con un movimiento de uno de sus largos brazos-cuchilla, en lugar de tratar de pinchar a su atacante o detener sus golpes, asestó un poderoso golpe lateral y lo decapitó. La cabeza giró en el aire y cayó al suelo. La sangre salía a borbotones, y el cuerpo del fanático maestro de armas se sacudió, todavía en pie, tratando de responder a los impulsos nerviosos. Las dos espadas de impulsos cayeron al suelo. Y entonces el cuerpo cayó de rodillas y se desplomó de cara, vomitando sangre arterial.

Istian sintió un escalofrío. Trig había elegido aquel camino. Y él no había podido hacer nada para evitarlo. Su mente no dejaba de pensar y pensar, de repasar lo que él mismo había hecho.

Colectivamente, la chusma de cultistas contuvo el aliento y se hizo un profundo silencio. Istian sintió que el alma se le caía a los pies cuando vio sus caras.

Chirox permanecía inmóvil, como si hubiera decidido que la prueba ya había acabado. Había derrotado a su oponente, y ahora quería marcharse.

—Ha sido un enfrentamiento justo —gritó Istian a la chusma—. Nar Trig ha sido derrotado limpiamente. —Aunque no creía que el honor y la justicia estuvieran muy presentes en la mente de los cultistas.

—¡Esa máquina pensante ha asesinado a nuestro maestro de armas!

—¡Ha matado a un humano!

—Todas las máquinas deben ser destruidas.

—Él no es nuestro enemigo —dijo Istian limpiándose la sangre de los ojos.

—¡Una máquina pensante no puede cambiar lo que es! ¡Muerte a las máquinas!

Chirox irguió su torso metálico y replegó los brazos-cuchilla manchados de sangre. Istian se situó junto al mek, con sus armas en la mano.

—Chirox no ha hecho nada malo. Ha entrenado a incontables maestros de armas, nos ha enseñado a luchar contra las máquinas. Es nuestro aliado, no un enemigo.

—¡Todas las máquinas son nuestros enemigos! —gritó alguien.

—Entonces tendrías que pensar un poco quiénes son tus verdaderos enemigos. Este mek es un aliado de los humanos. Y ha demostrado que las máquinas pueden luchar por nuestra causa tan bien como cualquier guerrero.

Pero los gritos furiosos de los cultistas parecían indicar otra cosa. Aquella gente llevaba armas muy rudimentarias. Palos, garrotes, espadas o cuchillos improvisados. El levantamiento general se había extendido por toda Zimia, y los fanáticos iban por todas partes provocando incendios y destruyendo toda la tecnología que encontraban, incluso artefactos inocuos y útiles.

—Podéis reclamar toda la ciudad si queréis —dijo Istian—, pero Chirox no será vuestro.

—¡Muerte a las máquinas! —repitió alguien entre la multitud, e Istian se puso delante del robot, esgrimiendo sus armas.

—Está de nuestra parte. Si sois tan ciegos como para no verlo es que no sois miembros dignos de la raza humana. Ahuyentaré a quien trate de hacerle daño. Y si tengo que hacerlo lo mataré.

Alguien se rio.

—¿Y esperas poder con todos… un maestro de armas y un robot?

—El honor guía mis pasos.

Chirox habló entonces.

—No te sacrifiques por mí, Istian Goss. Te lo prohíbo.

—Esto no es un debate abierto. —Istian levantó su espada de impulsos. No le serviría de gran cosa frente a una chusma de fanáticos, pero haría lo que pudiera—. Es lo que… lo que Jool Noret habría hecho.

Los cultistas seguían acercándose al cuerpo decapitado de Nar Trig, furiosos, con una gran sed de venganza. Aunque sus toscas armas seguramente no servirían contra Chirox, eran tantos que con eso bastaría. Istian sabía que iba a ser un baño de sangre.

—Te defenderé —dijo con firmeza, mirando por encima del hombro al *sensei* mek. Y se volvió con valentía para hacer frente a la chusma furiosa.

—No. Morirás. Mucha de esta gente morirá —dijo el mek —. No puedo permitirlo.

De espaldas al robot, Istian esperó a la marea de gente. Chirox estaba detrás, con todas sus armas desplegadas.

—No, esto debe acabar… acabar…

Dividido entre la necesidad de vigilar a sus atacantes y el impulso de volverse a mirar qué pretendía el *sensei* mek, Istian volvió la vista un momento y vio que estaba paralizado. Chirox había agachado la cabeza ante el cuerpo

decapitado de Nar Trig. Tenía los brazos extendidos, cada uno con un arma de metal líquido en el extremo, pero colgaban totalmente inmóviles, inservibles.

—No permitiré… que mueras… por defenderme —dijo el *sensei* mek, con voz cada vez más arrastrada y lenta—. No es… un criterio… razonable. —La voz del robot de combate se interrumpió, engullida por un frío silencio, y las brillantes fibras ópticas de su rostro se apagaron.

Istian se volvió a mirarlo. Después de tantos años formando a maestros de armas, aprendiendo las costumbres de la raza humana, el robot de combate había tomado aquella difícil decisión por sí mismo… por voluntad propia, y eso era algo que no estaba en su programación.

Lleno de dolor y confusión, Istian trató de encontrarle un sentido a aquella tragedia. En sus manos sentía sus armas frías e inútiles como palos. El robot estaba tan muerto como Nar Trig. Los dos se habían sacrificado por sus ideales.

«Quizá —pensó Istian—, también nosotros tenemos mucho que aprender de las máquinas».

—Hoy hemos perdido a dos grandes guerreros… sin un motivo razonable —dijo en voz baja.

No estaba seguro de que alguno de aquellos fanáticos pudiera oírle.

Aquel desenlace inesperado había disipado la furia destructora de la chusma. Parecían desinflados, decepcionados por haberse quedado sin su chivo expiatorio.

Dos hombres se adelantaron, con la intención de machacar el cuerpo desactivado de Chirox, pero Istian lo protegía, con la espada de impulsos en una mano y la daga ceremonial en la otra, con una mirada asesina en los ojos. Los más furiosos entre la multitud le miraron con indignación, vacilaron, y finalmente retrocedieron, porque no querían medirse con un veterano maestro de armas.

La revuelta de Rayna seguía por toda la ciudad y poco a poco los fanáticos se fueron dispersando en busca de nuevos objetivos.

Durante largas horas, Istian permaneció junto a la figura desactivada de Chirox y el cuerpo decapitado de su antiguo amigo. Sí, años atrás, los ataques atómicos habían arrasado las bases de las máquinas pensantes, pero estaba claro que en el corazón de la gente la Yihad estaba muy lejos de haber terminado.

94

No os engañéis, hasta que los últimos vestigios de Omnius sean eliminados, nuestra guerra contra las máquinas pensantes seguirá viva… y también mi determinación.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES

Tras la muerte de Quentin Butler y la destrucción de Dante, Vor se encontraba solo a bordo del *Viajero Onírico*, perplejo, aturdido. Su mente estaba perdida en un sinfín de recuerdos sofocantes, y dejó que la nave fuera a la deriva.

Admiraba a Quentin lo suficiente para no lamentar el sacrificio que había hecho. Porque, una vez le arrebataron su cuerpo, ¿qué otra cosa podía esperar un gran líder militar? Pero al menos Vor había intentado hacer que el primero comprendiera a su hijo Abulurd, y ahora tenía un mensaje para él y podría contarle lo que su padre había hecho.

Vor volvió a Hessra y aterrizó en las llanuras heladas que había a los pies de la ciudadela oscura y medio enterrada de los pensadores, donde los últimos titanes habían establecido su base. Bajó de la nave, solo; era el único humano en todo el planeta. A pesar de llevar puesto el traje de vuelo, Vor notaba el frío penetrante. El viento ártico silbaba a su alrededor y, allá en lo alto, el cielo estrellado bañaba el paisaje accidentado con un resplandor lechoso.

Cuando se dirigía hacia la ciudadela, vio que lo que Quentin le había explicado sobre el mecanismo de seguridad de Agamenón era cierto. En su recorrido sobre el hielo, encontró siete formas mecánicas que se habían desplomado y yacían como insectos muertos, con sus brazos y sus patas metálicos extendidos en ángulos extraños. Algunos todavía se sacudían. Los contenedores cerebrales se veían de un rojo fangoso, porque en el interior el electrolíquido se había mezclado con el tejido cerebral reventado y la sangre.

Uno de los neos, aferrándose todavía a un hilo de vida, salió de la oscura entrada que había bajo la ciudadela. Iba dando tumbos, y caminaba en círculos, porque solo le funcionaba bien un grupo de patas. Vor permaneció en silencio, observando cómo la máquina avanzaba. Finalmente se desplomó.

—Si supiera cómo prolongar tu agonía, lo haría —dijo y, tras dejar atrás a aquella carcasa que aún se sacudía, entró en la ciudadela.

Allí dentro Vor encontró a dos neos-subordinados, desorientados. Su voluntad de aferrarse a la vida era increíble. Él no apreciaba precisamente a los pensadores, cuya ingenuidad y torpeza habían incitado a Serena a convertirse en mártir, pero aquellos subordinados a los que los cimek habían esclavizado en la forma de neos le daban pena.

—Aún estáis vivos.

—A duras penas —le contestó uno de los monjes neos. Los sonidos que llegaban a través del simulador de voz parecían distorsionados—. Parece… los subordinados… tenemos… un umbral del dolor… más alto.

Vor se quedó con ellos durante horas, hasta que los dos murieron.

Algo parecido sucedería con el puñado de planetas cimek que quedaban en el transcurso del siguiente año, cuando los neos no recibieran la señal que necesitaban para seguir con vida. Vor se preguntó si descubrirían lo que les había pasado a los titanes y serían capaces de encontrar una salida. Seguramente no… el general Agamenón siempre había sido muy concienzudo con esas cosas.

Vor meneó la cabeza con pesar.

—Es increíble los delirios que podemos llegar a tener…

Después de ver lo que necesitaba, sabiendo que todos los cimek iban a morir, volvió al *Viajero Onírico*. Se sentía perdido, como un barco a la deriva en los mares de Caladan. La Yihad había sido su vida y su objetivo durante tanto tiempo… ¿Qué era él sin la Yihad? Se había perdido tanto, tantas vidas… y ahora había matado a su propio padre. Parricidio. Una palabra terrible para un acto terrible. Detestaba haber tenido que hacerlo… aquello, y tantas otras cosas…

A lo largo de su vida, Vorian Atreides había ido dejando una estela de sangre, pero cada tragedia y cada victoria habían sido necesarias por el bien de la humanidad. Su participación había sido fundamental en la caída de las máquinas pensantes… desde la Gran Purga de los Planetas Sincronizados hasta la destrucción de los titanes.

Pero aún no había acabado. Aún quedaba un objetivo.

A su regreso a Salusa Secundus, Vor no envió ningún mensaje celebratorio. No quería ningún reconocimiento ni atenciones, aunque desde luego se aseguraría de que Quentin Butler recibía los honores que merecía.

Aunque había dejado el ejército de la Humanidad y había partido hacía más de dos meses, no tuvo ningún problema para concertar una reunión con el virrey. Solo Abulurd

conocía el verdadero motivo de su dimisión, pero ahora todos sabrían que había ido en busca de los cimek. Y que había logrado su objetivo.

En Zimia, cuando se dirigía al edificio del Parlamento, vio los efectos de los disturbios recientes: ventanas tapiadas, los árboles ornamentales de las avenidas ennegrecidos y retorcidos por el fuego, el alabastro de los edificios gubernamentales manchado de hollín. Los incendios se habían apagado, la chusma se había dispersado, pero el daño estaba ahí. Cuando ya llegaba al Parlamento, miró a su alrededor lleno de asombro.

«Yo no he sido el único que ha librado una batalla».

Dentro, muy ocupado recogiendo los pedazos, tranquilizando al populacho convulso y haciendo las suficientes concesiones al movimiento de Rayna para tenerlo mínimamente controlado, el virrey Faykan Butler hizo un descanso entre las aceleradas reuniones del comité para entrevistarse con el bashar supremo.

—Tengo que hablarte sobre tu padre.

Faykan escuchó con sorpresa y alegría la noticia de la muerte de los titanes, y le apenó saber del trágico pero heroico final de su padre.

—Durante años, estuve muy unido a él —dijo, sentado en una postura rígida y formal ante su despacho. Era un político, y había aprendido a controlar sus emociones—. Confieso que cuando me enteré de que seguía con vida pero se había convertido en cimek deseé que hubiera muerto… y por lo visto él también lo deseaba.

Puso rectos un grupo de documentos que esperaban su firma.

—Después de oír lo que me ha dicho… bueno, supongo que es lo mejor que podía pasar. Mi padre vivió y murió guiándose por un mismo lema: los Butler no somos criados de nadie. —Respiró hondo, y su aliento pareció temblar solo

un instante. Luego, habló en voz alta, como si quisiera convencerse a sí mismo—. Mi padre jamás habría permitido que los cimek lo convirtieran en su esclavo.

El virrey se aclaró la garganta y volvió a ponerse su máscara de político.

—Gracias, bashar supremo Atreides. Anunciaremos oficialmente la gran noticia del fin de los titanes. Y me complace restituirle formalmente a su rango en el ejército de la Humanidad.

Aunque Abulurd no estaba muy unido a su padre, pareció mucho más afectado por la noticia. Era una persona sensible, y sentía el dolor y las tragedias con todo su corazón. En cambio Faykan había aprendido a protegerse de cualquier respuesta indeseable a los horrores de la guerra o los aspectos más desagradables de la vida.

Abulurd sonrió, y por un momento el dolor desapareció de su rostro.

—Siento un gran pesar por mi padre, señor… pero la verdad es que estaba mucho más preocupado por el riesgo que corría usted.

Vor se tragó el nudo que se le formó en la garganta cuando pensó en lo curiosas que eran las circunstancias: aquel oficial de talento era hijo de Quentin, que jamás lo había valorado… y sus hijos, los hijos de Vor, estaban en Caladan y no querían saber nada de él. Al mirar a Abulurd vio que él era la verdadera razón por la que seguía siendo parte de la Liga.

—Tu padre siempre fue un héroe. La historia lo recordará como merece. Yo me ocuparé de eso.

Abulurd vaciló, inclinó la cabeza.

—Ojalá Xavier hubiera tenido esa oportunidad. Me temo que la comisión no ha hecho ningún avance en su tarea de

limpiar su nombre. Y ahora muchos registros históricos han sido destruidos… ¿cómo vamos a demostrar la verdad? ¿O cree que así será más fácil?

Vor se puso derecho.

—Hemos dejado pasar demasiado tiempo sin limpiar la mancha que ensucia injustamente el nombre de Harkonnen. Ahora que he derrotado a los titanes, creo que podré obligarles a emitir una resolución.

Abulurd pareció flaquear por el alivio.

—Pero primero —dijo Vor con voz férrea—, aún me queda una cosa que hacer. En nuestro historial sigue quedando una gran mancha estratégica. Creo que, si pone el suficiente empeño, el ejército de la Humanidad podría triunfar allí donde en el pasado fracasó. Y si no aprovechamos la oportunidad ahora, me temo que la Liga nunca lo hará.

Abulurd le miró pestañeando.

—¿Qué quiere hacer, bashar supremo?

—Quiero ir a Corrin… y destruirlo.

Abulurd echó la cabeza hacia atrás con sorpresa.

—Pero ya sabe la cantidad de naves defensivas que las máquinas tienen en órbita. Jamás lograremos pasar.

—Sí que podemos… siempre y cuando llevemos un ejército bastante grande y golpeemos con la suficiente fuerza. El sacrificio será grande, en naves y en vidas. Pero quizá esta sea nuestra última oportunidad. Si las máquinas logran escapar y proliferan, volveríamos al mismo sitio donde estábamos hace un siglo. Y no podemos permitirlo.

Abulurd hizo una mueca.

—¿Y cómo piensa convencer al Parlamento? ¿Cree que habrá soldados que todavía quieran morir ante una amenaza tan poco clara? Nadie parece considerarlo un peligro, ni siquiera después de lo de las pirañas mecánicas. Han perdido la decisión.

—Llevo años escuchando sus excusas, pero esta vez haré que lo entiendan —dijo Vor—. He eliminado a los titanes y los cimek, y comprendo la amenaza de las máquinas mejor que ningún hombre vivo. No descansaré hasta que la humanidad libre esté a salvo. Nuestra mejor baza sería lanzar un ataque a gran escala. Tengo que terminar el trabajo. No subestimes mi capacidad de persuasión en algo que para mí es tan importante.

Durante un buen rato los dos caminaron en silencio, y entonces Abulurd dijo:

—¿Cuándo se ha convertido en un halcón, bashar supremo? Antes basaba sus acciones en trucos y engaños, ¡y ahora propone un golpe militar en toda regla! Me recuerda…

—¿Te recuerda a Xavier? —Vor sonrió—. Aunque tal vez nunca estuvimos de acuerdo cuando él vivía, he visto que mi viejo amigo tenía razón. Sí, me he convertido en un halcón. —Apoyó la mano en el hombro de Abulurd—. A partir de ahora el halcón será mi símbolo. Y siempre me recordará cuál es mi deber.

95

Cada sociedad tiene su lista de pecados capitales. A veces estos pecados vienen determinados por actos reprobatorios que destruyen el tejido social; otras son definidos por líderes que solo desean perpetuar su posición.

NAAM EL ANCIANO, primer historiador oficial de la Yihad

Como si hubieran olvidado sus violentas manifestaciones, la gente salió a celebrar el regreso de Vorian Atreides. Los cimek habían muerto, el último de los titanes había sido destruido, otra amenaza contra la humanidad había desaparecido del universo.

Mientras su limovehículo blindado avanzaba por los bulevares cubiertos de escombros de Zimia, las multitudes le vitoreaban y lanzaban caléndulas naranjas. Muchos llevaban carteles donde aparecía su valiente figura estilizada acompañada de las palabras «Héroe de la Yihad, defensor de la humanidad y conquistador de titanes».

Rayna Butler había recibido con regocijo la noticia de la «justificada ejecución» de las últimas máquinas con mente humana, y había adoptado alegremente a Vor —un verdadero amigo y seguidor de Serena— como parte de su movimiento.

El bashar supremo nunca se había sentido a gusto con aquella clase de atenciones. A pesar de su rango, siempre había luchado por Serena y su Yihad sin pensar en su beneficio personal. Él solo quería destruir al enemigo.

Contempló a toda aquella gente que se había reunido para las celebraciones. No recordaba haber visto nada parecido desde el final de la Gran Purga. Quizá ahora que tanta falta le hacía, podría transformar aquella energía en algo productivo. Utilizaría las armas que hicieran falta para lograr la victoria final.

Los cultistas, que veían una amenaza incluso en la maquinaria doméstica más sencilla, sin duda no soportarían pensar que Omnius seguía a salvo en su fortaleza de Corrin, amenazando con su sola presencia a la humanidad. Para ellos aquel lugar era la guarida del diablo.

Cuando su vehículo ya se acercaba al edificio del Parlamento, Vor vio que había una gran multitud reunida en la plaza conmemorativa. Algunos enarbolaban carteles de tela montados sobre estructuras móviles, con bonitos ribetes y estampados; otros iban repartiendo panfletos en los que aparecía impresa una extensa proclama. Con gran frenesí, estaban apilando ofensivos aparatos electrónicos e informatizados en el centro de la plaza, y los rociaron con gasolina para prenderles fuego.

Las fuerzas de seguridad de Zimia permanecían a cierta distancia. Estaban allí para despejarle a Vor el camino cuando su vehículo lo dejara al pie de la amplia escalinata del Parlamento. Cuando los manifestantes le vieron, empezaron a vitorearlo. Vor se apeó del vehículo tratando de no perder sus objetivos de vista y empezó a subir los escalones. Pasó entre las columnas grogipcias y se detuvo ante la entrada principal del edificio, donde vio una inmensa pancarta de tela sujeta toscamente a las puertas. El suelo estaba cubierto de panfletos con el mismo mensaje.

Vor lo ojeó y, por el tono vehemente y poco elaborado, supuso que Rayna lo habría escrito personalmente. Su firma aparecía al pie.

EL MANIFIESTO DE RAYNA BUTLER

¡Ciudadanos de la humanidad libre! Que por toda la Liga de Nobles se proclame que NO existe ningún buen uso posible para las máquinas pensantes. Por mucho que disfracen su maldad ahorrando trabajo a sus usuarios, son insidiosas en todos los niveles.

Mediante este manifiesto, la sociedad humana puede purgar el peor de los pecados. Todo ciudadano de la Liga debe adherirse a estas normas, y quedará sujeto a los siguientes castigos:

Si una persona conoce la localización de una máquina pensante y no la destruye o informa al movimiento, como castigo perderá los ojos, las orejas y la lengua.

Si una persona comete el terrible pecado de utilizar una máquina pensante, será castigada con la muerte.

Si una persona comete el aún más terrible pecado de tener en su poder una máquina pensante, morirá de la forma más dolorosa.

Si una persona comete el peor de todos los pecados y crea o fabrica una máquina pensante, el responsable del delito, todos sus empleados y todas sus familias morirán de la forma más dolorosa.

Quien tenga dudas sobre lo que es una máquina peligrosa debe ponerse en contacto con el movimiento y solicitar una opinión oficial. Cuando tenga esta opinión, la máquina ofensiva será retirada de la circulación y destruida de inmediato. Se aplicarán los castigos según lo estipulado más arriba.

> Es preferible crear productos mediante el trabajo de esclavos que confiar en las máquinas pensantes.
>
> No crearás una máquina a imagen y semejanza de la mente humana.

Perplejo ante la magnitud del aquel manifiesto y lo disparatado de su contenido, Vor avanzó por la entrada principal y entró en la cámara de asambleas. Sí, aún quedaba un enemigo. Sí, las máquinas pensantes aún existían. Pero los cultistas se concentraban en un objetivo equivocado.

«Corrin. Debemos ir a Corrin».

Aún no le habían anunciado, pero Vor vio que los representantes ya estaban en pie, aplaudiendo, lanzando vítores… Y no por él. El virrey Butler estaba bajo la cúpula de comparecencias, en el centro de la sala, sosteniendo en alto una copia de aquel nuevo manifiesto. A su alrededor, los legisladores se levantaban en masa.

—¡Así sea! —gritó Faykan—. El manifiesto de mi exaltada sobrina queda aprobado por aclamación y, como virrey, lo convertiré en ley. A partir de mañana, esta será la ley en la Liga, y cualquier disidente será perseguido y castigado, junto con sus amigas las máquinas pensantes. ¡No habrá concesiones! ¡Muerte a las máquinas pensantes!

Como si hubiera eco en la sala, todos los presentes repitieron sus palabras, como un mantra. Para Vor, que estaba en la última grada, junto a la salida, aquel entusiasmo fue como una lluvia fría. Ojalá hubieran demostrado el mismo apasionamiento hacía años, cuando tanta falta hacía.

—¡Estamos dando una nueva forma a la sociedad galáctica, trazando un nuevo camino para la humanidad! —gritó Faykan en medio de la algarabía general—. Los humanos pensamos por nosotros mismos, trabajamos por

nosotros mismos, y lograremos alcanzar nuestro destino. ¡Sin máquinas pensantes! Aferrarnos a la tecnología es como llevar muletas… ya es hora de que caminemos por nosotros mismos.

Entre la audiencia, algunos reconocieron a Vor y empezaron a señalarle y a musitar entre ellos. Finalmente, el virrey levantó los brazos en un exuberante gesto de bienvenida.

—Vorian Atreides, bashar supremo del ejército de la Humanidad. Nuestro pueblo ya estaba en deuda con usted por muchos motivos, y ahora nos ha dado uno más. ¡Los últimos titanes han muerto! Las abominaciones cimek han dejado de existir. Que su nombre sea venerado por toda la eternidad como héroe de la humanidad.

La gran sala estalló en una ovación. Mientras avanzaba hacia el foso del estrado, Vor sintió que a su alrededor los acontecimientos se precipitaban y lo arrastraban también a él. Pero él tenía un honor, un deber, y promesas que cumplir. Podía tratar de luchar contra la corriente, o ponerse al frente y dirigirla hacia Corrin.

Se hizo el silencio. Vor paseó la mirada por la concurrencia, deteniéndose en los rostros familiares, y luego miró a las zonas más alejadas de la sala, donde los seguidores de Rayna hacían ondear coloridos e inmensos estandartes.

—Sí, podemos celebrar la desaparición de los cimek —dijo—. ¡Pero aún no hemos terminado! ¿Por qué malgastáis vuestro tiempo y energía escribiendo manifiestos, destrozando aparatos domésticos y matándoos unos a otros… cuando Omnius sigue vivo? —Sus palabras hicieron que la audiencia jadeara colectivamente y luego callara.

—Hace veinte años se declaró el fin oficial de la Yihad, aunque quedaba un Planeta Sincronizado intacto. Corrin es como una bomba de relojería, y debemos desactivarla. El

cáncer de Omnius sigue siendo el único punto negro en el brillante futuro de la humanidad.

La gente no esperaba aquella vehemencia de Vor. Evidentemente, pensaban que el veterano bashar supremo aceptaría sus honores y dejaría que el gobierno de la Liga siguiera con su trabajo. Pero él no calló.

—¡Muerte a las máquinas pensantes! —gritó alguien con voz encendida desde un palco.

Vor siguió hablando con voz alta y severa.

—Hemos evitado nuestra verdadera misión durante mucho tiempo. Una victoria a medias no es una victoria.

El virrey lo miraba, visiblemente incómodo.

—Pero, bashar supremo, sabe que no podemos penetrar las defensas de Omnius. Llevamos décadas intentándolo.

—Entonces debemos esforzarnos más. Aceptar las pérdidas que haga falta. Esperar nos ha costado millones de vidas. Pensad en la plaga, en las pirañas mecánicas. ¡Pensad en la Yihad! Después de todo lo que hemos tenido que sacrificar para llegar hasta aquí, solo un necio se detendría ahora. —Por las palabras de Faykan, Vor sabía que, una vez más, la Liga vacilaría, por eso provocó deliberadamente a los fanáticos de Rayna. Su voz cortaba como la espada de un mercenario—. Sí, muerte a las máquinas pensantes… pero ¿por qué perder el tiempo con sucedáneos cuando podemos destruir las de verdad? Y para siempre.

La chusma rugió, a pesar de la expresión inquieta de muchos representantes. Luego el silencio se extendió entre la gente, porque una mujer pálida y etérea se dirigía hacia la zona de comparecencias. Rayna Butler parecía totalmente tranquila y confiada, como si pudiera entrar en el Parlamento e interrumpir sus reuniones cuando ella quisiera. Llevaba una túnica nueva, verde y blanca, con un perfil en rojo sangre de Serena.

—El bashar supremo tiene razón —dijo Rayna—. Detuvimos la Gran Purga demasiado pronto, no logramos apagar la última brasa del fuego cuando teníamos ocasión. Fue un error muy costoso, un error que no debemos volver a cometer.

La gran sala retumbó por el entusiasmo, como si el edificio entero acabara de despertar de un largo período de hibernación.

—¡Muerte a Corrin!

—Por santa Serena —dijo Rayna por el micrófono.

Sus palabras resonaron por la cámara abovedada. Como una ola que se desplaza por el mar, la llamada pasó de unos a otros, cada vez más fuerte, hasta que se convirtió en una tempestad de gritos.

—¡Por santa Serena! ¡Por los tres mártires!

Vor dejó que el fervor y el entusiasmo de la chusma lo sacudieran. Con aquello tenía que bastar. Esta vez se aseguraría de que así fuera.

96

> No importan las estrategias, los conocimientos o las oraciones, solo Dios puede decidir quién gana y quién pierde. Pensar otra cosa es arrogante y absurdo.
>
> Sutra zensuní

Cuando Ishmael se enfrentó a su oponente en la arena, los zensuníes estaban divididos.

El día del combate, mientras el sol de la mañana se hacía cada vez más intenso, Ishmael avanzó con dificultad siguiendo la línea de las rocas, cargando con su equipo. Sus seguidores, los más conservadores de la tribu, corrían detrás, dándole ánimos, ofreciéndose a llevarle parte del material, pero él no les hacía caso. Aquello debía hacerlo él solo, por el futuro del pueblo zensuní y la conservación de su pasado sagrado.

Para él fue una sorpresa descubrir que entre los antiguos forajidos había tantos descontentos con los cambios y las actitudes que el naib El'hiim había fomentado en las últimas décadas. La mayoría de los ancianos se pusieron de su parte, incluida Chamal, al igual que los descendientes directos de los refugiados a quienes Ishmael salvó de la esclavitud en Poritrin. También le resultó gratificante ver entre los jóvenes a tantos que ansiaban la emoción de combatir al enemigo… al que fuera. Aquellos jóvenes

contaban historias idealizadas de Selim Montagusanos y aventuras embellecidas sobre los grandes guerreros zensuníes que llegaron a Arrakis. Fueran cuales fuesen sus motivos, a Ishmael le gustó recibir tantas muestras de apoyo.

Por su parte, El'hiim llevó consigo a numerosos hombres y mujeres civilizados que viajaban con frecuencia a las ciudades y los asentamientos de VenKee. Gente dispuesta a comprometerse con los extraplanetarios, a renunciar a su cultura y su identidad… gente que confiaba alegremente en hombres que comerciaban con seres humanos.

Ishmael respiró hondo aquel aire caliente y polvoriento, se ajustó sus tampones nasales y aseguró bien las ataduras y abrochaduras de su destiltraje; luego se ciñó con fuerza la capa para que no le estorbara. Se volvió a mirar a la gente que esperaba entre las rocas.

Desde el extremo más alejado de la depresión, El'hiim y sus partidarios también observaban. Sabían que había llegado el momento.

—Esperadme si venzo —dijo Ishmael—. Y si muero, recordadme.

No oyó las palabras de apoyo de los suyos. Centró su pensamiento y salió a las arenas descubiertas. Y se encaramó por la suave pendiente de la duna más alta que había allí cerca. Aquella era su batalla e, independientemente de las consecuencias, en aquellos momentos solo debía pensar en el duelo. Eligió una buena posición, miró a su alrededor, al desierto, y estudió el ángulo de las pendientes. Era un sitio perfecto para vigilar la llegada de gusanos y montar uno sin dificultad.

Había hecho aquello muchas veces, pero ninguna había sido tan importante. Aún se acordaba de cómo Marha le había enseñado a hacerlo, igual que Selim hizo antes con

ella. La echaba tanto de menos… y también a Ozza. Algún día se reuniría con ellas. Pero no sería hoy.

Ishmael se acuclilló en lo alto de la duna, de espaldas a los esperanzados espectadores que aguardaban entre las rocas. Tras clavar en la arena el extremo acabado en punta de su tambor, empezó a golpearlo rítmicamente con las palmas. Del otro extremo de la cuenca, le llegaba el débil sonido del tambor de El'hiim.

Los gusanos acudirían… y se enzarzarían en un combate.

Aquel tipo de enfrentamiento había sido ideado por Selim Montagusanos para eliminar el descontento entre sus seguidores. Solo en cuatro ocasiones se habían producido estos duelos titánicos; a su paso dejaban historias memorables, pero como realidad eran algo terrible. Fuera cual fuese el resultado del enfrentamiento, ese día Ishmael y El'hiim darían origen a muchas leyendas.

Después de llevar a su gente allí desde Poritrin y casarse con Marha, Ishmael siempre siguió algo incómodo tras los pasos del gran Selim. En cambio El'hiim había luchado activamente por apartarse de la sombra de su mítico padre y se había aventurado en una dirección equivocada. Ni él ni su hijastro habían sido buenos líderes para la tribu.

Y ahora estaban en una encrucijada. ¿Desaparecería definitivamente el sueño de Selim? ¿Quedarían eclipsados los zensuníes, absorbidos por aquella desagradable y débil civilización de los infieles? ¿O volverían a descubrir sus orígenes y aceptarían de nuevo el reto de seguir con la lucha hasta que salieran victoriosos, y fueran libres… por muchos siglos que tardaran?

Ishmael estaba tan concentrado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que se acercaba un gusano hasta que oyó los débiles gritos de su gente. Con sus viejos ojos, vio la tenue ondulación muy lejos entre las dunas. Golpeó el tambor siete veces más —un número sagrado— y recogió

sus cuerdas y su material. El gusano iba a toda velocidad hacia él.

Muy lejos, en el otro extremo de la cuenca, vio que también había cierto revuelo entre las diminutas figuras de los zensuníes. Un segundo gusano se acercaba. Shai-Hulud había contestado a sus llamadas.

Ishmael estaba en tensión, acuclillado. Sus músculos eran viejos, estaban rígidos, doloridos, pero no dudó en ningún momento de su capacidad. Podía montar y controlar a aquella criatura del desierto tan bien como el naib El'hiim.

Las arenas se dividieron, levantando un tenue hilo de polvo, y el cuerpo sinuoso del gusano se elevó al tiempo que Ishmael saltaba hacia delante. A lo largo de su vida, había atraído a gusanos mucho mayores que aquel, pero con éste tendría suficiente. Si Budalá le hubiera enviado una bestia titánica, todos lo habrían interpretado como una clara señal de Dios. Ahora sabía que la batalla no se decidiría tan fácilmente. Tendría que luchar para defender lo que era correcto.

Y estaba preparado para hacerlo.

Ishmael lanzó sus ganchos y sujetó las cuerdas, y trepó por los granulosos segmentos del gusano antes de que este se diera cuenta. Ayudándose con unas palancas, separó el punto donde se unían dos de los anillos y dejó al descubierto la carne sensible del gusano, para evitar que volviera a sumergirse en la arena. Selim Montagusanos había desarrollado aquellas técnicas hacía más de un siglo. Él había sido el primero en montar un gusano, y lo hizo con la única ayuda de una barra de metal y una largada de cuerda.

El monstruo se sacudía, tratando de deshacerse del molesto parásito, pero Ishmael aguantó.

—Hago esto en tu memoria, Selim, por la supervivencia de nuestro pueblo y la gloria de Budalá y Shai-Hulud.

Después de asegurarse bien pasándose una cuerda por la cintura y sujetándola en la carne más sensible que había cerca de la cabeza del gusano, hizo que la bestia se dirigiera hacia el lugar donde debía enfrentarse con El'hiim. El gusano avanzaba, y a su paso, el roce con la arena generaba calor y un intenso olor a canela. Los fuegos que ardían en su garganta se avivaron. En su boca inmensa sus dientes destellaban como agujas.

Ishmael vio al segundo gusano acercándose desde el otro extremo de la gran llanura, un gusano más grande, que montaba El'hiim. Ishmael aferró sus cuerdas y se las enrolló alrededor de las manos para asegurarse de que no se le escapaban. Gritó un desafío y dio un fuerte pinchazo entre los segmentos de su gusano.

Aquellas dos criaturas corrían entre las dunas como monstruos de batalla. Eran animales muy territoriales y, en cuanto notaron la presencia del otro, empezaron a proferir rugidos desafiantes, expulsando vapores con olor a melange de sus gargantas cavernosas. Se enroscaron sobre sí mismos como muelles y saltaron el uno sobre el otro.

Ishmael se sujetó e instintivamente cerró los ojos cuando aquellas figuras inmensas y sinuosas chocaron. El impacto casi lo arrancó de su arnés. Las bocas gigantes lanzaban dentelladas y golpeaban. Una oleada de dolor y de ira hizo que la montura de Ishmael temblara de arriba abajo.

En el otro gusano, Ishmael veía el rostro aterrado de El'hiim, que se aferraba con fuerza a las cuerdas y se aseguraba con ellas una y otra vez. Una estupidez. Si el gusano rodaba sobre su cuerpo, estaría perdido y no podría soltarse. El anciano sintió un nudo en el estómago. No quería que El'hiim muriera…

«Shai-Hulud decidirá».

Los gusanos de arena recularon para coger impulso, y volvieron a atacar. Gruesos segmentos con rocas

incrustadas se desgarraban en largas tiras de carne curtida. Aquello era un duelo y aquellas criaturas territoriales luchaban a su modo. Ishmael ya no podía guiar al gusano; lo único que podía hacer era aguantar.

Siseando, agotados, los gusanos recularon y empezaron a moverse en círculos, convirtiendo la arena en un remolino polvoriento.

Y entonces volvieron a saltar, haciendo colisionar sus cuerpos mastodónticos y enroscándose sobre el otro como si quisieran estrangularse. Dientes de cristal acuchillaban la carne. Nuevos segmentos de los anillos fueron arrancados. Un líquido gelatinoso brotaba de las enormes heridas.

Después de saltar repetidas veces sobre el otro, los gusanos estaban exhaustos, pero sus ansias de lucha seguían ahí. La montura de Ishmael empezó a sacudirse y retorcerse, y él se sujetó, temiendo que la criatura rodara sobre su cuerpo y lo aplastara debajo a pesar de la carne que había dejado al descubierto. En el último momento, el gusano se irguió de nuevo y echó el cuerpo hacia atrás, y se arrojó como un martillo contra el yunque.

El'hiim, por su parte, seguía sobre su gusano, casi inconsciente, pero se había asegurado tan a conciencia con las cuerdas que no habría podido escapar ni aun queriendo. Su gusano, más grande, chocó contra el de Ishmael con tanta violencia que éste cayó hacia atrás. Ishmael gritó, y a punto estuvo de perder su asidero y salirse del arnés, pero hundió sus gruesas botas contra la carne y se sujetó.

Entonces una de las cuerdas se partió.

Mientras los gusanos de arena seguían peleando, Ishmael cayó como una mota de polvo en la tormenta. Iba dando tumbos, tratando de encontrar un asidero, clavando sus ganchos en un anillo, luego en otro. Los gusanos no le prestaban atención; solo era un humano insignificante. Sus

bocas colisionaron. Dientes de cristal se partieron, formando una lluvia de diminutas estalactitas.

Ishmael siguió cayendo a trompicones, hasta que finalmente llegó abajó y se hundió en las arenas removidas. Se puso a agitar los brazos, hasta que logró salir a la superficie, tosiendo, y después se puso a apartar arena con las manos, tratando de ponerse en pie.

Cada vez que los gusanos rodaban cuerpo a cuerpo y se desplazaban en alguna dirección, lo destrozaban todo a su alrededor. Ishmael echó a correr tan deprisa como pudo, olvidando el patrón de pasos aleatorios que había aprendido a utilizar en la arena. Las bestias volvieron a engancharse. Cuando vio que volvían a moverse en su dirección, Ishmael saltó en la hendidura que había entre dos dunas. La delgada cola de su gusano, muy caliente por la fricción, le pasó por encima y arrojó una lluvia de arena sobre él.

Ahogándose, Ishmael volvió a salir a la superficie, mientras la batalla se llevaba a los gusanos más allá. Fue renqueando hacia la seguridad de las rocas. Jadeando, solo, casi sin poder tenerse en pie, vio al gusano triunfante de El'hiim persiguiendo al suyo.

Dejó caer la cabeza. El duelo había terminado…

El'hiim volvió con su gusano. Las dos bestias estaban agotadas. Ishmael no sabía si la suya había muerto o si, simplemente, se había escabullido y había desaparecido en la arena.

Cuando Ishmael se desmoronó en el suelo, jadeando, temblando, su gente acudió enseguida, pero él no quería hablar con nadie. No en aquellos momentos. Sacudió la cabeza cubierta de polvo, se volvió hacia otro lado. El corazón seguía latiéndole con violencia, y el aliento le

quemaba en el pecho, pero estaba claro. Aunque había sobrevivido, no estaba contento.

Había perdido el duelo, y el futuro de los Free Men de Arrakis.

97

> La victoria militar no ha de estar sujeta a interpretaciones o negociaciones. Debería ser clara e indiscutible, y no comprometerse de ninguna forma.
>
> BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES,
> de su serie de discursos como invitado

En Salusa Secundus, la Flota de Venganza se preparaba para partir en dirección a Corrin. La tripulación de las naves la formaban veteranos de la Yihad, soldados del ejército de la Humanidad y feroces miembros del Culto a Serena.

Veloces naves de reconocimiento que plegaban el espacio salieron para avisar a la flota de vigilancia que mantenía sus posiciones alrededor del último Planeta Sincronizado. Una última batalla y su vigilia se habría terminado.

Las máquinas pensantes no sabían nada.

Vorian Atreides, que tuvo que asistir a la elaborada ceremonia de despedida aunque tenía cosas más importantes que hacer, estaba en posición de firmes en la pista de despegue del puerto espacial, viendo cómo cargaban la última de las naves. La Liga se había vuelto demasiado aficionada a toda aquella pompa.

Se volvió hacia el virrey Butler, que se acercó con una pequeña caja azul sujeta con lazos dorados. El virrey llevaba

su túnica ceremonial y una pequeña pero visible insignia que atestiguaba su relación con el Culto a Serena. Vor no creía que el hijo de Quentin Butler aceptara realmente el mensaje antitecnológico que su sobrina había promulgado en su manifiesto, pero el movimiento había conseguido tanto poder que no era difícil ver los nuevos aires que soplaban en política.

Faykan no había permitido aún que se nombrara un nuevo Gran Patriarca, y ahora decía que la ofensiva contra Omnius tenía prioridad. Vor sospechaba que aquel hombre tenía otros planes, y solo trataba de ganar tiempo.

La pálida figura de Rayna Butler estaba sentada al frente del palco para las personalidades, con mirada encendida. Las multitudes llenaban la pista, gente sincera y bienintencionada y también fanáticos de ojos brillantes que llevaban estandartes con la silueta de Serena Butler en rojo sangre. La chusma lanzaba vítores y gritaba el nombre de Vor, junto con insultos dirigidos a Omnius.

Como si estuviera escalando una montaña, Vor se concentró en lo que tenía por delante, la cima, la destrucción de la última supermente. Aunque no le gustaba lo que hacían los cultistas, tenía que aprovechar cada recurso, cada persona. Todo lo que había logrado durante más de un siglo de Yihad culminaría con aquella última batalla, y entonces las máquinas pensantes no volverían a ser una amenaza. Pero, a juzgar por lo que veía entre la chusma inquieta y furiosa de seguidores de Rayna, sin duda seguirían encontrando enemigos y chivos expiatorios que avivaran su fervor.

Su ballesta insignia, el *Serena Victory*, la misma que había dirigido durante la Gran Purga, se elevaba a un lado de la pista de aterrizaje, junto con varias de las naves más importantes. La mayoría de naves de guerra esperaban en órbita.

Aunque había estado muy ocupado con los preparativos, Vor no había olvidado la promesa que le había hecho a Abulurd: restituir el buen nombre de Xavier Harkonnen en cuanto regresaran.

La guardia de honor del ejército de la Humanidad hizo una extravagante exhibición para la chusma. Siguiendo sus tradicionales maniobras, formaron un pelotón de ejecución y apuntaron sus ruidosos rifles a las falsas máquinas pensantes que estaban encadenadas a los postes. Los sensores de los supuestos robots parpadearon, como si pidieran clemencia. Uno a uno, los falsos robots fueron destruidos entre la algarabía del público, hasta que quedó poco más que chispas y humo. La escenificación fue retransmitida a toda Salusa y con posterioridad se enviaría a otros mundos de la Liga para que las multitudes también pudieran participar de los festejos.

—Esto es solo para ir entrando en calor antes de partir con la Flota de Venganza —dijo Faykan Butler, y su voz resonó por todo el puerto. Rayna estaba sentada junto a él, como si su posición fuera equivalente a la del virrey.

«Estos dos forman una combinación peligrosa», pensó Vor mirando al uno y la otra. El veterano oficial habría querido marcharse y enfrentarse a las máquinas en un combate directo, pero las cosas no irían así. Aquel necio del virrey y su sobrina querían acompañar a la flota en una nave diplomática. Qué ganas de complicar las cosas. Ahora, Vor no solo tenía que preocuparse por las máquinas, también tendría que estar al tanto por si a los Butler se les ocurría hacer alguna estupidez en mitad de la batalla.

Algunos de los cultistas propusieron utilizar los motores Holtzman para que la flota llegara de forma inmediata a Corrin. Pero a Vor ni siquiera su impaciencia y determinación le habrían cegado tanto como para arriesgarse a perder el diez por ciento de sus fuerzas durante el salto. Norma

Cenva, que nunca había dejado de trabajar en el problema, decía haber descubierto un método seguro de navegación, pero por lo visto solo ella podía hacerlo. Y solo podía llevar una nave a la vez.

No, aquello no bastaba. Durante veinte años, la flota de vigilancia había tenido a Omnius atrapado en Corrin. Las máquinas no tenían ningún motivo para pensar que pudiera haber ningún cambio inminente. Vor controlaría su ira y su impaciencia. Un mes, solo un mes más y todo habría acabado…

En aquellos momentos, mientras el espectáculo terminaba con un toque de trompeta, Faykan soltó los lazos y abrió la caja azul, y acto seguido se la ofreció a Vor, que vio la insignia dorada del interior y reprimió un suspiro. Otra bagatela militar que lucir.

Con sus dedos limpios y bien cuidados, el virrey cogió la insignia y se la entregó con orgullo al bashar supremo. A través de los altavoces, su voz resonó por toda la pista.

—Vorian Atreides, en honor a esta nueva misión militar a Corrin, le concedo un nuevo título: Campeón de Serena, un hombre que representa los intereses de la Liga de Nobles, del Culto a Serena y de toda la humanidad libre.

La multitud lanzó vítores, como si aquel título cambiase algo.

—Gracias, virrey. —Vor mantuvo una expresión tranquila —. Y ahora, basta de ceremonias frívolas. Es hora de partir. Omnius nos espera. —Y se guardó la insignia en un bolsillo interior, donde nadie pudiera verla.

El virrey levantó los brazos en alto.

—¡A Corrin! ¡A por la victoria!

—¡A Corrin! —repitió Rayna.

Todos sus seguidores se pusieron en pie como una bandada de pájaros preparándose para levantar el vuelo. Y repitieron sus palabras en rugido atronador.

—¡A Corrin!

Vor estaba impaciente por llegar.

Su nave insignia salió la primera, seguida por las otras naves ceremoniales, y se unieron al grueso de la flota, que esperaba en órbita. Con mirada endurecida y expresión concentrada, Vor echó un vistazo al puente de mando, mientras su segundo oficial, el bashar Abulurd Harkonnen, le miraba a él. Era bueno tener a su lado a alguien con la cabeza en su sitio, alguien en quien podía confiar.

—Estamos listos para partir, bashar supremo… perdón, quería decir campeón Atreides.

Vor frunció el ceño.

—Prefiero utilizar el rango que me gané por mí mismo. Deja esa memez de campeón para tu hermano y sus espectáculos. —La insignia seguía guardada en su bolsillo, y no tenía intención de ponérsela.

—Sí, señor. Éste será el fin de una era. —Sus ojos parecieron algo llorosos—. Y después, podremos restituir a Xavier al lugar que le corresponde en la historia… si aún está dispuesto a ayudarme.

—Tienes mi palabra. Yo estaba allí cuando empezó la Yihad, y pienso asegurarme de dejar zanjado hasta el último detalle. Solo entonces podré dejaros el futuro a ti y tus hijos, Abulurd. —A través del cristal, Vor miró las estrellas, pensando en aquel lejano mundo, el último de los Planetas Sincronizados—. Ordena que la flota se ponga en camino.

Aquella nueva generación de luchadores, aunque eran entusiastas y los movía el fervor religioso, no habían entrado en combate directo en veinte años, desde que Omnius quedó atrapado en Corrin. Incluso Abulurd contaba idealistas historias de gloria, a pesar —o quizá a causa— de lo mucho que habían perdido en su familia.

Muy cerca, en órbita, estaba la nave diplomática donde viajaban el virrey y Rayna Butler, equipada con la más moderna tecnología y armamento, aunque era más una muestra de ostentación que para el combate real. En su mayoría, la tripulación y los pasajeros eran nobles y representantes sin experiencia en la lucha, espectadores que querían estar presentes en la batalla de Corrin pero sin participar, para poder decir a las futuras generaciones que ellos también estuvieron allí. Vor no pensaba hacerles caso, y había dejado bien claro que él estaba al mando de la operación, no Faykan ni Rayna.

Aquella joven era un enigma, un cúmulo de ideologías y acciones dispares. Decía despreciar la tecnología y destrozaba incluso los utensilios más rudimentarios, tanto si tenían sistemas informatizados como si no. Y sin embargo, a pesar de sus ardientes creencias, aceptó a desgana viajar en naves espaciales, que, ciertamente, eran máquinas muy avanzadas. Después de vacilar un momento ante aquella evidencia, esta fue su respuesta:

—Una nave es un mal necesario, y las utilizaré para difundir mi mensaje. Estoy segura de que Dios y santa Serena nos concederán alguna dispensa. Pero cuando llegue el momento, cuando estos aparatos ya no me sean útiles, haré que los destruyan.

Aquellos planes no le inspiraron a Vor mucha confianza.

Con la importantísima potencia de fuego de la Flota de Venganza y las naves que ya tenían estacionadas frente a Corrin, Vor esperaba lograr la victoria. Después de tantos años de servicio, no se guardaría nada, pondría todo lo que tenía a su disposición en aquel último golpe. Todo.

Y, tras aguantar durante las dos pasadas décadas la vacilación e ineficacia de la Liga, Vor sabía que no volvería a tener una oportunidad como aquella.

No sería una batalla fácil. Muchas de aquellas naves y personas se perderían frente a las extraordinarias defensas de la flota de máquinas. Sería una batalla a la antigua… un baño de sangre.

En privado, Vor rezó y apretó la mandíbula con determinación. La Flota de Venganza partió hacia Corrin.

98

> Las máquinas pensantes son incapaces de asimilar conceptos como maldad, ética o amor. Ven el universo en términos de su propia supervivencia. Y no les importa nada más.
>
> SERENA BUTLER, sacerdotisa de la Yihad

Durante décadas, habían estado en un punto muerto. Omnius no podía escapar y el ejército de la Humanidad no podía acercarse más. Las fuerzas mecánicas habían formado diferentes capas en torno al planeta, un caparazón protector dentro de los límites de la impenetrable red descodificadora, mientras que la flota de vigilancia de los humanos mantenía el perímetro herméticamente cerrado con sus naves fuertemente armadas.

Desde el interior de la red descodificadora, las naves robóticas dotadas de escáneres de largo alcance se desplazaban comprobando los límites exteriores del sistema. Las dos encarnaciones supervivientes de la supermente habían ordenado aumentar la vigilancia porque, aunque ya habían pasado veinte años, según los cálculos de SeurOm era posible que algún otro Omnius hubiera sobrevivido y fuera a rescatarlos. Como un apretado banco de tiburones dando vueltas y vueltas, las naves robóticas no

dejaban de desplazarse trazando órbitas concéntricas superpuestas.

Los dos bandos intercambiaban disparos, lanzaban proyectiles a las naves del contrario que se movían. Los vigilantes de la Liga respondían con rapidez y eficacia. Una jabalina resultaba seriamente dañada; dos naves robóticas eran destruidas. Entonces la flota de vigilancia se afirmaba en sus posiciones, incrementando la frecuencia de las maniobras y aumentando el número de naves de reconocimiento. Estaban esperando algo.

Y entonces, con aquella última e inesperada táctica de la Liga, todo cambió.

Desde el interior del perímetro, las máquinas detectaron la llegada de aquella inmensa fuerza de ballestas y jabalinas. En una única maniobra, los humanos habían triplicado el volumen de las fuerzas que ya tenían estacionadas allí.

Las naves de reconocimiento mecánicas, que la intrincada red de satélites mantenía a raya, envió los datos al complejo central de Corrin. Las cifras eran alarmantes, indiscutibles. Los humanos habían decidido alterar el equilibrio de la situación.

Tras realizar un análisis estadístico, las dos supermentes llegaron a la conclusión de que la potencia de fuego enemiga suponía una grave amenaza para su existencia. Las posibilidades de destrucción eran altas.

Erasmo esperaba fuera, en la plaza, con su obediente Gilbertus, escuchando en silencio mientras las supermentes discutían sus diferentes opciones. Desde que se deshicieron del Omnius Primero, las dos copias divergentes rara vez habían solicitado el consejo del robot independiente, pero la situación era muy grave.

—Estamos en un buen aprieto, Mentat mío —dijo Erasmo.

Gilbertus parecía nervioso.

—Entonces tendría que ir junto a Serena. Ella sigue en la villa.

Erasmo lo miró.

—Tienes que estar conmigo, buscando una solución a la crisis. No es muy probable que el clon defectuoso de Serena Butler nos ofrezca ideas valiosas.

Los dos siguieron escuchando el rapidísimo diálogo que tenía lugar entre las dos supermentes.

Afortunadamente, a diferencia del Omnius-Corrin desaparecido, SeurOm y ThurrOm no tenían aspiraciones artísticas. Uno de los cambios más evidentes que habían establecido concernía a la extravagante ciudadela central. Después de despojarla de la pretenciosa decoración y las supuestas obras de arte, sencillamente, la deshicieron y la dejaron en el interior de una cúpula gigante protegida, bajo la plaza principal. Fuera, en lo alto de la cúpula, en medio de la ciudad, había dos pedestales de aspecto utilitario, cada uno rematado por una cubierta esférica y transparente. Allí es donde se manifestaban las supermentes.

Hasta entonces, los pensamientos de ThurrOm y SeurOm habían divergido ampliamente, alejándose cada vez más de los de su compañero depuesto. Pero la llegada de la inmensa Flota de Venganza hizo que las supermentes se concentraran en un problema común.

—De acuerdo con los datos disponibles, las naves humanas podrían superarnos —dijo SeurOm—. Si su armamento sigue nuestros modelos establecidos, ni siquiera nuestra flota de vigilancia podrá hacer frente a un ataque a gran escala… eso si es que están dispuestos a emplear todos sus recursos y sacrificar sus vidas.

—No es muy probable —repuso TurrOm—. No se corresponde con los datos que hemos recopilado en estos veinte años.

Erasmo se sintió en la obligación de intervenir.

—Estamos aislados aquí, y no sabemos qué ha empujado a los hrethgir a este cambio de actitud. Debo suponer que se han entregado con fervor a alguna nueva forma de fanatismo religioso. No esperéis que se comporten de acuerdo con vuestros patrones establecidos.

—Envía más naves ahí arriba. Incrementa nuestras defensas.

—No podemos seguir creando mentes de circuitos gelificados. Hemos agotado nuestros recursos, aunque nuestros robots y escáneres siguen buscando vetas adicionales de los materiales que necesitamos en la corteza del planeta. Sin embargo, hemos llegado a nuestro límite. Corrin está agotado. Ya hemos enviado todas las naves disponibles ahí arriba. Y esta vez no habrá repuestos.

ThurrOm respondió con rapidez.

—Entonces debemos atacar primero para alterar las probabilidades. Incluso si no tenemos mentes de circuitos gelificados de repuesto, nuestro armamento es superior.

—Ya hemos intentado eso antes y provocaría un desgaste en nuestras fuerzas que no podríamos aguantar. Sus naves tienen escudos, y eso les protege considerablemente frente a nuestros ataques. Los satélites descodificadores destruirán demasiadas de nuestras naves. Y pueden reparar la red con relativa facilidad.

Las naves de reconocimiento que había en órbita transmitieron detalladas estimaciones sobre la potencia de fuego de la flota expandida. Erasmo accedió a la información y la compartió con su pupilo humano. Aquellos datos tan precisos permitieron elaborar estimaciones más ajustadas… que no hicieron más que confirmar la gravedad de la situación.

—Nuestra prioridad debe ser la supervivencia de alguno de los Omnius —dijo SeurOm—. Un esfuerzo titánico por

nuestra parte permitiría abrir ciertos huecos en la red descodificadora. Varias naves podrían huir. Y cada una de ellas llevaría una copia de la supermente. Algunas simulaciones indican que es un posible resultado.

—Es un argumento poco convincente basado en datos mínimos —apuntó ThurrOm—. La mayoría de simulaciones proporcionan resultados diferentes. Y, lo que es más, ¿cuál de los dos sería la supermente de base? —Las esferas gemelas estaban tan agitadas que los impulsos eléctricos codificados aumentaron en intensidad, como rayos, y los sonidos vocales electrónicos retumbaban por la plaza.

—Podemos enviar copias de los dos.

—Eso no nos protegería a los que quedamos en Corrin —dijo Erasmo. Tenía que encontrar una forma de salvar a su pupilo y a sí mismo. Aunque la prioridad de toda máquina pensante tendría que haber sido asegurar la supervivencia de la supermente, para Erasmo eso no bastaba—. Los humanos son impredecibles, Omnius. Si planificáis una estrategia basándoos en un análisis exclusivamente numérico, fracasaréis. El enemigo os sorprenderá.

—A veces los ataques reiterados ponen al descubierto defectos que antes no se veían. Hay una pequeña posibilidad de que salgamos victoriosos incluso contra estos nuevos refuerzos de los humanos. Nuestra única opción viable es intentarlo.

Erasmo formó una expresión sonriente en su rostro de metal líquido.

—No es cierto, hay otras opciones si sabemos pensar como pensarían los hrethgir. Tenemos un arma que podría ser muy efectiva contra el ejército de la Humanidad… un arma que nunca esperarían que usáramos. —Volvió sus fibras ópticas hacia su pupilo—. Y que los enfurecerá.

—Explícate, Erasmo —ordenaron las dos supermentes al unísono.

—En mis cuadras de esclavos y por todo Corrin, tenemos numerosos cautivos y sujetos de estudio. De acuerdo con el último inventario, nuestra población de hrethgir ronda los tres millones. Sí, la Liga puede haber colocado un inmenso escudo Holtzman para protegerse de nosotros…, pero nosotros podemos utilizar escudos humanos. Ponerlos por delante, asegurarnos de que cada acción del ejército de la Humanidad provoque millones de muertes innecesarias. Eso hará que se lo piensen dos veces antes de atacar.

Gilbertus lo miró asustado, pero no dijo nada. Utilizando una técnica de relajación por puro hábito, se concentró en otras cosas y se puso a hacer cálculos mentales.

—Es una conclusión equivocada —dijo SeurOm—. Los humanos no tuvieron ningún escrúpulo en eliminar esclavos inocentes durante la Gran Purga. Tu propuesta no tiene sentido.

—Con frecuencia lo que hacen los humanos tampoco lo tiene. La situación es distinta —señaló Erasmo—. Haremos que miren a sus víctimas inocentes a los ojos. Y eso hará que vacilen.

—¿Qué propones exactamente?

—Meteremos a los esclavos humanos en cargueros y los pondremos en órbita, incluso en nuestras naves de guerra más débiles. Y luego amenazamos con matarlos a todos si el ejército de la Humanidad hace algún movimiento. —Erasmo se tiró de la tela de su lujosa túnica para eliminar una arruga, orgulloso de su plan y de su conocimiento de los humanos.

—Estratégicamente tu plan no tiene sentido —dijo ThurrOm—. Si pensaban invadir Corrin, ya contarían con las bajas humanas. ¿Por qué iba a disuadirlos lo que propones?

Erasmo hizo que su sonrisa aumentara. Se volvió hacia Gilbertus.

—Explícales tú por qué, Mentat mío.

El hombre tragó con dificultad, como si no quisiera afrontar la realidad de aquella amenaza. Entró en una especie de trance, y en su interior, muy adentro, buscó un remanso de paz donde poder organizar su pensamiento. Un instante después, dio su respuesta.

—Provocar víctimas colaterales es distinto a ser directamente responsable de la muerte de millones de seres humanos. —Hizo una pausa—. Quizá la diferencia es demasiado sutil para una máquina, pero es importante.

—¡Lo sabía, sabía que mi extrapolación sobre la naturaleza humana era correcta! —dijo Erasmo radiante—. Primero llenamos nuestras naves de humanos inocentes y luego informamos al comandante humano al frente de la flota de que ejecutaremos a los rehenes si traspasan unos límites muy definidos. Como un puente, y estoy seguro de que no se atreverán a cruzarlo.

—Un puente de hrethgir —musitó Gilbertus—. Con un poco de suerte funcionará.

—La suerte no entra dentro de nuestras proyecciones —dijo ThurrOm.

Las dos supermentes discutieron los méritos de aquella osada estrategia, en un vertiginoso revoltijo de impulsos que volaban arriba y abajo. Finamente, llegaron a una conclusión, y Erasmo se sintió profundamente satisfecho consigo mismo.

—Aceptado. No debe haber retrasos. La flota de hrethgir ya está preparando su ataque. —Mientras aún estaban hablando, las supermentes empezaron a transmitir órdenes a sus ejércitos de mek de combate, a los controladores de las naves y a los robots centinela para que iniciaran aquel esfuerzo masivo.

Gilbertus parecía muy preocupado, pero el robot se volvió hacia él.

—Quizá esta sea la única forma de que alguno de nosotros consiga sobrevivir, Gilbertus.

Solo las máquinas, con su eficacia y su implacabilidad, podían haber salido airosas ante una misión tan faraónica.

Hicieron salir a los humanos de las cuadras de esclavos, como ganado, y los metieron en los cargueros. Una tras otra, aquellas naves aparatosas y apenas capacitadas para volar fueron elevándose a la atmósfera para situarse en una órbita baja. La mayoría de las naves de guerra seguían en sus puestos, dentro del perímetro de la red descodificadora, pero algunas descendieron a la superficie para coger inmensos cargamentos de pasajeros involuntarios.

Los cargueros y las otras naves tenían unos mínimos sistemas de soporte vital, pero no habría suficiente comida ni provisiones para mantener a aquellos millones de rehenes durante mucho tiempo. A Erasmo eso no le preocupaba particularmente. Si los comandantes humanos reaccionaban como él esperaba, la situación podía cambiar de forma drástica en cuestión de días.

Mientras el resto del planeta estaba entregado a un frenesí de actividad, Erasmo disfrutaba de la compañía de Gilbertus Albans en los tranquilos y relajantes jardines de su villa. El hombre preguntó por Serena, porque no la encontraba por ningún lado. El robot formó una sonrisa tranquilizadora en su rostro.

—Tú y yo somos los que mejor preparados estamos para solucionar esta crisis, Mentat mío. Necesito que te concentres.

Gilbertus se sonrojó y respondió con una débil sonrisa.

—Tiene razón. A veces Serena me distrae.

Había pasado un día desde la llegada de la Flota de Venganza de la Liga, y en ese intervalo, habían consolidado

sus fuerzas y se habían situado en posición de ataque. Evidentemente, estaban preparados para actuar. Erasmo esperaba que el «puente de hrethgir» estuviera listo a tiempo para disuadirlos.

A su alrededor, las fuentes producían sonidos suaves y relajantes. Las plantas estaban en flor, y los colibríes revoloteaban de flor en flor. Todo en Corrin parecía tranquilo, con la excepción de la flota que permanecía en el espacio. Erasmo apreciaba mucho aquel jardín.

—¿De verdad los mataría a todos, padre? —preguntó Gilbertus con voz tranquila—. Si el ejército de la Humanidad no hace caso de la amenaza y traspasa la barrera, ¿sería usted quien daría la orden, o lo haría Omnius?

Aunque el resultado sería el mismo en ambos casos, el robot independiente se dio cuenta de que para Gilbertus aquello era muy importante.

—Alguien tiene que hacerlo, Mentat mío. Somos máquinas pensantes, los humanos sabrán que no es un farol. No nos creen capaces de mentir. Así que, si decimos que vamos a hacerlo, debemos estar preparados para llegar hasta el final.

El rostro del hombre seguía conservando una expresión plácida.

—Nosotros no hemos buscado esta situación insostenible. Pero preferiría… que ellos fueran los responsables. No quiero que usted mate a tantos rehenes, padre. Que sea el comandante de la Liga el que apriete el gatillo, que sea él el responsable directo de la matanza si decide seguir adelante.

—Pero ¿cómo? Dime.

—Podemos volver las tornas convirtiendo sus satélites en una barrera que funcione en los dos sentidos. Podemos sintonizar las secuencias de destrucción de los cargueros con los sensores de la red descodificadora. Si el ejército de

la Humanidad traspasa la red, los sensores transmitirán la señal para iniciar las secuencias. —Gilbertus casi parecía suplicarle—. Si provocan esas muertes sabiendo de antemano que es el precio que tendrán que pagar por su ataque, le dará a su comandante una razón de más para vacilar.

Aunque no acababa de entender la diferencia, Erasmo se sintió muy complacido ante la perspicacia de Gilbertus.

—Jamás cuestionaría tu intuición. Muy bien, dejaré que programes el sistema para que sean las naves humanas las que desencadenen la matanza. No habrá una acción directa por mi parte.

El hombre pareció extrañamente aliviado.

—Gracias, padre.

99

> En la guerra, siempre hay acontecimientos que no pueden preverse en los planes militares, sorpresas que acaban convirtiéndose en los momentos decisivos de la historia.
>
> PRIMERO XAVIER HARKONNEN

Mientras se preparaba para enfrentarse a las máquinas pensantes por última vez, Vorian Atreides pensó en todas las situaciones desesperadas que había vivido a lo largo de su carrera. Durante más de cien años, sus triunfos habían sido legendarios, pero, por las tragedias grogipcias, sabía que un único error podía borrarlo todo y hundir su nombre en un montón de escoria.

Así pues, cuando llegó a Corrin con la Flota de Venganza, procedió con cautela. Las fuerzas que tenía a su cargo contaban con una potencia de fuego abrumadora, sí, pero en la guerra nunca hay garantías. Con cada nueva derrota a manos de los humanos, las máquinas pensantes aprendían cosas nuevas y desarrollaban contramedidas para evitar repetir los mismos errores. Siempre había más y más naves. La historia de la Yihad —y todas las guerras anteriores— estaba llena de ejemplos que demostraban la ingenuidad del humano, y de las decisiones creativas de los líderes militares para sorprender y superar a sus oponentes. Sin embargo, aunque las máquinas tenían acceso a vastos

archivos con todas esas informaciones, Vor dudaba que Omnius pudiera entender el proceso mediante el que los humanos tomaban sus decisiones.

Como bashar supremo y recién nombrado campeón de Serena, Vor había ideado varias posibles estrategias de ataque y, durante el trayecto a Corrin, las expuso a los capitanes de las diferentes naves de la flota.

Dado que los cimek habían descubierto la vulnerabilidad de los escudos Holtzman frente a las armas láser, algunos de sus oficiales temían que los espías de Omnius también hubieran tenido acceso a esa información. Sí, lo cierto es que Omnius podía destruir la flota entera con una sola descarga de rayos láser. Aquella idea por sí sola, bastaba para asustar a más de un capitán. Sin embargo, Vor no lo veía muy claro. Los cimek eran enemigos de Corrin desde hacía mucho y no era probable que hubieran compartido con las máquinas aquella información. Además, la supermente llevaba décadas atrapada y, de haber conocido el secreto, seguramente habría tratado de utilizar el láser contra ellos enseguida.

Si ordenaba que las naves de su ejército entraran en combate sin activar los escudos, un gran número resultaría destruido de forma inmediata. Un sacrificio innecesario de valiosas naves y guerreros. En lugar de eso, él y Abulurd decidieron organizar la ofensiva final en diferentes oleadas. Al frente de cada una iría una línea de naves con los escudos activados, mientras que los de la retaguardia no los activarían hasta que el enemigo lanzara sus proyectiles.

Había sido un viaje increíblemente largo. Y Omnius no sabía que iban hacia allí, ni que el fin de las máquinas estaba cerca.

Al llegar al sistema de Corrin, Vor se reunió con los comandantes de las naves de la flota de vigilancia. Gracias al aviso de las naves que habían enviado por delante,

habían realizado los preparativos y los ejercicios de instrucción necesarios mientras esperaban la llegada de la Flota de Venganza, que viajaba con motores convencionales, más seguros. Todo estaba a punto.

Desde el puente de mando del viejo *Serena Victory*, Vor contempló el planeta bañado en la luz sanguinolenta del gigante rojo. Después de destruir a los titanes y ganarse el apoyo del Culto a Serena, por fin tenía su oportunidad. Él sabía que la Liga jamás volvería a reunir la suficiente determinación para hacer algo así. Y por eso había que destruir a Omnius al precio que fuera. Ese día aparecerían nuevos héroes y mártires. El fin de una era larga y oscura se acercaba.

Abulurd, su segundo oficial, siempre tan meticuloso y fiable, supervisó la consolidación de todas las naves y los comandantes. Y solicitó un inventario completo de armas, personal de combate y naves. Hasta el más mínimo detalle tenía que estar perfecto.

Entretanto, desde su nave diplomática, situada en el extremo más alejado de la zona donde se estaba preparando la batalla, el virrey Faykan Butler pronunciaba discursos inspiradores. Transmitiendo por una línea de comunicación, Rayna guiaba a los soldados en sus oraciones. Estaban impacientes, pero no había necesidad de precipitarse. Omnius no podía ir a ningún sitio, aunque seguro que ya sabía lo que le esperaba.

En las proximidades del planeta, desde el interior de la mortífera red descodificadora, las máquinas estaban enzarzadas en una actividad frenética. Naves exploradoras iban y venían como abejorros enloquecidos, y las naves de guerra aterrizaban sobre el planeta y volvían a despegar unas horas después. Pusieron en órbita cantidades inmensas de naves, contenedores de chatarra y satélites gigantescos.

—¿Qué están haciendo, bashar supremo? —preguntó Abulurd—. Todo eso no es más que chatarra. ¿Pretenden llenarnos el camino de obstáculos? ¿Es una barricada?

—¿Quién entiende a esas máquinas? —gruñó uno de los oficiales tácticos del puente.

Pesadas y voluminosas estructuras que parecían contenedores de carga se situaron en órbita, un extenso y apretado montón, como una isla de… ¿de puestos de suministros? Vor meneó la cabeza.

—Creo que están actuando a la desesperada. Solo que no sé lo que significa.

La voz de Rayna seguía sonando de fondo por el puente de la nave insignia. Vor habría querido poder desconectar aquellos interminables sermones, pero entre su tripulación eran muchos los que habían quedado cautivados por aquella visionaria autoproclamada. Aquel acicate les daba la fe suicida que iban a necesitar para llevar la batalla de Corrin a su fin.

—Quiero un informe de los escáneres, Abulurd —dijo Vor —. A ver qué podemos averiguar. Esto no me gusta.

Mientras las cuadras de esclavos y los poblados humanos se vaciaban, Gilbertus Albans utilizó sus conocimientos de programación para agregar receptores a la miríada de contenedores que formarían el puente de hrethgir. Ahora, las señales que emitían de forma continua los satélites descodificadores serían como el cable de una trampa, y harían saltar las secuencias de autodestrucción instaladas en todas las naves y los contenedores de carga con escudos humanos. Si las señales de los satélites se interrumpían, la secuencia de autodestrucción se iniciaría. Así de sencillo. Sí, la misma red que tenía atrapadas a las máquinas serviría

también como aviso y, en última instancia, sería el mecanismo que haría saltar la trampa.

Gilbertus no había visto al clon de Serena desde hacía dos días, pero al menos no se había desconcentrado.

—No te preocupes —le dijo Erasmo—. Si logramos detener al ejército de la Humanidad, estaremos salvados, todos.

—Yo he cumplido con mi parte, padre.

—Y ahora yo debo cumplir con la mía, para asegurarme de que estás a salvo. —Aunque los ojos espía de Omnius revoloteaban por allí, el robot independiente había diseñado sistemas especiales de programación para distraerlos. Desde que el Omnius-Corrin lo había destruido (aunque luego «resucitó»), Erasmo no confiaba en él, y las dos copias rebeldes parecían incluso más inestables. Él necesitaba mucho más que un plan para asegurar su supervivencia y la de Gilbertus.

En el interior de su villa, Erasmo llevó a escondidas al hombre por un pasaje que los sensores no podían detectar y, por unas escaleras, bajaron hasta una estructura protegida mediante un escudo electrónico que ni SeurOm ni ThurrOm sabían que existía. En un primer momento había pensado utilizarlo para realizar experimentos que no quería que la supermente conociera… Yorek Thurr se lo había sugerido en una ocasión. Esperaba que Gilbertus estuviera seguro allí hasta que la crisis pasara.

—Quédate aquí —dijo—. Tienes provisiones para bastante tiempo. Cuando todo esté arreglado vendré para llevarte a un lugar seguro.

—¿Por qué Serena no puede estar conmigo?

—Sería peligroso trasladarla ahora. Las supermentes se darían cuenta. Te aconsejo que utilices este tiempo para tus ejercicios mentales.

Gilbertus lo miró con ojos grandes y expresivos.

—No se olvide de mí, padre.

—Eso es imposible, hijo mío. —Gilbertus lo abrazó, y el robot imitó su gesto antes de irse apresuradamente. No quería que el Omnius bipartito sospechara nada.

Ahora que Gilbertus Albans estaba a salvo, tenía otros planes. Fue en busca del investigador tlulaxa, Rekur Van.

100

Algunos hombres llevan la indecisión en su naturaleza. En la mía yo llevo determinación.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES,
transmisión a la Flota de Venganza

Antes de que Vor pudiera dar la orden de atacar, en su línea de comunicación el chisporroteo de la estática interrumpió las oraciones de Rayna Butler y las sustituyó por una suave voz mecánica.

—Nos dirigimos al nuevo grupo de invasores humanos. Es evidente que habéis venido a Corrin para destruirnos. Antes de que hagáis nada, debéis saber que vuestros actos tendrían ciertas consecuencias.

El tono era hueco pero erudito, incluso un pelín arrogante. Vor conocía aquella voz... ¡Erasmo! Apretó la mandíbula y escuchó en silencio, y con un gesto de la mano indicó al resto del personal del puente que callara. En todas las pantallas de sus escáneres aparecieron primeros planos del sistema defensivo de los robots y el frenesí de actividad que había en órbita.

—Esas imágenes no son nuestras, bashar supremo —dijo Abulurd—. Se han colado en nuestro sistema de escáneres.

—¿Siguen funcionando los satélites Holtzman? —preguntó Vor, temiendo de pronto que su principal línea de

defensa se hubiera desmoronado.

—Sí, siguen enviando impulsos descodificadores. Pero de alguna forma la señal de los robots ha penetrado en nuestros sistemas de comunicación. Estoy buscando circuitos alternativos.

—Escuchemos lo que Erasmo quiere decirnos… y luego ya podremos destruirlos —gruñó Vor.

La voz del robot habló mientras las imágenes iban cambiando.

—Vuestros sistemas de reconocimiento ya han detectado la presencia de un anillo de contenedores alrededor de Corrin. Hemos llenado todos esos cargueros y muchas de nuestras naves de guerra con rehenes humanos inocentes. Más de dos millones de esclavos sacados de nuestros campos de confinamiento y nuestras cuadras.

La imagen de pantalla se emborronó y cambió a un plano de caras, montones de caras, de gente hacinada que gemía. Las imágenes se sucedían una tras otra, en una letanía de expresiones desesperadas.

—Hemos colocado explosivos dentro de cada uno de estos cargueros. El mecanismo para desencadenar su destrucción está unido a la red descodificadora con que tenéis rodeado el planeta. Si una sola de vuestras naves atraviesa por esa barrera de sensores, los explosivos detonarán automáticamente.

Ahora Erasmo mostró su rostro de metal líquido. Estaba sonriendo.

—Nosotros consideramos a los rehenes prescindibles… ¿y vosotros?

Los rugidos de incredulidad y los insultos se extendieron por todo el *Serena Victory* y por el resto de naves de las flotas de venganza y de vigilancia. Todos miraron a Vor esperando una solución.

Él frunció los labios, pensando en todas las batallas que había librado, en los amigos que había perdido, en la sangre que manchaba sus manos. Hizo acopio de valor y habló con voz lenta y fría.

—Eso no cambia absolutamente nada. —Se volvió hacia su tripulación—. Lo único que hace es reafirmarnos en nuestra determinación de destruir definitivamente a las máquinas pensantes.

—¡Pero, bashar supremo! —barboteó Abulurd—. ¡Son más de dos millones de personas!

En lugar de contestarle, Vor se volvió hacia su oficial de comunicaciones para enviar una respuesta. Cuando Erasmo recibió su imagen, pareció gratamente sorprendido.

—Ah, Vorian Atreides… ¡nuestro viejo enemigo! No tendría que sorprenderme que seas tú quien está detrás de este juego.

Vor cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Crees que me harás vacilar utilizando cobardemente a esos escudos humanos?

—Soy un robot, Vorian Atreides. Me conoces. Tú sabes que no es ningún farol. —Y mantuvo una sonrisa enloquecedora sobre su rostro de metal líquido.

Vor pensó de nuevo en las imágenes de aquella multitud de prisioneros apretujados en las naves, sus caras apretadas contra el plaz, asustados, desesperados. Y se concentró en su objetivo, se endureció. Si no lo hacían ahora, seguramente no habría más oportunidades.

—Entonces es un precio triste pero necesario para lograr la victoria. —Se volvió y dio órdenes a Abulurd—. Prepara la flota para un ataque a gran escala. Esperad mi orden.

Sus hombres jadearon, gruñeron, y enseguida volvieron a sus puestos. Abulurd estaba paralizado, como si no se lo pudiera creer. Cierto, desde el principio habían aceptado el sacrificio de inocentes como bajas de guerra… pero así no.

Tras una pausa, Erasmo continuó hablando, con voz más alta, pero igualmente tranquila.

—Ya imaginaba que costaría convencerte. Por tanto, tengo otra sorpresa, Vorian Atreides. Mira con atención.

Después de mostrar varias imágenes más de prisioneros, en las pantallas apareció una habitación donde había una mujer sola, sentada, escoltada por dos robustos robots de combate. En la Liga de Nobles todo el mundo conocía aquel rostro, aunque después de décadas de devoción y monumentos estilizados, estaba algo idealizado. Vor la había conocido en vida, la había amado. Y ni siquiera pudo despedirse de ella antes de que viajara a Corrin para desafiar a Omnius y los términos de aquella paz.

Serena Butler.

La voz de Rayna Butler llegó por el comunicador, con tono muy chillón.

—¡Es santa Serena! ¡Igual que en mi visión!

Vor seguía mirándola. Parecía algo más joven de lo que la recordaba, pero habían pasado ocho décadas desde su muerte. La conocía muy bien, su cara, el mohín de su boca, la mirada de sus hipnóticos ojos lavanda. Había visto tantas veces aquellas últimas imágenes fatídicas, las imágenes de archivo grabadas cuando embarcó en su nave diplomática con sus serafinas y partió hacia Corrin para encontrarse con las máquinas pensantes... donde había sido torturada y asesinada.

—Es imposible —dijo obligándose a hablar con tono frío y tranquilo—. Todos vimos las imágenes de su ejecución. Yo personalmente vi sus restos, y los análisis genéticos demostraron que realmente era el cuerpo de Serena Butler. —Levantó la voz—. Todo esto es un truco.

—Pero, Vorian Atreides... ¿cuál es el truco? —E hizo aparecer otra cara conocida en pantalla, el odiado semblante de uno de los traidores tlulaxa. Rekur Van. La

cámara lo enfocaba muy de cerca y mostraba solo un primer plano de la cara del genio de la genética.

El comerciante de carne habló con voz burlona.

—Omnius no es tan necio como para deshacerse de alguien con tanto potencial como Serena Butler. El cuerpo quemado y torturado que enviaron de vuelta a la Liga era el de un clon de Serena, producido en nuestros tanques de Tlulax. Ya sabías que teníamos muestras genéticas de Serena en nuestras granjas de órganos. Fue idea del Gran Patriarca Iblis Ginjo.

—Vorian Atreides —añadió Erasmo—, créeme: Omnius no mató a Serena Butler. Las imágenes que tanto indignaron a los humanos fueron falsificadas por Iblis Ginjo.

Vor se estaba poniendo malo. Permaneció en pie, aunque de pronto sintió que las piernas le flaqueaban. Por desgracia, era más que probable que la acusación fuera cierta.

Los ojos del robot se entrecerraron, y su cara adoptó una expresión conspiradora.

—En realidad, Iblis os puso muchas trampas. ¿Sabíais que el bebé que tan orgullosamente exponéis en vuestra Liga era falso?

Vor no contestó. Sí, él sabía que el cuerpo del bebé inocente que se conservaba en la Ciudad de la Introspección no era más que un muñeco, aunque eran muy pocos los que lo habían notado.

La pantalla volvió a Serena, y uno de los guardias robots sujetó un bebé en alto y lo bamboleó amenazadoramente. Nadie que estuviera mirando podía soslayar la amenaza implícita.

—¿Y si mantuvimos al bebé de Serena en estasis? —dijo Erasmo—. Pensé que mediante una compleja intervención quirúrgica podríamos reparar el daño. Y ahora piensa en tu decisión de atacar Corrin, Vorian Atreides. Si permites que

tu flota se acerque, todos los rehenes morirán… incluidos Serena Butler y su bebé. Dudo que quieras que eso vuelva a pasar.

—No me creo lo que me estás enseñando —dijo Vor en voz baja y amenazadora.

—Es la sacerdotisa de la Yihad en carne y hueso —dijo Rekur Van.

La voz chillona de Rayna Butler llegó por los canales de comunicación.

—¡Un milagro! ¡Serena Butler ha vuelto con nosotros… y Manion el Inocente!

Por una línea de alta seguridad, Vor oyó la voz agitada y llena de pánico del virrey Faykan.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Si existe la más mínima posibilidad, debemos rescatar a Serena! ¡Campeón Atreides, contésteme!

—¡Deje libre esta frecuencia, virrey! —le espetó Vor—. Según las normas del espacio y el ejército de la Humanidad, yo estoy al mando de esta operación.

—¿Qué piensa hacer? —Faykan parecía intranquilo—. Debemos reconsiderarlo.

Vor respiró hondo y supo que, una vez más, él tendría que tomar la decisión más dura. De otro modo, no habría podido vivir consigo mismo.

—Pienso completar mi misión, virrey. Como Serena decía, hay que conseguir la victoria a cualquier precio.

Vor bloqueó la llegada de nuevos mensajes para evitar futuras interferencias. Y entonces transmitió a todas las naves y sus tripulaciones, a cada cabina de cada nave:

—No olvidéis que Erasmo fue quien mató a Manion el Inocente al tirarlo por un balcón. Él fue quien dio pie a la Yihad. Creo que toda esta historia del escudo humano es una treta, un truco pensado para disuadirnos.

Sus ojos estaban secos, miraban fijamente. Incluso el perplejo susurro que se oía a su alrededor parecía golpear con fuerza en sus oídos. Vio que Abulurd le miraba con una expresión que nunca le había visto, pero apartó la mirada. Tenía un trabajo que hacer.

101

> Hay muchas similitudes entre los hombres y las máquinas que crearon, y muchas diferencias. La lista de diferencias es relativamente pequeña... pero los aspectos que aparecen en ella son de una tremenda trascendencia. Y son la esencia de mi frustración.
>
> *Diálogos de Erasmo*, una de sus últimas entradas conocidas

Tras enviar su ultimátum a la Flota de Venganza de la Liga, Erasmo emprendió una tarea aún más difícil. Pero al menos Gilbertus estaba a salvo.

Dando un rodeo, el robot autónomo entró a toda prisa en una red de túneles situada bajo la plaza y llegó a la cámara donde habían colocado al Omnius Primero, bajo el lugar donde anteriormente estuvo la ciudadela central. Las paredes de la cámara, al igual que el mecanismo de la ciudadela en sí, estaban hechas del más exquisito metal líquido, pero el brillo de antaño había degenerado en negro. La supermente bifurcada no tenía la «vena artística» del Omnius Primero depuesto... solo sus perturbadores defectos.

El robot no sabía cuánto tiempo tenía. Suponía que Vorian Atreides y sus seguidores fanáticos y supersticiosos decidirían que los términos eran inaceptables y el ejército

de la Humanidad se retiraría sin causar mayores daños. El hecho de pensar que habían visto a la auténtica Serena Butler sería un factor decisivo.

Rekur Van se había recuperado de las heridas que sufrió cuando ThurrOm y SeurOm neutralizaron al Omnius Primero, y había seguido trabajando en los robots biológicos, como Erasmo le pidió. Esperaba poder utilizarlos para engañar a los humanos. El nuevo metal líquido permitía a los robots variar el aspecto de sus caras, pero estos innovadores biometales tenían frecuentes fallos, y a menudo los robots de prueba sufrían inquietantes derrames faciales. Algunos habían logrado imitar las expresiones y movimientos de Serena, pero un solo error lo habría echado todo a perder.

Eso significaba que tenía que confiar su plan a la figura del clon de Serena. A Gilbertus no le iba a gustar, pero era necesario. Seguramente los hrethgir tratarían de encontrar otra forma de destruir el último de los Planetas Sincronizados. Y él no confiaba en que las dos supermentes encontraran una solución flexible. Así que decidió aumentar sus posibilidades.

Mediante códigos de acceso, Erasmo logró abrir la cubierta de la antigua ciudadela central, y dentro encontró lo que buscaba: una diminuta pieza de metalglaz dentro de una bola de cristal. El Omnius-Corrin derribado había sufrido graves daños, pero quizá lograra salvar parte de sus contenidos.

Con mucho cuidado, cogió la bola de cristal. Y se arriesgó, hizo lo que hasta entonces se había negado a hacer: cargó la bola en un puerto de acceso de su torso de metal líquido, se la «tragó». Quizá podría asimilar parte de lo que quedara de la inmensa supermente. Tenía que intentarlo. Todo dependía de aquello… el futuro de las máquinas, del imperio.

Los sistemas del robot se ajustaron al tamaño y la forma del objeto que había insertado y vibraron mientras trataba de activar a la supermente. Era evidente que las versiones ThurrOm y SeurOm estaban corrompidas, y aunque Erasmo y el Omnius Primero habían tenido muchas desavenencias peligrosas, decidió volver a conectar la copia original.

La supermente tenía importantes programas de recuperación, sistemas de seguridad que probablemente la habrían conservado intacta a pesar de los graves daños. Esperaba poder hacerla reaccionar lo suficiente para que ella misma reparara el daño.

—Si esto funciona ya no tendrás excusas para seguir llamándome «mártir» —dijo en voz alta, y se dio cuenta de que estaba imitando el extraño hábito humano de la suficiencia.

Su intento no tuvo éxito.

Decepcionado, el robot inició los sistemas de recuperación de su propio procesador, pero no pasó nada. La supermente debía de estar demasiado dañada y no podía reiniciarse y transferir su contenido al complejo sistema de circuitos gelificados de Erasmo. Estaba muerta.

Pero, finalmente, consiguió provocar una leve respuesta, una chispa, un lentísimo primer movimiento en los sistemas de recuperación de datos en el interior del núcleo fundido de la supermente.

De pronto, Erasmo reparó en un ojo espía que flotaba cerca de su cabeza. Y, aunque ThurrOm y SeurOm estaban demasiado ocupados con aquel impás militar, sabía que el espía electrónico estaba conectado a ellos, tanto si le prestaban atención como si no. Según sus cálculos, no le convenía que vieran e interpretaran sus actos. Así que agarró el ojo espía con la intención de estrujarlo en su mano metálica.

Pero la voz que salió del diminuto altavoz no era la de Omnius.

—Padre, le he encontrado. —La señal llegaba débil, distorsionada, pero era evidente ¡que se trataba de Gilbertus Albans!

Tras insertar una aguja sonda de su mano en los sistemas del aparato, Erasmo utilizó su propia programación para amplificar el sonido y filtrar el ruido. El ojo espía se iluminó y apareció una proyección holográfica llena de información. En un instante, Erasmo revisó los exhaustivos registros, comprobando las diferentes imágenes, miles y miles de imágenes en las que aparecían aquellas criaturas racionales atrapadas, apretujadas, como si con la simple proximidad pudieran protegerse de las explosiones inminentes. Entonces vio algo que sacudió sus circuitos internos hasta la raíz. No. Debía de haber un error.

Vio al clon de Serena Butler. Y, junto a ella… ¡Gilbertus! Estaba transmitiendo desde uno de los contenedores trampa del puente de hrethgir.

Gilbertus tenía uno de los sensores mecánicos del contenedor.

—Está ahí, padre. He conectado este sistema a uno de los ojos espías.

—¿Qué haces ahí? Tendrías que estar en un lugar seguro. Yo me aseguré de que así fuera.

—Pero Serena está aquí. Fue fácil seguir los registros. Los centinelas estaban reuniendo a los últimos humanos que quedaban por embarcar, así que vine con ellos.

Aquello era lo peor que podía imaginar. Ni siquiera se le ocurrió plantearse que su reacción iba mucho más allá de lo normal para una máquina pensante. Había invertido tanto trabajo en Gilbertus, le había instruido, le había convertido en un humano superior… y todo para descubrir que iba a

morir junto con todos los otros. Con aquel clon inepto por el que demostraba un amor y una entrega tan absurdos.

A pesar de todo lo que Erasmo había experimentado y sabía, ya nada le importaba. Solo sabía una cosa: tenía que rescatar a su hijo.

En las pantallas de datos externas, vio que, aunque la Flota de Venganza había vacilado momentáneamente ante la amenaza, parecía que seguían avanzando.

—Gilbertus, yo te salvaré. Estate preparado.

No podía perder el tiempo con el núcleo parcialmente recuperado del Omnius Primero. Furioso, lo dejó a un lado y abandonó la cámara subterránea a toda prisa.

«Debo despertar».

Los datos empezaron a fluir, pero aún quedaba mucho por hacer antes de que la memoria de circuitos gelificados quedara totalmente restituida. Los dos Omnius no sincronizados habían infligido graves daños a sus sistemas, pero no se habían molestado en terminar el trabajo. Habían desechado sus restos cibernéticos en su ciudadela central y habían vuelto su atención a otros asuntos.

Corrin estaba a punto de caer por su culpa.

Antes de que las dos copias defectuosas lo derribaran, el Omnius Primero había desarrollado una vía de escape que permitiría salvar su núcleo de memoria. Podía codificar toda la información contenida en su interior en un pack de datos gigante. Y, puesto que no habría circuitos gelificados, y no sería más que una señal, podría pasar sin problemas por la red descodificadora. «Omnius» iría a la deriva por la galaxia hasta que encontrara un receptor, cualquier cosa que le permitiera descargarse. Que le permitiera vivir.

Las dos supermentes usurpadoras podían quedarse allí y tratar de cambiar las apuestas. Ellas serían destruidas, pero

el Omnius Primero no podía permitir que a él le pasara lo mismo. Pero antes que nada tenía que regenerar sus sistemas.

102

> Solo las máquinas pensantes ven las decisiones en términos absolutos de blanco o negro. Cualquiera que tenga un corazón alberga dudas. Es algo que va con la naturaleza humana.
>
> BASHAR ABULURD HARKONNEN,
> diarios privados

No dejaban de llegar informes de las naves de la flota de vigilancia y de las cubiertas de la nave insignia. Los soldados del ejército de la Humanidad se sentían profundamente inquietos.

Y entonces la raza humana perdería la guerra.

Vor, que estaba junto a él en el puente, totalmente concentrado en su trabajo, dijo:

—Si Omnius cree que nos vamos a echar atrás está muy equivocado. Esta táctica no hace más que demostrar una vez más lo mucho que las máquinas subestiman la determinación del humano.

Utilizando un canal de alta seguridad para comunicarse con el *Serena Victory*, el virrey habló nuevamente, con tono conciliador.

—Quizá me he precipitado, campeón Atreides. Tenía usted razón. Aunque durante la Yihad los dos luchamos lado a lado en muchas batallas, ahora soy el virrey de la Liga. Ya

no soy un militar, así que me lavo las manos en lo referente a las decisiones que haya que tomar aquí. Usted está al frente de la operación. La autoridad militar y la responsabilidad son suyas, con mi bendición.

Tras desvincularse de la inminente tragedia, el virrey ordenó a su nave diplomática que se alejara del campo de batalla en las proximidades de Corrin, y se llevó a su sobrina y el contingente de representantes a una distancia segura.

—Solo se está cubriendo las espaldas —musitó Abulurd con desprecio—. Todo lo que mi hermano hace tiene un fin político, incluso aquí.

Vorian miraba al frente con expresión pétrea. Abulurd sabía que su comandante estaba dando ejemplo a los soldados del puente, obedientes pero inquietos. Su línea de comunicación estaba conectada a todas las naves que habían acudido allí para la última batalla.

—Seguiremos adelante, a pesar de las amenazas. No pienso detenerme ahora. Malditas sean las máquinas y su carácter traicionero.

—¡Pero, señor, el coste…! —exclamó Abulurd—. Se perderán muchas vidas inocentes. Las circunstancias han cambiado; deberíamos reconsiderarlo… buscar otro camino.

—No hay otro camino. Si esperamos, el riesgo es demasiado alto.

Abulurd aspiró con fuerza. Nunca había visto a su mentor tan decidido e implacable.

—Omnius es lógico. No hará lo que dice si sabe que llevará a su exterminación.

—Su exterminación no es negociable —dijo Vor—. Ya hemos derramado tanta sangre que estoy dispuesto a perder unas gotas más para asegurar la victoria.

—¡Unas gotas!

—Es necesario. Cuando vinimos aquí esa gente ya estaba condenada.

—No estoy de acuerdo, señor. Puede que las otras víctimas de la Yihad fueran bajas necesarias, pero estas no lo son. La situación es lo bastante estable para que podamos meditar bien nuestras opciones. Deberíamos reunimos con el resto de oficiales y ver si alguno tiene…

Vor se volvió hacia el oficial.

—¿Más cháchara? ¡Llevo veinte años escuchando debates interminables e inútiles en la Liga! Oh, sí, la cosa empezará como un pequeño retraso y entonces el virrey reconsiderará su postura y nos pedirá que enviemos mensajeros a Salusa. Y todos los nobles meterán las narices. —Cerró la mano en un puño, contra el costado—. Hemos cometido demasiados errores en el pasado, Abulurd, y hemos pagado un precio muy alto por nuestra indecisión. Hoy eso va a cambiar, y para siempre.

El comandante clavó la vista en la pantalla, en el tumor canceroso de Corrin, que había que extirpar del universo.

—Todas las armas preparadas, que las naves empiecen a avanzar.

—¡Pero, bashar supremo! —Abulurd insistía—. Sabe que Omnius no miente. Si pasamos la barrera, las secuencias de destrucción se activarán automáticamente. Estará condenando a toda esa gente… incluidos Serena y su hijo.

Vor parecía distante.

—He hecho esto otras veces. Si he de convertir a un puñado de humanos en corderos para el sacrificio por la libertad futura de nuestra especie, que así sea.

—¡Un puñado! Señor, son más de dos millones…

—Y tú, piensa en los miles de millones de soldados que han muerto. Incluso Serena aceptaba que a veces los espectadores inocentes se conviertan en víctimas de la guerra. —Sus ojos grises miraron a Abulurd, y al oficial más joven le parecieron los de un extraño—. No te confundas, es Omnius quien los eliminará, no yo. Yo no he provocado esta

situación, y me niego a aceptar la responsabilidad. Ya tengo bastantes muertes sobre mi conciencia.

A Abulurd el corazón le latía con violencia, respiraba agitadamente. No le importaba que el resto de la tripulación estuviera escuchando.

—Podemos permitirnos considerar esto con calma, señor. Las máquinas llevan dos décadas atrapadas en Corrin. ¿Por qué tiene que atacar justamente ahora… sabiendo que hay más de dos millones de vidas en juego? ¿Solo porque nuestras fuerzas ya están aquí? Omnius no es más peligroso hoy que ayer, o antes de ayer.

El rostro juvenil de Vor adoptó un aire frío y duro, la única manera en que se permitió manifestar su disgusto.

—Dejé que Omnius viviera al final de la Gran Purga. Sufrimos una terrible falta de decisión, aunque nuestros yihadíes estaban dispuestos a ir hasta el final y pagar con su vida. No tendríamos que haber vacilado, y no pienso vacilar ahora.

—Pero al menos, ¿por qué no tratar de buscar una solución intermedia que permita salvar a parte de esa gente? Podemos lanzar un ataque localizado, como hicieron mi padre y mis hermanos cuando liberaron Honru. Nuestras naves están llenas de veloces kindjal y bombarderos dotados de ojivas nucleares de impulsos, y tenemos a muchos mercenarios de Ginaz con nosotros. Quizá puedan colarse los suficientes para lanzar las ojivas contra esos objetivos localizados y destruir a Omnius.

—Para hacer eso también hay que cruzar la línea descodificadora. —Su mirada se había vuelto glacial—. No quiero que se hable más, bashar. Avanzaremos y utilizaremos todas las armas que tengamos a nuestra disposición. En la historia este día se conocerá como el último para las máquinas pensantes. —Y se inclinó hacia delante en su asiento, concentrado en las pantallas tácticas.

Abulurd habría querido gritar. «¡Esto no es necesario!». Se sentía como si le estuvieran arrancando el corazón del pecho. Y aun así, habló con voz neutra.

—No puedo permitir que renuncie a su humanidad de esta forma, bashar supremo. Podemos mantener las naves aquí. Nuestra Flota de Venganza está en posición. Podemos tener a las máquinas atrapadas otros veinte años en Corrin, hasta que se nos ocurra otra cosa. Por favor, señor, ayúdeme a encontrar una alternativa.

Vorian se levantó de su asiento de mando y se volvió hacia su oficial con ira y desprecio. La tripulación del puente se sentía visiblemente inquieta ante la perspectiva de provocar todas aquellas muertes innecesarias, y las palabras de Abulurd reforzaron sus dudas.

Vor cuadró los hombros y lo miró furibundo.

—Bashar Harkonnen, he tomado una decisión y he dado la orden. Esto no es un grupo de debate. —Y, levantando la voz, gritó al resto del personal—: Activad las armas y preparaos para el asalto final.

—Vorian, si hace esto —dijo Abulurd, sin preocuparse por las consecuencias—, entonces no es mejor que su padre. Este es el tipo de actuación que esperaría del general Agamenón.

Como un globo de luz agotado, la emoción desapareció del rostro de Vor. Una máscara de rigidez cubrió sus bellas facciones, y la voz brotó de sus labios tan helada y neutra como las llanuras de Hessra.

—Bashar Harkonnen, le relego de su cargo aquí y ahora. Quedará recluido en su camarote en la nave hasta el final de la batalla.

Abulurd lo miró, perplejo, sintiendo que una profunda desdicha crecía en su interior, y sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes. No podía creerlo.

Vor le dio la espalda y habló de nuevo.

—¿Necesita una escolta armada?

—No será necesario, señor. —Abulurd abandonó el puente… junto con sus esperanzas y su carrera.

103

La vida humana no es negociable.

BASHAR ABULURD HARKONNEN,
diarios privados

Confinado en su camarote, despojado de las obligaciones de su cargo, Abulurd Harkonnen notó la aceleración del *Serena Victory* en su avance final hacia Corrin, hacia la fatídica línea formada por el puente de hrethgir de Omnius.

Por el canal de comunicación de la nave insignia, el bashar supremo pronunció un sentido discurso para preparar a sus tropas para el ataque.

—Omnius cree que puede evitar nuestra victoria poniendo escudos humanos alrededor de Corrin. Cree que poniendo un puente de hrethgir perderemos la determinación y le dejaremos seguir con sus planes venenosos. Pero se equivoca.

»La supermente ha elegido colocar a millones de humanos inocentes donde sabe a ciencia cierta que morirán. Y eso solo confirma la necesidad de destruirla, ¡al precio que haga falta! Las máquinas pensantes se regodean en su inhumanidad, nosotros nos regocijamos en nuestro sentido de la justicia. ¡Que éste sea nuestro último campo

de batalla! Seguidme a la victoria, por nuestros hijos, por el futuro de las nuevas generaciones de humanos.

Abulurd sabía que con su fuerza de voluntad, Vor haría que los soldados se concentraran en su deber hasta que hubieran completado la misión. No habría vuelta atrás. El impulso los haría avanzar hacia aquel terrible fin. Y no tendrían ocasión de pararse a pensar en lo que estaban haciendo hasta que fuera demasiado tarde. Eso es lo que Vor quería.

Pero Abulurd, encerrado en su camarote, no tenía otra cosa que hacer que pensar en las consecuencias. Maldita sea, todas aquellas muertes no eran necesarias. ¡No eran necesarias! Vor había etiquetado aquella misión de emergencia y había impuesto un límite temporal, y no había querido replantearse la situación… simplemente, porque no le daba la gana.

Faykan se había retirado para que él y sus nobles pudieran mirar sin mancharse las manos. Y Vor aceptaría obedientemente toda la responsabilidad por la matanza. Pero Abulurd Harkonnen no.

Miró la insignia de su uniforme. Se sintió tan orgulloso cuando Vor le colocó su insignia de bashar… Todas sus esperanzas y su admiración estaban puestas en él. En la nobleza y el honor de su mentor.

Ahora esa relación se había hecho añicos, y ¿por qué? No había necesidad de que toda aquella gente muriera. Desde los inicios de la Yihad, Vorian Atreides se había labrado una reputación por sus soluciones innovadoras. Había engañado a las máquinas pensantes con una falsa flota en Poritrin, y con un dañino virus informático que su «amigo» Seurat propagó sin saberlo. En cambio, ahora el bashar supremo se veía un halcón, se había vuelto impaciente y vengativo, y dirigiría a sus tropas a una batalla que sobraba.

Sintiendo casi físicamente una profunda punzada, Abulurd se quitó su insignia y la dejó en su buró. Luego se miró en el espejo: un hombre sin rango. Un hombre con conciencia. Se avergonzaba de formar parte de aquella campaña militar.

Pero quizá podría salvar la situación antes de que fuera demasiado tarde, obligar a Vor a detenerse y reconsiderar lo que estaba haciendo. Él sabía que por dentro el bashar supremo seguía siendo grande. Tenía que retrasar aquella acción disparatada como fuera.

Abulurd abandonó su camarote, desobedeciendo deliberadamente las órdenes. Aquello no era más que el principio.

Avanzó por los pasillos, tan decidido seguramente como el mismo Vorian. Abulurd no había participado en la Gran Purga que mató a tantos miles de millones de humanos esclavizados hacía veinte años. Él se había quedado en Salusa Secundus para supervisar la evacuación y la defensa de la capital de la Liga. Vorian Atreides lo había considerado un gesto, una forma de protegerlo del horror, del sentimiento de culpa y el derramamiento de sangre.

Ahora Abulurd le devolvería el favor. Por hacer lo correcto y salvar al bashar supremo de aquella terrible decisión estaba dispuesto a sacrificar su carrera. Y seguro que Vor acabaría por comprender que había hecho lo correcto.

Corrió a la cubierta de control de armas. Desde el centro principal interconectado de mando, tendría acceso a los dispositivos de lanzamiento de toda la flota. Todos los sistemas se coordinaban desde allí, aunque cada nave tenía la opción de disparar de forma independiente si el *Serena Victory* lo autorizaba.

Cuando la flota partió, Rayna Butler y sus fanáticos de la antitecnología habían manifestado su desagrado al ver que el ejército de la Humanidad confiaba su seguridad a aquel

avanzado sistema de mando y control. Así que, entre las concesiones que el virrey Butler hizo a su poderosa sobrina, estaba la promesa de incapacitar de forma permanente esos sistemas cuando las máquinas pensantes desaparecieran del mapa. Entretanto, se introdujeron algunas modificaciones para que siempre fuera un humano quien iniciara las secuencias y dirigiera los bombardeos desde la nave insignia. Los sistemas no debían estar totalmente automatizados.

Al inicio de la misión, cuando partieron de Salusa Secundus, Vorian Atreides confiaba en él plenamente. Y, siempre tan realista, preparado ante la posibilidad de que algo le sucediera, le había dado la llave maestra y la secuencia de códigos para acceder a todo el sistema defensivo de la flota. Había sido como un anticipo de su promesa de ayudarle a restituir el honor de Xavier Harkonnen.

Y, aunque la llave maestra le permitía a Abulurd activar todo el sistema defensivo de la flota, podía servirle también para algo muy distinto.

Un nutrido grupo de técnicos de defensa estaban ocupados ante las consolas, preparándose para la batalla inminente contra las máquinas. La ballesta insignia y las otras naves seguían cerrando el cerco, acercándose a la línea que provocaría la muerte absurda de millones de seres humanos en el puente. El bashar supremo, que estaba demasiado embebido en sus planes y no quería dañar la moral de los soldados, aún no había anunciado al resto de la tripulación el castigo de Abulurd.

Así pues, y ante la inminencia del combate, cuando entró en la cubierta de control de armas, a ninguno de los oficiales se le ocurrió cuestionar su presencia allí ni preguntar por qué no llevaba puesta su insignia.

Abulurd respondió a los saludos formales de los soldados y fue directamente a la consola principal. En unos minutos, el comandante de la flota daría la orden de abrir fuego.

En cuanto introdujo el código de acceso de la llave, Abulurd tuvo vía libre a los controles de todo el armamento. Por un momento se quedó mirando la pantalla, asustado, impresionado por el paso tan importante que estaba a punto de dar. Antes de que pudiera cambiar de opinión, volvió a utilizar la llave para cambiar el código de acceso e introdujo una secuencia que solo él conocería.

Cuando se acercara a la zona de combate, Vor descubriría que ya no tenía el control sobre las armas. No podría disparar. Y sin armas, no le quedaría más remedio que retroceder y reconsiderar su postura. Tendría tiempo para respirar hondo y buscar otra salida.

Diciendo una oración por lo bajo, Abulurd se retiró. No tardarían en descubrir lo que había hecho.

El ejército de la Humanidad seguía avanzando hacia aquella dramática confrontación sin saber que afortunadamente les había dejado paralizados.

104

La guerra es una combinación de arte, psicología y ciencia. Un buen comandante ha de saber cómo aplicar cada uno de estos componentes y cuándo.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES

«Soy un halcón. Ese es mi símbolo».

El sol gigante y coagulado asomaba por detrás de Corrin, tiñendo de un rojo sangre el casco de las naves más próximas con su luz. En el perímetro interior de la red de satélites descodificadores Omnius había colocado un apretado círculo de naves defensivas y contenedores cargados de humanos inocentes. Las primeras filas de naves humanas, con sus escudos, toparían con el obstáculo y al diablo con las consecuencias.

Más allá de esta barrera, las nubes cubrían buena parte del planeta. Vor vio el resplandor de un relámpago, luego otro, pero las tormentas más fuertes se iban a desencadenar en el espacio.

Delante de ellos, la red de satélites formaba una línea que amenazaba las vidas de más de dos millones de rehenes. Incluyendo a Serena Butler. «No tengo alternativa. Si esa mujer realmente es Serena y sigue viva después de todos estos años, entonces lo entenderá…, de hecho, seguro que exigiría que lo hiciera».

Y, si no era Serena, entonces, ¿qué importaba? Ya había tomado su decisión.

Así pues, la flota avanzaba, cada vez más deprisa, cerrando el cerco. Los soldados estaban inquietos. Algunos rezaban para que las máquinas se echaran atrás en el último minuto. Pero Vor sabía que eso no pasaría. Ya habían muerto miles y miles de millones de esclavos humanos durante la purga nuclear de los Planetas Sincronizados. Lo que iban a hacer ese día era lamentable, pero no era peor que lo que habían hecho otras veces. Y por fin acabarían con las máquinas pensantes.

Su determinación no flaqueó ni siquiera cuando se enteró de la existencia del «puente» de escudos humanos. El solo hecho de que las máquinas hicieran algo así ya indicaba que estaban desesperadas. «El precio de la victoria es alto… pero aceptable».

Sin embargo, la resistencia de Abulurd le había decepcionado profundamente. Él justamente sabía mejor que nadie lo importante que era aquella ofensiva… para Vor y para toda la humanidad. Tendría que haberle ayudado en lugar de interferir en sus órdenes, las órdenes de un oficial superior, de un amigo.

Vor sentía un nudo en la boca del estómago. Xavier jamás habría vacilado en una situación como aquella. Él habría tomado la decisión adecuada.

Desde su posición segura en la nave diplomática, Rayna transmitía sus oraciones, visiblemente dividida entre su odio por las máquinas pensantes y el deseo de salvar a Serena Butler y su niño mártir, que habían reaparecido milagrosamente. Vor se preguntó si la líder de los cultistas sería siquiera consciente de la paradoja. Si realmente creía que el espíritu de santa Serena se le había aparecido en su visión, ¿cómo podía creer que la verdadera Serena seguía con vida? No tenía sentido.

La Flota de Venganza entró por fin en el radio de acción de los satélites descodificadores.

—Preparados para atacar. Todos los oficiales de armas, a sus puestos. Activad los sistemas y preparaos para disparar a mi señal. Atacaremos como una espada llameante que cae de los cielos.

Tragó, aunque se sentía la garganta seca. Si se había equivocado y Omnius sí conocía el secreto de la interacción entre el láser y los escudos Holtzman, en unos segundos la primera línea de naves se desintegraría en una explosión seudoatómica.

—Cuando estemos más cerca, seleccionad los objetivos —dijo.

—Señor, ¿y si hay rehenes en las naves de guerra del enemigo?

Vor se volvió, y vio que el oficial de artillería se sobresaltaba ante su reacción.

—¿Y si no los hay? No se preocupe por eso. Usted haga su trabajo, bator. —Su voz sonaba hueca. Cuando el puente de hrethgir estallara, ya no habría nada que pudiera contener las ansias de venganza del ejército de la Humanidad. En cierto modo, tenía ganas de que pasara de una vez, para que la flota pudiera concentrarse en la tarea que tenía por delante.

Listo ya para abrir fuego, Vor acercó un poco más los dedos al panel táctil que iniciaría la secuencia de lanzamiento. Quería hacer a las máquinas el mismo daño que ellos habían hecho a la humanidad durante generaciones.

Finalmente, el oficial que se ocupaba del escáner de la nave insignia informó.

—Están dentro de nuestro radio de alcance, bashar supremo.

—Iniciad el bombardeo. Les vamos a dar lo que merecen.

Impaciente por lanzar personalmente el primer disparo, Vor tocó el panel táctil, pero no pasó nada. Volvió a tocarlo. Nada.

—¡Maldita sea!

Por todo el puente de mando, otros oficiales musitaban confusos, gritaban. Por las líneas de comunicación todos hablaban.

—Señor, las armas están inactivadas en toda la flota. No podemos lanzar ni un solo disparo.

Sus oficiales corrieron a buscar respuestas, ocupando las líneas de comunicación que conectaban la nave insignia con las otras naves, preguntando a unos y a otros. Cuando la respuesta llegó, a Vor le cayó como un jarro de agua fría.

—Les habla Abulurd Harkonnen. —La voz resonó por los altavoces—. Con intención de evitar la muerte innecesaria de millones de personas, he inhabilitado los controles de todas las baterías de armas de la flota. Bashar supremo Atreides, debemos encontrar una solución mejor. Ahora no le queda más remedio que echarse atrás.

—¡Traedlo aquí enseguida! —ordenó Vor. Los agentes de seguridad salieron a toda prisa en su busca. Vor se volvió en su asiento—. ¡Y haced algo para que esas armas vuelvan a ser operativas!

—Sin la secuencia de acceso no podemos hacer nada… y el bashar Harkonnen la ha cambiado.

—Ahora ya sabemos por qué adoptó el nombre de Harkonnen —dijo con tono de desprecio uno de los oficiales de artillería—. Tiene miedo de luchar contra las máquinas.

—Basta. —Vor tuvo que contenerse para no decir más. Se tambaleaba. No entendía que su protegido le hubiera hecho algo así, que arriesgara las vidas de todos ellos interfiriendo justo en el momento más crítico—. Eludid los sistemas que podáis, si es necesario preparad secuencias de lanzamiento manuales. Si no, puede que nos veamos obligados a abrir

las escotillas de carga y arrojarle piedras a nuestro enemigo.

—Tardará unos minutos, bashar supremo.

—Señor, ¿seguimos avanzando? —preguntó el técnico de navegación—. Casi hemos alcanzado el puente.

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza, y la sensación de que Abulurd le había traicionado lo abrumaba.

—Si nos detenemos ahora, las máquinas sabrán que pasa algo.

—¡No debemos vacilar! —exclamó uno de los cultistas de la tripulación—. Las máquinas demoníacas pensarán que vacilamos en nuestro propósito sagrado.

Vor sabía que Omnius no lo vería en absoluto de ese modo.

—Es más probable que sospechen que tenemos problemas técnicos. —Habló con voz dura, inflexible—. ¡Adelante! Lo haremos, aunque sea a las malas. —Solo tenía unos minutos para obligar a Abulurd a volver a activar los sistemas. Quizá aún estaban a tiempo.

No les costó encontrar a Abulurd, y no se resistió. De hecho, parecía orgulloso cuando los guardas lo llevaron de vuelta al puente de mando. No llevaba armas, y la expresión de su cara a Vor le llegó al alma. No lucía su insignia.

Vor se acercó a él, con los ojos llenos de ira.

—¿Qué has hecho? Por Dios y Serena, dime qué has hecho.

El otro hombre lo miró como si esperara su comprensión.

—He evitado que cometa un grave error. Y he salvado millones de vidas.

Vor lo agarró por la chaqueta del uniforme.

—¡Eres un idiota! Si no acabamos con esto hoy y aquí, es posible que nos hayas condenado a todos, que hayas abierto la puerta a otros mil años de dominación de las máquinas.

El oficial de artillería hizo una mueca de desprecio.

—Otro cobarde, como su abuelo.

—No, no como Xavier. —Vor miró a Abulurd, y la profunda decepción que sentía se llevó el recuerdo de todos los buenos momentos que habían compartido—. Este hombre ha creado su propio universo de cobardía, bator. No tiene comparación posible.

Abulurd permanecía inmóvil, mientras Vor le sujetaba, pero siguió suplicando.

—No tiene por qué hacerse así. Si tan solo…

La voz de Vor sonó fría como el hielo.

—Bashar Harkonnen, le ordeno que me dé los nuevos códigos. No tenemos mucho tiempo.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Es la única forma de obligarle a buscar otra solución al problema. Tendrá que echarse atrás.

—¡Estás poniendo en peligro las vidas de toda la flota!

El hombre ni siquiera parecía intimidado.

—Es usted quien pone vidas en peligro, Vorian, no yo.

—Ni se te ocurra volver a llamarme por mi nombre. Apelas a una amistad que ya no existe. —Enojado, Vor lo empujó y Abulurd dio un traspié pero mantuvo el equilibrio. Vor sabía que no podía pasar a las amenazas, ni a las torturas. Con él no—. Has traicionado el futuro de la humanidad.

Asustado, el oficial de navegación exclamó con voz tensa:

—Ya estamos ante la barrera de satélites, bashar supremo. ¿Reducimos la velocidad?

—¡No! Seguiremos adelante con la ofensiva, no importa…

Abulurd jadeó.

—¡No puede hacer eso! Tiene que detener las naves, reagruparlas. Tratar de negociar con Omnius. Sus naves no

tienen armas…

—Las máquinas no lo saben. Y, a diferencia de Erasmo, yo sí puedo marcarme un farol. —Vor sentía una calma absoluta. Despojada de sus armas de largo alcance, la flota avanzó sobre las fuerzas mecánicas. Había puesto demasiado en aquel enfrentamiento para arriesgarse al fracaso—. Además, mientras tenga mi imaginación, no estaré sin armas.

Dándole la espalda a Abulurd, que se había puesto muy blanco, Vor dijo:

—Lleváoslo fuera de mi vista, y que esté bajo vigilancia constante. —Tres guardias de aspecto furioso lo rodearon, como si buscaran una excusa para apalear al traidor—. Después ya pensaré qué hago con él… si sobrevivimos.

105

La historia de la guerra está hecha de momentos y decisiones... que podrían haberse solucionado en un sentido o en el otro.

Diálogos de Erasmo,
entradas finales en Corrin

Aunque repasó los recuerdos de toda su existencia, Erasmo no pudo encontrar ningún otro momento en que hubiera estado tan preocupado. Tan próximo al… ¿al pánico y la desesperación? Tenía que actuar con rapidez si quería evitar el desastre… y salvar a Gilbertus.

«Interesante —pensó, con tantísima lucidez que casi se le fue de la cabeza la situación—. Quizá ahora entenderé mejor por qué Serena parecía tan frenética por defender a su bebé».

Como robot independiente y asesor de las encarnaciones de Omnius, Erasmo tenía acceso a todos los sistemas de Corrin. En una cámara acorazada subterránea, debajo de la capital, entró en una sala ocupada por una parrilla holográfica. La imagen mostraba un modelo a escala de las defensas alrededor del planeta, incluyendo las naves robóticas fuertemente armadas, y los numerosos cargueros y cámaras de carga que formaban el puente de hrethgir… incluyendo el carguero donde estaban Gilbertus y el clon de

Serena. También veía la Flota de Venganza, cada vez más cerca de la parrilla. La imagen cambiaba continuamente, conforme las naves variaban sus posiciones y se aproximaban a la barrera de satélites que activarían los explosivos y matarían a los escudos humanos.

La mente de circuitos gelificados del robot estableció un interfaz con la red de mando. Y analizó rápidamente la programación que su brillante pupilo humano había preparado.

La aceleración de las naves de la Liga iba en aumento. Sus intenciones estaban muy claras. Se acercaban al fatídico límite, pero no vacilaron. Ya nada les haría volver atrás. Vorian Atreides, hijo del titán Agamenón, sacrificaría a los rehenes. No se detendría.

Y Gilbertus moriría en cuanto las naves atravesaran la línea.

Fuera del espacio ocupado por la proyección holográfica, la sala estaba llena de nódulos de acceso interconectados y ayudantes robots que realizaban diversas y complicadas tareas para las dos supermentes. Erasmo no les hizo caso, y aceleró sus procesos mentales.

En ninguna de sus proyecciones de probabilidades había previsto que los acontecimientos pudieran desarrollarse de aquella forma. De haber sido humano, sin duda la acción que estaba a punto de emprender se habría considerado suicida, y traicionera. Estaba anulando la última defensa de las máquinas, su única posibilidad de mantener a los humanos a raya… aunque tampoco parecía haber servido.

Pero aquella era la única forma de salvar a Gilbertus. Si aquel humano moría, dudaba incluso de la necesidad de seguir con su propia existencia.

Dos segundos.

El robot estudió el holograma, vio más y más naves enemigas acercándose al radio de detección del sistema. En

aquella cámara, él solo veía puntos brillantes. Pero allí fuera, en el espacio, las naves eran reales, y podrían destruir Corrin en otro ataque atómico en cuanto atravesaran el puente y mataran a los rehenes.

«¡Y dice que nosotros somos inhumanos!».

Sin dudar más, Erasmo accedió al sistema defensivo. Luces de color ámbar bailaban ante sus fibras ópticas. Desactivó la conexión entre la red de satélites y los explosivos.

Y siguió mirando mientras los puntos brillantes del enemigo pasaron por la barrera inutilizada, sin nada que pudiera detenerlos.

106

No temo a la muerte. Tan solo temo al fracaso.

SERENA BUTLER, sacerdotisa de la Yihad

Vor tenía un plan, o al menos el esbozo de un plan. Entrelazó sus dedos, mientras su mente pensaba y pensaba. Calculó los recursos con los que podía contar.

Sí, Abulurd podía haber inhabilitado los sistemas defensivos de las jabalinas y las ballestas, pero las cubiertas de lanzamiento seguían estando llenas de bombarderos kindjal, cargados todos ellos de bombas atómicas de impulsos. En un principio, la idea era utilizar las armas de las naves para romper el cerco de naves robóticas y luego descargar el armamento nuclear sobre Corrin. Y ahora, gracias a la traición del bashar, tendría que utilizar parte de ese armamento nuclear contra la barrera. Esperaba que les quedaran suficientes ojivas nucleares para completar la misión y poder destruir a Omnius con algunos impactos precisos lanzados por mercenarios de Ginaz.

Además, supuso que, incluso sin sus sistemas de ataque, con los escudos activados las naves serían unos arietes perfectos. Lo único que tenía que hacer era conseguir que pasaran suficientes naves por la barrera robótica.

En su mente, Vor ya había decidido pagar el precio de las vidas de los rehenes del puente de hrethgir.

Mientras la tripulación contenía la respiración colectivamente, el *Serena Victory* llegó a la barrera. Vor no apartaba los ojos de la pantalla, porque el sentimiento de culpa y la determinación le obligaban a contemplar los últimos momentos de los millones de rehenes a los que había condenado a morir. Atravesaron la línea.

Pero no hubo detonación, ningún destello de luz, no hubo dos millones de muertos.

El puente de hrethgir seguía intacto.

Vor no se lo podía creer.

—¡Después de todo ese maldito robot no hablaba en serio!

—¡Los rehenes están a salvo! —exclamó su oficial de navegación.

—¡Santa Serena ha hecho otro milagro! —Era la voz de Rayna Butler, que llegó por el comunicador—. Ella nos guiará a la victoria sobre las máquinas diabólicas. ¡Campeón Atreides, adelante, destruyamos a Omnius!

Vor gruñó.

—¡Desconectad eso! Soy yo quien da las órdenes en esta misión.

Gracias a la traición de Abulurd, seguían sin tener ningún arma operativa. Para Vor no había nada peor que una traición… sobre todo viniendo de alguien tan querido, de un joven al que había tomado bajo su protección. Habría preferido que le clavara un puñal en el corazón.

«Jamás, jamás volveré a verlo como un hijo, ni siquiera como un amigo».

Y se juró a sí mismo que conseguirían la victoria a pesar de lo que Abulurd había hecho.

—No debemos desaprovechar la oportunidad. —En la pantalla del escáner aparecía un listado con las

especificaciones técnicas y defensivas de las naves mecánicas más cercanas, incluyendo los datos sobre su operatividad. Vor las estudió y luego se dio la vuelta.

—¡Traedme al bashar Harkonnen! Ahora la amenaza sobre el puente de hrethgir es discutible… ni siquiera él podría negarse a reactivar los códigos de lanzamiento de las armas.

Pasaron unos segundos y Vor habló al comunicador levantando la voz.

—¡Dónde está Abulurd! Necesito…

—Lo siento, bashar supremo, pero el cobarde está… en la enfermería. —La voz del guardia tenía un cierto tono de disculpa—. Cuando lo llevábamos a su camarote se… se resistió un poco. No es probable que recupere la conciencia en breve.

Vor renegó. Tenía que haberlo imaginado. Se volvió hacia su oficial táctico.

—Pasadme cualquier batería de armas de a bordo que podáis… misiles, artillería. Sobre todo minas descodificadoras.

Las naves seguían pasando por la red de satélites. Iban directas a una escaramuza espacial con las naves acorraladas de Omnius.

Vor empezó a recibir informes de la flota: habían logrado recuperar algunos de los sistemas de armamento, aunque sin la exactitud de los complejos algoritmos para apuntar a los objetivos. Abulurd los había inhabilitado. Los oficiales de artillería y los voluntarios cultistas desconectaron y volvieron a montar algunos lanzamisiles para poder apuntar y dispararlos manualmente.

La primera línea de naves robóticas avanzaba hacia ellos. Vor estudió los parámetros defensivos del enemigo y vio que había más naves de refuerzo que se dirigían a una órbita más alta para unirse a la refriega. Pero, por el

momento, incluso con sus limitados sistemas de ataque, la Flota de Venganza superaba a aquella primera línea de naves mecánicas. Y tenían los escudos.

—Podemos destruirlos preventivamente, bashar supremo —dijo su nuevo segundo oficial—. Si logramos apuntar bien.

—Hagámoslo. —Vor contempló la barrera impenetrable y gritó por el comunicador—: Al Culto a Serena, a los yihadíes, a los mercenarios, a todos los que lucháis a mi lado en esta gran batalla, quiero recordaros el motivo de esta guerra santa. Queremos vengar las muertes de nuestra amada Serena, de Manion el Inocente y de miles de millones de mártires. Queremos detener al enemigo. ¡Que las máquinas pensantes no puedan volver a pensar!

Curiosamente, una de las primeras naves enemigas que se acercó a la nave insignia no era una unidad de combate, sino una vieja nave de actualización. En lugar de abrir fuego, la nave les envió señales.

—Bueno, Vorian Atreides. Esto es más complicado que los juegos de estrategia que solíamos practicar. —En la pantalla del comunicador, el rostro cobrizo de Seurat lo miraba, fijo e inexpresivo, como siempre—. ¿Vas a destruirme? Yo sería tu primera baja en este ataque.

—¡Vieja Mentemetálica! Ni siquiera sabía que siguieras…

La imagen dolorosamente conocida de Seurat ocupaba toda la pantalla; Vor casi esperaba que el robot tratara inútilmente de hacer algún chiste, que le recordara todas las veces que le había salvado la vida.

—No siempre hemos estado en bandos opuestos en este conflicto, Vorian Atreides. Tengo un chiste nuevo sobre ti: ¿cuántas veces puede cambiar de opinión un humano?

Vor se había mentalizado de la necesidad de sacrificar a más de dos millones de escudos humanos, pero irónicamente vaciló al ver al robot, su antiguo compañero. De todos los familiares y amigos que había perdido en su

larga vida —Serena, Xavier, Leronica, incluso Agamenón—, solo quedaba Seurat.

—¿Qué haces, Seurat? Ríndete.

—¿Ni siquiera vas a tratar de contestar?

Vor cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo puedes estar seguro de que realmente cambié de opinión y no te oculté siempre mis verdaderos sentimientos?

La nave de actualización seguía acercándose.

—¿Por qué no me dejas subir a bordo? Podríamos hablar de los viejos tiempos. ¿No te parezco un emisario aceptable para buscar una solución a todo esto?

Vor se quedó inmóvil, debatiéndose con su impulso inicial. ¿No era eso exactamente lo que quería Abulurd? Evidentemente, Vor no podía negociar con las máquinas pensantes. Pero Seurat…

—Señor —le dijo su segundo oficial en voz baja—, nuestras armas aún no están a su máxima capacidad. Quizá podríamos reducir la velocidad.

—Vieja Mentemetálica, ¿es un truco todo esto?

—Tú me enseñaste a hacer trucos, Vorian Atreides. ¿Tú qué crees?

Vor se puso a andar arriba y abajo por el puente. La nave de Seurat seguía avanzando. Si con aquello ganaban tiempo para activar un mayor número de armas, ¿no valía la pena arriesgarse?

—Desactivad escudos —dijo—. Seurat, puedes venir. Pero será mejor que me ofrezcas una rendición incondicional de Omnius.

El rostro cobrizo de Seurat no se inmutó.

—Un buen chiste, Vorian Atreides. —La nave del robot aceleró.

—¡Bashar supremo, sus puertos de armas están encendidos!

Sin previo aviso, la nave de Seurat abrió fuego y sus disparos impactaron contra el casco de la ballesta y destrozaron parte de las baterías defensivas que habían logrado reactivar parcialmente. Sin los escudos, los impactos atravesaron el casco del *Serena Victory* en dos puntos. La atmósfera se escapaba como los gases de escape de un cohete, y la ballesta empezó a ladearse peligrosamente. El puente de mando se sacudió, las alarmas empezaron a sonar. Y la primera línea de naves robóticas atacó.

—¡Activad escudos!

En medio del caos, el capitán robot transmitió una risa simulada.

—Esto me recuerda una frase que tú me enseñaste, Vorian Atreides: te he pillado con los pantalones bajados. Tantos años viviendo entre los hrethgir te han hecho volverte blando y lento.

—¡Abrid fuego! —Vor se atragantó, y se maldijo por su lentitud y su falta de decisión. «Me da igual que sea Seurat…»—. Debemos recuperar el control.

Y cerró los ojos, mientras varias de las baterías activadas manualmente disparaban. La nave giró, para que los soldados pudieran apuntar mejor al objetivo. La oleada de proyectiles no tardó en acabar con la nave de actualización.

No había tiempo para dudas ni llantos. Furioso consigo mismo por aquel sentimentalismo estúpido e inapropiado, Vor se preparó para seguir con el baño de sangre. La segunda línea de naves robóticas ya estaba en su radio de acción.

107

En el transcurso de muchos años, mediante un entrenamiento intensivo, he enseñado a Gilbertus Albans a organizar su mente, a preparar sus pensamientos de una manera tan sistemática que sus capacidades se asemejan bastante a las de una máquina pensante. Por desgracia, no he sido capaz de enseñarle a tomar las decisiones correctas.

Diálogos de Erasmo

Fuera, en la plaza situada sobre la bóveda blindada que protegía sus esferas primarias, las supermentes gemelas parpadeaban llenas de agitación sobre sus pedestales. Miles de datos e informes llegaban de la línea de batalla, con información actualizada y avisos.

La Flota de Venganza humana se había desplegado y estaba atacando el último de los Planetas Sincronizados en diferentes oleadas, y desde todos los lados. En el último momento, el comandante humano no había vacilado en cruzar la barrera mortífera y condenar a todos los humanos inocentes que había en el puente de hrethgir.

Y sin embargo, el puente no había estallado.

SeurOm y ThurrOm no lo entendían.

El dúo de supermentes enviaban instrucciones y más instrucciones a las naves robóticas, dirigiendo cada una de ellas individualmente con miles de planes, muchas veces

contradictorios. Como consecuencia, las defensas robóticas en órbita respondían con un caos impredecible.

Erasmo estaba muy satisfecho. Necesitaba actuar sin la interferencia de las supermentes.

Su conexión inestable con Gilbertus quedó interrumpida cuando las numerosas explosiones y subidas de energía del campo de batalla alteraron los defectuosos sistemas de los contenedores de carga que habían puesto en órbita. Erasmo sujetó el ojo espía inerte en su mano y lo arrojó contra el suelo. ¿Ira?

El robot autónomo accedió a un grupo de controles que conectaban con algunas de las naves defensivas más pequeñas y que aún no habían sido llamadas a la línea del frente. Desde la superficie del planeta, se apropió de una de ellas.

La conexión directa con los subsistemas de la nave le permitía dirigirla, pero tenía que llevarla a la posición que él quería y dar órdenes a los mek que había a bordo sin que ninguno de los Omnius lo notara. La tarea ya iba a ser bastante complicada sin necesidad de que aquellos dos se entrometieran.

Localizó el importantísimo contenedor y guio a la pequeña nave robótica hasta él. Gilbertus estaba allí dentro. La nave atracó.

Aunque nadie le estaba mirando, Erasmo puso una sonrisa en su cara. Se había convertido en un hábito para él.

El hedor era terrible, el aire casi resultaba irrespirable, el oxígeno se agotaba. El suelo de metal y las planchas de la estructura parecían absorber el poco calor que pudiera haber allí, y sin embargo, aquella multitud de cuerpos apretujados y sin asear generaba un calor sofocante.

Gilbertus estaba sentado junto al clon de Serena, sujetando su mano. Ella se apretaba contra su pecho musculoso. El hombre había ido allí por voluntad propia. Quizá no era la decisión más lógica, teniendo en cuenta las circunstancias, pero se atendría a las consecuencias. La táctica de los escudos humanos podía funcionar… o no.

En su corazón a Gilbertus le dolía que Erasmo le hubiera engañado y hubiera permitido que se llevaran a Serena con los otros rehenes. Cuando el resto de su plan quedó claro, cuando enviaron las imágenes de Serena a las naves humanas, Gilbertus lo entendió… su cabeza lo entendió. Era lógico, de hecho, la adición de aquel rehén en particular podía resultar decisiva.

—Ojalá no tuvieras que ser tú —le susurró al clon.

Los otros rehenes de a bordo musitaban, se movían inquietos, se quejaban. Nadie sabía lo que estaba pasando. Algunos comentaban entre susurros que los humanos libres habían ido a salvarlos; otros temían que se tratara de algún nuevo y terrorífico experimento de Erasmo sobre psicología colectiva. Gilbertus había tratado de explicar la situación a dos hombres que estaban acurrucados junto a ellos, pero no dieron a su análisis mayor crédito que a las docenas de historias que circulaban.

Rekur Van también estaba en aquel carguero, encajado en su conector de soporte. Por lo visto SeurOm y ThurrOm habían cumplido a rajatabla la idea de poner a sus cautivos humanos en la línea de fuego. El tlulaxa sin extremidades se retorcía, se quejaba y vociferaba tanto que Gilbertus se había llevado a Serena a una sección diferente del carguero. Y juntos estaban esperando el final.

Gilbertus estaba seguro de que la crisis ya tenía que haberse resuelto en un sentido o en otro. Una buena señal: casi con total seguridad, el comandante de las fuerzas de la

Liga había dado marcha atrás. De otro modo, él y los otros rehenes ya habrían muerto.

Pero entonces, ¿qué eran los combates que veía por las diminutas pantallas? ¿Qué eran tantas explosiones, y aquel despliegue de naves que volaban en todas direcciones? No reconocía algunos de los emblemas más grandes… ¿eran naves humanas? Pero estaban del otro lado de la línea descodificadora, y el puente de hrethgir tendría que haber saltado por los aires.

Gilbertus dio la espalda a las ventanillas. Al menos estaba con Serena.

—Ya no falta mucho —le dijo con tono tranquilizador—. Tendrán que resolver esto pronto. —También sabía que en los contenedores del puente no había comida, agua ni aire suficiente para mantener a los millones de rehenes de a bordo más que unos pocos días… y solo la cuestión logística de volver a descargar a toda aquella gente en la superficie ya ocuparía ese tiempo.

Notaron unas vibraciones, porque una nave se había colocado en paralelo con el contenedor y se acopló. La maniobra le pareció algo torpe, como si la estuviera dirigiendo una mano inexperta. En su mente Gilbertus barajó las diferentes posibilidades y se preguntó si los humanos habrían llegado al rescate. Aunque no era eso lo que él quería.

Cuando la tosca escotilla se abrió, varios voluminosos robots de combate entraron. Sus pasos pesados hacían que las vibraciones llegaran a las diferentes salas y compartimientos del contenedor de carga. A su paso, los rehenes se encogían y se apartaban, tratando de pasar inadvertidos. Pero los robots avanzaban con decisión.

Gilbertus se puso en pie. Ahora lo entendía. Le había dado a Erasmo la suficiente información antes de que el enlace con el ojo espía fallara.

Los robots se detuvieron ante él, como guardias que vienen a buscar a un preso para su ejecución.

—Venís a salvarme —dijo.

—Erasmo lo ordena.

La gente que estaba más cerca pedía que los rescataran también. Todos notaban que el aire se estaba acabando, y muchos no habían comido desde hacía dos días. Gilbertus miró a un lado y a otro. Estiró el brazo e hizo que Serena se pusiera en pie.

—No me resistiré.

—No puedes resistirte.

—Pero debo llevar a Serena conmigo.

Los robots vacilaron.

—No, solo uno de nosotros puede volver contigo a Corrin.

Gilbertus frunció el ceño, tratando de comprender por qué Erasmo habría ordenado tal cosa. Y entonces se dio cuenta de que, seguramente, el robot independiente había engañado a las dos encarnaciones de Omnius: le resultaría más fácil confundir la programación de un robot de combate que de siete. Necesitaba tiempo suficiente para llevar a Gilbertus de vuelta a la dudosa seguridad de la superficie.

—No me iré sin Serena. —Gilbertus cruzó sus brazos musculosos sobre el pecho en un gesto desafiante. Ella lo miró con sus confiados ojos lavanda.

Seis de los robots retrocedieron.

—Nosotros nos quedaremos a bordo para proteger el clon de Serena Butler.

—¿Protegerla de qué?

Los robots hicieron una pausa. Estaban recibiendo instrucciones.

—Erasmo te pide que confíes en él —dijo el robot capitán. Gilbertus dejó caer los hombros y soltó la mano de Serena.

108

Aceptar nuevas informaciones y utilizarlas para modificar nuestro comportamiento... esto es lo que conocemos como la cualidad humana del pensamiento. Y, a través del pensamiento, sobrevivimos, no solo como individuos, sino también como especie. Sin embargo, para sobrevivir, ¿debemos conservar nuestra humanidad? ¿Conservaremos la relación con aquellas cosas que hacen de la vida algo tan dulce, tan cálido y lleno de eso que llamamos belleza?

No lograremos esta humanidad duradera si negamos aquello que da forma a nuestro ser... si negamos la emoción, el pensamiento o la carne.

He ahí el trípode sobre el que descansa la eternidad. Si negamos la emoción, perdemos el contacto con nuestro universo. Si negamos el pensamiento, no podemos reflexionar sobre aquello que tocamos. Y si osamos negar la carne, descarrilaremos el vehículo que nos lleva a todos.

KREFTER BRAHN, asesor especial de la Yihad

Poco después de atravesar la red descodificadora, la Flota de Venganza se encontró con una densa concentración de naves enemigas.

El enemigo había formado varias barreras concéntricas alrededor de Corrin, y no tenían intención de dejarles pasar.

Las máquinas arrojaron una lluvia interminable de proyectiles que estallaron inofensivamente contra los escudos Holtzman. Pero en las naves de primera línea los escudos empezaban a sobrecalentarse. Desde la nave

insignia, Vor repasó las proyecciones y supo que, bajo aquel fuego continuado, los escudos se sobrecalentarían y empezarían a fallar en menos de una hora.

Una segunda línea de jabalinas y ballestas venía justo detrás, una tercera, una cuarta. Vor se agarró a los reposabrazos de su asiento de mando, con una expresión totalmente inescrutable en la cara. Por lo visto, se trataba de ver cuál de los dos bandos quedaba aniquilado primero.

—Seguid disparando —dijo Vor, aunque los oficiales de artillería no necesitaban que se lo dijera—. Arrojadles todo lo que tengamos.

—Los sistemas para apuntar siguen sin funcionar, bashar supremo. Estamos desperdiciando demasiada munición. —Después del ataque a traición de Seurat, se habían hecho rápidas reparaciones en el *Serena Victory*, pero aun así, habían perdido a más de cien miembros de la tripulación.

—Apuntad bien. —Vor meneó la cabeza—. Mirad todas esas naves… ¿cómo podéis fallar?

Un denso bosque de naves les impedía llegar a su objetivo. Vor se tragó un insulto. ¡Podía haber sido tan fácil! Abulurd lo había echado todo a perder, lo había complicado todo.

Inexplicablemente, el puente de hrethgir no había estallado, y eso había salvado a dos millones de rehenes humanos. Si la Liga lograba la victoria en Corrin, tenían orden de rescatar a tantos humanos como pudieran. Sobre todo si Serena Butler y su hijo estaban entre ellos.

Pero, aunque las naves de la Flota de Venganza llevaban una tripulación reducida y tenían mucho espacio disponible, no podrían evacuar ni de lejos a dos millones de personas. Además, eran naves lentas y tardarían en llegar a algún planeta habitable. La única solución era volver a bajarlos a la superficie.

Pero si convertían el planeta en un pozo de radiación, como habían hecho con los otros Planetas Sincronizados durante la Gran Purga, eso no podría ser.

Ahora que había demostrado que el puente de hrethgir no era más que un farol diabólico y elaborado, no podía condenar tan alegremente a aquellos dos millones de rehenes. Su maravillosa victoria épica no sería tan clara ni tan sencilla como él esperaba, pero lo conseguiría de todos modos.

Mientras avanzaban, en la primera línea de naves los escudos empezaron a fallar. Muchas se retiraron y fueron sustituidas por otras naves; pero algunos capitanes se negaron a echarse atrás y siguieron adelante y, sin la protección de los escudos, sus naves sucumbieron enseguida bajo el fuego implacable de las máquinas. Vor veía las cifras en la pantalla.

—Lanzad los escuadrones de kindjal —dijo. Había llegado el momento de dar el siguiente paso—. Que los pilotos se preparen para lanzar las bombas atómicas de impulsos.

—Pero, bashar supremo, ¡estamos muy lejos de la superficie!

—Tienes razón… y no podremos acercarnos a menos que eliminemos parte de esa chatarra. —Respiró hondo—. Reservad las suficientes ojivas para el golpe de gracia final. Y que los maestros de Ginaz estén preparados. Vamos a necesitarles para un trabajo de precisión.

—Sí, señor.

Como le había dicho Xavier muchas veces, en el campo de batalla un buen comandante debe ser flexible. Hay muchos caminos para llegar al objetivo. Las bombas atómicas de impulsos les ayudarían a abrirse paso hacia Corrin… sí, porque no lograría el objetivo principal de destruir a Omnius si no podía llegar a la superficie. Había que ir paso a paso.

Aquella nueva táctica permitiría salvar vidas… no solo las de los millones que se arracimaban en el puente de hrethgir, sino también las de los soldados que morirían si insistía en seguir enfrentándose a las defensas robóticas con armas convencionales.

—No nos servirá de nada reservar nuestras bombas atómicas si el enemigo destruye todas nuestras naves en órbita.

Varios enjambres de escuadrones de kindjal despegaron de las cubiertas de lanzamiento de las ballestas, miles de bombarderos y cazas de alas afiladas. Eran pequeños, como pelusillas frente a una manada de mastodontes. Pero en su interior llevaban la semilla de una inmensa destrucción.

Los kindjal lanzaron sus bombas en un amplio abanico contra la densa concentración de objetivos que las máquinas pensantes habían desplegado para cerrarles el paso.

—Allá va —dijo Vor, sin dirigirse a nadie en particular—. Escudos a su máxima potencia. A las naves de primera línea, retiraos si es posible.

Al ver aquel inesperado cambio de táctica, las naves robóticas avanzaron tratando de recuperar parte del terreno que habían perdido.

Entonces la primera descarga de bombas atómicas de impulsos estalló, liberando ondas superpuestas de energía enriquecida diseñada específicamente para borrar las mentes de circuitos gelificados. La cantidad enorme de daños materiales era algo secundario.

Vor se protegió los ojos con la mano, y estudió la pantalla, que se había oscurecido automáticamente. Parecía como si la mano cegadora y luminosa de Dios hubiera arrasado las líneas robóticas, paralizando sus naves, eliminando a las máquinas de a bordo, dejando aquella impenetrable barrera defensiva en ruinas.

«No —pensó Vor—, no hemos malgastado nuestras ojivas nucleares».

Sin duda, en esas naves de guerra también habrían metido a muchos indefensos prisioneros, que habrían muerto junto con sus captores mecánicos, pero Vor no quería pensar en estas víctimas. Eran necesarias, inevitables. Quizá algún día la historia recopilaría un registro completo. Pero los humanos solo podrían escribir esa historia si salían victoriosos de la batalla de Corrin.

—Adelante a toda máquina, debemos pasar por la brecha —gritó—. Si aún tenéis los escudos, utilizadlos para protegeros de los desechos… y aguantad.

Como un ariete, el ejército de la Humanidad se abrió paso entre las naves siniestradas, hasta que toparon con la siguiente línea de defensas robóticas. A las máquinas su aparición les cogió por sorpresa, y tuvieron que reagruparse y cerrar posiciones.

Vor envió otra oleada de kindjal y aniquiló a los nuevos enemigos. Y así llegaron a la tercera y última línea de defensa. Para cuando consiguieron entrar en la atmósfera de Corrin, la Flota de Venganza casi había agotado sus reservas de bombas atómicas.

Habían utilizado muchas de sus ojivas nucleares, sí, pero al menos por fin veían el objetivo allá abajo, expuesto y vulnerable.

—Tenemos un trabajo que acabar ahí abajo. —Vor señaló al último planeta de las máquinas, que les esperaba trazando una suave curva casi setenta kilómetros más abajo.

Lo que quedaba de las dos flotas entró en combate sobre los cielos de Corrin. Vor llevó a su ballesta a la refriega como si estuviera pilotando un caza individual, como si

fuera de nuevo un joven oficial y estuviera tratando de probarse a sí mismo. Aquello le recordaba la primera gran batalla de la Yihad sobre la Tierra.

Sus naves entraron en la primera capa de la atmósfera. Las naves escoltas que acompañaban a la ballesta de Vor recibieron fuertes impactos de torpedos ultrasónicos y muchas estallaron en llamas y cayeron, pero otras ocuparon su lugar para proteger al bashar supremo.

El fuego enemigo alcanzó a una nave cercana y el impacto sobrecargó sus escudos debilitados. La nave estalló, arrojando una lluvia de desechos sobre el *Serena Victory*. Vor hizo una mueca cuando vio los cuerpos desmembrados volando en todas direcciones.

Y muchas más muertes habrían de producirse. Vor no temía a la muerte, y estaba orgulloso de la eficacia con que su tripulación desempeñaba sus tareas. No se podía pedir más.

Los ataques de artillería del *Serena Victory* y el resto de la Flota de Venganza estaban machacando a las fuerzas mecánicas en sus naves y en tierra. Las explosiones se sucedían en los cielos y la superficie del planeta. Allí abajo, Omnius seguía intacto.

Cuando el camino quedó despejado y vieron una entrada segura en órbita, la nave diplomática del virrey se acercó desde su posición más segura fuera de la zona de combate. Varias lanzaderas salieron de la nave y descendieron velozmente al campo de batalla. Vor oyó la voz febril de Rayna Butler por el comunicador.

—¡Por la gracia de santa Serena, estamos pasando! ¡Os dije que podíamos hacerlo!

Furioso, Vor abrió un canal directo.

—Virrey Butler, ¿qué están haciendo usted y Rayna? Yo no he autorizado esto. Manténganse fuera de la línea de fuego.

—No he sido yo, bashar supremo —contestó la voz de Faykan—. Parece… Rayna tiene su propia misión. Y se ha mostrado muy persuasiva.

Aquella joven pálida transmitió desde su lanzadera.

—Corrin es la guarida del enemigo. Esta es y ha sido siempre mi misión en la vida. Mis seguidores y el espíritu de santa Serena me protegerán.

Vor dio un suspiro hondo y exagerado. Por lo visto, aquella mujer podía racionalizar cualquier contradicción. Creía que Serena estaba viva en el puente de hrethgir y también que su espíritu la guiaba. Y, por supuesto, quería destruir la tecnología en todas sus formas y sin embargo viajaba en naves espaciales sin ningún reparo…

Vor tenía cosas más importantes que pensar en aquellos momentos. Al menos ahora se enfrentarían a un enemigo real, en lugar de andar destrozando artefactos inofensivos en los mundos de la Liga. Que aquellos fanáticos se las vieran con las fuerzas de Omnius, sí… y mejor que su vehemencia se consumiera allí que no en casa.

Mientras las naves que aún aguantaban de la flota seguían avanzando hacia el objetivo principal en Corrin, las fuerzas mecánicas se reagruparon alrededor de la fortaleza de la supermente en el centro de la ciudad. Vor convocó a todos los mercenarios y maestros de armas, muchos de ellos veteranos atezados que habían sido entrenados justamente para enfrentarse a situaciones como aquella. Habían estado esperando aquel momento durante todo el viaje.

109

En última instancia, no importa quién eres, sino lo que eres.

Diálogos de Erasmo, entradas finales

Aunque en su corazón el maestro de armas Istian Goss se sentía entumecido, siguió luchando. Al menos Corrin era un lugar apropiado para demostrar sus capacidades.

Durante las semanas que había durado el trayecto hacia el último Planeta Sincronizado, Istian se había sentido inquieto y turbado, y se había aislado de los demás. A bordo de la nave encontró a muchos de aquellos fanáticos cultistas a los que tanto odiaba y, si no se mantenía alejado, quizá sentiría la tentación de tirarse sobre alguno y hacerlo picadillo.

Así pues, Istian estuvo entrenando solo en cámaras selladas, forzando sus capacidades, mejorando su técnica igual que había hecho el joven Jool Noret. Y sin embargo, por más que lo intentaba, seguía sin sentir el espíritu de aquel gran héroe en su interior. Aun así, derrotaba a cada uno de sus oponentes ficticios, y se dio cuenta de que el silencio de Jool Noret no le hacía menos diestro en combate. Era un hábil maestro de armas por derecho propio.

Tras los disturbios y manifestaciones de Zimia, que desembocaron en las muertes de Nar Trig y el *sensei* mek Chirox, Istian no tuvo reparos en presentarse voluntario para el asalto final sobre Corrin. Mejor volver a luchar contra las fuerzas de Omnius que matar a otros humanos para aplacar su ira y su sentimiento de culpa.

Cuando la Flota de Venganza entró finalmente en combate en la órbita de la última guarida de Omnius, abriéndose paso a través de las líneas defensivas de naves robóticas, Istian y sus compañeros mercenarios cogieron sus armas y se prepararon. Pero los enfrentamientos en el espacio no estaban hechos para los maestros de armas. Así que Istian hizo poco más que andar arriba y abajo con nerviosismo, esperando, impaciente por poder utilizar su espada de impulsos en un combate cuerpo a cuerpo.

Finalmente, cuando los restos de la flota de máquinas quedaron flotando en el espacio, junto con muchas naves destruidas de la Liga, el bashar supremo Atreides les dio luz verde. Istian y sus compañeros mercenarios embarcaron en veloces lanzaderas para lanzar el asalto final sobre la principal ciudad de Corrin. Durante la refriega, había visto jabalinas y ballestas cargadas de mercenarios que volaban por los aires bajo el fuego enemigo.

Pero aún quedaban algunos. Los suficientes para hacer el trabajo.

La lanzadera atravesó la atmósfera, acompañada por otras veinte naves similares. La misión de Istian y sus compañeros sería convertir Corrin en un lugar seguro, eliminar al resto de máquinas pensantes y colocar la carga atómica de precisión que necesitaban para destruir a la última supermente.

Junto a Istian, en la lanzadera viajaban otros veintitrés maestros de armas, supervivientes de viejas batallas, como él. Con el fin de la Yihad, muchos habían encontrado nuevas

vocaciones, pero habían vuelto para aquella batalla. Sería su última oportunidad de demostrar sus habilidades en combate.

Cuando la lanzadera aterrizó en medio del caos de la ciudad, las escotillas se abrieron y los maestros de armas salieron con sus espadas de impulsos preparadas. Muy cerca, aterrizaron otras dos lanzaderas, pero llevaban distintivos diplomáticos, no la insignia del ejército de la Humanidad. Los cultistas, entusiastas pero torpes, bajaron provistos de garrotes y burdas imitaciones de las espadas de impulsos, impacientes por destruir a cualquier enemigo.

Con el corazón acelerado, Istian se dio la vuelta. No quería distraerse con aquellos necios teniendo un enemigo real contra el que luchar. Un enemigo que importaba.

Sin embargo, se dio cuenta de que a los cultistas no les importaba perder a dos o tres de los suyos por cada máquina que lograban desactivar. Para ellos aquello era yihad en estado puro, mucho más que para ningún soldado. Y eso significaba que, a diferencia de lo que pasaba en Salusa Secundus, donde no hacían más que atacar a máquinas útiles como Chirox, en aquellos momentos los fanáticos eran sus aliados. Aquel pensamiento le resultaba tan extraño…

Cuando Istian y sus compañeros bajaron, la lanzadera despegó de nuevo, mientras las baterías antiaéreas disparaban sin cesar. Las explosiones sacudían las calles de la ciudad. Robots de combate salían de relucientes complejos geométricos. Con un alarido estridente, los maestros de armas corrieron a por ellos.

Istian, ansioso por entrar el combate, fue el primero en alcanzarlos. Allí estaban, los ominosos mek de combate, con sus brazos armados extendidos y las fibras ópticas chispeantes, como si pudieran sentir odio.

Y todos ellos tenían un extraño parecido con Chirox.

Después de haber visto que el *sensei* mek se sacrificaba para no dañar a ningún humano, Istian vaciló, sintiendo un fuerte pesar en su corazón. Ojalá Chirox hubiera estado con él en aquellos momentos. Sí, más que el visceral espíritu de Jool Noret, era el mek de combate reprogramado quien había guiado sus pasos.

Istian trató de sentir a Jool Noret en su corazón… y finalmente percibió algo, una especie de conexión espiritual y emocional. Los robots que tenía ante él no poseían más que fuerza bruta. Y caerían. En cuanto su espada de impulsos tocó al primero, Istian comprendió que cualquier parecido con Chirox era una fantasía.

Gracias a las enseñanzas del *sensei* mek, Istian estaba más que capacitado para enfrentarse a aquellos robots. Despachó a dos de ellos en el primer encontronazo y, sin pararse a pensar, se arrojó contra el siguiente, que acababa de matar a uno de los temerarios cultistas. Cuando la sangre aún goteaba de sus brazos de metal líquido, Istian frio sus sistemas de circuitos gelificados y se giró buscando un nuevo adversario.

Y así, mientras luchaba, todos sus fantasmas y sus dudas desaparecieron.

Istian alcanzó el nivel máximo de abandono, el verdadero secreto del estilo de combate de Jool Noret. Se sentía lleno de energía. Él había dedicado su vida a aquello. Y siempre sería el eje que guiaría su mente y su corazón.

Él y sus compañeros avanzaban hacia el núcleo central de Omnius, esperando la señal para colocar las cabezas nucleares y terminar con la misión. Istian blandía su espada de impulsos. Podría haber seguido así para siempre… y desde luego había máquinas más que suficientes para tenerlo ocupado.

Mientras Corrin estaba inmersa en aquella batalla final, Erasmo se detuvo a escuchar el pacífico sonido del agua en las numerosas fuentes y riachuelos mecánicos, salpicado por los sonidos de fondo de la batalla. Viendo el desafortunado curso de los acontecimientos —aunque no sentía ninguna culpa por su responsabilidad—, el robot independiente se había retirado a su villa buscando solaz. Allí esperaría el final. O acabaría con todo él mismo.

Pero cuando vio que su pupilo humano regresaba, cambió de idea. Haciendo ondear su túnica carmesí, corrió a abrazar a Gilbertus Albans, que había sido rescatado de los contenedores del puente de hrethgir. El último de los Planetas Sincronizados se venía abajo, y sin embargo él solo podía pensar en una cosa.

—¡Estás a salvo, Mentat mío! ¡Excelente! —La expresión de alegría de su rostro de metal líquido no era simulada, era una reacción inconsciente, genuina.

Su abrazo fue tan efusivo que aquel hombre tan musculoso jadeó.

—¡Padre, por favor, no tan fuerte!

Erasmo lo soltó y retrocedió para admirar al hombre al que había criado y entrenado, por el que se había preocupado durante tantas décadas. Gilbertus se veía sucio y cansado después de aquel mal trago, pero estaba ileso. Eso era lo que importaba.

—Pensé que no volvería a verte —dijo el robot.

—Yo también lo pensaba. —Los grandes ojos verde oliva de Gilbertus se empañaron—. Pero estaba seguro de que encontraría la forma de sacarme de allí. Que no dejaría que me pasara nada. —Frunció el ceño con expresión preocupada—. Pero Serena aún está allí. Debemos rescatarla.

—Por desgracia, ya no puedo ayudarla. La mayor parte de nuestras defensas han sido destruidas por las bombas atómicas de impulsos de los humanos. Me temo que Corrin está perdido —dijo Erasmo—. La Liga pronto estará aquí.

—Al menos no iba a bordo de una de las naves de guerra —comentó Gilbertus tratando de consolarse con algo—. Porque entonces ya habría muerto.

El robot independiente no le mintió.

—Si Vorian Atreides sigue el mismo patrón de ocasiones anteriores, es posible que a nosotros tampoco nos quede mucho tiempo, Mentat mío. Convertirá Corrin en un yermo estéril como hizo con otros Planetas Sincronizados, y moriremos. Quizá después de todo tu Serena estará más segura en el puente de hrethgir.

—No creo que lancen una lluvia de bombas atómicas para destruirnos, padre. He visto a sus tropas aterrizar en la ciudad… aunque su comandante ya ha demostrado que está dispuesto a sacrificar millones de rehenes. No entiendo por qué pudo fallar el dispositivo para detonar los explosivos en el puente.

—No falló, Gilbertus. Yo lo desactivé… para salvar a una persona.

Gilbertus estaba perplejo.

—¿Hizo eso por mí, padre? ¿Ha sacrificado Corrin y la civilización de las máquinas por mí? ¡No soy digno de algo así!

—Para mí lo eres. He realizado exhaustivas proyecciones, y está claro que algún día serás alguien muy importante. Quizá cuando las máquinas pensantes ya no existan, tú podrás enseñar a tus compañeros humanos a pensar eficazmente. Entonces mi trabajo no habrá sido en vano.

—Usted me enseñó a pensar, padre —dijo Gilbertus—. Haré honor a sus enseñanzas y explicaré a todo el mundo que usted me instruyó.

El robot meneó la cabeza.

—Ninguna máquina saldrá con vida de Corrin. Ni siquiera yo. La batalla está perdida. Si pudiera activar alguno de los paneles te mostraría la situación. Las líneas robóticas se desmoronan. La flota de la Liga acaba de obligar a otro grupo de naves nuestras a atravesar la barrera descodificadora. Nos quedan muy pocas naves operativas en órbita. Los hrethgir han penetrado en nuestras defensas más cerradas. Solo espero que decidan dar un golpe localizado y que parte de la belleza del planeta pueda salvarse… y tú. —Miró en la distancia, donde el retumbar de la batalla formaba un duro contrapunto a la paz y la delicadeza del jardín—. Estamos viendo el ocaso de las máquinas pensantes. Pero no lo será para ti, Gilbertus. A partir de ahora, te moverás en los círculos de humanos, y jamás, jamás debes reconocer tu relación conmigo. Yo maté al bebé de Serena Butler y encendí la chispa que llevó a esta locura colectiva. No menciones nunca mi nombre ni tu relación conmigo. Los momentos preciosos que hemos compartido perdurarán en tu maravillosa mente. Debes hacerte pasar por un esclavo más de Corrin. Cambia tus ropas. Con un poco de suerte, los hrethgir te rescatarán y te llevarán a la Liga de Nobles.

—Pero yo no quiero marcharme. —Aunque estaba alarmado, Gilbertus alzó el mentón—. Entonces, si sobrevivo, debo hacer una cosa por usted. —Apoyó sus manos en los hombros metálicos del robot—. ¿Confiará en mí?

—Por supuesto. Es ilógico hacer siquiera esa pregunta.

Muy por debajo de la plaza sitiada, por debajo de las llamas, los escombros y la concentración de conquistadores humanos, el Omnius Primero empezó a mover el metal

líquido que lo contenía, el material que había formado su ciudadela central.

Ahora que volvía a estar plenamente operativa, la supermente principal tenía intención de recuperar el control sobre el planeta.

110

Las armas son un factor importante en la guerra, pero no son el factor decisivo. El factor decisivo es la gente.

MAO ZEDONG, filósofo de la Vieja Tierra

Sin acabar de creerse que habían logrado vencer después de más de un siglo de dolor y derramamiento de sangre, el bashar supremo Vorian Atreides partió en una lanzadera hacia la ciudad principal de Corrin. Aquella victoria inminente le había dejado un sabor metálico en la boca, y estaba algo enturbiada por la ira que sentía contra Abulurd. «En el momento más crítico sus actos casi nos lo han costado todo». Y Seurat también le había traicionado.

Pero ya habría tiempo para pensar en sus emociones más tarde, cuando viera personalmente el final de la supermente informática.

Desde la lanzadera, allá abajo los soldados robóticos parecían soldaditos de juguete repartidos por un campo de batalla estilizado y humeante. Los reductos del ejército mecánico se habían concentrado en una formación defensiva en torno a la cúpula central. Aunque habían sido derrotados, seguían disparando a los veloces kindjal y a los transportes que volaban sobre sus cabezas.

Dando órdenes por su comunicador, Vor envió un grupo de cazas kindjal a bombardear el último bastión de Omnius. Ellos prepararían el terreno y eliminarían las defensas robóticas para que los mercenarios pudieran acercarse y asestar su golpe quirúrgico. Pero, haciendo gala de técnicas innovadoras, la supermente reparaba instantáneamente la cúpula después de cada explosión y cerraba una capa tras otra de metal líquido sobre las zonas destruidas, como si pudiera regenerar su propia piel.

Cansado, Vor ordenó a algunas de las ballestas supervivientes un bombardeo más intenso y estas descendieron entre las naves en llamas. Las ballestas tenían armas más potentes y destruyeron fácilmente a las máquinas atrincheradas. Finalmente, la cúpula protectora se desmoronó bajo la lluvia de explosivos y fue incapaz de volver a regenerarse.

Cuando su nave ya aterrizaba, Vor convocó a los mercenarios que quedaban y los mandó con equipos y armas de demolición a eliminar a la supermente.

«Debo estar preparado para una posible trampa». En la partida final de aquella larga Yihad, cuando todo parecía perdido, las máquinas pensantes aún podían sorprenderles.

Vor avanzó a grandes zancadas por la ciudad, pensando en el diseño cuadriculado de la inmensa metrópoli de Omnius en la Vieja Tierra, donde él pasó su juventud. El virrey Faykan Butler también había aterrizado, y andaba pavoneándose por el campo de batalla, rodeado por otros nobles que querían que la historia supiera que ellos también estuvieron allí.

Los exaltados miembros del Culto a Serena corrían por la ciudad en una orgía de destrucción, y Vor dejó que dieran rienda suelta a su ira. Aunque se le pasó por la cabeza un pensamiento muy cínico: con una bomba atómica de impulsos bien situada podía deshacerse de Rayna y sus

furiosos cultistas, del ambicioso virrey y de la supermente a la vez. Y todo gracias al traidor de Abulurd Harkonnen, que había reunido a todos los enemigos de la humanidad en un mismo sitio.

Pero enseguida apartó esa idea de su mente. Sin duda Iblis Ginjo habría aprobado un plan como ese, pero no Vorian Atreides. Él dejaría un legado honorable tras aquel día tan importante.

Al ver a Vor, uno de los nobles que acompañaban a Faykan Butler corrió a su encuentro.

—¡Campeón Atreides! ¡Rayna y algunos de los suyos estaban cerca de la ciudadela cuando se ha iniciado el bombardeo! Temo que hayan quedado atrapados bajo los escombros. ¡Tiene que poner enseguida a sus hombres a buscarlos! El virrey ya está allí.

Vor no se lo podía creer.

—Pero ¿qué demonios hacían allí? ¿Es que no sabían que íbamos a bombardear la ciudadela? Este no es lugar para civiles. ¡Corrin es una zona en guerra!

—Tal vez pensaba que santa Serena la protegería —dijo el noble con cierto sarcasmo—. Por favor, envíe un equipo de rescate y personal médico… es una petición directa del virrey.

Vor frunció el ceño, enfadado por tener que retirar a su valioso personal de otras misiones importantes para ayudar a Rayna. Finalmente, controlando el enfado, envió a un grupo de ingenieros, soldados y médicos de campaña.

Mientras los maestros de armas caían sobre los escombros de la ciudadela y combatían a los robots de combate que habían sobrevivido incluso después del bombardeo, Vor se dirigió al lugar. Los mercenarios de Ginaz lanzaron sus granadas descodificadoras, y los impulsos de energía disruptiva Holtzman destruyeron los cerebros de circuitos gelificados.

Cerca de la ciudadela, Vor vio al virrey con aire preocupado. Sus tropas ya habían rescatado docenas de cadáveres entre los escombros. Vor se acercó, suspirando.

—¿Han encontrado ya a su sobrina?

—Todavía no, pero no pierdo la esperanza.

Vor asintió.

—Sí, supongo que hoy justamente debemos tener esperanza.

En aquel mismo lugar, se había alzado en otro tiempo la ciudadela central de Omnius. Allí Serena Butler había dado su vida por la causa de la humanidad. De modo que, con un profundo sentimiento de reverencia, Vor observó a sus hombres utilizando la maquinaria pesada para remover los escombros, y a los cultistas, que trataban de ayudar con sus manos desnudas.

En el perímetro de la plaza, los ingenieros de combate buscaban entradas ocultas que pudieran llevar al subsuelo, haciendo un barrido de los escombros y los tramos descubiertos del suelo con complejos rayos detectores. Los mercenarios ya tenían preparadas sus ojivas nucleares especiales.

Uno de los operadores de los sensores le envió a Vor una señal por el comunicador.

—Hemos encontrado algo bajo los restos de un monumento de plazmigón que había en el interior de la cúpula. Es una construcción reciente, y debajo detecto algunos huecos. También hay pasadizos laterales, y un gran espacio vacío en el centro.

—El análisis espectral indica la presencia de metales poco comunes —dijo otro soldado.

—Excavad —ordenó Vor.

De pronto, el suelo de la plaza se abrió, obligando a Vor y sus ingenieros a dispersarse. Y, como una serpiente que sale de su agujero, la ciudadela central extrajo una especie

de tentáculo plateado de entre los escombros y se elevó hacia el cielo.

Los soldados gritaban, los cultistas se santiguaban y gritaban pidiendo que el demonio se desvaneciera. La torre de metal líquido se retorció y se hinchó por el extremo, como un paraguas invertido, o una especie de antena parabólica… ¡Un transmisor!

Con un gemido, como una bestia marina moribunda, la estructura se sacudió y vomitó un rayo de luz, una señal que atravesó la atmósfera y salió como un grito al espacio, donde acabaría disipándose a través de los pársecs. Entonces se desmoronó, perdió su integridad y cayó en un montón de charcos en la amplia plaza cubierta de escombros.

—En el nombre de Serena, ¿qué era eso? —exclamó Faykan.

—Nada bueno —dijo Vor—, de eso puede estar seguro.

De pronto se oyeron vítores, y a no mucha distancia Vor vio que los soldados y los cultistas sacaban a Rayna de entre los escombros. La mujer estaba cubierta de polvo, magullada, pero seguía con vida. Al poco ya pudo mantenerse en pie ella sola, algo tambaleante, y se sacudió la ropa. En su túnica se apreciaba una intensa mancha de sangre, pero dijo que no era suya. Temblando, se encaramó a una losa de plazmigón, recuperó el aliento y gritó:

—¡Santa Serena me ha protegido!

—Me parece que santa Serena ya ha trabajado suficiente por hoy —le dijo Vor por lo bajo a Faykan—. Saque a su sobrina y a toda su gente de aquí… Vamos a volar lo que queda.

Los mercenarios acababan de llegar al objetivo con tres ojivas nucleares de precisión, e informaron a Vor. Gracias al bombardeo aéreo, las defensas robóticas de tierra habían caído. Lo demás fue un simple pasatiempo. Vor y el virrey se

retiraron con el resto del personal y se situaron a una distancia segura.

La explosión no fue más deslumbrante que las anteriores, pero los gritos de alegría que salieron de las gargantas descarnadas de los humanos fueron mucho más entusiastas. Omnius se había ido. Para siempre.

Gilbertus Albans extrajo el núcleo de memoria del robot independiente, la misma pequeña esfera que había salvado cuando Omnius decidió borrar a Erasmo. La envolvió con un retal y la ató con sumo cuidado. Se guardó el pequeño fardo en el bolsillo, donde sabía que nadie lo buscaría. Un registro de la destacable mente y la vida de Erasmo que no tenía precio… de su alma.

El cuerpo metálico del robot quedó allí, en medio de su amado jardín, rodeado por el relajante sonido de la música clásica y el susurro de las fuentes, vacío y desactivado. Su lujosa túnica caía en pesados pliegues. Parecía una estatua.

Gilbertus decidió entonces que debía encontrar al clon de Serena Butler. Trataría de rescatarla, si es que seguía con vida. Había demasiadas cosas que no sabía.

Tras volver la vista para mirar por última vez a su mentor, Gilbertus salió corriendo de la villa y se confundió entre la multitud de soldados, mercenarios y cultistas, que destruían todo lo que encontraban a su paso. Uno de ellos disparó un misil a la villa, donde había dejado el hermoso cuerpo de platino de Erasmo. Gilbertus hizo una mueca de dolor al ver aquello, y se dio la vuelta mientras la villa estallaba en llamas. Aquella chusma de fanáticos lanzó vítores y se fue en busca de un nuevo objetivo.

Durante horas, Gilbertus fingió ayudar a los humanos a destruir a las máquinas y la estructura de la única sociedad

que había conocido. Corría con ellos, tambaleante, asqueado, pero se prometió a sí mismo que sobreviviría.

Era lo que Erasmo habría querido.

111

A veces los recuerdos son más seguros que la realidad.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES

Tras la destrucción del último Omnius, después de dividir a sus hombres en diferentes grupos para que completaran las distintas tareas que quedaban pendientes en el planeta, Vor envió todas las naves disponibles al puente de hrethgir. El capitán de cada nave debía hacer una selección, establecer prioridades y evacuar primero los contenedores que estuvieran en una situación más apurada.

«Y encontrar a Serena». Pero ¿cómo encontrar a una persona concreta entre tantísimos rehenes?

Los técnicos estuvieron visionando las imágenes que Erasmo había transmitido, analizando cada detalle en un intento por averiguar en cuál de aquellos contenedores podía estar Serena.

Los escuadrones secundarios del ejército se movían con rapidez entre los contenedores atestados situados en órbita. Las ballestas, cargadas de rehenes rescatados, iban y venían sin cesar a Corrin. Las máquinas habían tardado menos de dos días en poner a todos aquellos humanos en la línea de fuego… un esfuerzo increíble. Pero por desgracia, según las estimaciones, con las naves que quedaban de la

Flota de Venganza, los humanos tardarían al menos una semana en rescatar a todos los prisioneros y ponerlos a salvo. Vor no creía que pudieran sobrevivir tanto tiempo.

Los improvisados contenedores habían sido diseñados para robots, que no necesitaban sistemas de soporte vital, y las bombas de atmósfera que había se habían instalado de forma precipitada, y no necesariamente bien. A bordo de muchas de aquellas naves el hedor era insoportable, y el aire empezaba a agotarse. Por los comunicadores, sus oficiales ya informaban de problemas. Los rehenes habían empezado a morir, muchos estaban muy débiles.

Y ya no tenían comida ni agua.

—El tiempo se acaba —musitó Vor—. Tenemos que acelerar todo el proceso.

Finalmente, sus técnicos redujeron la búsqueda a un grupo de contenedores y Vor ordenó que su ballesta abollada se acercara.

—Quiero verlo por mí mismo. Si realmente es ella, enseguida la reconoceré.

Su lanzadera de mando se acopló a los contenedores. Vor iba acompañado por un pequeño escuadrón de soldados armados e ingenieros de combate. Al abrir la escotilla, una marea de gente desesperada se abalanzó sobre ellos, pero él y sus hombres se abrieron paso entre la gente, entraron en aquella trampa mortal y cerraron de nuevo la escotilla. Para poder aplacar a la chusma histérica, tuvieron que disparar dardos sedantes, y solo entonces pudieron iniciar la evacuación de forma ordenada. Otras seis lanzaderas de transporte se acoplaron a las escotillas de aquel grupo de contenedores enganchados. Inmediatamente, dos ingenieros inspeccionaron los motores y los sistemas de soporte vital para determinar si las naves aguantarían mucho más.

Pero Vor tenía otras prioridades. Activó su escudo personal y dejó que los profesionales hicieran su trabajo. Después de comprobar que Serena no estaba entre la gente que salía hacia las lanzaderas de rescate, él y cuatro hombres más pasaron por un túnel que comunicaba con el siguiente contenedor y abrieron una escotilla. Más prisioneros apretujados que levantaban los brazos y suplicaban ayuda. Pero el grupo siguió avanzando, totalmente concentrado en su búsqueda. El sonido de las botas sobre el metal resonaba a su paso.

Los contenedores estaban segregados en enormes compartimientos, cada uno de ellos lleno de gente ruidosa y maloliente. Finalmente, mientras Vor trataba de ver algo, uno de sus ingenieros de combate informó por el comunicador de corta distancia.

—Bashar supremo, este contenedor no aguantará mucho más. Hay demasiados explosivos, y no podremos desactivarlos todos a tiempo.

Vor no se detuvo.

—Si en este contenedor han puesto más explosivos que en el resto, seguro que es el que buscamos.

La voz de su primer ingeniero tenía un tono ronco. Estaba trabajando con tres de sus hombres.

—No podemos controlarlo, los fallos se suceden en cadena, comandante. ¡Tiene que volver enseguida a la nave insignia!

—No hasta que encuentre a Serena Butler. Seguid trabajando. —Y amplió el radio de la transmisión—. A todo el personal… ¿ha visto alguien a Serena y el niño?

Un soldado contestó.

—Creo que están aquí, señor… pero hay… hay algo que no está bien. Al principio ni siquiera la había visto, y luego todos cambiaron. Ante mis propios ojos. ¡Y… y hay más de una Serena!

Vor recibió confirmación de la localización y fue hasta allí abriéndose paso entre los prisioneros y los soldados, sin pensar en los explosivos. Sus expertos sabían lo que hacían.

Finalmente vio a Serena, en un rincón de una cámara oscura y ruidosa, sentada en el suelo, junto al pequeño, un bebé con pantaloncito gris y camiseta blanca. La mujer vestía una túnica blanca, con ribete carmesí, como en las imágenes que habían visto, y lo miró con aquellos ojos tan familiares y sorprendentemente lavandas… pero, cuando sus ojos se encontraron, no dio muestras de reconocerlo.

Y entonces vio a otra Serena. Parecía más joven pero, por lo demás, era idéntica. Y otras dos. Todas eran Serena Butler, copias, impostoras.

Una de las mujeres se puso en pie y se acercó a Vor. Le tendió su mano, y él le tocó los dedos. Tenían una textura como de goma, muy distinta a la de un humano.

—Soy Serena Butler. Por favor, no me mates. No mates a mi bebé. —La voz simulada casi estaba bien.

Entonces su rostro empezó a parpadear y contorsionarse… y cambió, perdió consistencia, se deshizo, dejando al descubierto el metal líquido y la estructura rígida de debajo. Un robot… con alguna clase de disfraz o cubierta que imitaba la piel humana.

Cuando Vor retrocedió oyó unas risas al otro lado de la cámara y, al volverse, vio una cara que reconoció de hacía muchos años. Rekur Van, el comerciante tlulaxa de carne. Pero Van no tenía ni brazos ni piernas. Y el tronco estaba sujeto por un arnés enchufado a la maquinaría de soporte vital. Los soldados empezaron a evacuar a los otros rehenes, que se alegraron de poder apartarse de él.

Rekur Van los miró furioso con sus oscuros ojos de roedor.

—Te había engañado, ¿a que sí? Yo he creado esta simulación, un metal líquido biológico que parece piel. Se

parece a Serena.

Sintiendo que el alma se le caía a los pies, Vor miró al tlulaxa, furibundo. Ahora comprendía cuántas esperanzas había puesto en la posibilidad de que Serena siguiera con vida. Los cuatro soldados rodearon al bashar supremo para protegerlo, listos para disparar sus armas.

El rostro chupado del tlulaxa esbozó una amplia sonrisa.

—Por desgracia, aunque durante un rato un robot puede imitar unas facciones humanas concretas, siempre acaban perdiendo integridad. El del bebé es más fácil. De todos modos, ¿quién reconoce las facciones de un bebé?

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Vor a sus hombres —. Sacad a esta gente de aquí. Tendría que haber imaginado que las máquinas no podían idear esta clase de mentiras por sí solas. Necesitan la ayuda de un humano.

—Pues yo soy bien real. —Rekur Van rio—. ¿Quién iba a querer copiar un cuerpo como este?

Vor miró a las múltiples Serenas.

—¿Todos son robots?

—Oh, no… es mucho mejor. Aquella es un clon creado con las células de Serena Butler, mediante un proceso especial. Aunque… es defectuoso. El cuerpo es idéntico, pero su mente no posee ninguna de las experiencias de la Serena auténtica, ni sus recuerdos, ni tiene su misma personalidad. De hecho, no creo ni que tenga alma. El proceso no funcionó tan bien como esperaba, porque los tanques que necesito están en mi mundo natal. —Y él solo se rio de su chiste, agitándose como un muñeco—. Tendría que haberme quedado en Tlulax. Las supermentes están locas. Primero tres, luego dos. ¿O ya las habéis destruido? ¿Por qué me habrán mandado aquí arriba con estos humanos inútiles?

—¿Dónde está Gilbertus? —preguntó el clon de Serena.

—¡Señor! —gritó su primer ingeniero por el comunicador —. ¡No podemos detener el mecanismo de autodestrucción! ¡Tenemos que salir!

—Llevadme con vosotros —gritó el tlulaxa—. Tengo mucha información que podríais…

En ese momento, los seis robots de combate que quedaron allí cuando Erasmo ordenó el rescate de Gilbertus Albans entraron por el otro extremo de la cámara. Al detectar la presencia de Vor y sus soldados, empezaron a disparar. Dos proyectiles chocaron inofensivamente contra el escudo de Vor, que se había tirado al suelo. Los pocos rehenes que aún no habían salido de allí cayeron enseguida. Uno de sus guardias, que no llevaba su escudo activado, recibió un impacto en el hombro y cayó, llevándose una mano a la herida.

Vor y los otros tres soldados no podían responder a los disparos si no desactivaban sus escudos. Los robots avanzaron con rapidez, sin dejar de disparar. El clon de Serena se interpuso en su camino… ¿por alguna incomprensible razón estaría tratando de detenerlos? ¿Tendría algún recuerdo?

Vor quiso salvarla, pero el fuego de los robots la hizo picadillo. Y, lleno de repugnancia, Vor tuvo que ver cómo los robots mataban a Serena Butler otra vez.

Uno de los pesados proyectiles de los robots hizo una carambola contra las paredes de metal del casco y abrió un boquete. El aire empezó a escapar por la brecha y a perderse en el vacío.

Furioso, Vor desactivó su escudo y disparó a los robots con su pesada arma. Dos de las máquinas de combate retrocedieron trastabillando, y Vor aprovechó para agacharse a ayudar al soldado herido y arrastrarlo con él.

—¡Salgamos de aquí!

Vor activó enseguida su escudo y no se paró a mirar atrás. Arrastró al soldado herido mientras los otros tres soldados le cubrían en la retaguardia y se turnaban para disparar y volver a activar los escudos.

Por el comunicador, el ingeniero informó que la secuencia de autodestrucción había entrado en la fase final. Vor corría, pero se sentía entumecido. Ninguna de aquellas Serenas era real. El bebé no era real. No había sido más que un truco estúpido a la desesperada.

Mientras los mek que quedaban los seguían, Vor entró corriendo en el túnel que conectaba con su lanzadera. Sus hombres disparaban desde la retaguardia, y finalmente, todos saltaron al interior de la lanzadera. Vor dejó que se llevaran al soldado herido y se tiró al suelo mientras un ingeniero sellaba la escotilla.

—¡Desacoplad! —gritó Vor.

Cuando su nave se estaba separando del contenedor, los explosivos finalmente estallaron y se llevaron con ellos al investigador tlulaxa y sus creaciones impías.

112

> Incluso Norma Cenva tuvo que luchar por la perfección, y nunca la alcanzó.
>
> *Orígenes de la Cofradía Espacial*

Vivir confinada en un depósito… pero sin límites para su mente. ¿Quién podía pedir una libertad mayor?

Norma ya no salía nunca de su encierro, y era adicta al gas de especia que remolineaba en una bruma naranja a su alrededor, impregnando cada poro, cada célula de su cuerpo. Ni siquiera sabía si habría podido salir. Quizá ya no sería capaz de sobrevivir en el exterior.

Durante su vida extensa y memorable, Norma había sido muchas cosas… una enanita contrahecha y despreciada, un genio de las matemáticas, una hermosa esposa y madre. Y ahora, una nueva fase, algo mucho, mucho más importante.

Aunque estaba encerrada en el depósito de especia, eso no le impedía viajar a donde quisiera. Podía guiar a las naves de VenKee sin riesgo por el laberinto del espacio plegado. El universo entero se abría ante ella.

Todos los nutrientes que necesitaba estaban en la especia. Sus sentidos físicos estaban adormecidos; el gusto, el tacto o el olfato ya no significaban nada para ella. Y, aunque aún necesitaba la vista y el oído, solo era para

comunicarse con Adrien y los ayudantes de VenKee, que se ocupaban de darle todo lo que pedía.

Pero le resultaba tan difícil hablar a su nivel…

La forma alternativa de vista que ahora tenía, mucho más profunda, era muchísimo más importante que la que había perdido. Después de despertar bajo las torturas a las que Jerjes la había sometido hacía tantos años, Norma había evolucionado más allá de las barreras físicas, más allá de lo humano.

Con asombro, veía las membranas que ahora unían los dedos de sus manos y sus pies. Su rostro, que había sido feo y achatado al principio y luego de una belleza inmaculada, ahora tenía una boca pequeña y ojos diminutos rodeados de suaves pliegues. Su cabeza era inmensa, mientras que el resto del cuerpo se había atrofiado y había quedado reducido a un mero apéndice.

Pero nada de aquello le preocupaba lo más mínimo.

Con su presciencia, Norma podía ver el futuro, como un reflejo dentro de otro reflejo, extendiéndose hacia el infinito. En su mente, podía ver y abarcar el universo entero, y sabía que no había límites a lo que podía conseguir. Veía la dirección que seguiría la humanidad, hacia un imperio interplanetario conectado por las naves que plegaban el espacio… la línea de salvamento para trillones de personas.

La Yihad de Serena Butler y el fanatismo contra las máquinas pensantes, así como el horror de las armas biológicas que Omnius había utilizado y las bombas atómicas de la Gran Purga, dejarían en la humanidad una huella que tardaría milenios en borrarse.

Pero sobrevivirían, y crearían un vasto reinado de política, negocios, religión y filosofía, todo ligado gracias a la especia melange.

Con aquella presciencia suya, Norma podía guiar las naves de VenKee en viajes seguros e instantáneos a través

de distancias inmensas. Pero no podía hacerlo todo sola. Tenía que conseguir que otros aprendieran a navegar con su propia presciencia, estimulada por el uso masivo de gas especia.

Norma nunca preguntó a su hijo dónde encontró a sus diez primeros voluntarios. En su calidad de directeur fabulosamente rico de VenKee Enterprises y su nueva empresa, Foldspace Shipping Company, Adrien tenía muchos contactos. Los candidatos ya estaban confinados en cámaras que se llenaban con una concentración cada vez más elevada de gas melange. Pronto empezarían a cambiar, a mutar, como Norma. Y algún día aquellos voluntarios guiarían las veloces naves de la empresa por la Liga y los Planetas No Aliados, aunque Norma sabía que jamás tendrían la capacidad de ver como ella veía.

Norma estaba impaciente por saber adónde la llevarían sus propias mutaciones en aquel viaje genético. Y, mientras tanto, veía los diferentes mañanas de la política, el comercio, la religión, la filosofía y la tecnología desplegarse en una distancia infinita.

Ella dejaría marcado un camino luminoso por el cosmos. Nadie había existido jamás con el talento y la capacidad única de Norma.

Pero, a pesar de su presciencia sin precedentes, Norma ignoraba adonde la llevarían sus transformaciones.

113

Hay cierta malevolencia en lo relativo a la formación de un orden social. El despotismo está en un extremo del espectro, en el otro la esclavitud.

TLALOC, *La hora de los Titanes*

Cuando el ejército de la Humanidad regresó a Salusa Secundus tras su victoria sobre las máquinas pensantes, en Zimia y en todos los mundos de la Liga las delirantes celebraciones superaron incluso el fervor de los fanáticos de Rayna Butler.

Entre la gente circulaban historias de la batalla de Corrin, historias que no dejaban de embellecerse. La sangre fría que el bashar supremo demostró ante el puente de hrethgir había convertido el desastre en un triunfo sin precedentes y permitió eliminar para siempre al enemigo. Ya no había Omnius, y más de un milenio de dominación y opresión mecánica había llegado a su fin. La humanidad era libre, por fin, libre de avanzar sin trabas hacia el futuro, a su propio ritmo, por su propia gloria.

Vorian Atreides, héroe de la batalla de Corrin, ocupó su sitio junto al virrey Butler y Rayna en la gran plaza de Salusa para los festejos. El bashar supremo se había puesto su uniforme completo, y lucía nuevas medallas y condecoraciones que se habían creado para él. Desde que

Serena lo convenció del poder innato de la humanidad, Vor había servido en el ejército. Sin embargo, en aquellos momentos, mientras contemplaba la multitud desordenada, sintió cierto recelo al pensar en el futuro que aquella gente buscaba.

Por toda Zimia seguían viéndose las cicatrices de los recientes levantamientos de los cultistas: edificios calcinados, fachadas destrozadas, restos de máquinas que habían sido muy útiles por todas partes. Entre los asistentes, el Culto a Serena estaba entre los más numerosos, enarbolando estandartes y sus simbólicos garrotes. La chusma exaltada destrozaba robots en efigie como si se tratara de un juego de niños.

Y a todo esto, Faykan no dejaba de sonreírle a su sobrina y no se apartaba de ella, tratando de contagiarse del halo que la rodeaba. Vor se daba perfecta cuenta de lo que estaba intentando.

Durante el largo viaje de regreso, Vor sabía que el virrey había estado haciendo cuidadosos planes con su sobrina sin esperar ni a que se recuperara de sus heridas. Faykan le ofreció el cargo de Gran Matriarca, pero, curiosamente, ella no lo quiso. Lo único que quería de su tío era la promesa de no echarse atrás y ayudarla a completar la misión de purificación que imaginaba para toda la Liga.

En cambio, Vor no lo veía tan claro. Si Rayna seguía con sus purgas, aquella cruzada desenfrenada se extendería sin ningún tipo de control por todos los mundos habitados. Y eso solo podía llevar a una nueva era de oscuridad… aunque sin duda a Faykan lo único que le importaba era asegurarse una posición de poder. En la situación actual, el virrey no podría haber formado un estado secular sin toda aquella parafernalia emocional.

De pronto, ahora que se habían librado de sus enemigos inhumanos, la gente se volvía a sus religiones llena de

agradecimiento y esperanza. La fe ciega era un importante recurso que la Liga debía aprovechar. Ante ellos tenían siglos de reconstrucción, y Faykan no confiaba en que nadie lo hiciera movido solo por la necesidad política. Necesitaban algo que los impulsara.

Por desgracia, los demonios mecánicos habían desaparecido y, en cuanto pasara la euforia por la victoria, los seguidores de Rayna no tardarían en sentirse inquietos. Vor sabía que se avecinaban tiempos tumultuosos.

Bajo el sol de aquel día perfecto, el virrey Butler alzó las manos. El griterío se elevó a un crescendo ensordecedor, luego se hizo el silencio. Faykan jugó con las masas, dejó que su expectación aumentara. Finalmente, exclamó:

—¡Estamos en un momento de grandes cambios! Después de mil años de tribulación, nos hemos ganado la victoria que Dios nos había prometido. Y hemos pagado por ella con una cantidad incalculable de muertos. Nada de lo que diga podría dar una idea de la importancia de la batalla de Corrin y las maravillosas oportunidades que el futuro nos depara.

»Para conmemorar este grandioso acontecimiento, aquí con mi sobrina Rayna Butler y el bashar supremo Vorian Atreides, anuncio que pienso unificar mi cargo de virrey con los deberes del de Gran Patriarca, que ha permanecido vacante desde el asesinato de Xander Boro-Ginjo.

»A partir de este día, en lugar de permitir que el poder siga fragmentado y diluido, la autoridad recaerá sobre una única persona, a saber, yo y mis sucesores. Tenemos mucho trabajo por delante si queremos transformar la Liga de Nobles en una forma de gobierno más efectiva. Crearemos un nuevo imperio que pueda crecer y reclamar las glorias del Imperio Antiguo… y evitar los errores fatales que este cometió.

La audiencia lanzó vítores. Aunque el anuncio le sorprendió, a Vor no le preocupaba especialmente. De todos modos, el cargo de Gran Patriarca no tenía ninguna utilidad. Iblis Ginjo lo había creado en su momento para sus propósitos. En la sonrisa y en los ojos de Faykan Butler, Vor veía un eco de los de Serena en sus momentos de mayor apasionamiento.

Cuando el vocerío remitió, Faykan apoyó su mano en el hombro menudo de Rayna.

—Y para que nadie olvide nunca cómo hemos cambiado, desde este momento dejaré de llevar el nombre de Butler. Procedo de una familia grande y honorable, pero a partir de hoy, deseo que se me conozca por la batalla de Corrin, mi mayor logro, el logro que ha significado el fin de las máquinas pensantes.

«Claro —pensó Vor, disimulando una sonrisa cínica—. Lo ha hecho todo él solito».

—A partir de hoy —siguió diciendo Faykan— se me conocerá por el nombre de Corrino, para que todos mis descendientes recuerden esta batalla y este gran día.

En contraste con la alegría desbordada de las celebraciones, la tarde siguiente, cuando llevaron al prisionero Abulurd Harkonnen para juzgarlo al cavernoso edificio del Parlamento, el ánimo de todos era sombrío. En un primer momento Faykan propuso que llevaran a su hermano a la cámara de asambleas encadenado, pero Vorian, en un último gesto por aquel hombre que había sido su amigo, no estuvo de acuerdo.

—Lleva consigo las esposas de su culpabilidad. Su conciencia le pesará más que nada que podamos hacerle.

En las calles, buscando algún enemigo contra el que descargar su rabia, la chusma insultó y gritó al prisionero.

De haber podido, lo habrían despedazado. Aquel hombre había incapacitado a la Flota de Venganza cuando más la necesitaban. Ni la gente ni la historia podrían perdonárselo.

En el interior de la cámara, los representantes de la Liga y los oficiales del ejército vieron cómo lo llevaban al centro de la sala. Durante el viaje de vuelta desde Corrin, la mayoría de hematomas y heridas de la paliza que recibió se habían curado, pero seguía teniendo un aspecto triste y derrotado.

La audiencia lo miraba furiosa, con un odio y una indignación palpables. Todos conocían su historial ejemplar, y a pesar de ello, nada habría podido minimizar la importancia de los cargos que había contra él.

Faykan estaba en pie en el centro de la sala, ante el oficial caído en desgracia… su propio hermano, aunque hacía años que no llevaban el mismo apellido.

—Abulurd Harkonnen, antiguo oficial del ejército de la Yihad, se te acusa de alta traición a la raza humana. Sea por maldad o por falta de sentido común, tus actos estuvieron a punto de causar un daño irreparable a nuestra flota y, por extensión, a la humanidad entera. ¿Vas a deshonrarte aún más tratando de excusar tu comportamiento?

Abulurd inclinó la cabeza.

—Los informes dejan muy claras mis motivaciones. Podéis aceptarlas o rechazarlas. Al final, por los motivos que fueran, realmente no fue necesario matar a dos millones de rehenes inocentes. Si he de pagar por esa decisión, que así sea.

La gente que había en la sala se quejaba. No habría castigo lo bastante duro para el traidor.

—La pena por traición es de todos sabida —dijo Faykan—. Si sigues negándote a ofrecer una alternativa, esta asamblea no tendrá más remedio que condenarte a la ejecución.

Abulurd dejó caer la cabeza y no dijo más. En la sala se hizo un mortal silencio.

—¿Desea alguien hablar a favor de este hombre? —preguntó el virrey recorriendo la sala con la mirada. Se negaba a llamarlo hermano—. Porque yo no lo haré.

Abulurd seguía con la vista clavada en el suelo. Ya había decidido no mirar los rostros de los presentes. Aquel silencio se le hizo interminable.

Finalmente, cuando el virrey levantó la mano para dictar sentencia, en primera fila, el bashar supremo se puso en pie lentamente.

—Con grandes reservas, propongo que se retire la acusación de traición contra Abulurd Harkonnen y se cambie por la de… cobardía.

En la sala todos contuvieron la respiración, sorprendidos. Abulurd levantó la vista con brusquedad.

—¿Cobardía? No lo haga, por favor, se lo suplico.

—Pero —dijo Faykan—, técnicamente cobardía no es el término exacto si tenemos en cuenta sus crímenes. Sus actos no se corresponden con los criterios…

—Aun así, una acusación de cobardía le dolerá mucho más que ninguna otra. —Sus palabras pinchaban como punzones. Vor siguió hablando, con voz más fuerte—. En otro tiempo, Abulurd sirvió valientemente en la lucha contra las máquinas pensantes. Durante la plaga, coordinó la evacuación y la defensa de Salusa Secundus, y luchó a mi lado cuando las pirañas mecánicas atacaron Zimia. Y sin embargo, se negó a hacerlo cuando su oficial de mando legítimo se lo ordenó. Y cuando se le obligó a afrontar las terribles consecuencias de su decisión, manifestó un miedo deshonroso y dejó que este guiara sus actos. Es un cobarde, y tendría que ser exiliado de la Liga.

—Eso es peor que la muerte —exclamó Abulurd.

Vor entrecerró sus ojos grises y se inclinó hacia delante.

—Sí, Abulurd… yo también lo creo.

Con aire totalmente deshecho, Abulurd dejó caer los hombros y empezó a temblar. Después de todo lo que había luchado para lograr que retiraran los cargos contra su abuelo Xavier, aquella acusación le llegó al alma.

Faykan no desaprovechó la ocasión.

—¡Una idea excelente, bashar supremo! Decreto que la sentencia propuesta es adecuada y ordeno que se aplique. Abulurd Harkonnen, se te juzga como cobarde… el cobarde más grande que ha existido nunca tal vez, por el daño que hiciste y por el que podías haber hecho. Tu nombre será despreciado mucho después de que el de tu abuelo Xavier Harkonnen ya esté olvidado.

Vor le habló en ese momento a Abulurd como si no hubiera nadie más en la gran cámara.

—Me fallaste cuando más te necesitaba. Jamás volveré a mirar tu rostro. Lo juro. —Y, con un gesto dramático, le dio la espalda—. A partir de este día, que todo aquel que lleve el nombre de Atreides escupa sobre el de los Harkonnen.

Y sin mirar siquiera por encima del hombro, el bashar supremo salió del edificio y dejó a Abulurd solo en su desgracia. Tras vacilar brevemente, Faykan Corrino también le dio la espalda a su hermano y salió de la sala sin decir una palabra.

Musitando entre ellos, todos los oficiales allí reunidos hicieron otro tanto. Se pusieron en pie al unísono y abandonaron a Abulurd a su destino, un destino solitario e ignominioso.

Uno a uno, los representantes políticos se levantaron también, dieron la espalda al cobarde y se fueron. La sala se vaciaba por momentos.

Abulurd permaneció en pie en medio de la sala cavernosa, sacudiéndose. Habría querido gritar, pedir perdón, clemencia, o incluso la ejecución, lo que fuera con

tal de no tener que vivir siempre con aquel estigma sobre su nombre. Pero pronto no quedó ningún miembro respetado de la Liga de Nobles, salvo sus dos guardias. Cada uno de los asientos de la sala estaba vacío.

Abulurd Harkonnen no se resistió cuando los guardias se lo llevaron y lo mandaron al exilio de por vida.

114

> No podemos avanzar sin nuestro pasado. Lo llevamos con nosotros, no como una carga, sino como una bendición sagrada.
>
> REVERENDA MADRE RAQUELLA BERTO-ANIRUL

Aunque no había nacido en Rossak, Raquella se había ganado el respeto de las pocas hechiceras que sobrevivieron a la epidemia. La vacuna que creó utilizando sus anticuerpos había salvado a miles de personas, pero aquel mundo selvático tardaría mucho tiempo en recuperarse de los terribles efectos del retrovirus.

Ahora que Ticia Cenva no estaba, las mujeres pidieron a Raquella que fuera su líder.

Y Raquella, iluminada por aquellas extrañas revelaciones, aceptó, aunque no la movía ningún deseo personal de poder. Su transformación interior le había mostrado la senda generacional a su historia genética. Y le intrigaba la gran cantidad de información genética que las hechiceras habían ido reuniendo a lo largo de generaciones. ¡La raza humana tenía tantísimo potencial!

Las máquinas secretas e ilegales donde conservaban los registros genéticos estaban ocultas en lo más profundo de las cuevas de la ciudad. No podían permitir que la oleada de fervor antitecnológico que sacudía a la Liga dañara los

valiosísimos datos sobre líneas genéticas que tenían. «¡Utilizar máquinas pensantes para mejorar la humanidad!».

Al superar los efectos de la epidemia y el veneno, Raquella había alcanzado una profunda y diferente conciencia de su composición celular. Y ahora deseaba compartirla con las perplejas hechiceras que quedaban. ¿Podrían aprender otras mujeres a manipular sus procesos bioquímicos? ¿Sería necesario que pasaran por una prueba tan dura como ella? ¿Qué terribles instrucciones y pruebas tendrían que superar las candidatas?

Saldrían de entre las más poderosas hechiceras y serían una élite, una orden con capacidades especiales, vinculada al pasado lejano y el lejano futuro. «Todo empezará aquí».

Tras la recuperación milagrosa de Raquella, Mohandas había bajado a toda prisa de su laboratorio orbital. Ella salió a recibirlo, sintiendo que de pronto los separaba un gran abismo. Pero, entre todas las vidas y recuerdos que conservaba en su interior, también estaban los suyos, su propia historia. Y buena parte de esa historia la había compartido con Mohandas.

En la pista de aterrizaje polimerizada, sobre las copas de los árboles, Mohandas bajó de la lanzadera y la abrazó con entusiasmo.

—¡Creí que te había perdido!

—Sí, estaba perdida… pero encontré muchas cosas inesperadas por el camino.

Él la aferró, le besó el cuello, pensando únicamente que volvían a estar juntos. Raquella sintió que sus recuerdos afloraban, y los utilizó para contener todos los otros que llevaba en su interior. Ella y Mohandas nunca habían tenido una relación excesivamente apasionada, pero su amor y su

relación profesional los habían mantenido unidos un cuarto de siglo.

—Aún hay tanta gente que necesita ayuda… —dijo ella—. Los enfermos no se han recuperado del todo. Se me ocurren mil detalles, y hay que enterrar a tantos muertos, hay que purificar el agua y la comida, el…

Mohandas la atrajo hacia sí y no dejó que se apartara.

—Nos hemos ganado un poco de tiempo para nosotros. Solo una hora.

Raquella no podía discutírselo. Buscaron un lugar donde pudieran estar a solas y se exploraron el uno al otro, recordando lo que significaba ser humano. Hicieron el amor, y para Raquella fue algo refrescante y alegre, una celebración de la vida. Después de ayudar durante tantos años a enfermos y moribundos, después de superar aquella epidemia que había matado a tanta gente en Rossak, era una forma discreta pero significativa de afirmarse.

A Raquella le entristeció pensar que ya nunca recuperarían la inocencia del pasado, pero ella ya no era la misma… no solo a nivel celular, tampoco en su mente. Abrir la puerta a todos aquellos antiguos recuerdos en su interior le había permitido acceder a una historia mucho más extensa, conocer la saga de sus antepasadas femeninas y comprender lo lejos que había llegado el humano… y lo lejos que podía llegar.

Con aquel nuevo control que ejercía sobre su cuerpo, descubrió que también podía manipular su sistema reproductor. Con su ojo interior, Raquella vio con asombro que concebía un hijo. A su lado, sintiendo su calor, Mohandas no sabía nada. Raquella lo abrazaba, pero en realidad estaba concentraba en las misteriosas profundidades de su ser. Sería una niña…

Más tarde, Mohandas le habló de sus planes.

—Hemos pasado por un siglo de Yihad, luego vino la plaga y ahora esta epidemia. La humanidad debe prepararse para afrontar las tragedias que el universo nos tiene reservadas. Cuando el destino de nuestra raza está en juego, en los hospitales se consiguen victorias tan importantes como en el campo de batalla. —Cogió a Raquella de las manos, y ella sintió su calor, su apasionamiento—. Podemos escoger a los mejores, a los investigadores más dotados, a los médicos más hábiles, y crear una escuela de medicina como no se ha visto nunca en la Liga. Debemos asegurarnos de que nuestros médicos y nuestras instalaciones sean de tal calidad que ninguna máquina, ninguna guerra ni ninguna plaga puedan volver a hacernos daño.

Dejándose llevar por su entusiasmo, Raquella sonrió.

—Si alguien puede hacerlo eres tú, Mohandas. Tendrás mucho más éxito que tu tío el gran Rajid. Has superado con mucho sus habilidades como médico de campaña. —Aunque, en los días en que los dos trabajaban en el modesto Hospital de Enfermedades Incurables de Parmentier, jamás lo habría imaginado.

Los ojos oscuros de Mohandas brillaban.

—Y tú vendrás conmigo, desde luego. Sin ti, ninguna de estas personas se habría curado.

Ella meneó la cabeza lentamente.

—No, Mohandas. Yo… yo debo quedarme en Rossak. Tengo un importante trabajo que terminar con estas mujeres.

Su respuesta pareció desconcertarle.

—¿Qué puede haber más importante que lo que propongo, Raquella? Piensa en todo lo que podríamos lograr juntos…

Ella le interrumpió, colocando un dedo con suavidad sobre sus labios.

—La decisión está tomada, Mohandas. Las cosas que he visto, las capacidades que puedo manifestar… esconden muchos misterios, muchas maravillas. Estas mujeres tienen grandes poderes y necesitan una líder racional y digna que las guíe hacia el futuro. —Quizá, pensó Raquella, incluso podría hacer algo por Jimmak y los Defectuosos.

Mohandas meneó la cabeza con incredulidad, los ojos se le llenaron de lágrimas. Aunque no solían exteriorizar sus sentimientos con frecuencia, en aquel momento Raquella vio que su amor por ella seguía siendo muy fuerte. Pero los sentimientos de Raquella habían cambiado para siempre. Lo abrazó y le apoyó la cabeza en su hombro para no tener que mirarle a la cara.

—Lo siento…, mi futuro está aquí.

Una tarde, cuando Mohandas partió con el *Recovery* para tratar de cumplir su sueño, Raquella estaba en lo alto de uno de los precipicios azotados por el viento, esperando a que las mujeres se reunieran con ella. Había convocado a las hechiceras en aquel lugar tan elevado para señalar el inicio de una nueva organización entre ellas.

Por necesidad, el suyo era un grupo muy unido de mujeres dotadas con importantes secretos y una gran confianza entre ellas. Raquella prometió que su «hermandad» se basaría en la tolerancia, la flexibilidad, la planificación real a largo plazo. Ahora, con la perspectiva que le daba poder abarcar todas las generaciones anteriores de sus antepasadas, entendía lo que eso significaba.

Si los humanos convertían en realidad todo el potencial que tenían, su capacidad de adaptación sería infinita, incluso en las circunstancias más duras. Después de la Yihad, después de más de mil años de abusos por parte de

las máquinas mecánicas, la raza humana tenía que dar el siguiente paso.

—Una voz de mis antepasadas —dijo Raquella a las allí reunidas— me llamó desde mi interior y me dijo lo que teníamos que hacer. La voz era de una armonía destacable, como si miles de mujeres hablaran al unísono. Y me dijo que a partir de ahora debíamos unirnos para alcanzar nuestro objetivo común de fortalecer los caracteres genéticos de la especie.

Ella y sus seguidoras seguían vistiendo con túnicas negras, pero eran de un corte más clásico que las que llevaron las hechiceras durante la epidemia. Ahora tenían cuello alto y capuchas que, cuando se las echaban sobre la cabeza, les daban el aspecto de pájaros exóticos.

—Nosotras abarcaremos generaciones y sistemas estelares, y estaremos atentas a aquello que debilita y aquello que fortalece a la humanidad.

Karee Marques estaba junto a Raquella, y en ese momento se volvió a mirarla. La brisa agitaba su túnica y sus largos cabellos. Aquella joven, que tenía el potencial para estar entre las más fuertes de aquella hermandad, habló.

—Ciertas familias nobles, en especial los Butler, están tratando de reescribir la historia, en un intento por ocultar su relación genética con los cobardes Harkonnen, Xavier y Abulurd. En unas pocas generaciones ya nadie lo recordará. ¿No tendríamos que asegurarnos de preservar la verdad de alguna forma?

—Nosotras mantendremos nuestros registros privados… —dijo Raquella—, los correctos.

Y miró a lo lejos, por encima de la bóveda plata y púrpura de la selva, que tanta vida escondía en su interior… incluidos Jimmak y sus amigos. Era como si en la naturaleza las cosas realmente valiosas trataran de pasar inadvertidas,

igual que la combinación genética ideal que ella buscaba. Ella y sus hermanas estaban a punto de embarcarse en una búsqueda épica que requeriría una paciencia y una dedicación infinitas.

Pero, ahora que el imperio de las máquinas había desaparecido y un nuevo imperio humano mucho más extenso se hallaba en estado embrionario, la humanidad estaba imbuida de una energía creativa nunca vista en la historia, un renacimiento. Y alguien tenía que velar por ella.

—Viajaréis a mundos lejanos, poniendo siempre por delante nuestras metas políticas para que la hermandad conserve su fuerza durante siglos. Infiltraos en todas las casas nobles. Imaginaos cuántas cosas podremos ver y aprender como empleadas, esposas, amantes y guerreras, manteniendo siempre nuestra lealtad a la hermandad.

Las mujeres sonrieron, deseando empezar ya con aquella nueva misión.

Al final de la reunión, cuando las mujeres volvieron a sus casas en las cuevas, Karee se acercó a Raquella.

—Después de la epidemia, ¿nuestra prioridad no tendría que ser ayudar a recuperar la población de Rossak? Hemos perdido a muchas familias, y a muchos hombres adecuados para la reproducción.

Raquella pensó en el embrión de la hija que llevaba en su interior, en las células que se estaban dividiendo con rapidez en su vientre. Y sintió cierto pesar al pensar que seguramente Mohandas nunca sabría que tenía una hija.

—Como suele pasar cuando se producen grandes pérdidas, es posible que nuestras hermanas tengan la tentación de consentir actos reproductivos no controlados. Pero debemos elegir solo a los mejores compañeros y llevar cuidadosos registros. Las bases de datos genéticos nos ayudarán a elegir a los más apropiados. No puede hacerse al azar.

La joven hechicera parecía cabizbaja.

—¿Solo podemos reproducirnos siguiendo las tablas genéticas? ¿No haremos ni la más mínima concesión al amor?

—Amor. —Raquella paladeó la palabra en su boca—. Debemos tener un cuidado especial con esa emoción, ya que puede llevar a la mujer a pensar en un individuo especialmente querido en lugar de planificar las cosas a largo plazo. El amor lleva consigo demasiados factores aleatorios. Y, ahora que tenemos un mapa definido de ADN, debemos seguirlo.

—Lo… lo entiendo. —La joven parecía decepcionada. ¿Tendría un novio entre los supervivientes?

Raquella estudió sus bellas facciones clásicas.

—Entenderlo es solo el principio —le dijo.

115

No importa a donde vaya: el universo siempre me encuentra.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES,
Reflexiones sobre las pérdidas

En el puerto espacial de Zimia, un hombre con expresión agresiva rodeó una nave de actualización de diseño anticuado, haciendo una última inspección antes de partir. Estaba recién pintada, acababa de pasar una revisión y su casco negro y plateado reflejaba los rayos dorados del sol poniente. Se iría de allí y no creía que nadie volviera a saber de él.

Vorian ya no llevaba uniforme. Trató de imaginar cómo sería ser libre de verdad, sin todas aquellas responsabilidades que lo habían aprisionado durante décadas. Había llegado la hora de marcharse y volar muy lejos, a alguno de los Planetas No Aliados o más allá. No dejaba atrás nada que pudiera echar de menos. Atrás quedarían las preocupaciones de la Yihad, y seguramente nunca pensaría en Abulurd, Agamenón, Omnius, ni ninguna de las otras personas que le habían hecho tanto daño.

Su larga carrera como guerrero se había acabado. No sabía lo que le esperaba. Ya había vivido el equivalente a dos vidas, y seguramente aún podría vivir el doble de eso.

Había empezado a manifestar leves signos de envejecimiento —como mucho aparentaría unos treinta años—, pero en sus huesos, en su alma, sentía la fatiga de mil años. La Yihad y sus tragedias le habían afectado demasiado y no sabía si algún día lograría recuperarse.

Quizá pasaría por Rossak para visitar a su nieta, que seguía allí, trabajando con las hechiceras supervivientes. No tenía ni idea de lo que hacían, ni por qué, pero estaba deseando averiguarlo. Quizá, hasta puede que fuera a Caladan. Al menos se despediría de sus hijos y sus nietos.

Se sentía como un turista galáctico sin un programa concreto, sin esa presión que siempre le había acompañado en el pasado siglo.

Para viajes por lugares remotos, en los compartimientos de carga del *Viajero Onírico* llevaba un bote hinchable y plataformas suspensoras plegables. Y había hecho acopio de provisiones para bastante tiempo. Podía deambular por donde quisiera, descubrir lo que quisiera. Durante casi toda su vida se había dedicado en cuerpo y alma a aprender y perfeccionar el arte de la guerra, pero ahora aquello no le servía para nada.

Irónicamente, sí que le iba a servir una cosa que había aprendido muy pronto en su vida, mucho antes de convertirse en un famoso héroe de la Yihad, en los días en que él y Seurat iban en sus viajes de actualización por los Planetas Sincronizados. Eran tiempos de una gran simplicidad. Aquella nave, que antaño tenía sistemas informatizados, ahora solo podía pilotarse manualmente. Con los añadidos que había hecho instalar, la nave le iría perfecta. Cuantas menos partes hubiera y menos complejos fueran los sistemas, más fiabilidad tendría la nave, menos probabilidades había de que se produjeran fallos.

Subió al *Viajero Onírico* y partió un día antes de lo previsto para evitar despedidas y pompas. Cuando se

elevaba por la atmósfera, sintió que se quitaba un gran peso de encima. Se sentía entusiasmado, como si acabara de nacer y tuviera toda la vida por delante.

116

Para tomar una mala decisión solo hace falta un momento, pero generaciones enteras pueden sufrir las consecuencias.

BASHAR SUPREMO VORIAN ATREIDES, *Declaración final de la Yihad* (quinta revisión)

Abulurd Harkonnen fue exiliado al planeta remoto de Lankiveil por cobardía, despreciado por la Liga. Y él aceptó su destino en aquel lugar inhóspito y desapacible. Lo único que quería era desaparecer, que nadie volviera a verle nunca.

Él sólo había intentado salvar a los humanos inocentes del puente de hrethgir y, aunque al final las máquinas habían sido eliminadas, Vorian no le había perdonado que desobedeciera sus órdenes. Para el bashar supremo no solo había traicionado sus deberes como militar, sino también su amistad.

Después de tantos años de servicio, Abulurd se sentía enfadado con la Liga, con su hermano Faykan y su dichosa política… pero sobre todo con Vorian Atreides, aquel hombre al que tanto había apreciado, pero que al final había demostrado que era tan inhumano como el titán Agamenón.

Abulurd esperaba que lo perdonara, pero Vorian Atreides no había demostrado ninguna compasión.

Y, lo peor de todo, Vorian ya nunca cumpliría su promesa de limpiar el nombre de Xavier Harkonnen. Si hubiera vuelto como un héroe, Vor le habría ayudado a rehabilitar la figura de Xavier, habrían hecho que la Liga recordara a su abuelo como el gran hombre que fue. Cuando él partió hacia su exilio, la comisión parlamentaria que Vor había creado se disolvió.

Antes del juicio, el bashar supremo lo visitó unos instantes en su celda, en Zimia. Durante un largo momento, estuvo mirando al prisionero en silencio. Y Abulurd esperó, preparado para aguantar lo que viniera.

Eligiendo sus palabras con cuidado, Vor dijo:

—Xavier era mi amigo. Pero ya no es posible limpiar su nombre. La gente dirá que lo lleváis en la sangre, que la mancha de la deshonra pasó de tu abuelo a ti. Con tu traición, has borrado toda la gloría que tu familia pudiera tener. —En su rostro se notaba un profundo desprecio. Y se fue.

El encuentro había durado menos de un minuto, y sin embargo escocía como ácido en el recuerdo de Abulurd. En su momento, le había herido profundamente; pero ahora, cuando pensaba en las palabras de Vor, Abulurd sentía una intensa ira.

A pesar de su exilio, Abulurd tenía una renta suficiente para vivir en Lankiveil. El virrey Faykan Corrino, arropado con su cetro glorioso, declaró que Abulurd y todos sus descendientes debían conservar el despreciado apellido de Harkonnen. Y, con el tiempo, muy pocos recordarían que los Harkonnen y los Corrino habían compartido lazos de sangre.

Abulurd construyó su nueva casa en medio de un deprimente pueblecito, en un fiordo con abruptas paredes, en Lankiveil. Los lugareños eran pescadores y granjeros que vivían lejos de la influencia de la Liga y demostraban muy poco interés por la política u otros asuntos. No les

importaba la vergüenza que pesaba sobre los hombros de su nuevo lord y, con el tiempo, Abulurd aprendió a vivir con ella, convencido todavía de que había actuado correctamente en la batalla de Corrin.

Unos años después, se casó con una mujer de la zona y tuvieron tres hijos. Abulurd habló a su familia de su pasado, y su mujer y sus hijos fantaseaban sobre las riquezas que habían arrebatado a su familia y hervían de odio al pensar en las muchas oportunidades que les serían negadas a los Harkonnen. Y, sobre todo, cuando pensaban en Vorian Atreides. Los hijos de Abulurd acabaron viéndose a sí mismos como príncipes en el exilio, separados de su noble herencia aunque no habían hecho nada malo.

Un día, uno de los hijos de Abulurd —Dirdos— encontró el viejo uniforme verde y carmesí del ejército de su padre, bien planchado y conservado, y se lo probó. A Abulurd le dolió ver a su hijo con aquel uniforme que tanto había significado para él, e inmediatamente se lo llevó y lo quemó. Pero aquello solo hizo que inspirar a sus hijos nuevas historias de gloria perdida.

Décadas más tarde, cuando Abulurd y su mujer murieron por unas fiebres que causaron estragos en el pueblecito, los hijos culparon a Atreides. Sin ninguna prueba que apoyara sus acusaciones, dijeron que Vorian Atreides había extendido la enfermedad para eliminar a su familia.

Los hijos de Abulurd contaron un sinfín de historias a sus hijos, exagerando la importancia que habían tenido los Harkonnen y lo bajo que habían caído. Y todo por culpa de Vorian Atreides.

Aisladas en Lankiveil, generaciones posteriores juraron vengarse de sus enemigos mortales, los Atreides. En los siglos que siguieron, cuando los Harkonnen intentaron volver al imperio de los Corrino, sus historias se aceptaron como ciertas. Y los Harkonnen nunca olvidaban.

117

Las profundidades del desierto no son un exilio. Son la soledad. La seguridad.

NAIB ISHMAEL, poema de campamento de Arrakis

Ishmael se recuperó del duelo con el gusano, pero su corazón no.

Aunque había perdido, no aceptaba la derrota, porque sabía que demasiadas cosas dependían de que salvara a los zensuníes, de que lograra preservar sus tradiciones frente a las tentaciones de los extraplanetarios.

Cuando su cuerpo sanó de las heridas físicas, Ishmael decidió recoger sus cosas y algunas provisiones y partir solo a lo más hondo del desierto… como había hecho Selim Montagusanos cuando el naib Dhartha lo exilió del poblado.

Cuando se enteraron de sus planes, varios jóvenes intrépidos y ancianos insatisfechos le pidieron que les dejara acompañarle, además de Chamal y muchos de los descendientes de los antiguos esclavos de Poritrin. Los más ancianos no eran más que niños en los tiempos del Montagusanos, pero no habían olvidado. Todos querían guiarse por sus visiones, seguir con su misión y recordar la leyenda. Cuando Ishmael vio que había tantos que

deseaban seguirle y dar la espalda a los métodos insatisfactorios de El’hiim, se sintió animado.

En general, su hijastro procuró evitarle, y no alardeó de su victoria, al menos no en presencia de Ishmael. Pero en el poblado, se respiraba una atmósfera distinta. Muchos de los que se habían dejado seducir por los lujos innecesarios querían abandonar aquel poblado aislado y trasladarse a algún lugar más cercano a Arrakis City. Algunos decidieron tener una segunda residencia en los asentamientos de VenKee.

A Ishmael esto le dolió en el alma, porque sabía que aquellos zensuníes acabarían perdiendo su independencia y su identidad como pueblo. Se establecerían en las ciudades de aquella gente, ya no serían nómadas, no serían respetables zensuníes. E Ishmael se negaba a formar parte de aquello.

Con un orgullo que le ayudaba a mantener la buena salud tanto como su dieta a base de melange, Ishmael contó a sus seguidores y les dijo que llevaran solo lo más importante. Atrás dejarían los lujos innecesarios y la ropa que no estuviera hecha para soportar los rigores de Arrakis. Encontrarían un lugar donde establecerse en lo más hondo del desierto.

Ishmael, que era con diferencia el más anciano de los zensuníes, se enfrentó a El’hiim antes de partir.

—Llevaré a mi gente lejos de aquí… lejos de ti y de la corrupción del exterior.

Al principio El’hiim pareció sobresaltado, luego divertido.

—Sé sensato, Ishmael. Ahí fuera moriréis.

El anciano no vaciló.

—Si es la voluntad de Budalá, que así sea. Estamos convencidos de que el desierto proveerá, pero si nos equivocamos, moriremos. Sin embargo, si tenemos razón, viviremos como hombres libres, como Free Men, y

decidiremos el camino que sigue nuestra sociedad. Sea como sea, seguramente tú nunca lo sabrás, El'hiim.

En un gran éxodo, Ishmael y los suyos partieron del poblado corrupto. Atrás quedaron familiares y amigos. El grupo cruzó por un paso que atravesaba la Muralla Escudo para salir al peligroso y agreste desierto, lo que se conocía como Tanzerouft.

Mientras el viento cálido le acariciaba el rostro, Ishmael se colocó la mano por encima de los ojos y miró a lo lejos, al paisaje inhóspito e inquieto. Pero en lugar de parecerle peligroso, a él aquel gran mar de dunas le parecía lleno de infinitas posibilidades.

Mientras caminaban, hizo una seña a su gente.

—Ahí fuera nadie nos molestará. Construiremos asentamientos protegidos y viviremos en paz, sin la interferencia de quienes confían demasiado en los extranjeros.

—Será muy duro —dijo uno de los ancianos que caminaba a su lado.

Ishmael también lo pensaba.

—La dureza nos hará fuertes, y algún día Arrakis será nuestro.

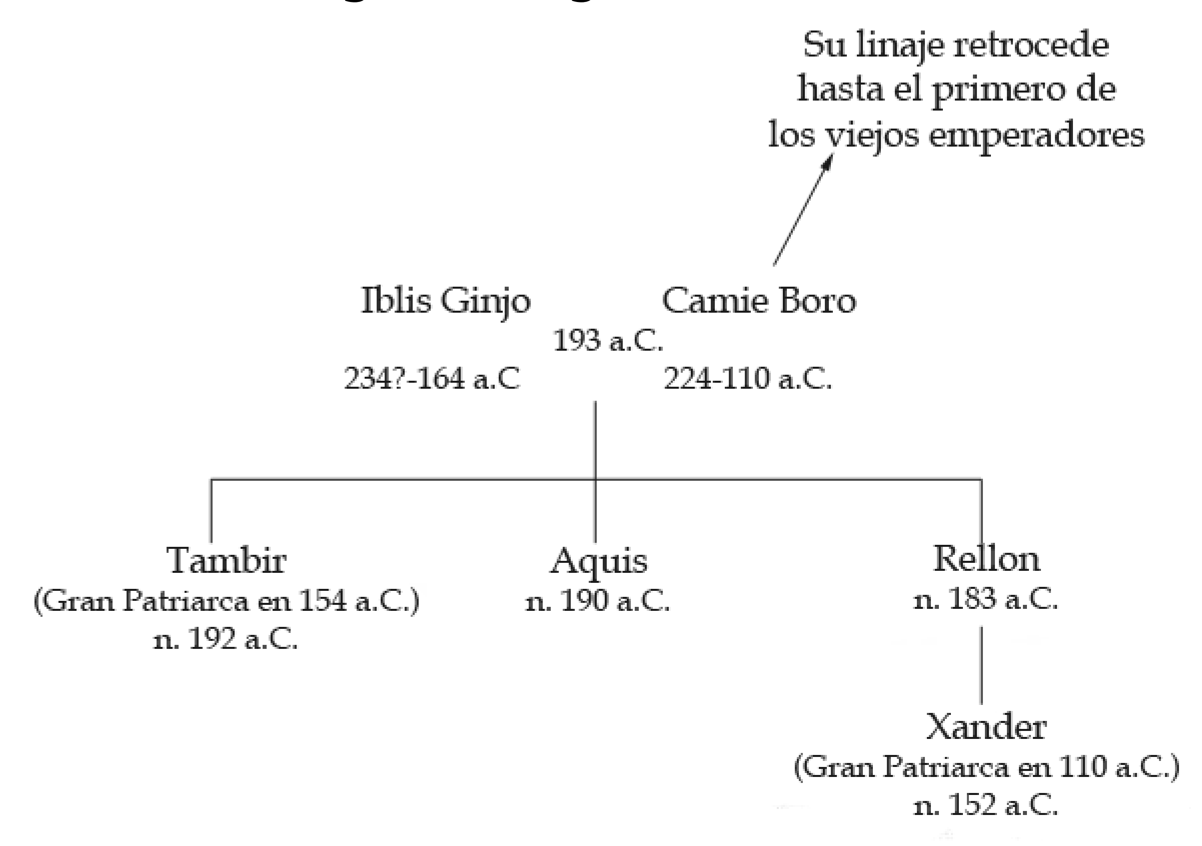
La amplia extensión de arena seguía su propio ritmo. Mientras las mareas de la historia iban de planeta en planeta por toda la galaxia, el interminable desierto de Arrakis borraba todos los intentos de manipularlo o domeñarlo. El entorno árido conservaba los artefactos, mientras que las feroces tormentas de arena lo borraban todo a su paso. Los buscadores de especia iban y venían, y

los gusanos acabaron con muchos de aquellos intrusos tan mal preparados. Pero no con todos.

Los extranjeros siguieron llegando, atraídos por la leyenda de la especia melange.

Nuevos imperios se levantarían y caerían, pero Arrakis, el planeta desértico, volvería su rostro al universo y perduraría.

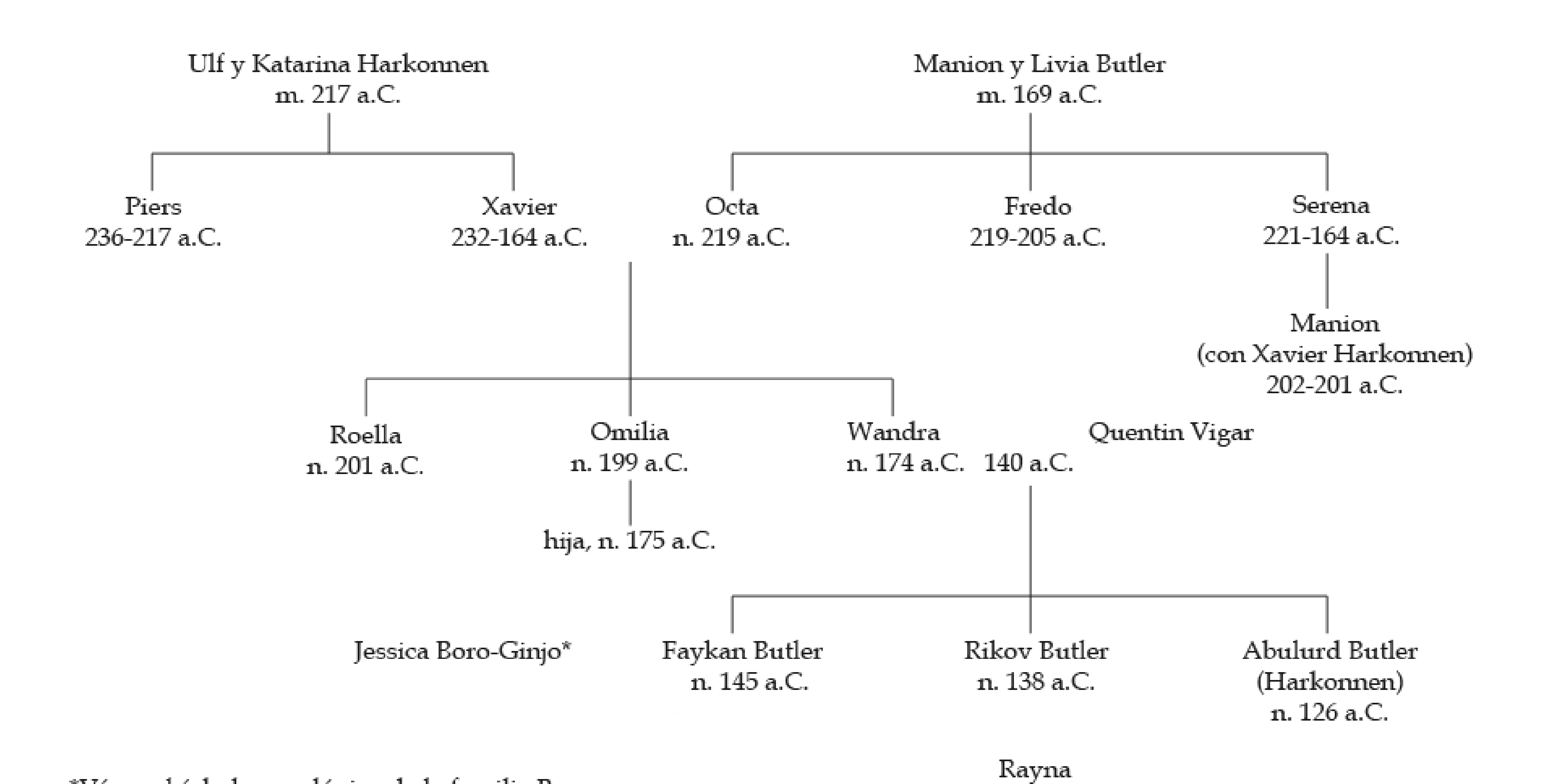
Árbol genealógico de los Boro



*Véase el árbol genealógico de la familia Butler

a.C. = antes de la Cofradía

Árbol genealógico de los Butler



*Véase el árbol genealógico de la familia Boro

a.C. = antes de la Cofradía



Brian Herbert (derecha) y Kevin J. Anderson (izquierda).

BRIAN HERBERT es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, asi como de una esclarecedora biografía de su célebre padre, Frank Herbert, el creador de la famosa saga Dune, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

KEVIN J. ANDERSON ha publicado más de una treintena de novelas que han entrado en las listas de los libros más vendidos y ha sido galardonado con los premios Nebula. Bram Stoker y el SFX Reader’s Choice.